

«Fantástico.»
NOAM CHOMSKY

JOHANN HARI

TRAS

«Impresionante.»
ELTON JOHN

«Apasionante.»
NAOMI KLEIN

EL

«Brillante.»
STEPHEN FRY

GRITO

«Riguroso.»
GLENN GREENWALD

UN RELATO REVOLUCIONARIO
Y SORPRENDENTE SOBRE
LA VERDADERA HISTORIA
DE LA GUERRA CONTRA
LAS DROGAS.

PAIDÓS CONTEXTOS

Índice

Portada

Dedicatoria

Nota

Introducción

Primera Parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Segunda Parte

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Tercera Parte

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Cuarta Parte

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Quinta Parte

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Conclusión

Nota sobre las técnicas narrativas

Agradecimientos

Bibliografía

Créditos

Notas

Te damos las gracias por adquirir
este **EBOOK**

Visita Planetadelibros.com y
descubre una nueva forma de
disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros

Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del
libro
y en nuestras redes sociales:**



**Explora Descubre
Comparte**

Para Josh, Aaron, Ben y Erin

Nota: Las declaraciones recogidas por el autor se pueden escuchar íntegras en la [página web <www.chasingthescream.com>](http://www.chasingthescream.com); el lector, si así lo desea, puede consultarlas y escuchar a las personas que aparecen en el libro a medida que lo va leyendo.

Introducción

Estaban a punto de cumplirse cien años del inicio de la guerra contra las drogas cuando me vi arrojado a uno de sus campos de batalla menos relevantes.¹ En los suburbios del norte de Londres, uno de mis parientes cercanos había vuelto a caer en la cocaína, mientras que, en el este de la ciudad, mi exnovio daba por finiquitado su largo romance con la heroína para

sustituirla por el crack. En ambos casos yo contemplaba la escena desde una cierta distancia, en parte porque hacía años que tomaba sin ningún control pastillas para la narcolepsia, pese a que no padezco esa enfermedad.² Tiempo atrás había leído en alguna parte que si tomas esas pastillas puedes escribir durante semanas como un poseso, sin descanso, sin necesidad de dormir, y de hecho funcionó: estaba enganchado.

Todo aquello era para mí terreno bien conocido. En uno de mis primeros recuerdos me veo intentando despertar a uno de mis familiares de un colocón sin ningún éxito. Desde entonces, y aunque parezca extraño, no he dejado de atraer

a drogadictos a mi vida y de intentar que se recuperen de su adicción; son algo así como mi tribu, mi pandilla, mi gente. Pero en aquel entonces, y por primera vez en mi vida, empecé a preguntarme si no me habría convertido yo mismo en un adicto a las drogas. Mi enfervorizada escritura bajo el efecto de las pastillas solo terminaba cuando me quedaba sin fuerzas, y en los días posteriores no podía ni levantarme de la cama. Hasta que una mañana me di cuenta de que empezaba a parecerme a aquel pariente al que había intentado despertar años antes.³

A mí me habían enseñado —tanto desde el Gobierno como desde mi propia cultura— cómo se ha de responder en tales casos. Sencillamente, mediante una guerra implacable. Todos conocemos el guión, lo llevamos grabado en el subconsciente del mismo modo que sabemos, sin necesidad de pensarlo, a qué lado de la calle debemos mirar cuando queremos cruzarla. Trata a los adictos y a quienes consumen drogas como delincuentes, nos dice ese guión. Reprímelos. Haz que se avergüencen. Oblígalos a dejar de consumir. Ese es el tratamiento dominante en la inmensa mayoría de los países. Durante mucho tiempo he sido muy crítico con ese

enfoque en todos los debates en los que participaba. En mis colaboraciones en la prensa y la televisión sostenía que castigar y avergonzar a quienes consumen drogas era aún mucho peor, porque creaba en la sociedad un sinfín de problemas adicionales. En mi opinión, había que adoptar una estrategia distinta: era preciso legalizar de manera paulatina las drogas, pero además había que utilizar los fondos destinados al castigo de los drogadictos a la financiación de un tratamiento personal y humano.

Sin embargo, cuando contemplaba a mis seres queridos a través de mi propia mirada enturbiada por las drogas,

algo en mi interior me hacía preguntarme si realmente estaba de acuerdo con las opiniones que defendía en mis comparecencias públicas. Aquellas voces de mi mente eran como ese vociferante sargento que suele aparecer en las películas sobre la guerra de Vietnam y que no deja de soltar insultos a los reclutas. «¡Eres un imbécil por hacer eso! Debería darte vergüenza. Y si no dejas de hacerlo eres un perfecto estúpido. Alguien tiene que frenarte. Debes recibir tu merecido.»

Por lo tanto, aunque en público criticara la guerra contra las drogas, en mi interior libraba mi propia batalla. No puedo afirmar que por aquel entonces

sintiera que estuviera escindido —mi razón siempre se inclinaba hacia la reforma—, pero aquel conflicto interno no me dejaba tranquilo.

Me había pasado años buscando una salida a la encrucijada de las drogas cuando, de pronto, una mañana se me ocurrió algo. Nosotros y nuestros seres queridos no somos más que pequeñas figuras en un lienzo mucho mayor. Si nos quedamos donde estamos —centrados exclusivamente en la forma de nuestras figuras, tanto ahora como en el pasado y en el futuro— solo llegaremos a entender lo que nosotros estamos haciendo en ese instante. Pero ¿qué

sucedería si fuéramos capaces de dar un paso atrás y por una vez contempláramos la pintura completa?

Rápidamente me puse a anotar algunos de los asuntos que me tenían desconcertado desde hacía años. Por ejemplo, ¿por qué algunas personas consumen drogas sin ningún problema mientras que otras no pueden? ¿Cuál es la verdadera causa de la adicción? ¿Qué sucedería si se optase por una política radicalmente distinta y se dedicasen fondos para implantarla? Pues bien, si quería encontrar respuesta a esos interrogantes tendría que emprender un viaje que me llevase al frente mismo de la guerra contra las drogas.

Así es que empaqueté mis cosas, tiré por el inodoro mis últimas pastillas y me marché de mi apartamento. Sabía que esta guerra había empezado en Estados Unidos, aunque en esos momentos todavía no sabía cuándo ni cómo se había iniciado. A mi llegada a Nueva York⁴ disponía de una lista de expertos en la materia. No había comprado billete de vuelta y ahora sé que hice bien. Aunque no era esa mi intención, este viaje —que iba a durar tres años— acabaría llevándome a nueve países⁵ en un recorrido de cerca de 50.000 kilómetros.

Por el camino me encontré con personas con las que no contaba en un principio: personas que me enseñaron la respuesta a aquellas cuestiones con las que había estado batallando durante tanto tiempo. Entre ellas había todo tipo de individuos. Un transexual que vendía crack en Brooklyn y que deseaba saber quién había asesinado a su madre. Una enfermera de Ciudad Juárez que había emprendido una larga marcha por el desierto en busca de su hija. Un niño que consiguió salvarse de la matanza de los nazis en el gueto de Budapest y que de adulto trataba de desvelar las verdaderas causas de la adicción. Un yonqui que estaba al frente de una

revuelta en Vancouver. Un asesino múltiple encarcelado en una prisión de Texas. Un médico portugués que impuso en su país la legalización de todas las drogas, desde el cannabis hasta el crack. Un científico de Los Ángeles que suministraba alucinógenos a una mangosta para comprobar los efectos de la droga...

Ellos, y muchos otros, fueron mis maestros.

De ellos aprendí algo sorprendente para mí. Y es que la mayoría de nuestros principios básicos sobre las sustancias psicoactivas no responden a la verdad. Las drogas no son lo que pensamos. La adicción a las drogas no actúa como nos

han contado. Y la guerra contra las drogas no es ni mucho menos como nos han contado los políticos desde hace cien años. Ahí fuera hay un relato distinto para todo aquel que quiera prestarle oídos, un relato que nos hará vibrar de esperanza.

**PRIMERA
PARTE**

El monte Rushmore

CAPÍTULO

1

La Mano Negra

A mi llegada a Nueva York me encontraba en la cola de la aduana del JFK, esperando bajo las mortecinas luces de neón del aeropuerto, cuando empecé a darle vueltas a la guerra contra las drogas y, concretamente, al

momento en que se había iniciado aquel conflicto. Tenía la impresión de que posiblemente había sido en la década de 1970, durante el mandato de Nixon, cuando se popularizó el término. Aunque, quién sabe, tal vez fuera en la década de 1980, con Reagan como presidente, cuando el «Sencillamente di no» se convirtió en una especie de himno nacional alternativo.

Solo después de haberme recorrido Nueva York de cabo a rabo entrevistando a expertos en materia de política antidroga, alcancé a entender que esta historia en realidad había empezado mucho antes. La idea de librar una «guerra implacable» contra las

drogas¹ surgió en la década de 1930 de la mano de un hombre que hoy en día está completamente olvidado, a pesar de que su aportación ha sido capital en la concepción de las drogas que impera en la actualidad. Pronto me enteré de que en la Penn State University había infinidad de documentos de aquel hombre (su diario, sus cartas, los expedientes de sus casos...), así que sin dudarle un instante me subí a un autobús Greyhound y, en cuanto llegué, me puse a leer todos los escritos que pude encontrar de Harry Anslinger o sobre su persona. Solamente entonces empecé a

vislumbrar quién era en realidad aquel hombre y lo que hoy en día supone para nosotros.²

Leyendo sus documentos descubrí que, cuando se desencadena la guerra contra las drogas, aparecen en escena tres personas a las que podríamos considerar como sus padres fundadores, pues si hubiera algo así como un monte Rushmore de la prohibición de las drogas, sus rostros estarían esculpidos en la montaña sosteniendo impasibles la mirada mientras van siendo devorados por la erosión. Para documentarme busqué información en otros muchos archivos, amén de entrevistar a las últimas personas que podían

recordarlos. Ahora, tres años después de haber iniciado mi investigación y con todo lo que he descubierto, puedo figurarme cómo eran realmente esos padres fundadores cuando empezaron a sonar los tambores de guerra: unas criaturas de corta edad que vivían en distintos lugares de Estados Unidos, sin intuir siquiera lo que estaba a punto de venírseles encima o lo que iban a conseguir. Con ellos, creo yo, da comienzo esta historia.

En 1904, en el oeste de Pensilvania, un niño de doce años se encontraba en la granja de su vecino,

entre campos sembrados de maíz, cuando oyó un grito.³ Venía de alguna de las habitaciones de arriba. Ese aullido —desesperado, doliente— le dejó perplejo. ¿Qué es lo que estaba pasando? ¿Por qué aullaba una mujer adulta como un animal?⁴

El marido bajó corriendo las escaleras y apresuradamente le dio al chico unas cuantas instrucciones: «Coge mi caballo y cabalga hasta el pueblo lo más rápido que puedas. Tienes que recoger un paquete en la farmacia. Tráelo aquí. ¡Vamos, date prisa!».

El chico azuzó con furia a los caballos, pues estaba convencido de que, si tardaba demasiado, a su vuelta se

encontraría con un cadáver. Apenas había traspasado el umbral y entregado la bolsa de la farmacia a su vecino cuando este corrió en pos de su mujer. El grito cesó de inmediato; ahora estaba tranquila. El chico, sin embargo, no se sentía tranquilo y de hecho nunca volvería a estarlo.

«Jamás olvidé aquellos gritos», escribió años más tarde.⁵ Desde entonces estaba convencido de que entre nosotros hay personas que parecen tener un aspecto normal, pero que en cualquier momento pueden volverse «impulsivas, histéricas, depravadas, violentas e incluso locas de atar»⁶ si se

les permitía entrar en contacto con la sustancia más desquiciante que existe: las drogas.

De adulto iba a alimentar algunos de los temores más arraigados en la cultura americana —su miedo a las minorías raciales, a la ebriedad y a la pérdida del control— y a canalizarlos en una guerra global contra las drogas a fin de evitar esos gritos. Por su parte, esta guerra iba a provocar también muchos otros gritos. Prácticamente no hay ciudad en el mundo en que no puedan oírse cada noche.

Y así es como Harry Anslinger entró en la guerra contra las drogas.

Otra tarde de unos años antes, en el Upper East Side de Manhattan, un acaudalado comerciante judío ortodoxo presenciaba una escena que era incapaz de entender. Su hijo de tres años blandía un cuchillo sobre su hermano mayor, que estaba dormido, y se disponía a clavárselo.⁷ «¿Por qué, hijo mío, por qué?», preguntó el comerciante. El pequeño dijo que odiaba a su hermano.

Lo cierto es que aquel niño iba a odiar a muchas personas a lo largo de su vida; de hecho, prácticamente a cualquiera que se le cruzaba por delante. Como diría algún tiempo después: «La mayoría de los seres humanos son majaderos e imbéciles que tienen el

juicio podrido y ni un ápice de inteligencia». ⁸ Él mismo se encargaría de liquidar a muchos de ellos tan pronto como hubo obtenido la riqueza y el poder suficientes para conseguir el apoyo de otros que también empuñaban un arma. Por regla general, las personas como él siempre acababan en prisión pero no fue este el caso. Él se hallaba al frente de una industria que no solo buscaba a hombres capaces de los actos más violentos sino que los recompensaba: era la industria del nuevo mercado de las drogas ilegales en Norteamérica. Cuando cayó abatido por las balas —separado por unas veinte manzanas, incontables asesinatos y

millones de dólares respecto de su hermanito dormido en su cama aquella noche— era un hombre libre.

Y así es como Arnold Rothstein hizo su entrada en la guerra de las drogas.

Otra tarde distinta de 1920, una niña de seis años está tumbada en el suelo de un burdel de Baltimore escuchando discos de jazz. Su madre, convencida de que esa música era obra de Satanás,⁹ no estaba dispuesta a permitir que su hija oyera una sola nota en casa, así que la niña se había ofrecido a realizar tareas de limpieza

para la madama del prostíbulo, siempre que, en lugar de pagarle cinco centavos como al resto de las chicas, se le permitiera disfrutar de su salario allí mismo, en el suelo, escuchando durante horas aquella música que la tenía cautivada. Era una música que le hacía sentir algo indescriptible pero que estaba decidida a hacer sentir a otras personas algún día.¹⁰

Incluso después de haber sido violada, después de haberse prostituido, después de haber empezado a inyectarse heroína para ahuyentar el dolor, esa música siempre estaba ahí para ella, aguardándola.

Y así es como Billie Holiday hizo entrada en la guerra contra las drogas.

En la época en que nacieron Harry, Arnold y Billie se podía comprar drogas en cualquier país del mundo sin ningún problema. Si uno entraba en una farmacia cualquiera de Estados Unidos podía comprar productos en cuya composición había sustancias psicoactivas tales como la heroína o la cocaína. Por ejemplo, algunos de los jarabes para la tos más populares en aquellos años contenían opiáceos, mientras que un nuevo refresco llamado Coca-Cola se fabricaba a partir de la

misma planta que la cocaína. En Gran Bretaña, los centros comerciales de lujo, mucho más sofisticados, vendían a mujeres de la alta sociedad heroína en unas cajitas de latón.¹¹

Pero en aquellos días la cultura norteamericana buscaba una salida a su inquietud, a la preocupación que iba en aumento día tras día: necesitaban algo real que poder destrozar, con la esperanza de que esa destrucción pusiera fin al miedo que sentían ante un mundo que estaba cambiando mucho más rápido que lo que sus padres y abuelos hubieran podido concebir. Ese ansiado objeto fueron precisamente las sustancias psicoactivas. En el año 1914,

es decir, hace un siglo, se decidió acabar con ellas. Eliminarlas de la faz de la Tierra. Para liberar a las personas.

Una vez tomada la decisión, Harry, Arnold y Billie se iban a ver arrojados a ese primer campo de batalla y por eso mismo se vieron forzados a combatir.

Cuando Billie Holiday salía al escenario aparecía con el pelo peinado hacia atrás, el rostro brillante bajo las luces y la voz desgarrada por el dolor.¹² Fue una de esas noches, en 1939,¹³ cuando empezó a cantar una canción que se convertiría en un icono:¹⁴

*Southern trees bear a strange
fruit*

*Blood on the leaves and
blood at the root.**

Hasta entonces a las mujeres negras, salvo muy raras excepciones, solo se les permitía actuar como si fueran muñecas sonrientes sin ninguna emoción o sentimiento verdadero.¹⁵ Y sin embargo, aquel día tenían sobre el escenario a Lady Day, una cantante negra que expresaba dolor y rabia por el asesinato de sus hermanos sureños: sus cuerpos apaleados habían quedado colgados de los árboles.¹⁶

«Si lo piensas bien, fue muy valiente», me dijo su ahijada, Lorraine Feather. En esa época «todas las canciones trataban de amor. No había canciones de esas que se interpretan en hoteles que trataran del asesinato de nadie, y menos de un acto tan sórdido y cruel como aquel. Sencillamente no se componía algo así. Jamás». ¿Y resulta que ahora tenían a una afroamericana componiendo canciones, y además sobre un linchamiento? Lo cierto es que, si Billie compuso aquella canción, fue sobre todo porque «parecía ofrecer una explicación a todo lo que había matado» a su padre, Clarence, en el profundo Sur.¹⁷

El público escuchaba a Billie sin articular palabra. Más adelante se diría que esta actuación marcó «el inicio del movimiento de los derechos civiles». ¹⁸ A Lady Day se le prohibió seguir cantando aquella canción. Pero ella se negó.

Al día siguiente empezó a ser perseguida por la Oficina Federal de Estupefacientes, a cuyo frente estaba Harry Anslinger. ¹⁹ El hombre que iba a desempeñar un papel clave en la muerte de Billie Holiday.

Desde que tomó posesión de su cargo, Harry sabía que se enfrentaba a un grave problema que a nadie se le pasaba por alto. Y es que acababan de nombrarle director de la Oficina Federal de Estupefacientes, una agencia del Gobierno de relevancia menor, enterrada en las grises entrañas del Departamento del Tesoro en Washington D. C., y que estaba a punto de ser eliminada.²⁰ En realidad era la agencia que antes se ocupaba de la prohibición del alcohol, pero como la Ley Seca había sido abolida, a estos hombres había que asignarles un nuevo cometido, y cuanto antes mejor. Cuando, unos años antes de lanzarse en pos de Billie

Holiday, Harry pasó revista a su nuevo equipo, se encontró con un ejército prácticamente derrotado que se había pasado catorce años batallando contra el alcohol, solo para ver cómo este ganaba y además por todo lo alto.²¹ Sus hombres eran corruptos y nada honestos;²² pero ahora Harry tenía la obligación de convertirlos en una fuerza capaz de eliminar las drogas de Estados Unidos para siempre.

Sin embargo este no era más que el primer obstáculo. En aquel entonces, la mayoría de las drogas, incluida la marihuana, eran legales,²³ y de hecho, poco antes el Tribunal Supremo había dictaminado que las personas adictas a

alguna de las drogas duras debían recibir tratamiento médico en lugar de ser encarceladas por los hombres de Harry. Y justo en ese momento —muy poco después de que Harry hubiera tomado posesión de su cargo—, el presupuesto de su agencia sufrió un recorte de 700.000 dólares.²⁴ ¿Cuál era el sentido entonces de su equipo, de su puesto, de su propio trabajo? Daba la impresión de que el pequeño reino de la prohibición de las drogas del que acababa de tomar posesión podía acabar derrumbado por la burocracia.

Al cabo de unos años, el estrés ocasionado por la necesidad de consolidar su agencia y de forjarse un

papel para sí mismo hizo que Harry acabara quedándose calvo,²⁵ por lo que al final tendría el aspecto de uno de esos luchadores profesiones que pueden verse en los carteles antiguos.²⁶

Harry estaba convencido de que, si uno está en una posición de debilidad, lo único que puede hacer es apostar a lo más alto.²⁷ Por eso decidió comprometerse a erradicar de la faz de la Tierra todas las drogas; y de esa manera conseguiría que, en los treinta años siguientes, una oficina gubernamental condenada a la desaparición, con un equipo de hombres desalentados, se convirtiese en el cuartel general de una guerra global que

duraría cien años y que todavía no ha terminado. Si pudo hacerlo fue porque era un hombre capaz de derrotar a la burocracia y, aún más importante, porque en la cultura norteamericana había un profundo anhelo de un hombre como él, capaz de ofrecer una respuesta segura e incuestionable a sus preguntas sobre las sustancias psicoactivas.

Después de lo sucedido en la granja de su vecino, Harry había decidido liderar la lucha para eliminar las drogas de la faz de la Tierra, pero a nadie se le pasó por la cabeza que podría hacerlo, y mucho menos en tan poco tiempo, teniendo en cuenta de dónde venía. Su padre era un peluquero

suizo que había abandonado su hogar en las montañas para evitar el servicio militar y que acabó en tierras de Pensilvania, donde formaría una familia de nueve hijos.²⁸ Como apenas podía permitirse enviarlos al colegio, Harry, el octavo de la prole, se vio obligado a dejar la escuela a los catorce años para ponerse a trabajar en el ferrocarril.²⁹ Aun así, como era uno de esos chicos que arremeten con la vida,³⁰ insistió en trabajar por las tardes y por las noches, reservando las mañanas para los estudios.

Sin embargo, sería en el trabajo remunerado donde Harry obtendría su mejor formación;³¹ ahí, tumbado sobre

las vías del tren que recorría el estado de Pensilvania, tendría su primer vislumbre de algo oscuro y oculto y que con el tiempo acabaría convirtiéndose en la segunda obsesión de su vida. En el trabajo, su tarea consistía en supervisar a un nutrido grupo de inmigrantes sicilianos recién llegados al país. A veces, escribía Harry, oía cómo hablaban aparte en voz baja, como si fuera un secreto, de lo que llamaban «La Mano Negra».³²

Harry registraba sus pensamientos con el estilo de las novelas baratas de suspense que tanto le gustaban. La Mano Negra, escribía, no se mencionaba en presencia de extraños. A menos que

fuera estrictamente necesario, no se la nombraba ni en presencia de la familia. Pero ella sola podía acabar contigo de un plumazo. ¿Qué era entonces aquella Mano Negra?³³ Nadie soltaba prenda.

Una mañana Harry encontró a uno de los hombres de su cuadrilla —un italiano llamado Giovanni— medio desangrado en una zanja. Le habían disparado varias veces.³⁴ Cuando Giovanni se despertó en el hospital, Harry estaba a su lado, dispuesto a saber de primera mano qué es lo que había sucedido; pero el hombre estaba demasiado asustado para hablar. Anslinger se pasó horas tratando de

convencerle de que él mismo se encargaría de mantenerlos a salvo tanto a él como a su familia.

Al final Giovanni acabó hablando. Por lo visto, se había visto obligado a pagar protección a un hombre llamado Sam Boca Grande, uno de los matones de la Mafia, que no era sino una asociación delictiva de personas venidas a Estados Unidos desde Sicilia y que para ocultarse se camuflaban entre los inmigrantes italianos. La Mafia, siguió contando Giovanni, estaba implicada en todo tipo de delitos, y a algunos de los trabajadores del ferrocarril no les quedaba más remedio que pagar el «impuesto del terror»:

aquellos que no pagaban acababan en el hospital, o en un lugar mucho peor aún.³⁵

Anslinger fue en busca de Sam Boca Grande —un «inmigrante achaparrado, de pelo negro y complexión de buey»— y le dijo: «Si Giovanni muere, yo mismo me encargaré de que te ahorquen. ¿Lo has entendido?». ³⁶ Boca Grande intentó decir algo, pero Harry insistió: «Y si se salva y sigues molestándole, a él o a cualquiera de mis hombres, o intentas sacarles dinero de nuevo, voy a matarte con mis propias manos».

A partir de entonces Harry se obsesionó con la Mafia; precisamente en una época en que la mayoría de los estadounidenses no creían en la existencia de esta asociación de delincuentes. Para nosotros resulta difícil de entender, pero lo cierto es que, hasta la década de 1960, todo representante de la ley en Estados Unidos —desde J. Edgar Hoover para abajo— sostenía que la Mafia no era más que una absurda teoría conspirativa con el mismo anclaje en la realidad que el monstruo del lago Ness.³⁷ Reaccionaban de la misma forma en que lo haríamos nosotros si oyésemos a algún representante político hacer

bandera de la teoría de la conspiración para explicar el atentado del 11-S, o poner en cuestión la nacionalidad de Obama y, por tanto, su derecho a ser presidente, o defender la creencia de que los masones están manipulando en secreto lo que sucede en el mundo; es decir, desconcertados ante el hecho de que haya gente que pueda creer algo tan estúpido.³⁸

Harry, sin embargo, había visto con sus propios ojos a un miembro de la Mafia y por eso estaba convencido de que, si seguía la pista desde Sam Boca Grande hasta los matones que formaban parte de la organización podría acceder a una red global mucho más amplia y,

quizás, a un «gobierno invisible de alcance mundial» que tendría bajo control el destino del mundo.³⁹ Por eso empezó a recopilar toda la información que pudo encontrar sobre la Mafia, sin importarle la escasa entidad o menor relevancia que pudiera tener la fuente. Recortaba noticias publicadas en revistas populares y luego las archivaba, convencido de que algún día esa información podría serle de utilidad.⁴⁰

Cuando se desencadenó la primera guerra mundial, Harry intentó alistarse en el ejército, pero estaba ciego de un ojo —su hermano le había tirado una piedra unos años antes—, así es que fue rechazado. No obstante, como hablaba

bien el alemán, se le ofreció un puesto de agente diplomático en Europa y poco después se hallaba en un barco rumbo a Londres, que se abriría paso a través de una densa niebla que hacía invisibles las islas Británicas, como si estuvieran perdidas. Desde allí viajó a Hamburgo⁴¹ y después a La Haya,⁴² donde se encargaría de recopilar información de los diplomáticos de la zona, además de organizar la asistencia a los soldados estadounidenses allí radicados que se encontraran en dificultades. Entre ellos estaban varios marineros licenciados del servicio, a los que enviaban de vuelta a casa porque se habían hecho adictos a la heroína. Harry

se quedó mirando sus rostros cadavéricos⁴³ y al verlos comprobó que el odio a los adictos que sentía de niño no había hecho más que aumentar. Aquello, se prometió a sí mismo, debía acabar.

Poco antes de que terminase la guerra, cuando ya era evidente que Alemania sería derrotada, Harry fue enviado a la que sería su misión más importante: la entrega de un mensaje secreto al defenestrado emperador alemán. Según relataría él mismo, se le envió a la localidad holandesa de Amerongen, en cuyo castillo se refugiaba el káiser de Alemania mientras planeaba su abdicación.

Anslinger tenía que hacerse pasar por un oficial alemán y transmitirle el siguiente mensaje de parte del presidente Woodrow Wilson: «No lo haga». Estados Unidos deseaba que el káiser siguiera conservando el trono del imperio para evitar el ascenso de «la revolución, las huelgas y el caos»⁴⁴ porque, según sus previsiones, eso sería lo que sucedería tras su repentino abandono del poder.

Cuando Harry se presentó a la entrada del castillo, se le exigió que mostrara sus credenciales. «Múestrenme ustedes las suyas», replicó de malas maneras con su alemán más feroz. Los

centinelas, amedrentados, y dando por hecho que era uno de los hombres del káiser, le permitieron pasar.⁴⁵

De esa forma Anslinger consiguió entregar el mensaje, pero había llegado demasiado tarde. La decisión ya estaba tomada: el káiser abdicaba.⁴⁶ Durante el resto de su vida Anslinger no dejaría de pensar que, si hubiera conseguido entregar la petición del presidente un poco antes, «tal vez podría haberse firmado una paz mucho mejor concebida que hubiese impedido el acceso al poder a cualquier Hitler del futuro y además hubiese evitado el estallido de una nueva conflagración mundial».⁴⁷ En aquella ocasión sintió por primera vez

en su vida que el futuro de la civilización estaba en sus manos, si bien es cierto que no sería la última.

Anslinger se encontraba en una Europa reducida a escombros. «La visión de una ciudad en ruinas, sin ningún edificio en pie, transmitía una sensación difícil de describir»,⁴⁸ anotó en su diario. Los puentes bombardeados habían quedado convertidos en un amasijo de piedras.⁴⁹ Las fábricas estaban destruidas en su totalidad o con la maquinaria destrozada languideciendo por los arces, piezas retorcidas e inútiles que parecían fantasmas de metal de la época que acababan de dejar atrás. Había además en la tierra grandes

agujeros de proyectil y alambre de espino por todas partes. Cualquier cosa que uno hubiera podido concebir antes de viajar a Europa, escribió Harry, «se multiplicaba por veinte».

Sin embargo, lo que mayor impresión le causó no fueron los efectos de la guerra sobre los edificios sino sobre las personas, ya que parecían haber perdido todo sentido del orden. Acuciadas por el hambre habían empezado a rebelarse. La caballería cargaba contra ellas mientras calles enteras eran devoradas por las llamas. Harry se encontraba en el vestíbulo de un hotel en Berlín cuando de pronto unos revolucionarios socialistas empezaron a

disparar sus ametralladoras y la sangre de una persona que estaba a su lado cayó sobre sus manos.⁵⁰ La civilización, concluyó para sí, era tan frágil como el carácter de la mujer de aquel granjero de Altoona que había conocido en su infancia. Podía romperse en pedazos. A partir de entonces, y durante el resto de su vida, Harry no pudo dejar de sentir que la sociedad americana podía quedar reducida a escombros en tan poco tiempo como lo había sido Europa.⁵¹

En 1926 se le trasladó desde las grises ruinas de Europa a las azuladas aguas de las Bahamas, pero Harry no era de los que buscan relajarse.⁵² La Ley Seca se encontraba entonces en su

apogeo: la población quería beber y los contrabandistas querían vender, así que el whisky corría por las islas como si fuera agua.⁵³ Harry estaba fuera de sí. Los contrabandistas eran indios y centroamericanos plagados —según creía él— de «enfermedades repugnantes y contagiosas» que se extenderían a cualquiera que fuera lo bastante estúpido como para beber el licor que fabricaban.⁵⁴

«Denme un buen rifle y yo pararé a esos cabrones», dijo uno de los colegas de Harry,⁵⁵ y siguiendo esa misma línea, Harry anunció a sus jefes que solo había una forma de hacer que la Ley Seca funcionase: haciendo un despliegue

extraordinario de fuerza. Era preciso enviar a la Marina para que persiguiese a los contrabandistas por las costas del país. Tenían que prohibir la venta de alcohol por motivos médicos. Imponer condenas de prisión mucho más severas a los traficantes de alcohol hasta que lograsen encerrarlos a todos.⁵⁶ En suma, debían librar una guerra implacable contra el alcohol hasta que no fuese más que un recuerdo.

En apenas unos años, Harry pasaría de ser un eficaz agente de la Ley Seca, aunque frustrado, a dirigir una oficina gubernamental en la capital del país. ¿Que cómo lo hizo? Resulta difícil saberlo, pero sin duda debió de serle de

gran ayuda su matrimonio con Martha Denniston, una joven que pertenecía a una de las familias más ricas del país, los Mellon. De esa forma se convirtió en pariente cercano del secretario del Tesoro, Andrew Mellon, y la Oficina Federal de la Prohibición pertenecía justamente al Tesoro.

Harry fue consciente de la debilidad de su posición desde el mismo momento en que se hizo cargo de la agencia. Desencadenar una guerra contra unas sustancias concretas (cocaína y heroína, ambas ilegalizadas en 1914) no era suficiente. Estas drogas solamente

las consumía una pequeña minoría y, por tanto, no se podía mantener activo a todo un departamento con semejantes migajas. Harry necesitaba más.

Justo cuando estaba dándole vueltas a esta idea, empezó a reparar en ciertas noticias de la prensa que llamaron mucho su atención. Algunas tenían titulares tan llamativos como el publicado por el *New York Times* en su edición del 6 de julio de 1927: «Una familia mexicana se vuelve loca».⁵⁷ Y la noticia decía: «Una viuda y sus cuatro hijos han perdido el juicio después de haber ingerido plantas de marihuana. Según los médicos que los han atendido, no es posible salvar la vida de los

niños, aunque sí la de la madre, que sin embargo no podrá recuperar la cordura». Al parecer la mujer no tenía dinero para comprar comida, así que decidió comerse algunas de las plantas de marihuana que cultivaba en su jardín. Poco después, «los vecinos, alarmados por los estallidos de risa enloquecida que habían oído, se acercaron presurosos a la casa, donde encontraron a la familia entera presa de la locura».

Durante mucho tiempo Harry había desestimado el cannabis porque consideraba que no sería más que una molestia innecesaria que le distraería de las drogas importantes que quería combatir.⁵⁸ Para él no era una sustancia

adictiva,⁵⁹ y, según decía, «posiblemente no haya falacia más absurda» que afirmar que esta droga provoca delitos violentos.

Pero de pronto empezó a defender la postura contraria. ¿Y por qué? Pues porque creía que los dos grupos más temidos en Estados Unidos —los inmigrantes mexicanos y los afroamericanos— consumían mucho más cannabis que los blancos,⁶⁰ y de hecho en su comparecencia ante el Comité de Presupuesto del Congreso presentó un panorama espeluznante de la situación a la que conduciría ese consumo. Según sus informaciones, «estudiantes de color de la Universidad de Minnesota salían

de fiesta con otras estudiantes (blancas) y se ganaban su simpatía contándoles historias de persecución racial. ¿Y cuál era el resultado? Muy sencillo: embarazo». ⁶¹ Declaraciones como esta fueron uno de los primeros indicios de lo que vendría en el futuro.

Anslinger escribió a treinta expertos en el tema para preguntarles acerca de algunos asuntos relativos a la marihuana. Veintinueve respondieron que sería un error prohibir esta droga, y que, en líneas generales, se la estaba presentando en la prensa de una manera completamente inadecuada. ⁶² Anslinger, sin embargo, decidió pasarlos por alto y

citar en su lugar al único experto que consideraba la marihuana como algo nocivo que debía ser erradicado.

Basándose en este único testimonio, advirtió a los ciudadanos sobre lo que podría sucederles si llegaran a fumar hierba. Primero se cae en un estado de «ira delirante». Después se ve uno asaltado por «sueños [...] de carácter erótico». Luego «se pierde el dominio del pensamiento racional». Y por último se vería ante un desenlace inevitable: «La locura».⁶³ Por lo tanto, si una persona se encontrara bajo los efectos del cannabis, podría llegar a salir a la calle y matar a alguien,⁶⁴ y todo habría terminado antes de que

podría darse cuenta de que había abandonado la habitación, porque, como resaltaba Harry, la marihuana «convierte al hombre en un animal salvaje». ⁶⁵ De hecho, «si el abominable monstruo de Frankenstein se las viera con el monstruo de la marihuana se moriría de miedo». ⁶⁶

Uno de los médicos que se puso en contacto con Harry fue Michael V. Ball, pero si lo hizo fue porque no compartía su visión de las drogas, ya que mientras estaba en la facultad había tomado extracto de cannabis y únicamente le había provocado somnolencia. Por eso tenía la sospecha de que las historias que circulaban sobre dicha droga no

eran ciertas. Puede que el cannabis, tal como decían, volviera a la gente loca en un número ínfimo de casos, pero era muy posible que las personas que reaccionaban de esa manera sufrieran ya antes de algún problema mental que todavía no se había manifestado. En consecuencia, argumentaba Ball, era preciso realizar estudios de laboratorio rigurosos para averiguar la verdad, y así se lo expresaba a Anslinger para que lo considerase.

Este le replicó con firmeza: «El mal de la marihuana no es algo que se pueda seguir postergando»,⁶⁷ y, por lo

tanto, no estaba dispuesto a financiar ningún estudio independiente, ni en ese momento ni en el futuro.⁶⁸

A lo largo de los años, algunos otros médicos siguieron presentándole pruebas de que estaba en un error, pero Anslinger se limitaba a espetarles que estaban «adentrándose en terreno peligroso»⁶⁹ y que deberían vigilar sus palabras. Además ordenó a la policía de todo el país que buscaran casos en los que la marihuana hubiera provocado el asesinato de alguna persona, y al poco empezaron a llegar a su despacho infinidad de historias de esas.⁷⁰

Para Harry, y para el resto del país, el caso determinante fue el de un hombre llamado Victor Lacata. A este joven de veintiún años originario de Florida se le consideraba «un muchacho sensato y bastante tranquilo»,⁷¹ hasta el día en que se puso a fumar cannabis. Entonces, poseído por un «sueño de marihuana»⁷² en el que creía ser atacado por unos hombres que le iban a cortar los brazos, cogió un hacha y descuartizó a su madre, a su padre y a sus tres hermanos.

La prensa, incitada por Harry, hizo famoso el caso de Lacata.⁷³ Si los hijos de los lectores empezaban a fumar marihuana, a estos últimos les daría por pensar que también ellos podrían acabar

descuartizados a manos de su prole. Sin embargo no fue Anslinger quien ideó estos argumentos;⁷⁴ de hecho, se habían difundido a finales del siglo XIX en México, donde la gente estaba firmemente convencida de que la marihuana te vuelve, literalmente, loco. Y tampoco fue el único que los impulsó en Estados Unidos, ya que a la prensa le encantaban esas historias, sobre todo a los medios de William Randolph Hearst. La novedad residía en que Anslinger les dio por primera vez el respaldo de un departamento del Gobierno que iba a difundirlas por toda la nación y además con el sello «oficial» que certificaba su

veracidad. De las nubes de humo del cannabis salen otros Víctor Lacata muy cerca de nosotros, advertía Anslinger.

Y sus advertencias funcionaron. La gente empezó a exigir más fondos para la Oficina Federal de Estupefacientes, para que pudiera salvarles de aquella horrible amenaza.⁷⁵ El problema de Harry —esto es, la fragilidad de su nuevo imperio— estaba empezando a desaparecer.

Unos años más tarde, el profesor de Derecho John Kaplan volvió a revisar el historial médico de Víctor Lacata.⁷⁶ Según los psiquiatras que lo examinaron, el paciente sufría desde hacía tiempo una demencia «aguda y de

carácter crónico». ⁷⁷ En su familia había antecedentes de personas que habían padecido una enfermedad mental de índole similar —tres de ellas internadas en una institución especializada— y, un año antes de los asesinatos, la policía de la ciudad había intentado ingresar a Victor Lacata en un hospital psiquiátrico, pero sus padres insistieron en que preferían cuidar ellos mismos de su hijo. Los psiquiatras estaban convencidos de que el consumo de cannabis no tenía ninguna relevancia en el caso de Lacata, hasta el punto de que ni siquiera lo mencionaron en su historial clínico. ⁷⁸

Pero Anslinger tenía al fin la historia que buscaba. En una conocida alocución radiofónica, afirmó: «Atención, padres, estad atentos. Vuestros hijos [...] se ven expuestos a un peligro de nuevo cariz que adopta la forma de un cigarrillo pero que está relleno de una droga, la marihuana. Los jóvenes acaban esclavizados por este estupefaciente, al que siguen siendo adictos hasta que, una vez socavadas sus facultades mentales, caen en la demencia [y] hace que cometan crímenes y actos violentos». ⁷⁹

Harry se apegó a esta historia contra viento y marea, porque mientras por un lado sostenía, frente a un muro de

escepticismo, que la marihuana provocaba locura, por otro había hecho un descubrimiento increíble. Todos se habían burlado de él cuando reveló que existía la Mafia. ¿Qué pruebas tenía?, le preguntaron ásperamente. Ahora, gracias a sus agentes, Anslinger podía demostrar que la Mafia no solo era algo real, sino que además era una organización de mucha mayor entidad de lo que habían imaginado. En un álbum de recortes había ido recopilando datos de los ochocientos mafiosos que operaban en Estados Unidos.⁸⁰ Sus redadas demostraban que estaba en lo cierto, pero las autoridades se seguían negando a creerle y, con bastante torpeza,

preferían mirar a otro lado.⁸¹ Algunos de ellos eran corruptos;⁸² otros no querían alterar sus historiales impolutos metiéndose en una cruzada conflictiva y preñada de dificultades como aquella;⁸³ y otros, sencillamente, tenían miedo. No en vano, el jefe de policía de Nueva Orleans, David Hennessy, había sido asesinado por investigar con demasiado ahínco a la Mafia.⁸⁴

Después de aquel primer caso, Anslinger empezó a confiar en que todas sus otras sospechas se acabaran confirmando. Lo único que tenía que hacer era desafiar a los «expertos» y seguir fiel a su instinto hasta que

finalmente quedara demostrado que él tenía más razón de lo que cualquiera hubiera podido predecir.

Anslinger redobló su campaña contra las drogas. Las consecuencias más aterradoras de la marihuana — advertía— se daban en los negros. Esta droga hacía que se olvidaran de las barreras raciales y dieran rienda suelta a su deseo con las mujeres blancas.⁸⁵ Obviamente, en la década de 1930 cada cual hablaba de raza en términos muy distintos, pero la intensidad de las opiniones defendidas por Harry escandalizaba incluso en aquellos años, y cuando se supo, por ejemplo, que en un informe interno se refería a un

sospechoso como un «negrata», Joseph P. Guffey, senador por Pensilvania, el estado natal de Anslinger, exigió su dimisión. Tiempo después, cuando uno de los pocos agentes de color a las órdenes de Anslinger, un hombre llamado William B. Davis, se quejó de que sus colegas se dirigieran a él llamándole «negro», Anslinger lo despidió ipso facto.⁸⁶

No pasaría mucho tiempo antes de que empezara a tratar a sus críticos de la misma forma. Cuando la Asociación Médica Americana presentó un informe en el que desacreditaba algunas de sus afirmaciones más conflictivas, Anslinger anunció que si alguno de sus agentes era

sorprendido con una copia del mismo sería despedido en el acto.⁸⁷ Y cuando algún tiempo después se enteró de que un profesor llamado Alfred Lindesmith sostenía que los drogadictos debían ser tratados de una forma personal y humana, Harry ordenó a sus hombres⁸⁸ que advirtieran a la universidad donde enseñaba Lindesmith de que se le relacionaba con una «organización criminal»,⁸⁹ pero además mandó intervenir su línea telefónica⁹⁰ y envió a unos cuantos de sus hombres para decirle que mantuviera la boca cerrada.⁹¹ Harry no podía controlar la circulación de drogas,⁹² pero había

empezado a comprender que sí que podía controlar la circulación de las ideas, aunque no solo iba a tener que silenciar a científicos.

A juzgar por sus escritos, Anslinger estaba obsesionado con Billie Holiday, y por eso pensé que en esa historia debía de haber algo importante. Si quería averiguar cuál era ese elemento oculto tenía que localizar a todos los que hubieran conocido a Billie y que aún estuvieran vivos para que me facilitasen información sobre ella.⁹³ Pues bien, precisamente una de esas personas —su ahijado, Bevan Dufty— me contó que su madre había sido una de las mejores amigas de Billie y que

estaba convencida de que Billie había sido en realidad asesinada por las autoridades. Dufty conservaba en el desván de su casa algunos de los escritos de su madre en los que trataba este asunto, los cuales habían permanecido ocultos durante años. Y viendo mi interés tuvo la gentileza de mostrármelos. Cuando cotejé las declaraciones de los amigos de Billie así como las biografías de la cantante con todo lo que guardaba Harry en sus archivos, empecé a ver esta historia con más claridad.

El jazz representaba justamente lo contrario de todo aquello en lo que Harry creía. El jazz es algo improvisado y relajado, una música de estilo libre. De hecho marca su propio ritmo. Y lo peor de todo, es una mezcla de música europea, caribeña y africana que acabó tomando forma en las costas de Estados Unidos. Para Anslinger era la anarquía musical, además de una prueba de que los impulsos primitivos de los negros siempre están subyacentes en ellos, aguardando la oportunidad propicia para salir a la luz. Según uno de sus informes internos, el jazz «sonaba como la jungla en plena noche».⁹⁴ En otro memorándum advertía de que la música de los negros

«recupera los antiguos ritos de las Indias Orientales, sumamente indecentes». ⁹⁵ Las vidas de los *jazzmen*, decía, están «plagadas de guarrerías». ⁹⁶

Sus agentes, por su parte, le informaron de que «muchos de los músicos de jazz creían que tocaban maravillosamente cuando estaban bajo los efectos de la marihuana, pero en realidad ca[en] irremediablemente en la confusión y toc[an] de manera horrorosa». ⁹⁷

La Oficina Federal de Estupefacientes creía que la marihuana ralentiza sustancialmente la percepción del tiempo ⁹⁸ y que por ese motivo el

jazz sonaba de una manera tan peculiar: los músicos vivían literalmente a un ritmo diferente, fuera de la escala humana. «La música cautiva —decía un informe—, pero esta no lo hace.»⁹⁹ En realidad, Harry consideraba el jazz como una prueba más de que la marihuana lleva a la locura. Así, por ejemplo, la canción *That Funny Reefer Man*¹⁰⁰ decía en uno de sus versos «*Any time he gets a notion, he can walk across the ocean*» [«Cada vez que tiene una idea, es capaz de caminar sobre las olas»]. Y los agentes de Harry señalaban: «[Ese tipo] está convencido de que puede hacerlo».

Anslinger veía en el jazz a una plétora de hombres como Charlie Parker,¹⁰¹ Louis Armstrong¹⁰² y Thelonious Monk¹⁰³ y —tal como apuntaba el periodista Larry Sloman— ansiaba verlos a todos entre rejas.¹⁰⁴ A los agentes que había enviado en su persecución les envió por escrito las siguientes instrucciones: «Preparen todos los casos que hallen en su jurisdicción en los que estén implicados músicos que hayan violado las leyes relativas a la marihuana. Vamos a organizar una gran redada a nivel nacional para arrestarlos a todos en un solo día. En breve les haré saber cuándo se llevará a cabo». ¹⁰⁵ A la hora de

realizar un arresto por drogas, aconsejaba a sus hombres «disparar primero». ¹⁰⁶

En cuanto a los congresistas, intentó tranquilizarlos asegurándoles que sus enérgicas medidas no iban a afectar «a los músicos buenos sino solamente a los músicos de jazz». ¹⁰⁷ Sin embargo, cuando Harry fue tras ellos, resultó que el entorno del jazz guardaba un arma que a la postre iba a ser su salvación: la solidaridad incondicional de todos sus miembros. Esa es la razón por la que los hombres de Harry apenas pudieron encontrar a nadie que estuviera dispuesto a delatar a sus compañeros, ¹⁰⁸ y cuando lograban

trincar a alguno, los demás reunían el dinero necesario para pagar la fianza.¹⁰⁹

Al final resultó que hasta el Departamento del Tesoro consideraba una pérdida de tiempo seguir actuando contra una comunidad que no había forma de doblegar, y así se lo hizo saber a Anslinger,¹¹⁰ que redujo su zona de operaciones hasta dejarla concentrada en un solo punto: la mejor vocalista de jazz que haya existido jamás.

Billie Holiday vino al mundo pocos meses antes de que fuera promulgada la Harrison Act,¹¹¹ la

primera ley que prohibía la cocaína y la heroína, y que a lo largo de su vida llegaría a ser como una hermana gemela para ella.¹¹² Poco después de que Billie naciera, su madre, Sadie, una joven de diecinueve años, había empezado a ejercer la prostitución, mientras que su padre, de diecisiete, desaparecía sin dejar rastro.¹¹³ Tiempo después fallecía de neumonía porque en el Sur no pudo encontrar ningún hospital que tratara a hombres de color.¹¹⁴

Billie se crió sola en las calles de Baltimore, desafiando las dificultades. Por aquel entonces Baltimore era la única ciudad de Estados Unidos que no disponía de alcantarillado,¹¹⁵ de

manera que Billie se pasó la infancia entre las nubes de humo maloliente que generaba la quema de los residuos domésticos.¹¹⁶ El gélido barrio del extrarradio en el que vivía era conocido como Pigtown y muchos de sus habitantes vivían en chabolas. La pequeña Billie se ocupaba cada día de lavar y asear a su bisabuela, una anciana que siempre estaba contándole historias de su juventud, cuando era esclava en una plantación de Virginia.¹¹⁷

Billie no tardaría mucho en aprender que había muchos lugares en los que tenía vetada la entrada simplemente por el color de su piel. En un establecimiento que vendía perritos

calientes solo se le permitía entrar si no había nadie a la vista, pero si trataba de comérselos en el interior, le echaban un buen rapapolvo aun cuando no hubiera nadie mirando.¹¹⁸ Su instinto le decía que aquello no estaba bien y que era preciso cambiarlo, así que un día se hizo una promesa a sí misma: «Un día tomé una decisión: jamás haría ni diría nada que no sintiera. Nada de “por favor, señor” ni “gracias, señora”. No, a menos que realmente lo sintiera. Solamente alguien pobre y negro sabe cuántas veces le van a golpear por el mero hecho de intentar hacer algo tan

sencillo como eso». ¹¹⁹ Esta promesa iba a definir su vida... y su actitud frente a Harry.

Cuando tenía diez años, un vecino suyo —un hombre de unos cuarenta años llamado Wilbert Rich— se presentó en su casa diciéndole que su madre le había enviado a buscarla. ¹²⁰ Tenía que llevarla a la casa de otra persona, dijo, donde debía esperar a su madre. Billie se sentó y esperó y esperó, pero su madre no venía; estaba oscureciendo cuando, cansada, dijo que tenía sueño. El hombre la llevó entonces a una cama. Y cuando estaba acostada se abalanzó sobre ella y la violó.

Billie chilló y le clavó las uñas y cuando pedía ayuda a gritos, alguien debió de oírla, pues la policía acabó apareciendo por la casa.¹²¹ Sin embargo, apenas entraron en la habitación se hicieron su propia composición de la escena. Billie, según ellos, era una prostituta que había engañado a aquel pobre hombre. De modo que la metieron dos días en un calabozo. Meses más tarde, Wilbert Rich fue condenado a tres meses de cárcel y Billie a un año de reclusión en un reformatorio.¹²²

Las monjas que dirigían el centro, un recinto amurallado y completamente aislado, miraron a la chiquilla y

rápídamente llegaron a la conclusión de que estaban ante una niña mala a la que había que meter en vereda. Billie, sin embargo, se obstinaba en burlar sus intentos de control, así que las monjas decidieron «darle una lección». ¹²³ La llevaron a una habitación en la que no había más que un cadáver, cerraron la puerta y la dejaron allí sola toda la noche. Billie aporreó la puerta hasta que se le ensangrentaron las manos, pero nadie acudió. ¹²⁴

Cuando se marchó —del convento y también de Baltimore— estaba decidida a encontrar a su madre, que, por lo que sabía, estaba en Harlem. ¹²⁵ Llegó en autobús un frío día de invierno

y se dirigió a la última dirección que le habían dado de ella, que para su sorpresa resultó ser la de un burdel.¹²⁶ Su madre trabajaba allí por una miseria, y con su exiguo salario no tenía forma de mantener a las dos. De manera que no pasó mucho tiempo antes de que Billie fuera expulsada de la casa; tenía tanta hambre que apenas podía respirar sin sentir dolor. Así las cosas, Billie empezó a convencerse de que no tenía más que una salida. Se dirigió a un prostíbulo y la madama se ofreció a darle el 50 % de lo que cobrara por acostarse con otros hombres.¹²⁷ Billie tenía entonces catorce años.

Pronto tuvo su propio chulo. Louis McKay era un tipo violento y vulgar que iba a romperle las costillas y a golpearla hasta la extenuación. Años más tarde concertaría un encuentro con Harry Anslinger, algo que sería crucial, e incluso trabajaría para él. En apenas unos años, la madre de Billie iba a aconsejarla que se casara con él: Louis, según dijo, era un hombre muy amable.¹²⁸

Un día Billie fue detenida por ejercer la prostitución,¹²⁹ pero una vez más, en lugar de liberarla de su chulo y de las violaciones sufridas, fue castigada.¹³⁰ Se la envió a la cárcel de Welfare Island y, cuando salió, fue en

busca de las sustancias más duras y que más alto la hicieran volar. En un principio se inclinó por White Lightning,¹³¹ un whisky de maíz con un 70 % de alcohol; pero a medida que fue haciéndose mayor trató de mitigar su dolor acudiendo a drogas más duras. Una noche, un blanco de Dallas llamado Speck le enseñó a ponerse heroína.¹³² Solo había que calentar la heroína en una cuchara e inyectársela luego en las venas.¹³³ Cuando no estaba bajo los efectos del alcohol o de las drogas,¹³⁴ Billie caía en el pozo negro de la depresión y se sentía tan intimidada que apenas podía articular palabra.¹³⁵ Todavía se despertaba gritando en mitad

de la noche, atenazada por el recuerdo de su violación y su encarcelamiento.¹³⁶

«Soy drogadicta y sé que eso no es bueno —le dijo a un amigo—, pero es lo único que me hace ser consciente de que existe alguien llamado Billie Holiday [...]. Y Billie Holiday soy yo.»¹³⁷

Sin embargo, por aquel entonces iba a descubrir algo más. Un día estaba medio muerta de hambre, después de haber estado deambulando por los garitos de Harlem en busca de trabajo y recibiendo siempre la misma respuesta: que no había nada para ella. Al final entró en un local llamado Log Cabin y se ofreció como bailarina, pero cuando intentó dar unos pasos resultó obvio que

no era lo bastante buena. Desesperada, le dijo al propietario que podría trabajar de cantante. Él señaló a un viejo pianista que estaba en la esquina y le pidió a Billie que propusiera una canción.¹³⁸ Cuando empezó a interpretar *Trav'lin' All Alone*, los clientes dejaron a un lado sus bebidas y se pusieron a escucharla con atención. Y cuando sonaron los últimos compases de la siguiente canción, *Body and Soul*, tenían lágrimas en las mejillas.¹³⁹

Billie imponía siempre su propio ritmo, tanto en la música como en la vida. En una celebración de Fin de Año, un marinero vio que le servían una copa y preguntó: «¿Desde cuándo se sirve

aquí a las zorras negras?». Billie le estampó una botella en la cara.¹⁴⁰ En otra ocasión se hallaba en un bar distinto, cuando un grupo de soldados y marineros se pusieron a apagar sus cigarrillos en su abrigo de visón.¹⁴¹ Billie entregó el abrigo a un amigo para que se lo sostuviera, cogió un cenicero con forma de diamante y los dejó fuera de combate.

Sin embargo, en lo que concierne a los hombres que pasaron por su vida, esa tendencia a la autodefensa desaparecía como por ensalmo.¹⁴² Louis McKay, que había ascendido de proxeneta a «mánager» y marido, le robó prácticamente todo su dinero.

Después de su extraordinaria actuación en el Carnegie Hall, le propinó tantos puñetazos en la cara que salió volando.¹⁴³ Su historia, para entonces, estaba a punto de chocar con la de Harry Anslinger. Y es que este había estado observándola con mucha atención.

Harry había oído rumores de que aquella nueva estrella negra de la canción consumía heroína, así que pidió al agente Jimmy Fletcher que no se despegase de ella.¹⁴⁴ La verdad es que detestaba contratar a agentes negros, pero si enviaba blancos a Harlem y Baltimore no podrían pasar

inadvertidos.¹⁴⁵ Jimmy Fletcher era la solución. Su tarea consistía en arrestar a los de su propia raza, aunque Anslinger no dejaba de recalcar que, en la agencia, ningún negro podría llegar nunca a ser jefe de un blanco. A Jimmy se le había permitido traspasar el umbral de la agencia pero jamás se le permitiría ascender. Era, y seguía siendo, un «infiltrado»,¹⁴⁶ es decir, un agente que recorría las calles tratando de averiguar quién vendía, quién compraba y quién tenía que ser arrestado. En el ejercicio de sus funciones solía llevar mucha droga encima, pero es que además se le

permitía comprar drogas para ganarse la confianza de las personas a las que tramaba detener.

Muchos agentes en su posición consumían heroína con sus clientes para «demostrar» que no eran de la policía.¹⁴⁷ No sabemos si Jimmy adoptaba esa misma táctica, pero lo que sí sabemos es que no se apiadaba de los drogadictos. «Nunca conocí a ninguna víctima —decía—. Cuando te enganchas a la droga te conviertes en tu propia víctima.»¹⁴⁸

La primera vez que vio a Billie estaba en el piso de su cuñado, bebiendo tanto alcohol como para tumbar a una mula y esnifando cocaína sin parar.¹⁴⁹

La segunda fue en un burdel de Harlem, haciendo exactamente lo mismo. Si Billie estaba dotada para algo, además de para la música, era para la invención de improperios: ¹⁵⁰ que te llamara «hijo de puta» era todo un cumplido por su parte. ¹⁵¹ No sabemos cuándo se lo llamó a Jimmy por primera vez, pero no pasaría mucho tiempo antes de que reparara en aquel hombre que estaba siempre merodeando por allí, al acecho, y que hasta llegó a gustarle.

Cuando enviaron a Jimmy para que procediera con la detención, llamó a la puerta diciendo que tenía que entregarle un telegrama. Julia Blackburn, biógrafa de Billie Holiday, tuvo la oportunidad

de revisar la única entrevista que concedió Jimmy Fletcher —hoy en día perdida por los propios archivos encargados de su conservación— y escribió en extenso acerca de lo que aquel recordaba sobre la detención:

—¡Pásalo por debajo de la puerta!
—clamó Billie.

—Es demasiado grande para que pase —replicó él.

Billie le dejó entrar. Estaba sola en la habitación. Jimmy se sentía incómodo, así que le dijo:

—Billie, ¿por qué no nos lo pones fácil y nos entregas lo que tengas, si es que guardas algo? Si no tendremos que

registrarlo todo, revolver tu ropa y todas tus cosas. Así es que ¿por qué no lo hacemos así?¹⁵²

Pero en esas llegó el compañero de Jimmy y mandó a buscar a una agente para que cacheara a Billie.

—No es necesario. Me quitaré la ropa —dijo Billie—. Solo quiero saber si me dejaréis marchar en cuanto me hayáis cacheado, porque lo único que va a hacer la agente es sobarme el coño.

Billie se desnudó allí mismo y luego se fue al baño y orinó delante de ellos, retándolos a mirarla.

Cuando Billie cantaba *Loverman*, *where can you be?* no era un hombre lo que pedía a gritos: era heroína.¹⁵³ Pero cuando se enteró de que sus amigos del mundo del jazz tomaban la misma droga que ella, les pidió que lo dejaran.¹⁵⁴ «No me imitéis —clamaba—. No hagáis nunca eso.»

Billie seguía intentando dejar las drogas. Hacía que sus amigos la mantuvieran encerrada en sus casas día tras día mientras pasaba el síndrome de abstinencia. Y cuando volvía a buscar a sus camellos se maldecía a sí misma llamándose «Holiday la cobarde».¹⁵⁵ ¿Por qué no era capaz de dejarlo? «Ya es bastante duro salir de la droga cuando

tienes a alguien que te quiere, que confía y cree en ti. Yo no tenía a nadie», escribió Billie. En realidad, añadía, no era del todo cierto. Tenía a los agentes de Anslinger, «que apostaban su tiempo, su dinero y hasta la suela de sus zapatos a que me cogerían. No hay nadie que pueda vivir así». ¹⁵⁶

La mañana en que la detuvo por primera vez, Jimmy se llevó aparte a Billie y le prometió que hablaría personalmente con Anslinger. «No quiero que te quedes sin trabajo», añadió. ¹⁵⁷

Poco después se la encontró por casualidad en un bar y compartió mesa con ella y *Chiquita*, su chihuahua, y

estuvieron charlando durante horas.¹⁵⁸ Y entonces, una noche que estaban en el club Ebony acabaron bailando juntos: Billie Holiday y el agente de Anslinger moviéndose juntos al compás de la música.

«Yo hablé con ella de tantas cosas y con tanta confianza...», recordaría Fletcher años más tarde. «Era una de esas personas que caían bien a todo el mundo porque era todo amor.»¹⁵⁹ El hombre que Anslinger había enviado para seguir y detener a Billie, por lo visto se había enamorado de ella.¹⁶⁰ Y es que frente a un auténtico drogadicto, en el trato íntimo, el odio desaparecía.

A Anslinger, pese a todo, se le iba a brindar una oportunidad de atrapar a Billie, y esa oportunidad vendría precisamente del mundo del jazz. Billie se presentaba en los conciertos tan magullada por los golpes de Louis McKay que, antes de salir a cantar, tenían que vendarle las costillas.¹⁶¹ Tenía demasiado miedo para denunciarlo a la policía, pero al final consiguió reunir el valor necesario para cortar con él.

«¿Y por qué tengo que aguantarle a esta zorra todo eso? Es una zorra cualquiera», decía McKay, furioso. «Si tengo una zorra, o me hace ganar pasta, o no quiero saber nada de ella. Yo no

quiero su coño.»¹⁶² Había llegado a sus oídos que Harry Anslinger buscaba información sobre Billie, y McKay sentía curiosidad. «[Billie] se ha librado de mucha mierda», dijo McKay, no sin añadir que quería que «el culo de Holiday [acabase] en algún rincón del East River». Este, parece, fue el factor decisivo. «Tengo material suficiente para acabar con ella —afirmaba—. Voy a apretarle las tuercas, haré que no lo olvide en su vida.» McKay viajó a Washington para reunirse con Harry y allí accedió a tenderle una trampa a Billie.¹⁶³

Cuando volvieron a detenerla se la enviaron al juez.¹⁶⁴ Al llegar a la sala del tribunal estaba pálida y aturdida. «Ellos lo llamaban “Estados Unidos de América contra Billie Holiday” y eso es lo que parecía», dijo.¹⁶⁵ Cuando subió al estrado no quiso llorar.¹⁶⁶ Le dijo al juez que no buscaba compasión. Que lo único que quería es que la enviaran a un hospital para poder abandonar las drogas y recuperarse. «Quiero curarme», concluyó.¹⁶⁷

El juez, sin embargo, condenó a Billie a un año de prisión en un correccional de mujeres de Virginia Occidental¹⁶⁸ en el que tuvo que pasar sola el síndrome de abstinencia y en el

que, entre otras cosas, se la obligó a cuidar cerdos.¹⁶⁹ En el tiempo que estuvo encerrada no cantó ni una sola nota.¹⁷⁰ Cuando años más tarde publicó su autobiografía, se encargó de localizar a Jimmy Fletcher¹⁷¹ y enviarle un ejemplar firmado. En el libro, Billie había escrito lo siguiente: «La mayoría de los agentes federales son buenos tipos. Se les ha encargado un trabajo sucio y ellos cumplen con su obligación. Algunos de los mejores son lo bastante sensibles como para odiarse a sí mismos por lo que hacen. [...] Tal vez me habrían hecho un favor si hubiesen sido menos amables conmigo, pues en ese caso no habría confiado tanto en ellos

como para creer lo que me decían». ¹⁷²
Billie estaba en lo cierto: Jimmy nunca dejó de sentirse culpable por lo que había hecho a Lady Day. Como escribió uno de sus amigos: «Billie “pagó su deuda” con la sociedad, pero la sociedad nunca pagó la deuda que había contraído con ella». ¹⁷³

Al haber estado en la cárcel, Billie se vio privada de su licencia para actuar en cabarets sobre la base de que sus canciones podrían herir la moral del público. Es decir, que no se le permitía cantar en ningún local que vendiera

bebidas alcohólicas, lo cual incluía todos los clubes de jazz de Estados Unidos.¹⁷⁴

«¿Qué es lo más cruel que se le puede hacer a una persona?», me preguntaba Yolande Bavan en 2013. «Apartarla de aquello que más quiere.» Billie había sido capaz de sobreponerse a todo, pero ¿podría sobrevivir a aquello? «Uno se desespera cuando no tiene el control de su vida. Porque no puedes dedicarte a aquello que te apasiona y que ha sido tu medio de vida y que además ha llevado la alegría a tantas personas del mundo entero», dice Bavan. Al final habían conseguido silenciar a Billie. Ya no tenía dinero

para cuidar de sí misma o para comer decentemente. Ni siquiera podía alquilar un apartamento a su nombre.

Una noche Billie había bebido mucho más de la cuenta y un amigo suyo, Greer Johnson, la encontró sollozando en el suelo.

—¡A la mierda! Vive Dios que no voy a volver a cantar nunca más.

—¿Y qué demonios vas a hacer si no cantas? —fue la pregunta de Greer según relata Julia Blackburn.

—¡Me importa un carajo!

—Perfecto. ¿Y luego qué vas a hacer, Billie?

Billie murmuró:

—Volveré a cantar.

—Claro que sí —dijo Greer—, lo harás.¹⁷⁵

Otro de sus amigos le decía que podría ahorrar el dinero suficiente para retirarse a una casa con jardín y criar allí a sus niños. «¿Crees que puedo hacerlo? ¿De verdad lo crees?», preguntaba, incrédula.¹⁷⁶ Su sueño dorado era hacerse con una casa enorme en el campo y convertirla en un hogar para huérfanos en el que ella misma se ocuparía de la cocina.¹⁷⁷ En ocasiones iba a visitar a su ahijado, el pequeño Bevan Dufty, a la vivienda que tenía la familia en la calle Noventa y cuatro y ella le daba de mamar. Aunque no tenía

leche, aquello parecía darle seguridad. «Es mi pequeño, zorra», le decía a su madre entre risas.

Solo había otra cosa que podía calmarla: recuperar aquellas viejas costumbres de la niñez que tanto le gustaban. Por ejemplo, pasarse el día entero tumbada en la cama leyendo cómics de Supeman y riéndose de lo lindo. Un día se fue a Central Park con una amiga.¹⁷⁸ Allí no se les ocurrió otra cosa que dar LSD a unos caballos y salir a pasear en su calesa. El conductor estaba perplejo: ¿por qué sus caballos no seguían la ruta habitual? Desde la calesa se oía el estallido de risas de Billie.

Pero cuando se veía obligada a relacionarse con otras personas Billie se volvía paranoica. Si Jimmy Fletcher había sido uno de Ellos, ¿quién más lo sería? Billie estaba convencida —con toda la razón, como se demostraría más tarde— de que algunas de las personas de su entorno informaban a los hombres de Harry sobre sus actividades. «Uno no sabía en quién confiar —me dijo su amiga Yolande Bavan—. Quienes se decían amigos, ¿eran amigos de verdad? Y si no eran amigos, ¿qué es lo que eran entonces?» Adondequiera que fuera siempre había agentes preguntando por ella, solicitando información. [179](#)

Billie empezó entonces a renegar de los pocos amigos que le quedaban, pues le aterrorizaba la idea de que la policía pudiera incriminarlos por drogas como habían hecho con ella, y eso era lo último que Billie deseaba a las personas que quería.¹⁸⁰

Un día llegó a oídos de Harry Anslinger que algunas cantantes blancas tan conocidas como Billie también tenían problemas con las drogas; pero en este caso su reacción fue bien distinta. Llamó a Judy Garland, otra de las adictas a la heroína, y le pidió que fuera a verle. En una charla bastante cordial,

Anslinger le sugirió que se tomara unas largas vacaciones entre película y película¹⁸¹ y poco después escribió a sus estudios asegurándoles que la mítica estrella no tenía ningún problema con las drogas.¹⁸² Cuando descubrió que una dama de la alta sociedad a la que conocía bien —«una mujer hermosa y gentil»— estaba enganchada a sustancias ilegales, afirmó que era muy probable que no pudiera arrestarla porque «eso destruiría la intachable reputación de una de las familias más honorables de la nación».¹⁸³ Él mismo se encargaría de ayudar a la mujer a desintoxicarse pero sin aplicarle la ley.

Cuando me hallaba en sus archivos, revisando los montones de papeles desvaídos que han llegado hasta nuestros días desde que se lanzara a la guerra contra las drogas, encontré algo que en un principio me resultó difícil de entender.

Los argumentos que hoy en día justifican la guerra contra las drogas son, primero, la protección de los jóvenes frente a las drogas y, segundo, la prevención de la drogadicción en general. Cuando echamos un vistazo a la historia, damos por hecho que esos fueron los motivos por los que se inició esta guerra. Pero no es cierto. Solamente aparecían en alguna que otra ocasión

como motivos colaterales. La razón principal por la que se defendía la prohibición de las drogas —es decir, la que obsesionaba a los hombres que empezaron esta guerra— era que, según decían, quienes tomaban dichas sustancias eran los negros, los mexicanos y los chinos y que, al hacerlo, olvidaban su lugar en la sociedad y amenazaban a la población blanca.¹⁸⁴

A mí me llevó un tiempo entender que el contraste entre el racismo de que era objeto Billie y la compasión que se le brindaba a estrellas drogadictas de raza blanca como Judy Garland no era

fruto de algún extraño error de la guerra contra las drogas: era parte del problema.¹⁸⁵

Harry les dijo a los ciudadanos que «el aumento [de la drogadicción] es prácticamente del 100 % entre la población negra»,¹⁸⁶ lo cual, en su opinión, era algo aterrador porque «los negros [...] suponen el 10 % del total de la población, pero llegan a constituir el 60 % del colectivo de los drogadictos».¹⁸⁷ Ahora bien, si Anslinger pudo librar una guerra contra las drogas —y hacer lo que hizo— fue precisamente porque estaba reaccionando a uno de los miedos que sentía el pueblo americano. Y es que uno

puede ser un magnífico surfista, pero siempre necesita olas de gran altura. La ola de Harry fue el pánico racial.

Poco antes de que fuera aprobada la Harrison Act, el *New York Times* publicó una noticia bastante común en aquellos días. El titular rezaba: «La cocaína de los negros, nueva amenaza del Sur».¹⁸⁸ Por lo visto, un jefe de policía de Carolina del Norte «informaba de que un negro a quien conocía bien y que hasta entonces era inofensivo “había perdido totalmente el control” en un arrebato de locura provocado por la cocaína y había intentado apuñalar al dueño de una tienda. [...] Sabiendo que si no lo

mataba sería el otro quien acabaría con él, sacó su revólver, apuntó al corazón y disparó, pues, según declaró el propio policía, “quería que fuese una muerte rápida”. Sin embargo, el disparo no había hecho mella en él». A juzgar por las noticias publicadas en la prensa de aquel entonces, la cocaína estaba convirtiendo a los negros en unos superhombres capaces de recibir un balazo en el corazón sin inmutarse siquiera. Y esa fue la razón oficial de que en algunas comisarías del Sur se eligieran armas de mayor calibre.¹⁸⁹

Un experto en medicina lo dijo sin rodeos: «Los negros que han tomado cocaína son difíciles de matar».¹⁹⁰

Muchos americanos blancos no estaban dispuestos a aceptar que los negros pudieran llegar a rebelarse porque llevaban una vida como la de Billie Holiday: viviendo en barrios miserables y perennemente limitados en el desarrollo de sus talentos. Era más reconfortante pensar que la causa de la ira de los negros residía en un polvo blanco y que, si se eliminaba ese polvillo, los negros volverían a ser sumisos y no dudarían en doblegarse una vez más. (Michelle Alexander relata estos hechos en un libro excepcional, *The New Jim Crow*.)

Pero, en opinión de Harry, había otro grupo racial al que también era preciso mantener a raya.¹⁹¹ A mediados del siglo XIX habían empezado a llegar a Estados Unidos oleadas de inmigrantes chinos, que ahora competían con los blancos en la búsqueda de trabajo y de oportunidades.¹⁹²

Y, lo que es peor, Harry creía que también competían por las mujeres blancas. Con «esa crueldad particular propia de los orientales», los chinos, aseguraba Harry, habían desarrollado «una especial inclinación por los encantos de las mujeres caucásicas [...] de buena familia».¹⁹³ Atraían a las chicas blancas a «fumaderos de opio»

—una tradición que habían importado de su país natal—, hacían que se engancharan a la droga y luego las obligaban a cometer actos de «una depravación sexual indescriptible» durante el resto de su vida. Anslinger describe esos burdeles con todo lujo de detalles: cómo las chicas se quitaban la ropa lentamente hasta dejar a la vista las bragas, cómo daban largos besos a los chinos... y todo lo que venía después.¹⁹⁴

Una vez que conseguían que te engancharas a los opiáceos, los camellos chinos se reían en tus narices y entonces confesaban cuál era la verdadera razón por la que vendían caballo: era su forma de hacer que «la

raza amarilla gobernara el mundo». ¹⁹⁵
«Eran, según decían ellos, demasiado sabios para meterse en el campo de batalla, pues si ganaban era con ayuda de su ingenio: atacaban a la raza blanca por medio de la “hierba” y, cuando llegara el momento, serían capaces de gobernar el mundo», explicaba un alto magistrado. ¹⁹⁶

En un principio, los ciudadanos corrientes se habían encargado de poner freno al peligro amarillo por sí solos. En Los Ángeles, veintiún chinos habían sido disparados, ¹⁹⁷ colgados o quemados vivos por una turba de blancos, y en San Francisco se había obligado a los habitantes del barrio

chino a trasladarse a un zona reservada para granjas porcinas y empresas consideradas insalubres hasta que los tribunales declararon anticonstitucional dicha medida.¹⁹⁸ De manera que, llegados a ese punto, las autoridades decidieron hacer aquello para lo que mejor preparadas estaban: organizar redadas masivas en los hogares y negocios chinos aduciendo que había llegado la hora de frenar el consumo de opio. La policía hizo una enorme hoguera con el material para fumar opio que pudieron encontrar, hasta el punto de que las llamas, como señaló un observador, «llegaban a los diez metros». «Aquel asfixiante humo

extendió su pesado manto sobre el barrio chino como un paño mortuario que cubriera a un difunto.»¹⁹⁹ Justo después de aquello se redactaría la Harrison Act.

Anslinger, con todo, no fue el artífice en la sombra de esas reacciones. Él no era un hombre ingenioso, así que hizo lo mejor que sabía: presentar a sus agentes como la mano que no temblaría ante tales sacudidas. Sabía que si quería asegurar el futuro de su agencia tenía que conseguir una victoria aplastante, tanto en lo concerniente a la drogadicción como a los negros, y por ese motivo volvió a actuar contra Billie Holliday.

Para acabar con ella recurrió a su agente más duro: un hombre que no corría el riesgo de enamorarse de ella ni de ninguna otra mujer.

El japonés no podía respirar. El coronel George White —un blanco corpulento y más fuerte que un toro— tenía las manos sujetas en torno de su cuello y no le soltaba.²⁰⁰ Aquello fue lo último que vio aquel hombre. Cuando todo terminó, White declaró que había estrangulado a aquel «japo» porque estaba convencido de que era un espía. Pero, en privado, les dijo a sus amigos que no tenía la menor certeza de que su

víctima fuera un espía y que tampoco le importaba. «Muchos de mis amigos son asesinos —se jactaría años más tarde— y he pasado muy buenos ratos en su compañía.»²⁰¹ Ante sus amigos se vanagloriaba de tener colgada en su piso una fotografía del hombre que había estrangulado, siempre observándole desde la imagen.²⁰² De manera que, cuando empezó a trabajar en el caso de Billie, el coronel White estaba siendo observado por su última víctima, y eso le satisfacía.

Cuando se puso a revisar el expediente de Billie, White vio en ella a un «objetivo de lo más atrayente»²⁰³ porque en la Oficina «estaban perdiendo

el tiempo» y no podían dejar pasar la oportunidad de «trincarla». ²⁰⁴ Para entonces White ya era el agente favorito de Harry Anslinger.

A lo largo de la década de 1930 había trabajado como periodista en la ciudad de San Francisco, hasta que decidió solicitar un empleo en la Oficina Federal de Estupefacientes. Siguiendo órdenes de Harry, todos los solicitantes de empleo debían hacer un test de personalidad y, conforme a dicha prueba, resultó que White era un sádico. ²⁰⁵ Pronto sería ascendido en el escalafón de la Oficina. En un principio alcanzó cierta notoriedad por ser el primer y único blanco que se había

infiltrado en una banda de traficantes chinos, y para ello incluso había aprendido mandarín, pues de esa forma podía imitarlos hasta en sus blasfemias. En su tiempo de descanso se iba a nadar a las infectas aguas del Hudson, en Nueva York, como desafiándolas a que se atrevieran a envenenarlo.²⁰⁶

Si algo irritaba al coronel White es que aquella negra no supiera dónde estaba su lugar. «Proclamaba a los cuatro vientos su estilo de vida, exhibiendo sus fantásticos abrigos, sus coches, joyas y vestidos —se quejaba White—. Allá adonde fuera siempre iba dándose las de gran dama.»²⁰⁷

Aquel día de lluvia en que se presentó —sin una orden judicial— en la habitación de Billie en el hotel Mark Twain de San Francisco, ella llevaba puesto un pijama de seda blanco.²⁰⁸ Aquel hotel era uno de los pocos lugares en que aún se le permitía actuar y Billie necesitaba desesperadamente el dinero. Insistió en que llevaba más de un año limpia. Pero los hombres de White, alegando que habían encontrado opio en una papelería de la habitación anexa, además del instrumental necesario para inyectarse heroína en la propia habitación de Billie, se la llevaron detenida por posesión de drogas.²⁰⁹ Cuando más adelante se revisaron todos

los detalles del caso, resultó que algunos aspectos de la investigación no estaban del todo claros: por una parte, es bastante improbable que una papelería sirva como escondrijo para un alijo de droga; y, por otra, la jeringuilla de la heroína nunca se presentó como prueba porque los policías dijeron que se la habían dejado en la habitación. Cuando los periodistas interrogaron a White acerca del asunto, este se mostró arrogante, aunque, a juicio de los informadores, «parecía estar más bien a la defensiva».²¹⁰

Esa noche, White se presentó en el Café Society Uptown, donde actuaba Billie, y pidió sus canciones favoritas.

Billie siempre confió en el poder de su música para atrapar a la gente y hacerla cambiar de parecer. «Cuando todo esto haya terminado se acordarán de mí y no volverán a atormentarme»,²¹¹ decía. White no era de la misma opinión. Al mánager de Billie le había dicho: «El espectáculo de la señora Holiday nunca me pareció gran cosa».²¹²

Billie insistió en que si había droga en su habitación era porque George White la había dejado allí, y para demostrar su inocencia se ofreció a ingresar voluntariamente en una clínica; de esa manera podrían comprobar que no sufría el síndrome de abstinencia y que estaba completamente limpia de

drogas y que, por lo tanto, todo había sido una trampa urdida contra ella.²¹³

Billie ingresó en la clínica, pagando de su bolsillo los mil dólares de la factura; estaba tan limpia que ni siquiera sufría temblores.²¹⁴

Con el tiempo se descubrió que George White tenía un largo historial de seducción de mujeres por medio de drogas. Haciéndose pasar por artista,²¹⁵ atraía a mujeres a su apartamento de Greenwich Village y una vez allí ponía LSD en su bebida para ver cómo reaccionaban.²¹⁶ Una de sus víctimas fue una joven actriz que vivía en su mismo edificio,²¹⁷ mientras que otra era una hermosa rubia que trabajaba de

camarera en un bar. Como no mostraba ningún interés en White, este la drogó para ver si cambiaba de opinión.²¹⁸

«Me la trajiné a base de bien entre los viñedos porque ese era uno de los mejores placeres», declaraba ufano White. «¿Dónde [si no allí, en la Oficina de Estupefacientes] podía un americano normal mentir, matar, engañar, robar, violar y hasta saquear con el beneplácito de los Mejor Colocados?»²¹⁹ Es muy posible que White estuviera colocado cuando detuvo a Billie por tomar drogas.

El procesamiento de Billie siguió adelante. «Estaba tan abrumada por el acoso y la presión de que era objeto que

llegué a pensar en la solución final, es decir, en la muerte», escribió la propia Billie.²²⁰ Según su mejor amiga, a raíz del juicio sentía «una angustia tan fuerte como para matar a un caballo».²²¹ En el proceso, un jurado formado por doce ciudadanos corrientes siguió atentamente la sucesión de pruebas que se presentaron en contra de la artista. Al final dieron más crédito a la versión de Billie que a la defendida por Anslinger y White y, como consecuencia, emitieron un veredicto de inocencia.²²² Pero para entonces «la fama de Billie se encontraba en horas bajas —escribió Harry Anslinger—. Se le estaba quebrando la voz».²²³

En los años posteriores, muchos otros cantantes se sintieron tan intimidados por el acoso sufrido por Billie que no se atrevían a interpretar *Strange Fruit* por miedo a sufrir la misma suerte. Billie, sin embargo, no quiso dejar de cantarla. Hicieran lo que hicieran contra ella, aquella canción siempre formaba parte de su repertorio.

«Billie fue tan fuerte como pudo», me dijo su amiga Annie Ross. Al final mantuvo la promesa que se había hecho a sí misma en Baltimore, cuando era niña. Billie Holiday no se inclinaría ante nadie.

Un día se encontraba en su apartamento acompañada de un joven músico llamado Frankie Freedom, cuando justo en el momento en que este iba a servirle unas natillas de avena, cayó desmayada.²²⁴ Billie tenía entonces cuarenta y cuatro años. Se la trasladó enseguida al hospital Knickerbocker, en Manhattan, pero tras aguardar hora y media en una camilla le dijeron que a los drogadictos no se les permitía ingresar en aquel hospital.²²⁵ Uno de los conductores de la ambulancia reconoció a Billie y así acabó ingresada en el pabellón colectivo del Metropolitan Hospital de

Nueva York.²²⁶ Billie encendió un cigarrillo en cuanto le quitaron el oxígeno.²²⁷

«Hay alguien por ahí que no deja de intentar que me embalsamen», dijo bromeando;²²⁸ pero cuando volvieron los médicos le comunicaron que sufría un cúmulo de enfermedades de considerable gravedad: por una parte, estaba escuálida porque no ingería alimentos; pero es que además padecía cirrosis hepática debido a su continuado abuso del alcohol y problemas cardiacos y respiratorios como consecuencia de su abuso del tabaco, sin contar que habían detectado llagas de cierta gravedad en sus piernas, que a

todas luces se le habían formado porque estaba inyectándose heroína.²²⁹ Según su pronóstico, no le quedaba mucho tiempo de vida; Harry, sin embargo, todavía no había acabado con ella.²³⁰ «Ya verás, tesoro —avisaba Billie desde su minúscula y triste habitación en el hospital—, vendrán a arrestarme a esta maldita cama.»²³¹

Y, efectivamente, varios agentes de estupefacientes se presentaron en su habitación porque, según declararon, habían encontrado algo más de tres gramos de heroína en un sobre de papel de aluminio.²³² Este, siguieron diciendo, habría estado colgado de un clavo en la pared, a unos dos metros de

altura respecto a la cama de Billie; es decir, en un lugar al que Billie no podía llegar ni de lejos.²³³ Y añadieron que, si no les decía quién se lo había proporcionado, se la llevarían ante un gran jurado para que la condenasen²³⁴ y mientras tanto la enviarían a prisión sin ningún miramiento.²³⁵ Luego le confiscaron²³⁶ sus cómics, la radio, el tocadiscos y las flores, además de sus bombones y revistas, la esposaron a la cama²³⁷ y enviaron a dos policías para que hicieran guardia en la puerta de su habitación. No se aceptaban visitas a menos que llevaran consigo un permiso escrito,²³⁸ y a sus amigos se les dijo

que era del todo imposible ver a Billie.²³⁹ Su amiga Maely Dufty les espetó con toda su furia que era ilegal arrestar a una persona que se encontraba en la lista de enfermos en estado crítico.²⁴⁰ Ese problema, replicaron, ya estaba resuelto: la habían sacado de la lista.

Así es que ahora, gravemente enferma de cirrosis, Billie sufría el síndrome de abstinencia sin ningún paliativo. Por insistencia de sus amigos se le envió un médico que le recetó metadona. Durante los diez días que se la administraron, Billie empezó a sentirse mejor: ganó peso y mejoró mucho su aspecto. Pero súbitamente

interrumpieron el tratamiento sin ninguna explicación y Billie empezó a enfermar de nuevo.²⁴¹ Un amigo al que tras mucho insistir se le había permitido ir a visitarla encontró a Billie aterrorizada: «Me van a matar, me van a matar aquí mismo. No se lo permitas, por favor». La policía lo echó de la habitación. Hasta que sucedió aquello, «yo estaba muy esperanzada, creí que [Billie] podría salir viva de aquel trance — declaró a la BBC Alice Vrbsky, otra de sus amigas—. Pero fue el golpe de gracia».²⁴²

Un día, Louis MacKay, su chulo y posteriormente su marido, se presentó en el hospital —después de haber

informado sobre ella— y con toda ceremonia se puso a leer el salmo 23 junto a la cama de la enferma. En realidad quería que Billie le cediera los derechos sobre su autobiografía, el único elemento de su carrera sobre el que Billie todavía tenía el control. Ella fingió no estar consciente y en cuanto se hubo marchado abrió los ojos. «Siempre he sido una zorra religiosa —dijo Billie—, pero si ese cerdo hijo de puta dice creer en Dios, yo me lo pienso.»²⁴³

A las puertas del hospital se congregaba un grupo de manifestantes dirigidos por un pastor de Harlem, el reverendo Eugene Callender. Llevaban pancartas en las que podía leerse

«Dejen vivir a Lady». Callender había creado en su iglesia una clínica para adictos a la heroína y había solicitado que se permitiera el ingreso de Billie para que pudiera ser atendida allí.²⁴⁴ Como me dijo en el año 2013, su razonamiento era muy sencillo: los drogadictos «son seres humanos como tú y yo». El castigo empeora su enfermedad; la compasión puede hacer que se recuperen. Pero Harry y sus hombres rechazaron su solicitud. Tomaron las huellas dactilares de Billie y le hicieron fotos mientras estaba acostada.²⁴⁵ Luego la esposaron a la cama sin permitir que hablara con un abogado.²⁴⁶

Billie, sin embargo, no culpaba a los agentes de Anslinger en términos individuales. Ella echaba la culpa a la propia guerra contra las drogas, porque obligaba a la policía a tratar a enfermos como si fueran delincuentes.²⁴⁷ «Imaginemos que el Gobierno persigue a los enfermos de diabetes, que grava con impuestos la insulina y que esta medida hace que pase al mercado negro — escribió Billie en su autobiografía—. Además se les prohíbe a los médicos tratar a estos enfermos, que son enviados a prisión. Si hiciéramos algo así, todo el mundo diría que nos habíamos vuelto locos. Sin embargo

hacemos prácticamente lo mismo todos los días del año con los enfermos que se han enganchado a las drogas.»²⁴⁸

Aun así, algo en su interior le decía que en su drogadicción y en su propia vida había algo malo. Billie Holiday solía decir que prefería morir antes que volver a la cárcel, aunque si algo la aterraba sobremanera era la idea de arder en el infierno,²⁴⁹ algo que su madre no se cansaba de repetirle cuando descubrió que de niña se pasaba las tardes escuchando a Louis Armstrong en el burdel y precisamente por eso se la había llevado lejos de Baltimore.

«Estaba agotada —me dijo una de sus amigas—. Por nada del mundo hubiera accedido a volver a pasar por aquello.»

Así es que, cuando yacía moribunda en su cama, custodiada por un par de agentes apostados en la puerta de su habitación para proteger al público de su influencia, ella miró a los presentes «como si la hubieran arrancado de la vida por la fuerza».²⁵⁰

Tenía quince billetes de cincuenta dólares pegados a la pierna. Eso fue todo lo que dejó. Quería legárselos a las enfermeras que la cuidaron en agradecimiento por sus atenciones.²⁵¹

Maely Dufty, la mejor amiga de Billie, dijo a todo aquel que quiso escucharla que la muerte de la cantante era fruto de una conspiración orquestada por los agentes de estupefacientes, pero era bien poco lo que ella podía hacer. En el funeral de Billie había una nutrida presencia de vehículos de la policía, pues por lo visto temían que hubiera disturbios a raíz de su actuación en el caso.²⁵² El reverendo Eugene Callender me dijo que en su elogio fúnebre pronunció las siguientes palabras: «Hoy no deberíamos estar aquí. Esta joven fue dotada por el Creador con un talento extraordinario [...]. Debería haber vivido por lo menos hasta los ochenta».

La Oficina Federal de Estupefacientes no compartía su opinión. «Ahora ya no habría más aflicción en su vida, no habría más *Good Morning Heartache*», escribió Harry con satisfacción.²⁵³

Resulta fácil juzgar a Harry Anslinger. Pero, sinceramente, sospecho que todo aquel que haya querido a un drogadicto —y todo el que haya estado alguna vez enganchado a las drogas— alberga en su interior el mismo impulso que Anslinger. Querrá destruir la adicción. Aniquilar esa dependencia. Asfixiarla con furia. Harry Anslinger no

es sino una muestra de lo que sucede con nuestros impulsos más escondidos cuando a uno se le da poder y licencia para matar.

En el curso de mi investigación viajé mucho más allá de los campos de labranza de Pensilvania, pero a cada paso que daba tenía la impresión de que estaba siguiendo el rastro de aquel grito que había aterrorizado al pequeño Harry, como si se estuviera repitiendo en el mundo entero.

Entre sus documentos personales Harry guardaba un poema escrito por un admirador en el que se describía su misión en la vida hasta el día en que «el Gran Juez proclame: / “El último adicto

ha muerto”». «Entonces, y solo entonces —concluía el poema—, podrás retirarte.»²⁵⁴

CAPÍTULO

2

Sol y debilidad

Cuando estaba examinando los documentos de Harry me di cuenta de que había algunos nombres contra los que cargaba con furia, como si fueran monstruos que trataran de sabotear su trabajo y extender las drogas por todo el

país. Esa reacción me despertó curiosidad. ¿Quiénes serían esas personas? Y concretamente, ¿quiénes eran Edward Williams y Henry Smith Williams?

Seguí su rastro a través de expedientes antiguos, actas judiciales y libros carcomidos por el tiempo, y de esta manera llegué a descubrir una historia que, por lo que sé, había permanecido en el olvido durante más de sesenta años, pese a que tenía la fuerza suficiente para transformar nuestra forma de concebir la guerra de la droga.¹

Si la guerra contra las drogas surgió en Estados Unidos, la resistencia a la misma también apareció allí por primera vez. Desde el comienzo hubo personas capaces de ver que la guerra contra las drogas no era lo que les habían dicho, sino más bien algo muy distinto.

Pero Harry Anslinger quiso asegurarse de que esa información nunca llegara a nuestras manos.

En la soleada ciudad de Los Ángeles vivía a comienzos de la década de 1930 un médico llamado Henry Smith Williams que siempre parecía serio y

cariacontecido. Llevaba unas gafas pequeñas de montura metálica a través de las cuales escrutaba el mundo y a casi todos sus habitantes.² Este médico compartía los odios de Harry Anslinger. Sostenía que los drogadictos son «seres débiles»³ que no deberían haber venido al mundo, porque «la idea de que toda vida tiene un valor genuino [...] y que por tanto debe ser preservada es de una banalidad absurda. El mundo estaría mucho mejor si el 40 % de sus habitantes no hubiera nacido».⁴ Desde su punto de vista, las drogas solo llevaban a la destrucción y nadie debería tomarlas, jamás.⁵

Cuando se está dando forma a una concepción que pasará a la historia, a veces surge una persona capaz de comprender lo que dicha concepción supondrá para la humanidad mucho antes que los demás, y a veces esos profetas adoptan las formas más inesperadas.

Pues bien, Henry Smith Williams estaba a punto de anunciar en un exhaustivo estudio que había hecho un descubrimiento excepcional, algo que en su opinión haría insostenible la guerra contra las drogas. Y es que aunque en sus apariciones públicas Harry Anslinger sostenía que estaba luchando denodadamente contra la Mafia, lo cierto era que trabajaba en secreto para

ella. La guerra contra las drogas, argumentaba Henry, se había creado por una sola razón. Porque la Mafia había pagado a Harry Anslinger para que lanzara esa cruzada, pues de esa manera podía reservarse para sí misma el mercado de la droga. Era el mayor engaño del siglo. Y por fin estaba a punto de salir a la luz.⁶

El largo camino que había llevado a Henry a ese convencimiento empezó un día de 1931, cuando un hombre temblaba como un poseso en la clínica dirigida por el hermano de Henry, Edward Williams. El hombre sufría los síntomas propios del síndrome de abstinencia y, en ese sentido, estaba en

el lugar apropiado. Edward era uno de los expertos mundiales más reputados en la adicción a los opiáceos.⁷ «El hombre está devastado, al borde del colapso — escribió Henry—. Está pálido como un muerto. El sudor le cae a chorros por la piel. Su cuerpo es todo temblor. Diríase que su vida corre peligro.»⁸

A lo largo de los años, los hermanos Williams habían visto pasar a muchas personas como esa por sus despachos. Henry, defensor del darwinismo social, creía que eran seres débiles que si habían sobrevivido era gracias a la sociedad, que había cometido la torpeza de protegerlos; en la naturaleza habrían muerto para dejar

paso a hombres más fuertes y con mejores genes. Edward, sin embargo, no podía soportar verlos sufrir; no cuando él conocía la forma de detener su dolor. Por eso había colaborado en la fundación de aquella clínica y por eso estaba ahora a punto de ver su carrera arruinada.

«¿Puede hacer algo el médico? Oh, sí, el médico sabe lo que hay que hacer —explicaba Henry—. Sabe que lo único que tiene que hacer es garabatear unas palabras en el papel de la receta que tiene a su lado y que el paciente, tambaleándose hasta la farmacia más cercana, podrá adquirir el remedio que, como por ensalmo, hará que tenga de

nuevo una apariencia normal y que se sienta bien, tanto en términos físicos como mentales.» El médico puede proporcionar una receta de la droga a la que se ha hecho adicto el paciente. Y esta sustancia no causará ningún daño en su cuerpo, ya que todos los médicos coinciden en que los opiáceos puros no dañan la piel ni los órganos corporales. Una vez que ha tomado la droga, el paciente se quedará tranquilo. Podrá volver a vivir su vida con toda normalidad.⁹ Podrá desempeñar un trabajo, o cuidar de su familia, o amar a sus seres queridos.

Así es que aquel día Edward extendió la receta. Lo había hecho muchas veces en casos similares, pues tenía la seguridad de que la ley estaba de su parte. Esa seguridad se había visto reforzada en 1925, cuando el Tribunal Supremo dictaminó que la Harrison Act no facultaba al Gobierno para imponer castigos a aquellos médicos que, para cuidar de sus pacientes adictos, les habían prescrito heroína.¹⁰

Pero, aquel día de 1931, el drogadicto no era lo que parecía. En realidad estaba a sueldo de Harry Anslinger, pues no era más que uno de los tantos chivatos que la Oficina enviaba por todo el país para engañar a

los médicos. Eran toxicómanos desesperados que, a cambio de unos pocos dólares, estaban dispuestos a engañar a facultativos de donde fuera pidiéndoles que los trataran. Edward Williams acababa de extender la receta cuando entró la policía en la sala y se lo llevó arrestado, al igual que había hecho con otros veinte mil doctores del país en el curso de uno de los mayores ataques legales cometidos contra profesionales de la medicina en la historia de Estados Unidos.

La mayoría de las personas que la agencia había detenido hasta entonces —drogadictos y afroamericanos— no estaban en posición de defenderse. Pero

Henry Smith Williams era una de las autoridades médicas más respetadas en el país. Se decía que sus conocimientos acerca de la química y la biología de las células eran superiores a los de cualquier otra persona en Estados Unidos, sin contar que era autor de una historia de la ciencia en treinta volúmenes así como de numerosas entradas de la Enciclopedia Británica, todo ello realizado en el escaso tiempo libre que le dejaban sus más de diez mil pacientes.¹¹ A raíz del arresto de su hermano,¹² Henry empezó a investigar, y así fue como descubrió algo que no esperaba.

Mientras veía cómo la carrera de su hermano era destruida por la policía, Henry recordó algo que en ese momento, y por primera vez en su vida, le pareció muy significativo.

Antes de que se ilegalizara la venta de drogas tenía muchos pacientes que tomaban dichas sustancias; pero desde entonces las cosas habían cambiado. Esos pacientes compraban sus opiáceos —morfina y heroína entre ellos— a un precio bajo en la farmacia de la localidad. Se los vendían en unos frascos en forma de «remedios» o «reconstituyentes» que servían para curar todo tipo de males, desde un catarro hasta la depresión. Uno de los

más populares era el «Jarabe calmante de la señora Winslow»,¹³ un elixir que contenía unos 65 miligramos de morfina pura por cada 30 gramos de producto.¹⁴ La inmensa mayoría de las personas que lo consumían, decía Henry, se lo tomaba sin problemas, sin sufrir ningún efecto secundario. Si bien es verdad que la mayor parte, incluidos los drogadictos, solo se lo tomaban en dosis muy pequeñas.

«A nadie se le había pasado por la cabeza que el consumo de estas medicinas tuviera alguna relevancia moral», explicaba Henry.¹⁵ Una persona bien conocida por hacer campaña contra el alcohol era adicta a la morfina, pero

nadie pensaba que eso fuera algo raro o hipócrita. Muchas mujeres tomaban opiáceos a diario en forma de «jarabes» y, sin embargo, «habrían estado dispuestas a ir de rodillas a un santuario para rogar por el alma de aquella pobre muchacha a la que habían visto con una colilla entre los dedos». ¹⁶

Así como una gran parte de las personas que beben de vez en cuando no se convierten en alcohólicos, de la misma manera la inmensa mayoría de quienes consumían aquellos productos tampoco caían en la drogadicción. Si tomaban opiáceos era para «reforzar de algún modo su inestable sistema

nervioso»,¹⁷ del mismo modo en que alguien toma una copa de vino después de una estresante jornada de trabajo.

Un porcentaje ínfimo se enganchó a la droga, aunque la inmensa mayoría de los drogadictos siguieron trabajando y desarrollando su vida en términos relativamente normales. Según un estudio oficial del Gobierno, tres cuartas partes de los que decían ser drogadictos (no meros consumidores sino adictos a las drogas) tenían trabajos fijos y respetables antes de que la prohibición de las sustancias psicoactivas empezase a dejar notar sus efectos.¹⁸ El 22 % de los drogodependientes gozaban de una

excelente situación económica, mientras que el 6 % eran pobres.¹⁹ A resultas de su adicción se habían convertido en personas más sosegadas y, aunque hubiera sido mejor para ellas que dejaran de tomar drogas, no solían perder el control o incurrir en conductas delictivas.²⁰ Pero en 1914 se aprobó la Harrison Act y dieciséis años después llegaría Anslinger para aumentar su alcance a toda velocidad.

Los médicos veían por sí mismos los resultados de la nueva política. «Tenemos miles de personas, de todos los estamentos sociales, pidiendo desesperadamente drogas que no pueden conseguir por medios legales —escribía

Henry—. Ansían las drogas de la misma manera que un hombre muerto de sed necesita el agua. Han de tener las drogas como sea, a cualquier precio. ¿Pueden hacerse idea de la situación que tendremos ante nosotros cuando no se les suministren dichas sustancias? [...] [Los legisladores] deben de haber sido conscientes de que su decreto, aun cuando venga impuesto por la fuerza de la ley, no deja de ser una orden que va a poner en marcha una industria de las drogas fuera de la legalidad. Deben de haber sido conscientes de que, a todos los efectos, estaban dando carta de naturaleza a una empresa de traficantes de drogas.»²¹

Ahora el traficante podía imponer precios desorbitados a su mercancía. En las farmacias, la morfina costaba dos o tres centavos el gramo; las bandas criminales lo vendían a un dólar.²² A fin de cuentas, los adictos estaban dispuestos a pagar lo que les pidieran.

El mundo que nosotros conocemos —en el que los drogadictos a menudo se ven obligados a convertirse en delincuentes en un intento desesperado de satisfacer su necesidad de drogas a través de los gánsteres— se estaba creando entonces. Los hermanos Williams habían observado que el departamento de Anslinger, en sus diversos intentos, había generado dos

clases distintas de delitos. Primero creó un ejército de gánsteres que introducían drogas de contrabando en el país y se las vendían a los adictos. Dicho de otro modo: cuando Anslinger aseguraba estar luchando contra la Mafia, en realidad estaba transfiriéndole a esta el control exclusivo de una industria de gran magnitud y pingües beneficios.

Y, en segundo lugar, con un incremento en el coste de las drogas de más de un 1.000 %, la nueva política hacía que los adictos se viesen forzados a cometer delitos para conseguir la siguiente dosis. «¿Cómo debía ser el adicto medio —una persona normal y corriente, según los informes oficiales—

que podría disponer de diez o quince dólares diarios para pagar la droga que con tanta urgencia necesitaba? — inquiría Henry Smith Williams—. ¿Adivinan la respuesta? Efectivamente, los adictos no podían hacerse con esa cantidad por medios legales. Y por eso tenían que recurrir a formas más dudosas: la limosna, el préstamo, la falsificación, el robo...» Los hombres, seguía Henry, por lo general se convertían en ladrones; las mujeres, en prostitutas.

«El Gobierno de Estados Unidos, encarnado en sus agentes [antidroga] — explicaba Henry—, se había convertido en el mayor y más potente generador de

delincuencia de los últimos siglos.»²³ Y cada vez que Harry Anslinger creaba nuevos delincuentes en el entorno de las drogas, estaba aportando nuevas razones para la supervivencia de su departamento... y para su crecimiento.

El camino que llevó a la detención de Edward Huntington Williams se había iniciado en el momento en que este se convenció de que había una forma mejor de responder al problema de la drogadicción; una forma que, curiosamente, cumplía a rajatabla con la ley.

Cuando se redactó la Harrison Act con el fin de prohibir el consumo de heroína y de cocaína, se dejó ex profeso una laguna legal en la normativa.²⁴ Y es que se contemplaba la posibilidad de que médicos, veterinarios y dentistas pudieran seguir recetando drogas cuando lo consideraban adecuado, pues, siguiendo esta argumentación, los adictos debían ser tratados con compasión. Sin embargo, dicha laguna acabó arrumbada por la historia, como si no hubiese existido, hasta que Edward Williams decidió sacarla a la luz y actuar sobre esa base. Apoyándose en ese artículo colaboró en la construcción de una clínica gratuita para adictos y se

ofreció como voluntario para trabajar en sus dependencias. Edward extendía sus recetas a quienquiera que las necesitase. Y luego esperaba a ver los resultados.

Hasta él mismo se quedó sorprendido de lo que observaba en la clínica. Aquellos pacientes que habían ingresado en un estado deplorable y sin empleo conocido, poco a poco volvían a ser capaces de desempeñar su trabajo, de ocuparse de la familia y hasta de cuidar de sí mismos, tal y como hacían antes de la ilegalización de las drogas.²⁵ En sus vecindarios volvían a reinar el orden y la calma que eran habituales antes de que se decretase la prohibición de dichas sustancias. El

propio alcalde de Los Ángeles llegó a reconocer que la clínica era un preciado regalo para la ciudad, y el fiscal federal de la ciudad fue aún más allá diciendo que esta clase de clínicas conseguían «más bien [...] en un solo día que el ministerio público en todo un mes».²⁶

A miles de kilómetros de allí, la Oficina Federal de Estupefacientes echaba chispas.²⁷ Harry seguía concibiendo a los adictos como aquellos seres enfermos que había visto en su niñez y luego en Europa, y por eso quería impedir a toda costa que se propagara esa infección. ¿O acaso,

como Henry Smith Williams estaba empezando a sospechar, actuaba guiado por motivos más oscuros?

Harry sostenía que crear clínicas para heroinómanos era como construir «grandes almacenes para cleptómanos»²⁸ en los que los ladrones pudieran robar cuanto quisieran. Siguiendo instrucciones suyas, los diarios sensacionalistas presentaban tales clínicas como antros de pecado;²⁹ muy poco después comenzaron a actuar los chivatos de la agencia. En Portland, Oregón, un médico se encontraba en su clínica cuando los hombres de Anslinger entraron por la fuerza y se la cerraron; el doctor, atemorizado, les preguntó

sumisamente si había algo que él pudiera hacer por todos aquellos adictos. «Claro que sí, puedes hacer montones de cosas —le dijo un agente—. Arrójalos al mar y hazlos picadillo. Serán buena carnaza para los peces. Es para lo único que sirven.»³⁰

Tras la clausura de la clínica de Los Ángeles y la detención de todos los médicos como Edward Williams, prácticamente todos los adictos perdieron sus empleos y, una vez más, se vieron reducidos a la lucha continua por hacerse con el dinero necesario para una dosis.³¹ La mayoría acabó delinquiendo y viviendo en la calle; algunos murieron por el camino.³² Con su actuación, la

agencia estaba contraviniendo aquella resolución del Tribunal Supremo conforme a la cual se reconocía el derecho de los facultativos, contemplado ya en la Harrison Act, a prescribir sustancias psicoactivas a los toxicómanos;³³ pero, como desdeñosamente observaba la prensa, «el Tribunal Supremo no dispone de un ejército que haga cumplir sus decisiones».³⁴

Veinte mil doctores, entre ellos el propio Edward Williams, fueron acusados de haber actuado contra la Harrison Act, y al 95 % de ellos se los consideró culpables.³⁵ La mayoría fueron condenados al pago de una

elevada multa, pero algunos se enfrentaban a cinco años de cárcel por todas las recetas que habían extendido.³⁶ En muchos lugares, los jurados, horrorizados, se negaron a condenar a los acusados, pues podían ver por sí mismos que los médicos solo habían tratado al enfermo de la mejor forma que sabían.³⁷ Anslinger, sin embargo, no se arredró.

Si estaba más interesado en doblegar a Edward Williams que a cualquier otro médico es porque era un doctor muy respetado que gozaba de mucho predicamento entre sus colegas. «Las consecuencias éticas de su condena —escribió Anslinger— se traducirán en

una mayor cautela [por parte de la profesión médica].»³⁸ Bastaba acabar con unos cuantos médicos para silenciar a los demás. Solo tenía que ir contra los más importantes. Intimidación máxima. Ese era en todo momento el método de Harry. «Quienquiera que presentara un estudio académico que fuese crítico con él, con su agencia o con su filosofía, acababa en la cárcel», dijo más adelante Howard Diller, uno de sus agentes. «O rodaba su cabeza.»³⁹

Mientras veía cómo se iniciaba la guerra contra las drogas, Henry Smith Williams —aquel hombre frío, distante y

bien poco modesto— sentía que en su interior también se estaba desencadenando una guerra. Por un lado estaba convencido de que los adictos eran el producto resultante de unos genes bárbaros procedentes de los hombres de las cavernas y, por lo tanto, cuanto antes se murieran, mejor.⁴⁰ Pero, por otro, también podía ver los rostros de unos seres humanos cuyas vidas se estaban viniendo abajo. Cuando se enteró de lo que estaba haciendo Anslinger en muchos otros países, no pudo evitar dudar del Anslinger que llevaba en su interior.

Para poder defender el buen nombre de su hermano y sacarlo de la cárcel se marchó a Washington y organizó un encuentro con el mismísimo Anslinger.⁴¹ Este tenía ahora la oportunidad de encontrarse cara a cara con una de sus víctimas, quizá por primera vez en su carrera. No planteó defensa alguna para su proceder ni tampoco sostuvo ninguno de los argumentos de que solía hacer gala. Sencillamente se retractó, sin más. «No he podido descubrir ningún caso de la agencia contra el doctor Williams y tampoco puedo entender por qué se ha atacado a un hombre de su categoría.»⁴² Sin duda, añadió, era cosa de su agente

en Los Ángeles, un pelirrojo de compleción robusta que se llamaba Chris Hanson. Sin embargo, una vez que se hubo marchado, Anslinger se mofó de él diciendo que Henry Smith Williams sufría de «histeria».⁴³

En el juicio, Edward Williams contó con el apoyo de los diecisiete médicos que prestaron testimonio,⁴⁴ pero aun así fue declarado culpable por haber transgredido la Harrison Act — cosa que era cierta, por cuanto había comerciado con drogas—⁴⁵ y condenado a un año de libertad provisional.⁴⁶ De esa forma se conseguía que no volviera a expender una sola receta a un adicto;⁴⁷ y, de paso,

que no lo hiciera ninguno de sus colegas en el futuro. «Los médicos, por mucho que quieran, ya no van a poder tratar a los adictos»,⁴⁸ decía, orgulloso, Harry.

Los agentes de Harry empezaron a abandonar su trabajo a causa de la repulsión que sentían. Uno de ellos, William G. Walker, declaró: «Si alguien pudiera ver el sufrimiento de estos pobres diablos [...] seguro que entendería por qué es preciso cambiar las cosas».⁴⁹

Fue un médico —uno de esos doctores a los que se les había privado de su capacidad para extender recetas— el que tomó la resolución de detener aquella crueldad de una vez por todas.

Decidido, se marchó a Washington con un arma metida en el abrigo. Su idea era presentarse en la oficina de Anslinger y matarle allí mismo. Al llegar esperó en la entrada del despacho hasta que finalmente le permitieron entrar. Anslinger se ofreció a coger su abrigo y justo en ese momento aprovechó para arrebatarse el arma. Más adelante se vanagloriaría de que, si hubiese intentado disparar una sola vez, le habría «dejado como un colador» por haber disparado primero.⁵⁰

Nada de esto hizo que Harry se detuviera. Si los médicos se mostraban tan conmovidos, recalcaba Harry, es porque eran corruptos. No había que

dejarse engañar, insistía, solo querían el dinero de las recetas que obtenían de los drogadictos. Únicamente echaban a faltar ese dinero, y nada más. Por otra parte aseguraba tener pruebas de que su estrategia funcionaba. Gracias a sus enérgicas medidas, el número de adictos había descendido de manera radical hasta quedar estabilizado en unos veinte mil en todo el país. Años más tarde, un historiador llamado David Courtwright, haciendo uso de las atribuciones conferidas por la Ley de Libertad de Información, presentó una solicitud para que se le informara de cómo se había calculado dicha cifra... y resultó que no era más que una invención. Funcionarios

de alto rango del Departamento del Tesoro habían admitido en privado que «no tenía ningún valor». ⁵¹

A su vuelta a Los Ángeles, y tras un largo periodo de investigación, Henry Smith Williams se disponía a hacer público todo lo que había descubierto, unas revelaciones que, por su envergadura, decía, iban a cambiar la historia del siglo XX y que a la postre pondrían término a aquella «inquisición americana». Corría el año 1938 cuando publicó un libro titulado *Drug Addicts Are Human Beings* [Los drogadictos son seres humanos], en el que presentaba

pruebas de que la política estadounidense de prohibición de las drogas era un engaño mayúsculo en el que estaban implicadas las altas esferas, incluido el hombre que desde Washington había aplicado a diestro y siniestro su «mano dura». Y es que Harry, según sostenía Smith Williams, recibía instrucciones de la Mafia.

Para saber cómo se puso en marcha este engaño, explicaba Henry, bastaba con echar un vistazo a la historia de Chris Hanson.⁵² Era un hombre robusto de unos sesenta años, curiosamente barbilampiño, que tenía el cabello pelirrojo y cara de niño, y que era conocido como «el Grandullón». Estaba

al frente de la oficina federal de California y, en virtud de ello, había sido el encargado de planificar las redadas contra los médicos de su distrito, entre los que se encontraba el propio Edward Williams.

Y ahora, escribía Henry Smith Williams, sabemos por qué lo hizo. No mucho después de que cerraran la clínica de Los Ángeles, se demostró en los tribunales que Chris Hanson trabajaba en secreto para un conocido traficante de drogas chino llamado Woo Sing.⁵³ Al parecer recibía cuantiosas sumas de dinero de los traficantes a cambio de hacer lo que le ordenaran. Los traficantes le habían pagado para

que clausurara las clínicas para heroínómanos. Y querían que se ocupara él mismo del asunto.

Hasta que no revisé atentamente los expedientes de esta historia no me percaté de la importancia de semejante acusación. Cuando se inició la guerra contra las drogas, el hombre que lanzó las medidas antidroga en California lo hizo porque estaba a sueldo *de los propios traficantes de drogas*.⁵⁴ Eran ellos los que querían lanzar una guerra antidroga. Y lo querían hasta tal extremo que estaban dispuestos a pagar por agilizarla.

Henry Smith Williams emplazó a los lectores a plantearse la siguiente cuestión: ¿por qué pagaban los gánsteres a la policía para que fuera más estricta en el cumplimiento de las leyes antidroga? La respuesta, según Henry, estaba delante de nuestros ojos. La prohibición de las drogas ponía en manos de las bandas de gánsteres la industria de los narcóticos. Con las clínicas cerradas, todo adicto era un cliente potencial y además sumamente rentable.

Si la Oficina Federal de Estupefacientes, sobornada por la Mafia, había llegado a cerrar la clínica de su hermano era porque esa misma

estrategia se debía de estar poniendo en práctica a nivel estatal, continuaba Henry. Anslinger estaba al servicio de los gánsteres. Y si las bandas de traficantes eran las únicas beneficiadas con la política de Anslinger, solo podía ser por una razón: porque él era uno de ellos.

No obstante, Henry Smith Williams estaba equivocado en un punto crucial. No tenemos pruebas de que Anslinger hubiera trabajado para la Mafia y es justo suponer que, en caso de que lo hubiese hecho, a estas alturas ya habría salido a la luz. Anslinger estaba totalmente convencido de que era el enemigo declarado de las bandas de

traficantes, aunque estas pagaran a sus agentes para que aplicaran las leyes antidroga. Henry Smith Williams daba por hecho que Anslinger —y la prohibición misma— actuaba guiado por la razón, como él mismo. Las bandas, en cambio, no lo hacían. Ellas eran la respuesta a la aprensión y el pánico. Y cuando se cae en el pánico, nadie es capaz de ver los fallos lógicos de su propio pensamiento.

Harry trataba por todos los medios de mantener al país en estado de pánico en lo que a las drogas se refiere, pues de esa manera difícilmente llegaría alguien a percibir tales contradicciones lógicas. Cada vez que alguien las sacaba a la luz,

él se encargaba de silenciarlo. Debía asegurarse a toda costa de que no quedara espacio para la duda —tanto en su propia cabeza como en el país— y de que a los estadounidenses no les quedara otra alternativa en la recámara.⁵⁵

Henry Smith Williams ya no volvió a ser el mismo. Antes consideraba a la mayoría de las personas como seres débiles y lerdos que prácticamente no merecían vivir. Pero ahora empezó a defender que los humanos, después de todo, no tenían por qué enzarzarse en una guerra de supervivencia brutal de

corte darwiniano; en realidad, podíamos optar por la bondad en lugar de lanzarnos despiadadamente contra los débiles.⁵⁶

En los años posteriores se dedicó a organizar un grupo que luchara por el fin de la guerra antidroga; pero los agentes de Anslinger escribieron a todo aquel que manifestara algún interés en adherirse a Henry, advirtiéndoles de que era una «organización criminal» que se había metido en «líos con el Tío Sam».⁵⁷ Henry Smith Williams murió en 1940. Para entonces su libro *Drug Addicts are Human Beings* estaba

descatalogado y, durante el resto de la vida de Anslinger, y de las nuestras, permaneció en el olvido.

Su libro contenía una predicción. Si la guerra contra las drogas continúa, escribía Henry Smith Williams, en Estados Unidos se generará un comercio de drogas que en cincuenta años alcanzará los 5.000 millones de dólares. Estaba en lo cierto; de hecho, casi acertó en el año.⁵⁸

La historia de los hermanos Williams, así como la de tantos de los médicos que lucharon junto a ellos, fue eliminada con tan buena maña de la memoria colectiva de los estadounidenses que, en la década de

1960, Anslinger pudo decir sin asomo de vergüenza que los médicos siempre habían sido sus aliados en la guerra contra las drogas. «Quisiera ver al doctor que admite no haber hecho todo lo que estuvo en su mano», declaró a un periodista.⁵⁹

CAPÍTULO

3

En el punto de mira de Harry

Mientras en Estados Unidos Harry Anslinger se dedicaba a dinamitar cualquier alternativa posible a la guerra contra las drogas, en el resto del mundo las sustancias psicoactivas se seguían

vendiendo de manera legal. Fue en las décadas siguientes cuando esta situación empezó a cambiar, hasta que finalmente en la década de 1960 se prohibió su comercialización en todo el mundo.

En un principio di por supuesto que la ilegalización se había impuesto porque cada país tenía sus propios miedos y sus propios Anslinger; pero al revisar los archivos de Anslinger me di cuenta de que había algo extraño que no alcanzaba a comprender.

En sus cartas encontré órdenes enviadas a todos los países del mundo, incluido el mío propio, Gran Bretaña. Anslinger se conducía como si fuera el primer «zar de la droga», no solo en el

ámbito de Estados Unidos sino en el mundo entero. ¿Y cómo podía arrogarse semejante posición? Para comprenderlo era preciso desentrañar cómo llevó a cabo esta guerra global¹ y cómo impuso sus puntos de vista en las leyes de los países de todos los lectores de este libro, con independencia de dónde se encuentren.

Una vez puestos en vereda los médicos, solo quedaba una cosa que seguía inquietando a Harry. Estaba haciendo todo lo correcto. Había tomado medidas enérgicas contra los adictos, los médicos y los traficantes.

Había escogido una ciudad en particular como modelo para el resto del mundo por su aplicación de la línea dura que él defendía. Se trataba de Baltimore.² Y, sin embargo, había algo que no funcionaba. Baltimore, inexplicablemente, no se había convertido en un paraíso libre de drogas. Harry sostenía que solo había una explicación posible. Del mismo modo que decía haber vislumbrado la actividad secreta de la Mafia en los bajos fondos de la sociedad americana, ahora creía ver otra fuerza oculta, aún más malvada, que manejaba subrepticamente el país.

Los comunistas, declaró Harry, estaban llegando en masa a Estados Unidos³ pertrechados con drogas, y esas sustancias formaban parte de un plan desalmado, perfectamente estudiado, implacable y sistemático que habían concebido para socavar al país.⁴ Cuando prestó testimonio ante el Congreso aportó información acerca de una oleada de «heroína comunista» que venía desde los arrozales chinos y entraba directa en las venas de los estadounidenses blancos. ¿Y por qué hacían los chinos algo así? Pues porque querían debilitar al hombre blanco y «construir una quinta columna en el interior de Estados Unidos»; un ejército

de adictos que estarían «dispuestos a pagar sus drogas con su propia traición». ⁵ Y por eso, advertía Harry, los adictos ya no eran solo delincuentes y matones. Ahora eran todos traidores comunistas en potencia.

Sus agentes le dijeron que nada de eso era cierto. ⁶ Uno de ellos concedería una entrevista algún tiempo después en la que declaró: «Anslinger no tenía pruebas que avalaran sus acusaciones, pero eso nunca le detuvo». ⁷ Una vez más, Harry había sabido aprovecharse de los miedos más profundos de la sociedad de su época en pro de su propio departamento, que vio cómo aumentaba su presupuesto.

Al dar carta de naturaleza a esta «conspiración comunista» en la década de 1950, Harry encontró la forma de convertir su fracaso en una razón para «intensificar» la guerra. La prohibición de las drogas era una estrategia que sí que funcionaba, sostenía, pero solo si dicha estrategia era adoptada por todos los países sin excepción.⁸ Así es que se fue a Naciones Unidas pertrechado con un amplio catálogo de instrucciones para la humanidad: «Hagan lo que hemos hecho nosotros. Declárenle la guerra a las drogas. O si no...». De todas las medidas que llevó adelante, esta fue sin lugar a dudas la más relevante para todos nosotros.

Harry se encontraba alojado en uno de los mejores hoteles de Ginebra, en la ciudad en que iba a mirar fijamente a los representantes de países más pequeños y débiles y a imponerles sus enérgicas medidas. Pero si Billie Holiday se había negado a doblegarse ante él, no serían menos algunos de los países representados en Naciones Unidas. Tailandia, por ejemplo, se negó en redondo a imponer la prohibición del opio aduciendo que era una costumbre muy arraigada en el país y mucho menos dañina que la propia prohibición.⁹ A Harry no le quedaba más remedio que pasar a la ofensiva. Uno de sus lugartenientes, Charles Siragusa, se

jactaba, orgulloso, de sus artimañas: «Me di cuenta de que, si dejábamos caer en los círculos adecuados que estábamos dispuestos a estudiar la posible cancelación de nuestros programas de ayuda al extranjero, nuestras operaciones eran autorizadas sin más dilación, aunque fuera a regañadientes». ¹⁰ Más adelante, a algunos dirigentes se los amenazaría incluso con la suspensión de la venta de algunos de sus productos en Estados Unidos.

Cada vez que algún representante de otro país trataba de explicar a Anslinger que esas políticas no eran

adecuadas para ellos, este replicaba, tajante: «Yo ya he tomado mi decisión, no me venga ahora con hechos». ¹¹

Y de ese modo Tailandia cedió. Gran Bretaña cedió. Todos —bajo la presión de alguna amenaza— cedieron. En adelante, Estados Unidos sería el país más poderoso del mundo y pasaría mucho tiempo antes de que alguien se atreviera a desafiarlo. Algunos, bien es cierto, mostraban mejor disposición que otros. A fin de cuentas son pocos los países que no tienen algún grupo minoritario al que, como a los afroamericanos en Estados Unidos, desean mantener atado en corto. Para muchos aquello era una buena excusa. Y

prácticamente todos los países ansían castigar a los adictos a las drogas. «El mundo pertenece a los fuertes —sostenía Harry—. Así ha sido siempre y así seguirá.»¹² Y, como consecuencia, todavía seguimos en el punto de mira de Harry.

Pero aún había otra cosa que asustaba a Harry, algo que desde luego tenía mucho más cerca. Y es que había comprobado que, desde su ingreso en la Oficina Federal de Estupefacientes, la mente se le disparaba en direcciones insospechadas, como si estuviera fuera de su control. En sus documentos

personales lanzaba admoniciones contra los adictos porque eran «contagiosos» y cualquiera podría verse infectado si no se ponía a aquellos enfermos «en cuarentena». ¹³ Y justo entonces Harry desapareció súbitamente de la agencia y no volvió a aparecer hasta meses después. ¹⁴

Aunque no quiso comunicárselo a nadie, lo cierto es que Harry sufrió una crisis nerviosa y tuvo que ser hospitalizado. ¹⁵ Cuando regresó, su paranoia parecía haber aumentado. Por todas partes veía enemigos, complots y tentativas subrepticias de algún grupo para hacerse con el control del mundo.

Cuando reviso las estrafalarias argumentaciones de Harry no puedo evitar preguntarme cómo pudo aquel hombre haber convencido a tanta gente. Y para responderme a mí mismo solo tengo que acudir a la infinidad de cartas que recibió de gran cantidad de ciudadanos, de senadores y hasta de presidentes. Querían que los convenciese. Querían respuestas sencillas a miedos complejos. Obviamente, uno siempre puede caer en la tentación de considerarse superior a los demás —para ser condescendiente con ellos—, pero sospecho que en el fondo todos sentimos ese impulso. Los ciudadanos necesitaban oír que aquellos

problemas que tanto les preocupaban — la raza, la desigualdad, la geopolítica— dependían de un puñado de sustancias y de pastillas, y que si todas ellas eran barridas del planeta, los problemas desaparecerían.

Transformar los miedos en símbolos es un instinto natural en el ser humano, y por eso creemos que destruyendo el símbolo desaparecerá también el miedo que este representa. Es algo recurrente en la historia de la humanidad. Afrontar un problema tan complejo como el de la drogadicción no resulta nada fácil, como tampoco lo es asumir que siempre va a estar presente en la sociedad y que nos va a causar

bastantes problemas (además de algunos momentos de placer). Obviamente sería mucho más agradable recibir un mensaje distinto: que, si escuchamos y hacemos lo que nos dicen, todos esos problemas desaparecerán.

Cuando Harry se retiró de la dirección de la agencia —con un pequeño empujoncito de Kennedy— salió a la luz algo bastante curioso sobre la paranoia de Harry. Y es que se había disparado en todas las direcciones posibles salvo en aquella que verdaderamente importaba: sus propios hombres. Una investigación llevada a

cabo por un equipo especial del Servicio de Impuestos Internos puso de manifiesto que la agencia de Harry no estaba libre de corrupción o, para decirlo en palabras del historiador John McWilliams, «en realidad la agencia era el mayor proveedor de heroína de Estados Unidos y el mejor protector de semejante mercancía». ¹⁶

Anslinger había estado demasiado ocupado persiguiendo a médicos, cantantes, drogadictos y dragones chinos para ver que tenía a los traficantes de drogas justo delante de sus narices.

Aunque tampoco importaba. Harry había ganado. Salió de la agencia siendo el único hombre que había estado al

mando de un organismo de seguridad americano durante más tiempo que J. Edgar Hoover, y para entonces ya nadie pedía la desmantelación de la Oficina Federal de Estupefacientes. Se había convertido en una pieza esencial en la maquinaria del Gobierno.

En 1970, la revista *Playboy* organizó una mesa redonda acerca de las leyes antidroga e invitó a Harry a participar en el debate. Por primera vez desde que se reuniera con Henry Smith Williams en la década de 1930, Harry Anslinger se veía obligado a defender sus argumentos frente a adversarios que sabían expresarse mejor que él. Entre

ellos se encontraba el psiquiatra Joel Fort, el abogado Joseph Oteri y el poeta de las drogas William Burroughs.

En esta ocasión no se escabulló en la defensa de sus puntos de vista como había hecho con Henry Smith Williams. Pasó directamente a la ofensiva. «Una persona bajo los efectos de la marihuana —dijo— puede llegar a ser tan violenta que serían necesarios cinco policías para reducirla.» Y abundando en el asunto, aseguró que existen «pruebas de que el consumo continuado de hachís desemboca en el ingreso de la persona en un centro psiquiátrico».

En otra época, declaraciones como esas hubieran sido recibidas con un respetuoso silencio. Pero no entonces. Cuando se le pidieron pruebas, Anslinger habló del psiquiatra indio Isaac Chopra, «quien ha afirmado en términos rotundos e inequívocos que las drogas asociadas al cannabis producen psicosis».

«En Boston —replicó Oteri— tuve ocasión de interrogar al doctor Chopra en el curso de un juicio y él mismo admitió que en sus estudios no se había utilizado una muestra científica válida y que desde luego no establecían una relación causa-efecto entre la marihuana y la locura.» Anslinger no respondió.

Sus oponentes ofrecían estudios, hechos y cifras para demostrar que la prohibición de las drogas había sido un error. Él contraatacaba con anécdotas, la mayoría de las veces de carácter sexual: «Déjeme que le hable de un caso registrado en una residencia estudiantil en la que se estaba celebrando una fiesta durante el fin de semana. Aceptando un reto de sus compañeros, una de las chicas se comió un terrón de azúcar que tenía algo de LSD. Al final estuvo dos días inconsciente, en el curso de los cuales fue violada por varios chicos de la residencia».

Los demás se quedaban estupefactos cuando veían cómo estudios avalados por la ciencia eran contraatacados con historias sexuales inspiradas en novelas baratas de los años treinta. Es como si, salvando las distancias, un detective del escritor Mickey Spillane hubiera entrado en un congreso médico y les hubiera dicho a los asistentes que no decían más que estupideces porque en una ocasión él había seguido a una rubia despampanante hasta un callejón y sabía de lo que hablaba.

Anslinger pasó entonces a competir con ellos presentando sus propias alegaciones basadas en hechos: «Les

reto a que me digan el nombre de un médico, de uno solo, que haya informado de los efectos beneficiosos de la marihuana, sin contar naturalmente a aquellos que viven en las zonas menos desarrolladas del mundo». Rápidamente salieron varios nombres a la palestra, entre ellos, Lloyd J. Thompson, profesor de psiquiatría en la Escuela de Medicina Bowman Gray, y George T. Stocking, uno de los psiquiatras más reputados de Gran Bretaña. Anslinger, una vez más, no supo qué responder. El debate se estaba ejecutando como una especie de foxtrot de la desacreditación. Afirmación de Anslinger, refutación de los expertos, silencio de Anslinger.

Y es que, cuando el sentimiento topaba con la realidad, Anslinger se quedaba sin palabras. Pero enseguida reaccionó como una fiera. Empezó diciendo que todos los participantes en aquel debate eran «unos monstruos», que no sabían decir más que «mezquindades» y que debían de tener una «mente enferma». Luego los comparó con Hitler y, por último, farfulló: «Hoy hemos oído algunas de las declaraciones más ridículas que se hayan hecho jamás».

A mí, por mi parte, viendo la infinidad de cajas en que se guardaban los documentos y declaraciones de Harry —todo lo que quedaba de él,

además de una guerra global—, me pareció que en aquella escena había algo triste. Por aquel entonces, Anslinger era un hombre anciano que estaba sufriendo, tanto por su angina de pecho como por el hecho de que ya no tenía el poder necesario para silenciar aquella conversación. Y aun así, para zanjarla de un plumazo, elevó el listón retórico diciendo que quienes no compartían su visión llevarían el país a la debacle. «La historia está trufada de naciones que han perecido por haber tolerado la laxitud moral y el hedonismo.»

El doctor Fort, con la vista puesta en la generosa calva de Harry, replicó: «Usted ha hecho que en este país se planteen las cuestiones científicas de la misma manera que en la Edad Media». Es lo mismo que había dicho el doctor Henry Smith Williams cuando Anslinger estaba en el inicio de su larga carrera; y ahora era otro médico el que decía exactamente lo mismo justo en el momento en que Harry Anslinger ofrecía las últimas declaraciones de que tenemos constancia.

CAPÍTULO

4

La bala del comienzo

Cuando investigué más a fondo, me di cuenta de que en la historia del inicio de la guerra contra las drogas, había una enorme laguna, un espacio tan grande y sinuoso como una caverna. Si quería averiguar qué es lo que pudo haber allí,

siempre podía recurrir a los testimonios de policías, médicos y adictos. Pero a medida que me documentaba fui descubriendo que todos ellos estaban obsesionados con un cuarto elemento: el nuevo ejército de traficantes de drogas que se estaba formando por todas partes. Y si algo me interesaba en ese momento era conocer de primera mano sus historias y su forma de entender el asunto. Pero, claro, los traficantes no guardan documentos. Obviamente no existe ningún Archivo Nacional de Traficantes de Heroína al que uno pueda acceder. Por más vueltas que le daba no veía cómo podía recuperar esas historias. Los recuerdos de esos

individuos desaparecieron con la muerte de quienes los conocieron y ahora todos estaban muertos.

Pero resultó que había una excepción. El primer hombre que fue capaz de comprender el verdadero potencial del tráfico de drogas en Estados Unidos fue un gánster llamado Arnold Rothstein, y poco a poco me fui percatando de que era posible reconstruir su vida con toda suerte de detalles. Era un tipo con un ego tan grande que en realidad incitaba a los periodistas a que escribieran sobre él..., y con el poder suficiente como para que no le importara que los policías lo leyeran. Estaban en sus manos. Descubrí

además que había varias biografías escritas sobre él y, aún más importante, que, una vez fallecido, su propia esposa había escrito unas largas memorias acerca de su vida en común en las que mostraba claramente la clase de persona que era Rothstein, aunque dándole un toque bastante novelístico.

Solo había un problema. Y es que no había un solo ejemplar disponible de su libro. Hasta el que guardaba la Biblioteca Pública de Nueva York había desaparecido en algún momento de la década de 1970. Al final pude localizar un ejemplar en la Biblioteca del Congreso, el que a todas luces parecía ser el único, así que ni corto ni perezoso

me dirigí allí y, en la penumbra de aquellas salas, traté de reconstruir la vida de Arnold Rothstein paso por paso. Esta es la historia que descubrí, la historia de cómo Arnold enseñó al mundo a traficar con drogas.

A mediados de la década de 1920, Arnold Rothstein se encontraba en la esquina de una calle cercana a Times Square, aguardando a que pasara alguien —cualquier persona— que le debiera dinero.

Las calles de la ciudad estaban repletas de personas que se habían empeñado con Rothstein, aquel hombre

que —como Anslinger— era capaz de atemorizar a la gente con una simple mirada. A primera vista, sin embargo, no resultaba fácil comprender el porqué. De apenas 1,70 de estatura, tenía un rostro pálido y aniñado¹ y manos pequeñas como las de una mujer.² Ejercía un gran control sobre sí mismo, no se emborrachaba³ ni se metía en peleas. Y desde luego alguien como él no era de los que mascaba chicle.⁴ Era un tipo serio e inteligente de pies a cabeza;⁵ pero todo Nueva York sabía que era capaz de hacer que te matasen con un simple chasquido de los dedos; y

que había comprado a tantos policías y a tantos representantes políticos que jamás sería castigado por ello.

La mujer de Rothstein, una corista de Broadway llamada Carolyn, solía pasar por allí con su coche y dirigirse a él. Pero al mismo tiempo, y como tantos otros, le tenía miedo. Como escribiría más adelante:

Cuando regresaba a casa solía conducir lentamente por Broadway, pasando de la calle Cuarenta y siete a la Cincuenta. Puede que fuera una noche fría o que estuviera lloviendo o acaso nevara. Pero fuera como fuese, Arnold siempre estaba allí. Yo le pedía que viniera a casa. Y él, sacudiendo la cabeza, decía: «Estoy

esperando a que pase alguien que me debe dinero». Hiciera el tiempo que hiciese, siempre andaba por ahí cobrando pequeñas cantidades de dinero, a veces incluso de no más de cincuenta dólares. Aquel día, no obstante, podrían haber sido miles. A mí siempre me daba la impresión de que para Arnold, más que la cantidad en sí, lo que realmente le importaba eran los porcentajes. Estaba jugando con fichas de casino y las fichas han de dar dinero.⁶

Era la época dorada del jazz y Arnold Rothstein, el hombre más temido en la ciudad de Nueva York. Después de haberse pasado el día sacando dinero a la gente, se sentaba en el Lindy's, un bar situado en la bulliciosa Times Square,⁷ y allí se quedaba hasta el amanecer

organizando su sistema de fraude, extorsión y robo.⁸ En las mesas de alrededor se mezclaban miembros de los bajos fondos con gente respetuosa de la ley: actores y compositores de canciones, boxeadores y mánager, reporteros y activistas, policías y delincuentes. Carolyn decía que era como «un estanque de la selva en el que, para poder satisfacer tranquilos su sed, los animales de presa se reúnen con sus enemigos naturales bajo una bandera blanca que está ahí mismo aunque no puedan verla».⁹

Una de aquellas noches, en una de las mesas cercanas, dos hombres estaban componiendo un musical cuyos

personajes principales se inspiraban en las vidas de Arnold y Carolyn; es la obra que se acabaría llamando *Guys and Dolls*.¹⁰ El musical iba a ser divertido. Arnold, en cambio, no lo era; cuando se echaba a reír, todos pensaban que su risa sonaba un tanto artificiosa. «Con el tiempo me di cuenta de que, cuando se reía, la risa era una mera manifestación de su apariencia física, una combinación del movimiento de los músculos faciales sincronizado con el sonido falso y desacompasado de la hilaridad», recordaba Carolyn años más tarde.¹¹

Ahora bien, si a nosotros nos importa Arnold es por una sola razón. Porque estaba a punto de hacerse con el

mayor mercado negro de la historia.

Nadie entendía por qué Arnold había tomado ese camino. Su padre — que había visto cómo el pequeño Arnold blandía un cuchillo sobre su hermano dormido— era una de las personas más queridas en el seno de la comunidad judía de Manhattan. La familia de Avraham Rothstein había huido de los violentos pogromos que asolaban Rusia, y en la década de 1880 se había establecido en el Lower East Side de Manhattan. Avraham empezó cosiendo gorras, pero pronto se abrió camino en el comercio de ropa hasta que acabó

siendo un próspero comerciante de prendas de algodón. Si alguien tenía un problema en aquella comunidad de judíos ortodoxos, acudía a él para que emitiera su dictamen: se decía que era tan escrupuloso administrando justicia que todos le llamaban «Abe el Justo».

De su hijo se podían decir muchas cosas, pero desde luego no que fuera justo.

Cuando era pequeño, Arnold ya había mostrado, además de su característica frialdad, uno de sus rasgos más sobresalientes: su extraordinaria capacidad para las matemáticas. Era capaz de manejar números y probabilidades de una forma que dejaba

a la gente estupefacta. A los doce años ya era consciente de que su padre no hubiera concebido jamás la idea de llevar dinero encima desde la puesta del sol del viernes hasta el anochecer del sabbat al día siguiente, así es que Arnold cogía dinero de su billetera, jugaba a los dados y ganaba con tanta frecuencia y cantidades tan sustanciosas que siempre podía reponer lo sustraído sin que nadie se diera cuenta.¹² Para cuando se marchó de casa a los diecisiete con el fin de hacerse vendedor ambulante,¹³ ya sabía que sería capaz de manejar los juegos de cartas mejor que cualquiera.

Estaba empezando a verse a sí mismo como un superhombre, como alguien muy por encima de la media, pues como diría más tarde: «Por cada hombre inteligente hay dos millones de imbéciles».¹⁴ Él era el inteligente y si iba a conseguir lo suyo sería sacándoselo a los imbéciles.

Pero «El Cerebro» —tal como pedía entonces que le llamaran— pronto descubriría la sacrosanta ley del juego y las apuestas: que la única forma de ganar siempre es siendo el dueño de tu propio casino. Por eso decidió montar una serie de casas de juego clandestinas por toda la ciudad de Nueva York y, cuando fueron desarticuladas una tras

otra, entonces se inventó el juego de dados «en movimiento»: una partida infinita de dados que saltaba desde algún oscuro callejón hasta sótanos de lo más lóbregos a través de la isla de Manhattan. Arnold llevaba siempre el dinero encima, a veces hasta cien mil dólares, y lo contaba como un poseso, una y otra vez.¹⁵ Tenía una relación táctil con el dinero. El áspero crujido de los billetes en sus manos era su música y su inspiración. El juego en sí no le proporcionaba ningún placer, solo el resultado final; incluso después de haberse pasado años en el hipódromo, no era capaz de distinguir un caballo de

otro. Lo único que conocía de los caballos eran sus estadísticas y el dinero que se embolsaría con las apuestas.¹⁶

Tuviera el dinero que tuviera, Rothstein siempre creía que no era bastante y que debía encontrar la manera de conseguir más. Cuando conoció a la que sería su mujer, Carolyn, en la fiesta de un amigo, dijo que era muy deportista.¹⁷ «Pensé que un hombre deportista se dedicaba a la caza y al tiro al blanco —escribió—. No fue hasta mucho tiempo después cuando me enteré de que todo lo que aquel deportista había cazado era una víctima con dinero y que lo único que había tirado eran sus dados.»¹⁸ La noche que se casaron le

dijo a Carolyn que necesitaba empeñar su anillo de compromiso para poder disponer de fondos y ella se lo entregó sin quejarse siquiera.¹⁹

Rothstein custodiaba su dinero como un perro guardián. Un día, un jugador al que conocía bastante bien le llamó por teléfono en conferencia de larga distancia. Dijo que estaba sin blanca y que necesitaba desesperadamente quinientos dólares para regresar a Nueva York y volver a entrar en el juego.

—No te oigo —dijo Arnold al teléfono.

El jugador volvió a repetir lo que le había pedido.

—No te oigo —repitió Arnold.

El otro trasteó con su teléfono hasta que la operadora interrumpió la conversación:

—Pero, señor Rothstein, yo sí que puedo oírle.

—Muy bien —replicó Arnold—, pues entonces dele el dinero usted misma. —Y colgó.²⁰

Rothstein solía amañar apuestas. «A los quince años conocí mis límites y desde entonces no he vuelto a jugar con un hombre al que no pueda vencer a golpes», decía.²¹ En el hipódromo pagaba a yoqueis para que se dejaran ganar y así año tras año hasta que llevó sus artimañas a su máximo nivel.²² Las

apuestas eran entonces cada vez mayores y sus ganancias, cada vez más improbables, hasta que por fin consiguió el juego más grande, el más visto, el que más adrenalina absorbía: los campeonatos mundiales de béisbol. Cincuenta millones de estadounidenses seguían por radio la final de la World Series de 1919 cuando, contra todo pronóstico, los Cincinnati Reds batieron de largo a los favoritos, los White Sox. Mucho después de que en el estadio se apagara el eco de los últimos vítores se conoció la razón: Rothstein había pagado a ocho jugadores de los White Sox para que perdieran el partido.

Todos ellos fueron acusados de fraude y, misteriosamente, todos quedaron absueltos.

Si había una palabra que se repetía sin descanso en los relatos sobre la historia de Arnold era justamente esa: «misteriosamente».

Un hombre de la catadura de Arnold Rothstein siempre hubiera podido encontrar alguna otra oportunidad para delinquir, pero él consiguió hacerse con el control de dos de las mayores industrias de Estados Unidos libres de impuestos. No tardó en darse cuenta de que la prohibición del alcohol y de las drogas era el mayor premio que había obtenido un gánster en

toda la historia. Porque siempre habría infinidad de gente dispuesta a beber o a drogarse y, si no lo podían hacer respetando la legalidad, lo harían contraviniéndola.

«La Ley Seca va a estar vigente una larga temporada, hasta que llegue el día en que acaben con ella —dijo Rothstein a sus socios—. Pero mientras tanto vamos a disfrutar de ella durante bastante tiempo, de eso no me cabe duda. En el futuro habrá cada vez más personas que harán caso omiso de la ley [...] y si satisfacemos su necesidad [de alcohol] podremos ganar una fortuna.»²³

Durante la Ley Seca, los contrabandistas se dieron cuenta de que podían vender la bazofia que quisieran, pues al fin y al cabo, ¿quién se iba a quejar a la policía de que se había intoxicado con alcohol ilegal? Partidas masivas de alcohol adulterado se repartieron por todo el país: solo una de ellas en Wichita, Kansas, dejó a quinientas personas con invalidez permanente.²⁴ Aun así, el mercado del alcohol clandestino seguiría activo unos quince años, hasta que Franklin Roosevelt —desesperado por encontrar nuevas fuentes de recaudación de impuestos— volvió a legalizar el alcohol en 1933. Pero Rothstein supo

ver que el mayor negocio estaba en el

mercado de las drogas, pues sin duda seguirían prohibidas durante muchísimo tiempo.

En un principio, el tráfico de drogas estaba en manos de pequeños traficantes que obtenían su mercancía por una de las siguientes vías: o bien organizaban robos de opiáceos en el momento de su entrega en algún hospital, o bien hacían grandes pedidos a México y Canadá a través de empresas falsas creadas a tal efecto.²⁵ En 1922, el Congreso tomó medidas contra tales prácticas. Pero, en cualquiera de los casos, Rothstein consideraba que esos delincuentes de poca monta estaban dejando escapar una gran oportunidad;²⁶

aquello, aseguraba, debía hacerse a escala industrial, mediante la fabricación y contrabando a gran escala. De manera que envió a sus hombres a Europa para que compraran droga en grandes cantidades, ya que allí se seguía produciendo heroína de manera legal, y luego hizo que se la enviaran a Estados Unidos, donde después se distribuía por las calles de Nueva York y de otras ciudades a través de camellos.

Para poner en marcha este entramado comercial, Rothstein definiría la que sería una banda de drogas en términos modernos. Nueva York había tenido bandas durante generaciones, pero no eran más que rufianes de baja

estofa que dedicaban la mayor parte de su energía a pegarse entre ellos. Las bandas de Arnold, en cambio, eran tan disciplinadas como un batallón del ejército y tan celosas de su trabajo que no tenían más que una pasión: los beneficios. De esa forma, a mediados de la década de 1920, Rothstein y su nueva clase de «banda» conseguiría hacerse con el control absoluto del tráfico de heroína y cocaína en la Costa Este de Estados Unidos.²⁷

Congelemos la imagen durante un instante, cuando Arnold se encuentra en Times Square en plena era del jazz

buscando a personas que le deben dinero. Para entonces las clínicas de heroinómanos se han ido clausurando en todo el país a raíz de la presión ejercida por la Oficina Federal de Estupefacientes. Este es el eje principal de nuestra historia, pues ahora las drogas van a ser controladas por personas muy peligrosas. Debido a la aplicación de la Harrison Act y de las enérgicas medidas impuestas por Anslinger, el control de las drogas pasa ahora de las manos de Henry Smith Williams y sus colegas a las de Arnold Rothstein y sus secuaces. Y esto no fue producto de una ley de la naturaleza. Fue obra de una política determinada.

En lo que a los drogadictos se refiere, Rothstein sentía tanta repulsión por ellos como Harry Anslinger. El día que se encontró a uno de sus socios fumando una pipa de opio, lo echó a patadas.²⁸ Y, aun así, no resulta extraño que se metiera en este nuevo negocio. Como apuntaba el diario *The World*: «Por cada mil dólares destinados a la compra, importación y distribución clandestina de opio en el país, quienes estaban en la cúspide de la pirámide obtenían seis mil o incluso más».²⁹ Arnold no tardaría en descubrir que, cuando se tiene el control sobre los grandes ingresos que proporciona la industria de la droga, tanto los políticos

como las fuerzas del orden son fáciles de comprar. Sus márgenes de beneficio eran tan grandes que podía pagar a los agentes mucho más de lo que recibían del Estado. «Los agentes —escribió un periodista en 1929— se comportaron con tanta gentileza con Rothstein que más bien parecían estar ante el jefe de la policía.»³⁰ Y, por ese motivo, cada vez que Arnold Rothstein era sorprendido en algún acto violento, los cargos desaparecían «misteriosamente».

Arnold dominó a la policía recurriendo a un enfoque que años más tarde sería resumido por sus sucesores, los cárteles de la droga mexicanos, en una frase sencilla pero certera: «Plata o

plomo». ³¹ O aceptas nuestro soborno o recibes un balazo. A veces, no obstante, aparecía algún agente que se negaba a aceptar sus reglas. Por ejemplo, cuando dos detectives llamados John Walsh y Josh McLaughlin irrumpieron en uno de los garitos ilegales de Rothstein, este los disparó porque, según declaró, supuso que eran ladrones. ³² El juez desestimó el caso. ³³ A lo que un periodista replicó: «¿Qué son “unas simples prácticas de tiro con policías en el blanco” cuando uno es Arnold Rothstein?» ³⁴

Arnold hizo a las fuerzas del orden lo mismo que a la World Series: convirtió su trabajo en una

representación que el público tomaba por verdadera cuando no era más que un espectáculo de marionetas. En el escenario tenía suficientes actores trabajando para él como para garantizarle el éxito en cada función.

Y, sin embargo, por más rico que se hiciera, Arnold seguía llevando la misma clase de vida y cenando siempre en el Lindy's una noche tras otra. Tan solo se permitió un lujo: pagar a un dentista para que le extrajera todas las piezas de su dentadura y las sustituyese por unos relucientes y perfectos dientes blancos.³⁵

Pasado el tiempo, llegó un momento en que Arnold empezó a matar. Aquí es donde las lentes de la cámara de la historia se empañan y resulta difícil dilucidar lo que sucedió de verdad. Por razones obvias, nadie tomaba nota de los nombres y demás datos de las víctimas de Arnold. Solo podemos deducir que existieron a raíz de alguna pista encontrada aquí y allá. Todos — incluso los gánsteres más curtidos— tenían pánico a Rothstein, pues obviamente uno no se labra una reputación como la suya a base de chistes. Solamente hay una posible víctima de Rothstein cuyo nombre ha podido ser identificado en nuestros días.

El biógrafo David Pietrusza fue capaz de descubrirlo, y si lo hizo fue porque la víctima era el tercer hombre más rico del mundo.

Cierto día, Arnold se encontró en un hotel de la Cincuenta y dos Este con el capitán Alfred Lowenstein, un financiero tan acaudalado que, cuando los alemanes ocuparon Bélgica durante la primera guerra mundial, dicen que se ofreció a comprarles nuevamente el país pagándolo de su bolsillo.³⁶ Con Rothstein firmaría el mayor acuerdo en materia de drogas que se había perfilado hasta ese momento; un plan para comercializar una selección de opiáceos en un mercado nuevo y en constante

expansión. Poco después de haber firmado el pacto, Lowenstein subió a su avión privado y puso rumbo a Europa.

Cuando tomaron tierra, el capitán Lowenstein no estaba a bordo. La tripulación declaró que Lowenstein había ido al lavabo y que ya no regresó. Como apuntaba el *New York Times*, era «prácticamente imposible abrir la puerta de un avión cuando el aparato vuela a velocidad de crucero». ³⁷ Por lo visto, Rothstein se había quedado con lo que recibió por anticipado, fuera lo que fuese.

Cuando estaba tratando de descifrar la historia de Arnold en la penumbra del Capitolio me vinieron a la

mente los áridos estudios sociológicos que había leído sobre la guerra antidroga, y entonces empecé a encontrarles sentido. En ellos se explica que, cuando un producto popular es ilegalizado, no desaparece del mercado, sino que los delincuentes empiezan a hacerse con el control de su suministro y venta. Tienen que introducirlo en el país, transportarlo a dondequiera que lo soliciten y venderlo en las calles. Y en cada una de estas etapas, el producto es vulnerable. Si alguien les saliera al paso y se lo robara, no podrían acudir a la policía o a los juzgados para que se lo

devolviesen. De manera que solo tenían una forma de defender su propiedad: con la violencia.

Pero obviamente nadie desea andar todos los días entre tiroteos, pues así no hay forma de dirigir un negocio. De modo que es preciso labrarse una cierta reputación: la reputación de ser una persona temible. Los demás han de creer que están tratando con alguien tan violento y tan brutal que se lo pensarán mucho antes de enzarzarse en una pelea con él. Y esa reputación solo es posible labrársela a base de actos brutales que llamen la atención.

El sociólogo estadounidense Philippe Bourgois llamaba a este proceso «cultura del terror».³⁸ Pero la primera persona que observó y empezó a describir esta dinámica fue un reportero sensacionalista más apegado a la botella y a la nicotina que a cualquier otra cosa, y que respondía al nombre de Donald Henderson Clarke; era uno de esos periodistas con buenos contactos en los bajos fondos y que se pasaba el día en los bares de la ciudad junto con Rothstein y sus matones.

Resulta difícil —escribía Henderson— transmitir «el miedo con el que Rothstein era contemplado. Si uno se metía en líos con un jefe de policía,

un fiscal general, un gobernador o alguien similar, podía hacerse una idea bastante aproximada de lo que podría sucederle en función de lo que hubiera hecho. Si uno se metía en líos con Arnold Rothstein, por más vueltas que le diese nunca sabría lo que haría con él. Lo único seguro es que tendría miedo, mucho miedo. Pero esa es una horrible desgracia que puede pasarle a cualquiera». ³⁹

Los hombres de Arnold repartían balas por la ciudad con el mismo festivo abandono con que los invitados a una boda arrojan confeti. Uno de sus secuaces, Jack Diamond, alias «el Patas», estaba en el punto de destino de

tantos disparos que era conocido como «el depósito humano de munición para el más allá». Pero como Rothstein y los suyos parecían salirse siempre con la suya, nadie se atrevía a contrariarlos. Un día, Arnold se encontraba en el metro cuando un ratero consiguió birlarle su alfiler de corbata sin que se diese cuenta, justamente la única joya por la que Rothstein sentía cierto aprecio. Esa misma noche, mientras cenaba en compañía de otros gánsteres, contó cómo se lo habían robado y con su falsa sonrisa añadió: «Precisamente a mí, al más listo. ¿Qué os parece?».

Al día siguiente llegó un paquete a su casa. En su interior estaba el alfiler de corbata⁴⁰ acompañado de una nota: «El tipo que lo cogió no sabía quién eras».

Mientras Arnold sembraba el terror por la ciudad, su esposa Carolyn estaba prácticamente prisionera en su propia casa. Tenía prohibido salir o recibir llamadas después de las seis de la tarde. Rothstein sostenía que era porque la policía estaba siempre al acecho.⁴¹ Controlaba absolutamente todos los aspectos de su vida: exigía por ejemplo que no se cortara el pelo a lo *garçon*

alegando que, en caso de hacerlo, perdería «toda su dignidad». ⁴² Por las noches, recuerda Carolyn en sus memorias, pasaba el rato escuchando la rueda de la ruleta en la sala de juego clandestina que su marido dirigía al otro lado de la calle. Sabía cuándo la casa iba ganando en función de que el crupier recogiera rápidamente las fichas o bien las amontonara y contara con más lentitud. ⁴³

Algunas noches, mientras le esperaba despierta, pasaban por su mente escenas del pasado. En su época de corista había bailado el chachachá en una comedia titulada *The Chorus Lady* con la que estuvo de gira por todo el

país. En una ocasión pasaban en tren por Pensilvania —o tal vez fuera Kansas, había olvidado el lugar exacto— cuando vio una larga y monótona hilera de casas sin más iluminación que la que proporcionaban las trémulas lámparas de queroseno de su interior. Carolyn imaginó cómo era la vida de quienes allí vivían: tranquila, agradable, segura...⁴⁴

Arnold regresaba a casa a eso de las cinco o seis de la mañana y en cuanto llegaba se daba el gusto de satisfacer su única adicción:⁴⁵ engullir pasteles como un loco acompañados de leche en abundancia. Delante de las ventanas tenían un pesado cortinaje de cuero para impedir el paso de la luz.

Arnold se despertaba a las tres de la tarde y siempre refunfuñaba lo mismo: «No me encuentro bien». Tenía dolor de cabeza o de estómago, tal vez una especie de forma reprimida de afrontar algo que sin duda no se le escapaba: que en cualquier momento podía ser asesinado.

No se cansaba de prometer a Carolyn que dejaría aquello cuando tuviera suficiente dinero, pero con el tiempo ella comprendió que nunca tendría suficiente.⁴⁶ Además sabía que, si abandonaba aquel mundo aunque fuera por un instante, acabaría asesinado en un callejón de Broadway por alguno de los aspirantes a ocupar su puesto. Cualquier

muestra de debilidad llevaba aparejada una bala en un callejón. «Es demasiado tarde, no puedo hacerlo —le confesó finalmente—. Yo solito me metí en esto y ahora ya no puedo salir.»⁴⁷

Rothstein siempre se había caracterizado por una valentía que rozaba la temeridad. Un día se le acercó un pistolero que, tras encañonarle, exigió que se le entregaran quinientos dólares. «Si consigues sacarme quinientos pavos —replicó Rothstein— será para pagar tu propio funeral. Así es que piénsatelo bien.»⁴⁸ Sin embargo, a comienzos de 1926 sucedió algo que hizo que, por primera vez en su vida, pareciera asustado.⁴⁹ Por lo visto,

alguien le había dicho que su vida corría peligro y apenas unos minutos después abandonaba el edificio un hombre cuya estatura y apariencia física eran muy similares a las de Rothstein. Dos hombres armados le salieron al paso y le obligaron a subir a un coche. Ya habían recorrido varias manzanas cuando lo soltaron entre maldiciones: «¡Nos hemos equivocado de hombre!». ⁵⁰

Una noche, no mucho después de aquel incidente, Arnold despertó a su mujer, lívido como un muerto.

«Me ha sucedido algo horrible», dijo. Al parecer, cuando llegó al edificio de su apartamento Rothstein

había intentado abrir la puerta pero estaba bloqueada. «Llamé al timbre sabiendo que funcionaba perfectamente porque podía oírlo. Luego vi al ascensorista tumbado en el sofá, y según pude ver estaba atado y amordazado.»⁵¹

Arnold recorrió varias manzanas hasta que pudo encontrar a un policía..., pero a su regreso la puerta se abría perfectamente. No había nada extraño. Todo estaba en su lugar, salvo la propia templanza de Arnold. Estaba perdiendo los nervios.

En 1927, en uno de los coches que solía utilizar encontraron munición de ametralladora esparcida por el interior, como si estuvieran esperándole allí

mismo, a la salida del hotel Fairfield, en la calle Setenta y dos Oeste.⁵² Poco después, Carolyn pidió el divorcio.⁵³ Rothstein sabía lo que podía suceder, y al final eso es lo que pasó. Tenía cuarenta y siete años cuando cayó abatido junto a la puerta de servicio del hotel Park Central, en la calle Cincuenta y seis, a las 22.50 horas del 5 de noviembre de 1928.⁵⁴ El Cerebro había recibido un balazo en el abdomen.⁵⁵

«Traedme un taxi», dijo.⁵⁶ Pero quien apareció fue la policía, que preguntó directamente a Rothstein quién había hecho aquello. «Si sobrevivo, yo

mismo me ocuparé del asunto; si muero lo hará mi banda», farfulló en un murmullo.⁵⁷

No moriría hasta el día siguiente, en un hospital situado en BedfordStuyvesant, en el centro de Brooklyn.⁵⁸ Cuando yacía en cama en estado semicomatoso, su abogado y su propia amante, una corista de veintisiete años —otra más— que se llamaba Inez Norton, «guiaron» su mano para que pudiera firmar su nuevo testamento.⁵⁹ Estaban convencidos de que serían los herederos de una gran fortuna, pero al final resultó que, una vez puestos en orden sus incontables movimientos de dinero, la ingente acumulación de

deudas superaba con creces su patrimonio, así es que el abogado y la amante no obtuvieron nada.⁶⁰ Por lo demás, también salió a la luz que el sábado de la semana anterior Rothstein había suscrito un seguro de vida por valor de 50.000 dólares. El cheque, sin embargo, no había llegado a la empresa: no se había hecho el pago.⁶¹

La policía no quiso investigar el asesinato, pues no tenía ningún interés en destapar el caso y que se le echaran encima todos los criminales y autoridades oficiales congregadas en torno al cadáver de Rothstein.⁶² «Era como si absolutamente nadie, ni agentes del orden ni criminales, quisiera verse

salpicado por aquel asesinato», concluía Nick Tosches, biógrafo de Rothstein.⁶³ A la postre fue un jugador rival llamado George McManus el que resultó acusado del asesinato, pero quedó absuelto en el juicio con jurado.⁶⁴ Desde entonces, asegura Tosches, su caso «es un misterio que no ha parado de crecer. Se han desatado conjeturas y especulaciones en un frenético deseo por desvelar, no solo quién fue la persona que apretó el gatillo, sino quiénes eran las fuerzas ocultas que tenían bajo control a quien lo hizo».

Por mi parte, no me daría cuenta de la importancia de ese momento hasta un año después, cuando ya me encontraba

en Ciudad Juárez, la urbe más peligrosa de la Tierra.

Y es que esa bala marcó el inicio de la guerra contra las drogas y nadie sabe de dónde salió, ni siquiera en nuestros días. Es como la bala que segó la vida del archiduque Fernando: el primer disparo en una masacre de escala global.

El dominio de Rothstein sobre el tráfico de drogas en la Costa Este saltó por los aires cuando apretaron aquel gatillo: a partir de ese momento, los traficantes de drogas se enzarzarían en interminables conflictos por hacerse con el control de la distribución de la droga.

Charles Bowden, analista de la guerra antidroga, afirma que en realidad hay dos guerras de la droga en curso: por una parte tenemos la guerra *contra* las drogas, en la que el Estado lucha contra consumidores y toxicómanos, y, por otra, tenemos la guerra *por* las drogas, en la que los delincuentes luchan entre sí por hacerse con el control del tráfico.

La guerra por las drogas se inició en toda su crudeza en el hotel Park Central de Manhattan cuando Arnold Rothstein cayó abatido.⁶⁵

En el futuro habría muchas balas más, pero en el curso de mi viaje iba a descubrir que Arnold no estaba muerto

aún. Cada vez que le matan aparece una versión suya mucho más dura y despiadada que cubre el espacio preparado por la prohibición para una industria criminal de carácter global. Arnold Rothstein es el primero de una larga serie de criminales que abarcan desde bandas como los Crips y los Bloods hasta narcotraficantes como Pablo Escobar y Chapo Guzmán, cada cual más sanguinario que el anterior porque fue lo bastante fuerte como para matar a su antecesor. Como escribiera Harry Anslinger en 1961: «Una banda se alza con el poder pasando por encima de los cadáveres de la anterior».⁶⁶ Es la

evolución darwiniana armada con una ametralladora y una papelina de crack.⁶⁷

Y yo mismo iba a comprobar que Harry Anslinger, al igual que Rothstein, se volvía a encarnar, también, en formas cada vez más despiadadas. En el curso de esta guerra, sus sucesores iban a hacer uso de aviones militares a lo largo de las costas de Estados Unidos, meterían en prisión a más personas que cualquier otra sociedad de la historia de la humanidad y lanzarían veneno desde el aire para acabar con los cultivos de droga sembrados en países extranjeros a miles de kilómetros de distancia. Los actores clave en esta guerra siguen

siendo o Anslingers o Rothsteins: el prohibicionista y el gánster van de la mano hasta que desaparecen en el horizonte. La política de la prohibición creó a estos personajes porque los necesitaba. Y en tanto siga vigente, ellos también seguirán vivos.

El grito que desgarró a Harry Anslinger, la bala que desgarró a Arnold Rothstein, las leyes que desgarraron la consulta médica de Edward Williams..., todas ellas forman parte de nuestras vidas aunque no tengamos relación alguna con las drogas.

Para comprender cómo había sucedido todo esto, viajé de una ciudad a otra setenta años después de aquellos

hechos, y si pude entender su dinámica fue precisamente gracias a las historias particulares de tres personas.

Una intentaba ser Arnold Rothstein.

Otra intentaba ser Harry Anslinger.

Y la tercera estaba sentada en el porche de su casa, jugando con una muñeca.

**SEGUNDA
PARTE**

Fantasmas

CAPÍTULO

5

Souls of Mischief

Una vez terminada mi investigación sobre Harry, Arnold y Billie, cerré mis carpetas sobre ellos y me puse a buscar un traficante de drogas. De este modo podría comprobar cómo se desarrolla hoy en día la dinámica que aquellos dos

hombres habían puesto en marcha, porque no me atraía la idea de ver la guerra de las drogas únicamente a través de debates o de estudios académicos; quería ver cómo se desplegaba actualmente en las esquinas de Nueva York, en aquella ciudad donde en otro tiempo Arnold luchaba con los suyos y Billie perdería la vida. Los documentos que nos lega la historia no pueden llevarnos tan lejos. Había llegado la hora de observar cómo se despliegan las operaciones de la guerra antidroga en tiempo real.

Un amigo mío que trabaja en Nueva York en la reforma de la política antidroga me facilitó el número de una

persona llamada Chino Hardin.¹ «Ve a verle —me dijo—. Nadie mejor que él para explicártelo.»

Quedé con Chino a la puerta de un bar de Greenwich Village. Aquel día entró en mi vida pegado a un cigarrillo y desde ese momento prácticamente no dejó de fumar. Llevaba el pelo recogido en una coleta y la cabeza cubierta con un colorido pañuelo. Vestía un suéter grande y bastante holgado en el que podía verse al Increíble Hulk con el puño en alto. Cuando me saludó percibí enseguida que Chino tenía una voz profunda y grave.

Una vez sentados en nuestra mesa, Chino se me quedó mirando fijamente cuando le dije qué es lo que deseaba averiguar: cómo es el tráfico de drogas por dentro. No sabría decir si estaba receloso o preocupado, pero sin duda me estaba evaluando. Y de golpe me dijo, bastante secamente, como si hubiera tomado una decisión: «Crecí en East Flatbush, en el distrito de Brooklyn. [...] Y nací a pocos metros de mi casa, en el hospital del condado de Kings». A partir de ahí me iría contando, en sucesivas entrevistas, la historia de su vida. De hecho iba a seguir contándomela durante más de tres años.

Poco después me enteré de que Chino estaba en el proceso de transición para convertirse en un hombre y que además estaba pensando en someterse a una operación de cambio de sexo. Siguiendo sus deseos, a lo largo del libro me refiero a él con los pronombres masculinos —pese a que durante la mayor parte de ese periodo era reconocido como mujer, tanto por las personas de su entorno como por el propio sistema judicial—, y si me lo pidió es porque en su interior sentía en todo momento que era un hombre.

La primera vez que nos vimos me di cuenta de que Chino hablaba deprisa y con un compás preciso, como si en su

cabeza llevara un ritmo que yo no era capaz de percibir. Y, sin embargo, al cabo de un rato empecé a sentirlo. Esa fue una de las muchas cosas tuyas que Chino me enseñó.

Setenta años después de que Arnold Rothstein se apostara en una esquina de la ciudad de Nueva York para sacar dinero a quien pasara por allí, Chino había hecho exactamente lo mismo en su propia esquina.² Al igual que Arnold infundía miedo con su sola presencia. Para eso tenía a su pitbull y dos colmillos de oro en su dentadura. Una gorra de béisbol le servía para

ocultar el pelo y, en el interior de la visera, las papelinas de crack. En las cercanías, dentro de un cubo de basura, tenía escondida un arma, una Smith and Wesson de 9 mm. Su pandilla eran los Souls of Mischief, que hacían lo que él decía cuando él decía. Chino tenía por aquel entonces catorce años.

—¿Tienes algo para pillar? — preguntaban sus clientes al pasar.

—Sí, sí que tengo —respondía él.

Estaba en el cruce de la Treinta y ocho Este con Church Avenue, en East Flatbush, una zona marginal de Brooklyn. Allí las grandes marcas comerciales de Manhattan eran sustituidas por pequeños

establecimientos con nombres tales como «Carnicería Michael's» y «Lavandería La Oveja Blanca», además de las incontables tiendas baratas de todo a 99 centavos, y este escenario solo se veía alterado por alguna de las tantas iglesias evangélicas que prometen el camino a la salvación. Las casas del barrio debieron de tener un aspecto nuevo y resplandeciente en el momento de su construcción, allá por la década de 1950, pero desde entonces parecían haber estado cayéndose a trozos.

El crack que Chino vendía eran unas rocas cristalinas de color blanco que habían sido trituradas como si fueran escamas de jabón. Al principio se

lo guardaba en la boca, pero se le quedaban entumecidas las mejillas y la lengua. Así es que trató de llevarlo en la mano; tampoco funcionó: las escamas se le disolvían y nadie quería comprarlas. Fue entonces cuando aprendió a ser creativo. A veces metía el crack debajo de algún coche aparcado en las inmediaciones, pegando el paquete a la carrocería con ayuda de un imán. Más adelante se haría con un collar para su pitbull, *Rocky*, dentro del cual ocultaba la droga, «así que *Rocky* también vendía crack conmigo», decía riendo. Pero aquel día —y otros muchos— llevaba el crack en su gorra, listo para la venta.

Tiempo atrás solo había un Arnold Rothstein en Nueva York. En los setenta años de escalada de la guerra antidroga ha llegado a haber un Arnold Rothstein en cada una de las manzanas de los barrios pobres de Estados Unidos. La fragmentación del territorio de las drogas que comenzó con la muerte de Rothstein había llegado también a aquel barrio de Brooklyn.

Chino iba a vender a su esquina todos los días, independientemente del tiempo que hiciera. Ese era el único camino a la fortuna que podía vislumbrar en su vecindario, y, para él, el único modo de estar a salvo. Sabía que esta afirmación le resultaría bastante

extraña a quien no viviera allí, pues a fin de cuentas, ¿cómo podía aportar seguridad el hecho de ser un gánster? Pero para contestar solo tenía que pensar en cómo era su barrio cuando él era niño, cuando en East Flatbush —en aquel objetivo tanpreciado para la guerra por las drogas como para la guerra antidroga—, todo se reducía a comer o ser comido.

En la esquina estaban los Souls of Mischief: Chino y cuatro más de su banda, todos varones. Chino era el líder indiscutible del grupo. Si él decía «Hagámoslo», los demás lo hacían. Si decía «Adelante», ellos iban al objetivo señalado. Obedecían sus órdenes en

todo momento. Y cuando Chino montaba en cólera se quedaban sobrecogidos, como si no fuera una persona sino una tormenta eléctrica con piernas.³

Por entonces ya se vestía y comportaba como un chico. Se hacía llamar Jason. Naturalmente todos sabían que «desde el punto de vista biológico» era una mujer, pero sus colegas le trataban como a un hombre y él ponía especial cuidado en ser mucho más valiente que los demás para subrayar su condición masculina. A los suyos nunca les pedía que hicieran algo que él no haría: siempre se ensuciaba las manos

con los de su banda. Si tenían que atacar, él iba primero. Y a veces era preciso atacar.

Su banda formaba parte de una red más extensa llamada Brooklyn's Most Wanted, que en Flatbush tenía bajo control a los Thirties. Chino conseguía la droga de un tal Peter, un tipo de unos veinte años que vivía en el barrio y ante el que tenía que rendir cuentas. Tenía trece años cuando Peter se le acercó por primera vez y le preguntó si quería ganar un montón de pasta. «Coges la mercancía, la vendes en una esquina y así te sacas unos quinientos dólares a la semana», le explicó. A partir de entonces estaba bajo la protección de

Peter y todos lo sabían. Uno no podía tocarle sin esperar alguna represalia por parte de Peter, lo cual era importante, teniendo en cuenta que era uno de los mayores traficantes de la zona comprendida entre Utica y Flatbush. Es decir, que Chino tenía poder, respeto y un nombre, además de una extraordinaria liberación de sus miedos que no había experimentado nunca.

Y, claro está, también tenía dinero. Se gastaba todo lo que obtenía en entradas de cine, invitaciones a los amigos, prendas de ropa que solo se ponía una vez... Y pasaba el rato

subiéndose a la montaña rusa de Coney Island o jugando a un videojuego llamado Mortal Kombat.

Para mantener este estilo de vida es preciso infundir miedo. Como ya vimos en el caso de Rothstein, si uno tiene problemas y quiere proteger su mercancía, no puede acudir a la policía para que defienda su negocio. Tiene que defenderse por sí solo, con armas y testosterona. Chino me contó que si alguna vez llegas a ceder y muestras un ápice de compasión, «todos irán a robarte. [...] Se meterán en tu territorio, intentarán adueñarse del barrio y harán lo que quieran contigo. Si quieres sobrevivir en este jodido mundo tienes

que joder a los demás. [...] Tienes que ser violento si no quieres que sean violentos contigo. [...] Tú das ejemplo. Aplicas castigos ejemplares. Algunos están justificados porque esos tipos se lo estaban buscando. Pero hay otros muchos que no lo están».

La banda entonces soltaba tiros en cualquier parte, disparaba a los árboles, a los animales, al aire, a cualquier cosa. A veces Chino disparaba también a personas, en concreto a bandas rivales a las que tenía que aterrorizar a muerte. Sus balas, como me diría más tarde, nunca llegaron a herirlos. Y también me diría que hay cosas que no puede contarle a nadie.

A veces sucedía que el arma se encasquillaba y todos los demás estaban demasiado atemorizados para hacer algo. Todos salvo Chino. «Yo amartillaba de nuevo a esa perra, hacía que saliera la bala y una vez colocada de nuevo en la recámara, volvía a cargar el arma.» A dos de sus bandas rivales las llamaban Autobots y Decepticons, por una serie de juguetes conocidos como Transformers que eran muy populares por aquel entonces y con los que ellos no habían dejado de jugar. Estos niños soldado vivían en un paisaje mental construido a base de dibujos animados, de hip hop y de una política

que estaba asignándoles un lugar clave en la línea de suministro de una de las industrias más importantes del mundo.

En cierta ocasión se presentaron en el barrio unos chicos mayores que ellos y trataron de agenciarse el territorio. Chino recuerda bien el incidente: «Aparecieron unos tíos rondando por allí [...], unos tíos más mayores [...], y nosotros los recibimos, fumamos con ellos, nos echamos unas risas... En realidad estaban tratando de adoptarnos [es decir, los trataban como niños, como si fueran sus hijos], nos decían lo que debíamos hacer como si nosotros no tuviéramos nuestro propio territorio. El caso es que algunos de ellos tuvieron un

altercado con uno de mis soldados y antes de que nos diéramos cuenta ya estábamos zurrándolos de lo lindo. [...] Saltamos sobre ellos [...] y pegamos a aquellos mierdas a base de bien. Les arrojamos de todo, botellas, contenedores, todo lo que encontramos, y así conseguimos que salieran en estampida, no sin antes decirles que no volvieran nunca más». Acerca de esa necesidad de defenderse que manifestaba su banda de adolescentes frente a agresores más mayores, Chino afirma: «Prácticamente es como entre los animales, en realidad pensamos como ellos. [...] Creíamos ser los leones más grandes y de más edad [...], pero

más que leones éramos jaurías de hienas. Por eso si vas a seguir las reglas de los animales es preciso encontrar al más adecuado».

La violencia era algo que se daba por descontado en el barrio. «Si no se oyen tiros —decía uno de sus habitantes a la prensa en 1993—, entonces te inquieta que haya demasiada calma.»⁴

Pero Chino no solo tenía que mostrarse violento con las bandas rivales: a veces también con sus propios soldados. Su mano derecha era un jamaicano del barrio al que llamaban Smokie. Un día se enzarzó en una pelea con unos cuantos Crips —una de las bandas callejeras más importantes de

Estados Unidos— justo delante de la casa de Chino porque quería dejarles claro que aquel era el territorio de su banda: allí mandaban ellos y debían respetar sus dominios.

—¿Quién es el cabrón que está armando tanto lío? —preguntó Chino a voz en grito.

—Tú..., tú eres el que ha empezado esta mierda —replicaron ellos en son de burla.

De pronto vio que Smokie se había metido en una pelea que no podía ganar. Los otros le tenían rodeado y además lo superaban en número, así que a Chino no le quedó más remedio que intervenir, y justo cuando lo hizo se dio cuenta de que

estaba en una de esas situaciones en las que no se puede «ser diplomático [...] porque, joder, eso sería una señal de debilidad».

De manera que le dijo a Smokie que cogiera su cuchillo y fuera a por ellos, para demostrar que nadie podía meterse con su banda ni pisarles el negocio. Pero cuando vieron el cuchillo se burlaron de Smokie y le arrancaron una cadena de oro que llevaba en el cuello, y él, asustado, puso pies en polvorosa.

Chino era consciente de que aquella situación podía ser letal para su banda pero también para su propia reputación. Si los otros podían humillar

impunemente a su mano derecha, el siguiente paso sería humillarle a él y quedarse con su zona. Y entonces no le quedaría nada, absolutamente nada. Como dijera Carolyn Rothstein sobre su marido: «Nunca dejó de imponer un castigo a quien hubiera atentado contra su sabiduría».⁵ Y Chino debía hacer lo mismo. Su pitbull los estaba gruñendo pero poco más podía hacer: *Rocky* tenía empaque pero no la fuerza necesaria para enfrentarse a rivales tan fuertes. Los otros estaban empezando a oler el miedo.

Chino sacó un cuchillo. Tenía que demostrarles —con una puñalada— que, si era preciso, no dudaría en utilizarlo.

De repente le cogieron con la guardia baja y recibió un puñetazo que le dejó aturdido.

Pero había conseguido su propósito: ahora su pandilla ya no saldría huyendo cuando los amenazaran. Plantarían cara a sus contrincantes, aun cuando la lucha fuera de una mujer contra dos hombres.

No obstante, todavía quedaba el asunto de Smokie. Primero había puesto a la banda en peligro y luego se había esfumado. Una vez que todo hubo acabado se acercó furtivamente a Chino y, sumiso, le aseguró que si había salido corriendo era para hacerse con un arma y poder defenderlos mejor. Pero Chino

no podía hacer concesiones a la cobardía, y mucho menos en aquel barrio. Llevaron a Smokie a un terreno medio enfangado que había en las inmediaciones y le mojaron la camisa.

Luego Chino se quitó el cinturón y acto seguido le propinó treinta y un golpes.

Esta era generalmente la primera parte del castigo por cobardía. Luego el propio implicado debía encargarse de la segunda. Tenía que salir en busca del grupo enemigo y apuñalar a uno de ellos. Smokie se marchó tambaleándose, pero algo salió mal. Resulta que no había acuchillado a un rival. Aterrorizado, medio trastornado y

superado por los acontecimientos, salió en busca de cualquier persona a la que pudiera atacar y acabó apuñalando a un hombre mayor en una tienda, que era justamente lo que su jefe no deseaba en absoluto. Chino estaba fuera de sí: él quería transmitir que su grupo era fuerte y que nadie debería osar meterse con ellos o hacerse con su mercancía o burlarse de su posición. Al atacar a un anciano, explica, «Smokie en realidad nos hacía parecer más débiles».

Este era el delicado equilibrio del terror que tenía que ir manteniendo día tras día. Para Chino, la guerra de las drogas no era una expresión metafórica, ni mucho menos. Era el campo de

batalla en el que se despertaba cada día y en el que se acostaba todas las noches. Como explica él mismo: «Puedo soportar que alguien me parta el alma, pero lo que no puedo soportar es que hagan pensar a los demás que soy débil. No puedo vivir con eso, de ninguna de las maneras [...] [porque entonces] vendrán a por mí».

Durante un tiempo dejé de verme con Chino y me dediqué a la lectura de estudios y ensayos académicos acerca de la venta de drogas, pues quería

comprobar cómo encajaba esta otra perspectiva con la historia que me estaban contando.

Entonces entendí cómo funciona realmente este mercado. Cuando nos hablan de «violencia asociada a las drogas» pensamos en alguien que está colocado y que ha asesinado a alguna persona. Creemos que la violencia es consecuencia de la ingesta de drogas. Pero en realidad no es más que una parte muy pequeña de la violencia que impera en este mercado. La mayor parte es como la de Chino: comportamientos destinados a delimitar, proteger y defender el territorio de la droga en un mercado ilegal, así como a hacerse un

nombre para que, amparado en la continua apelación al terror, nadie trate de hacerse con tu mercancía o con tu zona.

El profesor Paul Goldstein, de la Universidad de Illinois, dirigió un estudio exhaustivo en el que él y sus colegas examinaron todos los asesinatos registrados en Nueva York en 1986 que estuvieran directamente «relacionados con las drogas». Pues bien, el 7,5 % de dichos asesinatos se produjeron después de la ingesta de drogas y de un cambio manifiesto en el compartimiento de la persona. Alrededor del 2 % fueron obra de drogadictos que, para satisfacer su adicción, habían intentado cometer un

robo que no les salió bien. Y, por último, más de tres cuartas partes de los mismos —es decir, una amplia mayoría— fueron como los ataques de Chino.⁶

Tales asesinatos no eran consecuencia de las drogas ni mucho menos, de la misma manera que los que cometiera Al Capone tampoco fueron producto del alcohol. La causa, así lo demostraba Goldstein, estaba en la prohibición de las drogas.

De la misma manera que la guerra contra el alcohol dio lugar a bandas armadas que luchaban por hacerse con el control de la venta de bebidas alcohólicas, la guerra antidroga ha creado bandas armadas que luchan y

asesinan en aras de hacerse con el control del tráfico de drogas.⁷ El Centro Nacional de Bandas Juveniles de Estados Unidos ha descubierto que pandillas como los Souls of Mischief son responsables de entre el 23 y el 45 % de la venta de drogas en Estados Unidos.⁸

Una tarde hablé del asunto con Chino y él me lo confirmó. El objetivo de las bandas, dijo, no es únicamente la venta de drogas, pero «es una vía para incrementar su poder. De esta manera es posible acceder a los recursos y el dinero necesarios para comprar armas, para gastar a espuertas, para crearse la imagen de alguien famoso: ropa,

joyas...». La banda —y la violencia asociada a ella— se hace mucho más atractiva para los otros gracias al control que ejerce sobre una de las pocas industrias rentables de la barriada.

Pero cuando tenía dieciséis años Chino rompió una de las reglas básicas del tráfico de drogas, aquella que diera a conocer Biggie Smalls: no drogarse con la propia mercancía. Para entender esta parte de la historia tuve que volver al comienzo de la misma, junto con el propio Chino.

A Chino siempre le había desconcertado un aspecto en particular de la vida de su madre. Si era lesbiana como ella decía, ¿cómo es que llegó a quedarse embarazada, y además de un policía, es decir, de la clase de hombre que detestaba con toda su alma (y por muy buenas razones)?

Chino averiguaría la respuesta a los trece años, cuando expuso sus dudas a su tía Rose, que con toda frialdad se ofreció a contarle lo que había pasado. En 1980, Deborah, la madre de Chino, fue violada por un hombre llamado Victor. Deborah era una negra adicta al crack. Victor, un policía blanco que había ido a arrestarla. Así es que Chino

es, en sentido literal, hijo de la guerra contra las drogas. De hecho, fue concebido en uno de sus campos de batalla.

En líneas generales, Chino ya estaba al corriente de la vida que había llevado su madre. Con esos datos se construyó su propia historia, en la cual enlazaba los escasos recuerdos que tenía de ella con lo que captaba de las conversaciones entre susurros de sus familiares. Deborah había sido abandonada por su madre biológica en el hospital donde diera a luz, quizá porque la mujer era adicta a las drogas y pronto acabaría en la cárcel. Así es que fue entregada en adopción a uno de sus

parientes lejanos, una negra del Sur chapada a la antigua que respondía al nombre de Lucille Hardin y que cuando llegó a Nueva York desde Carolina del Sur se había abierto camino haciendo corpiños. A la señora Hardin no le agradaba explayarse acerca de su infancia en el Sur de la segregación, salvo cuando quería explicar que ella nunca había accedido a los deseos de un hombre blanco, y que durante la segunda guerra mundial había trabajado en las cadenas de montaje con el fin de ayudar a su país.

Lucille Hardin crió a Deborah como si se tratase de su propia hija; la quería con locura y la malcriaba como si

fuera una princesita. Pero, según se rumoreaba en la familia, en algún momento de su adolescencia Deborah fue secuestrada por varios hombres y violada por todos ellos. A partir de entonces ya no volvió a ser la misma. Nadie parecía tener información alguna sobre el suceso o acerca del momento en que Deborah empezó a mitigar el dolor que sentía con ayuda del pinchazo de una aguja y el adormecimiento provocado por la heroína. La señora Hardin pagó varias veces el tratamiento de Deborah en clínicas de rehabilitación, pero nada parecía funcionar durante mucho tiempo. Deborah estaba lo bastante hundida en la

adicción a las drogas como para atrapar la primera ola de crack que apareció a comienzos de la década de 1980.

Para conseguir su dosis, Deborah se dedicaría a robar en las casas y a birlar todo lo que pudiera. Su comportamiento era tan escandaloso que eran muchas las veces que su madre adoptiva tenía que llamar a la policía. Fue precisamente en una de esas ocasiones cuando Víctor se presentó en la casa; Deborah tenía entonces veintidós años.

Mucho tiempo después, Chino me describirá ese momento, la noche de su concepción, con una ira controlada. Los policías, dice, podían violar con

completa impunidad «porque ¿quién iba a creer a una drogadicta? ¿Quién iba a creer a alguien que es adicto a una sustancia y que haría cualquier cosa por conseguirla, incluso mentir si es preciso? ¿Quién iba a creer a alguien que se había pasado la mayor parte de su vida adulta entrando y saliendo de la cárcel?».

Aquel hombre, Víctor, entró en la habitación que ocupó Deborah toda su vida y que luego ocuparía Chino en sus años de infancia. Nadie sabe qué es lo que sucedió después. Rose le dijo a Chino que fue una violación, pues eso es lo que Deborah le había contado. Años más tarde, Chino tenía sus dudas:

«Puede que fuera así o puede que no, quién sabe. Mantengo la idea de que fue violada. Pero por otro lado también creo que, quizás, hubo algo de prostitución de por medio. O que vendió su libertad a cambio de sexo». ¿Acaso era algo frecuente por aquel entonces? «Ahora sí que lo es», me dice en 2012.

Deborah se puso de parto cuando estaba en un bar. Daría a luz en un hospital situado a pocas manzanas de donde muriera Arnold Rothstein, pero su hijo, Chino, nació con una grave enfermedad en la sangre. Pesaba muy poco y tenía una fina capa de piel por encima de los ojos. Según los médicos, esta malformación era consecuencia del

consumo de drogas durante el embarazo; estaban convencidos de que el niño nunca podría ver y de que tendría una discapacidad mental de por vida.

Pues bien, así como ella había sido abandonada por su madre, Deborah no tardaría en abandonar a Chino, y fue entonces la propia señora Hardin, ya rondando los sesenta y tantos, quien se ocupó del niño y de su crianza. Lo cierto es que era una abuela muy estricta: no en vano se había criado en una época en que los niños desobedientes tenían que ir ellos mismos al bosque a recoger la rama con que habrían de pegarles. Es lo que entonces se denominaba «escoge tu vara». Pero también era una mujer

mayor cuya capacidad para imponer disciplina y para comprender a aquel nuevo retoño se estaba desvaneciendo.

Chino la llamaba «mamá». De vez en cuando, ella le llevaba a un extraño lugar para que viera a Deborah. Pero lo único que él veía era una mujer menuda y enjuta vestida con pantalones de hombre y luciendo una sonrisa idéntica a la suya. Deborah, me confesaba Chino, «era mi madre en sentido biológico [y] solo en ese sentido». Ella, en el fondo de su alma, nunca se olvidó de su hijo, pues ansiaba tenerlo consigo. Un día se presentó en Flatbush y cogiendo al pequeño Chino de la mano se lo llevó con ella, pensando que, por una vez,

podría ser suyo. Permanecieron ocultos varios días, sin decirle a nadie dónde se encontraban. Estaban en un motel. De pronto apareció la policía y dijeron que estaban buscando a «la hija de Victor».

Por lo visto, todos aquellos años Victor había estado vigilando a su hija desde la distancia y, cuando se enteró de que la habían secuestrado, reunió a sus compañeros para que salieran en su busca.

Años más tarde Deborah volvió a llevarse a Chino. Cuando hablé con él acerca de ese episodio, me dijo que recordaba estar jugando con una niña en una casa de muñecas y comiendo patatas fritas cuando, de pronto, una mujer a la

que Deborah debía dinero le cogió de la mano y se lo llevó a otra habitación. Chino vio allí un cuchillo de puño americano. Solo años después caería en la cuenta de dónde estaban: en una «casa de crack». Inesperadamente, la mujer trató de meterle a Chino el cuchillo por la vagina. Este, para defenderse, la golpeó con unos juguetes y gritó a pleno pulmón. Rápidamente apareció Deborah en la habitación, que enseguida captó lo que estaba pasando. Con ayuda de una amiga suya arrastró a la mujer hasta la azotea de la casa y juntas le propinaron una paliza. «No sé si salió viva de

aquello —rememora Chino—, pero recuerdo que había mucha sangre y que la mujer ya no se movía.»

Aquel niño de ocho años se sentía feliz. En aquel momento su madre le había demostrado sin ningún género de dudas que le quería.

A partir de entonces Deborah aparecía de cuando en cuando en la vida de Chino, pero sin ninguna regularidad establecida, en ataques maniacos. ¿Por qué seguía comportándose de una manera tan errática? «Creo que sus circunstancias no le dejaban desarrollar el amor que sentía por mí —conjeturaba Chino—. La semilla creció y salió de la tierra, pero nunca dio fruto.»

Chino siempre quería juguetes de niño, sobre todo los G. I. Joe. Si le gustaba una cocinita de juguete que le habían regalado era porque en su horno podía fundir las cabezas de los G. I. Joe. «Mi abuela tenía que pegarme para conseguir que me pusiera un vestido», recuerda Chino. A los ocho años se recogió el pelo en una coleta, hizo que le llamasen Jason y se puso calcetines dentro de la ropa interior. Cuando su abuela le preguntó por qué lo hacía, él respondió: «Ser una chica es una mierda. Y en mi vida eso es una auténtica mierda».

Deborah fue la primera persona que le dio un puñetazo. Tenía doce años, cuando un día encontró a su madre durmiendo entre unos arbustos detrás de la casa; se sentía avergonzado e indignado —nadie debía ver a su madre, a esa mugrienta sin hogar y, para más señas, lesbiana—, así que giró la manguera hacia donde ella estaba. Chino pensó que tendría tiempo suficiente para volver a casa antes de que Deborah se pusiese en pie; pero calculó mal y, según sus propias palabras, «[me] lanzó un derechazo a lo Mike Tyson».

En adelante, Chino aprendería a desahogar su furia antes de que su madre entrara en casa. En una ocasión le arrojó

una maceta desde la ventana que le hizo una brecha en la cabeza. En otra le lanzó unas tijeras causándole heridas en un dedo, pero Deborah, ni corta ni perezosa, le esperó al día siguiente a la salida del colegio y le volvió a pegar. Y, sin embargo, en algunas ocasiones Chino salía en busca de Deborah, la buscaba en el parque, en los bancos o en la esquina donde a veces podía encontrársela buscando clientes, simplemente porque quería verla. Aunque por lo general era difícil dar con ella.

Por esa época estaba empezando a extenderse por todo Estados Unidos una enfermedad de transmisión sanguínea.

Los enfermos llegaban tambaleándose al hospital y perdían la conciencia. Sufrían unos síntomas extraños, como si se tratara de un cáncer de aparición repentina y desenlace fulminante.

Los científicos no tardaron en advertir que las personas que más riesgo corrían eran miembros de dos colectivos: homosexuales y drogadictos que compartían jeringuillas. Para hacer frente a la enfermedad recomendaron que, como medida de urgencia, se distribuyeran entre los adictos jeringas nuevas. La ciudad de Glasgow —en la que proliferaban las drogas consumidas por vía intravenosa— fue una de las primeras en aplicar esta medida. El

resultado fue que, entre los usuarios de tales jeringuillas, solamente algo menos del 2 % era seropositivo. En Nueva York, en cambio, se negaron a adoptar dicha práctica.⁹

Y por esta razón, en el año 1992, el 50 % de los neoyorquinos que consumían drogas por vía intravenosa eran seropositivos, incluida la propia Deborah. Cuando finalmente las autoridades cedieron, el número de nuevos infectados se redujo en un 75 %.¹⁰ Pero para los personajes de nuestro relato ya era demasiado tarde. Es más, a aquellos que trataron de suministrar jeringuillas nuevas a

Deborah y a tantos drogadictos como ella, se les dijo que corrían el riesgo de ser detenidos por la policía.¹¹

De adulto, Chino recordaba aún una decena de episodios con su madre. Unos eran violentos y desalentadores; otros eran buenos. En una ocasión se presentó en casa y se llevó el uniforme del colegio de Chino para venderlo. Pero, en cambio, otro día se fueron juntos a patinar con el *skate*. O se marchaban a Coney Island y se subían en el Cyclone, dando vueltas y vueltas sin soltarse de la mano. O se iban al cine, a ver la película que acababan de estrenar sobre la vida de Tina Turner. Un día Deborah le habló a Chino con toda

sinceridad acerca de la relación que había entre ellos y de su propia madre biológica. En el curso de la conversación, Deborah sacó a relucir que era seropositiva, pero Chino por entonces no entendió del todo que era eso.

A los doce años fue a ver a Deborah a la unidad de psiquiatría de un hospital y le llevó un *knish*, una especie de empanada que era su plato favorito. Deborah le preguntaba insistentemente acerca de sus relaciones sexuales, pues quería saber con quién se acostaba. Chino le dijo que no salía con nadie, pero Deborah insistía, no dejaba de preguntarle una y otra vez. Al recordar

esta anécdota, Chino se daría cuenta de que ella, sabiendo que ya no le quedaba mucho tiempo, estaba tratando de proporcionarle algo de orientación en una de las pocas materias en que se sentía capaz de dar consejo.

La última vez que apareció por casa después de una de sus salidas de la cárcel aseguró que había encontrado a Jesús y hasta se había puesto un vestido. Chino no recordaba haberla visto nunca llevar algo así. Además se había echado novio, un perfecto imbécil al que Chino no podía soportar; pero por lo menos se sentía tranquilo al ver que, por primera vez en lo que él llevaba de vida, su madre no tomaba drogas.

No duró mucho. Un día regresó a casa y encontró a Deborah registrando la casa, desesperada, buscando en lugares recónditos algo que no podía nombrar, algo que nadie había visto nunca. Estaba convencida de que debía de estar oculto en el radiador. Habían quedado para ir al cine, pero en esos momentos estaba delirando por efecto del crack; y de pronto salió gritando de la casa y desapareció calle abajo. En un primer momento Chino salió disparado detrás de ella, pero luego se lo pensó mejor y se dijo a sí mismo: «No voy a correr detrás de ella. Estoy cansado de ir en su busca. Si se marcha, es cosa suya».

Aquella misma noche recibió una llamada del hospital. La señora Hardy le acompañó a ver a su madre. Cuando la vio allí tumbada y rodeada de tubos por todas partes no la reconoció. El pequeño cuerpo de Deborah estaba inflado como un globo, como si no hubieran esperado a llenarlo de líquido para embalsamar. Tenía la cara y las manos hinchadas y completamente deformadas. Por lo visto Deborah, según le dijeron las enfermeras, había intentado robar a una mujer en el autobús y, cuando apareció la policía para detenerla, la habían golpeado de lo lindo. Su hígado, sin embargo, ya estaba destrozado y además sufría de hidrocefalia. Deborah no

volvería a despertar. Tenía treinta y tres años. En el funeral, el novio de Deborah se mofó de él. «Y qué —le dijo—, ¿ahora sí que vas a llorar por ella?»

Poco después de aquello, Chino encontró su esquina y empezó a vender crack. Y tres años más tarde fumaba crack por primera vez en su vida. «Quería saber —me confesaría mucho tiempo después— qué es lo que ella había escogido en lugar de quedarse conmigo.»

La primera vez que fue encerrado en una institución penitenciaria tenía trece años. Le habían enviado al Centro

de Detención Juvenil de Spofford, en el Bronx, como castigo por su «comportamiento barriobajero» y violento contra otros jóvenes, pero si había hecho algo así es porque «la venta de droga me coloc[a] en situaciones en las que, por defecto, me v[eo] obligado a adoptar el enfurecimiento y el contraataque como estrategias básicas».

En aquel centro, la pintura de las paredes se caía a trozos. En el aire flotaba un hedor a moho. En realidad no se podía respirar aire fresco en ninguna parte: a veces no se podía ni respirar siquiera. Ni una sola persona se interesó por él. Nadie le preguntó por qué lo habían encerrado. No es que se

comportaran de un modo gélido o agresivo: sencillamente les era indiferente. Los guardas miraban a los internos como si fueran objetos colocados en una cinta transportadora, a los que ellos, cumpliendo con su obligación, pasaban revista. Pero lo que sucede es que, como cuenta Chino, por aquella cinta no pasaban botellas o zapatillas de deporte. Pasaban seres humanos. «¿Has sufrido alguna enfermedad? ¿Eres sexualmente activo? Bien, ¡siguiente, que pase el siguiente!»

En aquella cárcel había pocas cosas que hacer salvo mirar la televisión o jugar a las cartas. «Decir que me sentí solo sería demasiado suave

—recuerda Chino—. [...] Me sentía como un animal [...]. Y por eso creo que cuando uno ingresa en prisión, no ha de comprobar la cartera o las joyas que lleva. Ha de revisar su humanidad.»

A lo largo de su corta existencia había ido aprendiendo, en distintas etapas, que la vida es una sucesión de amenazas y tiroteos jalonada por el hastío. «[En la cárcel], ser humano puede ocasionarte muchos problemas [...]. Cuando estás fuera, que un vecino llame a tu puerta para pedirte azúcar o pasta de dientes porque no tiene en su casa no te parece tan extraño. “¿Por qué no?”, te dices a ti mismo. “Es solo azúcar. ¡Qué más da! Que se lleve el

paquete entero si quiere.” [...] En la cárcel no puedes adoptar esa actitud. [...] No puedes hacer esa estupidez. Porque solamente abrirá la puerta a un montón de mierda. [...] Pensarán que eres un crío y que pueden hacer lo que quieran contigo. Es lo que podríamos llamar “extorsiones amistosas”. Digamos que sería algo así como [...] “Sé que tienes algo para mí, algo que quieres darme, ¿no es así? Porque tú tienes un paquete de cigarrillos para mí, ¿verdad que sí?” Eso es lo que yo hacía cuando quería amenazar a alguien, y como ya estaba claro no tenía que añadir: “Y claro, si no me lo das, voy a tener que darte de hostias” [...]. [Pero]

es que era un niño asustado [...] porque eso es lo que yo era entonces, un niño, y tenía miedo a lo desconocido, miedo a lo que me depararía el día siguiente.»

A los dieciséis estaba de nuevo en la cárcel cuando decidió poner fin a todo aquello. No podía soportarlo. No podía soportar que poco a poco se estuviera convirtiendo en alguien como su madre, que estuviera destruyéndose a sí mismo.

Era mejor acabar con aquello de una vez.

Así es que hizo un nudo corredizo con los cordones de sus zapatos y lo ajustó de tal forma que pudiera deslizarse hacia abajo pero no soltarse.

Ató los cordones al barroto más alto.

Y se dejó caer.

Luego empezó todo el jaleo, alguien que le descuelga, que le salva y él pensando: «Vaya jodido desastre que soy. Ni siquiera soy capaz de hacer bien esta mierda». Más adelante volvería a intentarlo fuera de la cárcel —con una sobredosis de somníferos, en dos ocasiones—, pero tras una limpieza de estómago volvía a estar de nuevo en la calle.

Rikers Island es una enorme fortaleza de hormigón suspendida sobre las aguas del East River entre Queens y el Bronx. Algo más de catorce mil prisioneros viven encerrados en aquellas celdas de piedra que iban a convertirse en una especie de segundo hogar para Chino y su banda, como para tantas generaciones de jóvenes de su barrio. Pero en el caso de Chino sucedía algo extraño: todas sus acusaciones por tenencia de drogas desaparecían como por ensalmo. El caso es que tras el arresto y la imputación correspondiente, parecía que los papeles del caso se evaporaban. «Si alguien revisa mis antecedentes penales —me dice Chino

— veré que en muchas ocasiones he salido por la puerta trasera del juzgado sin ver siquiera al juez de instrucción. Conseguía que me dejaran libre. Y eso que se me imputaban cargos de los que no resulta fácil salir bien librado.»

La verdad es que salía airoso contra todo pronóstico. Si un camello se dedica a vender su mercancía en el distrito de Columbia —cuyas tasas de población y de adicción a las drogas son similares a las del este de Brooklyn—, en cada uno de sus años de trapicheo tiene un 22 % de posibilidades de acabar encerrado.¹² Pero Chino llevaba cerca de una década vendiendo y nunca le habían encarcelado por ello: siempre

se le imputaban delitos de otro tipo. Por eso, uno de la banda empezó a sospechar que era un soplón; pero lo cierto es que, si lo hubiera sido, tarde o temprano habrían salido a la luz pruebas contra su banda y no había sido ese el caso. Chino estaba perplejo: ¿por qué iban contra sus compañeros y no contra él?

Poco a poco, Chino empezó a hacerse una idea de lo que debía de estar sucediendo. El caso es que Victor había salido en su busca cuando era un niño. Concretamente, había enviado a sus compañeros para que le encontraran cuando fue secuestrado por Deborah. Y ahora que era un adolescente —a Chino

no le cabía duda—, Víctor seguía vigilándole desde la distancia y convenciendo a sus colegas para que «hicieran desaparecer» de sus archivos las imputaciones relacionadas con drogas.

¿Es esta una prueba más de la corrupción policial..., o es que Chino está ansioso por creer que su padre le quiere a pesar de todo, y por eso sostiene que es él quien manipula lo que pudieran parecer fallos casuales de la burocracia del sistema judicial?

Chino solo había visto a Víctor una vez. Cuando era un adolescente, uno de sus primos le dijo que Víctor quería verle, y acto seguido mencionó el lugar

—Nostrand esquina con Church, en Brooklyn— y la hora. Víctor apareció en silla de ruedas. Al parecer le habían disparado unos años antes y se había quedado parapléjico. En un primer momento Chino pensó: «Es increíble, lleva el pelo como yo, ¡recogido en una coleta!». Luego advirtió que llevaba guantaletas de cuero como las que solía usar su madre. Pero Chino no tenía ningún interés en escuchar lo que Víctor tenía que decirle.

—¿Qué es lo que quieres? —
inquirió Chino.

—Quiero conocerte.

—Deberías haber pensado en eso cuando violaste a mi madre y desapareciste de mi vida.

Victor empezó divagar. Le dijo que su madre era una mujer de armas tomar, como el propio Chino; y que él había perdido a sus dos hijos, fallecidos en un accidente de avión. No parecía estar del todo en sus cabales. «Por su forma de acercarse a mí —decía Chino— daba la impresión de que hubiera alguna relación entre nosotros», como si se conocieran bien, como si hubieran charlado antes largo y tendido. Pero Chino no quería conocerle, así es que se marchó.

Años más tarde alguien le comunicó que Víctor había muerto. No fue al funeral.

Pero Chino, que entonces tenía quince años, estaba empezando a implicarse en delitos nuevos y mucho más audaces. Ahora que tenían su propia banda para vender crack había comprobado que trabajaban bien juntos y que podían ir más allá: la prohibición de las drogas fue para Chino como una puerta de entrada a los robos y las agresiones. En la cárcel había aprendido tanto sobre nuevos delitos y sobre nuevas técnicas delictivas que salió a la calle graduado *cum laude* en aquella universidad paralela. Pertrechados con

lanzabengalas y chaquetas impermeables, pronto se dispusieron a robar barcos en el puerto. Luego intentaban ponerlos en marcha y entonces Chino, invariablemente, se echaba a reír y decía: «Muy bien, y cuando hayamos arrancado, ¿adónde vamos? Bueno, vale, vamos a seguir». Además robaban coches. Y daban palizas a diestro y siniestro.

El mejor amigo de Chino en aquel entonces, un muchacho llamado Jason Santiago, me dijo que, para Chino, ser un gánster era una especie de «coraza emocional». Un coraza que iba acompañada de un revólver y del cantante Tupac rapeándole en el oído

«*you're untouchable, so you can't be hurt*» [«eres intocable, nada puede hacerte daño»]. Pero en esta guerra, me explica Chino, hay que ser gánster por partida doble. Por una parte es preciso mostrarse duro con los demás para que no se anden metiendo contigo, pero es que además debes mostrarte duro para convencerte a ti mismo de que puedes lanzarte cada día a ese campo de batalla y salir indemne.

Chino hacía todo lo que hacen los chicos, incluso salir con mujeres. «Tenía que asegurarme de que me vieran en todo momento como un igual, como un hombre y no como una tía. Aunque creo que también lo hacía por mi propia

seguridad —recordaba Chino—. Cuanto más parecido a ellos me vieran, menos probabilidades tendría de sufrir abusos o de verme obligado a matar a alguien.» Sin esa reputación, «posiblemente me habrían violado..., o asesinado, o metido en prisión».

Desafiaba a todo aquel que le criticase por ser lesbiana..., que es precisamente como se le veía entonces. Salvo algún comentario esporádico cuando estaban en la calle, todos tenían demasiado miedo para decírselo abiertamente.

Cuando Chino actuó como mi cicerone por este mundo desconocido, yo seguía dándole vueltas a aquellos

elementos de la cultura de gueto que a los advenedizos nos parecen irracionales y hasta grotescos: la obsesión por el territorio, la continua exigencia de «respeto»... Pero entonces empecé a pensar que puede que a fin de cuentas no fueran tan irracionales. Si uno no puede recurrir a la ley para defender su posesión más valiosa —su alijo de droga—, entonces ha de asegurarse por todos los medios de que los demás le profesen respeto y se mantengan fuera de su territorio. La demanda de respeto, concluí, es la única forma de que esa economía funcione. Si buena parte de la economía local se rige por tales reglas, entonces los miembros

de la banda llegan a dominar el barrio, incluidos aquellos que consiguen quedarse fuera del tráfico de drogas.

Uno de los colegas de Chino, un chico al que llamaban «Archivo», tenía contactos con una banda de Newport (Virginia) que estaba buscando nuevos proveedores de droga. Llevó a los suyos a negociar con ellos y precisamente allí —lejos de casa— fue donde Chino decidió probar el crack.

«Actuaba sobre el mismo órgano que a mí se me saltaba cuando me daba la locura con un arma en la mano: es decir, en el corazón, [porque] era algo meramente físico —recuerda—. El crack era como el corazón, bombeando

sin parar, bum, bum bum. [...] Seguramente has alcanzado el punto máximo [con el chute]. [...] [Pero] no dura más que cinco minutos. Por eso necesitas otro chute y otro y otro, y cuando te quieres dar cuenta llevas cuatro días colocado y con un aspecto horroroso porque cosas elementales que antes eran importantes en tu vida — ducharte, cepillarte los dientes y no digamos comer—, pierden cada vez más relevancia frente a la consecución de la siguiente dosis. Eso era el crack, y yo estaba inspeccionando mi mercancía.»

Esa primera vez siguió drogándose durante toda una semana; es consciente de que en algún momento debió de echar

una cabezadita, pero no había horarios, ni sueño profundo, ni descanso para ninguno de los presentes: solo crack, muchísimo crack, y *strippers* y prostitutas, todos metidos en la habitación de su hotel, y claro, empieza la fiesta, una fiesta de rompe y rasga que se acaba desmandando y Chino hace lo que hacen los hombres: acostarse con putas, liarse canutos, fumar.

Arnold Rothstein era un psicópata. A él no le resultaba difícil desempeñar el papel que la prohibición le tenía reservado en tanto que criminal amoral. «Estoy convencido —me dijo Chino una tarde— de que quienes lean esta historia van a pensar: “Joder, este tipo era un

sociópata y un *borderline*».» Pero cuando trató de representar el papel que el prohibicionismo exigía de alguien como él, vio que aparecía algo incómodo e inesperado. Algo que alteraba su capacidad para desempeñar su función en la cadena de comercialización de la droga. Era la empatía. Un día, la madre de uno de sus chicos quiso comprarles crack. Chino recuerda la escena: «Aquella mirada en el rostro de uno de los míos cuando su madre vino a comprarnos [droga] [...]. No era una mirada de embarazo. Era una mirada de dolor. A veces es posible ver el sufrimiento en el rostro de una persona». Y más adelante me diría: «No

es difícil sentir compasión por alguien. [...] [Al fin y al cabo] la compasión es un sentimiento innato. [...] Y lo que en ella se pone en juego no es nuestra capacidad para albergar sentimientos respecto a nuestros propios actos, sino para sentir los actos de los demás».

A esa mujer sí que le vendieron el crack que buscaba. Pero no es nada fácil ser Arnold Rothstein cuando uno tiene conciencia.

Y cuanto más penetraba en su conciencia el dolor por lo que estaba haciendo, mayor celo ponía Chino en suprimirlo con ayuda de la violencia o de las drogas. Chino no era un psicópata, pero el sistema de

prohibición de las drogas que hemos creado exige que cumpla su papel en esta trama. Y por eso tomaba drogas hasta caer en la psicosis.

No obstante, la cárcel en el caso de Chino no era una completa pérdida de tiempo. De un compañero de Spofford había aprendido a robar coches, y cuando fue detenido por un delito de robo y vuelto a enviar a prisión aprendió a ser un Blood y, por lo tanto, pasó a un nuevo y más depurado nivel de gansterismo.

En un principio, los demás internos habían dado por hecho que Chino era hispano. Algunos de sus rasgos parecían más bien afroamericanos y otros, indios nativos; pero si las bandas latinas intentaron reclutarle fue porque su apariencia física era mucho más similar a la suya. Chino, sin embargo, no hablaba español ni mantenía relación alguna con su mundo.

Es por aquel entonces cuando se le acerca una chica llamada L. A. y le dice que podría formar parte de los Bloods..., si es que estaba dispuesto a ganárselo. Chino descubrió que los Bloods eran una banda originaria de la Costa Oeste que había surgido como facción residual

del Partido de los Panteras Negras y de sus objetivos revolucionarios. Los Bloods eran «los bastardos del partido», una caracterización con el suficiente poder de convocatoria como para convertirse en el título de una película documental sobre la banda, *The Bastards of the Party*. Para poder entrar en el grupo era preciso conocer su historia y sus normas éticas, que tenían la fuerza de una ley. Por ejemplo, no matarás a tu proveedor. No moverás ficha (es decir, no hablarás con la policía) si te atrapan. No te meterás en líos cuando portes nuestra bandera (es decir, cuando lleves los colores de los Bloods).

Si el nuevo miembro rompe alguna de estas reglas recibe un castigo, que puede comprender desde una serie de latigazos hasta la muerte.

Una vez aprendidas sus normas éticas, nueve Bloodettes se metieron en una celda para ver cómo Chino pronunciaba el juramento. Empezaba con las palabras: «Todo Blood es un gánster al 410 %». Ahora que ya era uno de ellos disfrutaba de una capa suplementaria de protección. A partir de entonces, cada vez que estaba en chirona y desvinculado de su propia pandilla, tenía a todos los demás Bloods allí aislados cubriéndole la espalda.

Y fue precisamente allí, en aquellas celdas, donde Chino se enamoró por primera vez. Cada vez que veía a una chica llamada Nicole sentía un deseo irrefrenable, pero solamente sabía expresarlo mediante la hostilidad y la repulsión: su madre le había enseñado que en eso consistía el amor. De manera que fue a la celda de Nicole y le dijo que el jefe de su banda era un marica al que estaban sodomizando y que él se encargaría de matarlo, y acto seguido simuló el ruido de un tiroteo. Algún tiempo después, Chino se enteró de que su novia en la calle, en el mundo libre, había sido violada. Y es que, desde la cárcel, él no podía hacer nada por su

protección. Entonces Nicole se presentó en su celda y le dijo que lamentaba mucho lo que le había sucedido a su novia. Chino no daba crédito: después de todo lo que le había hecho, ella seguía siendo amable con él. «Eso me cambió —recuerda Chino—. Ese sencillo acto de compasión humana. [...] Me fui a su celda y empezamos a charlar. Y toda mi mierda se terminó.»

Cuando Nicole salió de la cárcel perdieron el contacto, pero algo de aquella experiencia sigue vivo en Chino.

Ahora bien, ni los Bloods ni el descubrimiento del amor pudieron protegerle de aquellos individuos que, por la posición que ocupaban, parecían

ser los más duros de todos: los guardas de la prisión. Uno de los agentes de Rikers no paraba de hacer mofa de Chino cada vez que le veía: «Tú lo que quieres es ser un hombre —le decía—, pero jamás lo serás. Tú no eres más que una tortillera». A lo que Chino replicaba maldiciendo: «¿Por qué me tienes tanto miedo? ¿Es porque no eres un hombre de verdad?».

El guarda se puso aún más insolente cuando Chino empezó a salir con una de las mujeres más guapas de la cárcel, una *stripper* a la que, en aras de su protección, voy a llamar Dee. (Este es uno de los tres casos en que se ha cambiado el nombre de una persona

citada en este libro; los otros dos aparecerán más adelante.) Chino había aprendido a amar con Nicole, así que lo que viniera después sería más fácil, pensaba. Podía hacerlo. Podía cuidar a otra persona. Y eso hacía enfurecer al guarda. Así pues, cierto día cogió a Dee por banda, la metió en un almacén y abusó de ella. No había nada que Chino o Dee pudieran hacer.

Yo me mostré bastante escéptico cuando Chino me contó esta historia por primera vez, pero más adelante empecé a investigar sobre el asunto. Pocos años después del incidente descrito por Chino, el Gobierno federal llevó a cabo una exhaustiva investigación en la zona

reservada a los hombres en la que se demostró que había una «cultura de la violencia profundamente arraigada» cuyo objetivo eran los internos más jóvenes, que presentaban una cantidad «asombrosa» de heridas.¹³ La investigación no abarcaba el complejo de la prisión donde estaba recluido Chino, pero aun así advertía que tales problemas «posiblemente existían en la misma medida [que en el resto de pabellones]».

Un día Chino no pudo contenerse más. Se acercó al guarda violador y le dijo abiertamente que no era sino un jodido cobarde que se aprovechaba de los débiles y que, si hubiera tenido

agallas para intentar arrastrarle a él hasta el cuarto de las escobas, no habría sido él quien saliera violado. El guarda, como venganza, envió a Chino a una celda de aislamiento. «A un ser humano se le pueden infligir muchos castigos: se le pueden causar heridas físicas y heridas psicológicas, pero el castigo más aberrante que existe es el aislamiento respecto de todo contacto humano —asegura Chino—. Es algo que no se puede soportar, en especial para aquellos que tenemos tantos demonios dentro. [...] Esa experiencia permanece en tu interior para siempre.» Aislado en

su celda, Chino se refugió en un mundo imaginario en el que se veía como una persona rica y libre.

De vuelta en las calles y más airado que nunca, Chino empezó a apoyarse en el crack cada vez más. Su amigo Jason afirma que, cuando se drogaba, Chino «sencillamente no estaba allí. Era como una de esas casas con las luces encendidas y la radio en marcha pero sin nadie en su interior. [...] No es que se comportara como un loco yendo de acá para allá o desnudándose a la menor oportunidad [...]. [Chino estaba] hundido, puede que algo fuera de onda. Diría que más bien parecía un robot. Como si los sentimientos hubieran

salido de su cuerpo. Lo cierto es que era imposible acceder a las emociones de su interior». Chino estaba sufriendo lo que se denomina «parestesia emocional» — nos dice Jason—, un estado en el que la persona «es incapaz de acceder a sus propias emociones [...]. En esa época no había día en que Chino no fuera presa de un profundo dolor emocional. [...] Tan pronto estaba en casa como [su abuela] lo había echado de ella, y él trataba de afrontar día tras día que su familia no le quería».

Los años siguientes transcurrieron como en una nube de crack. Era consciente de que su banda era más violenta, de que había más trapicheo,

más tiempo en prisión y muchas, muchísimas horas de televisión. Y entonces es cuando empezó a tomar heroína. Porque hacía que se ralentizara el paso del tiempo justo cuando más lo necesitaba. En esos días, una de las pocas cosas que le infundió esperanzas fue la película *Asesinos natos*, de Oliver Stone: «Era el primer filme que había visto en mi vida en el que los malos consiguen escapar. En las películas, los malos siempre mueren al final de la trama, salvo que seas como Freddy o Jason. Si no eres más que un tipo corriente que va matando a todos los cabrones que se encuentra en su camino, al final siempre acabas recibiendo tu

merecido». En cambio, en aquella película, por una vez «los malos tenían hijos y vivían felices y contentos para siempre jamás».

Una mañana Chino se levantó de la cama y se vio tan delgado «como uno de esos jodidos modelos de Calvin Klein. No podía aguantar más». Veía cómo sobre su vida se cernía el destino de Deborah. Y es que le estaba sucediendo lo mismo que a su «madre, que siempre andaba luchando con su trauma, con lo que era y con lo que quería ser. Todo el rato, sin parar. Sus demonios eran mucho más fuertes que las drogas. Y mucho más fuertes que la cárcel. Yo ignoro qué demonios eran esos, porque

eran los suyos, de nadie más. Y, sin embargo, creo que llevo algo de ella en mi interior y que ahora sus demonios son también los míos».

De modo que decidió dejar de consumir todo tipo de droga con la única excepción de la marihuana. Para ello se marchó a casa de un amigo que cuidaba de él en los momentos duros, limpiaba sus vómitos y vigilaba que no le faltara el agua. De esa forma consiguió «acabar con el entumecimiento que sentía», asegura.

Y así es como —inundado de sentimiento, de impetuosos torrentes de sentimientos— empezó a leer y a escribir y a pensar. Y comenzó a

preguntarse si su vida era fruto de una decisión política errónea que nunca debió tomarse y que no debería seguir vigente.

Chino estaba, una vez más, en la esquina de una calle de Nueva York, paseando nervioso de un lado a otro y sudando un poco.¹⁴ Ante él tenía una multitud de más de un millar de personas y justo a su lado estaba uno de los miembros de la Cámara de Representantes. Nos hallábamos en Foley Square, al sur de Manhattan, una mañana de la primavera de 2012. Chino toma la iniciativa y todos los demás,

incluido yo mismo, marchamos tras sus pasos en dirección a One Police Plaza, la sede del departamento de Policía de Nueva York. Chino camina con determinación, en solitario, la mirada concentrada en algún punto a una distancia media. Cuando llegamos a nuestro destino, las palabras brotan a través de su garganta, en la que tiene un tatuaje del dios egipcio del sol y el viento. «No pedimos nada que no nos pertenezca —dijo—. Pedimos justicia [...], que no solo haya justicia en el Upper West Side sino también ¡en Brownsville, en Brooklyn! No solo en el Ayuntamiento de Nueva York, ¡también en Jamaica, en Queens! [...] Ahora

sabemos quiénes son los mayores consumidores de marihuana. No son personas como yo ni como vosotros, no. Son como [Michael] Bloomberg [el entonces alcalde de Nueva York]. Pero ellos no tienen que hacer frente a las consecuencias subsiguientes de la deportación, del desalojo de la propia casa, de la supresión de todo tipo de ayudas sociales.»

La multitud empezó a corear sus consignas.

—¡Justicia! —clamó Chino.

—¡Paz! —respondió la multitud. Y sus gritos retumbaron en la plaza hasta alcanzar el Departamento de Justicia—: ¡Justicia! ¡Paz!

Para Chino aquella protesta era una «Historia de dos ciudades». Todos los allí reunidos sabían que el consumo de droga se distribuye de manera uniforme por toda la ciudad de Nueva York —en realidad, la población blanca está levemente más inclinada a la venta y consumo de drogas—;¹⁵ pero solamente en sus barrios encuentran represión, violencia y guerra, mientras que en las zonas blancas más ricas disfrutaban de libertad y de clínicas especializadas en las que pueden rehabilitarse aquellos incautos que han caído en la trampa de las drogas. Y es que las prioridades y los prejuicios de Harry Anslinger permanecían inamovibles.

«Nuestras comunidades son las únicas que están en el punto de mira — dijo Chino a la multitud—. Son las únicas que son encerradas y enviadas a reservas, y de este modo ellos [dijo señalando a la sede de la policía] pueden cobrar horas extras, porque sabemos que se trata de eso, de dinero, porque da la impresión de que, en Nueva York, solamente se lleva adelante lo que da dinero.» La manifestación terminó con los participantes —blancos, negros y mestizos en igual medida— sentados en el suelo y bloqueando pacíficamente el acceso al edificio de la policía.

Chino salió a toda prisa para poder llegar a la clase que impartía semanalmente a jóvenes del sur de Bronx que estaban intentando mantenerse apartados de las bandas callejeras. Saltó a un taxi y cruzó Manhattan a toda velocidad hasta que llegó a un lugar con un cartel colgado que rezaba «No hay salida». El edificio era una biblioteca y allí estaban esperándole sus alumnos. Eran jóvenes que habían crecido en los mismos campos de batalla de la guerra antidroga que Chino.

«No me gusta la gente —dijo un chica de quince años—. Prácticamente no salgo de casa [...]. Lo único que hago

es aferrarme a mí misma.» Hacía unos años había visto cómo disparaban en el mentón a un chico, dijo luego distraídamente. Por su lenguaje corporal podía verse que la chica tendía ahora a la introspección, como si estuviera replegándose en su interior. Chino se sentó a su lado y se puso a escucharla con atención. Al otro lado estaba sentado un chico que reaccionó de manera distinta: «Creo que yo también podría matar a alguien si me viera obligado a ello», dijo con una sonrisa preñada de arrogancia y de tristeza.

Hasta los veintiuno, Chino tenía la idea de que las leyes relativas a las drogas eran como una fuerza de la

naturaleza, algo tan impetuoso e inexorable como el tiempo atmosférico. Sin embargo, con el paso de tiempo, y en sucesivas etapas, llegaría a descubrir algo que había quedado enterrado con Henry Smith Williams pero que seguía apareciendo machaconamente en la mente de algunas personas: que, como sostiene Chino, «no hay nada natural en este proceso».

La última vez que salió de Rikers tenía veintiún años, y haber vivido tanto le sorprendió. No esperaba vivir demasiado, como tampoco lo habían esperado muchas de las personas de su vida. Se puso entonces a buscar algún trabajo que no le obligara a picar

piedras o freír hamburguesas, cuando oyó hablar de unas prácticas en una asociación local que luchaba contra la continua, y en apariencia inevitable, construcción de centros penitenciarios en el estado de Nueva York. Pensando que aquello era perfecto para su novia, rápidamente se puso en contacto con la organización para que le facilitaran más datos, y de esta manera se encontró charlando a través del teléfono con algunos de los miembros de la asociación..., que se ofrecieron a proporcionarle prácticas también a él en sus oficinas.

A lo largo de los siguientes años, Chino se dedicaría a leer todo lo que pudo sobre la guerra contra las drogas y sobre los castigos infligidos en Estados Unidos en los delitos de esta materia; y de esta manera descubrió algo que le iba a dejar perplejo. Por esa época empezó a darle vueltas a la idea de que su caso, el caso de Deborah y el de Victor no tenían por qué haber sucedido de esa manera. No eran algo inevitable. ¿Qué hubiera pasado si esos casos no hubieran seguido repitiéndose generación tras generación? ¿Y si resulta que existe otro camino?

De niño, Chino vivía en una zona de East Flatbush en la que no había contrabandistas de alcohol vendiendo Jack Daniel's o Budweiser con una Smith and Wesson pegada al costado. Eso solamente sucedió —exactamente lo mismo— cuando se prohibió el alcohol en la década de 1920. El Gobierno se embarcó entonces en una guerra contra el alcohol y, como resultado, aparecieron bandas de gánsteres que se pertrechaban de armas, sembraban la cultura del terror y mataban indiscriminadamente allá adonde iban. Me había pasado semanas leyendo acerca de la Ley Seca y resulta que ahora estaba ante algo idéntico: un caso

que se repetía inexorablemente a lo largo de la historia. Cuando acabó la guerra del Gobierno contra el alcohol acabó también la guerra de los gánsteres por el alcohol. Toda la violencia —la violencia generada por la prohibición— desapareció. Y ese es el motivo por el que hoy en día resultaría inimaginable ver a unos chicos armados que venden Heineken por la calle disparando contra otros del barrio aledaño porque venden Corona Extra. Al director general de Budweiser no se le ocurriría nunca enviar a unos sicarios para que acaben con el jefe de Coors.¹⁶

Chino llegó entonces a la conclusión de que, si las demás drogas volvieran a la economía legal, entonces «no tendríamos en modo alguno esa misma cultura de la violencia. No estaríamos en una cultura de la violencia extrema, en una cultura de la violencia continua».

Obviamente, siempre habrá personas violentas y problemáticas y sádicas; pero es que los seres humanos nos movemos por estímulos. El incentivo económico para un niño como él en un barrio como el suyo era el acceso a la violencia y el sadismo, pues en ese caso se haría con una porción del pastel de una de las mayores y más

lucrativas industrias de Estados Unidos; y, en cambio, si no lo hacía, sería excluido y abandonado a su suerte. «El ser humano —nos dice Chino— es capaz de cualquier cosa cuando está hecho migas. Uno nunca se bebería su propia orina, a no ser que hubiera pasado treinta días sin tomar ni una gota de agua.»

A raíz de sus explicaciones empecé a prestarle mucha más atención a los estudios académicos que había estado leyendo tiempo atrás. Por ejemplo, el profesor Jeffrey Miron, de la Universidad de Harvard, ha demostrado que, en dos periodos concretos, la tasa de asesinatos ha experimentado un

extraordinario incremento a lo largo de la historia de Estados Unidos; y ambos coinciden con épocas en que la prohibición experimentó un notable repunte.¹⁷ El primero abarca de 1920 a 1933, cuando el alcohol se convirtió en un producto ilegal. El segundo, de 1970 a 1990, marca la etapa en que aumentó la escalada en la prohibición de drogas. En ambos periodos, las personas como Chino reaccionaban a los estímulos del terror y el asesinato a fin de hacerse con el control del tráfico ilegal de drogas.¹⁸ A mediados de la década de 1980, el Nobel de Economía e icono de la derecha Milton Friedman calculó que esas prácticas causaban en Estados

Unidos mil muertos adicionales cada año. Para entendernos, es como si sufriéramos anualmente algo más de tres atentados como el del 11-S. El profesor Miron, sin embargo, sostiene que esa cifra no es sino una subestimación. Si sacáramos el tráfico de drogas de manos de la delincuencia, la tasa de homicidios se reduciría, según sus cálculos, entre el 25 y el 75 % solamente en Estados Unidos.¹⁹

A Chino no se le escapaba que en su propia vida eran evidentes los efectos de haber sacado el tráfico de drogas de las manos de los gánsteres. Cuando entró en la veintena y empezó a apartarse de su vida de gánster, obligó a

su pandilla a dejar de vender cocaína, crack o heroína. Y esa decisión tuvo efectos inmediatos. «Nuestras filas se vieron diezmadas [...] porque no teníamos recursos», explicaba él mismo. Los suyos ya no podían comprar artículos de lujo ni armas porque no tenían un centavo. Muchos de ellos empezaron a buscar un empleo legal. Y es que, si eliminamos las drogas — llevándolas a otra parte—, las bandas y el terror que siembran pierden fuelle hasta quedar en nada.

No obstante, la guerra contra las drogas desempeñó un papel aún más crucial en la vida de Chino, llegando incluso hasta su concepción. En aquel

clima de violencia absoluta —de bandas contra bandas, bandas contra policías, policías contra gánsteres, policías contra cualquiera en la zona de las bandas—, la violación de una drogadicta como Deborah era algo que solía quedar impune. No solo era «algo normalizado —afirma Chino—, sino además aceptado. Y aceptado de una forma tan artera que era fácil dejar pasar actos como aquel. [...] A esas personas no se les aplicaba un nivel mínimo de humanidad conforme al cual debían ser tratadas». En realidad se las veía «de una forma muy degradante, como si fueran animales [...]. No se trata de que no haya justicia, es que conforme a esa

visión no tiene sentido reclamar justicia para ellas. Porque estaban tan abajo en la escala humana que no se les aplicaba siquiera la justicia. Y ese es uno de los impactos más aterradores de la guerra contra las drogas».

Precisamente esta cuestión es la que Chino consideraba más complicada cuando reflexionaba sobre la guerra contra las drogas, el único asunto que le corroía las entrañas. Porque si se hubiera aplicado una política distinta en materia de drogas... ¿seguiría viva su madre?

«Estoy plenamente convencido — afirma Chino— de que, aun cuando no pueda explicar con detalle en qué

sentidos habrían cambiado nuestras vidas, posiblemente hoy en día mi madre seguiría viva. [...] Puede que se hubiera curado de su trauma con ayuda de la medicina, que es lo que debería haber hecho. Puede que yo hubiera sido producto de una violación, también.» Y esta es una de las razones por las que cree que «es preciso enfocar la drogadicción, no como materia de la justicia penal, sino como un asunto de salud pública». Aun así, Chino sigue teniendo ciertas dificultades para asumir tales ideas. En 2012 —cuando estaba a punto de llegar a la edad a la que falleció su madre— quise saber si todavía estaba furioso con Deborah.

«Creo que no —me dijo—, aunque sigo intentando hacer las paces con ella. Y lo intento de verdad, continuamente. Es bastante complicado eso de estar enfadado con un muerto, ¿no te parece? Pero, por otro lado, ¿quién no lo estaría cuando no tiene más que una docena de recuerdos suyos y la mitad de ellos son malos? Tú sabes bien de lo que hablo. No es que yo sea un modelo de bondad, claro que no. Lo único que digo es que podría haber abortado. Yo era fruto de una violación [...]. Y ella eligió traerme al mundo. Eso, para mí, dice mucho de ella. Todo lo demás no eran más que demonios y drogas y mierda que encontró por el camino.»

Cuando hablábamos de Deborah, Chino fumaba sin parar. «No me hago falsas ilusiones pensando que, si no hubiera tomado drogas, habría sido una madre estupenda. Pero sí creo que habría sido un padre fantástico —me dice entre bocanada y bocanada, riéndose—. Curiosamente, no me enfurece el hecho de que me abriera la cabeza o cosas como esa, no. Lo que me pone hecho una furia es que yo no vigilara de cerca sus cambios ni le echara una mano. En esa etapa de mi vida, que mi madre siguiera viva y drogándose nos hacía pensar que llegaría un momento en que, de un modo u otro, conseguiríamos solucionar su

problema. Y no ignoro que es mucho más fácil decir eso ahora, a posteriori, pero me aferro a esa posibilidad desesperadamente. Me agarro a ella como a un clavo ardiendo.»

Gracias a su novia, Chino conoció hace poco a una mujer a la que llamaban «señorita Cynthia» y que andaba cerca de los sesenta años, la misma edad que tendría ahora Deborah si siguiera con vida. Pues bien, esa mujer, al igual que su madre, se pasó décadas enganchada a la heroína y el crack y luchando lo indecible para conseguirlas de los gánsteres. Ella, como su madre, también era seropositiva. Ahora llevaba dieciocho meses limpia. Hace no mucho,

Chino fue con ella a la reunión de su aniversario en Narcóticos Anónimos y les dirigió las siguientes palabras a los hijos de la señorita Cynthia: «Sé muy bien que os satisface el hecho de que vuestra madre siga limpia y sé también que posiblemente todavía alberguéis malos recuerdos de las cosas que hizo —o que no hizo— cuando estaba enganchada a la droga. Pero dejadme deciros que sois afortunados. Porque habéis llegado a ver algo que yo nunca pude ver: que vuestra madre se haya desenganchado de la droga. Y eso es sin duda digno de encomio».

En una ocasión en que Chino hablaba por teléfono con la señorita Cynthia me di cuenta de que la llamaba «mamá».

Cuando hubo terminado su guerra, Chino se tatuó un nombre en la nuca: «Deborah», en letra de caligrafía. Y en el otro lado del cuerpo se hizo grabar otro nombre, este bastante más sorprendente para mí: «Victor». «En muchos sentidos era también una víctima —me dice con cautela—. Fue una violación [...]. Así es que tuvo que ser una víctima en algún momento de su vida, porque de lo contrario no se explica que llegara a ser capaz de cometer una atrocidad como esa, o que

fuera incapaz de ver que era una atrocidad. Más que indignación siento lástima por él. ¿Que si creo que lo que hizo era una mierda? Desde luego que sí. Pero me resulta bastante complicado contextualizar algo así, pues por más jodido que estuviera, ese acto me produjo a mí. [...] ¿Hubiera preferido yo no venir al mundo? No, quiero estar aquí. Pero no de esa forma tan horrenda.»

Gracias a esta nueva perspectiva acerca de la guerra antidroga, Chino llegaría a ser uno de los dirigentes de la Coalición No Más Cárcenes Juveniles. Cuando empezó a hablarme de este grupo le cambió la voz: de pronto

sonaba como si hubiéramos pasado de una película de Spike Lee a un guión político de Aaron Sorkin. La ciudad de Nueva York, me contaba, se había comprometido a clausurar definitivamente Spofford —el centro penitenciario en el que estuvo encerrado cuando tenía trece años— y llevar adelante la construcción de dos centros nuevos provistos de las últimas tecnologías. Pero en vez de cumplir su promesa han construido las dos nuevas instalaciones y han vuelto a abrir Spofford, no sin anunciar además sus planes de construir otros muchos centros penitenciarios para jóvenes, «pese a que los otros estaban muy por debajo del 79

u 81 % de su capacidad [...] y de que tenían un presupuesto estimado de 64,6 millones de dólares [...], lo cual no cubre el coste de su puesta en funcionamiento. Era solo para el centenar de celdas adicionales». Pese al dinero invertido, «la tasa de reincidencia era superior al 80 % [...] mientras que una de las alternativas existentes a los programas de confinamiento podría desalentar el reingreso en prisión además de resultar bastante más económicas».

Durante más de dos años, Chino ha organizado manifestaciones, grupos de presión y cualquier acto que se le ocurriese que pudiera influir en las

decisiones del Gobierno. Fue el artífice, por ejemplo, de una asociación que englobaba a todos los grupos que trabajan en la materia, y si lo consiguió fue sacando partido a esa capacidad de gestión que adquiriera en su época en las calles. Así es que se puso en marcha y no paró de contar a legisladores y periodistas cómo es realmente la vida en uno de esos centros cuando uno tiene trece años y acaba allí encerrado. Hasta que por fin las autoridades hicieron público un nuevo comunicado: la extensión de las cárceles juveniles por todo el estado de Nueva York quedaba paralizada. «Spofford —nos dice Chino — está cerrado.»

«Es algo fantástico, verdaderamente increíble, pero ahora... —mueve la cabeza con disgusto—. Haber hecho una campaña tan buena es algo muy satisfactorio [pero] por otra parte me hace pensar en la cantidad de trabajo que aún queda por hacer. Porque cada una de estas pequeñas victorias que logramos en el campo de la justicia social [...] no son más que una gota en el océano. [...] Es algo fantástico, sí, pero también una tarea abrumadora.» Chino se me queda mirando y luego desvía la mirada.

A Chino le ha dado ahora por salir de acampada, pues eso de ir a la montaña y estar en medio de la nada ha terminado cautivándole.

Son muchos los días en que sueña con quedarse en un bosque, solo, para averiguar por sí mismo si sería capaz de sobrevivir.

«Tiene que entenderlo, es algo que ocurre todos los días», me asegura Kyung Ji Rhee, alias «Kate», una mujer que ha trabajado con Chino durante diez años y con otros chicos de la zona durante mucho más tiempo. «Francamente, no creo que sea algo

excepcional —dice en alusión a las experiencias vitales de Chino—. No es que quiera atenuar el dolor que Chino ha experimentado, ni mucho menos. Es que se trata de algo que sucede a una escala y a una magnitud que los ciudadanos desconocen. [...] Hay una desconexión tremenda [entre ambos mundos]. [...] Estamos a menos de diez minutos de Brooklyn Heights —dice moviendo la cabeza— y es otro mundo.»

A medida que seguía mi viaje de país en país me fui dando cuenta de que esta historia —la historia de un camello — no es más que la primera capa de

violencia y criminalidad provocada por el tráfico de drogas dentro de una economía fuera de la legalidad.

Más allá de Chino se ha formado otra banda de gánsteres que controlan el barrio.

Más allá de ellos se forma una red de traficantes que traslada la droga desde la frontera hasta Nueva York.

Más allá de ellos está la mula que cruza la frontera.

Más allá de ellos hay una banda que controla el paso por México o por Tailandia o por Guinea Ecuatorial.

Más allá de ellos hay una banda que controla la producción de droga en Colombia o Afganistán.

Más allá de ellos hay un campesino que cultiva opio o coca.

Y en el último nivel están la guerra contra las drogas, la guerra por las drogas y la cultura del terror, todas ellas creadas por el prohibicionismo. Por eso empecé a pensar en Chino y sus terribles experiencias vitales como si no fueran más que un proyectil que ya ha estallado en esta guerra global y que ha quedado abandonado en el campo de batalla, porque ya no sirve para nada.

CAPÍTULO

6

No es fácil ser Harry

Dos bandos libran esta guerra con sangre, sudor y armas todas las noches. Uno es el de Chino; el otro, el de la policía. A medida que pasaba más tiempo con Chino me preguntaba cómo sería el otro ejército de esta guerra.

Pues bien, para averiguarlo entrevisté a un total de dieciséis personas pertenecientes a las fuerzas del orden, ya estuvieran en activo o retiradas, y que trabajaban en países de todo el mundo, desde las montañas suizas hasta la frontera mexicana;¹ pero hubo una a la que volví a ver varias veces en los tres años siguientes porque no acababa de entenderla del todo.

Conocí a Leigh Maddox en la misma época que a Chino, pero esta vez quedé en un restaurante no muy alejado del lugar donde había surgido el movimiento Occupy Wall Street. Había sido una asociación llamada Agentes del Orden Público contra la Prohibición

(Law Enforcement Against Prohibition, LEAP) la que nos había puesto en contacto. Cuando Maddox entró en el restaurante vi que era una mujer esbelta de unos cincuenta años y pelo castaño, pero que caminaba con la resolución de quien está acostumbrado a mostrar una insignia y arrestar a otras personas.

Aunque llegué a conocerla bastante bien, lo cierto es que no podía evitar ver a Leigh como la policía que interpreta Heather Locklear en *T. J. Hooker*, aquella legendaria serie de la década de 1980. Y es que creo que, cada vez que la veía, esperaba que de pronto apareciese un peligroso criminal en el local donde estábamos, y que ella, tras advertirme

que debía permanecer agachado, sacaría su arma para liquidar al villano. En aquella ocasión, sin embargo, Leigh se limitó a pedir una copa de vino y acto seguido empezó a contarme los recuerdos de su vida en la primera línea de la guerra contra las drogas.

Un día de comienzos del siglo XXI Leigh Maddox se encontraba en la I-95, ese largo tramo de autopista que conduce hasta Baltimore. Leigh era entonces una capitán de policía de pelo largo y escasa paciencia. Sus hombres libraban la guerra contra las drogas deteniendo vehículos y registrándolos con ahínco en busca de artículos de contrabando. Leigh llevaba años

deteniendo a conductores como esos por posesión de drogas. A sus hombres les había dado instrucciones muy claras: detener a los sospechosos, conseguir el máximo número posible de arrestos y no pensar en si se trataba de un delito grave o menor. Porque si a una persona se le encuentran drogas, aunque no sea más que la colilla de un canuto, se la detiene. Desde luego, Leigh era el sueño de Anslinger hecho realidad.

Todos sus agentes sabían que tenían derecho a requisar las propiedades de cualquier persona detenida por drogas para que fueran subastadas y que gran parte del dinero así obtenido — generalmente el 80 %— acababa

engrosando el presupuesto de la policía local. «Así es que si uno detiene un vehículo [y lo registra y encuentra] por ejemplo cuatro millones [de dólares] — algo no tan inusual—, ¡bingo!, has acertado de pleno», contaba Leigh.

Pasaba tanta droga por Baltimore que detener a alguien por posesión de sustancias ilegales era como echar la caña en una piscifactoría. Aquel cuerpo de policía había conseguido aplicar todas las medidas que Anslinger nunca pudo llegar a introducir en su agencia. Cada noche, patrullas semejantes a los comandos especiales, provistas de las últimas novedades en equipamiento militar, salían a inspeccionar las

carreteras que atravesaban el estado. En las prisiones había infinidad de internos condenados a las penas más severas posibles. Las calles estaban militarizadas. La situación llegó a tal extremo que muchos llegaron a creer que el lema oficioso de aquellos agentes era el «Dispara primero» que había ordenado Harry Anslinger a los suyos.

Pero para Leigh la lucha iba mucho más allá. Y es que, si ella había acabado en la policía, era por un motivo muy personal.

A los trece años había conocido en la clase de gimnasia a una chica llamada Lisa Renee Taylor, con la que no tardaría en entablar amistad.

Físicamente se parecían tanto —ambas morenas y delgadas— que años más tarde utilizaron el mismo carnet falso para comprar alcohol porque nadie era capaz de distinguirlas. Por entonces fumaban hierba, salían a divertirse juntas y lo compartían todo. Hasta sus nombres eran parecidos. Leigh, sin embargo, venía de una familia militar bastante estricta (su padre era teniente coronel del ejército). En cuanto cumplió los dieciocho abandonó el hogar paterno para casarse con un imbécil, más que nada para fastidiar a sus padres; pero cuando lo hizo, Lisa estaba con ella en

calidad de dama de honor, del mismo modo que ella apoyaba en todo momento a su amiga.

Cuando Lisa se marchó a estudiar Química en la Universidad Estatal de Salisbury, Leigh se quedó en la ciudad trabajando de camarera y repartiendo pizzas, pero en ningún momento perdieron el contacto. Al término del primer año académico de Lisa, en el mes de junio, se fueron juntas a Ocean City y se pasaron el día en la playa, charlando y tomando el sol. Lisa llevaba un bañador blanco de una pieza con un corte en el estómago; Leigh, un modelo similar en color negro y dorado. Al verlas, una pareja de fotógrafos se

acercó a ellas y les dijo que podrían ser modelos; aquello no les pareció más que una ocurrencia sin importancia, pero al menos las hizo reír. Lisa, sin embargo, no quiso quedarse más tiempo. Profundamente enamorada de su nuevo novio, John, prefirió marcharse a verle porque ya no podía esperar más. Y como no tenía coche ni dinero para el autobús se marchó a Nueva Jersey en autoestop para reunirse con él.

Al día siguiente, era ya bastante tarde cuando Leigh recibió una llamada de la hermana de Lisa. No había tenido noticias de ella.

—Bah, no hay nada de qué preocuparse —dijo Leigh—. Se fue a ver a John.

Al día siguiente alguien llamó a la puerta trasera de su casa. Era un día caluroso y como no tenía aire acondicionado había dejado el portalón abierto. A través de la mosquitera pudo ver la figura de John aguardando a la entrada.

—Leigh —dijo—, Lisa no consiguió llegar a Nueva Jersey.

Avisaron a la policía, pero después de hacerles algunas preguntas llegaron a la conclusión de que Lisa debía de haber huido. Leigh les dijo que eso era imposible: se había dejado en casa su

neceser y «ninguna chica huye sin llevarse consigo su maquillaje». Pero, aun así, se negaron a investigar. El agente de homicidios le aseguró a Leigh que «seguro que aparecer[ía] cuando menos se lo esper[aran]».

Lisa no apareció. Pasó el verano y nadie sabía nada de ella. Leigh rezó cuanto pudo y le prometió a Dios que, si salvaba a Lisa, ella consagraría su vida a hacer el bien. Así es que pasado algún tiempo subió con resolución las escaleras del cuartel de la policía del estado y pidió el formulario para ingresar en el cuerpo. Mientras esperaba la tramitación de su solicitud seguía ganándose la vida como camarera, y una

noche en que estaba trabajando en la coctelería del Sheraton, en Bloomsbury, vio algo en el informativo de la televisión que llamó su atención. «Hallado el cuerpo de una mujer desaparecida», decía el titular. «En ese instante mi vida se detuvo —me contaría Leigh años más tarde—; todas aquellas personas seguían con su celebración y recordando sus buenos tiempos mientras yo miraba las noticias, petrificada.»

Cuando se graduó en la academia de policía se dirigió al cuartel de la policía estatal de Salisbury, subió al tercer piso del edificio, en el que se guardaban los expedientes, y se obligó a sí misma a leer todos los documentos

sobre el caso de Lisa y a mirar todas sus fotografías con la finalidad de averiguar de una vez por todas lo que había pasado.

Lisa, por lo visto, se había detenido en casa de su madre para pedirle algo de dinero, pero se habían enzarzado en una discusión y al final decidió volver caminando a su residencia, a unos dos kilómetros de distancia. Nunca llegó. Por el camino se topó con una banda de traficantes de drogas, un grupo formado, como mínimo, por diez hombres jóvenes. Lisa fue violada por todos ellos, luego le dieron trece puñaladas y abandonaron su cuerpo en una zona arbolada cercana a

la universidad. Años más tarde, cuando ya llevaba tiempo trabajando en la policía, Leigh llegó a pensar que la banda tenía la intención de crear vínculos entre sus miembros —para establecer su reputación sobre la base del terror— y que para ello se sirvieron de una violación conjunta, la cual sería uno de sus ritos de iniciación.

Aquel verano, la mujer que residía en la casa situada en aquella misma zona boscosa no alcanzaba a entender por qué su perro no paraba de ladrar. El cuerpo de Lisa yacía en el suelo, descomponiéndose, y los animales empezaban a devorarlo. Cuando lo

encontraron había desaparecido un tobillo. Solo se acusó a una persona por el asesinato de Lisa.

Así es que Leigh se había hecho policía en honor de Lisa. Nadie tenía una razón mejor que la suya para odiar a las bandas de narcotraficantes. Nadie estaba más decidido a pararlas que ella.

Algunos años después, el Ku Klux Klan se manifestaba por las calles de Elkton, una pequeña localidad de unos quince mil habitantes del estado de Maryland. Al frente iban unos cuantos hombres encapuchados seguidos por un grupo de unas sesenta personas que

coreaban: «¡Sí, sí, negros fuera, negros fuera de la ciudad». En esas apareció un grupo de activistas contrarios al racismo que, para contraatacar, estuvieron un rato lanzándoles abucheos, pilas e imprecaciones sin fin; pero el Klan no se detuvo. Y justo en medio de la manifestación iba una orgullosa activista de la congregación cubierta con su capucha blanca: era Leigh Maddox.

Por entonces llevaba un año colaborando con el Klan, organizando sus manifestaciones y sus comidas campestres y reclutando partidarios por las calles. A su lado estaba, cubierto igualmente con su impoluta capucha blanca, el lugarteniente de este capítulo

del Klan, un hombre que veinte años antes había cometido un asesinato y que había quedado en libertad gracias a su alegación de demencia. Leigh siguió en la marcha, aguantando las andanadas de pilas y abucheos.

Sus jefes le habían dicho que a las mujeres no se las permitía infiltrarse en el Klan porque es demasiado peligroso. Pero ella insistió. Explicó que, según sus indicios, eran miembros del Klan quienes estaban quemando cruces junto a las casas de los afroamericanos residentes en Elkton y amenazándoles, además, con atentar contra ellos y sus familias, así que la policía necesitaba tener a alguien allí. Fue tal su insistencia

que sus jefes acabaron cediendo. Ahora bien, para Leigh entrañaba un riesgo doble, pues cuando salía de las reuniones del Klan regresaba a casa con su novio..., que era un hombre de color.

Su nombre en el Klan era Rosa Leigh. Por lo general, las mujeres no suelen aparecer solas en las reuniones del grupo, así que para justificarse tuvo que inventarse que su novio vivía bastante lejos y no podía venir con ella. Por lo demás se vio obligada a buscar temas de los que poder charlar con aquella gente y para encontrarlos investigó concienzudamente hasta que halló algo bueno sobre ellos o por lo menos algo que pudieran compartir. Por

ejemplo, uno de los miembros del Klan sabía mucho de plantas y, como ella disfrutaba de la naturaleza, podían charlar animadamente del asunto. Otro era aficionado a las Coors *light* y, aunque a ella no le gustaba mucho beber cerveza, se dijo que ya que estaba allí... En fin, que aquello estaba resultando bastante complicado.

Pero una cosa era clara: estaba recopilando información de vital importancia para la seguridad de la población afroamericana de aquella localidad. Cierta día, dos hombres del Klan iban en su coche por Elkton cuando al llegar a un cruce vieron que a su lado se había detenido un vehículo conducido

por un negro que iba acompañado de una mujer blanca. Rápidamente cogieron un trozo de tubería que llevaban consigo, sacaron al hombre de su coche y lo golpearon hasta dejarlo medio muerto. Leigh fue capaz de identificarlos gracias a las declaraciones de la testigo, consiguiendo de esta manera sacarlos de las calles. Y así continuamente, una y otra vez. Informaba a la policía acerca de los vehículos que tenían que detener cuando se dirigían a las reuniones, porque esos precisamente llevaban armas y drogas, además de indicarles quién conducía bajo los efectos del

alcohol. Prácticamente les estaba facilitando información secreta en tiempo real.

El Klan no tardaría en caer presa del pánico. ¿Acaso tenían un chivato entre ellos? ¿Cómo es que la policía disponía de esa información? ¿Quién era el traidor que estaba contándoselo?

Al final de una de aquellas reuniones pidieron a «Rosa Leigh» que no se marchase y empezaron a acusarla. Así, sin ningún tapujo, la acusaron delante de todos de ser policía. A Leigh no se le escapaba que aquellos hombres eran criminales y psicópatas que tenían antecedentes de asesinato y actos violentos. Se sintió angustiada. Si quería

salir bien librada de aquella situación, su única posibilidad era devolver el golpe con mayor fuerza que ellos.

—No sois más que un hatajo de malditos hijos de puta —clamó—. No me lo puedo creer, después de tanto tiempo entre vosotros, después de todo lo que he hecho por la organización, ahora os atrevéis a poner en duda mi lealtad... Estoy empezando a pensar que no sois más que un montón de perdedores. Y hasta me estoy pensando si debo seguir con vosotros.

Los otros perseveraban en su empeño. Querían ver su casa. Querían ver a sus abuelos. Así que Leigh tuvo que pensar rápido.

—¿Queréis ir a ver mi casa? ¿De verdad queréis ir? ¿Vais a ir a ver a mi abuela un domingo sin avisarla antes? Ya sabéis que está muy enferma y, la verdad, no sois precisamente el tipo de hombres que ella quisiera encontrarse inesperadamente en casa.

Pero seguían insistiendo. Al final Leigh tuvo que ceder. No tenía elección.

—Vale, vale, como queráis —respondió.

Dijo a los presentes que fueran detrás de su coche, y acto seguido pisó el acelerador y condujo más rápido de lo que lo había hecho en toda su vida.

Leigh sabía que, metiendo en la cárcel a aquellos violentos racistas, había hecho mucho por Elkton. Gracias a ella había menos americanos aterrorizados.

Ser mujer en el cuerpo de policía no era nada fácil en esos días, pero Leigh estaba demostrando tener agallas y además contaba con aliados cruciales. Cada mañana conducía 150 kilómetros para llegar al trabajo y por el camino charlaba con su compañero Ed Toatley, un agente infiltrado del departamento de estupefacientes, negro y barbado, para más señas, que había crecido en los arrabales de Baltimore.² Era el director del sindicato, además de un acérrimo

crítico del sempiterno sexismo de las fuerzas del orden, justamente en la época en que Leigh estaba ganando un ascenso tras otro, rompiendo con su conducta muchos techos de cristal.

Pero lo que más ansiaba Leigh era enfrentarse con las bandas de traficantes. Eso era lo que la hacía levantarse cada mañana. Tenía el convencimiento de que sus detenciones de vehículos y sus requisas de drogas estaban alterando en gran medida las rutas de suministro en el territorio de Maryland; y eso quería decir que había menos gánsteres, menos adictos, menos violencia y, sin duda, menos dolor en el mundo.

Este es uno de los hechos más relevantes en la vida de Leigh, y posiblemente personas como yo —con mi forma de ver las cosas— fácilmente pasaríamos eso por alto.

Y es que su apoyo a la guerra contra las drogas era un acto de compasión. Leigh estaba firmemente convencida de que protegiendo a las personas de las drogas y de las bandas de traficantes estaba haciendo del mundo un lugar mejor. Ella es una persona bondadosa y con principios firmes y por eso se ha embarcado en la lucha contra las drogas.

Sencillamente pensaba en Lisa y luchaba por ella.

En Estados Unidos —y en el mundo entero—, estaba sucediendo algo bastante extraño. Veamos: si se arresta a un elevado número de violadores, las violaciones disminuyen. Si se arresta a un elevado número de racistas violentos disminuyen igualmente los ataques racistas. Pero, en cambio, si se arresta a un elevado número de camellos, el tráfico de drogas no disminuye.

Un agente de policía llamado Michael Levine había llegado a esta conclusión por sí solo. Cuando me entrevisté con él en el año 2011, a la par que con Leigh, me dejó claro que la guerra contra las drogas era, en su caso, algo personal. Su hermano había muerto

de sobredosis de heroína en Harlem en la década de 1950. Su hijo, también policía, había sido asesinado por un drogadicto treinta años después. Así es que, cuando fue enviado a una de las esquinas de venta de drogas más conocidas de Manhattan —hacia el final de la Noventa y dos— para que «limpiase aquella maldita esquina de una vez por todas», estaba encantado.³ En el curso de una larga operación de vigilancia, su equipo identificó a un centenar de posibles camellos que operaban allí de la mañana a la noche. El 80 % de ellos fueron detenidos en apenas dos semanas.

Satisfecho por la labor realizada, Levine vio cómo en los días siguientes se registraba mucha menos actividad en el negocio de la droga. Pero al cabo de una semana todo volvió a la normalidad, apunta Levine en su informe: «Era como si nunca hubiéramos estado allí». ¿Qué es lo que había pasado? Sencillamente, que «como bien sabe todo camello, por cada uno que se arreste, hay centenares esperando a ocupar su lugar». Y por esa razón Levine no puede evitar preguntarse: «Si todo aquel dispositivo policial no había sido capaz de mantener limpia una sola esquina, ¿qué sentido tiene esta maldita guerra contra las drogas?».

Volviendo a las carreteras que conducían a Baltimore, Leigh estaba a punto de descubrir algo que cambiaría su vida. Y era algo mucho peor de lo que Levine intuía. No es que el arresto de traficantes no acabara traducándose en una reducción significativa de la delincuencia. Es que, cada vez que se arrestaba a una banda, en realidad había un *incremento* de la violencia, sobre todo de homicidios. Al principio Leigh no podía entender por qué sucedía, pero lo cierto es que era un patrón recurrente.

¿Por qué el arresto de traficantes de drogas provocaba ese incremento en los asesinatos? Poco a poco empezó a vislumbrar la respuesta. «Lo que sucede

es que, si eliminamos al que está en la cima de la pirámide —explica Leigh—, no queda nadie al mando y entonces [las bandas] luchan entre ellas para ver quién se hace con el poder.»

Para entenderlo me imagino lo que habría sucedido si Chino hubiera sido encerrado una larga temporada o eliminado del panorama. La demanda de drogas en Flatbush no se habría reducido. De hecho, por su esquina seguirían pasando continuamente clientes potenciales en busca de drogas. Y por lo tanto se habría desencadenado una guerra en el seno de los Souls of Mischief para determinar quién era el nuevo jefe de la banda, o llegado el caso

habrían sido sus rivales —como por ejemplo aquellos chicos mayores a los que habían espantado en una ocasión— los que, percibiendo su debilidad, habrían intentado hacerse con el control del territorio. Luchando entre ellos o contra sus enemigos, no cabe duda de que habría sido una verdadera matanza.

¿Es correcto este planteamiento? ¿Es este el motivo por el que cualquier medida drástica desencadena una guerra por el territorio? Para averiguar si lo que Leigh había percibido formaba parte de un patrón más amplio, me puse a revisar algunos de los estudios científicos sobre la materia. Por citar un ejemplo, en el estudio realizado por el

profesor Jeffrey Miron, de la Universidad de Harvard, se ha comprobado que, en las tasas de asesinato, «el análisis estadístico nos muestra de manera sistemática que el incremento en las operaciones policiales [contra los traficantes] va ligado a un incremento paralelo en la tasa de homicidios, y eso sucede aunque tomemos en consideración algunos factores adicionales». ⁴ Estamos, pues, ante una pauta recurrente que ha sido confirmada en otros muchos estudios. ⁵

Leigh, por lo tanto, estaba empezando a constatar que, por más que intentara reducir el número de asesinatos mediante su trabajo policial,

en realidad estaba contribuyendo a su incremento. Ella, obviamente, quería detener a las bandas de traficantes, pero en realidad estaba dándoles más poder.

En el fondo tenía la sospecha de que era algo que venía sucediendo desde hacía años; pero intentó obviarlo durante todo el tiempo que pudo, hasta que una noche ya no tuvo opción.

Trabajar en la policía, todos me lo decían, es las más de las veces durísimo. Ed Toatley —el sindicalista que apostó por Leigh cuando estaba logrando ascensos en el cuerpo de

policía— tenía que simular ser un camello cada minuto, cuando se pasaba el día rodeado de ellos.

Si volvemos a la década de 1950, Anslinger mismo nos proporciona una descripción de lo que implica semejante trabajo. Un agente infiltrado, decía, «ha de ser tan buen actor como un ganador del Oscar, rápido con sus piernas, más presto aún con sus manos, y diez veces más veloz en su pensamiento [...] [porque] un desliz —una palabra equivocada— puede costarle la vida».⁶

Cuando eran sinceros consigo mismos, Leigh y Ed reconocían que no eran sino adictos a la adrenalina. «No hay nada como imaginar que estuviste a

punto de morir y pasarte luego media hora diciéndote: “Pero ¡no he muerto!”», me comentaba Leigh, riéndose. Por eso no la sorprendió que, la mañana del 30 de octubre de 2000, Ed se mostrase tan entusiasmado cuando le contó que por fin le habían permitido pasar a la acción con un traficante al que llevaba vigilando desde hacía seis meses. Para detenerlo tenía que llevarle tres mil dólares a Washington, comprarle un kilo de cocaína y listo, ya podría arrestarlo. «Es el punto cumbre de mi carrera», exclamó.

Esa noche Leigh recibió una llamada del sargento de guardia. Fue al grano. Cuando Ed entregó sus tres mil

dólares, el traficante, de veinticuatro años, no le hizo entrega de la cocaína. Le disparó a bocajarro en la cabeza. «No me lo pensé dos veces», diría el traficante en el juicio.⁷

A los pocos minutos, Leigh estaba camino del hospital cuando recibió una llamada de su comandante:

—Leigh, soy Mike —dijo. Y todo lo que ella acertó a decir fue:

—¿Y quién diablos eres tú?

Leigh era incapaz de procesar ningún dato. Cuando llegó a la sala de urgencias había más de un centenar de policías. Ed era el director del sindicato de la policía, además de una persona bastante popular entre sus compañeros.

Todos habían acudido al hospital en cuanto se enteraron de la noticia. Uno de ellos rodeó a Leigh por los hombros y dijo: «Leigh, oye..., ha muerto». Enseguida apareció su jefe. «Va a ser duro para ti —dijo—, pero tienes que ser fuerte por ellos, por el resto de tus compañeros: ahora necesitan más que nunca de tu liderazgo.»

Los agentes esperaban en fila para ver el cuerpo de Ed, y Leigh se incorporó a la cola. Su compañero tenía la cabeza rodeada por un improvisado turbante para que no se le salieran los sesos. Su cuerpo estaba aún caliente cuando Leigh lo tocó.

Años después de aquel fatídico día,
Leigh diría en un discurso:

Cuando estaba ante él, posé la mano en su pecho y empecé a rezar: recé por su familia, recé por sus amigos y recé también por mí misma. Y mientras rezaba sentí la presencia de todos los policías que habían perdido la vida en la guerra contra las drogas. Sentí la presencia de mi querida Lisa y de todas las demás víctimas que habían quedado atrapadas en el fuego cruzado de nuestras políticas erróneas. Todos ellos estaban allí conmigo, en aquella oscura habitación de hospital. Sus espíritus estaban allí, entre aquellas paredes. Unos espíritus que me imprecaban y hasta se mofaban de mí. «¿Justicia? ¿Justicia, dices? ¿De qué

justicia hablas?» Fue entonces cuando tuve una epifanía, una revelación que me cambiaría la vida.⁸

Leigh intentó reincorporarse a su puesto, pero para entonces ya sabía demasiado. Y es que no resulta fácil ser Harry Anslinger cuando uno tiene los ojos abiertos y la mente despierta.

En un principio había creído que luchando en la guerra contra las drogas estaba combatiendo a las bandas de traficantes que habían asesinado a sus dos amigos más cercanos. Ahora, sin embargo, empezaba a comprender que su intervención solo conseguía mantenerlos en el negocio y hacerlos

aún más mortíferos. Si algo habían aprendido de la Ley Seca, se decía a sí misma, es que la violencia asociada a sustancias ilícitas solamente se puede parar de un modo: legalizando y regulando el tráfico de las mismas.

Después del asesinato de Ed, el pequeño Daniel, su hijo de cinco años, no dejaba que por la noche apagaran la luz del pasillo, porque —decía— así «papá podr[á] encontrar el camino de vuelta a casa».⁹

Leigh, por su parte, dedicaba las noches a estudiar la carrera de Derecho, y a medida que avanzaba se le fue haciendo más claro otro de los aspectos relacionados con la guerra antidroga. Y

es que aquel rayo de luz que había entrado en su vida estaba iluminando mucho más de lo esperado.

El caso es que tanto el consumo como la venta de drogas eran prácticas asociadas a todos los grupos raciales de Estados Unidos sin distinción; diablos, si hasta ella misma fumaba marihuana cuando era joven. Pero no era eso lo que revelaba su trabajo en el terreno, cuando procedían al arresto y encarcelamiento de alguien. Según la Encuesta Nacional de Familias acerca del Abuso de Drogas que se llevara a cabo en 1993, solamente el 19 % de los traficantes eran de origen afroamericano, pero en cambio constituían el 64 % de los

arrestados por dicho delito.¹⁰ Y a raíz de esta disparidad salieron a la luz otros datos aún más impactantes. Sudáfrica, por ejemplo, tenía encarcelados ese mismo año, cuando el *apartheid* estaba en su ocaso, 853 hombres de raza negra por cada cien mil habitantes. Estados Unidos llegaba a los 4.919 presos de raza negra (frente a 943 blancos) por cada cien mil habitantes. Así pues, a causa de la guerra antidroga y de la forma en que se libra, un hombre de raza negra tenía muchas más probabilidades de ser encarcelado en el País de la Libertad que en la nación más conocida del mundo por su supremacía blanca.

De hecho, se ha comprobado que, en todas las épocas sin excepción, del 40 al 50 % de los hombres de color con edades comprendidas entre los quince y treinta y cinco años están en la cárcel, en libertad condicional o pendientes de detención por delitos relacionados con las drogas, lo cual no deja de ser impresionante.¹¹

Que, en el inicio de la guerra antidroga, Harry Anslinger tuviera prejuicios raciales es algo que podemos entender como algo propio de la época, pero con el tiempo tendría que haber ido desapareciendo. Leigh, sin embargo, había descubierto que no era así. El

pánico racial que impulsó la guerra antidroga en sus comienzos no ha sido erradicado.

Ahora bien, llegados a este punto, tuve que admitir, obligado por la propia Leigh pero también por la realidad, que esta historia no era tan sencilla, que no era una historia de héroes y villanos sin claroscuros.

El caso es que me sentía inclinado a asumir que la desproporción existente en la tasa de arrestos entre los hombres de color se debe únicamente al racismo imperante en la policía. Pero Leigh no es racista. Y estamos seguros de ello porque sabemos que arriesgó su vida en su lucha contra el racismo. Tampoco

eran racistas la inmensa mayoría de sus compañeros, como nos confió ella misma; es más, si a alguno se le hubiera ocurrido hacer un comentario racista, los demás se hubieran quedado horrorizados. Y, sin embargo, Leigh — como comprobaría ella misma tiempo después— formaba parte de una maquinaria racista, aunque fuera contra su voluntad.

Por esa misma época había otros agentes de policía en otras partes del país que estaban dándole vueltas a la misma cuestión. Matthew Fogg, uno de los policías más condecorados de Estados Unidos, había seguido la pista a más de trescientos criminales de lo más

peligrosos, entre los que se encontraban desde asesinos hasta violadores y pederastas. Pero no acababa de entender por qué sus compañeros únicamente actuaban en barrios negros cuando se trataba de arrestar a personas implicadas en el tráfico de drogas. De modo que propuso a su jefe organizar redadas similares en barrios habitados por blancos.

Y este, según contaría Fogg en una charla, le respondió lo siguiente:

Fogg, tú sabes que esa gente toma drogas, es cierto, pero déjame que te diga algo. Podemos ir allí y convertir a esos sujetos en nuestro objetivo, pero resulta que esa gente conoce a jueces, a

abogados, a políticos, conoce a todos los peces gordos del Gobierno. Así que, si vamos contra ellos y contra sus hijos, ¿qué es lo que crees que va a pasar? Que van a hacer una llamada y van a detener nuestras operaciones. Lo sabes, ¿verdad, Fogg? Sabes que eso precisamente es lo que va a pasar, ¿verdad que sí? Y entonces adiós a tus horas extras. Adiós al dinero que tan duramente te estás ganando. Así es que vayamos a por el eslabón más débil. Vayamos tras aquellos que no pueden permitirse abogados, aquellos que sí que podemos meter en la cárcel.¹²

Yo, por mi parte, seguía tratando de entender esa dinámica, pero cuantos más policías conocía —personas que no eran racistas pero cuyos actos habían

provocado consecuencias de carácter racista—, más claro me resultaba el asunto. Más de la mitad de los estadounidenses han quebrantado alguna vez las leyes antidroga. Y en un país donde la falta de respeto a dichas leyes está tan extendida posiblemente no se pueda perseguir a todos los infractores. El sistema legal se colapsaría. Por eso es preciso actuar contra los que menos resistencia pueden oponer, los que menos capacidad tienen de defenderse en un juicio, de apelar la decisión de un juez; es decir, contra los estamentos más pobres y desfavorecidos. Dentro de esa categoría, en Estados Unidos encontramos negros e

hispanos además de un pequeño porcentaje de blancos. Los de arriba presionan para que haya resultados visibles. En todo momento ha de haber un cierto número de arrestos, de detenciones diarias o semanales. Y por eso se va contra el débil. No es que se les tienda una trampa para incriminarlos; realmente están infringiendo la ley. De ahí que los débiles estén siempre en el punto de mira. Y así es como se pierde la perspectiva sobre el panorama general.

Pero resulta que algunas personas no la han perdido.

Leigh, por ejemplo, empezó a preguntarse: «¿Cómo puedo seguir en esto?». Y si lo hacía es porque sentía una profunda lealtad hacia sus compañeros, a los que consideraba sin ningún género de dudas buenas personas. En los últimos tiempos estaban recibiendo cada vez más demandas de la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles —a veces incluso demandas personales—, y Leigh, por instinto, salía en defensa de los suyos. Eran los hombres con cuya ayuda se había enfrentado a los tiroteos durante años. ¿Cómo iba ahora a abandonarlos en el campo de batalla?

A los seres humanos se nos da bastante bien reprimir nuestras epifanías, sobre todo cuando lo que está en juego son nuestros salarios y nuestras amistades. Leigh sabía que un porcentaje considerable del presupuesto de la policía procedía del dinero obtenido con la requisa de propiedades pertenecientes a sospechosos de delitos de drogas. Pues bien, ¿qué sucedería si se privase a la policía de tales ingresos? ¿Habría alguna consecuencia en los salarios de los agentes? Leigh se mantuvo, ex profeso, lo más ocupada que pudo para «no tener tiempo de pensar en ello».

Cuando me lo contó caí en la cuenta de que, tanto para ella como para Chino, los estímulos que les ofrecía el prohibicionismo de las drogas no eran sino la perseverancia en sus propias guerras y el olvido de sus propias dudas.

Leigh, sin embargo, empezaba a considerar el registro de vehículos en la I-95 desde una perspectiva distinta. En otro tiempo contemplaba esta escena como un soldado en una guerra justificada que ha de acercarse al enemigo. Ahora, en cambio, no veía más que un grupo de personas rodeadas de fantasmas. Cuando se acerca al vehículo detenido, el agente deja atrás los

fantasmas de todos sus colegas, «todos los funerales a los que ha asistido, los compañeros que fueron asesinados en controles de tráfico, y son muchos», dice Leigh. Y ahora tiene «a aquel pobre chico negro» metido en el coche. Detrás de él, sentados en los asientos traseros, van sus propios fantasmas: los fantasmas de los familiares y amigos que fallecieron en redadas de la policía o acabaron engullidos por el sistema carcelario de Estados Unidos.

Nadie puede ver los fantasmas de los demás. Solo odiarlos.

Un día Leigh descubrió que no estaba sola. Un amigo suyo le habló de los Agentes del Orden Público contra la Prohibición, una organización de policías, jueces y guardas de prisiones que lucha por el fin de la guerra antidroga porque están convencidos de que esa es la única forma de acabar con las bandas de traficantes. Leigh sintió curiosidad. Tenía que encontrar respuesta a una cuestión que estaba torturándola: ¿cuál había sido el efecto práctico de todo el trabajo que había realizado durante todos aquellos años como policía?

Para averiguarlo decidió aventurarse en aquellas partes de Baltimore directamente implicadas en la guerra de las drogas; pero esta vez no iría de uniforme sino de paisano. Leigh se quedó observando a los chicos de la calle y hasta habló con ellos. De este modo constató que «estos chicos se están criando en zonas de guerra, y eso es algo incuestionable». Prácticamente todas las noches había algún asesinato por asuntos relacionados con la prohibición de las drogas, y «a los chicos no se les escapa esta situación. Todos lo perciben. Y eso es algo que traumatiza hasta un extremo inimaginable».

Pero acaso más importante aún es que, una vez detenido por algún delito de drogas —a los quince, diecisiete o veinte años—, el muchacho será un desempleado prácticamente todo el resto de su vida.¹³ No volverá a trabajar jamás. No se le concederán préstamos estudiantiles. No se le permitirá seguir residiendo en viviendas de protección oficial. No se le permitirá siquiera *visitar* una vivienda pública. «Digamos que la madre vive en una vivienda de protección oficial y que su hijo, arrestado por posesión de drogas, va a visitarla —explica Leigh—. Si el Departamento de Vivienda averigua que ha estado allí, dirán que eso supone una

infracción del contrato de alquiler y echarán a toda la familia de la casa.» En los siguientes días me dediqué a entrevistar a personas como esas a lo largo del país: ciudadanos de segunda y hasta privados de su derecho al voto porque en algún momento de su vida les habían encontrado drogas en su haber.

Cuando descubrió aquello, Leigh se quedó de una pieza. «Cuando estaba en el cuerpo no recibí ninguna formación sobre las consecuencias adicionales que llevaban aparejadas las detenciones por posesión de marihuana. No sabía nada [...]. No es algo de lo que se informara a

los agentes. Solo nos decían: “Salid y arrestad a los sospechosos. Cumplid con vuestro deber”.»

Así como Jimmy Fletcher —el agente enviado por Harry Anslinger para quebrar a Billie Holiday— nunca se perdonó a sí mismo por lo que le hizo a la cantante, de la misma manera Leigh Maddox nunca pudo perdonarse lo que había hecho durante aquellos años a todos los chicos arrestados en el curso de su trabajo. No bastaba con lamentarlo, se decía Leigh. Era preciso introducir algún cambio en su vida. Por eso decidió terminar sus estudios de Derecho, abandonar su trabajo en la policía y empezar a ejercer en Baltimore

ayudando justamente a aquellos a los que había destrozado en su vida anterior. Fundó entonces una asesoría jurídica llamada Just Advice [Consejo Justo] en la que, por una tarifa módica, ella y sus estudiantes luchaban para que fuesen eliminados los expedientes de aquellas personas que habían sido arrestadas por delitos de drogas, para que así no tuvieran antecedentes penales. Pero además Leigh enviaba cartas a universidades rogándoles que permitiesen la concesión de becas a estudiantes con condenas por drogas. Y en los juzgados llevaba la defensa de

personas que habían tomado sustancias psicoactivas. Así es la vida de Leigh en la actualidad.

Tal vez parezca que se trata de un final feliz, pero Leigh mantiene una actitud demasiado negativa y demasiado modesta para aceptar algo así. Siendo sincera, no puede decir que haya encontrado alguna forma de redención para ella misma. Y no la ha encontrado, me explica, porque sigue topándose con «personas a las que no se puede ayudar [en este régimen prohibicionista]. Ese hombre que viene a nuestro despacho y que no es más que una persona de cuarenta y cinco años [...] que tiene antecedentes penales y que quiere que

sean eliminados y [al que todo lo que podemos decirle es:] “Lo lamento, [...] no está usted de suerte”. [...] Entonces una solo ve la desazón en sus ojos». Leigh se rebela contra un sistema jurídico en el que hasta un juez conocido por sus opiniones progresistas como es Justice Thurgood Marshall ha manifestado su posición sin ningún tapujo: «Este es un caso de drogas — dijo en una ocasión—, así que no voy a leer siquiera los argumentos de la defensa. No estoy dispuesto a concederle ni una sola oportunidad a un traficante de drogas». ¹⁴

En 2011 Leigh se desplazó hasta la ciudad donde Harry Anslinger lanzara la guerra antidroga: Washington D. C. Precisamente iba a dar un discurso no demasiado lejos de la antigua Oficina Federal de Estupefacientes:

A aquellos que conminan a Estados Unidos a no levantar la bandera blanca de la rendición, yo les digo: «¿Qué bandera blanca?». Vuestra bandera blanca no es ahora sino una bandera de color rojo. [...] Una bandera mancillada por la muerte de infinidad de individuos, buenos y malos, así como de tantas personas sencillas que quedaron atrapadas en el fuego cruzado de ambos bandos.¹⁵

CAPÍTULO

7

Setas

Aunque no me había parado a pensarlo, creo que siempre di por supuesto que quienes morían en la guerra contra las drogas eran aquellos que participaban en esa lucha por decisión propia: traficantes, adictos y

policías. Pronto tendría oportunidad de comprobar que existe una categoría distinta de personas caídas en esta guerra. Son lo que en Baltimore se conoce como «setas».

Aquella cálida tarde de julio de 1991, Tiffany Smith se encontraba en una calle del oeste de Baltimore, jugando con su muñeca Kelly y su amiga Quinyetta.¹ A escasa distancia podía verse la casa de Quinyetta, donde Tiffany iba a pasar la noche. Los padres de la primera vigilaban a las dos pequeñas desde el porche.

Si conocemos todos los detalles del caso es porque el *Baltimore Sun* fue publicándolos en los días sucesivos.² Por lo visto, aquel había sido un día trufado de diversión. Las niñas habían participado en una fiesta del barrio en la que cantaron y aplaudieron a rabiar, para después bailar al son de las canciones antidroga que interpretaba el grupo Parents, Students Moving Against Drugs [Padres y Estudiantes en Movimiento contra las Drogas]; luego Tiffany había terminado la jornada disfrutando del calor de la tarde junto con su muñeca y su mejor amiga. Aquel día llevaba el pelo recogido en trenzas. Dentro de unas semanas cumpliría siete

años.

Pero no llegó a cumplirlos. No sabemos si Tiffany alcanzó a ver a los dos jóvenes de la esquina. Tampoco sabemos si Tiffany tenía idea de qué era una guerra por el territorio. Lo que sí sabemos es que oyó el tiroteo.

A diferencia de Chino, de Leigh y del resto de personas que aparecen en estas páginas, Tiffany no llegó a adoptar una actitud respecto a la guerra contra las drogas. De ella solo tenía un mensaje de sus padres. No querían hablar.

A estas personas se las llama setas porque aparecen en cualquier sitio.

Tras el asesinato de la pequeña se llamó al lugar donde murió Tiffany Square.³ En la actualidad, en ese emplazamiento los camellos venden su mercancía a plena luz del día.

TERCERA
PARTE
Ángeles

CAPÍTULO

8

Vergüenza

En verano de 2012, después de un año entero trabajando sobre el asunto, me sentía como si estuviera atrapado en un extraño sueño en el que Harry

Anslinger y Arnold Rothstein salían huyendo cada vez que me adentraba en el frente de la guerra contra las drogas.

Había visto cómo Chino y Leigh intentaban ser Anslinger y Rothstein y cómo fracasaban en el empeño; pero me habían hablado de otras personas de diversos países del mundo que sí que habían conseguido imitar a los fundadores de la guerra contra las drogas y que incluso habían ido más allá de lo que ellos soñarían. Ellos habían cogido esos oscuros impulsos que yo mismo había descubierto en mí y en nuestra cultura —la tendencia a contener la adicción por medio de la fuerza, a doblegarla, creyendo que así se la vence

— y los habían seguido hasta sus últimas consecuencias. Por eso, si quería entender cómo piensan, no tenía más remedio que salir en su busca. Y es que en ellos podía estar la clave del asunto.

Así es que compré un billete para Arizona y a los pocos días me encontraba junto a una cuadrilla de presidiarias adictas a las metanfetaminas, marchando por el desierto en un perfecto ejercicio de disciplina personal que parecía inspirado en el mismísimo Anslinger. Después cogí un vuelo a Texas y allí me encontré en la celda de una prisión hablando a través del cristal de

seguridad con un joven que ha cortado cabezas para los bisnietos de Arnold Rothstein. Y, por último, me dirigí a la ciudad con la mayor tasa de asesinatos del mundo para seguirle el rastro al sueño de una mujer muerta.

Las prisioneras se levantan todos los días a las cinco de la mañana, justo cuando el sol empieza a asomar por el desierto de Arizona.¹ Salen de unas tiendas de campaña rodeadas de alambre de espino, y, al instante, antes de que puedan comer nada, se les ordena ponerse unas camisetas en las que muestran al mundo por qué están allí.

«Antes era drogadicta», reza la frase escrita en unas llamativas letras negras que pueden leerse a distancia.² Me quedo mirando a las reclusas mientras se meten en sus uniformes de rayas sacudiendo las extremidades con hambre y cansancio. Luego se ponen grilletes en los pies y seguidamente, cumpliendo órdenes de los guardias, empiezan a cantar.

*Allá adonde vamos,
todos quieren saber
quiénes somos,
y nosotras les decimos:
Somos prisioneras,
somos la única cuadrilla*

de presas encadenadas.

Para marcar el ritmo, las reclusas tienen que golpear el suelo con sus botas y hacer sonar sus cadenas, como si fueran el coro de algún distópico musical de Broadway. Y entonces comienza su marcha bajo el calor del desierto.

Hay días en que se les hace enterrar cadáveres. Hoy, en cambio, han de subir a un autobús. Van a llevarlas a una isleta de la carretera repleta de desechos para que, en esta tórrida mañana en la que se alcanzan los 44 °C de temperatura, recojan la basura allí depositada; al otro lado de la carretera

pueden verse carteles que conminan a votar al político que ha ideado esta particular forma de castigo.

Al llegar a su destino, las mujeres intentan bajar del autobús, pero, con las cadenas enredadas en sus pies, chocan continuamente unas con otras. Se las oye disculparse en voz baja mientras sus compañeras tratan de mantenerlas en pie. Cuando por fin salen al sol, se les entrega un envase de crema solar. No se me escapa que caduca en 2009, es decir, tres años antes. De la botella sale una pasta pringosa.

Una de las mujeres no lleva cadenas.³ Es la que se encarga de clavar un cartel de aviso en el que puede

leerse: «Atención, prisioneras del *sheriff* trabajando», y de dar agua a las reclusas cuando están a punto de desfallecer. Gabba, que así es como se llama la reclusa, es una italoamericana de diecinueve años de tez pálida y cuerpo magro. Como voy tras ella a todas partes me acaba contando que se escapó de casa siendo muy joven y que entonces empezó a consumir heroína. «Fue mi vía de escape», dice bajando la mirada.

Más allá veo cómo Candice va tambaleándose de un lado para otro y con la mirada perdida. Es una mujer rubia de unos treinta y tantos años con el rostro enrojecido e inflamado como si

se lo estuvieran devorando lentamente. Tiene sangre en aquellas partes donde se ha rascado demasiado. Los médicos le han dicho que es una reacción alérgica a la lejía que usan en las tiendas, me explica, pero ante eso nada se puede hacer. Su historia, como la de las demás prisioneras, parece más bien prosaica, y es que, en aquel lugar, no tiene nada de extraordinario. A los catorce años se fugó de casa para unirse a unos feriantes y entonces empezó con las metanfetaminas. «Era lo mejor que había hecho en mi vida, me borraba de la mente los malos pensamientos —me dice sin parar de rascarse—. Ahora me da miedo quedar en libertad porque no

sé adónde voy a ir. Aquí tengo los malos pensamientos adormecidos. No siento nada.» Como todas las demás, Candice suda a chorros bajo aquel tórrido sol y la sal del sudor hace que le escuezan sus erupciones cutáneas.

Además de la camiseta antes descrita, las reclusas tienen que ponerse otras en las que pueden leerse mensajes como los siguientes: «Estoy limpia y sobria, he dejado de tomar marihuana», o «Soy adicta a las metanfetaminas». Michelle, una de esas adictas a las anfetaminas, recoge la basura con algo de desgana y me dice: «Hay mucha gente que no tiene dignidad porque, si no, no se entiende que hayan venido aquí a

deshacerse de lo que no querían. Lo único [...] que quieren es humillarnos hasta la saciedad». Horas después de haber estado bajo el sol del desierto sin más protección que una crema caducada, Michelle empieza a vomitar y a sentir temblores, por lo que tiene que ser sostenida por el resto de sus compañeras.⁴

El día anterior, cuando mencioné el nombre de Harry Anslinger a la persona que inventó estas cadenas de prisioneros —amén de otras muchas formas de castigar a los drogodependientes—, sonrió de oreja a oreja:

—Vaya, me sorprende usted — exclamó mi interlocutor—. Es increíble que recuerde a ese hombre.

Precisamente tenía su firma colgada de la pared, justo encima de la mesa de su despacho. Para él, Anslinger era un héroe, un modelo a seguir, el hombre que inició todo aquello. A lo largo de nuestra conversación siguió repitiendo melosamente el nombre de Anslinger como quien acaricia a un gato: «Anslinger..., ese sí que era uno de los buenos».⁵

Joe Arpaio había trabajado a las órdenes de Anslinger en la Oficina Federal de Estupefacientes y, desde su incorporación en 1957, había ido

escalando puestos a lo largo de las décadas siguientes. En 1953 había sido elegido *sheriff* del condado de Maricopa, en Arizona. Cuando yo lo conocí tenía ochenta años y estaba a punto de ser reelegido por sexta vez consecutiva. Su sombrero texano, su brillante insignia amarilla y su rictus de desprecio se han convertido en símbolos nacionales de una suerte de «americanidad» deformada, y mientras tanto el enorme pedazo de Arizona que gobierna, donde viven unos cuatro millones de personas, se ha convertido en el último laboratorio de Harry Anslinger. El *sheriff* Joe ha construido una penitenciaría que presenta en los

medios como un «campo de concentración»⁶ y hasta aquí vienen, deshaciéndose en elogios, los candidatos presidenciales cuando están en campaña electoral. Anslinger decía que los drogadictos son «leprosos» a los que ha de mantenerse «en cuarentena», y por eso Arpaio ha construido para ellos una colonia de leprosos en medio del desierto.⁷

Veo a Gabba, Candice y Michelle marchar de nuevo en la cadena de prisioneras. Y ahora se las obliga a cantar otra canción:

Vivimos avergonzadas.

*Nuestras vidas iban sin
rumbo,
volvimos a caer en las
drogas,
aquí sin nuestros hijos
estamos,
sin esperanza
y sin drogas.*

Me miran un instante mientras entonan su canción y luego desvían la vista rápidamente. Tienen orden de mantener la mirada clavada en la reclusa que camina delante de ellas.

Tardo un poco en entender lo que cantan después. Por lo visto, también se les ha ordenado cantar algo sobre los

electroshocks que recibe toda aquella que ose replicar a los guardas.

*Nosotras vamos de rayas,
ellos de marrón [en
referencia a los guardas].
A su lado encadenadas
vamos,
no nos atrevemos a correr,
no nos atrevemos a
escondernos,
y no te atrevas a contestar,
porque en la cadera su táser
notarás.*

No era un comentario baladí, ni mucho menos, pues se ha comprobado que en las penitenciarías y cárceles de Arizona se ha registrado un elevado número de muertos por descargas de pistolas eléctricas. Suben trastabillando al autobús y al llegar a la prisión, se libera a las reclusas de sus cadenas para que, una vez desnudas, se las pueda registrar concienzudamente, por si llevaran drogas ocultas en la vagina o en el ano.

En el campamento viven en tiendas de campaña que Arpaio consiguió gratuitamente del ejército. Muchas son de la guerra de Corea. Por las noches se oye a los escorpiones y los ratones

cuando se aventuran fuera del vertedero de las cercanías. En invierno hace un frío gélido. En verano, el calor impacta en el rostro como el aire caliente de un enorme secador de pelo. Dentro de las tiendas la temperatura puede llegar a los 60 °C. Por la noche, las reclusas se duchan vestidas y se meten en la cama tal como están, completamente empapadas. No les dura mucho el alivio, pues una hora después ya están secas, aunque, eso sí, al menos durante un rato se sienten algo mejor.

La primera vez que entré en Tent City [la Ciudad de las Carpas], las presas se arremolinaron a mi alrededor,

desesperadas por contarme lo que pasa en este lugar.

—Esto es un infierno —gritaba una.

Los prisioneros, hombres y mujeres que cumplen allí sus condenas, reciben dos comidas al día, cada una de las cuales cuesta unos quince centavos.⁸ Son lo que guardas e internos llaman «barro», un mejunje amarronado de carne no especificada que, según declaró Arpaio a un periodista, en tono de jactancia, está hecho de trozos de carne «podrida» y cuesta un máximo de cuarenta centavos.⁹ Las personas de fuera no pueden dar dinero a los internos para que compren en el economato de la

cárcel artículos de consumo como pueden ser patatas fritas, por ejemplo, aunque lo cierto es que son muchos los internos que no tienen a nadie que pueda (o quiera) darles dinero, así que viven en un estado de hambre constante. A los prisioneros, por otra parte, no se les permite tocar a quienes los visitan, y para evitar cualquier contacto el encuentro se realiza a través de una pantalla de vídeo. Los niños sí que pueden entrar en la sala de visitas, pero se mantiene a las presas esposadas a la mesa y en ningún momento y bajo ninguna circunstancia se les permite tocar a sus hijos, independientemente de la edad que tengan. Si se diera el caso

de que el niño llorase porque quiere tener cerca a su madre o darle un abrazo, la prisionera no podrá acercarse nunca al pequeño; tendrá que limitarse a contemplar, impotente, cómo su hijo llora. Los guardas de la prisión, aseguran las internas, se burlan sin empacho de ellas y hasta las insultan. «Creen que es divertido vernos hundidas —me dice una mujer—. Vernos sin nuestros hijos.» Y otra asegura: «Es como si se los hubiera entrenado para ser crueles».

Cuando paso por las tiendas no se oye más que una algarabía de voces y gritos: un chico diabético de veinte años que está encarcelado por beber alcohol

asegura que no le están dando su insulina; otros gritan aterrorizados y advierten a los demás que van a llevarlos a un lugar llamado el Agujero.

Al día siguiente me presento nuevamente en la penitenciaría para recopilar algunos datos más, pero algo ha cambiado. Las reclusas que el día anterior se acercaban presurosas a mí, ahora, con el pánico pintado en su rostro, huyen despavoridas en cuanto me ven. Cuando me acerco a ellas en el interior de las tiendas no articulan palabra, tan solo mueven la cabeza con gesto de rechazo. Una tras otra, todas se niegan a hablar conmigo, y cuando insisto tratan de hacer que me vaya. La

algarabía ha sido sustituida por un perfecto silencio. Una mujer, no obstante, me agarra del brazo cuando paso junto a ella y me dice que lamenta no poder hablar conmigo pero que quisiera poder estrecharme la mano. Cuando lo hace me doy cuenta de que, al mismo tiempo, me pasa un papelito doblado.

Lo abro algo más tarde. «Si te cuento la verdad me enviarán al Agujero y eso es horrible, ahí no tienes nada de nada. Me gustaría mucho hablar contigo pero, entiéndelo, no puedo hacerlo. Están vigilándonos. Y, por favor, no dejes que vean esta nota.»¹⁰

Llegados a este punto, di por hecho que ya no podría obtener más información en Tent City. Pero cuál sería mi sorpresa cuando, al solicitar ver el mencionado Agujero, los agentes de la prisión accedieron a enseñármelo. Todos, guardas incluidos, coincidían en llamarlo así, Agujero, aunque en términos técnicos es lo que se denomina Unidad de Aislamiento. Cuando pasé de las tiendas a aquel recinto de la prisión vi que el Agujero está formado por una serie de celdas de hormigón de pequeñas dimensiones dispuestas en hilera en dos plantas distintas. Las puertas de las celdas tienen una pequeña hendidura y, cuando la deslizan, los

guardas se encuentran unos ojos mirando desde dentro. Si ven a alguien ajeno a la prisión, los internos piden ayuda a gritos, pero con la voz cascada, débil, como si sus gargantas fuesen demasiado estrechas para dejar pasar las palabras. No se les permite comunicarse con los guardas; sus peticiones, sean cuales sean, han de escribirse en un papel que luego deslizan por debajo de la puerta. Ahora están intentando hablar conmigo.

Lo primero que me choca cuando acerco los ojos a la hendidura es el olor: huele a restos fecales y es un olor tan fuerte que me dan ganas de vomitar.

Los internos me dejan mirar el interior de las celdas. Solamente hay una litera con camastros de hierro en los que no entraría más que un niño de diez años. No tienen radio ni vida entre aquellas cuatro paredes. Los presos allí recluidos no pueden ver ni el sol ni el cielo ni el rostro de otra persona. A algunos se les asigna un compañero de celda y, aunque dos personas apenas puedan moverse en ese minúsculo espacio y además tienen que defecar una delante de la otra, lo cierto es que se consideran afortunados si tienen a alguien cerca.¹¹

A los habitantes del Agujero se les permite salir una hora de la celda para ducharse y estirar las piernas; pero en ese tiempo tienen prohibido comunicarse entre ellos y hacer llamadas de teléfono. Aquí vienen a parar todos los que quebrantan las normas establecidas por el *sheriff* Joe o aquellos a quienes los guardas hayan cogido antipatía. El tabaco, por ejemplo, está estrictamente prohibido, así que una mujer a la que encontraron un cigarrillo escondido ha sido castigada con un mes de reclusión en el Agujero.

Al fondo de la planta superior, una mujer grita dentro de su celda, histérica, insistente, como la sirena de un vehículo

atravesando la noche. No alcanzo a entender lo que dice salvo algunas palabras sueltas y, sin embargo, cuando me dicen quién es, resulta que se trata de una mujer originaria de Arabia Saudí. Curiosamente fue la única persona que el día de mi llegada me dijo algo positivo de Tent City. «Han conseguido que no quiera volver —me dijo—. ¿Y sabes lo que eso significa? Que ese es el motivo por el que se ensañan con nosotras. La gente puede quejarse todo lo que quiera, pero, si son tan duros con nosotras, es por eso.» Ahora está intentando decirme algo. Su celda,

empero, está rodeada de guardas. Me dicen que no puedo hablar con ella, que han llamado a un médico.

Las otras reclusas me cuentan a gritos que alguien ha intentado suicidarse la noche anterior. «Lo oímos todo —me cuenta una de ellas—. Le dijo al oficial al cargo [a través de la hendidura de la puerta]: “Llévate la cuchilla de aquí”, pero no la escuchó. [...] [Más tarde] oímos que el agente exclamaba: “¡Santo Dios!”.» A la chica se la llevaron a un centro médico cuando yo entraba en el recinto. No puedo hablar con ella, me dicen.

La reclusión en régimen de aislamiento es uno de los castigos habituales en las cárceles de Estados Unidos. No mucho antes, un preso con discapacidad mental llamado Mark Tucker que estuvo recluido en otra de las cárceles de Arizona permaneció aislado tantos años —pese a haber rogado en reiteradas ocasiones que se le asignara un compañero—, que acabó quemándose a lo bonzo. En el hospital, donde yacía con el 80 % de su cuerpo quemado, se le comunicó que el Departamento de Instituciones Penitenciarias iba a indemnizarle con 1,8 millones de dólares para el pago del tratamiento médico que requiriesen sus

heridas.¹²

En un despacho situado a buena distancia de las tiendas, en el centro del complejo penitenciario, me encuentro con un psicólogo llamado Jorge de la Torre. Su tarea consiste en proporcionar orientación psicológica a las mujeres allí recluidas. Desprende un cierto aire de cansancio, como quien ha perdido algo que no es capaz de encontrar. Alrededor del 90 % de las internas, me comenta, «han llegado a nuestras instalaciones por algún problema relacionado con las drogas», y prácticamente todas ellas vienen de entornos traumáticos. «No tenían opciones —continúa—. Han tenido que

bregar con problemas familiares que no podían manejar.» En un momento dado, Jorge tiene la posibilidad de tratar a una de las centenares de mujeres recluidas. Las demás quedan a expensas de los guardas o encerradas en el Agujero.

Cerca de Tent City hay una cárcel que cuenta con recintos edificadas y hasta con aire acondicionado, pero Joe Arpaio ha sacado a los prisioneros de sus dependencias y las ha convertido en un refugio para animales.¹³ Ahora perros y gatos tienen a su disposición habitaciones bien fresquitas mientras que los drogadictos sufren el calor

asfixiante y las tormentas de arena del exterior. Los animales, asegura Arpaio, se lo merecen.

Cuando les hablo de Tent City a los viajeros que se han sentado a mi lado en alguno de los muchos autobuses Greyhound que he tomado a lo largo de mi periplo por el país, todos, invariablemente, me responden que debe de tratarse de algo atípico, una parodia macabra de algún complejo penitenciario de mayor envergadura. Pero cuanto más viajaba, cuantos más exconvictos me presentaban, cuantos más estudios académicos leía, tanto

mayor era mi certeza de que en realidad se trataba de algo bastante representativo del tratamiento que se les concede a los drogadictos, no solo en Estados Unidos, sino en todo el mundo.

Para comprobarlo basta echar un vistazo a las estadísticas. Hoy en día Estados Unidos tiene más presos por delitos de drogas que todos los países de Europa occidental en todas las categorías de crímenes.¹⁴ No existe ninguna sociedad que haya encarcelado jamás a una proporción tan elevada de sus habitantes. De hecho, alcanza tal grado que, si todos los prisioneros de Estados Unidos fueran retenidos en un

solo lugar, constituirían el estado número 35 de la Unión por su número de habitantes.¹⁵

En todo el país, incluso en estados liberales como los de Nueva York y Carolina, la reclusión de los adictos es algo cotidiano. Por citar solo una de las tantas vejaciones a que son sometidos, el Departamento de Justicia estima que en las cárceles se viola anualmente a 216.000 personas. (Esta cifra refleja solamente el número de víctimas de violación, no el número de violaciones, que es mucho más elevado.) Como ha apuntado el escritor Christopher Glazek, esto implica que Estados Unidos es casi con toda seguridad la primera sociedad

en la historia de la humanidad en la que han sido violados más hombres que mujeres.¹⁶ Por lo tanto, la violación de la madre de Chino no fue algo inusual en la guerra contra las drogas: es algo que sucede a personas de ambos sexos.

Pero Estados Unidos no es el único país en el que sucede esto. En China, los drogadictos son por lo general enviados a campos de trabajo en los que, como castigo, se les obliga a realizar trabajos manuales agotadores. Rusia, Tailandia, buena parte de Sudamérica y otros muchos enclaves han pasado también a engrosar esta lista. Es, por lo visto, algo común. En Europa se aplican medidas

algo más suaves; y hasta se ha visto un rayo de luz, como comprobaría yo mismo tiempo después.

El *sheriff* Joe Arpaio es el producto estrella de esta empresa de la crueldad, pero tras él puede verse un amplio surtido de artículos económicos que todos adquieren. La guerra antidroga ha convertido Estados Unidos en una perfecta Tent City asentada sobre una colina, y el resto del mundo se inspira en su ejemplo.

Para entender qué es lo que sucedía realmente con el consumo de drogas de Arizona me dediqué a hablar con unas

cuantas personas que trabajan en pro de los derechos de los reclusos del estado, entre las cuales se encontraba Donna Leone Hamm, directora de un grupo llamado Middle Ground Prison Reform [Reforma Carcelaria Intermedia].

A ella le planteé una de mis preguntas habituales: «¿Qué es lo que más te ha impactado en tu trabajo a lo largo de todos estos años?».

Empezó a enumerar todo lo que le había chocado y hacia la mitad de su larga lista citó de pasada el caso de una mujer que murió quemada en una jaula, y luego siguió mencionando algunos hechos más.

«Disculpa, Donna —dije interrumpiéndola—, ¿podemos volver atrás un instante? Cuéntame qué sabes de esa mujer que murió abrasada en una jaula.»

Donna me remitió a los archivos, y los archivos me enviaron de viaje por Estados Unidos para averiguar quién era verdaderamente aquella mujer.

La prisionera número 109416 se despertó en su celda del Complejo Penitenciario del Estado de Arizona en Perryville y dijo que sentía impulsos suicidas.

Era una mujer de unos cuarenta años de cabello rubio y corta estatura que tenía los dientes cariados y las mejillas hundidas y a la que solían enredársele los pensamientos entre la incoherencia de la paranoia. Había ido a parar allí porque un año antes se le había acercado un hombre en una calle de Phoenix y le había ofrecido metanfetaminas a cambio de una felación.¹⁷ Ella aceptó y por eso estaba ahora encerrada junto a los presos condenados a muerte. Toda su vida se la había pasado entrando y saliendo de la cárcel, bien por su adicción a las drogas, bien por vender su cuerpo para obtenerlas.

Aquel día se la llevó a ver a Susan Kaz, la doctora que estaba de guardia en la prisión.¹⁸ Según su historial clínico, la reclusa padecía trastorno bipolar además de una grave discapacidad mental, motivo por el cual se le había asignado un tutor legal para que velara por sus intereses.¹⁹ Cuando se la envió al Agujero en Tent City, la presa 109416 se tragó una cuchilla de afeitarse, pues, como decía Juliana Philips, su antigua compañera de celda: «Ella lo que quería era hablar. Allí no podía hablar con nadie y para los guardas no era más que una presa de mierda. Lo único que quería era un amigo». La doctora, en cambio, creyó que la presa 109416 era

una manipuladora y que solo estaba intentando conseguir que se la trasladase a una celda con mejores condiciones.²⁰

Los guardas entonces se la llevaron del Agujero y la metieron en una jaula que tenían fuera, en medio del desierto. Allí la reclusa no tenía protección alguna frente a los abrasadores rayos del sol. En la jaula no había nada: ni agua ni un taburete ni un camastro, nada. La temperatura rozaba los 42 °C.

En teoría, esta jaula solo se podía utilizar un máximo de dos horas por prisionero, pero en la práctica había ocasiones en que se los dejaba encerrados durante mucho más tiempo.

La jaula estaba en el campo de visión de los guardas. Cuando la presa pidió agua, se burlaron de ella. Más adelante, uno de ellos declararía que la prisionera estaba «desorientada: no hacía más que pedir café y cigarrillos».²¹ Otro abundaría en la misma línea diciendo que la prisionera estaba «ida».

La prisionera se hizo sus necesidades encima,²² pero nadie acudió a limpiar aquello.

Pasaban las horas y la presa número 109416 se iba calentando cada vez más, hasta que finalmente empezó a arder. Gritó como una posesa. Según la declaración de los guardas, chillaba

«algo sobre Jay-Z y Beyoncé, algo de que estaban conspirando para matarla». ²³

En un momento dado cayó desmayada sobre sus propias heces. Con el rostro pegado a la tierra del desierto se haría quemaduras de primer grado, como si su cuerpo estuviera en llamas. Dieciséis guardas tuvieron la oportunidad de hacer algo por ella. Ni uno solo movió un dedo para ayudarla.

A partir de este punto encontramos versiones distintas. Los guardas aseguran haberle dicho a la presa: «No te tumbes en el suelo, ¡está demasiado caliente!». ²⁴ Pero, según las reclusas, cuando a uno de los guardas se le

preguntó: «¿Es verdad que Powell estaba desmayada en el suelo cuando fuiste a echar un vistazo a su jaula?», él replicó: «Oh, sí, era de lo más divertido. Deberías haberla visto».²⁵

Como ya sabían cómo se las gastaban por allí, las prisioneras llegaron a la conclusión de que algo horrible estaba pasando. «Les dijimos a los guardas que llevaba demasiado tiempo sin moverse. Ellos pasaban por delante de la jaula y a ninguno se le ocurrió pararse un instante —me cuenta Juliana Philips, que en otro tiempo había compartido celda con la fallecida—. Estaba tumbada en el suelo. Pero ¿quién va a echar una cabezada en el duro suelo

de cemento, vestido con un uniforme de fibra sintética y además sin una sola sombra bajo la que cobijarse?»

Cuando por fin se decidieron a llamar a una ambulancia, el personal médico trató de tomarle la temperatura. Sus termómetros solamente llegaban hasta los 42 °C²⁶ y ella registraba esa temperatura o más. Sus órganos internos habían quedado abrasados, exactamente como si hubieran estado en un horno.²⁷

Una vez ingresada en el hospital, conforme a la ley, no se podía tomar ninguna decisión referente a su tratamiento sin antes llamar a su tutor legal. Nadie contactó con él. Fueron los

directores de la prisión y del propio hospital quienes decidieron por ella.²⁸

Murió poco antes de la medianoche.

La autopsia reveló que tenía quemaduras de suma gravedad en todo el cuerpo. Sus globos oculares estaban más secos que un pergamino.²⁹

Tres guardas de prisiones fueron despedidos poco después del suceso.³⁰

Pero a ninguno de los implicados en el caso se les exigieron responsabilidades penales. Los guardas nunca hicieron declaraciones en los medios. En las entrevistas realizadas durante la investigación oficial a algunos de los que estaban de turno aquel día, todos

negaron haberse burlado de la prisionera cuando yacía en el suelo moribunda.

Este es el relato del caso que aparece en los informes de dicha investigación, a los que he tenido acceso. El director de la prisión no es Joe Arpaio. Se trata de un centro dirigido por el propio estado de Arizona y no por su condado y, por lo tanto, esta forma de tratar a los prisioneros va mucho más allá del pequeño ámbito de Arpaio. Es algo que afecta a condados, estados y naciones del mundo entero. Uno de los hombres que estuvo al frente de aquella penitenciaría y de otras similares en el estado de Arizona, era

Chuck Ryan, que trabajó durante toda su vida en el Departamento de Instituciones Penitenciarias, a excepción de un breve periodo en el que asesoró a la administración Bush acerca del sistema carcelario en Iraq y que acabó con el escándalo de Abu Ghraib.³¹

Nadie sabía gran cosa de la prisionera número 109416. Por ello se había decidido enterrarla en una fosa común de la propia prisión, hasta que intervino la organización de Donna. A aquella mujer se le robaba su identidad incluso una vez muerta, de la misma manera que se le había privado de ella cuando estaba en la jaula. Sin embargo, en el año 2012 conseguí —gracias a

Peggy Plews, defensora de los derechos de los presos del estado de Arizona—localizar en Springfield a Richard Husman, el exnovio de la presa 109416 y padre de un hijo suyo. Quedamos en un bar de la ciudad y allí sentados me contó su historia. Aquella mujer era, para él, Marcia Powell.

Richard es un hombre corpulento con los brazos cubiertos de tatuajes de fuegos; por eso en un principio me quedé perplejo cuando lo vi aparecer con la fotografía de un niño en la mano. Luego la puso sobre la mesa, justo delante de mí. Yo, por mi parte, saqué todos los documentos que había podido encontrar sobre Marcia: interrogatorios

de la policía, actas judiciales, los informes de su caso... Y juntos, uniendo toda esa información, empezamos a hilvanar la verdadera historia de aquella mujer.

Marcia, según me contó Richard, vivió con su madre biológica hasta los tres años, más o menos. Después se pasó otros tres en familias de acogida y, por último, se la entregó en adopción.³² El caso es que algo debió de pasar en la familia que la adoptó, allá en California. Nunca se lo contó a Richard pero, fuera lo que fuese, su madre adoptiva, para decirlo en palabras de Richard, terminó

«poniéndola de patitas en la calle a los trece años y desde entonces no había dejado de huir».

Aparte de la playa no tenía ningún lugar adonde ir. De manera que allí estaba, durmiendo sobre la cálida arena, porque al fin y al cabo de la playa no pueden echarte. Pero lo que sí pueden es robarte tus pertenencias, algo bastante frecuente, y luego está el asunto del aseo personal, que ha de hacerse en los lavabos de un McDonald's (si es que tienes esa suerte), y lo del miedo constante a que alguien «te viole, te pegue, te acabe matando», me cuenta Richard. A partir de entonces se convirtió en «una paranoica, pues ya se

sabe, quien no tiene hogar, tiene una paranoia. Ella no tenía estudios, no tenía colegio adonde ir». En cuanto a su vida en la playa, Richard dice: «Si lo piensas bien es bastante duro. En esa situación no se puede ir a un Burger King a solicitar un empleo. La única salida es la prostitución». Es muy probable que Marcia, dadas las circunstancias, se hubiese iniciado en la prostitución siendo una niña, como hiciera Billie Holiday, y que entonces empezase a esnifar cocaína para mantener el dolor a raya.

Marcia necesitaba protección. Y las únicas personas conocidas que se ofrecieron a brindársela fueron los

Ángeles del Infierno, aquella conocida banda de motoristas que traficaban con drogas y que subidos a sus motos repartían cocaína por todo Estados Unidos. Richard cree que se sirvieron de ella para el transporte de la droga, ya que una mujer joven, blanca y guapa no despierta sospechas. De esta forma acabó convirtiéndose en una «ratita de la casa», una de esas mujeres que viaja con los motoristas y que sirve de criada para todo, pues tan pronto saca brillo a sus grandes motos como deja impolutos sus descuidados hogares. Una amiga de Richard que había estado presente a lo largo de la entrevista intervino en nuestra conversación. En esa vida, me

explicó, «eres una esclava. Si eres la chica de un motero [...] acabas reducida a la nada. [...] Y una vez que entras en ese grupo actúan como una especie de mafia. Cuando te has metido ahí más te vale salir del país y esconderte donde puedas porque irán a por ti. Querrán matarte porque sabes demasiado».

Entonces ¿qué ventajas tenía para Marcia ser una ratita de su casa? Es Richard quien contesta: «Un lugar seguro donde pasar la noche, y comida, y drogas. Y un lugar donde poder ducharse. Si tienes a un tipo en casa con un arma junto a la puerta, poco puede importarte quién es el que llama a tu casa». El hombre de Marcia en la banda

era Conrad Kurz, un tipo bastante más mayor que ella y que «era muy estricto. En realidad era un nazi [...], un nazi de la cabeza a los pies». Tenía la casa plagada de esvásticas e insignias hitlerianas. «A Marcia la llevaba atada muy corto», hasta que dio a luz a su hija, Eureka, y se la arrebataron los servicios sociales de Arizona alegando que la madre era adicta a las drogas. Conrad no pudo sobreponerse a la pérdida de su hija. Un día se disparó un tiro en la sien mientras estaba en la ducha.

Richard tenía poco más de treinta años cuando un día pasaba con su moto frente a un área de descanso para camioneros y allí estaba Marcia, de su

misma edad. Él, al igual que Conrad, también es un Ángel. «Ese es el motivo por el que me paró, porque tenía la moto más rápida de la ciudad. [...] Y es que a Marcia le gustaba ir deprisa», dice él. Richard cayó enseguida rendido a sus encantos: Marcia le preparaba chuletas de cerdo y un desayuno completo, con huevos y salchichas para su perro. Además salían a buscar oro con la batea. Subían en moto hasta los lagos y allí lavaban el agua en busca de pepitas de oro. «Estuvimos un tiempo haciéndolo, básicamente los fines de semana», añade Richard. Si había algo

que disfrutara Marcia era precisamente la naturaleza, estar en el agua. Allí es donde se sentía más feliz.

Pasado un tiempo decidieron establecerse en Misuri. «Trabajé un año en el ferrocarril. Nos hicimos con una casa y hasta con un coche», me cuenta. Incluso consiguió apartar a su compañera de las drogas, excepción hecha de la hierba. Marcia empezaba a llevar una vida normal, a hacer cosas normales. Cortaba el césped. Veía la tele. Plantaba flores en el jardín. Es más, incluso empezó a dibujar flores. «Se sentía dichosa de llevar una vida estable —concluye Richard—. Creo que eso es lo que encontró conmigo,

estabilidad.» Pero un día Marcia dijo que quería volver a Arizona a buscar a Eureka, su hija: no podía dejarla allí abandonada, sin su madre.

Cuando regresó a Arizona se encontró con que había una orden de arresto contra ella por haber llevado consigo 1,5 gramos de marihuana, es decir, dos canutos. La policía procedió a detenerla y Marcia, por primera vez en su vida, fue condenada a un año de arresto domiciliario. Echando la vista atrás, Richard cree que ese fue el momento decisivo, cuando Marcia volvió a derrumbarse. Llevaba un año sintiéndose bien, pero tras el arresto volvieron a presentársele las tendencias

paranoicas, y esta vez con mayor virulencia. Un día de calor infernal, Marcia, presa del terror, salió despavorida de la casa y corrió descalza calle abajo. Resultado: quemaduras de tercer grado en la planta de los pies. Hubo que extraerle piel de la espalda para hacerle un injerto.

Al escuchar esto pensé en la última vez que Billie Holiday estuvo limpia de drogas y George White se puso a atormentarla, simplemente por lo que había hecho antes.

Marcia tenía un hijo en común con Richard, Ritchie. Tras su detención sufrió una recaída en las drogas y luego volvió a ser arrestada. Richard

considera que las autoridades deberían haber entendido que «era una toxicómana [...]. La adicción se puede superar siempre que uno cuente con la ayuda adecuada. No es algo que se pueda solventar en la cárcel». La solución, desde su punto de vista, pasaba por ingresarla en «un centro psiquiátrico; eso posiblemente es lo que la habría ayudado. Suministrarle lo que necesitaba (Xanax, morfina...), para que pudiera recuperarse de su desequilibrio. Tenían que haberla puesto en manos de los médicos adecuados. Mostrarle un poco de respeto. Asignarle algunas tareas. Tenían que haberle dado estudios, para que cuando saliese

tuviera un lugar [adonde ir], como un centro de acogida para mujeres, y pudiera encontrar un empleo. [...] Respetarla, eso es lo que deberían haber hecho». Y continúa: «Si uno está tranquilo y sereno y sabe que tiene por delante una vida llena de posibilidades [...], si uno siente que va avanzando, que el mundo puede ser suyo, entonces siempre estará arriba, dominando el mundo». A Marcia, por el contrario, se la había arrojado cabeza abajo por las escaleras del mundo de la justicia penal. Un día desapareció en un coche de policía y Richard no volvió a verla.

Con el tiempo conocería a otra mujer y se llevaría a Ritchie a vivir junto a ella y su descendencia en Misuri, donde el chico preguntaría abiertamente sobre la vida de su madre. Diez años después, Richard llegó un día a casa y se encontró el edificio devastado por las llamas. Solamente algo más tarde alcanzaría a saber qué es lo que había sucedido: su hijastro había violado y asesinado a Ritchie y tras matar a los demás miembros de la familia había prendido fuego a la casa. Richard me lo relata de manera inconexa, como si fuese demasiado doloroso para contarlo con claridad. Unos recortes de periódico que lleva consigo informan de

las muertes con la misma perplejidad.³³
El chico, me dice, se volvió loco de atar
y mató a todos los demás.

Richard no sabe si Marcia estaba informada de la muerte de su hijo. Ella solamente viviría un año más. Por eso espera que no lo haya sabido.

En los informes policiales de Marcia Powell han quedado registradas sus declaraciones en el momento de la detención. En 1996 estaba practicando una felación en un callejón de Phoenix, cuando pasa un chiquillo de trece años y alcanza a ver lo que sucede. La policía detiene entonces a Marcia acusándola de actos sexuales indecentes en presencia de un menor, algo que normalmente solo

se imputa a los pedófilos. Y cuando se le toma declaración ponen por escrito sus parloteos, que más parecen mofa y rechifla de la autoridad que otra cosa. Marcia les dice que es cierto que un hombre requirió de ella una felación pero que «la vida no [se] lo permitió. No pudimos hacerlo porque en ese instante sufrimos un sobresalto y eso desde luego es una vida conquistada por nosotros para la humanidad». Seguidamente se ofreció a mantener relaciones sexuales con los agentes porque «¡el país está en situación de emergencia! ¡Kerry está en dificultades! ¡Vamos, que traigan los visados! ¡Que venga el Ejército, la Marina, las Fuerzas

Aéreas, los marines, los comandos especiales, la Guardia Nacional!».³⁴ Y entonces, súbitamente recuperó la cordura: volvía a ser una persona en sus cabales... y triste. Según el informe policial, ella asegura que «en realidad no es una mala persona, que no ha hecho “daño al niño ni nada similar”, y que no es una amenaza para la sociedad, pues ella “quiere a la gente”, enseña a amar en la cárcel y “no es una inútil”».

Richard mantiene la vista fija en los informes cuando se los extiende y se pone a leerlos un rato. Luego dice simplemente: «La echo en falta».

Cuando estaba en prisión, Marcia dejaba vagar la mirada por el desierto y se ponía a hablar de la naturaleza como si estuviera en un sueño. «Era una mujer de creencias paganas. Decía, por ejemplo, que los árboles tienen el mismo ADN que los seres humanos», me cuenta una de sus antiguas compañeras de prisión, Juliana Philips. Marcia aseguraba que «ahí fuera todo tiene alma, [porque] la naturaleza es nuestra hermana. Nosotros, sin embargo, contaminamos el agua de los ríos y no podemos beberla. En su lugar tomamos agua embotellada, pero desde luego no es algo que puedan hacer ardillas, vacas, perros, gatos, búfalos...: ellos

tienen que seguir saciando su sed en aguas contaminadas».

Más tarde Richard me dice: «Si Arizona no la hubiera metido en la cárcel por esa mísera cantidad de maría para consumo personal, ahora estaríamos en Illinois viviendo a lo grande [es decir, bien]. Yo, después de veinte años, aún seguiría trabajando en los ferrocarriles. Tendríamos una bonita casa con jardín. Marcia cuidaría de nuestros hijos. Los chicos se harían grandes. Ritchie estaría ahora en los dieciocho. Mis hijos seguirían vivos... Y todo, todo [se fue al traste] por una minucia». Puede que esta no sea más que una ficción reconfortante que Richard

utiliza para afrontar el dolor, pues, al fin y al cabo, Marcia tenía problemas profundamente arraigados en su interior, pero puede que sea cierto. Puede que aquella condena expulsara a Marcia del único reducto de estabilidad que encontró en su vida.

Para Richard, lo más doloroso es el momento en que Marcia yace en el suelo, moribunda, y «ellos siguen riéndose de ella, burlándose de una mujer enferma». Me tiende una foto de Ritchie y me pregunta si puedo conseguir que se la pongan a Marcia en su tumba. «Así sabrá que no es mala», porque ella, asegura Richard, «ha creado ángeles».

Muchos de los guardas que metieron a Marcia Powell en una jaula desprotegida en pleno desierto y que hicieron caso omiso de sus gritos siguen en sus puestos.

CAPÍTULO

9

Bart Simpson y el ángel de Ciudad Juárez

Un ángel de dos metros y medio de altura estaba en una vereda en Ciudad Juárez, con sus alas de plumas desplegadas al viento y el cuerpo plateado resplandeciendo bajo la luz,

cuando desde su atalaya, bajando la mirada, vio el cuerpo de una persona. Es —era— un varón de veinte años. Aquel hombre iba caminando por una carretera no lejos de su casa en esta ciudad, que es la más peligrosa de la Tierra, cuando en esas aparecieron unos hombres armados. El ángel, desde su posición, podía ver las heridas de bala, el charco de sangre, las lágrimas de dos de los parientes del muerto que habían llegado al lugar. En sus manos llevaba un cartel, el ángel. Un cartel dirigido a los asesinos, a aquellos que han segado la vida de más de sesenta mil mexicanos en apenas cinco años. Un cartel que señalaba a los asesinos mencionándolos

por su nombre.¹ Chapo Guzmán, señor de las drogas; los Zetas, sus rivales más encarnizados; la policía; el ejército.

«El tiempo es corto —rezaba el cartel—. Arrepiéntete.»²

Juan Manuel Olgún se ha criado en Ciudad Juárez, en esta urbe situada en la frontera mexicana justo al otro lado de El Paso y que la guerra de las drogas ha convertido en la ciudad más mortífera de la Tierra. Yo lo conocí algún tiempo después de aquel jueves de 2012, cuando, con sus alas desplegadas, velaba en plena noche el cadáver que tenía junto a sus pies.³

El caso es que conocía bastante bien las estadísticas acerca de la guerra de las drogas en México, pero aquellos números no tenían mucho sentido para mí. Según las estimaciones más bajas — y vuelvo a reiterar la cifra—, algo más de sesenta mil personas han sido asesinadas en un lapso de cinco años. Y es que por esta zona pasaba el 90 % de la cocaína consumida anualmente en Estados Unidos.⁴ Solamente de la venta de drogas en Estados Unidos, los cárteles de la droga mexicanos obtienen unas ganancias anuales de entre 19.000 y 29.000 millones de dólares.⁵ Pero las historias que había oído acerca de ellos eran de una crueldad tal que me

resultaba imposible establecer ningún vínculo con aquella gente. Todas tenían en común un sadismo inconcebible — decapitaciones expuestas en YouTube, o mujeres embarazadas que habían sido acuchilladas con una botella—, algo que de tan inimaginable parecía irreal.

Ese fue el motivo por el que, una mañana de julio, me desplazé hasta Ciudad Juárez desde Estados Unidos cruzando las turbias aguas del Río Grande. El puente estaba abarrotado de vehículos y de personas limpiando parabrisas de acá para allá. Había mujeres sentadas en el suelo pidiendo limosna en ambos idiomas. Cuando llegó mi turno, la policía mexicana no

revisó nada de lo que llevaba. Simplemente con un gesto adusto, inclinando levemente la cabeza, me indicaron que pasara.

Una de las primeras cosas que vi a mi llegada a la ciudad fue un cartel. «Recorrido por el centro histórico de Ciudad Juárez», decía, con lo cual se me invitaba a recorrer los lugares que fueron famosos cuando este era uno de los grandes centros de diversión de América del Norte. Aquí es adonde Billie Holiday venía en busca de drogas y alcohol,⁶ aunque ella entonces no era más que uno de los tantísimos norteamericanos que venían a Ciudad Juárez en busca de un chute. Pero ahora

la ruta ha quedado empapelada de anuncios. «¿Ha visto a esta mujer?», se lee en un cartel pegado en la pared, y debajo pueden verse imágenes de unas cuantas jóvenes sonriendo en una fiesta a la que asistieron en otro tiempo. Me quedé mirando a una de ellas, que llevaba los labios pintados de rojo y un pañuelo de colores anudado al cuello. Ella y tantas como ella son ahora todo lo que puede verse en Ciudad Juárez: personas ausentes. Los lugares turísticos han sido pasto de las llamas o cerrados mucho tiempo atrás.

Mi contacto en la zona era Julián Cardona, corresponsal de la agencia Reuters, y mientras me llevaba en coche

por la ciudad aproveché para hacerme una idea del lugar donde me encontraba. No tardaría mucho en darme cuenta de que, si el Manhattan de Rothstein era una ciudad vertical que aspiraba a tocar el cielo, esta en cambio es una ciudad horizontal que se arrastra por el desierto. El centro es como el de cualquier ciudad de América del Norte, donde un Wendy's abierto las veinticuatro horas se levanta junto a un centro comercial en el que suena una versión de *Titanic* mientras los clientes compran grandes televisores de pantalla plana. Pero si se sigue conduciendo por sus anchas autopistas algunos kilómetros más, entonces la ciudad se empobrece y

donde antes había grandes superficies comerciales ahora solo pueden verse tiendas miserables y chabolas ruinosas. Y justo cuando uno piensa que ya ha llegado al final del municipio viene otra avalancha de casas y de tiendas antes de que empiecen las dunas del desierto.

Pero para entonces yo había conseguido encontrarme con uno de los ángeles de la ciudad.

Juan tenía once años cuando empezó a percatarse de que sus amigos desaparecían en el tráfico de drogas de Ciudad Juárez. Esta es la ruta de contrabando de droga más importante en el camino a Estados Unidos y las bandas de narcotraficantes ya habían entrado en

guerra para hacerse con su control. Los cárteles prefieren contratar a niños, porque estos no entienden la muerte y por lo tanto tienen menos miedo. Un buen amigo de Juan decidió trabajar para la banda, para conseguir dinero, claro está, pero además porque, a la postre, sentía que formaba parte de algo. Por su parte, Juan, atrapado en una niebla de hormonas, estuvo dándole vueltas a la idea de unirse él también a la banda. Así conseguiría dinero, al fin. Podría mantener a su familia, hundida en el alcoholismo y la drogadicción. Pero viendo que a su alrededor no había más que personas degolladas, casas quemadas y tiendas abandonadas en

cada esquina, Juan tomó una decisión distinta. A los dieciséis años, me confesó, «decidí convertirme en ángel».

Al principio, cada vez que había un asesinato, la gente huía despavorida de la escena del crimen. Luego las cosas cambiaron. Se quedaban y miraban. Luego hubo otras reacciones. La gente pasaba por delante y seguía su camino. Como si fuera algo normal. Como si no fuera nada importante. Pero en Ciudad Juárez sí que lo era. Y es que la población estaba aprendiendo por sí sola a no mirar, a eliminar de su cuerpo aquellos órganos capaces de ver un descuartizamiento.

Juan y sus amigos adolescentes, en cambio, no estaban dispuestos a vivir en una ciudad que cerraba los ojos ante el asesinato. Aunque no se les escapaba que todos los que se habían pronunciado contra los cárteles, el ejército o la policía habían sido asesinados, él y unos cuantos más que se reunían en su iglesia decidieron presentarse en los lugares de los crímenes para protestar. Antes, no obstante, se fabricaron unos trajes de ángel con alas hechas de plástico y plumas que medían dos metros. El cuerpo se lo pintaban de color plata brillante y luego se subían a un taburete bastante alto. Con sus largas túnicas colgando sobre su cuerpo y el taburete,

aquellos ángeles tenían el aspecto de unas enormes criaturas que hubieran descendido del cielo. No resulta fácil describir su apariencia: podría decirse que son algo irreal, como una alucinación. Estos chicos, además, se hacen pancartas en las que desafían a los sicarios más crueles de la Tierra y se presentan con ellas en el lugar donde esos hombres acaban de perpetrar su matanza.

La noche que conocí a Juan habíamos sufrido una tormenta de verano y él se disponía a salir hacia una carretera en la que iba a mostrar sus carteles. Me invitó a acompañarlo. Dos chicas jóvenes iban detrás de él

sosteniendo sus alas para que el viento no las doblase. Los conductores de los coches pasaban a toda prisa y se quedaban mirando, perplejos, confundidos y atenazados por el miedo.

«Yo no tengo miedo. Si me matan o me sucede alguna cosa será porque estoy haciendo algo bueno para la ciudad — me cuenta Juan—. Ya le he dicho a mi madre que, si me sucediera algo, debe sentirse orgullosa de mí.» Está convencido de que él y sus amigos han sido traicionados por la generación que está al frente de la guerra de las drogas: «Queremos mostrarles que, entre otras cosas, buscamos una sociedad mejor». ⁷

A mucha gente le sorprende que todavía no los hayan matado. Si se les pregunta dicen, con gesto de cansancio, que es solo cuestión de tiempo.

Arnold Rothstein soñaba con una ciudad de Nueva York en la que el imperio de la ley hubiera quebrado y donde no hubiera más autoridad que la impuesta por criminales como él. Quería establecer su poder por la fuerza y hacerse, por medio del dinero, con todas aquellas estructuras del Estado que aún estuvieran en pie, hasta que pudiera utilizarlas, también, como armas. No llegó a ver cumplido su sueño. Una bala se lo impidió. Pero su sueño sí que permaneció vivo.

A mí me interesaba saber qué es lo que ese sueño significaba para la gente corriente en la vida real. Es la parte de la guerra de las drogas que más ajena resultaba a mi vida, asentada en la estabilidad londinense. Y, sin embargo, estaba empezando a sentir que todos estamos atrapados en lo mismo —los asuntos de la guerra contra las drogas y su lógica—, que todos formamos parte de una larga cadena con conexiones de carácter global. La represión, me parecía, es lo que había dado lugar a toda aquella historia, pero quería ver por mí mismo cómo lo había hecho.

Durante mi estancia en el norte de México me reuní con muchas personas que compartieron conmigo sus historias personales; pero si pude lograr entender lo que allí sucedía fue gracias al relato de tres jóvenes: un ángel, un asesino y una chica enamorada.

Así como antes había conseguido saber cómo es la vida en una banda callejera gracias a uno de sus integrantes, de la misma manera me proponía ahora entender cómo es la vida en un cártel de la droga; pero todos me decían que eso era imposible. Los cárteles asesinan a todos los que hablen

con alguien de fuera. Son los sujetos más paranoicos y herméticos del mundo. Pero un día me hablaron de una persona en concreto, de la única que había conseguido arreglárselas para salir bien librada del trance y poder seguir hablando.

Así pues, escribí a la División de Prisiones del estado de Texas. Tras una larga espera me contestaron que se me concedían treinta minutos. Cuando llegué al centro del condado de Tyler en el Texas rural —una enorme mole de hormigón y alambre de espino—, una de las guardas me sonrió.

«Me gusta su acento —me dijo ella con su marcado deje texano—. Puede tomarse todo el tiempo que quiera.»

Otra guarda me guió a través de la prisión hasta que llegamos a una amplia sala de color gris en la que no había más que un cristal delante de mí. Al otro lado se veían celdas blancas de un tamaño minúsculo.

«Estaré por aquí, en esta misma zona, porque no se me permite dejarle solo», me dijo antes de marcharse.⁸

En la parte posterior de una de las celdas se abrió una puerta y él salió caminando, pequeño y ágil. Tenía todo el aspecto de un aplicado estudiante que fuera a presentarme su trabajo de

ciencias. Lo único que socavaba esta impresión era el tatuaje de sus ojos: unas lenguas de fuego de brillantes colores dominaban su rostro.

—Hola, ¿cómo va? —me dijo mirándome de arriba abajo. Y antes de que pudiera responderle añadió—: Primero dime qué es lo que sabes de mí. Quiero saberlo.

Tenía una voz grave.

—Sé que estás aquí —contesté— porque a los trece años entraste en los Zetas.

Asintió con la cabeza.

Luego pedí permiso a Rosalio para grabar nuestra conversación. El cristal tenía un hueco en el que deposité el

aparato, con la luz roja encendida, y Rosalio empezó a hablar. Cada vez que me facilitaba alguna información me preguntaba, inquieto, qué es lo que pensaba de él y si le haría quedar bien parado en mi libro. Prácticamente me estaba suplicando. Y es que Rosalio llevaba mucho tiempo solo, recluido en una celda de aislamiento. Aquel día hablamos más de cuatro horas. A continuación reproduzco su historia a la luz de su propio relato, así como las pruebas de los crímenes que ha cometido y que se han podido encontrar.

En 2005, Rosalio Reta, como tantos otros norteamericanos de su edad, se encontraba en un campamento de verano. Era un texano de quince años bajito y de pelo crespo que respondía al sobrenombre de Bart, por su parecido físico con Bart Simpson (aunque algo menos amarillo) y su pasión por el *skateboard*.⁹ Por lo demás era aficionado a los Power Rangers, a la música pop alternativa y a los juegos de la Nintendo 64, sobre todo The Mask of Zelda y Donkey Kong. Pues bien, en aquel campamento estaba aprendiendo a hacer cosas muy útiles, cosas de esas que no se olvidan nunca. Aunque no era

precisamente uno de esos campamentos en donde se enseña a ir en canoa, cantar en grupo o hacer una fogata.

Rosalio aún recordaba lo que aprendió aquellos días.¹⁰ Por ejemplo, a decapitar a una persona. «A veces vi cómo lo hacían con una sierra —me dijo a través del cristal—. Sale sangre por todas partes. Empiezan por la yugular y entonces —chasca los dedos— sale sangre a borbotones [...] Dejan la cabeza allí mismo. Pero sigue moviéndose, haciendo gestos y esas cosas. Creo que es por los nervios; se puede ver el interior de la cabeza, los huesos, y todo sigue en movimiento. Es como si tuviera gusanos dentro. Yo mismo he visto

cabezas moverse cuando estaban en el suelo. Si el tipo tenía cara de susto en el momento de morir, a veces se quedaba con esa expresión en la cara. Otras, en cambio, se le iba.»

Aquel campamento se encontraba en las montañas de México, en un lugar solitario, y Rosalio llevaba allí seis meses, convirtiéndose lenta pero inexorablemente en una máquina de matar. «Allí nos enseñaban todo tipo de cosas. Todo lo que uno puede aprender en un campamento militar —dice—. Nos enseñaban a disparar, a fijar nuestras coordenadas [...]. A manejar todo tipo de explosivos, pistolas y rifles, a combatir cuerpo a cuerpo...» El lema del

campamento era «Si retrocedo, ¡mátame!». ¹¹ Rosalio utilizó esos conocimientos para asesinar a una cantidad de personas tal que ha perdido la cuenta. Perpetró matanzas masivas, lanzó granadas en bares abarrotados y disparó a un hombre delante de su hijo y de su mujer embarazada. ¹²

Unos años antes, el Gobierno de Estados Unidos —empeñado en extender la guerra contra las drogas a todo el mundo, tal como quería Harry Anslinger— había tomado la resolución de formar un comando de élite integrado por personal mexicano para que ganase dicha guerra. Para ello se los llevó a Fort Bragg, donde se les facilitó la

mejor formación en materia militar y de servicios de inteligencia, así como equipamiento perteneciente al 7.º Grupo de Fuerzas Especiales de Estados Unidos.¹³ Su lema era: «Ni la muerte nos detiene».¹⁴ Pero una vez concluido el periodo de entrenamiento y recibidas las armas solicitadas, aquellos hombres a los que se había dado tan carísima formación, volvieron a su país y todos, en masa, abandonaron el ejército para pasarse a las filas del cártel del Golfo.¹⁵ Son la facción que se hizo llamar los Zetas.¹⁶ Para entendernos, es como si las Fuerzas de Operaciones Especiales de la Marina de Estados

Unidos desertaran en masa para ayudar a los Crips a apoderarse de Los Ángeles... y que les saliera bien.

Laredo, la ciudad natal de Rosalio, en el árido desierto de Texas, es justamente uno de los pasos de la frontera estadounidense hacia Nuevo Laredo, en México. «Todos los cárteles quieren esa ruta —me dice Rosalio—. Es uno de los mejores lugares para pasar de un país a otro. [...] Comercialmente es importantísimo, de ahí que todos lo quieran. [...]. Y por lo que todos luchan precisamente es por hacerse con el control de la I-35.» Si es tu cártel quien controla la interestatal, entonces tienes el control de miles de

millones de dólares. Pero si son tus enemigos quienes se hacen con el control, puedes estar seguro de que no te dejarán nada de nada. Así funciona esta guerra.

Volviendo a la historia de Rosalio, existen dos versiones distintas acerca de cómo se convirtió en un Zeta. Por una parte tenemos la versión que transmitió a la policía cuando lo detuvieron por primera vez a los dieciséis años, y, por otra, la historia que me contaría a mí en la cárcel cuando tenía veintitrés. Como no tengo forma de averiguar cuál de las dos responde exactamente a la verdad, voy a reproducir ambas para que sea el lector quien juzgue.

Una de las pocas cosas que sabemos a ciencia cierta sobre Rosalio es que pasó su infancia en una casa de madera levantada sobre bloques de hormigón.¹⁷ Su madre era peluquera. Su padre, un inmigrante sin papeles que trabajaba en el sector de la construcción. Habían tenido diez hijos. Laredo es una de las poblaciones más pobres del país, un paso fronterizo en el que, como me contaba Rosalio, «si no eres poli, traficas con drogas. Y si no eres traficante, estás en un cártel. Así es como funcionan las cosas allí. Eso es todo lo que se puede hacer allí».¹⁸ Y en otra ocasión me dijo: «Aquí [en Estados Unidos] hay mucha gente que quiere ser

abogado, juez, bombero, policía... Allí [en la frontera estadounidense-mexicana] adoran a los Zetas. Los niños, desde bien pequeños [dicen]: “Cuando crezca quiero ser un Zeta”».

Pero recalca: «A ver, no es que nosotros fuésemos pobres de solemnidad, ni mucho menos. Mis padres trabajaban los dos, así es que no nos faltaba de comer. Éramos personas corrientes. Una familia normal». Rosalio tenía dos buenos amigos con los que pasaba la mayor parte del tiempo, Jesse y Gabriel. Jugaban al fútbol, se iban al lago, jugaban con sus videojuegos... En fin, actividades propias de la infancia, que ellos pasaron saltando de un lado a

otro de la frontera. Los refrescos y los caramelos eran más baratos en Nuevo Laredo, así que no eran pocas las veces que Rosalio se iba allí con sus amigos. Y tiempo después, ya adolescentes, encontrarían en la ciudad locales nocturnos que permitían entrar a chiquillos de trece años, de manera que Rosalio, Jesse y Gabriel pasaban mucho tiempo por aquellos lares. Pues bien, llegados a este punto es donde la historia diverge.

En el primer interrogatorio, Rosalio declaró que se había pasado tres años inmerso en la vida de los Zetas, en aquel mundo donde la cultura del terror había alcanzado su variante

más extrema. En las grabaciones de la policía parece dar rienda a suelta a su odio, sonriendo con suficiencia y dándose ínfulas, en parte como si esperara que los policías quedaran impresionados con sus alardes de asesino a sueldo. Cuenta entonces que a los trece años empezó a frecuentar una discoteca de Nuevo Laredo y que allí oyó hablar de un hombre que era el dueño de todo: Miguel Treviño. Había empezado de la nada y no paró hasta que logró convertirse en el lugarteniente de los Zetas. Al igual que Arnold Rothstein, era un hombre sencillo, sin pretensiones, que prácticamente tenía el aspecto de una persona corriente: de apenas metro y

medio de estatura, no bebía alcohol, no tomaba drogas y generalmente iba vestido con vaqueros y camisetas de Walmart. Y, sin embargo, aquel hombre era el rey de la ciudad: tenía el control absoluto del tráfico de drogas, del ejército, de la policía..., en definitiva, de todo. Y Rosalio quería lo mismo. Por eso contactó con él y se ofreció a presentarle una prueba de su lealtad. Cualquiera, lo que él pidiese.

Aquí aparece una historia distinta acerca de cómo se inició en la banda. A mí me contó que uno de sus amigos tenía un hermano mayor que trabajaba para los cárteles y que un día se fueron todos juntos a comer a Nuevo Laredo. En esas

estaban cuando el hermano recibió una llamada y dijo que tenía que marcharse, que debía ocuparse de unos asuntos; y Rosalio, ni corto ni perezoso, se ocultó en la parte trasera de su camioneta. Tenía curiosidad. Quería saber cómo era eso de ser del cártel. Cuando pararon cayó en la cuenta de que estaba en uno de los ranchos donde Miguel Treviño llevaba sus negocios... y vio demasiado.

Aquí es donde las dos historias vuelven a coincidir. Por lo visto, en ambas versiones, el rancho era uno de los lugares típicos donde los Zetas operaban. Tenían a unas treinta personas atadas. En un lado del recinto «se las introduce en bidones de gasolina y se las

deja quemarse hasta que queden reducidas a cenizas». En el otro «se las descuartiza». Los Zetas, normalmente, torturaban a miembros de otras bandas o a cualquier persona molesta, con el fin de averiguarlo todo sobre posibles «refugios, rutas [de la droga], traficantes al mando... [Antes de matarlos] preguntaban acerca de las actividades de los retenidos, de sus jefes, del negocio que tenían entre manos. Y una vez muertos, quemaban los cuerpos en un “guiso” [como lo llaman ellos mismos], dejando que se consumiesen en el bidón [...] hasta quedar hechos papilla».

En ese rancho fue donde Rosalio cometió su primer asesinato. «No le miré a la cara —me cuenta—. Lo tenían atado [...]. Estaba arrodillado en el suelo, atado con las manos a la espalda y también por los pies [...]. Todos los demás lloraban, imploraban, pedían que no los mataran. Absolutamente todos. Algunos sin embargo no llegaron a decir nada. Sabían que iban a matarlos. Que los habían llevado allí para asesinarlos.»

Rosalio cogió la pistola y disparó al hombre en la cabeza. Nunca supo quién era.

El primer Rosalio, el que aparecía cegado por la luz de los Zetas, contó a los policías que había disfrutado haciéndolo: «Me sentí como Superman. Matar a esa primera persona fue algo fantástico, me encantó. Los demás intentaron quitarme el arma pero era como quitar un caramelo a un niño». ¹⁹ A partir de entonces «habría otras personas que se hacían cargo de los asesinatos, pero yo me presentaba voluntario. Era como una especie de juego a lo James Bond [...]. Algo que cualquiera puede hacer, pero a lo que no todos están dispuestos. Algunos son débiles de espíritu y no pueden llevar ese peso sobre su conciencia. Otros

duermen como un lirón». ²⁰ Y concluía: «Me gusta lo que hago, no voy a negarlo».

El segundo Rosalio, el del tono monocromo del sistema penitenciario de Texas, dice que aquello fue una declaración sin fundamento ofrecida en un momento de locura, «porque era la primera vez en mucho tiempo que [me] sentía seguro. Estaba vivo. Había conseguido salir de México sano y salvo. Pero la mayoría de las personas que conocía estaban muertas. Todas las personas que fueron importantes para mí, aquellas con las que me había criado, todas estaban muertas. Yo en

cambio seguía vivo. Había conseguido salir vivo de aquello después de haber estado a punto de ser asesinado...».

No es cierto que hubiera disfrutado, asegura. Si empezó a matar aquel día fue porque se dio cuenta de que, una vez visto el rancho, no iban a permitirle abandonar el lugar como testigo casual. O acababan con él, o se convertía en uno de ellos. A partir de ese momento «uno se ve obligado a acatar su voluntad. Quieras o no, tienes que hacer lo que te dicen. Te ves obligado a ello. Y si no lo haces, te matan. Así de sencillo. O matas o te matan, de eso iba todo».

Y, efectivamente, esa es la clave. Aquella bala lo convirtió en un Zeta y no le dejó ninguna otra salida.²¹ «No importa si has ido por tu voluntad u obligado —continúa Rosalio—, una vez que estás dentro ya no puedes salir. [...] El trato está cerrado. [...] Me guste o no, aquella gente me transformó en uno de los suyos, en un soldado que obedecía sus órdenes.»

Este relato fue confirmado años más tarde en el curso de una investigación policial llevada a cabo por Estados Unidos. Rosalio es una de las poquísimas personas que se ha metido en el corazón de un cártel mexicano y ha salido vivo. Tres años

estuvo trabajando para Miguel Treviño.²² Y durante mucho tiempo fue uno de los miembros de sus fuerzas paramilitares que vivían a su lado en refugios seguros, apoyándolo, matando por orden suya. Treviño y sus Zetas tenían un término para todos aquellos chicos que trabajaban para ellos como hacían Rosalio, Jesse y Gabriel: eran los «prescindibles».²³

«Las cosas fueron muy deprisa a partir de aquel primer día. Desde entonces todo pasó... —Rosalio suelta un largo silbido, *pfuuui*— como la espuma. Hasta que llegó un día en que me di cuenta de que había traspasado el límite: estaba en otro mundo.»

No le habló a sus padres de su decisión porque estaba convencido de que, si lo hacía, acabarían asesinados. De hecho, no se lo contó a nadie.

En nuestro encuentro tardó bastante en mencionar el nombre de Treviño. «Es mejor que no lo menciones siquiera», me dice. E insiste: «Es mejor que no hables de él. [...] Este tipo no tiene límites. Por eso hay tanta gente que no habla de él. Sobre todo en México. Tienen miedo hasta de decir su nombre».

No obstante, entre titubeos y en forma fragmentaria, Rosalio acabó trazándome un retrato de aquel hombre que, como Rothstein, solamente pensaba en el dinero y cómo obtenerlo, fuera

como fuese. Aunque su violencia era más extrema, seguía la misma lógica impuesta por la prohibición. Se apropiaba del mercado por medios violentos y para conservarlo imponía el terror. Sus asesinatos no obedecían al azar, aunque en ocasiones eran psicóticos. Y es que todo se hacía pensando en «la intimidación —explica Rosalio—. En intimidar a los cárteles rivales. Si se grababan en vídeo las decapitaciones de sus hombres era para que supieran que hablaban en serio. Que no iban a andarse con tonterías».

Él en realidad estaba aprendiendo las mismas reglas que Chino aprendiera en su barrio, aunque proyectadas en un

marco mucho más extremo. Se trata de ser tan aterrador que nadie se atreva jamás a meterse contigo. Para los jóvenes de Brownsville, esto implica palizas y tiroteos. Para los de Nuevo Laredo, decapitaciones y cuerpos quemados. A Rosalio se le había embarcado en una espiral de asesinatos con objetivos bien marcados: miembros de cárteles rivales, amén de cualquier persona que se pusiera en el camino de los Zetas.

En el día a día «nunca sabes qué es lo que van a hacer. Puede que hoy quieran torturar a alguien hasta la muerte, o puede que quieran ahogarle o colgarle, o que vayan a descuartizarlo y

quemarlo vivo. Uno nunca sabe por dónde van a salir. Todo depende de lo que les apetezca en ese momento». Y añadió: «Siempre era la misma rutina. Mataban a gente a diario. No había día que no matasen a alguien. O que no torturasen a alguien. O que no quemasen vivo a alguien. [...] Esa es la rutina de todos los días. Eso es lo que hacían para vivir». Cuando se le enviaba a matar a una persona, Rosalio «no sab[ía] quién era. No sab[ía] qué es lo que había hecho. Nada». Lo único que sabía es que debía morir.

Los cárteles envían mensajes escritos sobre carne humana. Su sistema de señales es bien conocido por todos.

Si traicionas al cártel, te pegan un tiro en la nuca. Si hablas demasiado, te descerrajan un tiro en la boca. Si eres un espía, apuntan a la oreja. Todo cuerpo es una valla publicitaria en la que se anuncia que el cártel al que perteneces es el más despiadado.²⁴

Jesse y Gabriel, los amigos de Rosalio, empezaron a trabajar para los Zetas a la par que él. Nunca dirá cómo empezó aquella historia, pero la investigación policial —y sus posteriores destinos— ha confirmado su implicación con la banda. ¿Acaso fue él quien se los presentó a Treviño? ¿Fue él quien los introdujo en la banda? No está

del todo claro. Pero a nadie se le escapaba que, como él decía, «ya no [era] un juego».

«Nos obliga[ba]n a estar mucho tiempo sin dormir, a veces hasta una semana o semana y media —me contaba—. Prácticamente dos semanas sin dormir. Y todos le daban a la coca, porque solían darnos droga. [...] Estábamos siempre de un lado para otro, por eso no podíamos dormir.» En algún momento, Gabriel se había tatuado unos ojos sobre los párpados para que pareciera que siempre estaba despierto, siempre en guardia.²⁵ Porque estar despierto era algo imprescindible si querías seguir vivo. En la casa donde se

refugia Treviño, siempre «hay un montón de tipos vigilando el lugar, haciendo guardias y todo lo demás. Si ven a otro narco por la zona o a algo sospechoso reúnen a todos los hombres para disparar a la vez». Todos tenían miedo de todos. Y por eso, al cabo de un tiempo «ya no pude confiar en ellos», dice Rosalio. «Solo me tenía a mí mismo. Nunca se sabe si van a venir a matarte, por la espalda. Lo he visto hacer muchas veces. Cuando trabajas para ellos hay mucha gente rondando por allí, si a alguno no le caes bien o estás en el lugar equivocado, en cuanto te descuidas acaban contigo. Justamente los tuyos, la gente con la que trabajas.»

Todos sabían que «lo único que [Treviño] [tenía] que decir era — Rosalio hace un chasquido con los dedos—: “Mátalo”. Eso es todo lo que tenía que hacer. Dar la orden y listo, eras hombre muerto».

De cuando en cuando, Rosalio llamaba a su madre para que supiera que seguía vivo. No le contaba a qué se dedicaba.

Y es que la peor pesadilla no es que a uno lo asesinen; la peor pesadilla es que tú seas el asesino.

Pero allí, en medio del terror, también había recompensas.²⁶ «Tenían dinero a espuestas, todo el que uno quisiera. Todo.» Treviño a veces

organizaba sorteos. Para ello ponía los nombres de todos en una copa y el ganador —Rosalio precisamente— se llevaba un flamante Mercedes. Tenían mujeres a su disposición siempre que quisieran, y cocaína. A Rosalio se le pagaban 500 dólares a la semana como una forma de anticipo²⁷ y mucho más por grandes golpes: a los quince años, por ejemplo, recibió 375.000 dólares por el asesinato de uno de los socios de Chapo Guzmán.²⁸ En un determinado momento, olvidándose por un instante de que supuestamente había entrado en el cártel obligado, Rosalio me contó que, cuando se les daban recompensas, «no teníamos que hacer nada especial en ese

momento. Pero una vez que te habían atraído, estabas en sus manos». Y dándose cuenta de lo que acababa de decir, rápidamente añadió que no se refería a él mismo, obviamente, sino a sus amigos: a él, insistió, lo habían obligado, había entrado en los Zetas obligado.

A veces cogían como refugio una casa de lujo del otro lado de la frontera, en Laredo.²⁹ Allí Gabriel se pasaba el día con su novia. Rosalio y Jesse se dedicaban a pasearse por sus antiguos barrios y a jugar en las cercanías del lago, como hacían antes. ¿Y por qué los cárteles, inquirí, utilizaban a niños estadounidenses y no a niños de

México? «Porque así tenían el acceso asegurado hacia los dos lados de la frontera.» Pero ¿qué ventaja aportaban esos niños cuando el cártel, al fin y al cabo, mataba a gente en México? «¿Qué es lo que tenías que hacer tú en Estados Unidos por ellos?» «No quiero hablar de eso —respondió Rosalio—. Hay muchas cosas de las que preferiría no hablar.»

Cuando tiempo después me puse a repasar las grabaciones de la entrevista, volví a pensar en el sociólogo francés Philippe Bourgois, gracias a cuyas teorías había logrado entender la historia de Chino. Bajo la prohibición, explicaba Bourgois, aquel que primero

abandona una limitación moral obtiene una ventaja competitiva respecto a sus rivales y además obtiene el control de una cuota mayor del mercado de las drogas. Por eso no se enviaba a los «prescindibles» a matar a los miembros del cártel rival, sino a los familiares de estos.

En una escucha telefónica grabaron a Rosalio hablando con Gabriel. Este describía con sumo detalle el secuestro y tortura de dos jóvenes que eran primos de un rival.

Se murieron solos de la paliza que les dimos. Se murieron allí mismo. Joder, la palmaron ellos solitos. Deberías haber

estado allí. Deberías haber visto a Pancho, tío. Lloraba como un marica. «No, por favor, soy tu amigo», me decía. «¿Amigo? —le solté yo—. ¿Tú amigo mío, hijo de puta? ¡Cierra la boca!» Y pum, golpe que va. Luego cogí una botella, y ¡zas! Se la metí en la tripa. Seguí golpeándole, un, dos, un, dos. Sangraba que no veas. Luego cogí una copa, y pum, otro golpe que le di. ¡Vaya golpe, tío! Y luego le di otro y otro. Llené la copa con su sangre y seguí y seguí [...]. Y luego empecé con el otro marica y vuelta a lo mismo. Le rajé con la misma la botella.³⁰

Rosalio se reía. De los cuerpos se encargó la propia policía, que trabajaba para Gabriel.³¹

Rosalio declararía tiempo después: «He matado a hombres atados o malheridos, pero no era algo que me entusiasmara o me emocionara. Yo prefiero seguirles el rastro a mis objetivos hasta que los localizo y luego, una vez que me conozco bien sus movimientos, me deslizo sigilosamente, les miro a los ojos y aprieto el gatillo, y entonces es cuando hay que correr».³²

Aquel que sea el primero en matar a los allegados de sus rivales, incluso a sus mujeres embarazadas,³³ obtiene una pequeña ventaja competitiva: los demás tendrán miedo de su cártel y le cederán una parte mayor del mercado de las drogas. Entonces el resto de los cárteles

hace lo mismo y así es como se convierte en una práctica habitual. Aquel que sea el primero en decapitar a alguien obtiene una pequeña ventaja competitiva. Y luego todos los demás cárteles harán lo mismo. Aquel que sea el primero en grabar una decapitación y exponerlo en YouTube obtiene una pequeña ventaja competitiva. Y luego todos los demás cárteles harán lo mismo. Aquel que sea el primero en poner cabezas decapitadas sobre una pica y exponerlas en público, obtiene una pequeña ventaja competitiva.³⁴ Y luego todos los demás cárteles harán lo mismo. Aquel que sea el primero en decapitar a una persona, cortarle la cara

y cosérsela a un balón de fútbol, obtiene una pequeña ventaja competitiva.³⁵ Y así sucesivamente.

La prohibición, sigue diciendo Bourgois, crea un sistema en el que la violencia más demente y sádica tiene una lógica funcional y sensata. Porque es necesaria. Porque tiene una recompensa.

Pese a que perpetraban muchas matanzas, Rosalio y sus amigos nunca tenían miedo de la policía o de que pudieran detenerlos. ¿Por qué? Rosalio afirmaba que advirtió algo extraño en Treviño el primer día que trabajó para él. Carolyn Rothstein decía que su marido Arnold a menudo comentaba que «posiblemente el mejor trabajo público

para el que estaba capacitado era el de director de la policía de Nueva York». ³⁶ Treviño coincidía con él.

Fueran a donde fueran, Rosalio observaba que la policía mexicana siempre trabajaba para Treviño: «Ya no había policía. [...] Todo estaba bajo su control [el de Treviño]. Lo dominaba todo, el ejército, la policía, todo». ³⁷ Treviño los sobornaba, y para asegurarse viajaba siempre con dos millones de dólares en metálico, por si se le presentaba algún pago inesperado. Y allá donde no funciona el soborno, «[la policía] sabe que si echan por tierra algo [como por ejemplo la ruta de la droga de contrabando] acabarán

matándolos, así que no se entrometen». Y de hecho, «en algunas ocasiones la policía escolta a los sicarios hasta el lugar del asesinato [...]. Es la propia policía la que secuestra a una persona y se la lleva al cártel». Los socios de Treviño fueron directos a la cúpula del Estado mexicano: «Tan pronto podían estar trabajando para el presidente durante el día como esa misma noche estar a las órdenes del cártel».

Pero ¿por qué las bandas de narcotraficantes han logrado apoderarse de México cuando en Estados Unidos no lo han hecho? Cuando intentaba encontrar respuesta a este interrogante me imaginaba las drogas prohibidas

como un río que es desviado de su curso para que inunde la ciudad. Si llega hasta un rascacielos podría erosionar los muros y romper algunas ventanas. Pero si se desborda sobre una casa de madera acabará con ella. En México, la democracia y las leyes se asientan sobre cimientos de madera: es un país que, hasta el año 2000, ha sido gobernado durante setenta años por un partido cuasi dictatorial y por eso no se ha desarrollado todavía de la manera adecuada una cultura común en la que las leyes sean vistas como algo que emana del pueblo y que todos deben acatar. Es decir, que el río baja demasiado deprisa y lleva mucha más

agua a las áreas circundantes: se estima que del 60 al 70 % de la economía de Ciudad Juárez procede del dinero blanqueado por el tráfico de drogas, mientras que en Estados Unidos supone una cifra mucho menor.³⁸

No hay nada que pueda aguantar esa fuerza.

Rosalio estaba en el bosque. Eso aún podía verlo por sí mismo, aunque no fuera capaz de ver mucho más. Tenía un ojo cerrado por la hinchazón, mientras que por el otro, también inflamado, solo podía ver un poco.

Y además sangraba por la garganta.

Los hombres de Treviño habían intentado abrísela. Además le habían asestado puñaladas por todo el cuerpo. Esas cicatrices las tendrá Rosalio durante toda su vida.

Y ahora Rosalio corría.

En este caso tenemos, una vez más, dos versiones distintas acerca de cómo Rosalio había llegado allí, a aquel bosque y a aquella situación, con la garganta cortada.

La primera —avanzada en *Nothing Personal*, un documental de la televisión norteamericana— es que, después de haberle enseñado a ser un asesino, los cárteles perdieron el control sobre Rosalio. Este se había tomado algunas

libertades respecto a Treviño y en ocasiones mataba por su cuenta. Por ejemplo, cuando se le envió a Monterrey a matar a un rival, en lugar de cumplir la orden se dedicó a lanzar una granada en una discoteca dejando un rastro de cuatro personas muertas y veinticuatro heridas. El sadismo de los cárteles es sin duda de una crueldad inimaginable pero siempre tiene un objetivo. Si vas por ahí como si fueras el mismísimo Carnicero de Milwaukee, si extiendes tu sadismo indiscriminadamente en lugar de dirigirlo a donde te ordenan, entonces no eres sino una distracción que ellos ni necesitan ni van a tolerar.

La segunda versión es la que ofreció el propio Rosalio. Resulta que, al cabo de tres años, «no podía seguir viviendo con aquella gente que me decía qué debía hacer, a quién matar, adónde ir, cómo dormir, cómo comportarme respecto a mí mismo. No puedo vivir toda mi vida de esa forma. No puedo vivir siempre con el miedo a que den la orden de matarme. Tenía que parar aquello fuese como fuese». Rosalio ya había visto antes cómo hombres a los que habían disparado bandas rivales eran luego marginados, mantenidos aparte de aquella vida. Por eso, en un momento de desesperación, decidió que tenía que pegarse un tiro. Tenía dieciséis

años.

Se subió la pernera del pantalón y me mostró una herida bastante grande. Estaba irritada. Tenía destrozados algunos nervios, en algunas partes había perdido la sensibilidad. Después de dispararse, me confesó Rosalio, hizo lo que había aprendido en el campamento de entrenamiento militar: se inyectó Novocain y seguidamente limpió la herida. «Vi que iba a perder un buen trozo de carne, así que me busqué ayuda para cerrar la herida y luego la cosí lo mejor que pude. Después desinfecté la zona y me tomé unos antibióticos.» El primer día no sintió gran cosa. «Pero el segundo...», Rosalio apretó los dientes.

No funcionó. «Me hicieron coserme la herida de bala y cuidarme yo solo», dijo. Poco después se le enviaría a hacer otro trabajo, a la discoteca de Monterrey. Pero no pudo hacerlo. No era capaz de seguir matando. Ya había tenido suficiente. «Estaba cansado de llevar esa vida. Quería que me dejaran en paz.» Y esa, asegura, es la razón por la que ellos se volvieron en su contra.

Rosalio nunca contó cómo logró evitar que le cortasen la garganta. Incluso arrestado evita jactarse de ello. «Nadie sabe qué pasó después — declaró—. Nadie lo sabe. Yo solo sé que tuve que luchar por mi vida. No voy a permitir que nadie me mate.»

¿Y qué podía hacer en aquella situación? Sabía que si se quedaba en México, tarde o temprano lo encontrarían y que le harían exactamente lo mismo que habían hecho a tantos otros en los tres años anteriores. Así es que llamó a la policía norteamericana en Laredo y les dijo que tenía información para ellos. A las cuarenta y ocho horas estaba de vuelta en Estados Unidos.³⁹

«No quería morir, no quería que muriera mi familia por un error que yo había cometido a los trece años. [...] No me cogieron. Me entregué yo mismo [...]. No hubo nadie que viniera a por mí, ningún policía vino a arrestarme. Sencillamente me entregué. Porque

quería poner fin a aquella historia. [...] No quiero volver a llevar esa vida nunca más. No podía seguir así.»

Rosalio tomó la decisión correcta. Años más tarde vería en un juicio imágenes de lo que le habían hecho a su amigo Jesse no mucho tiempo después de que él huyera. «Tenía heridas por todas partes. Lo habían cosido a puñaladas. En el cuello, en la cabeza, la cara, el pecho, los brazos..., tenía la cara y el cuello destrozados, y una cuchillada justo en medio de la cabeza.» Rosalio parecía verdaderamente conmovido cuando describía las imágenes, quizá por primera vez en el curso de nuestra conversación.

«Seguía siendo un ser humano — dice—. Seguía siendo mi hermano.»

En la actualidad, Rosalio cumple dos condenas consecutivas a cadena perpetua en una prisión de Texas por los asesinatos que perpetró a este lado de la frontera. Cuando salga tendrá más de ochenta años, si es que para entonces sigue vivo. Algo que es bastante improbable. Después de pasar la alambrada de espino y los detectores de metales cuando voy a verle, la guarda de la prisión me comenta que «a los Zetas no les sería difícil llegar hasta él y ponerle precio a su cabeza dentro de la prisión».

Un año antes de nuestra entrevista, dos prisioneros se abalanzaron sobre Rosalio y le asestaron tres cuchilladas en la espalda y una más en la cabeza. Cuando nos vimos me mostró las cicatrices. Su cuerpo, ahora me doy cuenta, tiene una topografía poco común, en la que cada herida o resto de tejido cicatrizado marca una parte de su vida. La carne desgarrada constituye por sí misma una historia de la guerra de las drogas. Rosalio cree que, si intentaron asesinarlo, es porque una de las personas a las que él mató era miembro de una banda de la prisión y esta tenía que vengar su muerte. Ahora, por su propia seguridad, vive en estado de

«segregación administrativa». La guarda me cuenta que «es algo así como el [régimen de] aislamiento, solo que nosotros no lo llamamos así». Rosalio me explicó cómo funcionaba: «Estás encerrado las veinticuatro horas del día sin salir para nada. No puedes ir a ninguna parte. No hay nada que puedas hacer. [...] Simplemente has de estar en la celda. Solo. Ya llevo así algo más de un año». No puede hacer llamadas ni hablar con nadie. «Tal y como me tratan ahora, a veces pienso que debería haber dejado que me mataran», concluye.

Posiblemente Rosalio se pasará el resto de su vida en esas condiciones, sepultado, aparte del resto de la

humanidad. Su familia, sin embargo, sí que puede ser alcanzada por los cárteles y por eso está convencido de que acabarán matándolos. A ellos y a cualquiera que contacte con él.

«¿Qué te hace pensar que no van a ir a por ti? —me pregunta mirándome inquisitivamente—. Tú vienes aquí y me dices lo que ellos no pueden hacer, pero ellos pueden hacer lo que quieran. Tú no sabes hasta dónde pueden llegar. No sabes los contactos que tienen. No sabes a quién tienen en nómina. Tú no has vivido esa vida. Yo sí. Y sé muy bien lo que esa gente es capaz de hacer. Sé hasta

dónde son capaces de llegar para matar a alguien. Yo sí que viví con ellos. Tú no.»

Rosalio piensa obsesivamente en aquel día en que, a los trece años, tomó la decisión de apretar el gatillo. Lo admite sin tapujos y habla prácticamente de todo lo que hizo para los Zetas; pero se pasa más de cuatro horas intentando convencerme, con una voz suplicante y doliente, de que se vio obligado a hacerlo.

Ahora caigo en la cuenta de que debería haberle dicho: «No es ese el momento que selló tu destino. No, tu destino quedó sellado mucho antes,

cuando se inició la guerra contra las drogas». Quién sabe si lo hubiera entendido.

No cabe duda de que Rosalio fue un adolescente problemático y que posiblemente se habría metido en líos fuera cual fuese nuestra política en materia de drogas. Pero fue la guerra por las drogas la que se aprovechó de esa actitud favorable a la insubordinación y puso a su disposición incentivos económicos para cultivarla, agravarla y explotarla a su antojo.⁴⁰ En esta guerra se decía: «Mata y nunca te faltarán dinero ni coches ni mujeres». A los chicos se les daba formación militar para que cometieran sus asesinatos de la

manera más eficaz posible. Y además contaban con el apoyo soterrado de las fuerzas policiales mexicanas, de ahí que Rosalio pudiera seguir matando sin miedo a ser arrestado.

«Todos los que estaban conmigo han muerto —me dijo Rosalio, y diría que en su voz había más conmoción que lástima de sí mismo—. Todos mis compañeros y amigos están muertos. Ahora solo quedamos vivos unos pocos.»

Meses después de mi encuentro con Rosalio, cuando ya estaba en Nueva York, me enteré por la prensa internacional de que Miguel Treviño, tras una masacre, se había convertido en

el nuevo jefe de los Zetas.⁴¹ Pero no había pasado mucho tiempo cuando se informó de la captura de Treviño en Nuevo Laredo por parte de la policía mexicana, seguramente porque una banda rival había pagado a los agentes para que fueran contra él.⁴²

Nadie duda de que ahora hay otro gánster controlando las rutas de la droga desde México hasta Estados Unidos, como tampoco nadie duda de que tiene una nueva hornada de niños soldado listos para defenderlo.

CAPÍTULO

10

La larga marcha de Marisela

Después de haber escuchado una historia tan truculenta como la de Rosalio pensé que no me resultaría nada fácil acceder a la vida cotidiana de los mexicanos en medio de la guerra de las

drogas. Rosalio era, como él mismo decía, un soldado; y los soldados hacen uso de la violencia. Por eso no dejaba de preguntarme cómo sería la vida de los no combatientes. ¿Cómo es una vida normal? Todas aquellas personas que compraban hamburguesas en Wendy's o pantallas planas en el centro comercial de Ciudad Juárez, obviamente no estaban a sueldo de los Zetas. Y a mí me interesaba saber cómo les afectaba el hecho de vivir en medio de aquellas matanzas.

A medida que hablaba con gente de Ciudad Juárez me iba haciendo una ligera idea de la respuesta; pero solo me resultó del todo clara cuando empecé a

investigar la historia de una chica enamorada y de una madre que salió en su busca. Como enseguida verá el lector, si llegué a conocer esa historia fue gracias a las personas que las conocieron y, además, a la información facilitada por la prensa de la época.¹

Puede que parezca que esta historia no debería formar parte de un libro como este porque a fin de cuentas gira en torno a personas que no estaban implicadas en el tráfico de drogas. Sin embargo, es lo más cerca que he estado —y lo más cerca, creo, que puede llegar a estar el lector— de comprender cómo la guerra contra las drogas ha cambiado

la forma de pensar de los mexicanos y de otros muchos países en la ruta de la droga.

Rubí Fraire estaba de vacaciones en Jalisco junto a su gran familia mexicana. Se habían detenido en un pequeño restaurante con el techo de hojas de palma y un tranquilo arroyo que pasaba a un lado. Era una niña de once años ligeramente regordeta y socarrona que siempre estaba gastando bromas. Marisela, su madre, tenía por una vez algo de tiempo libre tras sus interminables turnos de trabajo. Era enfermera en un hospital y, cuando

acababa su turno, se dedicaba a la venta de collares, brazaletes y anillos. Al término de la jornada estaba exhausta, pero era una mujer que, por encima de todas las cosas, creía en el trabajo duro para sacar adelante a su familia: estaba ahorrando para montar un negocio.

Marisela contó a sus hijos cuando volvieron al coche y —en una escena que la familia recordaría después como si fuera de la película *Solo en casa*— debió de contar, por error, al hijo de otra persona. Se subieron todos al vehículo y partieron. Todos excepto Rubí.

No se dieron cuenta de su ausencia hasta dos horas después.

«¿Dónde está Rubí?», inquirió Marisela con un grito ahogado.

¿Cómo era posible? ¿Cómo podía haberse olvidado de ella?

Asustados, volvieron al último lugar donde la habían visto. Esperaban que Rubí estuviera allí, deshecha en lágrimas, o que hubiera desaparecido.

Entraron en la cafetería. ¿Han visto a...? ¿Hay aquí una ni...?

Y sí, ahí estaba Rubí, riéndose. Había hecho amistad con otra niña y estaba comiendo pescado.

Juan, el hermano mayor de Rubí, le preguntó después si había tenido miedo. No, dijo, «sabía que mamá vendría a buscarme».

Rubí sabía que su madre, pasara lo que pasase, siempre iría a buscarla. Y estaba en lo cierto. Lo que no sabía es hasta dónde tendría que llegar su madre para encontrarla.

Años más tarde, Rubí se enamoró. Cierta día se presentó en la carpintería que acababa de montar su madre un joven bastante alto, flacucho y con orejas de soplillo que además daba la impresión de ser un tipo bastante duro. Tenía veintidós años y buscaba trabajo.

«Se lo ruego, ayúdeme. No tengo dinero para comprar comida a mi niñita —dijo—. Haré lo que sea, cualquier

cosa. Contrátame al menos un par de días.»

Marisela se apiadó de él y acabó convirtiendo a Sergio en su ayudante. Al poco, su hija andaba todo el día rondando por allí. Para entonces era una jovencita de catorce años que quedó impresionada con las patrañas que le contaba Sergio: que si hacía de DJ en una emisora de radio, que lo habían echado del trabajo por acostarse con la hija del jefe y que tenía un kalashnikov. Rubí se había desarrollado muy rápido. Era de una belleza precoz y exuberante.

No sabemos cuándo empezó exactamente su relación, pero lo que sí sabemos es que al cabo de un tiempo

Sergio se hizo un tatuaje con el nombre de Rubí y empezó a decirle que su madre no la quería. Si tan buena era, ¿por qué estaba siempre echándole en cara que no era una buena estudiante?

Y una mañana Rubí desapareció. La policía no quiso salir en su busca. Unos meses más tarde Marisela dio con su hija, que para entonces estaba embarazada, y volvieron a ser amigas; pero Rubí volvía todas las noches con Sergio.

Más allá de su pequeño drama doméstico, la ciudad donde vivían cada vez se parecía más al decorado de una película *gore*. Cuerpos desmembrados aparecían abandonados por las calles de

Ciudad Juárez. De los puentes de las carreteras, en ocasiones colgaban cabezas decapitadas acompañadas de pancartas en los que los cárteles de la droga hacían ostentación de su poder. Pero nada de eso afectaba a Marisela y a su familia. Ellos, como la mayoría de los habitantes de Ciudad Juárez, miraban a otro lado y trataban de seguir con sus vidas. Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa podían hacer?

Un día, el hermano mayor de Rubí se presentó en el piso donde esta vivía para ayudarla con la decoración y cuando llegó se quedó estupefacto. Todos los muebles habían desaparecido. No quedaba absolutamente nada. Lo

único que habían dejado en aquella vivienda vacía era una nota de Rubí. Su hermana aseguraba que su relación con Sergio se estaba deteriorando debido a las continuas críticas de su madre, y que se marchaban para empezar una nueva vida en otro lugar, lejos de ella.

No era la primera vez que Rubí huía, pero siempre regresaba.

Llegó el día de Navidad y Rubí no llamó.

Llegó Fin de Año y Rubí seguía sin llamar.

Marisela no lo entendía. No habían tenido ninguna pelea antes de su marcha, esta vez no. ¿Dónde estaría? Al final Marisela se decidió a visitar a la madre

de Sergio para comprobar si ella sabía algo. Cuando llegó vio algo que la sobresaltó. Era el hijo de Rubí, y además estaba acompañado de Sergio. Pero su hija no se encontraba con ellos.

Sergio le contó que Rubí los había abandonado a los dos. Para Marisela era inconcebible. Podía entender que Rubí abandonara a Sergio, pero ¿a su propio hijo? Volvió a mirar la nota de Rubí y entonces tuvo un palpito. ¿Y si no la hubiera escrito ella misma? ¿Y si era falsa?

Cuando poco después volvió a la casa para ver a su nieto, se encontró con que Sergio había desaparecido llevándose a su hijo consigo. Así las

cosas, Marisela y su hijo mayor, Juan, decidieron que lo que había que hacer era imprimir carteles pidiendo información sobre el paradero de Sergio y repartirlos por el barrio donde este vivía, Fronteriza Baja.

Pero nadie llamaba.

Hasta que al fin, dos semanas después, recibieron una llamada. Era de un joven llamado Ángel.

«He de hablar contigo, tengo que decirte algo muy duro —dijo—. Bueno, en realidad no quiero hablar porque tengo muchísimo miedo. [Pero] tengo un familiar [que] también ha desaparecido.

Por eso sé cómo te sientes. Sé lo que se siente cuando se busca a alguien y no consigues encontrarlo.»

Cuando Marisela se reunió con Ángel, él estaba hecho un mar de nervios. Tuvo que llevarlo fuera del barrio para que, ya más tranquilo, fuera capaz de articular lo que quería decirle.

El caso es que hacía unos meses él y sus amigos estaban haraganeando por el barrio, cuando se les acercó Sergio en su camioneta y les dijo que necesitaba ayuda. Que tenía en su casa un par de muebles de los que quería deshacerse y que estaba dispuesto a pagar a quien quisiera echarle una mano; así es que algunos de ellos —Andy, que era

hermano de Sergio, Ángel y otro niño de diez años— volvieron a la casa con él. Apenas habían entrado cuando vieron a Rubí. Muerta. Tenía la cabeza destrozada. Ellos, naturalmente, no querían verse implicados en un crimen, pero Sergio se puso hecho una furia. «O me echáis una mano con esto —dijo—, o acabáis todos muertos, vosotros veréis.»

Así pues, enrollaron el cuerpo de Rubí como pudieron y lo trasladaron a la camioneta. Luego Sergio se puso al volante y salió en estampida junto al niño de diez años. Y desde entonces Ángel había vivido con aquel peso en su conciencia.

Marisela y Juan no sabían qué hacer con aquello. El chico parecía decir la verdad, pero ellos se negaban a creerlo. Marisela le rogó a Ángel que los acompañase a la policía y este, al final, atemorizado, accedió a hacerlo. Cuando llegaron la policía tomó nota de su declaración diligentemente; pero pasaba el tiempo y no sucedía nada.

Marisela se pasaba cada día por la comisaría y preguntaba: «¿Y bien?, ¿qué es lo que van a hacer hoy para encontrar a Sergio? ¿Cuál va a ser el siguiente paso?». Casi parecía estar instalada en la comisaría, como si fuera un grupo de presión de una sola persona. Pero, aun así, la policía seguía escurriendo el

bulto. «Sergio ha desaparecido, señora. Entiéndalo, ¿qué podemos hacer nosotros?»

Llegados a este punto, Marisela tomó una decisión. Si la policía no estaba dispuesta a hacer su trabajo, entonces sería ella quien lo hiciera. Se convertiría en detective. En aquella tierra de masacres continuas que era entonces Ciudad Juárez, Marisela se iba a convertir en una agente de policía independiente.

Primero rastreó las montañas de los alrededores de la ciudad en busca del cuerpo de Rubí. Luego se dirigió de nuevo a la vecindad de Sergio para repartir carteles. Hasta que, por fin, un

día apareció una mujer que sí que sabía dónde estaba Sergio. No puedo facilitar su nombre porque podrían asesinarla, pero el caso es que, según le dijo a Marisela, Sergio estaba en Fresnillo, a dieciséis horas de Ciudad Juárez, y hasta le dio el número de teléfono de la casa. Marisela se lo entregó a la policía... y nada. No quisieron intervenir.

Marisela, por lo demás, llevaba bastante tiempo enferma. Ella pensó que estaba sufriendo las consecuencias de la desaparición de Rubí, pero se equivocaba. Tenía cáncer de mama y, según los médicos, debían practicarle enseguida una doble mastectomía.

Seguramente la mayoría de nosotros, en esas circunstancias, hubiéramos tirado la toalla. Pero Marisela no.

Pocos días después de la operación salió en dirección a Fresnillo, cuando aún tenía tubos pegados a ambos pechos para drenar los fluidos que su cuerpo expulsaba en un pequeño contenedor.

Y allí, en Fresnillo encontró a Sergio. Esta vez la policía local sí que intervino y Sergio, una vez detenido, confesó enseguida. Sí, era cierto, había matado a Rubí. Después había quemado el cuerpo y arrojado los restos en un vertedero de las afueras donde el matadero de la ciudad arrojaba los

huesos y la grasa de los cerdos sacrificados. La policía entonces volvió a Ciudad Juárez e inició la búsqueda de los restos de Rubí. Solamente pudieron recuperar la tercera parte de su cuerpo: un brazo y algunos trozos de la cabeza, pero no el cráneo completo. Solo algunos fragmentos. En total se encontraron treinta y seis huesos. Los investigadores le explicaron a Marisela que, cuando se quema un cuerpo, normalmente el contenido del cerebro sale expulsado a través de los ojos y los oídos, pero que, en el caso de Rubí, como tenía el cráneo roto, se había quemado todo.

Marisela, sin embargo, estaba convencida de que debía de haber más restos de Rubí. Por eso decidió dirigirse ella misma, acompañada de su hijo Juan, al lugar en que el matadero arrojaba los despojos. Aquello estaba atestado de osamentas de cerdo, sin contar que había siempre carretillas descargando continuamente muchos más. Aun así no se desanimaron y rápidamente se pusieron a escarbar entre los huesos y el sebo de los animales en busca de restos de Rubí, y eso que Marisela aún llevaba los drenajes de su operación. «Había gusanos por todas partes y además estaba el olor de la muerte y todos esos huesos..., íbamos escarbando entre ellos

en busca de algún resto de Rubí. Intentando encontrar algo de ella — rememora Juan, el hermano de Rubí—. Y, obviamente, no encontramos nada.»

Ángel testificó en el juicio. Describió todo lo que había visto y además declaró que Sergio había amenazado con matarlo si alguna vez se le ocurría hablar de aquello.

Un día Sergio se volvió hacia Marisela desde el banquillo de los acusados y le dijo:

Sé que te he causado un profundo dolor que nadie podrá reparar jamás. Rubí ya me dijo que ella no me perdonaría, pero ahora quisiera pedirte perdón a ti, Marisela, porque sé que te he hecho mucho daño. Y

además es verdad lo que tú decías, aquello de que «¿Dónde estaba Dios en ese momento?». Lamentablemente, yo entonces no tenía conocimiento de Dios, pero en la cárcel he tenido oportunidad de encontrarlo. No tengo palabras, Marisela... No puedo decir más.²

Parecía evidente que iban a condenarlo, pero de pronto hubo una maniobra con la que no contaban. El juez afirmó que no podía aceptar la confesión de Sergio porque no se había realizado en presencia del ministerio fiscal. Por lo tanto, consideraba que no había pruebas suficientes para condenar al acusado y que debía ser absuelto.

Marisela siempre había creído en el bien, en que debemos hacer las cosas de la manera correcta. Ahora, dice Juan, «era como si la hubiese traicionado su propia gente, porque ella creía en las autoridades». Por eso Marisela declaró públicamente: «Estos jueces han matado a mi hija de nuevo». Nadie entendía qué es lo que había pasado, pero sí que sabían que no era algo inusual: la tasa de condenas por asesinato en Ciudad Juárez es del 2 %.³

Ángel, el chico que testificó en el juicio, fue hallado muerto junto con su familia, con lo cual se cumplía la amenaza de Sergio.

Marisela entonces empezó a recorrer las calles de Ciudad Juárez portando pancartas con la imagen de Rubí en las que pedía justicia. Apelaba a tantas de las madres que al igual que ella habían perdido una hija para que saliesen de sus hogares y se uniesen a ella. En todo el país había infinidad de personas asesinadas por haberse atrevido a protestar, pero aun así Marisela persistía en su empeño. Y poco a poco, viendo que ella seguía allí, incólume en su lucha, otras muchas madres salieron a las calles y se unieron a su marcha portando ellas también las fotos de sus hijas desaparecidas. Aquellas mujeres se pasaban el día

entero caminando por las calles de la ciudad más mortífera del mundo, porque no estaban dispuestas a aceptar que las cosas siguieran así. «Somos pocas las que hoy estamos reunidas aquí —afirmó Marisela en un discurso—, pero hay muchas mujeres más aguardando en sus casas, llorando [...]. Y yo os pregunto: ¿cuántas víctimas más hay? ¿Cuántas? [...] [Las mujeres] estamos solas en esta lucha. Por eso debemos unirnos y apoyarnos mutuamente.» Fuera donde fuese, la gente clamaba: «Sigue así, ¡estamos contigo!».⁴

Miembros de un cártel contactaron con Marisela y se ofrecieron a ocuparse ellos mismos de Sergio, si ella estaba de

acuerdo. A algunos de los familiares les tentaba la idea, pero Marisela se negó. Ella creía en la justicia, no en la violencia.

Para obtener información de Sergio decidió preguntar a todas las personas que habían tenido algún contacto con él, hasta que finalmente consiguió una dirección suya en la ciudad de Fresno, a unos 1.500 kilómetros de distancia.

Estaba ya muy cerca de la casa indicada cuando alguien disparó unos cuantos tiros al aire, obviamente para asustarla. Pero Marisela no cedió. Alquiló una casa en las cercanías y, por fin, un día vio a Sergio en la calle, tal como ella había previsto.

Marisela estaba serena, porque ella no quería ver a Sergio muerto, quería llevarlo ante la justicia.

Años después de tales sucesos fui a ver a Bertha Alicia García, buena amiga de Marisela, a la precaria construcción donde vivía en Ciudad Suárez y le pregunté si no pasaban miedo en aquellas marchas. «Siempre hemos tenido miedo —me dijo—, pero a veces es más fuerte el amor a nuestros hijos que el miedo.»

Marisela, sabiendo ya dónde encontrar a Sergio, llamó a la policía y les dio toda la información. Al poco, tres agentes se dirigían al domicilio

indicado pero haciendo tanto ruido que Sergio, avisado de su presencia, pudo escapar por la puerta de atrás.

La policía le había dejado escapar. Una vez más.

¿Y por qué? ¿Por incompetencia? ¿Por corrupción? ¿Por miedo tal vez?

Marisela, pese a todo, no cejaba en su empeño. Esta vez siguió el rastro de Sergio por los pueblos de los alrededores; pero aquella era una zona controlada por los Zetas y a estos no les gusta que haya gente por ahí haciendo preguntas. Decidió entonces emprender una marcha desde Ciudad Juárez hasta México D. F. —es decir, más de 1.500 kilómetros— para pedirle al presidente

del país que intercediera en su caso. Para entendernos, sería como ir de París a Kosovo o de Los Ángeles a Denver. Pero es que no tenía más opciones.

Así fue como empezó la larga marcha de Marisela a través del desierto. Para resguardarse del calor, los animales se hacían una madriguera en la tierra y solo salían cuando se ocultaba el sol. Marisela avanzaba por un paisaje desértico, atravesando dunas y montañas y sorteando tormentas de arena. Para entonces ya se había gastado todos sus ahorros. Había días en que ella y las demás madres que participaban en la marcha estaban hambrientas; otros en que solo comían

pan con mayonesa. Para dormir descansaban donde podían. Había gente que las dejaba quedarse en su casa o, si no, en la camioneta para que pudieran tumbarse un rato.

El calor en estas carreteras es tan abrasador que parece que el asfalto se hubiera convertido en una reluciente piscina de color negro.⁵ El polvo y el resplandor del sol eran tan dañinos que Juan, el hijo de Marisela, sufrió una infección en los ojos y estuvo dos días ciego; durante ese tiempo caminaba apoyándose en el hombro de su madre.

Marisela sin embargo seguía adelante, como si pensara que caminando podía dejar atrás su dolor. El

país entero estaba pendiente de ella, pues todos se decían: «Si una enfermera sin recursos ni dinero ha podido encontrar a un asesino, ¿cómo es que la policía no puede encontrarlo con todos los medios que tiene? ¿Qué está sucediendo en este país?».

Cuando tres meses después consiguió llegar a la ciudad de México, el presidente Calderón se negó a recibirla. En la grabación de vídeo de ese momento se puede ver cómo el rostro de Marisela va adquiriendo un rictus de dolor.

Fue entonces cuando a Marisela le llegaron rumores de algo que podía hacer que todo aquello tuviera sentido.

Por lo visto, Sergio era un Zeta. Y por eso la policía no podía ponerle la mano encima y él salía siempre impune. Cuando Marisela consiguió su última pista sobre el paradero de Sergio, los agentes se sinceraron con ella. «Si está con los Zetas no podemos hacer nada porque son ellos quienes gobiernan el estado —le confesaron—. Cuando detenemos a alguien es porque ellos nos lo permiten. No arrestamos a individuos como ese así como así.» Luego se disculparon por no hacer nada, pero no sin recalcar que los Zetas les daban dinero si los servían y muerte si no lo hacían.

Esta situación me hizo pensar en el inicio de la guerra contra las drogas. Arnold Rothstein podía disparar a policías y marcharse tan campante. Y es que con los pingües ingresos que obtenía con el control del mercado de drogas podía comprar algo más que abrigos de pieles para Carolyn. Él compraba su posición más allá de la ley. Al principio se conformó con que no le persiguieran por delitos relacionados con la dirección de su negocio de drogas. Y, como una mancha de petróleo que poco a poco va pringando a la sociedad entera, después extendió su influencia a la compra de inmunidad frente a las

leyes relativas al robo, la extorsión y el asesinato. Ahora esa mancha de petróleo parecía estar justo encima de México.

Los traficantes primero compraron inmunidad respecto a las leyes antidroga. Después se quedaron con todo el imperio de la ley. Sergio, uniéndose a los Zetas, se había situado por encima de la ley. Y eso era algo provocado por nuestro afán de contener el consumo de drogas.

Pero allí tenían a una mujer que por nada del mundo iba a dejar impune el asesinato de su hija.

Marisela creyó que todavía le quedaba una carta por jugar. Recurrir a la prensa, hacer que todos conocieran su

historia. De manera que fue a Chihuahua, la capital del estado, y ofreció una rueda de prensa en la que reveló lo que había descubierto: que los Zetas eran ahora los dueños del estado y que lo manejaban a su antojo.

El gobernador del estado no quiso recibirla. Marisela había llegado a comienzos de diciembre y para las navidades todavía seguía protestando junto al Palacio del Gobierno, así es que el día de Navidad, dirigiéndose públicamente al gobernador, lo invitó a comer con ella en aquel mismo lugar porque, según dijo, en tanto no detuvieran a Sergio nadie iba a sacarla de allí. «¿A qué está esperando el

Gobierno, a que [él] venga a por mí y acabe conmigo? —clamó—. Pues bien, si va a venir ese hombre a asesinarme, que me asesine aquí mismo, para vergüenza del Gobierno.»⁶

El Palacio de Gobierno era uno de los lugares más vigilados de México, protegido por fuerzas de la policía federal, de la policía local y del ejército.

Pero un día cerraron las puertas del edificio a las ocho de la tarde y súbitamente todos los policías y soldados desaparecieron de la zona.

Un hombre se acercó entonces a Marisela justo delante de las cámaras de seguridad, amparado en las sombras de

las oficinas de la policía.

Sacó un arma, apuntó a la cabeza de Marisela y apretó el gatillo.

Pero el arma no funcionó. Se había encasquillado. El hermano de Marisela arrojó entonces una silla contra el sicario y Marisela salió corriendo.

El hombre fue tras ella; y mientras corrían sacó otra arma y en cuando le dio alcance disparó a Marisela a quemarropa.⁷

El día del funeral, la empresa de Marisela fue incendiada y un hombre que se parecía a su novio fue secuestrado en una calle cercana, estrangulado y abandonado allí mismo para que todos lo vieran.

Quienes buscaban a los desaparecidos desaparecían, quienes buscaban justicia para los asesinados eran asesinados, y así hasta que el silencio se lo tragaba todo. Y esto sucede en una ciudad que cuenta con un Walmart, un Pizza Hut y varios Kentucky Fried Chicken.

Juan, el hijo mayor de Marisela, se marchó a Estados Unidos. Y aquí, en una ciudad que a petición suya no voy a citar para garantizar su seguridad, es donde me encontré con él.

«Solo quiero hacerle entender quiénes son las verdaderas víctimas de este conflicto —me dijo—. No son los cárteles ni la policía sino la gente que queda en medio.» Si uno piensa en las cerca de setenta mil víctimas que se ha cobrado en México la guerra de las drogas no le viene a la cabeza un traficante de drogas o un adicto: piensa en Marisela. Ella es la figura más representativa. Y todo, dice Juan, para nada. «La guerra solo ha servido para fortalecer a los cárteles. Ellos no van a frenar las drogas: cualquiera que camine por las ciudades de México y Estados Unidos verá que las drogas se siguen vendiendo en las calles y los colegios.

Los cárteles no han frenado nada de eso.»

«Es cierto que el control de las drogas, de las rutas de suministro, es lo que les da el dinero necesario para sobornar a agentes, militares, policías federales..., en fin, a cualquier persona —me dice Juan—. Si se legalizasen las drogas, perderían mucho dinero.» Cuando se legalizó el alcohol en Estados Unidos, muchos gánsteres se arruinaron. ¿Sucedería algo similar, le pregunto a Juan, si se legalizasen las drogas? «Desde luego que sí. Tendrían muchos menos recursos.» Pero Juan temía que, ahora que los cárteles han asumido el control del mercado de las

drogas, la legalización no fuese más que un traspaso de poder a otras clases de criminales.⁸

Mientras escuchaba a mi interlocutor volví a pensar en el inicio de esta guerra. Como escribiera el propio Anslinger en la década de 1960: «La Ley Seca, concebida como un intento de mejorar el estilo de vida americano en términos morales, en última instancia solo llevaba el país a la destrucción. Si echamos la vista atrás no podemos evitar pensar que, privando a los estadounidenses de sus “vicios”, la Ley Seca solo consiguió pavimentar los caminos por los que avanzaría el crimen organizado».⁹

Paul, otro de los hijos de Marisela, padece autismo, por lo que no es capaz de entender del todo lo que ha sucedido. Sin embargo, cuando nos reunimos, quiso mostrarme algo en su ordenador. Era Google Maps. Paul mira obsesivamente la casa donde vivió Marisela. Y sin dejar de mirar la pantalla me dice: «Es peligroso. No puedo volver. Pero mi casa sigue ahí. No le ha pasado nada. Y espero que no la quemén. Espero que ellos no quemén mi casa. Seguro que a partir de ahora todo va a ir bien por allí». Y mirando al horizonte esboza una media sonrisa.

El caso dejaba abiertas cuestiones delicadas acerca de la guerra antidroga y la corrupción en México. En noviembre de 2012, la policía entró en una casa en el estado de Zacatecas. Cuatro hombres resultaron muertos. Uno de ellos era Sergio.

La familia no quería este desenlace.¹⁰ Ahora ya no habría juicio ni oportunidad alguna de plantear preguntas incómodas.

Antes de que sucediera todo esto, cuando no era más que una sencilla enfermera, había algo que a Marisela le encantaba hacer. Dejaba por un momento

de cuidar a sus hijos y de trabajar tanto en el hospital y, subida en su moto, ponía rumbo al desierto, con el viento y la arena entre sus cabellos.

A medida que continuaba mi viaje por tierras mexicanas había una cuestión que no dejaba de aguijonearme, y es que si esta guerra condena a setenta mil de sus ciudadanos a una muerte violenta y además aniquila el imperio de la ley, ¿por qué este país sigue empeñado en luchar contra las drogas?

Sandra Rodríguez, periodista de unos cuarenta años, es la persona que ha realizado el mejor análisis de la guerra

contra las drogas que he podido encontrar. Ella ha seguido en su puesto de reportera jefe de sucesos en *El Diario*, pese a que ha visto cómo compañeros suyos caían asesinados a manos de los cárteles. Cuando nos vimos en el apartamento de un amigo en Ciudad Juárez, le pregunté por los motivos de esta guerra y ella me respondió sin vacilar: «No es México quien decide su política [en la materia]. [...] Esta guerra, esta estrategia de criminalización viene impuesta por el Gobierno de Estados Unidos».

No entendí del todo lo que quería decir hasta pasado algún tiempo, cuando empecé a investigar cómo se inició la

guerra de las drogas en México.

En la década de 1930, México veía cómo su vecino del norte lanzaba la guerra contra las drogas, pero ellos consideraban que no era una buena estrategia, así que eligieron una muy diferente. El mayor experto del país en materia de drogas era un médico llamado Leopoldo Salazar Viniegra, a la sazón director de un hospital para toxicómanos, por lo que se consideró que sería un buen candidato para dirigir la política del país en materia de drogas,¹¹ y por ello fue nombrado jefe del Departamento de Salubridad Pública.¹²

Este mexicano comenzó haciendo los mismos descubrimientos, y prácticamente en la misma época, que el silenciado doctor de California Henry Smith Williams.¹³ Publicó un estudio avalado por catorce años de investigación en el que demostraba que el cannabis no causa psicosis¹⁴ y que los supuestos efectos nocivos de la marihuana son «un mito»,¹⁵ pero incluso iba más allá: «Es imposible acabar con el tráfico de drogas debido la corrupción de la policía y a la riqueza e influencia política de algunos traficantes». ¹⁶ A menos, decía, que se acabe con la idea misma de la guerra antidroga y entonces todas las drogas

sean legales. Si el Estado creara un monopolio para la venta de sustancias prohibidas, podría regular su uso, su pureza y su precio. De este modo se evitaría que los traficantes controlaran el comercio de drogas y a la postre se pondría fin al narcotráfico y a la violencia y el caos que provoca.¹⁷

Henry Smith Williams tuvo que hacer frente a la férrea oposición de Anslinger a su alternativa a la prohibición de las drogas, y Leopoldo Salazar se iba a encontrar con el mismo obstáculo. Harry empezó exigiendo su destitución del cargo. Luego les dijo a los representantes de México en la Sociedad de Naciones que los

drogadictos debían ser considerados «primero delincuentes y después enfermos»;¹⁸ al poco tiempo, y siguiendo órdenes de Estados Unidos, el Gobierno mexicano destituía a Salazar.¹⁹

México, sin embargo, no dejaría caer en el olvido aquella propuesta: unos años después, para contener el creciente poder de los cárteles, se volvió a proporcionar drogas a los adictos que las necesitasen. Harry contraatacó decretando el cese inmediato del suministro de opiáceos terapéuticos a los hospitales de México. Los enfermos, privados de tales analgésicos, se consumían de dolor.

Ahora México no tenía elección.²⁰ El Gobierno entonces acató obedientemente las directrices norteamericanas y empezó a participar en la guerra antidroga, algo que según representantes del Departamento del Tesoro estadounidense «es una notable victoria de Harry Anslinger».²¹ Aquel día se dio el primer paso de la larga marcha de Marisela.

El Gobierno de Estados Unidos ha aplicado a México el mismo trato que a los cárteles; es decir, el «plata o plomo». Que traducido sería: podemos facilitarte «ayuda» económica para que participes en esta guerra pero, si no

estás dispuesto a participar, destruiremos tu economía. Todo depende de ti.

Sin embargo, lo que nunca se planteó como alternativa fue la adopción de una política racional en materia de drogas.

En 2012, apenas dos años después del asesinato de Marisela, Michele Leonhart, directora de la DEA, declaró que el descenso en la violencia y los asesinatos registrados en México es «buena prueba del éxito de la lucha contra las drogas».²²

Uno de mis últimos días en la zona me llevaron hasta las dunas del desierto que se extiende más allá de Ciudad Juárez y desde allí, en la lejanía, contemplé aquella urbe plana y medio abandonada en la que Rubí conoció a Sergio y donde Marisela encontró los restos de su hija entre huesos de cerdo.

Mientras pasaba los dedos entre la ardiente arena blanca, pensé en aquellos tres jóvenes sobre los que tanta información había obtenido y traté de imaginármelos juntos en alguna fiesta y viviendo en un México distinto que les habría permitido escoger la paz de las drogas en lugar de la guerra. La música de Lady Gaga sonaría de fondo. Rubí,

riéndose, enviaría un mensaje a su madre. Juan, liberado de sus alas de ángel, charlaría animadamente con Rosalio sobre el World of Warcraft. Me gusta pensar que podrían haber sido amigos.

**CUARTA
PARTE**

El templo

CAPÍTULO

11

La mangosta afligida

Cuando estaba viajando por el frente de la guerra contra las drogas en Brownsville, Ciudad Juárez o Tent City, a veces regresaba a la anodina habitación de mi hotel y no podía evitar preguntarme por qué. ¿Cuál era la razón

por la que aquellas personas eran asesinadas, decapitadas a sangre fría o abandonadas a su suerte bajo un sol abrasador? ¿Cuál era el objetivo de esta guerra?

Volví a revisar las razones esgrimidas por las autoridades. Naciones Unidas, por ejemplo, asegura que esta guerra se lleva a cabo con la finalidad de crear «un mundo libre de drogas, algo que desde luego podemos conseguir».¹ El Gobierno de Estados Unidos comparte esta perspectiva no sin antes subrayar que «no existe eso que llaman “uso recreativo de la droga”».² Por lo tanto, no se trata de una guerra para frenar la adicción a las drogas,

como aquella que hubo en mi familia, o para combatir el consumo de drogas entre los jóvenes. Es una guerra contra el consumo de drogas por parte de cualquier persona y en cualquier lugar. Según esta perspectiva, todas las sustancias prohibidas deben ser incautadas y eliminadas de la faz de la Tierra. Este es el verdadero motivo de la guerra contra las drogas.

Si cambié mi perspectiva acerca de dicha razón fue gracias a lo que aprendí de un elefante borracho, un búfalo colocado y una mangosta en duelo. Tres casos que formaban parte de una

investigación realizada por un extraordinario científico de Los Ángeles, el doctor Ronald K. Siegel.

La tormenta tropical que cayó sobre Hawái dejó la madriguera de la mangosta anegada de lodo y allí, caída sobre el barro, estaba su pareja... muerta. El profesor Siegel, un hombre de cabello plateado que ha sido consejero de dos presidentes norteamericanos así como de la Organización Mundial de la Salud, observaba la escena desde cierta

distancia.³ La mangosta encontró el cuerpo y tomó una decisión: quería quitarse aquello de la cabeza.⁴

Dos meses antes, el profesor Siegel había sembrado una planta alucinógena llamada *Ipomoea violacea* (o gloria de la mañana) junto a la madriguera. Las mangostas se la habían comido pero no parecía gustarles: durante unas horas caminaron desorientadas, dando tumbos, y desde entonces no habían querido volver a probarla. Pero ahora habían cambiado las cosas. Destrozada por el dolor, la mangosta empezó a masticar. Al poco rato estaba entonada y como en otro mundo.

Pues bien, resulta que esto no es algo raro entre los animales. Es lo habitual. Cuando Siegel estaba iniciándose en la investigación científica, su director de tesis le había confiado que los seres humanos son la única especie que solamente consume drogas para su disfrute personal. Pero Siegel había visto gatos abalanzándose sobre una hierba llamada *catnip* (que, como bien sabía, contiene sustancias que imitan las feromonas presentes en la orina del gato macho), así es que no podía menos que preguntarse si su profesor estaba realmente en lo cierto. Dado el número de especies existentes

en el mundo, ¿no existirían otras que también tomaran drogas, se colocaran o se excedieran con el alcohol?

Esta cuestión acabaría llevándole a realizar una investigación en la que, a lo largo de veinticinco años, estudiaría los hábitos de consumo de drogas en animales tales como las mangostas de Hawái, los elefantes de Sudáfrica o los saltamontes en la Checoslovaquia ocupada por los rusos. Era un proyecto tan descabellado que en un campo de marihuana de Hawái fue retenido por un grupo de traficantes, pues cuando les dijo que estaba allí para analizar las reacciones de las mangostas tras su

ingesta de marihuana, ellos pensaron que era la peor tapadera que un policía se podía haber buscado jamás.

Al principio, sus descubrimientos pueden parecer un tanto extraños. Como señala Siegel en su libro *Intoxication*:

Después de recolectar el néctar adormecedor de ciertas orquídeas, las abejas caen al suelo presas de un sopor temporal y luego vuelven a por más. Hay pájaros que se atracan de ciertas bayas que producen un efecto similar al del alcohol y después salen volando a toda velocidad. Gatos que inhalan ávidamente plantas supuestamente aromáticas y luego se ponen a jugar con objetos imaginarios. Vacas que rumian cierta clase de semillas y después se sacuden, intranquilas, dan

unas vueltas y vuelven dando tumbos a la planta para comer más. Elefantes que se embriagan a propósito con frutas fermentadas. Monos que tras ingerir unas «setas mágicas» se sientan en una postura similar a la del Pensador de Rodin, con la cabeza apoyada en la mano. Y en todos ellos, la búsqueda de plantas alucinógenas parece tan entusiasta como carente de una finalidad concreta. Pese a la toxicidad o veneno de la hierba en cuestión, son muchos los animales que van en busca de tales plantas o de sus variantes industriales.⁵

El arca de Noé, continuaba Siegel, debía de parecerse bastante a Londres un sábado por la noche. «En todos los países y en prácticamente todas las

clases de animales encontré ejemplos de consumo de drogas, fuera de carácter accidental o deliberado.»⁶ En el estado indio de Bengala Occidental, un grupo de 150 elefantes se escaparon de una nave y se bebieron una gran cantidad de licor clandestino. Se emborracharon tanto que al final salieron en estampida y mataron a cinco personas, amén de echar abajo siete edificios de hormigón.⁷ De la misma manera, si a un ratón macho se le da hachís, se le dispara el deseo sexual y sale a buscar hembras; pero «apenas puede subírseles encima ni mucho menos montarlas»,⁸ así que al cabo, aburrido, empieza a lamerse su propio pene.

En Vietnam, el búbalo, o búfalo de agua, siempre ha rechazado las plantas de opio. No son de su agrado. Pero cuando Estados Unidos empezó a bombardear la zona durante la guerra de Vietnam, el búbalo abandonó los campos donde solía pastar para meterse en los cultivos de opio y entonces sí que se puso a comer de la planta. Al rato daba la impresión de que los animales estaban mareados y medio embotados. Si hubieran sufrido algún incidente traumático, diríase que querían —al igual que la mangosta y que nosotros mismos— huir de sus propios pensamientos.

Volviendo al compromiso de Naciones Unidas en cuanto a la creación de un mundo libre de drogas, había algunos datos que, entre muchos otros, yo consideraba relevantes. Se trata de algo que, en un primer instante, puede parecer obvio pero que nuestro instinto nos dice que no puede ser cierto. Y es que solamente el 10 % de quienes consumen drogas tienen problemas con dichas sustancias;⁹ y, a su vez, que alrededor del 90 % de los que usan drogas —es decir, la inmensa mayoría— no han sufrido ningún daño derivado de dicho consumo. Pues bien, estos datos no proceden de alguna entidad partidaria de la legalización de las drogas sino de

la Oficina de Naciones Unidas para el Control de las Drogas, el organismo que coordina la guerra de las drogas en todo el mundo. Hasta William Bennett, el zar de las drogas más agresivo que haya existido, admite: «Los consumidores no adictos siguen constituyendo la mayor parte del colectivo de quienes toman drogas». ¹⁰

Es algo que no resulta fácil de defender y mucho menos de asimilar. Si uno piensa en las personas que conoce, ese dato parece corresponderse con la realidad, pues, en mi caso, por ejemplo, solo un porcentaje ínfimo de aquellos de mis amigos que bebían en alguna ocasión han acabado siendo alcohólicos,

y de la misma manera muy pocas de las personas que conozco que tomaron drogas una noche se han convertido en drogadictas.

Pero si pensamos en cómo se nos ha enseñado a pensar sobre las drogas, entonces esos datos parecen, intuitivamente, erróneos y diría que hasta peligrosos. Y es que en la esfera pública solo vemos las víctimas. Ese 90 % que no han sufrido daño alguno con las drogas, consume tales sustancias en privado, y por eso son pocas las veces que oímos hablar de tales casos o que los vemos. En cambio, ese otro 10 % de personas que sí han sufrido algún daño corresponde a las personas que

podemos ver por las calles drogándose. Y, como consecuencia, este mísero 10 % acaba convertido en el 100 % de la imagen oficial. Para entendernos, es como si pensáramos que todos los alcohólicos son como ese indigente que anda tirado en algún callejón de los arrabales dándole a la ginebra.¹¹ Y esta impresión se ve reforzada por el Estado con todo su poder de influencia. Por citar un caso, en 1995, la Organización Mundial de la Salud (OMS) llevó a cabo un amplio estudio científico sobre la cocaína y sus efectos.¹² Entre sus conclusiones apuntaba que «el consumo de carácter experimental y ocasional es con notable diferencia el más extendido,

mientras que el [consumo] compulsivo y disfuncional de las drogas es mucho menos común». Estados Unidos amenazó con cortar de raíz los fondos que destinaba a la OMS si no eliminaban este estudio. Al final no se publicó; de hecho, si conocemos sus resultados es porque acabaron filtrándose.

Cuando escribo esto me siento incómodo. Ese 10 % a quienes las drogas han causado algún daño, está para mí mucho más presente que el resto; entro otras cosas porque entre ellos se encuentran algunas de las personas que más quiero. Pero, además, hay otra razón más compleja por la que no me siento cómodo escribiendo esto.

Y es que, como bien sabe todo aquel que abogue por la reforma de las leyes antidroga, en este debate se manejan dos argumentos, uno bastante fácil de defender y otro más complicado.

El fácil consiste en decir que si todos estamos de acuerdo en que las drogas son malas, también deberíamos coincidir en que la prohibición de las drogas es aún peor. Yo mismo he defendido este argumento en más de un debate sobre el tema. La prohibición, defendía, no soluciona el problema; simplemente añade otra serie de desastres al que conlleva el propio consumo de drogas. En esta argumentación todos somos contrarios a

las drogas. La única diferencia es que los prohibicionistas creen que la tragedia del consumo de drogas se puede solucionar con un aumento de centros penitenciarios en California y un mayor número de jeeps militares patrullando las calles de Ciudad Juárez; en cambio, los reformistas sostienen que la única solución es el aumento de los fondos destinados a la educación de los jóvenes y el tratamiento de los adictos.

En este primer argumento hay un gran fondo de verdad. Es de hecho al que yo mismo tiendo por instinto. Ahora bien, si me paro a pensarlo con algo más de detenimiento, he de admitir que solamente es una verdad parcial.

Por eso, el otro argumento, el más difícil de sostener, es a la postre más sincero. Y es que, como bien sabemos, el consumo de drogas provoca en algunos casos un daño horrible, pero también es cierto que la inmensa mayoría de las personas que toman sustancias prohibidas lo hacen porque obtienen algo bueno de su consumo: una noche entera bailando sin parar, la energía necesaria para terminar un proyecto, la posibilidad de dormir una noche como un lirón, o el acceso a partes del cerebro a las que no se puede acceder de otro modo. Para todos ellos se trata de una experiencia positiva, de algo que hace su vida mejor. Y esa es la

razón por la que tantas personas acuden a las drogas. No es que sufran de lo que se denomina falsa conciencia o de hybris. No son personas a las que haya que proteger de sí mismas, puesto que no se están causando ningún daño. Para expresarlo con palabras del escritor Nick Gillespie: «Diría que los seres humanos, más que ser controlados por las drogas, son ellos mismos quienes en todo momento llevan el control de las drogas; al igual que en el alcohol, la primera motivación en el consumo de drogas es el disfrute personal, no la destrucción. [...] En las drogas existe

algo que se denomina consumo responsable y esta es la norma, no la excepción». ¹³

Así me di cuenta de que, aunque fuera en contra de mis instintos, nunca podría aportar un relato sincero del consumo de drogas si tan solo abordaba el daño que este causa. Solo podría ofrecer un estudio serio sobre el tema si, además, contemplaba cómo se ha extendido el consumo de drogas en todo el mundo, pero desde una perspectiva positiva.

La historia del profesor Siegel sobre las experiencias alucinógenas de vacas y abejas en realidad habla de nosotros mismos. A fin de cuentas, los seres humanos somos una especie animal. En el curso de la evolución de la Tierra, cuando las plantas fueron devoradas por primera vez por un animal —en la Prehistoria, antes de la aparición del hombre sobre nuestro planeta—, empezaron a desarrollar sustancias químicas para protegerse de los animales y garantizar su supervivencia. Ahora bien, estas sustancias podían provocar efectos no deseados una vez que salían de su interior. En algunos casos, en lugar de

envenenar a los animales predadores que comían de la planta, esas sustancias alteraban su conciencia, aunque bien es cierto que era un efecto no buscado. Y es precisamente entonces cuando el placer de la ebriedad de las drogas entra en la historia.¹⁴

Se trata de un impulso que los niños experimentan bastante pronto, y por eso cuando somos pequeños nos gusta dar vueltas y vueltas sin parar o contener la respiración hasta que no nos llega la sangre a la cabeza.¹⁵ Obviamente, sabemos que nos vamos a marear, pero el deseo de alterar un poco nuestra conciencia —para experimentar

un estado nuevo y desconocido para nosotros— es más fuerte que nuestra aversión a las náuseas.

A lo largo de la historia no ha existido una sola sociedad en la que los seres humanos no buscasen estas sensaciones. En el año 2000 a.C., los habitantes de los Andes se fabricaban unas pipas en las que podían fumar hierbas alucinógenas.¹⁶ Ovidio afirmaba que el éxtasis inducido por las drogas era un regalo de los dioses. Los chinos cultivaban opio desde el año 700 d.C. Se han encontrado restos de las sustancias químicas y alucinógenas que desprende el humo del cannabis en trozos de una pipa de barro hallada en la

casa de Shakespeare.¹⁷ El presidente George Washington exigía que se diera whisky a los soldados junto a su rancho diario.¹⁸

«El consumo de drogas está tan presente en todas las épocas —afirma el doctor Andrew Weil— que, sin duda, debe de tratarse de uno de los apetitos básicos de los seres humanos.»¹⁹ Por su parte, el profesor Siegel considera que el deseo de alterar nuestra conciencia es «el cuarto impulso»²⁰ que guía la mente del ser humano, después de la necesidad de satisfacer el hambre, la sed y el apetito sexual, pues debe tenerse en cuenta que «en términos biológicos [es]

inevitable». Es algo que nos proporciona momentos de descanso y de liberación.

En el mes de septiembre, miles de personas acudieron a un festival de diez días de duración en el que esperaban encontrar algo de evasión por medio de sustancias químicas, amén de solaz y diversión después de tantas jornadas de trabajo agotador. Allí vieron que las drogas circulaban libremente, que podían acceder a ellas sin ningún problema. Los que se decidieron a tomarlas notaron al instante un arrebatado de éxtasis indescriptible. Y luego

empezaron a sufrir unas alucinaciones asombrosas. Como dijo uno de ellos, sentían como si súbitamente tuvieran en su interior algo «nuevo, sobrecogedor, algo irracional [junto] a la cognición racional». ²¹

Después de aquella extraordinaria experiencia fueron muchos los que quisieron repetirla en las sucesivas ediciones del festival. Si uno observaba atentamente aquella multitud en plena efervescencia festiva, profiriendo gritos y cantos, podía ver reunida una curiosa mezcla de individuos. Por una parte, había muchos campesinos que habían acudido al festival después de la cosecha, pero junto a ellos podían verse

también personajes célebres. Entre ellos algunos que han pasado a la historia: Sófocles, Aristóteles, Platón y Cicerón.²²

El ritual que se celebraba en el templo de Eleusis, a dieciocho kilómetros al noroeste de Atenas, era como una fiesta con drogas a gran escala.²³ Se trata de una celebración de carácter anual que se organizó en Grecia a lo largo de dos siglos²⁴ y a la que podían asistir todos los griegos. Harry Anslinger solía decir que el consumo de drogas constituye «un ataque a los principios fundacionales de la civilización occidental»;²⁵ y, sin embargo, en Grecia, en la cuna de la

civilización occidental, el consumo de drogas se había convertido en un ritual y hasta en una celebración.

Descubrí estos rituales cuando me hallaba inmerso en la lectura de un libro magnífico, *Colocados*, del crítico británico Stuart Walton, y gracias a él seguí leyendo sobre el tema en algunos de los libros que citaba en su bibliografía, entre ellos las obras de los profesores R. Gordon Wasson y Carl Ruck.²⁶

Las personas que participaban en los misterios eleusinos juraban mantener en secreto todo lo que allí vieran, por lo que no tenemos más que algunas informaciones fragmentarias sobre los

rituales de los últimos años.²⁷ Sabemos, por ejemplo, que entre la multitud circulaba una vasija que se iban pasando unos a otros en la que había una infusión misteriosa hecha de alucinógenos²⁸ que, según han demostrado investigaciones posteriores, contenía entre otras cosas una sustancia bastante similar al LSD y que posiblemente habrían extraído de un hongo que infectaba los cultivos de cereales y que causaba alucinaciones.²⁹ El preparado químico de esta vasija se guardaba celosamente durante el resto del año. En la Grecia antigua, las drogas eran legales —de hecho, el consumo aquí descrito estaba organizado por representantes públicos— y además su

uso estaba regulado.³⁰ Se podía tomar drogas, sí, pero solamente en el templo elegido para aquellos diez días. En 415 a.C., el general Alcibíades, siempre inclinado al jolgorio y al solaz personal, sustrajo un poco del misterioso brebaje alucinógeno y se lo llevó a casa para disfrutarlo con sus amigos en alguna de las muchas fiestas que organizaba. Como apunta Walton: «Fue el primer delincuente [de la historia] condenado por posesión de drogas con intento de suministro a terceros».³¹

Si fuera del templo y de otros espacios concretos el consumo de drogas era considerado delito, en el interior en cambio era pura gloria. Por

lo que sabemos, el templo de Eleusis debía de ser como una combinación del Studio 54 con la Basílica de San Pedro: desenfreno mezclado con reverencia religiosa.

Los participantes en los misterios eleusinos creían que con las drogas se acercaban a los dioses o, incluso más, que hasta podían permitirles convertirse en uno de ellos. A este respecto, el clasicista D. C. A. Hillman apunta que los padres fundadores del mundo occidental

eran simple y llanamente drogadictos: personas que se dedicaban al cultivo, a la venta y, por supuesto, al consumo de

sustancias psicoactivas. [...] El mundo antiguo no tenía a una Nancy Reagan, ni una guerra contra las drogas de miles de millones de dólares, ni individuos encarcelados por consumir drogas, y desde luego tampoco consideraban la sobriedad como una virtud. [Los griegos] se permitían los placeres [...] y de ese mundo en el que las drogas eran aceptadas como parte de la vida, de ese mundo precisamente saldría el arte, la literatura, la ciencia y la filosofía. [...] Occidente no habría sobrevivido sin esos supuestos yonquis y camellos.³²

Durante mucho tiempo se escucharon quejas desde las esferas políticas porque en estos rituales, cuando entraban en trance, las mujeres

se comportaban de manera demasiado libertina; pero tales ritos solo serían eliminados cuando su festiva celebración de las drogas entró en colisión con la doctrina cristiana. Los primeros cristianos no concebían más que un solo camino para alcanzar el éxtasis y ese era el que pasaba por la plegaria y la adoración de Dios. El creyente —afirmaban— solo puede alcanzar este estado de plenitud y arrobamiento en las ceremonias de las iglesias cristianas. Por eso, los primeros conatos de prohibición tenían que ver con el poder y la pureza de las creencias. Si solamente se va a admitir un dios y una iglesia, entonces es preciso poner freno

a todas aquellas experiencias que permitan a la persona sentir que puede llegar a Dios por sus propios medios. De hecho, no es casual que, cuando aparezcan drogas nuevas, los humanos recurran con bastante frecuencia a términos religiosos para describir su efecto, como, por ejemplo, «éxtasis». Y es que ambas, religión y drogas, compiten por hacerse con el mismo espacio del cerebro: aquel donde se encuentra nuestro sentido del asombro y el disfrute.

Siguiendo con nuestro relato, cuando el emperador Constantino se convirtió al cristianismo y obligó a sus súbditos a adoptar aquella su nueva

religión, los rituales del templo de Eleusis se prohibieron. Primero se los rebajó a la condición de culto y luego se trató de eliminarlos por la fuerza. Los nuevos cristianos iban a defender en su lugar el consumo de unos sorbitos de vino.³³ La intoxicación, a su parecer, tenía que ser moderada. Esta «represión religiosa que impuso la doctrina cristiana —concluye Walton— marca el inicio de la represión sistemática de toda intoxicación que en adelante sufrirían los ciudadanos occidentales».³⁴

Aun así, en el curso de las generaciones siguientes, algunas personas iban a intentar volver a poner

en pie su propio templo de Eleusis: tanto en su mente como en todos aquellos espacios que pudieran mantener a salvo del Anslinger de turno.

Harry Anslinger, a la postre, no era más que el epítome de una tendencia que defendía la vuelta a la Antigüedad.

Sigmund Freud fue el primero en defender que toda persona tiene fantasías sexuales bastante elaboradas y que es algo tan natural como respirar, aunque en su época sería tildado de pervertido y de lunático por defender semejante teoría. La gente quería creer que las fantasías sexuales son algo que solamente tienen los demás, aquellos que no son más que criaturas

repugnantes y depravadas. En realidad lo que hacían era proyectar aquella parte de su subconsciente que generaba sus ilusiones y sueños húmedos en alguien distinto, en los depravados del Más Allá, a los que había que poner freno. Stuart Walton y el filósofo Terence McKenna sostienen que, por nuestra parte, estamos en una etapa en la que hemos descubierto que todos por igual sentimos el deseo de buscar estados alterados de la conciencia. Como explica McKenna: «Descubrimos que el ser humano es una criatura que tiende al consumo de alucinógenos con la misma incredulidad que quienes vivían en la

época victoriana descubrieron que los humanos tienen por naturaleza fantasías y obsesiones de carácter sexual». ³⁵

Así como rescatamos el impulso sexual de nuestro subconsciente y de la vergüenza, de la misma manera es preciso sacar a la intoxicación de su madriguera para que pueda respirar. ³⁶

Stuart Walton sostiene que deberíamos crear un nuevo campo de conocimiento que recibiría el nombre de «intoxicología». ³⁷ Como escribe él mismo: «La intoxicación desempeña, o ha desempeñado, un papel en la vida de casi todas las personas a lo largo de la historia. [...] Intentar negarlo no solo es

inútil, sino que además constituye una negación de una parte consustancial de nosotros mismos». ³⁸

Después de haberse pasado veinticinco años observando a ratones colocados, elefantes embriagados y mangostas en éxtasis, Ronald K. Siegel cree haber aprendido algo de esas experiencias. Y es que «los seres humanos —me dice— no somos tan diferentes de los demás animales de este planeta».

Cuando ve que algunas personas protestan como fieras contra el consumo de drogas no puede entenderlo. «Están

cerrando los ojos a la propia composición química de su cuerpo — asegura—. El cerebro produce endorfinas. ¿Y cuándo lo hace? En situaciones de estrés y de pánico. ¿Que qué son las endorfinas? Se trata de unos compuestos similares a la morfina. Aparecen de manera natural en el cerebro y son los responsables de nuestra sensación de felicidad. [...] Hay ocasiones en las que nos sentimos eufóricos. Es cuando se han producido ciertos cambios químicos en nuestro cerebro, los mismos, curiosamente, que producen estas plantas [las que usamos para fabricar drogas], que además tienen

la misma estructura molecular. [...] Por tanto, ambos, humanos y plantas, producimos el mismo componente.»

Es más, continúa Siegel, «el orgasmo es también, en parte, algo de carácter químico, es una droga. ¿Y me va a decir que hay quien no quiere tener un orgasmo? Vamos, venga ya. [...] Es puro placer, es algo divertido, y, sobre todo, es algo químico. Es, sencillamente, lo que llamamos “intoxicación”». Siegel se detiene un instante, como si estuviera pensando en todos aquellos animales a los que ha visto tomar drogas a lo largo de estos años. «No veo ninguna diferencia en cómo se genera esa química.»

Es algo que está en todos nosotros. En nuestro cerebro. Y que nos define como seres humanos.

Ahora bien, esta cuestión deja la puerta abierta a otro misterio. Si todo ser humano tiene ese impulso de la intoxicación, de la ingesta de drogas, y si, según las estadísticas, el 90% de quienes consumen drogas no acaban siendo adictos, ¿qué es lo que sucede con el otro 10% que sí cae en la drogadicción? ¿Qué es lo que diferencia a unos y a otros? Es una pregunta clave a la que no he dejado nunca de darle vueltas. Y, cuando me puse a buscar expertos capaces de responderla, me encontré, para mi sorpresa, que un

número bastante elevado de ellos parecía haberse congregado en una zona concreta: la comprendida por unas cuantas manzanas del distrito de Downtown Eastside, en Vancouver.

CAPÍTULO

12

Terminal City

Desde que era niño no he dejado de preguntarme qué es lo que causa la adicción y, sobre todo, qué es exactamente la adicción. A lo largo de estos años he escuchado infinidad de explicaciones. Que es un fracaso moral

del individuo, que es una enfermedad, que es algo que se lleva en los genes... En fin, tantas y tantas cosas que acabé pensando que era un misterio; pero cuando llegué a Canadá conocí a un grupo de científicos nada convencionales que llevaban décadas ofreciendo respuestas a lo que tanto me inquietaba, aunque bien es cierto que sus conclusiones habían pasado inadvertidas.

Sus hallazgos eran tan diferentes de todo lo que había escuchado antes que me llevó algún tiempo entender del todo lo que estaban planteando.

La historia de sus descubrimientos se remonta mucho tiempo atrás, concretamente, a los últimos días del Holocausto, cuando una mujer judía consiguió sacar a su bebé del gueto.

Aquella noche, Judith Lovi había sufrido una pesadilla en la que veía cómo asesinaban a sus padres. Al despertar, medio aturdida, constató que se le había secado la leche del pecho. Gabor, su hijo de cuatro meses, estaba llorando. Lloraba sin parar, todo el rato. Ella era hija de un acaudalado doctor pero ahora se encontraba sola, abandonada en aquel edificio en el que se apiñaban más de mil personas, todas

infestadas de piojos, y en el que había restos fecales por el suelo porque no había baños suficientes para tanta gente.

Sabía que no se le permitía salir hasta el atardecer, pues, en 1944, todo judío del gueto de Budapest que se atreviera a traspasar la puerta antes de esa hora recibía un balazo. Y entonces la única leche que podría obtener para su hijo sería leche cortada.¹

Judith se había casado con Andor solo unos meses antes, pero ahora él ya no estaba. Se lo habían llevado a trabajar como mano de obra forzada. Puede que estuviera cavando zanjas para el ejército húngaro o, quién sabe, tal vez estuviera muerto. Judith no tenía forma

de saberlo. Si se levantaba por la mañana —y seguía aún viva— era únicamente por su hijo, para cuidar de él, aunque esperaba encontrar la manera de sacarlo de allí. Ahora, sin embargo, había perdido la esperanza. Estaba convencida de que iban a matarlos a los dos, a ella, una joven de veinticuatro años, y a su hijo.

En lo que concierne a sus padres, Judith no se equivocaba: efectivamente, fueron asesinados más o menos por esos días. La última vez que los vio fue en un andén de la estación de Budapest.² Ella quería regresar al pueblo con ellos, pero su padre, por instinto quizá, le dijo que no debía abandonar la ciudad. Para

entonces se había exterminado a alrededor del 80 % de los judíos de Hungría con una eficiencia extraordinaria. A sus padres y su hermana los detuvieron en cuanto llegaron a casa y los enviaron a Auschwitz. Cuando el Ejército Rojo entró en Budapest, los nazis empezaron a llevarse judíos del gueto hacia el río y allí, en la orilla los disparaban a quemarropa.

Judith llamó al médico. Temía que Gabor estuviese enfermo porque de otro modo no podía explicarse por qué no paraba de llorar.

«Muy bien, me pasaré por ahí — contestó el médico—; pero debo decirte que todos los niños judíos lloran sin cesar.»³

Muchos años después, y a muchos miles de kilómetros de distancia, el recuerdo de aquellos llantos infantiles sería de gran ayuda para Gabor —que para entonces era médico también—, pues gracias a ellos iba a descubrir algo fundamental acerca de la naturaleza de la adicción. Y es que Gabor no podía dejar de preguntarse: ¿cómo sabían los niños judíos que estaban en peligro? ¿Y por qué gritaban?

Un día Judith se dio cuenta de que una de las mujeres del gueto había recibido la visita de un amigo cristiano. Rápidamente le entregó su hijo a aquel hombre, confiando en que pudiera sacarlo de allí. Solo tenía que llevarlo a una dirección fuera del gueto, donde permanecía oculta una amiga que se ocuparía de él.

Sin su hijo, Judith se quedó completamente sola, pero creía que así al menos él podría salvarse. Tres semanas después, el ejército ruso liberaba Budapest de los nazis y Judith, presta, fue a recuperar a su hijo. Al cabo de un año encontró también a Andor, con cuarenta kilos menos y vestido con

uniforme alemán porque fue la única ropa que pudo encontrar.⁴ Aquella amarga experiencia —por su profundo dolor, por la separación de la madre en una etapa esencial de la vida— iba a influir en el desarrollo cerebral del pequeño Gabor de un modo que sería crucial para el resto de su vida.

Cuando cumplió los quince años, su familia se decidió por fin a enviarlo fuera de Europa, concretamente a Vancouver, al punto más alejado en el mapa de la lejana Norteamérica. Allí iba a encontrarse con una clase distinta de gueto, y justamente en ese gueto

conocería a dos personas que iban a ayudarlo a resolver el misterio de la adicción a las drogas.

A mí, claro está, las causas de la adicción no me eran desconocidas. De hecho, me eran bien conocidas antes de abandonar Londres. Todos las conocemos. Se trata de una historia que nos han contado acerca de la forma en que actúa la adicción, y es una historia de las buenas, de las que al final se ha convertido en parte de nuestra cultura. Al parecer, algunas sustancias son tan fuertes desde el punto de vista químico que, si se las consume en cantidad

suficiente, se apoderan de nuestro cerebro. Cambian la composición neuroquímica del cerebro. Es más, pueden llegar a provocarnos una enfermedad cerebral. Y entonces será nuestro cuerpo el que necesite de tales sustancias. Por consiguiente, si hiciéramos el experimento de consumir a diario una droga adictiva durante treinta días seguidos, entonces resultaría que, al cabo de ese tiempo, seríamos todos drogadictos sin excepción. La adicción, por lo tanto, es el resultado de una exposición reiterada a un cierto tipo de sustancias químicas bastante fuertes.

Cuando pensaba en aquellos de mis seres queridos que habían caído en las drogas, estaba plenamente convencido de que eso era lo que les había sucedido.

El modelo de adicción que hemos descrito se había probado en experimentos con animales. Por ejemplo, si se pone a un ratón solo en una jaula y se le suministran cantidades ilimitadas de cocaína, nueve de cada diez veces el ratón consumirá tanta y tan compulsivamente que acabará provocándose la muerte.⁵ Harry Anslinger y Henry Smith Williams coincidían en muy pocas cosas, pero desde luego en este punto sí que estaban

de acuerdo. Anslinger pensaba que las sustancias psicoactivas enganchan al adicto para siempre y, por lo tanto, era preciso encerrarlo. Paralelamente, Smith Williams consideraba también que dichas sustancias enganchan al adicto para siempre, pero, y he aquí la diferencia, por eso mismo defendía que se les suministraran de por vida mediante receta médica. El primero era cruel y el segundo compasivo, aunque ambos estaban convencidos de que las sustancias psicoactivas eran la causa del dolor de los adictos. Es lo que se denomina la «teoría farmacológica de la adicción».

No me percaté de que había una teoría distinta —con premisas radicalmente diferentes— hasta que me topé con un libro titulado *In the Realm of Hungry Ghosts*, de Gabor Maté. En un primer momento, sus ideas me parecieron confusas, pero luego me hicieron pensar. De hecho, me dieron tanto que pensar que decidí salir en busca de este hombre para poder conocer mejor sus teorías. A continuación expongo sus hallazgos a partir de lo que él mismo me contó en nuestras entrevistas, después de sus clases de formación, además de basarme en sus propios escritos y en otras entrevistas a antiguos colegas y

pacientes suyos que también realicé.⁶

La primera vez que le vi estaba en una de las clases de formación que impartía a personas que trabajan con drogadictos. Gabor es un hombre delgado con las mejillas hundidas. Tiene la piel de color oliva y una voz grave con la que habla a toda velocidad, aunque siempre formulando frases perfectas. En aquella ocasión percibí enseguida que había un cierto aire de tristeza en él. Solo cuando empezó a hablarme de su vida, entendí por qué.

Gabor —como me contaría él mismo— era un médico de familia con una larga experiencia, cuando en 1998 se marchó a trabajar al distrito de Downtown Eastside de Vancouver. A muchos, este repentino cambio en su vida los dejó perplejos. Aquellas diez manzanas registraban una de las mayores tasas de muerte entre los países desarrollados. Las escenas habituales en aquel vecindario eran bien conocidas por los ciudadanos: en todo edificio calcinado o abandonado había drogadictos con los ojos vidriosos.⁷ En un día típico, algunos estaban sin sentido por el suelo; otros echaban rápidas miradas a su alrededor, como si

intentaran localizar a un insecto que zumbara por allí amenazándoles con su peligroso aguijón.

Mientras daba una vuelta por las cercanías traté de imaginarme cómo debía de haber sido aquel barrio la primera vez que Gabor fue por allí. Una monótona e insistente letanía se escucha en las calles cuando uno pasa por delante de los camellos: «¿Crack? ¿Coca? ¿Crack, coca? ¿Coca, crack?». Mujeres de rostros hundidos y labios pintados de rojo pasean nerviosas de un lado a otro, ofreciendo sus servicios a los vehículos que pasan. Palomas de un tamaño fuera de lo normal picotean en torno a sus pies.

Los glamurosos nombres de los hoteles de la zona —el Balmoral, por ejemplo, llamado así por un castillo que perteneció a la reina de Inglaterra— parecían burlarse de las personas que viven en esas miniviviendas subvencionadas en que los hoteles se han convertido, pues, de esta manera, en un último y desesperado intento, pueden aspirar el mísero polvillo de las ayudas estatales para la rehabilitación de edificios. Las sobredosis y la hepatitis C parecían servicios incluidos en estas habitaciones, de la misma manera que en hoteles de mejor reputación se incluye el servicio de minibar. Por las calles se amontonaban envases de elixir bucal y

de desinfectante para las manos que los alcohólicos se bebían a tragos en un intento de conseguir la máxima ebriedad al menor precio posible. La policía aparecía de cuando en cuando, se llevaba a la cárcel a un par de ellos y luego se marchaba de nuevo. En las calles no quedaba más que el soplo indiferente de la brisa marina.

Este barrio está en el extremo de una ciudad situada en el extremo más lejano de Norteamérica: es la estación final de Terminal City. Más allá ya no hay ningún lugar en el continente adonde uno pueda dirigirse.

En los nombres de sus edificios pueden verse fantasmagóricos restos de lo que en otro tiempo fue el Downtown Eastside. En una calle encontramos el Club Social de los Leñadores, algo que nos hace recordar que entre sus paredes se reunían en otro tiempo los trabajadores que venían después de haberse pasado la jornada talando los bosques cercanos. Los troncos de los árboles se ponían sobre pendientes o caminos cuesta abajo [*skids*] y se arrastraban hasta la ciudad para cargarlos luego en el ferrocarril, que los llevaría después hacia Estados Unidos, y eso es lo que se conocía como Skid Row. Este es su significado original, el

genuino, si bien en la actualidad designa a esas calles que sirven de refugio a borrachos y drogadictos. Pero en aquella época, los leñadores bajaban a la ciudad forrados de dinero y, tras un par de meses de jarana, se volvían a marchar. Naturalmente llegó un momento en que ya no quedaron más árboles que cortar. Los buenos tiempos todavía duraron algo más, hasta que poco a poco la ciudad cayó en declive.

Los pequeños negocios que abastecían a los leñadores fueron desapareciendo uno tras otro. Por entonces, los almacenes Woodward's eran algo así como el Macy's de Vancouver, aunque para cuando llegó

Gabor no eran más que una vieja carcasa de hormigón,⁸ mientras que en las calles de los alrededores podía verse a plena luz del día cómo hombres adictos inyectaban droga a las mujeres directamente en la yugular.⁹ Como explica el escritor Charles Demers: «La gente de Vancouver habla del Downtown Eastside de la misma manera que los occidentales hablan de África. Unos exigen subvenciones y asistencia benéfica no vinculada a criterios políticos; otros, en cambio, piden directamente la intervención armada. Ahora bien, todos coinciden en que se trata de un problema que debe ser abordado de inmediato, pues no en vano

aquellas calles están plagadas de personas que son enemigas de sí mismas y que llevan una vida condenada al desastre». ¹⁰

Y en tales circunstancias, se preguntaba la gente: ¿qué es lo que podía hacer un médico en un lugar como aquel? Aun así, Gabor abandonó su consulta de médico de familia y se fue a trabajar a la Portland Hotel Society, una organización benéfica que había puesto en marcha un experimento considerado descabellado por quienes defendían la lucha contra las drogas. La norma en este barrio, y en toda América del Norte, es que, cuando se descubre que una persona es adicta a las drogas, se la

echa de su vivienda de protección oficial, caso de habitar alguna, y se la priva de todo tipo de ayuda social. Si no te desenganchas de las drogas, no volverás a tener un hogar en tu vida. A veces, hasta en los albergues para indigentes los rechazaban.

Liz Evans, una joven enfermera que trabajaba en la Unidad de Intervención Psiquiátrica en Crisis de un hospital de la zona, veía a diario los resultados de esa política. En el pabellón donde trabajaba había infinidad de personas que se habían visto obligadas a vivir en la calle y cuyas vidas se deterioraban cada vez más. Ellos les daban pastillas para sus trastornos y perturbaciones

varias, pero nada podía ayudarlos a afrontar que les habían destrozado la vida.

Por eso se decidió a llevar adelante un nuevo proyecto con un enfoque diametralmente distinto. Su organización sin ánimo de lucro se instaló en un hotel y lo convirtió en un lugar donde pudieran instalarse aquellas personas que no tenían ningún otro alojamiento, es decir, la mayoría de los drogadictos crónicos y de las personas con enfermedades mentales de gravedad. Liz se hizo cargo de la dirección con el compromiso por su parte de que a los residentes no se les echaría a la calle ni se les sermonearía.¹¹ A las personas que

llegaran se les ofrecería una habitación propia y —siempre que lo solicitaran— personal del propio hotel que se sentaría con ellos, los escucharía e intentaría brindarles algo de amor. Eso era todo.

«Nuestro método —me cuenta Liz — consiste en ser humano con otros seres humanos. Estar ahí para ellos. Sin juzgarlos. Sin decirles cómo deben afrontar sus maltrechas vidas. Nosotros estamos en su vida, sin más. Somos solamente una presencia sólida y amable en sus vidas. Alguien que no va a titubear y [...] a salir corriendo. Alguien que no va a abandonarlos. Alguien que

no va dejarlos en la estacada. Alguien que no va a ponerlos de patitas en la calle.»

Su proyecto fue tildado de descabellado. Los adictos —aseguraban— sin duda se dedicarían a drogarse o a beber para matarse más rápido todavía, pues se les proporcionaba un lugar donde poder hacerlo sin estar sometidos a ningún control. Un médico le dijo a Liz que lo mejor sería tirar una bomba sobre el Portland Hotel y matarlos a todos. Pese a todo, Gabor quería formar parte de aquel experimento. En el Portland se le asignaron tareas de todo tipo, desde sajar abscesos a recetar medicamentos para enfermedades psiquiátricas. Ahora

bien, el núcleo de su trabajo era algo mucho más innovador. Gabor quería escuchar a los drogadictos más enganchados, pues su proyecto consistía en dejarlos hablar de sus sentimientos.

Como pronto descubriría, eran personas que se habían pasado la vida huyendo o recibiendo castigos. La mayoría de ellos no habían estado nunca con alguien que estuviera dispuesto a escuchar comprensivamente la historia de su vida. De sus contactos con las autoridades solo habían sacado dolor o privaciones. Por eso la mayoría de los adictos eran tan críticos. No podían creer que se les estuviera dando un lugar donde vivir y que se les brindara ayuda.

¿Dónde estaba la trampa? ¿Cuál era el engaño? ¿Cuándo iban a aplicarles la mano dura?

Gabor se debatía entre su deseo de escuchar a los adictos y la repulsión instintiva que sentía hacia ellos. Cuando caminaba por las arrasadas calles de la vecindad pensaba que los drogadictos parecían extras macabros de una película de Fellini.¹² A veces, en la soledad de su despacho, no podía evitar hacer juicios morales. ¿Por qué se hacían eso a sí mismos? ¿Cómo podía alguien ser tan tonto? «Con ellos adoptaba una especie de actitud moralista», reconoce.

Uno de los huéspedes que acudía a su despacho era un hombre de treinta y seis años llamado Carl que poco a poco empezó a sincerarse con él.¹³ Carl, como cuenta Gabor en su libro, se había pasado la infancia en diversos hogares de acogida porque nadie le quería. De niño sufría hiperactividad y a uno de sus muchos padres de acogida no se le ocurrió otra cosa que atarlo a una silla en un cuarto oscuro. Cuando soltaba palabrotas se le lavaba la boca con detergente. De aquellas experiencias Carl aprendió que no se puede expresar la ira sin ser castigado, así que, cuando se sentía fuera de sí, agarraba un cuchillo y se hacía cortes en el pie. Carl,

según describe Gabor, hizo estas revelaciones con la cabeza gacha por la vergüenza: esperaba ser condenado, tal y como habían hecho siempre todas las personas de su vida.

Con el tiempo, Gabor iba a escuchar versiones similares de esta historia una y otra vez. A los drogadictos se les había hecho sentirse repulsivos y avergonzados toda su vida; y solamente las drogas conseguían hacérselo olvidar. «La primera vez que probé la heroína me sentí envuelta en un abrazo cálido y tierno», le contó una mujer.¹⁴

Al cabo de un tiempo, Gabor empezó a percibir ciertas pautas en la psique de los huéspedes del Portland. Cuando me lo estaba contando no pude evitar pensar en los adictos sobre los que he escrito a lo largo de este libro: Billie Holiday; Deborah, la madre de Chino; Marcia Powell, la mujer que murió calcinada en su jaula... ¿Qué es lo que tenían en común todos ellos? Infancias con trastornos graves y marcadas por la violencia o el abuso sexual, o por ambos a la vez.

Gabor constató que prácticamente todos sus pacientes encajaban en esta descripción. Y entonces fue cuando se le ocurrió. ¿No podría ser que los

toxicómanos más enganchados hubieran sufrido algún daño terrible *antes* de haber empezado a drogarse? ¿Y si el descubrimiento de las drogas no había sido el terremoto que arrasó sus vidas sino solamente una de sus réplicas?

Cuando se puso a revisar concienzudamente una amplia selección de estudios científicos vio algo que llamó poderosamente su atención.

En los países occidentales se suministraban a diario opiáceos bastante fuertes y además de manera legal. Aquellos que habían sufrido un accidente de circulación, por ejemplo, o que habrían de pasar por el quirófano para operarse de la cadera o de alguna

complicación importante en su dentadura, todos, absolutamente todos habrían recibido algún opiáceo, puede que incluso durante una larga temporada. Y, curiosamente, eran prácticamente los mismos opiáceos que tomaban los pacientes de Gabor (salvo que los de estos tenían algunos ingredientes impuros añadidos por los traficantes). Por lo tanto, si la teoría farmacológica de las drogas era cierta —esto es, que las drogas son químicamente tan fuertes que se apoderan de nuestro cerebro—, entonces estaba claro qué es lo que sucedería. Al final del tratamiento, la persona en cuestión se habría hecho adicta. Cuando le dieran el alta en el

hospital, podría vérsela por las calles comprando drogas porque necesitaba otra dosis.

Pero esa persona habrá notado algo por sí misma: que no se había hecho adicta a las drogas.

Y desde luego no era la única. En el *Canadian Journal of Medicine* se había pasado revista a las mejores investigaciones académicas llevadas a cabo con pacientes a los que se había recetado opiáceos después de una intervención quirúrgica. El resultado — escribe Gabor— era que «no había un riesgo significativo de adicción, cosa que ratificaban todos los estudios en que

se analiza la relación entre adicción y el uso de narcóticos para aliviar el dolor». ¹⁵

Pues bien, eso es algo que sucede todos los días en todas las ciudades del mundo, pero que la mayoría de las veces pasa inadvertido.

Se pueden tomar las mismas drogas que un adicto durante una larga temporada sin convertirse en toxicómano. Y, viceversa, una persona que no toma drogas bajo ninguna circunstancia puede desarrollar una toxicomanía tan grave como la de un drogadicto. Si esto les resulta extraño, vayan a una reunión de Jugadores Anónimos en su ciudad y escuchen sus

historias. Al poco de iniciar este viaje, yo mismo asistí a uno de esos encuentros —con el permiso de los participantes— en el Centro de Problemas con el Juego de Las Vegas. Allí advertí —como lo hará usted— que, en esencia, esas personas no se distinguían de los alcohólicos o de los adictos a la heroína. Salvo en que, obviamente, uno no se inyecta una baraja de cartas en las venas ni se pone a esnifar una rueda de ruleta.¹⁶

¿Qué explicación se podía dar entonces a esta situación? Después de darle muchas vueltas, Gabor llegó a la conclusión de que —según me explicó— «no existe nada que sea adictivo en sí

mismo. Siempre se trata de la conjunción de una sustancia o comportamiento potencialmente adictivo con un individuo susceptible a la adicción. En consecuencia, lo que debemos preguntarnos es qué es lo que crea dicha propensión».

Si las drogas no pueden explicar por sí solas la adicción, entonces sin duda ha de haber uno o varios elementos adicionales que la expliquen; algo que está presente en algunos individuos pero no en otros.

Gabor entonces empezó a leer las publicaciones de un grupo de científicos estadounidenses que habían llevado a cabo lo que ellos llamaban un «estudio

de experiencias adversas en la infancia». Se trata de la investigación más exhaustiva que se haya realizado nunca sobre los efectos a largo plazo de los traumas sufridos en los primeros años de la infancia. En ella se contemplaban diez sucesos traumáticos que pueden sucederle a un niño, desde las agresiones físicas y sexuales hasta la muerte de un familiar, y se analizaba cómo influyen en el desarrollo del niño a lo largo de su vida.

Pues bien, estos científicos habían descubierto que, por cada suceso traumático que sufre un niño, la probabilidad de que este se convierta en drogadicto al llegar a la edad adulta se

multiplica por dos y hasta por cuatro en algunos casos. Dos terceras partes del consumo de drogas intravenosas es producto de un trauma infantil. De hecho, la relación entre ambos factores es tan acusada que los propios científicos admitían que «se trata de una magnitud pocas veces vista en epidemiología o en salud pública». ¹⁷ En consecuencia, el abuso infantil sería la causa más probable de la drogadicción, de la misma manera que la obesidad puede llegar a provocar enfermedades cardiovasculares. ¹⁸

En otro estudio, este publicado en la revista *American Psychologist*, se realizaba un seguimiento de niños con

edades comprendidas entre los cinco y los dieciocho años con el fin de analizar en qué medida puede influir la crianza del niño en el consumo de drogas en la etapa adulta.¹⁹ Cuando los niños eran aún pequeños se les asignaba una tarea conjunta con sus padres —por ejemplo, hacer un edificio encajando piezas de juguete— y luego se observaba a través de un espejo unidireccional si los padres les ayudaban a hacerlo y los animaban a levantar dicha construcción. A tenor de lo observado clasificaron luego a los niños en dos grupos distintos: por un lado, aquellos cuyos progenitores les brindaban cariño y apoyo, y, por otro, aquellos a los que sus

padres desanimaban o que eran hasta crueles con ellos. El resultado fue que los niños con padres indiferentes o crueles tenían una probabilidad mucho mayor de consumir drogas que los otros. Cuando crecían eran menos capaces de establecer relaciones de cariño con los demás, y por eso la mayor parte del tiempo se mostraban más airados y afligidos, además de ser bastante poco reflexivos.

Por lo tanto, si es posible determinar a los cinco años de edad cuáles son los niños que van a ser adictos en el futuro, entonces es que hemos averiguado algo importante sobre la adicción a las drogas. «La falta de

adaptación en el entorno familiar — concluía el estudio— es la antesala de la iniciación a las drogas.» De hecho, podría decirse que «el consumo de drogas es un síntoma y no la causa de la inadaptación personal y social que sufre el individuo». ²⁰

Por lo demás, Gabor descubrió que otro científico, el doctor Vincent Felitti, había dirigido un estudio similar sobre los efectos de los traumas infantiles, para lo cual había observado a 17.000 niños para la empresa de seguros Kaiser Permanente. Felitti llegó a la conclusión de que «la causa fundamental de la adicción —escribe Gabor— depende mayormente de una experiencia acaecida

en la infancia y no de una determinada sustancia. Por consiguiente, la concepción actual de la adicción carece de fundamento». ²¹ Estamos ante un hallazgo que nos obliga a reconsiderar todas las historias que nos han contado sobre la epidemia de las drogas, incluida aquella que, como yo mismo iba a aprender, nos habla de la epidemia de recetas de opiáceos en Estados Unidos.

Si echamos la vista atrás, concretamente al Harlem de hace unas décadas, Billie Holiday nos decía a este respecto: «Yo no sé mucho de

psicología y de cosas de esas, pero lo que sí sé es que hay cosas que te ocurren en la niñez que pueden marcarte para el resto de tu vida». [22](#)

Incluso Harry Anslinger había observado la relación de ciertos acontecimientos con la drogadicción. Los adictos —decía— a menudo «crecen en hogares que no son tales, con padres que no ejercen de padres, y [por eso] buscan alguna vía de escape. Sea hombre o mujer, se trata de una pauta común». [23](#)

Bien, pero entonces ¿por qué un trauma infantil incrementaba la probabilidad de convertirse en drogadicto en la edad adulta? Para averiguarlo me pasé horas, día tras día, con Liz Evans, la enfermera que fundó la Portland Hotel Society. Ella ha dedicado los últimos veinte años de su vida a tratar a pacientes del Downtown Eastside que sufren una drogadicción grave. Habla con ellos, los acoge y se pasa la noche haciéndoles compañía si es necesario. A lo largo de su carrera se ha planteado esta pregunta muchas más veces de las que es capaz de recordar. Y, por fin, un día que estábamos en una cafetería, me habló de la noche en que,

poco más de un año después de haber comenzado el proyecto del Portland, se le ocurrió cuál podía ser la respuesta.

Por esa época, una de las huéspedes del Portland era una india aborígen a la que vamos a llamar Hannah por deseo expreso de Liz. (Esta es una de las tres personas citadas en el libro a las que le he cambiado el nombre para proteger su identidad, cosa que se indica cada vez que aparece la persona en cuestión.) Era una mujer pequeña de treinta y ocho años que tenía una adicción crónica a la heroína y a la bebida, y que cada mañana entraba dando tumbos en el vestíbulo del hotel, vomitaba en el contenedor de la basura y

luego se marchaba tambaleándose en busca de clientes para su cuerpo con los que poder pagarse la siguiente dosis. Hannah había caído siempre en manos de hombres violentos que la molían a palos, pero es que además sufría a menudo arrebatos de cólera provocados por la bebida y, presa de la ira, arrojaba objetos por la ventana. En una ocasión tiró hasta una bicicleta.

Pese a ello, Liz no quiso echarla del hotel. De hecho, en lugar de expulsarla había puesto plexiglás en la ventana de su habitación para que no pudiese abrirla.

Liz se conocía el historial completo de Hannah desde que era una niña de corta edad. Por lo visto había sido expulsada de su reserva cuando era una chiquilla y, como tantos indios nativos americanos (o pueblos originarios o primeras naciones, como se los llama en Canadá), había pasado la infancia en un rosario de familias de acogida distintas. Con el tiempo fue localizada por la policía medio desnutrida y encerrada en un cuarto, donde había permanecido de los siete a los once años sin más alimento que algo de dieta líquida porque aquella familia creía que la niña padecía una enfermedad y que esa dieta era la única cura posible. A los trece

intentó cortarse la garganta por primera vez. Liz había tratado de hacerla hablar de su infancia en varias ocasiones, pero ella se limitaba a decir que no era gran cosa y cambiaba de tema.

Una noche regresó al hotel temblando, con sangre cayéndole de una herida en la cabeza. «Recuerdo que me acerqué a ella y la cogí en mis brazos como a una niña pequeña», me dijo Liz, y luego la acompañó a su habitación. Hannah le contó tartamudeando que la habían golpeado y violado. «Recuerdo que no paraba de decirme, una y otra vez: “Es culpa mía. Me lo merezco. Es solo culpa mía. Soy mala”.» En la mesita de noche, Hannah tenía su

bebida, su heroína y una jeringuilla. Y Liz —que siempre se había negado a tomar drogas— miró alternativamente aquellas cosas y a Hannah y pensó: «¿Cuál de estas cosas de tu mesita puedo darte para quitarte el dolor?».

«En ese momento entendí perfectamente qué es lo que la adicción hacía a las personas —me explica—. Es como si de repente hubiera establecido una relación con aquellos momentos negros de mi vida en que yo también me sentí así, [...] cuando quería morirme, cuando creía que era una mala persona.» Liz comprendió en ese instante que las personas que han sobrevivido a un trauma en su infancia, a menudo, de

adultas, sienten odio hacia sí mismas durante toda la vida, y por eso muchas de ellas se vuelcan en los anestésicos más fuertes que pueden hallar. No es fruto de un arrebató de irracionalidad. Obedece a una necesidad. Porque calma el dolor, por lo menos un rato.

Cuando Liz me contó esta historia, me acordé de lo crítico que había sido a lo largo de los años con aquellos de mis seres queridos que eran adictos, y no pude evitar echarme a llorar.

Mucho tiempo antes, una de las amigas de Billie Holiday, Memry Midgett, declaró en una entrevista: «La razón por la que [Billie] era drogadicta es porque su umbral del dolor era

tremendamente bajo». ²⁴ Y Michelle Wallace, otra de sus amigas, abundaba: «La gente cree que quienes toman drogas lo hacen porque son malas personas o malvadas. Sucede que a veces [...] los más blandos toman drogas porque no pueden soportar el dolor». ²⁵

Esta explicación, entonces, nos permitiría entender esa misteriosa brecha que expusimos antes entre el 10 % de los consumidores de drogas que caen en la adicción y ese otro 90 % que no lo hace. Bud Osborn, un hombre al que Gabor ayudó a recuperarse de su adicción a la heroína, me dice: «El trauma infantil hace que te sientas culpable por todo: por tu familia, por la

vida que llevas... Pero cuando tomas drogas, te sientes bien con tu vida, contigo mismo, con tu lugar en el mundo... [La gente] se pregunta por qué [los adictos] siguen drogándose. Muy fácil, porque les hace sentirse bien, mientras que el resto de su vida no les provoca esa sensación».

Una vez asimilada esta visión, algunos se creaban una imagen idealizada o maquillada de los adictos. En la Portland Hotel Society eso no era posible.

Gabor no podía evitar despotricar de cuando en cuando y hasta amenazar con enviarlo todo al diablo. Al personal se le había arrojado mierda —así, literalmente— a la cara.²⁶ Uno de sus pacientes, Ralph, era un cocainómano de mediana edad que llevaba el pelo rapado en forma de cresta y el bigote cortado al estilo hitlteriano. Era un nazi, y para fastidiar a Gabor, soltaba por lo bajo: «*Arbeit macht frei*». Cuando Gabor le contó que su abuelo había muerto en el campo de exterminio que tenía esas palabras colgadas en la puerta de acceso, él contestó que su abuelo se lo había buscado.²⁷

A veces Gabor se venía abajo. Un día estaba «sajando un absceso y el paciente no dejaba de lanzarme pullas, así que al final perdí los nervios. De pronto me vi con el escalpelo en la mano, agitándolo en el aire con la sangre aún pegada. No llegué a herir a nadie, pero en términos emocionales estaba devastado. Y eso me sucedió algunas veces más. En esos momentos no piensas, solo expresas emociones. Frustración, cólera, crítica...».

Gabor entendió cómo las emociones interfieren en el debate acerca de los drogadictos porque él mismo, pese a lo que había descubierto, no podía librarse de ellas. Pero «cuando

me calmo, me siento atribulado por la vergüenza y solo quiero pedir disculpas».

Algunos días Ralph parecía calmado y pensativo y hasta recitaba poemas de Goethe.²⁸ A la semana siguiente volvía a la carga y soltaba «*Heil Hitler*».²⁹

Gabor tenía la sensación de que todavía le quedaba mucho por investigar en el tema de la adicción, pero había algo en su vida que lo distraía, algo de lo que no le gustaba hablar. Nadie sabía de aquello, ni siquiera su mujer.

A veces estaba en pleno ejercicio de sus responsabilidades médicas cuando sentía un impulso irrefrenable. Algo que le obligaba a dejar lo que estuviese haciendo, fuera lo que fuese. Salía entonces disparado a una tienda de discos y gastaba compulsivamente cientos de dólares en comprar CD. Por lo general no los escuchaba, simplemente se los guardaba, sin más. Puede parecer algo sin importancia que no hacía daño a nadie, hasta que te enteras de que en una ocasión estaba atendiendo un parto cuando sintió aquella compulsión irrefrenable y salió como una flecha a darse un atracón de CD.³⁰ Cuando sus hijos eran pequeños

podía dejarlos abandonados en cualquier lugar público para satisfacer su ansia de compra. ¿Y por qué hacía algo así? Ni siquiera él era capaz de entenderlo. Como escribiría más tarde, lo único cierto es que «cuando me veo atrapado en una de esas espirales adictivas me pierdo a mí mismo. Siento cómo poco a poco me abandona mi fortaleza moral y me veo a mí mismo como un enorme agujero. De mis ojos solo sale una mirada vacía».³¹ A veces experimentaba una profunda depresión, rayana en ocasiones con el deseo de suicidio.

Pero cuando supo que los traumas experimentados a temprana edad estaban relacionados con las conductas compulsivas empezó a darle vueltas a aquellas palabras que le había dicho el médico del gueto a su madre: que todos los niños judíos lloraban.

Aquellos bebés, obviamente, no podían saber que en esos momentos se estaba exterminando a los judíos, pero en cierto sentido sí que sabían que sus madres estaban alteradas y que, por tanto, no iban a ser capaces de satisfacer sus necesidades. La madre de Gabor sufría «una gran presión»: «Ella decía que la única razón por la que se levantaba de la cama era yo. Es decir,

que yo le salvé la vida. Para un pequeño que apenas lleva cuatro meses en el mundo, esa es una responsabilidad abrumadora: ¡salvar la vida de su propia madre! [...] Ella sufría muchísimo [...], una pena insoportable, y los bebés absorben todo eso a través de la madre». Por lo tanto, Gabor hubiese sido un niño distinto si su madre hubiese podido ofrecerle sosiego y un amor sin perturbaciones. Por eso en su vida adulta era incapaz de controlarse a sí mismo en los momentos de tensión.³² Y su salida era la compra compulsiva de música. Entonces recordó que, cuando era pequeño, había una sola cosa capaz de tranquilizar a su madre y, por

extensión, a él mismo. Era la música. Su madre se ponía a escuchar música y de ahí que él se dedicara a comprarla y almacenarla como un poseso, pues en ella parecía encontrarse la clave secreta de la tranquilidad.

Gabor observó algo similar en el Portland, salvo que las experiencias de sus huéspedes «no eran como las de [su] infancia: eran mucho peores», me dice. «Aunque en mi caso las circunstancias históricas eran apabullantes por el horror que llevaban aparejado, las experiencias personales de mis pacientes eran mucho más traumáticas. Y si son diferentes es porque yo no estaba traumatizado por las disfunciones

psicológicas de mis padres, no. [...] El trauma que yo sufría era el mismo trauma que sufrían mis padres. [...] Y en nuestro caso el trauma venía de fuera. Cuando mis padres volvieron a encontrarse formamos una familia con una vida normal. Yo no sufrí abusos. [...] No es algo que pueda compararse con los abusos sexuales perpetrados por un padre o una madre. Nada que pueda compararse con el abandono sufrido por un niño cuyos padres, adictos a las drogas, se van a buscar sustancias dejando al pequeño solo en casa.»

El trauma de Gabor, por consiguiente, sería de escasa gravedad y, en consecuencia, su adicción también:

la mayor parte del tiempo podía soportar vivir en este mundo sin mayores problemas. El trauma que sufrían sus pacientes, en cambio, era de suma gravedad y, por lo tanto, su adicción también; para ellos, soportar la vida en este mundo era las más de las veces algo muy difícil.³³ Pero, como apunta Gabor, en ambos casos se había dejado de lado algo crucial que sucedió «*antes* del consumo de sustancias que alteran la conciencia».

Después de una de mis conversaciones con Gabor me encuentro dando vueltas sin rumbo fijo por el

Downtown Eastside y en mi camino me tropiezo con adictos que apenas se tienen en pie. Algunos llevan el exagerado maquillaje que se ponen las prostitutas cuando están haciendo la calle; otros ofrecen su mercancía o incluso objetos de lo más variopinto que han encontrado tirados en el contenedor, desde viejas cintas de vídeo hasta zapatos medio rotos. Todos gritan y sueltan imprecaciones, a mí mismo y al mundo entero.

A veces sorprendo en el rostro de algún transeúnte la mirada crítica de quien ha caído en el barrio por error. Aún puedo ver a aquellas personas. Gente que viene de familias corrientes y

que se queda mirando a los adictos con gesto displicente mientras afirma, orgullosa: «Yo jamás me haría algo así a mí mismo». A mí me asalta entonces el deseo de pararlos y, blandiendo en mi mano las estadísticas de Gabor, soltarles a la cara: «¿Veis? Si no lo habéis hecho es porque no teníais necesidad de ello. Nunca tuvisteis que aprender a bregar con más dolor del que sois capaces de soportar. Vosotros sois de los que, cuando veis a una persona a la que le han amputado las piernas después de sufrir un accidente de coche, decís: “Yo nunca hubiera dejado que me las cortasen”. Por supuesto, vosotros no habéis sufrido un accidente con el

coche. Pero estos adictos..., estos adictos es su alma lo que han perdido en un accidente de circulación».

Y justo cuando estoy soltando este discurso de santurrón en mi interior me doy cuenta de que yo también paso a toda prisa por delante de los adictos y que precisamente en mis ojos hay una mirada que no acierto a definir. ¿Es miedo? ¿Repugnancia? ¿Superioridad? ¿Comprensión quizá?

La información que acabamos de exponer estaba al alcance de cualquiera, en fuentes dispersas, antes de que Gabor empezara a escribir sobre el asunto.

Pero «lo que más me sorprendió fue que nadie hubiese sido capaz de relacionar esos hechos. Nadie había establecido una relación entre los traumas infantiles, el desarrollo del cerebro y los casos de nuestros adictos con el objetivo manifiesto de elaborar una teoría más adecuada para explicar la adicción».

Ahora bien, aunque Gabor, cierto es, fue el primero en advertirlo, la imagen del caso todavía no está completa. Y es que, simple y llanamente, no puede ser que absolutamente todos los adictos hayan sufrido algún trauma espantoso en la niñez. Es, desde luego, un factor importante en el desarrollo de la adicción pero no suficiente. Por esa

misma época, y a escasa distancia de donde trabaja Gabor, en otra zona del Downtown Eastside, hay otro hombre investigando el mismo asunto, el profesor Bruce Alexander. En lo que a los traumas infantiles respecta, es de la misma opinión que Gabor, pero él, por su parte, trata de encontrar respuesta a una cuestión distinta. Y es que hay personas que no han sufrido traumas en la infancia y que, sin embargo, sí que se han convertido en adictas. Y eso es lo que él quería averiguar: qué es lo que había pasado en tales casos.

Poco antes de marcharme del Portland estaba cenando con Gabor en un restaurante griego cuando me vino a la mente algo que despertó mi curiosidad: ¿cómo podrían influir los descubrimientos de Gabor en nuestra forma de concebir la guerra contra las drogas?

Gabor ha demostrado que la clave de la adicción no reside en la sustancia que uno inhala o se inyecta sino en el dolor que siente en su mente. Y, sin embargo, hemos creado un sistema que defiende que solo podemos parar a los adictos *aumentando* su dolor. «Si tuviera que idear un sistema cuyo objetivo fuera mantener a la persona en

su adicción, sin duda propondría el mismo que tenemos ahora —me dijo Gabor—. Porque ataca a las personas y las condena a la exclusión.» Él mismo ha observado que «cuanto mayor presión se ejerce sobre la persona, más inclinada al consumo de drogas está. Y viceversa, cuando menos presión tiene, menos inclinación a las drogas manifiesta. Por lo tanto, si se crea un sistema en que a los drogadictos se les condena a la exclusión, la marginación y la delincuencia, en realidad se les está obligando a vivir en la pobreza con su enfermedad y, a la larga, prácticamente se les está garantizando que no van a salir de ahí».

«Si las consecuencias negativas de la adicción hicieran que alguien cambiase de vida, entonces yo no tendría ni uno solo paciente —asegura Gabor—, porque ya han experimentado todos los efectos negativos posibles. Han sido encarcelados, golpeados y traumatizados de diversos modos. Les han hecho daño. Sufren VIH, hepatitis C, pobreza...» Gabor se me queda mirando con los ojos levemente hundidos, como si ante ellos pasaran todos aquellos males. «¿Qué es lo que no ha sufrido todavía esta gente?», se pregunta.

Pero ¿qué sucedería si la guerra, en lugar de atacar a los adictos, fuese contra las causas de la adicción?

Gabor responde que, teniendo en cuenta que el abandono y maltrato infantiles son una de las causas principales de la adicción, deberíamos plantearnos que, si queremos reducir significativamente el número de drogadictos, tendríamos que empezar «en la primera visita prenatal, ya que las presiones que sufre la madre van a tener un impacto importante en la posible propensión a la adicción del bebé». Primero identificaríamos a las madres que más estrés sufren y que menos capaces son de afrontarlo, y luego les proporcionaríamos apoyo y cuidados a

lo largo del tiempo, además de enseñarlas a mantener el vínculo adecuado con su hijo.

Una vez nacido el niño, se pondría especial atención en identificar a las madres que tienen problemas para relacionarse con sus hijos y se les ofrecería un programa de cuidado del bebé para después del parto. Por lo demás, se extremaría la vigilancia sobre aquellos padres que no son capaces de proporcionar un entorno seguro al niño o que han empezado a maltratarlo, y, si es preciso, se buscarían alternativas en hogares donde el niño pudiera recibir el cariño que necesita. Este enfoque de carácter tan amplio permitiría, con el

paso del tiempo, reducir la adicción en lugar de aumentar la dependencia que la persona siente respecto a las drogas, que es precisamente lo que consigue el sistema actual. Obviamente, todos los países desarrollados cuentan con servicios de ayuda a madres y a niños vulnerables, pero, salvo en el caso de Escandinavia, por lo general suelen estar anclados en el pasado y disponen de escasos fondos. Entonces ¿no sería mejor destinar más dinero a la recuperación de niños con problemas en vez de convertirlos en adictos que acabarán en la cárcel porque el sistema les ha fallado?

Tengo la sensación de que es muy posible que todas estas ideas hubieran sido capaces de salvar la vida de la madre de Chino, de Marcia Powell y de Billie Holiday. A mí, al menos, me han convencido, le digo a Gabor. Pero queda aún abierta la cuestión de los adictos adultos que ya tenemos en nuestra sociedad. ¿Qué podemos hacer por ellos?

Los últimos diez años de su vida, Hannah —aquella adicta a la que expulsaron de su reserva y que luego se pasó tres años encerrada en un cuarto— vivió en una habitación para ella sola en la Portland Hotel Society, acompañada

de personas como Liz y Gabor que la escuchaban y que no dejaban de decirle que nunca la echarían a la calle.

Con ayuda de Liz pudo localizar a aquellos de sus familiares que se habían quedado en la reserva tiempo atrás. El día que fueron a verla a su habitación, ella cocinó para ellos y se sintió orgullosa. A veces, sin embargo, se desesperaba y decía que era una yonqui que no servía para nada; pero Liz le contestaba: «Eres una persona fantástica. [...] Tienes más resistencia, más tenacidad y más fortaleza que cualquiera de las personas que conozco. [...] Eres fuerte y hermosa. ¿No crees

que hoy deberías decirte a ti misma que has hecho un trabajo fantástico con tu propia supervivencia?».

Hannah no podía dejar de buscar relaciones violentas, de la misma manera que tampoco podía dejar de beber, aunque posteriormente cambiaría la heroína por la metadona. Se había infectado de VIH en la época en que no había programas de suministro de jeringuillas nuevas en la ciudad y al final murió de sida en el hotel a los cuarenta y ocho años de edad. Gracias al Portland no había muerto sola. En sus últimos momentos estuvo rodeada de personas que le tenían mucha estima y que sentían admiración por ella.

Para los prohibicionistas, Hannah era un fracaso porque no había dejado de tomar drogas. Para el Portland era un éxito porque se sintió amada.

Un día se presentó en el Portland un alto representante del Gobierno con el fin de visitar las salas destinadas a las inyecciones supervisadas y de paso conocer a los adictos. El hombre le preguntó a Liz: «¿Qué porcentaje de las personas que vienen a este lugar considera que son casos perdidos?».

Ella se quedó mirándolo un instante tratando de buscar la mejor forma posible de decirle que ninguno de ellos

era un caso perdido.

CAPÍTULO

13

Batman estaba equivocado

Bruce Alexander recibió su primera enseñanza sobre la adicción a las drogas de un superhéroe: Batman. De niño se había pasado la infancia de una base militar a otra de Estados Unidos, ya que su padre era oficial de

instrucción en el ejército. Un día estaba leyendo un cómic en el que unos maleantes dan a un yonqui una soberana paliza mientras Batman, escondido detrás de un edificio, observa la escena, impasible.

—Papá —preguntó el niño—, ¿por qué Batman no hace nada cuando los otros se echan encima del yonqui? ¿No es Batman el que debe detener a los malvados?

—Bueno, a nadie le importa que peguen a un yonqui —replicó el padre—, porque no son más que unos inútiles.

Bruce se lo creyó. Y, sin embargo, posteriormente, en las calles del Downtown Eastside iba a hacer dos de

los mayores descubrimientos del siglo XX en lo que respecta a la adicción, y que iban a dar un giro de 180 grados a todo lo que nos habían enseñado sobre las sustancias estupefacientes.

La primera vez que tuve noticia de Bruce yo estaba estudiando Psicología en la Universidad de Cambridge cuando leí algo acerca de un experimento que él había realizado con unos ratones.¹ En un principio me pareció algo curioso e interesante, no mucho más; pero a lo largo de los años, aquel experimento me seguiría viniendo a la mente en los momentos más inesperados. Solo me

decidí a investigarlo a fondo cuando empecé este viaje hacia el centro de la guerra de las drogas.

La primera vez que quedé con Bruce nos vimos en la cafetería de la biblioteca del Downstown Eastside, situada en la primera planta del edificio. Es un local de decoración espartana con sillas de respaldo duro y focos en riel pegados en el techo que aquel día de otoño parecía atestado de adictos sin hogar que habían entrado a calentarse con ayuda de un café. En un primer momento encontré el aspecto de Bruce algo chocante. Era un hombre afable de cabello cano y de unos sesenta años en cuya apariencia podían apreciarse

rasgos de un profesor de universidad, así como de alguien que quisiera parecer canadiense. Aquel día llevaba un jersey bastante elegante y en su rostro una amplia sonrisa. No tardé en darme cuenta de que esta primera impresión no se correspondía con la realidad: Bruce pertenecía a aquel lugar. Llevábamos un rato hablando cuando nos interrumpió una drogadicta que conocía a Bruce desde hacía años, y que además conocía su trabajo y lo que este había supuesto para su propia vida. Cuando se hubo marchado, Bruce empezó a contarme — en ese preciso instante y en otras muchas entrevistas— la historia de su experimento. Es algo que iba a cambiar

mi forma de pensar: en adelante vería de otro modo la adicción, pero también a las personas de mi círculo y a las de otras partes del mundo.

A principios de la década de 1970, Bruce era un joven profesor de Psicología de la Universidad Simon Fraser en la Columbia Británica. Aquel curso le habían pedido que impartiera la asignatura de Asuntos sociales porque ningún otro profesor quería hacerlo. Bruce era consciente de que los grandes temas sociales del momento eran la guerra de Vietnam y la adicción a la heroína y, puesto que no podía viajar a

Saigón, decidió irse al Downtown Eastside de Vancouver. Se dirigió al barrio sin muchas expectativas; solo quería sacar algunas enseñanzas para trasladárselas más adelante a sus alumnos, nada más. Cuando llegó, se encontró con la misma procesión de adictos que años más tarde vería Gabor por aquellas calles, y al verlos no pudo evitar considerarlos tal y como Batman le había enseñado: como zombis cuyas mentes se han quedado paralizadas en la babeante dimensión de sus drogas.

Como se había formado en terapia familiar, pensó que la mejor manera de ponerse al día con el *speed* era ofrecer a

los adictos asistencia psicológica en algún centro de la zona.

Uno de sus primeros pacientes fue Papá Noel. A este hombre se le contrataba todos los años en unos grandes almacenes de las cercanías adonde llegaba subido en un helicóptero y, tras bajar por una escalera de cuerda y saludar a los niños, se tomaba entre bastidores algo de heroína y luego prometía a los niños que se les concederían todos sus deseos. Bruce le pidió a Papá Noel que invitase a sus padres a la terapia de familia, ya que aquel hombre oculto tras una barba blanca y un trineo tirado por renos solo tenía veintitrés años. A sus padres les

aterraba que su hijo pudiera morir, mientras que él por su parte aseguraba que no podía dejar de drogarse. Un día empezaron a hablar de cómo sería su Papá Noel cuando estaba colocado y no pudieron menos que echarse a reír. Había algo en aquella situación a lo que Bruce no podía dejar de darle vueltas. A él siempre le habían dicho que los adictos no son capaces de criticarse a sí mismos y justo en ese momento tenía ante sí a un joven que podía percibir lo absurdo de su situación sin ningún género de dudas. Había en su risa algo profundamente humano que Bruce no se esperaba encontrar.

Después de este paciente siguió realizando entrevistas en profundidad a otros adictos. Al igual que Gabor, pronto reparó en que los traumas infantiles desempeñaban un papel clave. Pero además iba a descubrir ciertas cosas que le dejarían perplejo, y, no solo a él, sino a cualquiera que lo viera.

En la década de 1970 había largos periodos en que la policía canadiense tenía tan bien vigilado el puerto de Vancouver que no entraba ni un gramo de heroína a la ciudad. Y si se sabía era porque el propio cuerpo de policía, al analizar la supuesta heroína que se vendía en las calles, había comprobado que no contenía ni un ápice de la droga:

era todo material de relleno e impurezas. Así es que en Vancouver, y durante lapsos de tiempo considerables, se estaba ganando la guerra contra las drogas.

A nadie se le escapa qué es lo que tendría que haber pasado en esos periodos de desabastecimiento: que todos los adictos presentarían los síntomas físicos del síndrome de abstinencia, retorciéndose de dolor, y semanas más tarde se habrían encontrado con que se habían liberado de su dependencia física.

Bruce, sin embargo, constató que en la ciudad estaba pasando algo muy distinto. Es cierto que no había ni un

gramo de heroína, pero todos los adictos continuaban llevando su vida como si nada. Todavía seguían bregando como posesos por hacerse con el dinero necesario —robando o prostituyéndose— para comprar aquellos polvos inocuos. El síndrome de abstinencia, en cambio, no parecían experimentarlo. Y tampoco estaban desgarrados de dolor por alguna enfermedad. Seguramente creían que la «heroína» que habían comprado era bastante floja y para compensarlo tomaban mucho más alcohol o más Valium. Pero la cuestión es que, en esencia, su adicción no pareció verse afectada. No había cambiado nada.

No era este un caso aislado. Se había apreciado algo parecido en aquellas otras ciudades de América del Norte en que el tráfico de heroína había quedado bloqueado durante algún tiempo, fuera por la intervención de la policía o por las huelgas de estibadores que hacían imposible la descarga de mercancías.²

Era algo desconcertante. Alguien deja de tomar drogas y, sin embargo, sigue experimentando la adicción prácticamente igual que antes.³ ¿Cómo podía explicarse algo así?

Cuando regresó a la universidad, Bruce enseñó a sus estudiantes que la adicción a las drogas está menos relacionada con las sustancias psicoactivas de lo que suponemos. A ellos, como a todos nosotros, les habían contado que uno de los peores aspectos de la adicción a la heroína son los insoportables efectos de la dependencia física. Henry Smith Williams creía que este proceso era tan angustioso que podía llegar a provocar la muerte del adicto. Bruce, en cambio, veía a menudo adictos con síndrome de abstinencia, y sus síntomas eran generalmente de escasa importancia; en el peor de los casos, como los de una gripe.⁴ Es algo

tan contradictorio respecto a lo que nos han contado que parece del todo imposible, aunque hoy en día los médicos coinciden en señalar que eso precisamente es lo habitual. Si la dependencia física provoca algún sufrimiento es justamente que, al abandonar la heroína, vuelven los males psicológicos de los que la persona huía con ayuda de la droga.

Bruce solía llevar adictos del Downtown Eastside a sus clases para que hablaran ante sus alumnos, y en una de esas ocasiones fue un drogadicto que les contó su vida y luego respondió a las preguntas de los estudiantes.

Uno de los chicos de la clase intervino:

—Nuestro profesor dice que los síntomas del síndrome de abstinencia no son tan malos en realidad. Que no son como aparecen en las películas y en los medios de comunicación. ¿Es cierto eso?

—Así que dice que no son tan graves, ¿eh? —respondió el drogadicto—. ¿Y dice también que no te hace subirte por las paredes y trepar con las uñas? [...] Bien, no sé si os habéis dado cuenta pero justamente ahora estoy pasando el síndrome de abstinencia.⁵

Y efectivamente era así. Se sorbía un poco la nariz y sudaba.⁶ Eso era todo.

Los investigadores John Ball y Carl Chambers comprobaron que, según la literatura médica de la época, entre 1875 y 1968 no había muerto un solo heroinómano por síndrome de abstinencia.⁷ Los únicos que habían fallecido eran aquellos que ya estaban demasiado débiles. En el caso de Billie Holiday, por ejemplo, el síndrome de abstinencia propició su muerte porque entonces estaba gravemente enferma del hígado, de la misma manera que un simple resfriado puede provocar la muerte de un niño de cinco años.

En otra de sus clases, Bruce estaba explicando que las sustancias químicas no son la causa principal de la adicción cuando un alumno levantó la mano.

—Eso es una estupidez —dijo—, porque sabemos muy bien por qué la gente se droga. Lo hacen porque la heroína se apodera de su cerebro en cuanto entra en su cuerpo [...], y la prueba está en esos estudios con ratones que nos demuestran que es cierto.

Como ya he señalado, la demostración más clara de la teoría farmacológica de la adicción se había llevado a cabo en una serie de experimentos realizados con ratones durante varios años.⁸ Aunque quien lo

explica mejor es un anuncio de la televisión norteamericana muy popular en la década de 1980 que estaba sufragado por la Asociación por una América Libre de Drogas. En él se ve a un ratón en primer plano lamiendo una botella de agua, mientras una voz en *off* dice: «Solamente una droga puede ser tan adictiva. Nueve de cada diez ratones van a consumirla. Y vuelven a hacerlo una y otra vez. Hasta que mueren. Esa droga se llama cocaína. Y a usted puede hacerle lo mismo que a los ratones».⁹ Los animales corren de un lado a otro como locos hasta que —como en una película de terror— caen muertos. Por aquella época se habían efectuado

experimentos similares con ratones para demostrar la capacidad adictiva de la heroína y de algunas otras drogas.

Pero, al revisar los experimentos, Bruce reparó en una cosa. Los ratones estaban en una jaula vacía. Los habían dejado allí solos, sin juegos, sin actividad posible y sin ningún compañero. No podían hacer otra cosa que drogarse.

¿Y qué pasaría, se preguntaba Bruce, si el experimento se plantease de una manera distinta?¹⁰ Con la ayuda de algunos colegas construyó dos series de jaulas para ratones de laboratorio. En las primeras vivían como en el experimento original, en completa

soledad, sin más compañía que la de su dosis. Las segundas, en cambio, eran como un paraíso para ratones. Tenían las paredes forradas de madera contrachapada y en su interior había todo lo que un ratón puede desear: ruedas giratorias y bolas de colores, buena comida y otros ratones para solazarse y tener sexo.¹¹

Bruce lo llamó Rat Park [el Parque de los Ratones].¹² En sus experimentos, los ratones de ambas jaulas tenían a su alcance un par de botellas. La primera contenía agua. La segunda llevaba morfina, un opiáceo que los ratones procesan de manera similar a los humanos y que se comporta como la

heroína cuando entra en el cerebro. Al final de la jornada, Bruce o alguna persona de su equipo pesaban las botellas para determinar en qué medida los ratones habían preferido tomar la droga y en qué medida habían optado por no intoxicarse.

Y lo que descubrieron era impresionante. Por una parte, los ratones de las jaulas aisladas consumían hasta 25 miligramos de morfina diarios, como en el experimento original. En cambio, los ratones de las «jaulas felices» apenas tomaban morfina (algo menos de 5 miligramos). «Estos chicos [los del Rat Park] tienen el suministro [de morfina] asegurado durante las

veinticuatro horas y no la consumen», decía Bruce. Estos ratones no se provocan la muerte, porque prefieren dedicar su vida a hacer otras cosas.

Por lo tanto, los experimentos del pasado parecían a todas luces erróneos. No es la droga lo que provoca la conducta nociva: es el ambiente. Un ratón aislado casi siempre acabará siendo un yonqui. Un ratón que disfruta de una buena vida casi nunca lo será, por muchas drogas que tenga a su disposición. Y es que como decía Bruce, la adicción no es una enfermedad. Es una adaptación. La adicción no está en ti: está en la jaula donde vives.

Bruce y sus colegas siguieron perfeccionando el experimento, para comprobar hasta qué punto el ambiente influye en la compulsión de consumir sustancias químicas.

Para ello cogió un grupo de ratones y les hizo beber dentro de su jaula, aislados, una solución de morfina durante cincuenta días seguidos.¹³ Si es cierto que las drogas se apoderan del cerebro, en este caso desde luego que sería así. Luego trasladaron a estos yonquis al Rat Park. ¿Seguirían consumiendo droga compulsivamente si el ambiente era mejor? ¿Se había apoderado la droga de ellos?

En el Rat Park, los ratones yonquis parecían sufrir algunos de los síntomas del síndrome de abstinencia, pero al poco tiempo dejaron de beber la morfina. Por lo visto, un ambiente social placentero los liberaba de su adicción. «Nada de lo que hemos intentado [en el Rat Park] —escribe Bruce— desataba en los ratones un fuerte apetito de morfina ni tampoco provocaba algo semejante a la adicción.»¹⁴

Como es natural, Bruce quería saber si sus descubrimientos podían aplicarse también a los seres humanos. Y por extraño que parezca, un

experimento humano de gran magnitud y carácter similar se había llevado a cabo muy poco antes. Es lo que llamaron la guerra de Vietnam.

Como decía la revista *Time*, en el sudeste asiático la heroína estaba tan extendida entre los soldados como la goma de mascar.¹⁵ Y no era precisamente una exageración de la prensa: según un estudio publicado por la revista *Archives of General Psychiatry* que más adelante sería citado por muchos escritores, alrededor del 20 % de los soldados norteamericanos se habían enganchado a la heroína en Vietnam.¹⁶ Es decir, que había más adictos a la heroína sirviendo

en el ejército de Estados Unidos de los que había en el territorio nacional.¹⁷ El estamento militar se había mostrado muy enérgico en su combate contra el consumo de marihuana entre los soldados, para lo cual enviaban perros adiestrados en la detección de marihuana e imponían arrestos a toda la tropa; pero es que además eran muchos los hombres —incapaces de afrontar aquella presión sin la ayuda de un relajante— que se habían pasado a la heroína, una droga que los perros rastreadores todavía no sabían localizar.¹⁸ Robert Steele, senador por Connecticut, regresó pálido de la jungla y solo acertó a decir: «El soldado que

en nuestros días va a Vietnam del Sur tiene mucho más riesgo de convertirse en un adicto a la heroína que de caer muerto en el campo de batalla». ¹⁹

Como es natural, en Estados Unidos eran muchos los que estaban atemorizados. Tarde o temprano, aquella guerra terminaría y entonces las calles del país se iban a ver ocupadas por una cantidad inaudita de adictos a las drogas. Por entonces aún se creía en la teoría farmacológica de la adicción, ya que se consideraba que era la única correcta. El cerebro y el cuerpo del yonqui, se decía, era conquistado por la droga, así que, como advertía Harold Hughes, senador por Iowa: «En las

grandes ciudades de nuestro país, la era de Al Capone será dentro de unos meses una comida campestre en comparación [con lo que se nos viene encima]». ²⁰

Pues bien, la guerra terminó y los soldados regresaron a casa. Y en poco tiempo sucedió algo que nadie esperaba. Un estudio publicado en la revista *Archives of General Psychiatry* —al que podían acceder personas de cierto nivel en todo el país— muestra que el 95 % de ellos dejaron de consumir droga al cabo de un año. ²¹ Por una parte, los adictos que se sometían a tratamientos de desintoxicación y rehabilitación no tenían más probabilidades de dejar las drogas que

aquellos que no recibían ningún tratamiento. Por otra, había un número bastante exiguo de veteranos de guerra que siguieron drogándose. Se trata de adictos que, o bien habían sufrido una infancia complicada, o bien consumían drogas antes de ser enviados a Vietnam.²²

Si damos crédito a la teoría de que las drogas nos secuestran el cerebro y nos convierten en esclavos de las sustancias químicas —la teoría en que se ha basado la guerra de las drogas desde la época de Anslinger—, entonces la situación que acabamos de describir no tiene sentido. Pero es que hay otra explicación posible. Como explica el

escritor Dan Baum: «Saca a un hombre de una jungla apestosa donde personas que no puede ver tratan de matarlo por razones que no entiende y, ¡bingo!, su necesidad de inyectarse heroína desaparece». ²³

Después de lo que había aprendido, Bruce empezó a elaborar su propia teoría, una que entraba en contradicción con lo que hasta entonces se había dicho sobre la adicción, pero que era la única que podía brindar una explicación a todas estas pruebas. Si nuestro ambiente es como el Rat Park —una comunidad segura y feliz con vínculos sanos y actividades placenteras a nuestra disposición— no seremos especialmente

vulnerables a la adicción. Si nuestro ambiente por el contrario es como el de las jaulas de ratones —en el que uno se siente solo, impotente e inútil—, entonces sí que seremos propensos a la adicción.

Cuando Bruce me lo está explicando, me viene a la mente el Agujero de Tent City, en pleno desierto de Arizona. Allí, para castigar a los adictos, los guerreros de la droga en realidad han creado las condiciones que más probabilidades tienen de producir adicción y de hacerla más intensa.

Bruce, en consecuencia, cree que la brecha existente entre el 90 % que consume drogas sin problemas y el 10% que no puede hacerlo no es algo que venga dado de antemano. Es más bien producto de las condiciones sociales y, por lo tanto, puede variar si cambian dichas circunstancias.

Los ratones en jaulas aisladas y los soldados de Vietnam no eran «secuestrados» por aquellas sustancias químicas que tenían a mano. Solo intentaban afrontar el desmoronamiento de todo lo que daba sentido y alegría a sus vidas. Su entorno se había convertido en un lugar insoportable para ellos y, por eso, cuando no se podían

marchar, preferían evadirse mentalmente. Si más adelante lograban volver a tener una vida plena, ya no sentían la necesidad de tomar drogas y de ahí que pudieran dejarlas con suma facilidad.

La clave para comprender la causa oculta de la adicción, según decía Bruce, se hallaba sobre todo en una idea que se imponía sobre las demás: la desorientación.²⁴ El verse privado de sentido. Y a partir de ahí fue dando forma a su teoría en un libro magnífico, *The Globalization of Addiction*.

Para empezar era preciso saber por qué se había producido esa desorientación. Los seres humanos han

evolucionado a partir de pequeñas comunidades de cazadores y recolectores de la sabana africana. La tribu era entonces la única forma que tenían de sobrevivir. Si un hombre era expulsado de la tribu y de sus rituales, se sentía el más desgraciado de los mortales, pues en la sabana un hombre solo frente al mundo estaba condenado a morir. Los humanos, por lo tanto, parecen haber evolucionado con una profunda necesidad de establecer vínculos, porque es algo esencial para seguir vivo.

Bruce empezó a pasar revista a la historia de la humanidad para ver en qué momentos se presentaba la adicción

entre los seres humanos, y así descubrió que una y otra vez esta aparecía inevitablemente cuando las personas se ven privadas de sus vínculos. A los pueblos nativos de América del Norte, por ejemplo, se les privó de sus tierras y de su cultura y desde entonces habían caído de manera aplastante en el alcoholismo. En el siglo XVIII, las clases menesterosas de Inglaterra tuvieron que abandonar sus hogares en el campo para instalarse en ciudades temibles repartidas por todo el país y, como consecuencia, se extendió como una epidemia la Gin Craze [la locura de la ginebra].²⁵ Los centros urbanos de las ciudades de Estados Unidos estaban en

las décadas de 1970 y 1980 atestados de personas que habían perdido su empleo en la fábrica y que quedaban aisladas respecto de su entorno, y por ello no es extraño que al final de la cadena de montaje ya clausurada estuviera aguardándoles una pipa de crack. En las décadas de 1980 y 1990, las zonas rurales de Estados Unidos veían languidecer sus mercados y sus subsidios y caían irremediabilmente en atracones de metanfetaminas.²⁶

Bruce llegó entonces a la conclusión de que, como él mismo decía, «si en la actualidad hay tanta adicción a las drogas es porque nuestra sociedad, hiperindividualista, en

continuo movimiento y sacudida por la crisis hace que mucha gente se sienta aislada, tanto en términos sociales como culturales. Para combatir el aislamiento sistemático buscan algo que pueda proporcionarles alivio. Y ese alivio temporal se lo proporciona precisamente la adicción a las drogas [...], porque les permite escapar de sus sentimientos, dejar aletargados los sentidos y vivir una vida en las drogas que sería el sustituto de una vida plena».²⁷

Esta teoría no contradice los descubrimientos de Gabor. En realidad ahonda en ellos. Los niños que han sido abandonados, maltratados o violados — como, por ejemplo, la madre de Chino y la propia Billie Holiday— no confían fácilmente en los demás ni son capaces de establecer vínculos sociales sanos a la primera y, en consecuencia, a menudo acaban aislados de sus semejantes, como los ratones que están solos en su jaula y, por tanto, sufriendo las mismas consecuencias que estos.

El profesor Peter Cohen, buen amigo de Bruce, ha señalado que deberíamos dejar de utilizar la palabra «adicción» y emplear en su lugar un

término nuevo: «vinculación».²⁸ Los humanos necesitan establecer vínculos afectivos. Es uno de nuestros impulsos primarios. Por consiguiente, si no somos capaces de establecer lazos emocionales con nuestros semejantes, buscaremos algo que sustituya a ese contacto, ya sea la pornografía, el crack o los juegos de azar. Si la única forma que tiene una persona de establecer vínculos que aporten apoyo o sentido a su vida es viendo mujeres desnudas en su ordenador, fumando crack o jugando a la ruleta, entonces volverá a ellos una y otra vez, obsesivamente.

Dean Wilson, un adicto a la heroína y el crack que se está recuperando en el Downtown Eastside, me lo expresó muy claramente: «La adicción —decía— es un mal de la soledad».

El Rat Park parece rellenar algunas de las lagunas en nuestra concepción de la adicción, pero todavía nos deja abierta una incógnita. ¿Qué es lo que sucede en las épocas de escasez de heroína?

Las personas sin recursos tratarán de alterar su conciencia para aplacar el dolor que sienten. Es algo perfectamente comprensible. Ahora bien, los

heroinómanos con los que trabajaba Bruce en el Downtown Eastside en realidad no estaban drogados en las épocas en que la policía tenía estrechamente vigilado el puerto de Vancouver. Desde el punto de vista físico no había ningún cambio en el estado de su mente y, sin embargo, seguían haciendo lo que hace todo yonqui, es decir, inyectarse unos polvos blancos en el brazo, aunque en su caso sin efecto alguno. ¿Y por qué lo hacían?

Bruce mismo se percata de que, en todos estos años de entrevistas a adictos acerca de sus vidas, ellos estaban facilitándole la respuesta a dicha

pregunta todo el tiempo. «Me lo contaron una y otra vez, hasta que al fin caí en ello», me asegura Bruce.

Antes de caer en la droga estos jóvenes estaban aislados, viviendo una vida sin sentido. A lo más que podían aspirar la mayor parte de ellos era a un trabajo miserable con un salario por debajo del mínimo legal; es decir, a pasarse la vida friendo hamburguesas sin más aliciente que la televisión y algún objeto de consumo adquirido a duras penas con su exiguo salario. «Básicamente mi trabajo consistía en decirles que tenían que abandonar las drogas —me cuenta Bruce—. Pero un día vino a verme un chico que me lo

explicó maravillosamente. “Vale, y entonces dime, ¿qué voy a hacer si dejo las drogas? Seguro que podría trabajar de limpiador o de algo parecido, ¿verdad que sí?”.» Pues bien, comparado con eso, añadió el chico, «“lo que estoy haciendo ahora es mucho mejor. Ahí fuera tengo a mis amigos y juntos hacemos cosas fantásticas como robar tiendas o salir de putas”». Los adictos entonces forman parte de un mundo en que, acompañados de algunos de los suyos, se lanzan a una cruzada; esto es, a una lucha continua, a la desesperada, en la que roban para comprarse drogas, huyen sin descanso

de la policía, tratan de mantenerse fuera de la cárcel y, sobre todo, intentan mantenerse a salvo.

Si el problema es la ausencia sistemática de lazos sociales, entonces parte de la solución sería establecer vínculos con la propia heroína y su capacidad para proporcionar alivio al individuo. Pero la parte más importante reside en la formación de vínculos con la subcultura que va asociada a la heroína: la tribu de compañeros adictos embarcados en la misma misión y enfrentándose juntos a las mismas amenazas y riesgos de muerte que todos ellos sufren a diario. Eso da a los adictos algo con lo que identificarse.

Ahora tienen una vida llena de altibajos en lugar de una vida monótona hasta la saciedad. El mundo empieza a considerarlos y a serles hostil, cosa que no hace sino demostrar que existen y que todavía no están muertos.

La heroína ayuda a los adictos a afrontar el dolor de ser incapaces de establecer lazos normales con otras personas. Es la subcultura de la heroína la que aporta esos vínculos con los demás.

La primera vez que escuché esta teoría me pareció extraña y algo discordante con la realidad. La vida de un drogadicto sin recursos es horrorosa. En cualquier momento puede caer

muerto a causa de una partida de droga adulterada, de hipotermia, de una violación o de la intervención de la policía. Al igual que Bruce, tuve que darle muchas vueltas y aplicarla a casos concretos de adictos que conocía antes de entenderla del todo.

Recuerden: cuando no había heroína, ellos seguían actuando como drogadictos. Lo más espeluznante es que, como señala Bruce, «es mucho mejor ser un yonqui que no ser nada, y esa es la alternativa que tenían estos chicos: no ser nada de nada». Por eso cuando el suministro de heroína se reducía a cero, «ellos mantenían la esencia de su adicción a la heroína, es

decir, la adicción a una subcultura determinada». Si durante toda la vida te han dicho que eres una nulidad, entonces adoptar la identidad de una nulidad, adoptar el resto de los elementos de esa nulidad, vivir como una nulidad..., todo eso parece mejor que la soledad.²⁹

Como decía uno de los adictos de Bruce: «Es vida. Y vivir es mejor que no vivir».

Cuando entrevisté a Gabor y Bruce quería que me convencieran; pero en el fondo era algo escéptico. ¿Qué es lo que defiende esta argumentación? No es lo que la mayor parte de nosotros creemos.

Por muy convincentes que ambos parecieran, seguía habiendo algo en mi interior que me hacía pensar que, *evidentemente*, son las sustancias químicas las causantes de la adicción. Parece lo *lógico*.

Quien mejor podía refutar las ideas de Gabor y Bruce, era, en mi opinión, Robert DuPont. DuPont es el fundador del Instituto Nacional sobre el Abuso de Drogas (NIDA, por sus siglas inglesas), organización que financia el 90 % de las investigaciones mundiales acerca de las sustancias psicoactivas. Es además un científico de renombre que ha creado muchas de las expresiones metafóricas que nos permiten entender las drogas en

la actualidad. Yo lo localicé en el congreso que celebraba en Estocolmo la Federación Mundial contra las Drogas, en el que durante sus dos días de sesiones tuve oportunidad de conocer a activistas antidroga de todo el mundo. DuPont, oriundo de Ohio, es un hombre alto, delgado y bastante afable a quien correspondió pronunciar el discurso principal de la reunión, un elocuente llamamiento a la guerra contra las drogas que resumía el espíritu de un encuentro en el que se advirtió de los riesgos inherentes a unas sustancias que pueden «secuestrar» el cerebro y convertir al adicto en un esclavo.³⁰

DuPont me permitió exponerle algunos de los puntos débiles de esta teoría, mostrándose en todo momento muy receptivo. Para empezar le pedí que me dijera qué efectos negativos de las drogas creía él que se ven impulsados por la propia concepción farmacológica. Se me quedó mirando, indeciso.

—Bien, a diferencia de otros... — empezó a decir, y luego se quedó callado.

Le mencioné entonces los traumas infantiles y el aislamiento. DuPont me miró de nuevo, indeciso.

—El ambiente —me dijo— desempeña un papel importante, sin duda. —Y a continuación nombró el

único elemento ambiental que él consideraba: si las drogas son legales o no. El consumo de drogas debía seguir siendo considerado un delito, pues de lo contrario, decía, se dispararía. Traté entonces de que reconociera algunos factores más, pero ese fue el único que admitió.

Su reacción me dejó un tanto desconcertado, así que pasé a otro asunto.

—El instituto que usted ha creado —dije— asegura que las drogas convierten al adicto en un esclavo de las sustancias químicas (es decir, que dichas sustancias se apoderan del individuo), pero entonces no entiendo

cómo encaja esta visión con los estudios en que se defiende que gran parte de los adictos pueden abandonar las drogas sin ningún problema. ¿Cómo actúa esa esclavitud? Después de todo, Frederick Douglass* no podía salir de la plantación cuando le venía en gana.

DuPont, asombrado, se me quedó mirando con gesto pensativo.

—Eso está muy bien traído —dijo al cabo—. Nunca lo había considerado desde esa perspectiva. La esclavitud de hace dos siglos no tiene parangón, qué duda cabe. La esclavitud de las drogas —añadió— es más bien algo menor comparado con aquello.

Ambos nos sonreímos un tanto incómodos. Pasé entonces a otra de las expresiones metafóricas utilizadas por su organización: que las drogas «secuestran» al adicto. Pero todos sabemos que los secuestros no suelen terminar con los rehenes abandonando libremente a sus captores.

—Cierto, es solamente un secuestro parcial, por decirlo así —replicó—. Algo que usted, una vez más, ha sabido ver muy bien.

Me sentí desconcertado. Estas son las expresiones clave sobre las que se sustenta la teoría tradicional de la adicción, y tenía ante mí a uno de los expertos más sobresalientes en la

materia, que participaba precisamente en un congreso centrado en tales ideas. Pero cuando quise saber, sin entrar en demasiados detalles, cómo encajaba su teoría de la adicción con la influencia que ejerce el ambiente en sentido amplio, me dijo —muy cordialmente, eso sí— que nunca se había parado a pensarlo. Precisamente él, la persona que ha creado el mayor centro de investigación sobre las drogas del mundo, me estaba diciendo que no tenía ni idea de tales teorías alternativas. Por lo visto, no sabía quiénes eran Gabor y Bruce, ni tenía conocimiento de los estudios realizados por personas como ellos.

En honor a la verdad he de decir que, cuando leí detenidamente la literatura científica, me di cuenta de que no era un fallo de DuPont. Al parecer era un error muy extendido entre los científicos de su campo, incluso entre los mejores. La inmensa mayoría centraba su atención en la bioquímica y en el cerebro. Las cuestiones que preocupaban a Bruce y Gabor —cómo es realmente el consumo de drogas en las calles— se dejaban de lado. Nadie, me decían una y otra vez, quiere financiar estudios sobre algo así.

¿Y por qué no? Para averiguarlo recurro a Carl Hart, profesor de la Universidad de Columbia y uno de los

mayores expertos del mundo en la manera en que afectan las drogas a nuestro cerebro. Él me cuenta que, cuando se explican estos hechos a científicos que han construido sus carreras sobre ideas simplistas de las drogas, estos suelen responder sin un ápice de vergüenza algo así: «Verá usted, esto es lo que yo considero, y no tengo nada más que decir». Eso es lo que saben. Es sobre lo que han labrado sus carreras. Y si alguien les plantea alguna idea que eclipse las suyas, no le hacen caso. Ante lo cual planteo al profesor Hart la siguiente pregunta: ¿de verdad puede ser tan vacía nuestra concepción de las drogas? «¿Que si

puede ser tan vacía? Creo que usted lo ha visto por sí mismo: es exactamente así. [...] Fíjese en las pruebas. No son más que fachada. [...] Puro artificio.»

¿Y entonces por qué se sigue defendiéndolas? ¿Por qué no han eclipsado los científicos que tienen ideas mejores y más precisas a los que defienden las teorías más antiguas? Hart me lo dice sin rodeos: porque prácticamente todos los fondos destinados a la investigación de sustancias psicoactivas son suministrados por Gobiernos que participan en la guerra contra las drogas, y naturalmente estos solo encargan estudios que refuercen las ideas que

ellos defienden. Es cierto que hay teorías distintas con derivaciones innovadoras, pero ¿por qué iban a tener interés en asignarles fondos?

Eric Sterling es el abogado que redactó las leyes antidroga para Estados Unidos entre 1979 y 1989. Cada vez que se planteaba un proyecto de ley sobre drogas, ahí estaba él dándole forma. Cuando nos vimos en su despacho de Maryland me dijo que, si algún científico realizara alguna vez una investigación con fondos públicos en la que se planteara algo que fuera más allá de la teoría convencional de las drogas, esto es, la del secuestro del cerebro, él sabía muy bien lo que sucedería. La

directora del NIDA tendría que comparecer ante un comité del Congreso, porque, afirmarían, se había vuelto loca. Es muy posible que fuera despedida y, si no, se le pondría freno en el acto. Todas las personas que dirigen estudios para el NIDA —y no olvidemos que estos constituyen el 90 % de la investigación mundial sobre drogas— son conscientes de ello.

De ahí que prescindan de todas las demás pruebas, centrándose única y exclusivamente en los efectos químicos de las sustancias psicoactivas. No están mintiendo, cierto, pero solo ofrecen una parte de la verdad. Y es que existe un

potente freno político que impide la exploración de esas verdades más profundas.

Eso, precisamente, es lo que había sucedido en el caso de Bruce. Una vez que quedó clara la naturaleza de sus hallazgos, la universidad dejó de proporcionar fondos a la investigación del Rat Park antes de que el equipo tuviera oportunidad de profundizar en muchas de las cuestiones que el experimento planteaba. Años más tarde, Bruce se enteraría, gracias a un destacado miembro de la universidad, que si tomaron esa medida fue porque el Rat Park les ponía en una situación

delicada. Algo tan alejado de la perspectiva convencional de la adicción era, a su entender, descabellado.

Para una persona como Bruce, educada en el seno de una familia conservadora conforme a los principios de la austeridad militar, la experiencia del Rat Park y las carencias de heroína fue un descubrimiento asombroso que cambió por completo su visión del mundo. «Fue algo impresionante. De pronto descubres que algo en lo que creías, algo que considerabas fundamental, resulta que es falso. Simple y llanamente, falso», me contaba Bruce.

Al principio esperaba que sus hallazgos hicieran volar en pedazos el campo científico de la adicción y abrieran el camino a un amplio espectro de investigaciones acerca del modo en que esta actúa en realidad. Como él decía, estaba preparado para su «paseo por la calle de la fama». Pero en cambio se encontró con que sus descubrimientos eran ignorados como si, simplemente, no hubiesen existido. «Que unas pruebas como aquellas fuesen marginadas por completo era algo increíble —me cuenta—. Creo que, por decirlo de algún modo, aquello envenenó mi forma de ver la vida.»

Ningún otro investigador ha recibido fondos para repetir el experimento del Rat Park.

Cuando paseaba por las calles de Vancouver tratando de digerir las implicaciones del caso de Bruce, me vino a la mente algo que sucedió al comienzo de esta historia y que se me había pasado por alto.

Al principio tenía en mente tres cuestiones que no conseguía entender. Primero, ¿por qué la guerra contra las drogas comenzó cuando lo hizo, a comienzos del siglo xx? Segundo, ¿por qué el mensaje de Harry Anslinger era

tan bien recibido? Y, por último, si con el tiempo se puso de manifiesto que dicha guerra provocaba el efecto contrario a lo previsto —porque estaba aumentando la adicción y alimentando la delincuencia de forma brutal—, ¿por qué se optó por su intensificación y no por su cese inmediato?

La respuesta, a mi entender, se encuentra en los propios avances de Bruce.

Como explicaba Bruce en una conferencia impartida en Londres en 2011: «Los seres humanos solamente se hacen adictos a las drogas cuando no pueden encontrar algo mejor por lo que vivir y cuando necesitan

desesperadamente llenar el vacío que amenaza con destruirlos». Y añadía: «La necesidad de llenar el vacío de nuestro interior no es algo exclusivo de los adictos a las drogas, sino que, en mayor o menor medida, afecta a la inmensa mayoría de las personas de nuestra época». ³¹

La sensación de desorientación se ha extendido en nuestras sociedades de la misma manera que un cáncer de huesos por el siglo xx. Todos la sentimos en nuestras vidas: ahora tenemos más riqueza, pero menos conexiones con los demás. Son muchos los estudios que demuestran que no se trata de una sospecha sin fundamento,

pero por el momento baste citar solo uno de sus resultados: el número de amigos que por lo común tiene una persona ha caído en picado.³² Cada vez estamos más solos y por eso somos cada vez más adictos a las drogas. Aquí lo que está en juego —apunta Bruce— «es cómo podemos aprender a manejar la adicción en la época actual». El mundo moderno tiene ventajas increíbles pero también lleva en su seno una fuente de estrés que ninguna otra época tuvo: la desorientación. «La vida en comunidades atomizadas y hechas pedazos, y todo por obra nuestra, es algo

que no forma parte de la evolución humana ni de la evolución de ninguna otra sociedad», me dice.

Pero es que el asunto no se queda ahí. Al mismo tiempo que vemos cómo nuestros vínculos con los demás se van debilitando, por otra parte nos dicen —incesantemente, bombardeándonos día tras día con la maquinaria de la publicidad— que invirtamos nuestras esperanzas y nuestros sueños en un objetivo bien distinto: en las compras y los objetos de consumo. Como me decía Gabor: «Nuestra economía se basa en el impulso continuo de necesidades y deseos falsos con la finalidad de vender productos. Por eso no es extraño que la

gente esté siempre buscando su satisfacción y realización personal en los productos que compra». Esta es una de las razones clave por las que, insiste, «vivimos en una sociedad dominada por la adicción». Nos hemos separado de nuestros semejantes y ahora volcamos nuestra felicidad en cosas materiales; pero los objetos no pueden aportarnos más que una satisfacción insignificante.

Y precisamente aquí es donde entra en juego la guerra de las drogas. El proceso antes descrito se inició en los albores del siglo XX y justo después empezó la guerra contra las drogas. Por lo tanto no estalló por el pánico a ciertas razas. Si se desencadenó fue por el

pánico a la adicción, que obedecía a una causa concreta. Y esa causa no era el aumento del consumo de drogas. Era el incremento de la desorientación entre las personas.

La guerra contra las drogas empezó en ese preciso momento porque había un miedo generalizado al impulso de la adicción que todos albergamos en nuestro interior y que, en una sociedad de personas aisladas, se extendía por todas partes. ¿Podría decirse entonces que, de la misma manera que un pastor evangélico clama contra los gais porque teme su propia inclinación a la homosexualidad, la sociedad arremete

igualmente contra los adictos porque a todos nos asusta nuestra creciente tendencia a la adicción?

Tras mi último encuentro con Bruce me senté en un banco de Pigeon Park, un pequeño recinto de hormigón en el Downtown Eastside en que los adictos beben, charlan y compran drogas, y traté de entender cómo afecta todo esto a la manera en que concebimos la guerra contra las drogas en la actualidad.

Bruce sostiene que en nuestros días, cuando pensamos en los tratamientos de la adicción, los contemplamos desde una sola

perspectiva: la del individuo. Creemos que el problema está en el adicto y que él o ella tiene que arreglárselas solo o apoyado por sus amigos adictos.

Pero eso es —arguye Bruce— como contemplar los ratones de las jaulas aisladas y considerar que algo falla en su moral; es decir, no comprender nada del asunto. Por lo tanto, debemos enfocar bien nuestra mirada, como si observáramos una imagen tridimensional sin gafas, y entender que el problema no está en ellos sino en nuestra propia cultura. Debemos dejar de pensar en la

recuperación personal del individuo, concluye, y pensar más en su «recuperación social».

Si enfocamos el asunto desde esta perspectiva, entonces la cuestión a la que ha de dar respuesta nuestra política sobre las drogas también cambia. El objetivo prioritario ya no será la contención de la adicción a base de amenazas y medidas coercitivas para que los ciudadanos se mantengan alejados de las drogas. Ahora de lo que se trata es de cómo podemos sentar las bases de una nueva sociedad donde no nos sintamos tan solos y tan temerosos y donde podamos empezar a establecer vínculos sociales más sanos. Una

sociedad, en suma, en la que podamos buscar la felicidad en los demás y no en el consumo.

Todas estas son cuestiones cruciales cuyas implicaciones van más allá de la propia guerra de las drogas y del objetivo de estas páginas. Pero es preciso darles respuesta. Si no hemos sido capaces de reducir la adicción es porque, en mi opinión, nos hemos planteado las preguntas equivocadas.

Bruce considera que esta situación provoca algo peor que la guerra contra las drogas. Desconectados de los demás, aislados, todos nos convertimos en adictos, y nuestra mayor adicción, desde el punto de vista cultural, es la compra y

el consumo de productos que no necesitamos y que en realidad tampoco queremos.

En el fondo todos sabemos que eso no da la felicidad, ya que nos obliga a trabajar hasta la extenuación para comprar los nuevos objetos de consumo que hemos visto en anuncios publicitarios por todas partes. Y, sin embargo, seguimos haciéndolo continuamente, día tras día. De hecho es a lo que dedicamos más tiempo a lo largo de nuestras vidas. Pero podríamos dedicarle mucho menos. Podríamos trabajar menos y, en consecuencia, comprar menos productos. De esa manera protegeríamos el medio

ambiente —nuestro hábitat natural— de la destrucción sistemática de que es objeto. Pero si no lo hacemos es porque vivimos aislados en nuestras jaulas individuales. En este ambiente, la reducción del consumo es una idea que en realidad nos da pánico. Según Bruce, todo esto no hace sino rellenar el hueco dejado por las relaciones humanas que no tenemos.

Si no aprendemos la lección del Rat Park —sostiene Bruce—, nos enfrentaremos a un problema mucho peor que la guerra de las drogas. Viviremos en un planeta devastado por

el consumo masivo, que sin lugar a dudas es la adicción más profunda y más destructiva de nuestros días.

Durante los meses siguientes me dediqué a repasar mis entrevistas con Bruce y Gabor y en mi intento de entender bien lo que me estaban contando siempre acababa dándole vueltas a una cuestión elemental. Ambos me habían convencido de que hay elementos significativos en la adicción que no tienen relación alguna con las drogas en sí mismas. Sin embargo, sería absurdo decir que tales sustancias no desempeñan ningún papel en la adicción

al tabaco o al crack, por citar dos ejemplos. Entonces ¿qué parte de la adicción es debida a las sustancias en sí y qué parte obedece a factores sociales? ¿Y qué porcentaje representa cada una?

Cuando estaba informándome sobre el asunto di con un experimento — descrito en la obra de un científico extraordinario llamado Richard DeGrandpre— que nos proporciona una respuesta bastante precisa en lo que a porcentajes se refiere. Puede que usted mismo, sin saberlo, sea uno de los objetos de estudio de dicho experimento en estos mismos momentos.

Cuando se inventaron los parches de nicotina a principios de la década de 1990, los representantes del sistema de salud pública estaban muy esperanzados. Ellos creían en la teoría de la adicción más habitual en aquellos días: que la causa de la adicción reside en unos «ganchos» químicos que la droga oculta. Por eso, cuando alguien se droga durante un tiempo, su cuerpo empieza sentir ansia y necesita la sustancia de un modo físico. Es algo bastante fácil de entender. Cualquiera que haya intentado dejar la cafeína sabe que los enganches químicos sí que existen: yo mismo estoy intentándolo mientras escribo estas líneas y me

tiemblan un poco las manos, me duele la

cabeza y acabo de llamarle la atención al chico que se sienta enfrente de mí en la biblioteca.

Es sabido que el tabaco genera una de las adicciones más fuertes que se conocen: dentro de las escalas de adicción farmacológica está clasificado junto a la heroína y la cocaína. Es además la sustancia que más muertes provoca.³³ Por cada 100.000 fumadores hay 650 que mueren a consecuencia del tabaquismo,³⁴ mientras que la cocaína solamente registra 4 muertes en la misma proporción.³⁵ Y en este caso sabemos muy bien cuál es el enganche químico del tabaco: la nicotina.

Pues bien, lo que hacen los parches de nicotina es satisfacer la necesidad física del fumador —la ansiedad que siente— mientras al mismo tiempo evitan algunas de las consecuencias verdaderamente dañinas del tabaco. Por lo tanto, si nuestra concepción de la adicción es correcta, los parches de nicotina registrarán un elevado porcentaje de éxito. El cuerpo, como sabemos, está enganchado a algo químico, de manera que en el momento en que lo consiga del parche de nicotina, se habrá eliminado la necesidad de fumar.

La farmacología de los parches de nicotina funciona a la perfección, ya que se está proporcionando a los fumadores la droga a la que son adictos. El nivel de nicotina en la sangre no disminuye cuando se usan parches y de ahí que la ansiedad química desaparezca. Ahora solo queda un problema, y es que, aunque lleve el parche puesto, la persona todavía tiene ganas de fumar. Según datos de la Secretaría de Salud Pública de Estados Unidos, solamente el 17,7 % de quienes llevan parches de nicotina son capaces de dejar de fumar.

¿Y por qué sucede algo así? Solo hay una explicación posible: que esté actuando algo que es mucho más

importante que la química de la propia droga. Si la eliminación de la ansiedad química supone el fin del 17,7 % de las adicciones de los fumadores, entonces el otro 82,3 % ha de tener otra explicación.

Ahora bien, un 17,7 % no es una cantidad insignificante. En realidad constituye un número elevado de personas que han conseguido mejorar su vida. Sería estúpido, y equivocado por nuestra parte, decir que la droga no tiene *ningún* efecto. Pero sería igualmente estúpido repetir aquello que venimos repitiendo desde hace cien años: que las sustancias químicas mismas son la causa *principal* de la adicción a las drogas.

Porque esta afirmación no se corresponde con las pruebas disponibles.

Este es uno de los aspectos menos resaltados en lo que al tabaco se refiere. Pese a tratarse de la droga más fuerte y que más muertes ocasiona en nuestra cultura, las sustancias químicas presentes en ella solo explican el 17,7 % de la compulsión de consumirla. El resto solo puede ser explicado mediante los factores descubiertos por Gabor y Bruce.

Para entender la lógica de estos datos hablé con muchos científicos, gracias a los cuales supe que en este caso hemos de distinguir claramente

entre dependencia física y adicción. La primera aparece cuando el cuerpo se queda enganchado a una sustancia química y, al tratar de detener su consumo, experimenta los síntomas del síndrome de abstinencia. Yo, por ejemplo, tengo una dependencia física de la cafeína, y esta mañana me está agujoneando a base de bien.

La adicción es algo distinto. Es un estado psicofisiológico caracterizado por el impulso irreprimible de consumir una droga para aumentar la sensación de calma, de excitación, de adormecimiento o de lo que quiera que nos provoque la droga en cuestión. El sufrimiento que me provoca la abstinencia de café habrá

desaparecido en dos días; pero dentro de dos semanas es posible que vuelva a sentir la urgente necesidad de volver a tener la mente centrada y entonces me convenza a mí mismo de que no pudo seguir sin cafeína. En ese caso no hay dependencia ni tampoco enganche químico: es sencillamente una adicción. Como podrán observar, es una diferencia crucial. Pues bien, resulta que lo que vale para la adicción a una sustancia suave y bastante inocua como es la cafeína, vale igualmente para el caso de una droga tan fuerte como las metanfetaminas. Y por eso vemos adictos que se pasan semanas sufriendo el síndrome de abstinencia mientras se

van desenganchando de las sustancias químicas, pero que algunos meses o años después experimentan una recaída a pesar de que el enganche químico ha desaparecido de su cuerpo hace tiempo. Ya no sufren dependencia física, pero sí que son adictos. En nuestra cultura, y durante los últimos cien años, nos hemos convencido de que una parte de la adicción que desde luego existe pero que es bastante menor, la dependencia física, constituye en realidad el cuadro entero.

«Es como si siguiéramos aplicando la física newtoniana en la época de la física cuántica —me dijo una noche Gabor—. Las leyes de Newton son muy

valiosas, qué duda cabe. Tienen en cuenta infinidad de variables, pero justamente no van a lo más importante.»

**QUINTA
PARTE**

Paz

CAPÍTULO

14

La revuelta de los adictos

Cuando estaba tratando de orientarme a través del complejo mundo del Downtown Eastside no paraban de decirme, una y otra vez, que este había experimentado un cambio radical en los diez últimos años. El barrio —insistían

— ha cambiado por completo. Ya no es lo que era. Es infinitamente mejor. Naturalmente yo quería saber cuál era el motivo de semejante transformación y cuando pedía que me lo explicaran solían contarme una historia en la que continuamente aparecía un nombre: Bud Osborn. Es un poeta, me decían. En realidad era un drogadicto sin hogar. Pero fue él quien cambió este barrio. Para los residentes se había convertido en una especie de personaje mítico. «Cuando conozcas a ese hombre —me decían—, lo entenderás.»

El día que lo llamé por teléfono no parecía encontrarse muy bien; y, para mi sorpresa, una granizada de conjeturas

negativas cayó sobre mí. «Vaya —pensé —, otro yonqui. Siempre lo mismo. Ni siquiera sé por qué me preocupo.» Pero rápidamente me dije a mí mismo: «¿De dónde diablos salen estas ideas?».

Decidí entonces acercarme al apartamento de Bud, a pocos pasos de la Portland Hotel Society donde trabajara Gabor, para reunirme con él. A mi llegada estaba esperándome en el pasillo. Era un hombre alto de unos sesenta y tantos años con una buena mata de pelo gris y un rostro juvenil sin una sola arruga. Me acompañó hasta el salón pasando por delante de enormes pilas de libros —de poesía, historia, jazz...—, y al rato me estaba hablando de un día de

hace unos veinte años, cuando él era una persona muy diferente, y el Downtown Eastside también era muy diferente, y todo parecía condenado al desastre. Esta es la historia, tal como él me la contó, del propio Bud, de sus amigos y de las personas contra las que se rebeló.¹

A Bud le parecía que no oía más que sirenas. Fuera de día o de noche, siempre igual, la misma cantinela cada quince minutos: una ambulancia que pasaba a toda velocidad haciendo sonar su sirena por el vecindario, *ni-no ni-no*;

y él que se preguntaba: «¿Será alguno de mis amigos? ¿A quién le habrá tocado esta vez?».

Bud era un adicto a la heroína de unos cincuenta y muchos años que no tenía dónde vivir y que veía cómo sus amigos iban cayendo en torno suyo.² Para entonces, mediados de la década de 1990, tenía ya una voz seca e inexpresiva, como si hubiese sido privada de emoción tiempo atrás, hasta que un día, cerca del parque, se topó con una india nativa llamada Margaret a la que conocía bastante bien. Él sabía que muchos de los miembros de su familia habían muerto de sobredosis uno tras otro, como tantas otras personas del

barrio, y no se le escapó el hecho de que aquel día estaba pálida y que quería decirle algo pero no sabía cómo.

Bud esperó a que la mujer se lo contara directamente.

Su prima acababa de morir de sobredosis y cuando su compañero encontró en casa el cadáver, rasgó las sábanas y se ahorcó; y todo eso había sucedido en presencia de un niño que estaba en su cunita, mirando. La mujer se dirigía en ese momento a una reunión familiar en la que iban a decidir quién se haría cargo del niño, explicó con expresión distante.

Mientras Margaret contaba su historia, Bud pensó en lo que había pasado él en su infancia, cuando vivía en Toledo, Ohio, y que ahora estaba a punto de sucederle a otro niño, y entonces sintió una voz en su interior que le decía: «Esto tiene que acabar». ³

«Pero ¿qué puedo hacer yo? —se preguntó él a su vez—. No soy más que un yonqui de la calle. No soy nadie.»

Echó una mirada a su alrededor. No conocía ni a una sola persona que se hubiera rebelado. «Muy bien —pensó—. Si he que ser yo quien se rebele, que así sea.»

Esta idea —y todo lo que siguió después— fue el germen de la primera rebelión de drogadictos contra el sistema creado por Harry Anslinger.

El mismo año en el que la madre de Gabor confiaba a su hijo a un desconocido cristiano en el gueto de Budapest, un piloto estadounidense llamado Walton Osborn sénior se encontraba a unos 250 kilómetros de allí, pilotando un bombardero que sobrevolaba la ciudad de Viena. Debían de haberle disparado en el motor porque el avión se incendió, cayó en picado y Walton quedó atrapado en un humeante

amasijo de hierros, con las piernas destrozadas. Al lugar acudieron varias personas que no eran sino unos campesinos que habían sobrevivido a sus bombardeos y por eso cuando vieron caer el avión acudieron prestos al lugar armados con horquillas y claramente dispuestos a lincharlo. Pero entonces se presentaron unos oficiales nazis que lo subieron a su jeep y, tras ahuyentar a los campesinos, se llevaron a Walton a un campo de prisioneros de guerra.

No sabemos qué es lo que le sucedió allí, ya que Walton nunca quiso contarlo. Pero cuando regresó a Toledo,

en Ohio, para retomar su vida y su trabajo de periodista, empezó a beber y ya nunca dejaría de hacerlo.

Toledo era una aletargada ciudad de clase media empeñada en reprimir los recuerdos de la guerra. Walton, incapaz de adaptarse a aquello, recorrió el país de arriba abajo en busca de los supervivientes del campo de prisioneros que habían estado encerrados con él, porque eran las únicas personas que podían entenderle. Cuando se vio obligado a regresar a casa, se deshizo de todos sus muebles y dejó la vivienda completamente vacía, como si tuviera la intención de reconstruir el campo de prisioneros nazi en pleno Estados

Unidos. Nadie sabía cómo cuidar aquella herida abierta que era entonces Walton: parecía un aullido en medio de una cena de gala.

Para su esposa, Patricia, no era más que un borracho impostor que nada tenía que ver con el hombre que abandonó el país para luchar en la guerra, y ella no podía soportarlo. En el pasado había sido modelo —era morena, alta y espigada— y mientras su marido se pasaba el día en la cama dándole a la botella y leyendo a Walt Whitman, ella, para no sentirse sola, empezó a salir con otro hombre. Cuando Walton lo descubrió empezó a gritar, a aullar y a soltar improperios como un

poseo, y sus amigos, temiendo que pudiera tirarse por la ventana, se lo llevaron a la cárcel de la ciudad, donde los policías prometieron seguir vigilándolo cuando se le hubiese pasado el arrebató. Luego se lo llevaron a una celda del final del pasillo y no volvieron a acordarse de él, así que Walton aprovechó para hacer jirones su chaqueta y, una vez bien atados, se colgó de los barrotes.

A la semana siguiente salía su caso en el periódico local. Estas son «las consecuencias —decía— del total desprecio de la moral que en los últimos tiempos se ha instalado en nuestra sociedad». ⁴ La noticia iba acompañada

de una fotografía de la viuda, a la que se tachaba de golfa por haber llevado a su marido a la muerte. Y dado que aquel periódico estaba esa misma mañana a la puerta de todas las casas de la ciudad, la viuda y su pequeña criatura, Walton Osborn júnior, acabaron expulsados de sus plácidas existencias de clase media. Se vieron entonces obligados a vivir en el cámping de caravanas de la ciudad y posteriormente allá donde encontraran una habitación para pasar la noche. Durante el día se pasaban las horas de bar en bar. Ahora su madre necesitaba beber en todo momento y para ello arrastraba a su hijo hasta el bar y lo

dejaba allí, jugando. Como no había más niños en el local se pasaba el rato solo, dándole a las bolas en la mesa de billar.

Cuando Walter júnior —un niño regordete de pelo rizado y rubio— preguntaba que adónde se había ido su padre, ella contestaba que no decía más que tonterías, que su padre no había vuelto de la guerra. «Pero yo sí que tenía recuerdos de mi padre», me decía a mí Walter. Se acordaba de su padre cogiéndole de la mano, llevándolo al museo de arte de Toledo, aupándolo sobre una pequeña estatua de rinoceronte hecha de hormigón, y de

muchas escenas más. «Por eso pensé que había algo que no iba bien en mí. Que me pasaba algo grave en la cabeza, en mi percepción de la realidad.»

Ella le dejaba a menudo con personas a las que apenas conocía; le decía que regresaría en unas horas pero al final se pasaba días enteros desaparecida. Estas ausencias confirmaron las sospechas del chico: «El hecho de que mi padre se marchara un día para no regresar jamás y que mi madre estuviese siempre fuera de casa me hizo pensar que, si mis padres no estaban conmigo, era porque había algo realmente malo en mí». Cada vez que el pequeño oía gritar su nombre

—«¡Walton!»— sentía pánico, pero no sabía por qué. Un día estaba jugando en la calle y un niño le dijo que no iba a llamarlo Walton, que en adelante su nombre sería Bud. Aquello fue como una liberación. A partir de entonces pidió que lo llamasen Bud, como si de esa manera pudiera deshacerse del fantasma de aquel padre que aún recordaba pero que ahora creía que nunca llegó a existir.

Su madre se traía a menudo hombres a su pequeña caravana de una habitación para tomar unas copas más, y una noche apareció con uno —un actor— con el que quería seguir la juerga. Cuando le abrió la blusa de un tirón, ella gritó pero el hombre se le echó encima

con una sonrisa burlona en el rostro. Bud quería proteger a su madre, así que se abalanzó sobre el hombre con todo el peso de su pequeño cuerpecito; él se lo quitó de encima como si fuera un mosquito. Bud se levantó del suelo y volvió a la carga, y esta vez el hombre lo estampó contra la pared.

—Quédate ahí, ¡no te muevas de ahí! —gritó la madre.

Y Bud tuvo que quedarse allí y mirar. «Yo estaba allí quieto, intentando no sentir nada, no darme cuenta [...]. Era como si hubiera desconectado», recuerda Bud. Tiempo después

escribiría: «[En ese momento] juré que jamás volvería a sentirme indefenso ante otra persona». ⁵

No mucho después de aquella escena, Bud estaba en un porche de piedra cuando se tiró de la baranda sobre el cemento de abajo. Cayó de cabeza. Se hizo una brecha enorme y empezó a sangrar. «Una de dos, o me figuraba con mi imaginación infantil [que no me pasaría nada], o es que odiaba mi vida», me explica Bud.

Fue justo después de ese accidente cuando encontró una posible explicación a lo que le estaba sucediendo. «La respuesta —se decía— debe de estar en el misterio de las palabras.» Su padre

fantasma se dedicaba a dar forma a las palabras en sus reportajes; estas, por tanto, debían de llevar algo en su interior, algo que explicara lo que le estaba sucediendo. Bud recortó tiras de palabras del periódico, se las guardó en el bolsillo y luego, en los recreos, las sacaba y se las comía a escondidas. «Pensaba que si las llevaba dentro de mí [me] revelarían su significado», me cuenta.

Cuando se hizo mayor empezó a practicar deportes de manera obsesiva: béisbol, baloncesto, atletismo, ciclismo de montaña..., en fin, cualquier actividad que le impidiese pensar, «para quitarme de la mente que mi casa era un desastre,

con peleas [y demás], o que estaba completamente vacía, sin una sola persona en su interior». Incluso en los fríos inviernos de Ohio podía vérselo solo en la cancha de baloncesto, lanzando a canasta. «Para mí era como entrar en trance», dice. No encontraba placer en la victoria. Era el partido en sí lo que buscaba: ese momento en que no estaba solo con sus pensamientos.

Pero, obviamente, no podía correr todo el rato. Si aprendió a vivir cuando estaba parado fue gracias a una especie de trances hipnóticos en los que caía: aparentemente estaba ahí, con los demás, pero con su mente se había evadido a otro lugar en el que no podía

verlos ni escucharlos, en el que estaba solo y no sentía nada. De esa forma «podía bloquearlo [todo]. [Es lo que llaman] disociación —me explica Bud—. Eliminas de tu conciencia todo lo que sucede a tu alrededor». Y por eso muchas veces le decían: «Pero Bud, ¿tú dónde estás?»; a lo que él respondía con una mirada vacía. Era algo que había empezado a hacer de niño, cada vez que su madre no estaba con él. «Me decía a mí mismo: “Si soy capaz de mantenerme en trance el tiempo suficiente, mamá volverá, sí, volverá a casa”».

La primera vez que oyó hablar de la teoría de los agujeros negros, instintivamente captó su significado.

«Los agujeros negros absorben todas las luces cercanas a ellos y luego colapsan. Así es como me sentía yo aquí —dice señalando la cabeza—. La primera vez que supe de esos agujeros negros en el espacio, me dije: “Claro, así es como me he sentido yo siempre. Exactamente así”.»

Los trances eran una forma de eliminarse a sí mismo de la existencia, de dejar de existir; pero no tardaría mucho en encontrar otra forma mucho más efectiva. A los quince años se tomó una sobredosis de aspirinas. Un agente de policía fue a verle al hospital después de que le hubieran hecho un lavado de estómago y le soltó de pronto:

«¿Tú sabes lo que le estás haciendo a tu madre?». Poco antes de que Bud terminara el instituto, su madre le había dicho: «Tu padre sí que existió. Tú lo conociste. Salió una noticia en el periódico a la que seguramente deberías echar un vistazo». A partir de ahí empezó a beber, «y si bebía era para olvidar, para perder el sentido».

Se marchó a la Northwestern University a estudiar Periodismo, pero no podía concentrarse y lo acabó dejando. Aún seguía intentando matarse y, sin embargo, todavía creía que las palabras podían salvarlo. Entonces descubrió a los poetas franceses de finales del XIX. Charles Baudelaire y

Arthur Rimbaud se convirtieron en sus amigos y en su escapatoria. «Sabía que sus vidas fueron un completo desastre —dice—, [pero] ellos me dieron una razón para vivir una hora más, un día más, otra semana más.» Sus palabras le mantenían con vida. «Por eso me dije: “Esto es algo que tal vez podría hacer yo también, pues yo estoy jodido del todo y ellos están igual de jodidos, y aun así son capaces de hacer algo que enriquece la vida de otras personas”.» Se prometió entonces que, pasara lo que pasase, tenía que escribir un poema todos los días. «Me dije a mí mismo:

“La poesía es algo que nunca van a poder quitarte. [...] No tienes nada que perder, salvo a ti mismo”.»

Tenía, no obstante, una ambición más profunda, algo que se guardaba para sí y que no contaba a nadie. Esperaba llegar a escribir algún día un poema que hiciera por otra persona lo mismo que aquellos poetas franceses habían hecho por él.

Bud se apuntó como voluntario en el VISTA (Volunteers In Service To America), una de las iniciativas lanzadas por Lyndon Johnson como parte de su Guerra contra la Pobreza, que después sería sustituida por la Guerra contra las Drogas de Nixon. Bud llegó a

su puesto en el este de Harlem un año después de los disturbios que a punto habían estado de acabar con el barrio en llamas. El lugar al que le habían destinado —en el extremo de Central Park— era un edificio de cinco plantas de apartamentos con largas y serpenteantes escaleras de incendios y una entrada siempre plagada de gente. No era muy distinto del Harlem al que había llegado Billie Holiday cuarenta años antes. Bud tenía que ir al edificio, presentarse a cada uno de los vecinos y preguntarles si había algo que pudiera hacer por ellos. Cuando vio la increíble cantidad de personas que se hacinaban en aquellas viviendas se quedó

estupefacto. A un niño le contó que él de pequeño vivía solo con otras tres personas, y el chiquillo no quiso creerle. En su casa eran diecisiete.

Bud se pasaba el tiempo distribuyendo pases de metro a chiquillos que no tenían el dinero suficiente para ir a la escuela o acompañando a gente mayor a hacerse sus primeras gafas o su primer audífono, hasta que un día reparó en un hombre que solía andar por allí, yendo arriba y abajo del edificio. Llevaba sombrero, camisa y pantalones negros y sus sempiternas gafas de sol, que nunca se quitaba.

«Con ese no tienes nada que hacer —le dijeron en el edificio—. No hables con él. No le molestes. Él es el amo del edificio.»

Todo lo que Bud sabía de la heroína era lo que había leído en *El almuerzo desnudo* de Burroughs, pero aquello era lo más cerca que había estado nunca del caballo en el mundo real. Bud miró para otro lado pero no pudo quitarse a aquel hombre de la cabeza. «Tenía la sensación de que me estaban empujando hacia algo —dice—, aunque todavía no sabía lo que era.»

Cuando salió de VISTA se puso a trabajar en el West Village, en una de las primeras tiendas que vendía pósteres y

chapas de Jimi Hendrix, y allí conocería a un poeta de Manhattan algo más mayor que se hacía llamar Shelley y empezó a frecuentar su compañía. Una noche se presentó en su apartamento y se encontró con que algunos de sus amigos llevaban heroína en una bolsita.

«Yo siempre andaba diciéndome: “¿Será esta la noche en que voy al puente de Brooklyn y por fin salto al vacío?”», recordaba Bud.

Luego se hizo unas rayas de heroína y las esnifó a través de un canutillo. Poco después «sentí un calor en las entrañas que no había sentido nunca. Cuando salí a la calle hacía bastante frío pero yo no lo sentía. Estaba medio

flotando». Aquella primera noche caminó por el barrio con aire tranquilo y ensimismado. Volvió a esnifar heroína poco tiempo después y cuando el consumo fue bastante regular constató algo sorprendente: «Podía acostarme cuando yo lo decidía o permanecer despierto sin caer rendido de sueño cuando me venía en gana. Nunca me había sentido tan bien. Ni los deportes me hacían sentirme así: si practicaba bien alguno no me sentía mejor que si no lo hacía. Era solamente algo a lo que me dedicaba con pasión para tener el tiempo ocupado». Pero ahora «ya no quería suicidarme. Me sentía de maravilla. Había dejado de odiarme a

mí mismo. Me parecía que era tan bueno como cualquier otro. [...] Y todo por aquella calidez. En lugar de aquel frío agujero negro, ahora sentía calor en mi interior».

Mucho antes de oír hablar de la heroína, Bud había intentado entrar por sí solo en una especie de trance paralizante, para acceder a un lugar lejano en su mente en el que podría liberarse de sus pensamientos. Ahora tenía una droga que podía llevarle hasta allí y durante mucho más tiempo de lo que él podía lograr, y eso le gustaba. «Me dije: “Si sigo con esto, tal vez pueda tener una vida”.»

Antes, cada vez que intentaba acostarse con alguien, veía a su madre en la violación y no podía seguir adelante. No mucho después de haber empezado a tomar heroína estaba en un local del Lower East Side —en los bares se sentía mejor que en ningún otro sitio, como en casa— cuando se le acercó una joven negra, alta y con un largo cabello teñido de negro. Bud pensó que era preciosa y que él era el hombre más perdido de la ciudad de Nueva York. Ella le puso delante de la cara un trozo de pollo frito.

—¿Quieres un mordisco? — preguntó Misty.

Posiblemente ningún heterosexual de Nueva York habría dicho algo así, pero él respondió:

—No, gracias, ya he comido.

Ella se marchó mientras él se recriminaba a sí mismo: «Hay que ver, Bud, eres un desastre».

Y en esas, ella volvió a su lado.

—Bien, ¿y de dónde eres? — preguntó.

—De Ohio.

—¿De Ohio? ¿Dónde queda eso?

Poco después se lo llevó al ferry que iba a Staten Island y aquella noche de verano se abrazaron en la cubierta de la embarcación. Cuando se fueron al

piso de ella, Bud estaba aterrizado, pero esta vez no estaba dispuesto a echarse atrás.

Misty encendió unas velas, fue a buscar un poco de vino, y luego puso un disco. «Era una canción preciosa y a la vez con mucho dolor en su letra —dice Bud—. A mí me llegaba muy hondo, y además la cantante tenía una voz fantástica. [...] Jamás había escuchado a alguien así.»

—¿Quién es la que canta? —preguntó Bud.

—¿Es que en Ohio no tenéis nada de nada? —dijo ella—. Es Billie Holiday.

Y allí con Misty, y Billie Holiday en el tocadiscos, Bud pudo tener sexo y se sintió feliz. Sabía que «era una experiencia a la que en el futuro siempre me podría aferrar».

A Bud lo llamaron a filas para combatir en Vietnam, pero como de ninguna de las maneras estaba dispuesto a pasar por aquella experiencia, puesto que no quería matar a aquella pobre gente, decidió darse a la fuga, yendo de acá para allá por todo el país. Al final lo atraparon y se lo acusó formalmente ante un gran jurado de un tribunal federal. Bud sabía que podían caerle cinco años de cárcel. En su huida solía esconderse en poblaciones pequeñas en

las que no se podía encontrar heroína y, cuando estaba sin droga, enseguida volvían a aparecer sus tendencias suicidas. Bud no quería ser un adicto — sabía que inyectarse heroína era una mala idea, por las razones obvias—, así es que en los cinco años siguientes, en lugar de drogarse, asistía cada noche a alguna de las reuniones que Alcohólicos Anónimos organizaba por todo el país, y estaba siempre deprimido.

Un 25 de diciembre decidió terminar lo que había empezado de niño tirándose de aquel porche, de manera que se subió a un coche y se estampó contra un muro a cien kilómetros por

hora. Lo último que se le pasó por la cabeza fue algo reconfortante: «Ahora sí que voy a morirme».

Cuando volvió en sí estaba en un hospital donde le habían extraído trozos de cristal de la cara. Una vez dado de alta, salió apoyado en unas muletas y con la cabeza envuelta en un turbante, y al encontrarse en la calle miró a su alrededor aquel gélido día invierno y se dijo: «Es increíble, todavía sigo aquí. No me puedo creer que aún siga en este mundo». Bud se encontró recorriendo las calles con un martillo oculto bajo la ropa y buscando a alguien a quien poder partirle la cabeza para sacarle unos cuantos dólares para caballo. Pero

cuando se imaginó a sí mismo ante aquel cráneo roto, vio «un agujero negro azabache abierto delante de [sus] narices» —un agujero que le explotaría—,⁶ y no pudo seguir con aquello.

Un día recibió una llamada de su madre al volver a casa. Estaba retenida en la unidad psiquiátrica de un hospital —para entonces llevaba años sufriendo episodios maníacos— y quería comunicarle algo extraordinario, dijo la mujer. Había decidido presentarse como candidata a la presidencia del país. «Además creo que tengo muchas posibilidades», dijo, porque al fin y al cabo contaba con el apoyo de los enfermos mentales, los alcohólicos y los

adictos a las drogas. Bud, por tanto, debía ir pensando en el puesto que querría obtener en su gabinete de gobierno una vez celebradas las elecciones, dijo a modo de conclusión.

«Me pasé un tiempo considerable tratando de decidir si me gustaba más dirigir el Departamento de Salud, el de Educación o el de Bienestar Social»,⁷ recordaba Bud. Y entonces se dijo: «En mi familia nunca se vendía la piel del oso antes de cazarlo, pero tampoco creo que hubieran sido capaces de hacer gran cosa con la piel». Por aquel entonces le habría parecido una completa majadería

si alguien se lo hubiera dicho, pero lo cierto es que Bud sí que iba a tener poder político, y además muy pronto.

Se dijo a sí mismo que tenía que huir de Estados Unidos y de su necesidad de consumir droga. Y así, sin saber muy bien qué otra cosa hacer, cruzó la frontera canadiense y se instaló en el Downtown Eastside de Vancouver, una zona que sufriría una profunda transformación gracias a él.

Aquel día en que estaba escuchando a Margaret contar cómo un niño había visto morir a su madre de

sobredosis y a su padre colgado del techo, se había dicho: «Esto no tiene por qué ser así».

Durante años había oído que los guerreros de la droga señalaban los muertos por sobredosis y decían: «¿Veis? Por eso es necesaria la mano dura. Por eso tenemos que combatir en esta guerra». Pero Bud sabía que la guerra contra las drogas no evita las sobredosis sino que, por el contrario, multiplica su aparición. Ethan Nadelmann, uno de los líderes de la reforma de las leyes antidroga en Estados Unidos, había dicho: «Si se registran muertes por sobredosis es porque [en el régimen prohibicionista]

la gente no sabe si la heroína que está consumiendo tiene una pureza del 1 o del 40 %. [...] Para entenderlo imaginemos lo que sucedería si cada vez que quisiéramos bebernos una botella de vino no supiéramos si su contenido de alcohol es del 8 o del 80 % [o] si cada vez que nos tomáramos una aspirina no supiéramos si es de 5 o de 500 miligramos».⁸

Y aún más importante, en el régimen prohibicionista, las drogas se consumen a escondidas, para asegurarnos de que no nos detengan. Bud y sus amigos se metían en contenedores para chutarse heroína; pero en esas circunstancias, si alguno tomaba una

sobredosis, nadie podía encontrarlo y por eso fallecía allí mismo. Cuando Bud buscó información sobre el asunto en la biblioteca de la ciudad, se dio cuenta de que en los países europeos que proporcionaban salas especiales a los adictos donde eran vigilados por enfermeras mientras tomaban sus drogas, ya no se registraban muertes por sobredosis.⁹

Pero ¿qué podía hacer él? ¿Quién iba a querer escucharlo? Pese a todo convocó una reunión en un pequeño recinto facilitado por la iglesia del barrio y comunicó a los allí congregados que la gente del Downtown Eastside

tenía que luchar por cambiar su vida. Nadie vendría a salvarlos. Así que tendrían que salvarse ellos solos.

En la primera reunión aparecieron ocho o diez personas arrastrando los pies: eran drogadictos que vivían en la calle, igual que él. «Ellos habían venido para ver nuestra intención, si estábamos allí, como todos los demás, para quitárnoslos de en medio de alguna manera. O para exponer nuestros puntos de vista sobre ellos —recuerda Bud—. O para formar una asociación y hacer que nos dieran dinero.»

A juicio de Bud, las primeras medidas debían ser de orden práctico. Propuso que los adictos patrullaran las

calles en busca de personas que hubieran tomado una sobredosis para que pudieran solicitar de inmediato la ayuda médica que fuera necesaria. Luego invitó al servicio de bomberos de la zona a venir a las reuniones y explicar a los adictos cómo proporcionar primeros auxilios a una víctima de sobredosis para poder mantenerla con vida mientras llegaba la ambulancia.

Estas eran medidas concretas que podían llevarse a término de inmediato. Rápidamente los adictos formaron brigadas y empezaron a vigilarse entre ellos. En los meses siguientes, personas que habrían sido encontradas muertas de sobredosis por la mañana eran

localizadas a tiempo y sobrevivían. Al cabo de un tiempo, algunos de los adictos empezaron a aparecer por las reuniones con propuestas que permitieran salvar la vida de sus compañeros. ¿Cómo podrían conseguir una sala especial en la que pudieran inyectarse la droga sin riesgos? ¿Cómo podrían proteger a las trabajadoras del sexo que fueran adictas? En poco tiempo, a las reuniones asistían alrededor de un centenar de personas, así que hubo que buscar una sala más grande.

El grupo decidió que era preciso presentarse en todas las reuniones de centros cívicos y del propio

ayuntamiento en que se debatiese la necesidad de aplicar medidas drásticas contra los yonquis. Escuchaban a aquellas personas mientras hablaban de lo que harían para limpiar la zona de drogadictos o para mantenerlos alejados del barrio y luego muy educadamente se ponían en pie y exponían su visión: «Esto nos concierne a nosotros. Es de nosotros de quienes están hablando en esta sala. ¿Y cómo podemos nosotros responder al miedo que sienten ustedes? ¿Cómo podemos ser unos buenos ciudadanos?». En la mirada de la gente había una mezcla de extrañeza y repulsión. Jamás habían mantenido una conversación con aquellos contra los

que descargaban su furia. Ahora se volvieron hacia ellos y les expresaron sus miedos y su desprecio: «Dejáis vuestras jeringuillas usadas en los parques donde juegan nuestros hijos porque queréis hacerles daño», decían. Bud mostró su buena disposición a resolver el problema: él mismo se encargaría de organizar una patrulla de adictos que recorriese los parques infantiles y los dejara limpios de jeringuillas.

La gente se quedó desconcertada. ¿Acaso estaban tratando de confundirlos? ¿Era algún truco de los suyos?

Los adictos, por su parte, insistieron en que deseaban estar presentes en todas aquellas reuniones en que se debatiera algún tema relativo a la política de drogas. Copiaron su eslogan de aquella corriente de la psiquiatría que luchaba por que los enfermos mentales recibieran un tratamiento digno: «Nada sobre nosotros sin nosotros», decían. En cuanto a su mensaje era el siguiente: «Estamos aquí, somos humanos y estamos vivos. Si no somos nada, no hables de nosotros». Poco a poco fueron dando forma a un nuevo lenguaje para hablar de sí mismos en tanto que adictos. «Tenemos derechos inalienables: el derecho a la vida, a la

salud y a ser tratados como seres humanos. Ustedes nos están privando de esos derechos. Y ahora pedimos que nos sean devueltos.»

El alcalde de Vancouver era el conservador Philip Owen, un acaudalado empresario de trajes caros y resoluciones menos elegantes. Según decía, era muy fácil acabar con aquella situación: solo había que detener a los adictos y encerrarlos en una base del ejército en Chilliwack.¹⁰ De las salas supervisadas para los adictos no quería saber nada, y cuando se le decía que había pruebas de que en Frankfurt habían reducido notablemente el número de muertos por sobredosis así como el

índice de transmisión del sida, replicaba: «Me opongo categóricamente a semejante medida». En su lugar proponía «condenas de veinticinco años de cárcel y cadena perpetua» para quienes vendieran drogas. «Y listo, asunto solucionado. Así de sencillo. Se tira la llave y ya está», concluía, ufano.¹¹

Esta era la actitud generalizada en Vancouver. Un destacado dirigente del Departamento de Policía de la ciudad descalificaba a los adictos diciendo que no eran más que «vampiros» y «hombres lobo».¹² Cuando un asesino múltiple empezó a matar a las trabajadoras del sexo del Downtown Eastside que eran

bien conocidas por su adicción a las drogas, la policía prácticamente no movió ni un dedo durante años, con lo cual en la práctica permitían al asesino seguir matando impunemente. Cuando se abrió una investigación para averiguar lo que había pasado, una agente declaró que, en lo que respecta a los adictos, la actitud más habitual entre sus compañeros era que «si estaban en peligro, no iban a ser ellos quienes les sacaran las castañas del fuego». ¹³ Bud acudía a programas de radio en que los oyentes llamaban para decirle: «El único yonqui bueno es el que está muerto». Y otro oyente propuso algo más: «¿Por qué no rodean el Downtown

Eastside con alambre de espino y dejan que los adictos se inyecten droga unos a otros hasta que mueran?»¹⁴

Justo cuando estaba en ebullición el debate sobre los adictos murió en el Acuario de Vancouver una ballena asesina llamada *Finna*¹⁵ y a raíz de ello se desató una explosión de dolor entre los ciudadanos semejante a la que en su momento provocó la muerte de Lady Di. En cambio, la muerte de más de un millar de adictos no conmovía a nadie.

Bud creyó que había llegado el momento de hacer algo contundente que impresionara a la ciudad y cambiara por completo su forma de ver el barrio.¹⁶ Cierta día, el grupo que habían formado

él y sus amigos —ahora bautizado como Red de Consumidores de Drogas del Área de Vancouver (VANDU, por sus siglas en inglés)— se encaminó hacia el parque Oppenheimer, uno de los grandes espacios verdes de la ciudad, donde unos cuantos voluntarios de VANDU, ayudados por el personal de la Portland Hotel Society, cubrieron la explanada con un millar de cruces de madera. Cada cruz representaba a un adicto muerto en el Downtown Eastside en los cuatro últimos años.¹⁷ Sus nombres estaban escritos sobre la madera con letras negras.¹⁸ La cuidada explanada del parque estaba completamente cubierta de cruces, como si fueran tumbas de la

primera guerra mundial, como un gran depósito de amor perdido. Bud y sus amigos acordonaron las calles aledañas con alambre y colgaron una gran pancarta en la que podía leerse que en aquella zona se encontraban los «campos de la muerte». ¹⁹ Luego distribuyeron panfletos en los que explicaban que la sobredosis era la principal causa de mortandad en la Columbia Británica en personas con edades comprendidas entre los treinta y los cuarenta y nueve años. ²⁰

El tráfico estaba paralizado y las calles en calma, como si aquellas muertes realmente importaran, como si la pérdida de un millar de drogadictos

mereciera unos minutos de silencio. Gandhi decía que una de las tareas más significativas de quien desea cambiar una situación es conseguir que la opresión sea visible, porque es preciso que tenga una forma física.

Bud escribió un poema titulado «un millar de cruces en el parque oppenheimer»,²¹ en el que decía:

*una pregunta surgía de aquel millar
de cruces, una pregunta para cada uno
de nosotros:*

¿por qué seguimos vivos?

Estos activistas creían que si la gente llegaba a saberlo —si podían ver a los adictos como seres humanos—,

entonces cuidarían de ellos. Ann Livingstone, novia de Bud en la época de las protestas, me cuenta que ellos trabajaban partiendo de la premisa de que «los canadienses son gente de bien pero que no saben lo que nos pasa [a los adictos] y por eso tratamos de que lo sepan».

Los drogadictos han sido perseguidos desde que se prohibieran las drogas en 1914, pero ninguno de ellos ha contraatacado nunca. Parecía imposible. Ahora Bud daba carta de naturaleza a la primera rebelión de drogadictos, pero no solo eso: además estaba dando forma al lenguaje con que los adictos podían rebelarse. Y si esto

sucedió en Vancouver fue por una sola razón: en la inmensa mayoría de las ciudades, cuando los adictos salían a la luz, revelaban sus identidades y empezaban a luchar por sus derechos, se encontraban con que podían perder sus empleos, las ayudas sociales y hasta su vivienda. En cambio, la Portland Hotel Society, la organización donde trabajaban Gabor y Liz Evans, alojaba a los adictos de Vancouver y se negaba a echarlos de sus instalaciones. Estos drogadictos, por tanto, abandonados a su suerte, por lo menos tenían un terreno firme bajo sus pies.

Los miembros de VANDU se fabricaron un ataúd y lo llevaron a todos los plenos del ayuntamiento en los que se debatían asuntos relacionados con las drogas. En la caja, escrito en grandes letras, se podía leer: «¿Quién será el próximo muerto por sobredosis?». ²² De esa manera obligaban al alcalde Philip Owen a ver el ataúd, a ver el coste de su política antidroga. Además los activistas portaban una pancarta con un mensaje parecido al de los primeros tiempos de la guerra contra las drogas: «Los adictos también somos personas». ²³

Desde que Henry Smith Williams abriera el camino, todos los que se habían manifestado en contra de la

guerra antidroga habían adoptado una posición defensiva. Para protegerse se escudaban en declaraciones tales como: «No, nosotros no estamos a favor de las drogas, eso debe quedar bien claro. Tampoco somos malas personas, faltaría más, y desde luego no nos parecemos en nada a esos sucios yonquis». VANDU adoptaba una estrategia distinta. Eran ellos quienes, por primera vez en la historia, ponían a los prohibicionistas a la defensiva. Decían por ejemplo: «Ustedes estaban librando una guerra. Pues bien, aquí tienen a sus víctimas. ¿Y por qué muere esta gente? ¿Por qué causa? Vamos, díganoslo».

Las autoridades de Vancouver observaban a los activistas con una mezcla de perplejidad y repulsión. Unos meses más tarde, representantes de los servicios de salud del distrito pensaron que podrían contener este movimiento y evitarse el bochorno de sus protestas ofreciéndole a Bud un puesto en la Comisión de Salud de Vancouver, una poderosa institución que se encargaba de la supervisión de los gastos en materia de salud y que disponía de más recursos que el propio ayuntamiento de la ciudad.²⁴ En una de las reuniones posteriores a la incorporación de Bud, un alto cargo de los servicios de salud de la provincia expuso sin ningún

empacho que el índice de sida —es decir, la enfermedad que estaba matando a los amigos y vecinos de Bud— finalmente había alcanzado su cota máxima en el Downtown Eastside y que caía por sí solo debido a la propia extinción de los adictos.

Bud, allí presente, tomando notas en todo momento, empezó a darse cuenta de lo que aquella gente pretendía. Acababan de decir, sin que pareciera importarles un comino, que él y sus amigos morirían y que entonces el problema se habría solucionado.

Después de presionar y argumentar hasta la saciedad, Bud consiguió, pese a las protestas del alcalde, que los

servicios de salud de la ciudad destinaran algunos fondos a VANDU y, aunque no eran demasiado cuantiosos, a partir de ahí aprobaron su programa para el futuro. Su primera exigencia fue muy sencilla: disponer de un lugar seguro y supervisado por personal sanitario en el que los adictos pudiesen inyectarse sus drogas. Para ellos suponía mucho, porque de esta manera no arriesgaban sus vidas por drogarse en condiciones inseguras.

A partir de entonces, los ciudadanos de Vancouver empezaron a contemplar a los adictos de un modo distinto. Aquellos individuos que en el pasado andaban tirados por las esquinas

y muriéndose en soledad resulta que ahora luchaban todos unidos y a veces hasta parecían tener más dignidad que aquellos que les decían a voz en grito que deberían marcharse del barrio y matarse ellos solitos con sus drogas. Y es que eran muchos los que creían aquello que Bruce Alexander había aprendido de Batman y de su padre: que los adictos no cuidan de sí mismos y que no tienen más preocupación en la vida que agenciarse la siguiente dosis. Pero, en cambio, los del Downtown Eastside se organizaban para defenderse a sí mismos frente a la sociedad.

Los adictos, por su parte, también se veían a sí mismos de un modo distinto. «Había algunos —decía Bud— que trabajaban sesenta horas a la semana [en VANDU]. Simplemente para ver las caras de la gente y su propio cambio. Ellos se contemplaban a sí mismos y pensaban: “Soy alguien valioso, realmente merezco la pena. Soy una persona capaz de ayudar a los demás. Ya no soy como dicen en los periódicos”.» Y Bud descubriría, como efecto colateral, una cosa más: «Si siempre estábamos manifestándonos por las calles, celebrando reuniones para decidir nuestras acciones y pensando en cuáles habrían de ser nuestros siguientes

pasos, cómo hacer esto o aquello, cómo ayudar con una u aquella medida a alguien que había sido detenido de nuevo..., aquellas actividades al final nos robaban tanto tiempo que no teníamos un segundo libre para pensar en lo de siempre: “Tengo que conseguir droga como sea, tengo que conseguirla, sí, ahora, tengo que conseguirla”».

Bud había sentido deseos de morir desde que tenía uso de razón. Pero ahora que a menudo se enfrentaba a un aluvión de injurias por parte de gente que decía que individuos como él estaban mejor muertos, había descubierto en su interior algo muy profundo: la voluntad de vivir. Por primera vez en su vida sentía que

tenía algo similar a un hogar, una comunidad y personas por las que luchar.

La historia de Bud se puede interpretar como una demostración de las teorías de Gabor según las cuales los traumas infantiles son los responsables de la adicción; pero también puede verse en ella una prueba de las teorías de Bruce. Cuando Bud en Toledo dejó de drogarse y de beber alcohol, no dejaba de estar aislado en una jaula vacía y por eso seguía sintiendo deseos de suicidarse. Ahora, en cambio, su vida se parecía a la del Rat Park: tenía

amistades y todo aquello que daba sentido a la vida; y, además, su deseo de consumir drogas estaba disminuyendo.

«Eso es precisamente lo que yo quería, para que mi espíritu despertase. Yo no quería dejar las drogas y sentirme fatal, como una piltrafa», cuenta Bud. Quería llevar una vida plena como una persona capaz de aportar algo al mundo, y eso es lo que efectivamente estaba haciendo.

Pero mientras los miembros más activos de VANDU empezaban a sentirse mejor consigo mismos, había muchos otros compañeros que seguían muriendo por efecto de las drogas. «Nuestra comisión tenía veinticinco miembros —

dice Dean Wilson, uno de los cofundadores de VANDU—, porque nunca se sabía quién iba a estar vivo en la siguiente reunión.» Cuando salía de una asamblea de la comisión de salud, Bud observó que un hombre registraba con suma atención la basura de uno de los abarrotados contenedores: había cajas vacías de jeringuillas y una blusa rosa tirada en un rincón.²⁵ Y además seguían sonando las sirenas, una y otra vez.

Cuando alguien se enfrenta a un agente de la historia que parece muchísimo más fuerte que él —como por ejemplo una guerra contra los suyos que ya dura casi cien años— tiene

solamente dos opciones. Puede aceptarlo como algo inevitable y tratar de adaptarse a su papel de pelota de pimpóm con que los poderosos juegan. O puede aliarse con otras personas para convertirse por sí mismos en otro agente de la historia, en una fuerza que a la postre se impondrá sobre aquellos que tratan de dominarlos.

Bud escogió el segundo camino. Por una parte, consiguió atraer a muchas personas a la causa de VANDU. Pero es que además estudiaba en la biblioteca con el fin de averiguar cuál era la definición oficial de emergencia de salud pública en Canadá, y de este modo descubrió que nunca se había decretado

ninguna. Empezó entonces a hacer cuanto estaba en su mano para que la Comisión de Salud decretara dicha emergencia; y gracias a esa presión al final accedieron. Por eso en aquellos momentos la ciudad estaba, por primera vez en su historia, en estado de emergencia sanitaria. De pronto VANDU salía en las noticias de medio mundo y Bud era entrevistado por todos los grandes medios, desde la BBC hasta el *New York Times*. Había compuesto un poema en el que explicaba que «la guerra de las drogas / es una guerra contra la esperanza, contra la compasión y el trato humano». ²⁶

Pues bien, ahora que sabían que tendrían adictos en sus reuniones y que ayudarlos a sobrevivir era deber explícito de la comunidad, los burócratas de la ciudad empezaron a considerarlos de otra manera. Desestimar la muerte de alguien como algo insustancial es bastante fácil cuando no se tiene a los afectados delante. Bud consiguió persuadir a la Comisión de Salud para que aportase fondos a VANDU, que para entonces ya contaba con una sede fija en la ciudad: un viejo almacén situado en el centro del Downtown Eastside. Los miembros de VANDU decidieron destinar sus nuevos fondos a la retribución de expertos de

Suiza y Holanda para que viajaran a Vancouver a explicar cómo sus países habían reducido sustancialmente el índice de mortalidad entre los adictos después de haber abandonado la guerra contra las drogas. (Yo mismo viajé más adelante a Suiza para comprobar por mí mismo cómo actuaba este país.)

Pero el alcalde de la ciudad, Philip Owen, seguía empeñado en bloquear el proceso. Para impedirlo decretó, por ejemplo, una moratoria de todos los nuevos proyectos destinados a ayudar a los adictos, justo cuando se encontraban en pleno estado de emergencia. Dean Wilson, cofundador de VANDU, se puso en pie en un pleno municipal y

mirándole a los ojos dijo: «Da la impresión de que quiere condenarnos [a todos] a la muerte. [...] Todos los días muere un adicto, pero si muriera todos los días uno de los suyos —si viniera a su despacho y se encontrase con que cada día tiene una persona menos trabajando en el ayuntamiento— entonces seguro que resolvían el problema en dos minutos».²⁷

Owen se lo quedó mirando, pálido, con expresión de cansancio, como si no pudiera entender qué es lo que estaba pasando. ¿Quiénes eran aquellos tipos en realidad?

Bud ganó el Premio del Libro de la Ciudad de Vancouver por una antología de sus poemas. Normalmente es el alcalde quien preside la ceremonia de entrega de tales galardones, pero en esta ocasión Owen se negó a hacerlo. Bud estaba empezando a desesperarse. Se había enfrentado a todo tipo de dificultades y, sin embargo, el alcalde seguía pareciendo un obstáculo insalvable.

Pero entonces ocurrió algo que nadie hubiera imaginado jamás. Cohibido por aquel sinfín de protestas, el alcalde Owen decidió que sería mejor averiguar por sí mismo quiénes eran esos adictos y cómo podría hacerlos

callar. Su mundo, naturalmente, no tenía nada que ver con el suyo: él era un exitoso hombre de negocios que llevaba treinta años trabajando y que además procedía de una privilegiada familia de representantes políticos: su abuelo había sido jefe de la policía y su padre, vicegobernador. En su vida había conocido a un drogadicto, así que decidió darse una vuelta de incógnito por el Downtown Eastside, sentarse con aquellos adictos y escuchar lo que tenían que decir.

Y así fue como aquel hombre que había defendido en todo momento la detención y reclusión de los adictos en

una base del ejército —como si de un nuevo Anslinger se tratara— quedó impresionado con lo que allí encontró.

Cuando en 2012 relataba sus recuerdos de aquella experiencia, aún parecía sobrecogido por lo que había presenciado. «Las historias de aquella gente —me decía entonces— te dejaban anonadado.» No es que hubieran tenido vidas complicadas. Era algo mucho peor. De pronto vio a una quinceañera deambulando por las calles y no pudo menos que negar apesadumbrado con la cabeza. No, aquella gente no tenía malas intenciones. Tampoco eran malas personas. Simplemente estaban destrozados. Por eso organizó «una

merienda» para «los adictos más enganchados a la droga» y, sentado a su lado, los escuchó durante horas hablar de sus vidas. «Aquella gente había sufrido cosas increíbles», repetía Owen negando de nuevo con la cabeza.

Ahora que los adictos ya no eran monstruos fantasmagóricos sino personas normales con historias de verdad, Owen se dio cuenta de que tenía mucho que aprender. Al poco concertó un encuentro con Milton Friedman, premio Nobel de Economía y pope de los neoliberales, que era además uno de los críticos más acérrimos de la guerra contra las drogas. Friedman se había criado en Chicago en la época de la Ley

Seca y, vistos sus efectos, había llegado a la conclusión de que la prohibición de las drogas provoca más problemas que la droga en sí misma. La guerra contra las drogas, aseguraba, es el último de los grandes proyectos lanzados por el Gobierno: un descomunal desperdicio de dinero. Owen, que siempre había sido un conservador en materia fiscal, empezó a fijarse en el coste de la guerra antidroga y por eso dijo a sus compañeros de partido: «¿Queréis equilibrar el presupuesto y a la vez incrementar nuestro bienestar fiscal? Vamos, seamos realistas».

Owen sabía que los políticos no iban a conceder ningún crédito a lo que él había aprendido y que seguirían prometiéndole una guerra sin cuartel contra las drogas. Pero para entonces «estaba cansado, harto de [...] estupideces, ya no podía más».

Decidió entonces cambiar la manera en que aparecía él mismo en sus comparecencias públicas y sus conferencias de prensa cuando abordaba algún asunto referente a las drogas. A partir de entonces compartiría la tribuna con algunas personas más: el jefe de la policía, que respondería a cuestiones relativas a la delincuencia; representantes de los servicios médicos,

que solventarían las consultas sobre salud; y, por último, uno de los drogadictos de VANDU para que contestase a temas concernientes a la adicción y el consumo de drogas. El alcalde Owen admitió que, en este último asunto, era un completo ignorante, así es que, decía, ¿por qué no contar con un adicto a las drogas que aporte una visión de primera mano? Apoyándose en los adictos, se comprometió entonces a abrir la primera sala de consumo supervisado de América del Norte, para que sus nuevos amigos de VANDU no asumieran riesgos, aunque esta medida no sería

sino la primera de una política de mayor alcance destinada a proteger a los drogadictos.

«Pensadlo bien —rogaba el alcalde a sus correligionarios—. Pensad en el país y dejad a un lado las ideas políticas.»

Cuanto más observaba, cuanto más aprendía sobre las drogas, más convencido estaba de que las políticas prohibicionistas eran un error colosal. Tiempo después me decía:

Legalicemos primero la marihuana, impongámosle un impuesto y dejemos su control en manos del Gobierno federal. No es tan difícil. Es una propuesta bastante sencilla y que además surte

efecto. [...] Deberíamos empezar por la marihuana. No digo con la cocaína o la heroína, [aunque] espero que algún día lleguemos a hacerlo. Ya sabe, antes de correr hay que aprender a andar. [...] Luego iremos a por otras y así hasta abarcarlas todas. [...] Las pruebas nos avalan. La realidad también.

Algunos políticos le decían que estaba loco, pero no por la naturaleza de sus medidas sino por las consecuencias políticas de las mismas. «Me decían: “Te van a derrotar, te has dejado manipular por ese hatajo de inútiles”», recuerda Owen. Lo cierto es que fue reelegido en los dos comicios siguientes y además con una victoria aplastante.

Cuando nos reunimos en una cafetería del Downtown Eastside, de cuando en cuando nos interrumpía alguna persona que se acercaba espontáneamente para darle las gracias por lo que había hecho.

Pero para su partido todo aquello fue demasiado. Al final, decidieron no renovar su candidatura para las siguientes elecciones municipales y en su lugar escogieron a un político partidario del prohibicionismo, que perdió los comicios. Su sucesor en la alcaldía, Larry Campbell, fue un firme defensor de la «sala de venopunción», que recibió el nombre de InSite. Cuando paseo por la zona, más allá del parque

Oppenheimer en el que antes se veían infinidad de cruces alzándose sobre el césped, me fijo en la sala y constato entonces que se parece a un salón de estética. A la entrada está el vestíbulo donde se muestra a cada adicto su cabina y se le entregan jeringuillas limpias. Cada cual se inyecta solo mientras al fondo aguarda discretamente una enfermera que ha recibido formación especial. Las cabinas, pequeñas y perfectamente limpias, reciben la luz por la parte de arriba. Una vez puesta la inyección, el adicto puede pasar a otra sala donde recibe, si así lo desea, tratamiento médico o asesoramiento psicológico, o

simplemente habla de sus problemas. Si en algún momento manifiesta su deseo de abandonar las drogas, dispone de un centro de desintoxicación en la planta superior, con una cama lista para él.

Gracias a la rebelión organizada por VANDU y a un alcalde conservador que supo prestar oídos a la realidad, abrir su corazón y cambiar su punto de vista, Vancouver tiene hoy en día una de las políticas más progresistas en materia de drogas de América del Norte.

Son muchos, sin embargo, los que aún albergan miedos perfectamente comprensibles acerca de este experimento. ¿No abriría algo así las puertas a un mayor consumo de drogas y,

por tanto, a un posible incremento del número de muertes por drogas, en vez de contribuir a su reducción? En principio parecería lo lógico. Price Vassage, propietario de un establecimiento comercial, expresaba la opinión de muchos de sus conciudadanos cuando advertía: «Dicen que esas “narcosalas” van a salvar vidas porque hay muchas muertes por inyecciones de droga. Tonterías. Solamente muere de sobredosis aquel que se droga, así de sencillo. Si se anima a los adictos a seguir consumiendo, tendrán más posibilidades todavía de morir de sobredosis». ²⁸

En 2012 salieron a la luz los resultados de una década de nueva política en materia de drogas.

La esperanza de vida en el Downtown Eastside, según datos de los servicios de salud de la ciudad, había aumentado en esos diez años.²⁹ Un diario tituló simplemente: «Asombroso incremento en la esperanza de vida».³⁰ *The Province*, por su parte, explicaba: «El doctor John Carsley, jefe de los servicios sanitarios, asegura que no es nada frecuente ver un aumento así en la esperanza de vida de la población». El cambio era fruto, en parte, del cambio de perspectiva sobre el barrio, que ya no era considerado una zona desastrosa,

y por ese motivo personas con más recursos económicos y mejor salud habían empezado a instalarse en el vecindario; pero el diario *Globe and Mail* iba más allá y, basándose en datos de la Oficina Forense de la Columbia Británica, señalaba que el número de muertes relacionadas con las drogas había experimentado un descenso del 80 % en ese periodo.³¹ No había constancia de un aumento tan notable en la esperanza de vida desde el fin de las grandes guerras (y eso precisamente es lo que era este caso, el fin de una guerra).

Philip Owen, el hombre de los trajes caros, me sonrió ufano porque, según decía, estaba orgulloso de haber abandonado su carrera política por una causa como esta.

En 2012, el Tribunal Supremo de Canadá reconoció en una de sus sentencias que los adictos a las drogas tienen derecho a la vida y que las salas para inyectarse son parte inherente de dicho derecho y que, por lo tanto, desde el punto de vista legal no pueden ser clausuradas. En la actualidad no es preciso sembrar el parque Oppenheimer de cruces de madera. Los campos de la

muerte se han quedado vacíos. Y son los adictos quienes los han vaciado por sí solos.

En el año 2013, Bud no estaba bien de salud. Tenía un fuerte dolor en la espalda —herencia de su época en las calles, decía él— que no desaparecía, hasta que finalmente en mayo de 2014 fue ingresado en el hospital aquejado de una neumonía. Al poco le dieron de alta. Al día siguiente fue encontrado muerto en su apartamento.³² Tenía sesenta y seis años.

Para su funeral se cerraron las calles del Downtown Eastside y se acordonó por completo la zona, tal y como en su día había hecho él mismo cuando plantaron mil cruces en el parque Oppenheimer.³³ Personas de todo tipo, desde adictos sin hogar a miembros del Parlamento, leían poemas suyos en el acto de despedida mientras miembros de VANDU desfilaban por las calles. Entre la multitud había muchas personas que eran conscientes de que si estaban vivas era gracias a la revuelta que Bud había iniciado años antes.

Bud vivió lo suficiente para ver algo que siempre temió que no llegaría a presenciar. Tiempo atrás, cuando estaba

en el peor momento de su adicción, se había mantenido a flote gracias a la poesía de Rimbaud. Por eso se prometió a sí mismo «escribir un poema como los suyos para [ayudar a] otra persona [...], para conectar con su dolor y su sufrimiento de la misma manera que aquellos poetas [franceses] habían conectado [con él]».

Pues bien, unos años antes de su muerte, Bud participaba en un *tour* de lectura de su obra organizado por diversos institutos de la Columbia Británica, y en su camino hacia el Norte recaló en una pequeña población llamada Smithers, donde leería su poema «A los quince años», en el que

escribía sobre la época en que intentó suicidarse. No tenía ninguna intención de mostrar su sabiduría. Solo quería describir con la mayor sinceridad posible cómo había sido para él aquel día. En ese instante no lo sabía, pero en el auditorio se encontraba una chica que había tomado una sobredosis unos días antes y cuyos padres le habían recriminado su supuesta infelicidad porque tenía a su disposición todo lo que deseaba. Fue su profesor quien le propuso que acudiera a la lectura de poemas, para quitarse malas ideas de la cabeza.

Cuando terminó la lectura se acercó a Bud. Luego pidió a su profesor que abriera su despacho y le hiciera una fotocopia del poema porque no estaba dispuesta a marcharse sin él.

Salió de la sala resplandeciente, aferrada al poema.

Y entonces Bud se dijo: «He vivido lo suficiente para ver cumplida mi promesa. Ese era *mi* poema».

CAPÍTULO

15

Nieve y fortaleza

Después de año y medio viendo a víctimas de la guerra contra las drogas y de sentirme cada vez más rabioso y más deprimido por las historias que oía, Vancouver me había dado un soplo de esperanza. Bud me había enseñado que,

organizándose y planteando directamente sus demandas, los adictos podían mejorar muchísimo su situación; y yo quería averiguar si existían más experimentos y estrategias innovadoras como la suya, porque así podría descubrir si aquello no era más que una rareza o si, por el contrario, constituía una señal de cómo serían las cosas en el futuro. Sin embargo, cuando indagué sobre el asunto me di cuenta de que, al menos en el continente americano, prácticamente no se habían registrado experimentos de carácter positivo. Un puñado de cárceles de Estados Unidos cuenta con programas de tratamiento de drogas ligeramente más «generosos». Y

algún que otro estado tiene programas de no mucha envergadura en los que se ofrecen drogas sustitutivas más suaves a los adictos más enganchados. Eso, al parecer, era todo.

En cambio, en los dos Estados de los que soy ciudadano —Gran Bretaña y Suiza—, pude descubrir que existen alternativas relevantes con las que sí que se ha experimentado. Estaba claro: había llegado la hora de regresar a casa.¹

Me parecía recordar —posiblemente por lo que había leído años antes en *Drug Crazy*, de Mike Gray— que a comienzos de la década de 1990 se había puesto en marcha en el

norte de Inglaterra una experiencia piloto de prescripción de heroína, pero no sabía demasiado acerca de ella. Me puse entonces a buscar a la persona que dirigió aquel experimento y resultó que vivía exiliado en Nueva Zelanda. Así pues, decidí entrevistarle por teléfono y marcharme después a Liverpool para localizar a alguien que hubiera conocido de primera mano aquella experiencia pionera.² La historia que me contaron, como enseguida percibí, se parecía muchísimo a aquella otra con la que tiempo atrás dio comienzo la guerra de las drogas.

Cuarenta y cuatro años después de que se clausuraran las últimas clínicas para heroinómanos de California, y a más de 8.000 kilómetros de distancia, un hombre llamado John Marks entró en una consulta médica de aspecto gris y reducidas dimensiones que se encontraba en la península de Wirral, en aquella lengua de tierra del norte de Inglaterra donde otrora se construían barcos y ahora no se construía nada de nada. Era su primer día como psiquiatra en aquella comarca. John era un galés de los valles de complexión fuerte, barbado y envuelto perennemente en la nube de humo de su pipa, y que tras su llegada a aquella ciudad bañada por las turbias

aguas del Mersey no se sentía demasiado optimista. Al igual que Henry Smith Williams era hijo de un médico y, también como él, era de la opinión de que tenía cosas mucho mejores que hacer que malgastar sus energías en los adictos de un lugar como aquel.

Si había ido allí era para descifrar el misterio de la esquizofrenia y de cómo se manifiesta, pero como había sido el último en llegar se le había asignado una tarea concreta. Sus colegas le habían dicho: «Quédate con todos esos adictos, John, con los alcohólicos y los drogadictos».

John sabía que tendría infinidad de adictos esperándolo, ya que en la década de 1980 Merseyside era una de las comarcas con las luchas de clase más virulentas de la historia de Gran Bretaña. El Gobierno conservador de Margaret Thatcher se había comprometido a liberar el norte de Inglaterra de aquello que ellos consideraban industrias nacionalizadas parásitas del Estado; pero a puerta cerrada sus ministros en realidad proponían abandonar Liverpool a su suerte porque la reconversión de su economía sería como «intentar hacer que el agua fluya contra la corriente».³ La población del condado de Merseyside

veía cómo sus puestos de trabajo desaparecían, sus casas se caían a trozos y sus calles eran pasto de las llamas debido a los disturbios que habían empezado a estallar en los barrios marginales. John podía percibir que la desesperanza que se extendía por la región iba a engendrar mucha más adicción y suspiraba, apesadumbrado.

Cada jueves acudía a su consulta una gran cantidad de adictos a los que él extendía recetas..., pero de heroína. Tomaban asiento en su despacho, respondían a unas cuantas preguntas y luego recibían heroína suficiente para los próximos días, que debía durarles hasta el jueves siguiente. Eso era todo.

Al principio John se quedó perplejo, pensando que era una idea disparatada. ¿Dar heroína gratis a los drogadictos? Sin darse cuenta, John había heredado el último resquicio del sistema legal de suministro de drogas que Harry Anslinger no había sido capaz de eliminar.

Antes de regresar a mi país estaba convencido de que la guerra contra las drogas en Gran Bretaña había sido como buena parte de nuestra política exterior: una mala copia de Estados Unidos.⁴ Tenemos un elevado número de presos, pero no tantos como Estados Unidos.

Apoyamos la guerra contra las drogas en otros países, pero no tan intensamente. Y, sin embargo, no era del todo así; al final resultó que yo estaba parcialmente en lo cierto y parcialmente equivocado. Y es que hay algo relevante en lo que somos peores: en Gran Bretaña, los hombres de raza negra tienen diez veces más posibilidades de ser encarcelados por delitos de drogas que los de raza blanca, una cifra que supera las de Estados Unidos y las de Sudáfrica en pleno *apartheid*.⁵

Digo que esto es parcialmente cierto porque —al igual que en Estados Unidos— nuestra guerra contra las drogas se desencadenó por el pánico a

una raza. Como expone Marek Kohn en su libro *Dope Girls*, el 27 de noviembre de 1918 una joven bailarina blanca llamada Billie Carleton estuvo hasta las cinco de la mañana celebrando una fiesta en su piso, detrás del hotel Savoy, con gran cantidad de cocaína a su disposición.⁶ Al día siguiente fue encontrada muerta. En la prensa se desató una ola de furia contra las dos fuerzas siniestras que habían traído dichas sustancias a las islas Británicas: por una parte, la «repugnante multitud de extranjeros de baja estatura»⁷ que integraban la oleada de inmigrantes chinos y, por otra, «esos “músicos” negros»⁸ que tocaban jazz. (Ponían la

palabra «músicos» entre comillas pero no tenían ningún empacho en hablar de la raza negra en términos despectivos.) Las drogas se habían prohibido precisamente para salvar a los ciudadanos de esas razas envenenadas. Tras la prohibición, el periódico *News of the World* titulaba, aliviado: «Adiós al mal de los negros»,⁹ y seguía diciendo que por fin podrían decir adiós al «sacrificio de almas de las mujeres blancas». Y, por supuesto, todo ese ambiente era visto con buenos ojos por el Gobierno estadounidense, complacido por el hecho de que hubiera otras naciones que compartieran sus preocupaciones.

Pero durante mucho tiempo hubo un resquicio legal. Y es que mientras en Estados Unidos se ordenaba a los médicos que impidieran todo suministro de sustancias estupefacientes por vía legal y además se actuaba contra el hermano de Henry Smith Williams, en Gran Bretaña los facultativos se negaban en redondo a seguir esa línea. Los adictos, defendían, son enfermos y por tanto sería inmoral dejarlos sufrir o morir. El Gobierno británico, sin saber qué hacer, escogió a un hombre llamado Humphrey Rolleston, *baronet* y presidente del Real Colegio de Médicos,¹⁰ para que decidiera sobre la política que debería adoptarse en tales

casos. Tras un exhaustivo proceso de recogida de pruebas, Rolleston llegó a la conclusión de que los doctores estaban en lo cierto. «La recaída en uno u otro momento —escribió— parece ser lo habitual y la cura permanente, la excepción.»¹¹ Así es que insistió en que se dejara libertad a los médicos para recetar heroína siempre que lo consideraran necesario.¹²

Por eso fue posible que a lo largo de dos generaciones se impusieran solamente en Gran Bretaña las medidas defendidas por Henry Smith Williams. El resultado fue que, mientras en Estados Unidos la adicción a la heroína aumentaba en cientos de miles de

personas, la situación en Gran Bretaña era bien distinta. El número de adictos nunca superó el millar, y como apunta Mike Gray «la población adicta seguía siendo prácticamente la misma que antes: señoras de edad proveya, doctores que se automedicaban, pacientes con dolores crónicos, sujetos sin ocupación conocida y “personas de mediana edad”, la mayoría de los cuales llevaban vidas normales y corrientes».¹³ Los médicos británicos sostenían que, en lo que respecta a la adicción, existe lo que se denomina «drogadictos estabilizados»¹⁴ y que, cuando recetaban heroína, tales casos eran la norma y no la excepción.

Cuando Billie Holiday llegó a Londres en la década de 1950 se quedó estupefacta.¹⁵ «[En este país] se comportan como personas civilizadas y no tienen el problema de la droga —decía, admirada—. Algún día Estados Unidos se espabilará y tomará ejemplo de ellos.»

Cada vez que a Anslinger se le pedían explicaciones sobre el caso británico, él negaba que en Gran Bretaña se estuviera recetando heroína. Su única prueba era que en Hong Kong no existía algo así, y esa —decía— «es una ciudad británica».¹⁶ Fuera de los focos, sin embargo, trataba por todos los medios de poner fin al sistema británico de

auxilio a los drogadictos. Al final, presionado por Estados Unidos, el ministro de Salud británico anunció en 1956 que en el futuro se dejaría de producir heroína en el país. Los médicos, furiosos, replicaron que era «deber del Servicio Nacional de Salud asistir a los ciudadanos que están enfermos y sufren». Ellos no iban a echarse atrás, y como Anslinger no podía apretarles las tuercas como había hecho en su país, finalmente la política británica se mantuvo inalterada.¹⁷

Pero en la década de 1960 el sistema de las recetas sufrió un varapalo. Según la información de que disponía el Gobierno, se había

registrado un incremento catastrófico de adictos a la heroína, cuyo número pasó de 927 a 2.782.¹⁸ Y este aumento, por lo visto, obedecía a diversas razones. Los locos años sesenta habían provocado un relajamiento en las costumbres y la extensión del consumo de drogas, en especial en Londres, donde además se descubrió que algunos doctores del West End habían estado vendiendo recetas de heroína a personas que la consumían para su disfrute personal. El Gobierno, por lo tanto, decidió inclinarse por el modelo norteamericano, pero sin adoptarlo en su totalidad. A partir de entonces se mantendría la posibilidad de

recetar heroína, pero solamente podrían hacerlo un reducido círculo de psiquiatras.

«Esto no tiene ninguna lógica», pensó John mientras pasaba revista a los adictos que venían a su clínica. Entre ellos había «unos cuantos muchachos y alguna que otra chica que venía a buscar su ración de caballo, [amén de] empleados ferroviarios, marinos y personas de cualquier profesión». Cuando les decía que tenían que dejar las drogas, ellos respondían que las necesitaban.¹⁹ Unos años más tarde decidió suspender el programa de

recetas para centrarse en la investigación de la esquizofrenia, del trastorno bipolar y de otras enfermedades verdaderamente interesantes. «Aquello me daba algunos quebraderos de cabeza —me contaba—, pero también cosas importantes de las que ocuparme.»

Pero cuando estaba preparando su investigación, el Gobierno de Margaret Thatcher aprobó una directiva sobre drogas inspirada en la intensificación de la guerra antidroga que estaba llevando a cabo su amigo Ronald Reagan al otro lado del Atlántico. Conforme a esa nueva norma, cualquier población de Gran Bretaña tenía que demostrar que

contaba con su propia estrategia antidroga y presentar un análisis costebeneficio que avalara su puesta en marcha. John encargó al académico Russell Newcombe que estudiara el asunto. Él había dado por hecho que Newcombe regresaría una vez terminada su investigación y diría que aquellos pacientes eran como los adictos a la heroína de Estados Unidos y de cualquier otra parte, al menos en cuanto a la imagen típica: personas sin empleo y sin posibilidad alguna de conseguirlo, con antecedentes penales y altos índices de VIH, además de una elevada tasa de mortalidad.²⁰

Pero, para su sorpresa, la investigación encontró algo bien distinto. Newcombe había descubierto que ninguno de aquellos adictos tenía VIH, a pesar de que Liverpool es una ciudad portuaria en la que cabría esperar que estuviera muy extendido. Es más, ninguno de ellos tenía ninguno de los problemas más comunes entre los adictos: sobredosis, abscesos, enfermedades varias... La mayoría tenía trabajos fijos y vidas perfectamente normales.

Cuando recibió el informe, John volvió a pasar revista a sus pacientes. Entre ellos estaba Sydney, «un viejo estibador de Liverpool felizmente

casado y padre de dos hijos encantadores —me decía—. El hombre había ido tirando con la heroína durante un par de décadas». En apariencia llevaba una vida normal y bastante sana. De hecho, como el resto de personas a las que recetaba heroína, aunque hasta ese momento no había reparado en ello.

¿Y cómo podía ser eso? ¿Es que la heroína no provoca por sí sola daños importantes en el cuerpo? ¿Acaso no provoca abscesos, enfermedades y hasta la muerte? Todos los doctores coinciden en que, desde el punto de vista médico, la heroína pura, inyectada con jeringuillas limpias, no causa tales problemas.²¹ Lo que sucede es que,

bajo el prohibicionismo, las bandas mezclan la droga con cualquier polvo de aspecto similar que puedan encontrar y de esta forma obtienen más dosis y, por lo tanto, más dinero. Allan Parry, que trabajaba en los servicios de salud de la ciudad, constató que los pacientes que no recibían recetas de heroína se inyectaban caballo mezclado con «polvo de ladrillo, pasta blanqueadora, café, en fin, con cualquier sustancia». Como explicó en su momento a los periodistas: «No hay que ser un experto para saber que, si te inyectas cemento, eso tendrá consecuencias importantes para tu salud». [22](#)

Era fácil ver la diferencia entre los adictos que aparecían por la clínica por primera vez buscando ayuda y aquellos otros pacientes a los que se venía recetando heroína desde hacía algún tiempo. Los primeros tenían a menudo abscesos subcutáneos de considerable tamaño y heridas abiertas en manos y piernas que parecían, como dice Parry, «la pizza de las infecciones: una masa blanda con pus encima como si fuera mozzarella y que cada vez se hacía más grande». La combinación de drogas adulteradas y jeringuillas sin esterilizar era el caldo de cultivo de estas infecciones en la carne del adicto, que además «pueden llegar a alcanzar el

hueso y salir por el otro lado, con lo cual el adicto tiene un agujero que le atraviesa de lado a lado. Tales infecciones aparecen en las piernas, pero como el cuerpo no tiene la suficiente fortaleza, puede llegar a ser necesaria la amputación [del miembro infectado]. A menudo se dan casos de adictos que estaban caminando y de pronto se les rompieron las piernas». Al verlos así da la impresión de que fueran los supervivientes de una guerra, con las piernas amputadas y el cuerpo cubierto de cicatrices.

Los adictos con prescripción de heroína, por el contrario, tenían el mismo aspecto que las enfermeras de la

clínica o que el propio John. Es decir, no se los podía distinguir de una persona sana.

Harry Anslinger pensaba que la adulteración de las drogas era algo positivo porque desalentaría el consumo. En 1942 declararía, orgulloso: «Actualmente los adictos consumen heroína adulterada en el 99 % de su composición».²³ Allan Parry, en cambio, pudo ver por sí mismo las consecuencias de esta adulteración: «Cuando alguien intenta inyectarse esa porquería se le bloquean las venas y queda hecho una piltrafa —me dice—. El problema es que, con esa heroína adulterada, la vena no aguanta más allá

de un chute y, una vez dañada, el adicto busca otras venas en las que poder intentarlo, hasta que finalmente acaba inyectándose en cualquier vena del cuerpo que aún pueda aguantar» y, por lo tanto, destrozándose el cuerpo a medida que va inyectándose.

En consecuencia, John Marks empezó a pensar que buena parte «de los daños asociados a las drogas son en realidad producto de las leyes y no de las drogas en sí mismas». De hecho, en su clínica decían que las infecciones, los abscesos y las amputaciones que sufrían los adictos eran «heridas de la guerra de las drogas». Y por eso «poco a poco» llegó a la conclusión de que en su

clínica «estaban obrando milagros», porque a fin de cuentas evitaban delitos y facilitaban droga segura a los adictos. «Si la heroína prescrita es tan segura — se decía John—, ¿por qué no se la facilitamos a más adictos? Si puede evitar que contraigan el VIH, se inyecten sustancias adulteradas y acaben muertos en una esquina, ¿por qué no extendemos su uso?»

Él, por su parte, iba a poner en marcha un experimento. Primero amplió su programa de recetas de heroína de la docena de personas a las que se las suministraba hasta unas cuatrocientas y,

luego, en colaboración con un farmacéutico de la ciudad recetó por primera vez «canutos de heroína», es decir, cigarrillos que tenían heroína.²⁴ Además daba recetas de cocaína, incluida la que podía consumirse en forma de cigarrillo, a una pequeña cantidad de personas que se habían hecho adictas al crack.²⁵ John era consciente de que la cocaína, al igual que el alcohol, con el tiempo puede provocar consecuencias graves en la salud de la persona, pero explicaba: «Si estuviéramos en el Chicago de los años treinta y tú fueras uno de esos alcohólicos que robarían a su abuela con tal de poder pagarse la bazofia que

vendía Al Capone a precios desorbitados, entonces yo no habría tenido ningún reparo en recetarte un trago del mejor whisky escocés». ²⁶

Pues bien, quien primero percibió los efectos de su nuevo programa fue la policía. El inspector Michael Lofts revisó el historial de 142 adictos a la heroína y la cocaína y entonces se encontró con que dieciocho meses antes de que se les prescribiera heroína tenían una media de 6,88 condenas por delitos comunes, la inmensa mayoría por robo y atraco. ²⁷ Pero en los dieciocho meses siguientes el número de condenas bajaba a 0,44. Es decir, que se había registrado un descenso del 93 % en los casos de

hurto y robo.²⁸ «Teníamos el cambio delante de nuestras narices —declaró Lofts, asombrado, a un periódico—. Aquellos adictos habían llegado en un estado lamentable después de haberse pasado los días robando para pagarse su droga y ahora gran parte de ellos eran personas cordiales y razonablemente respetuosas de la ley.»²⁹ Era justamente lo que había dicho Henry Smith Williams tiempo atrás.

Un día llegó a la clínica una joven madre llamada Julia Scott que, según le contó a John, se había pasado el día entero prostituyéndose para poder

costearse su adicción. Cuando se encontraba con pacientes como este, declaraba John a un reportero, no podía evitar sentir «indignación»: «Me ponía furioso que personas jóvenes y perfectamente capaces [...] se vieran condenadas a sufrir el mismo índice de mortalidad que enfermos con la viruela, es decir, del 10 al 20 %. No me dejo impresionar fácilmente y tampoco creo que las drogas tengan ningún glamur especial, solamente intento hacer comprender a mis pacientes que lo que están haciendo es tremendamente aburrido». ³⁰

John quería que Julia se aburriera de las drogas, no que se sintiera aterrorizada o en peligro, y por eso le extendió una receta. «Dejé de drogarme en el acto», declaró más adelante a Ed Bradley, el presentador del programa «60 Minutes», de la CBS, cuando se desplazó hasta Liverpool para informar sobre aquella novedosa práctica. «Un día volví a la calle para ver [a las chicas] y casi me pongo enferma cuando las vi hacer lo que yo hacía antes.»³¹

Ahora Julia trabajaba de camarera y era capaz de cuidar sin problemas a su pequeña. En ese instante estaba

empujándola suavemente en un columpio y Bradley aprovechó para hacerle una última pregunta:

—Si no le hubieran recetado la droga, ¿dónde cree que estaría usted ahora?

—Es muy probable que estuviera muerta —respondió—. Necesitaba la heroína para vivir.³²

Los cambios experimentados por la extensión del programa de recetas no se circunscribían a los pacientes de John. En las calles del barrio podía apreciarse que las bandas de traficantes estaban en franco retroceso. Pero John estaba

exagerando cuando dijo que el tráfico de drogas había sido erradicado por completo. El escritor Will Self, informando sobre el terreno, se enteró de que, según indicaban personas del barrio, aún había algunos camellos trabajando por allí,³³ aunque la policía aseguraba que eran muchos menos que antes. Como explicaba el inspector Lofts: «Desde que abrieron las clínicas para drogadictos hemos apreciado un descenso lento pero continuado en el número de camellos que trafican en las calles de Warrington y Widnes».³⁴ Por lo tanto, parecía haber llegado el momento de dar marcha atrás, de volver a la situación anterior a la guerra de las

drogas. Aquel sueño que nació en California estaba a punto de volver a ponerse en práctica en un pequeño edificio de ladrillo situado junto al Mersey.

John Marks, sin embargo, se diferenciaba de Henry Smith Williams en un aspecto crucial. Henry consideraba que a los adictos se les debían prescribir drogas durante toda la vida. Y esta era justamente una de las partes de su historia que más me desconcertaba. Daba la impresión de que la única alternativa a la perenne guerra contra las drogas fuera la prescripción de drogas perenne.

Pero desde entonces se había hecho un descubrimiento crucial sobre la adicción, algo que Henry Smith Williams jamás podría haber previsto. El primero que lo puso de manifiesto fue el psiquiatra Charles Winick, que en la década de 1950 había fundado una clínica gratuita para músicos adictos a las drogas. Winick creía, como todos entonces, que cuando una persona se enganchara a la heroína ya no se podía liberar jamás de su adicción; pero en su clínica se iba a encontrar algo muy distinto. «El consumo de heroína se concentraba en el grupo de edad de entre veinticinco y treinta y nueve años y después experimentaba un ligero

descenso», escribió.³⁵ Muchos adictos sencillamente dejaban de drogarse por voluntad propia. Cuando «maduraban se desprendían de su adicción [...], probablemente porque el estrés y las presiones propias de la vida se habían convertido en algo normal para ellos y porque ya habían superado los grandes desafíos de la época adulta».³⁶

Este cambio —que se denomina «maduración» o «recuperación natural»— no es algo inhabitual; al contrario, se presenta en la inmensa mayoría de los casos de adicción. A mí me pareció un hallazgo tan extraordinario que hasta que no me informé en otros estudios sobre la

materia no fui capaz de comprenderlo en toda su magnitud. Lo que sucede es que la mayor parte de los adictos dejan de consumir drogas, se las prescriban o no, siempre y cuando el régimen prohibicionista no los mate antes.³⁷ Generalmente abandonan el hábito al cabo de unos diez años.³⁸

Pues bien, cuando John Marks se enteró de ello, creyó que su deber era mantener a los adictos con vida el mayor tiempo posible para que pudieran recuperarse de manera natural. Por eso los adictos de Widnes se presentaban una vez a la semana en su consulta y salían con una receta de heroína para fumar o —en un pequeño porcentaje de

casos, como veremos más adelante— de cocaína. John se lo explicaba a los ciudadanos: «Si estas personas consumen drogas y están decididas a persistir en su consumo [...], la elección que yo planteo, tanto a ellos como a la sociedad, es tomar drogas procedentes de la clínica o drogas de la Mafia». ³⁹

Había algo obvio en el experimento de John que despertaba inquietud. Y es que si no se impone ningún castigo a los adictos —y además reciben las drogas gratis—, ¿no sería lógico pensar que luego querrán aumentar su consumo? De hecho, esta era una de las objeciones

más razonables que planteaba Harry Anslinger. Si se vuelve a facilitar droga mediante receta médica, advertía, «el número de adictos se disparará».⁴⁰

En principio parece lo lógico. Pero John no lo veía así. Él estaba convencido de que el consumo entre los adictos se mantendría estable: si el rechazo de la propia familia, la posibilidad de contraer enfermedades graves y la amenaza de la pobreza no eran capaces por sí solas de influir en el consumo, ¿por qué iban a hacerlo unos cuantos canutos gratuitos?⁴¹

En realidad, ambas partes llevaban razón. Es cierto que el consumo de drogas no aumentó, pero tampoco se

mantuvo estable; de hecho, disminuyó (incluso entre aquellos que *no* recibían droga por prescripción médica). Una investigación publicada en la revista *Proceedings of the Royal College of Physicians of Edinburgh* comparaba Widnes, que disponía de una clínica para heroinómanos, con una población similar del entorno metropolitano de Liverpool, Bootle, donde no había ninguna clínica de estas características. Pues bien, resultó que en Bootle había 207,54 drogadictos por cada 100.000 habitantes mientras que en Widnes no se registraban más que 5,83 casos, es decir, doce veces menos.⁴²

¿Cuál era el motivo de dicha discrepancia? ¿Por qué la prescripción de heroína a personas adictas se había traducido en una reducción tan significativa en el número de sujetos enganchados a la droga? El doctor Russell Newcombe, que estaba trabajando para la clínica de John Marks, sería quien encontraría la explicación.⁴³

Imaginemos que somos un adicto a la heroína. Para satisfacer nuestro hábito debemos disponer de una considerable cantidad de dinero, en torno a unas cien libras diarias en aquella época.⁴⁴ ¿Y cómo vamos a conseguirlo? Veamos: siempre podemos acudir al robo o a la

prostitución. Pero también podríamos obtenerlo de otro modo, de una forma que además es mucho menos desagradable que las dos anteriores. Se trataría entonces de comprar droga, quedarnos la parte que necesitemos y rebajar el resto con polvos de talco y vendérselo a otros consumidores. Pero para eso hay que convencer a otras personas de que tomen drogas también. Es decir, hemos de convertirnos en un vendedor que promueva el consumo.

Por lo tanto, en el régimen prohibicionista, la heroína adopta el patrón de la venta piramidal. «A las compañías de seguros les encantaría tener entre su personal a vendedores

como los drogadictos», con esa extraordinaria motivación, señalaba John.

Esa, precisamente, es la razón por la que descendía el consumo de drogas en la clínica de John. Y es que la prescripción de heroína priva a los consumidores del aliciente del beneficio económico y, por lo tanto, aniquila el patrón de la venta piramidal.⁴⁵ Si alguien quiere colocarse no tiene por qué vender droga. Y eso explica por qué cuando se prescribe heroína no aumenta el número de nuevos consumidores de heroína y por qué cuando se prescribe

cocaína tampoco se incrementa el número de personas que deciden probar esa droga.

Cuando Russell Newcombe me habla de estos descubrimientos no puedo menos que pensar que se trata de un extraño giro de la historia. Harry Anslinger solía decir que la adicción a las drogas es contagiosa. En circunstancias normales no lo es, pero el régimen prohibicionista que él estableció ha hecho que la droga sea finalmente algo contagioso, después de todo.

A John Marks le increpaban desde todas partes. El pleno del ayuntamiento estaba resultando ofensivo y era él quien recibía las imprecaciones de los presentes. Pero no era un derechista o un acérrimo conservador quien le gritaba. Eran los comunistas, que en aquella época gobernaban la ciudad de Liverpool a través de una facción llamada Grupo Militant, que defendía el establecimiento inmediato de una revolución socialista en Gran Bretaña.

Estos recriminaban a John que estuviera impidiendo el triunfo de la revolución porque con sus recetas no hacía sino tranquilizar a las clases trabajadoras por medio de la heroína. Es

decir, que el opio del pueblo era precisamente el propio opio, y Marks estaba bloqueando al gran Marx.

El padre de uno de los pacientes de John se puso en pie y se dirigió a la audiencia. «Al principio me quedé perplejo cuando John nos dijo que quería darle heroína a nuestro Jimmy — declaró—, porque pensaba que como doctor tenía el deber de hacer que abandonara las drogas. Pero el caso es que, desde que está con John, viene a comer a casa, se queda a charlar con nosotros y hasta ha vuelto con su novia. ¿Y sabéis qué? Ha recibido una oferta de trabajo y empieza la próxima semana.»

John Marks tenía la esperanza de que los resultados de su tratamiento sirvieran de estímulo a otras personas, tanto de su país como de todo el mundo, y aplicaran a los adictos el mismo programa que él. ¿Cómo iban a rechazar un enfoque que salvaba la vida a los consumidores de droga y que además provocaba el descenso del consumo y el progresivo repliegue de los camellos?

De hecho, una especie de efecto dominó estaba empezando a notarse en la ciudad. Las consecuencias eran tan evidentes que el Metropolitan Centre de Liverpool pidió al doctor Marks que aplicara una versión más amplia del programa que él mismo había iniciado

en la clínica de Widnes, porque se había decidido que todo distrito de la región, desde Southport en el Norte hasta Macclesfield en el Este, debía contar con una clínica como la suya.

Por esos días habían disminuido tanto los hurtos en centros comerciales que Marks and Spencer's, animado por esta coyuntura, no solo elogió públicamente el trabajo de la policía, sino que además quiso patrocinar la primera Conferencia Internacional sobre Reducción de Daños y Consumo de Drogas, que se celebraría en Liverpool en 1990.⁴⁶ Como explicó en la misma Derek O'Connell, un oficial de policía cuyo trabajo se inspiraba en el

experimento iniciado por John: «Uno de nuestros cometidos como policías es proteger la vida [de los ciudadanos]. [...] Por eso debemos llegar a quienes se inyectan drogas y proporcionarles toda la ayuda que necesiten, pero mientras la consiguen hemos de intentar que sigan sanos, porque esa es también nuestra tarea como agentes de policía». ⁴⁷ Y aquí es donde John se iba a dar contra el mismo muro que Henry Smith Williams.

A John lo habían invitado, junto a un reducido grupo de colegas suyos, a recorrer Estados Unidos explicando

cómo su programa podía salvar vidas en ese país.

Fueran a donde fuesen siempre surgía la misma cuestión al término de cada encuentro: que el congresista republicano Jesse Helms había estado presionando a los organizadores para que cancelaran el acto e impidiesen hablar a los invitados. Helms no quería injerencias en la guerra contra las drogas. Unos años más tarde, en un programa en directo de la CBS, un espectador quiso darle las gracias por «todo lo que ha[bía] hecho para meter en vereda a los negros» y él, mirando a la cámara, respondió: «Se lo agradezco. Muchas gracias a usted». ⁴⁸

En 1991, uno de los programas informativos más vistos en Estados Unidos, «60 Minutes», dedicó uno de sus reportajes a la clínica de John, y este no tardó en recibir una llamada de Bing Spear, inspector jefe de la Sección de Drogas del Ministerio de Interior británico.

«Nos están llegando muchas reacciones a través de nuestra embajada en Washington —le dijo—. Y todos quieren transmitir el mismo mensaje [al Gobierno]: “¿Qué es eso de que en Liverpool alguien está dando cocaína gratis? Encárguense de cerrar inmediatamente ese lugar”.»⁴⁹

El Gobierno conservador decidió «incorporar» la clínica de John a un nuevo proyecto de salud pública que sería dirigido por pastores evangélicos contrarios al sistema de prescripción de drogas. Los pacientes estaban aterrados, pues sabían muy bien lo que pasaría si dejaban de proporcionarles drogas: que volverían los abscesos y las sobredosis y que tendrían que volver a pelearse con gánsteres para obtener droga. Pero John no pudo hacer nada.⁵⁰

Las consecuencias no se hicieron esperar. En el periodo en que el doctor Marks proporcionaba recetas de heroína, de 1982 a 1995, no se había registrado ni una sola muerte por drogas

entre sus pacientes.⁵¹ Ahora, Sydney, aquel viejo estibador de Liverpool, se había visto obligado a comprar droga adulterada en la calle y había muerto. Julia Scott, quien había asegurado que se moriría si no tenía su receta de heroína, demostró que estaba en lo cierto: murió de sobredosis, dejando a su hija huérfana.

De los 450 pacientes que antes trataba Marks mediante recetas, 20 murieron en los seis meses siguientes y 41 en el curso de los dos años posteriores.⁵² Muchos perdieron algún miembro de su cuerpo o acabaron contrayendo enfermedades potencialmente letales. El índice de

mortalidad entre los adictos volvía a estar como en el momento de la prohibición: del 10 al 20 %, como en los casos de enfermos de viruela.⁵³

El doctor Russell Newcombe, que había trabajado en la clínica de John, me cuenta que los supervivientes «se vieron obligados a volver a [vivir en] la calle. [...] Perdían sus empleos y su pareja. Contraían deudas y muchos volvían a caer en la delincuencia. En el plazo de un mes, las personas expulsadas del programa de prescripción de drogas de John Marks habían vuelto a ser delincuentes codiciosos». Cuando veía a alguno de ellos por la calle, Newcombe le preguntaba a qué se dedicaba ahora.

«A trajinar», decían, que era el término coloquial con que aludían a sus robos para costearse el hábito.

Actualmente Merseyside está devastada por la adicción a sustancias prohibidas y las bandas de traficantes se matan unas a otras en la guerra de las drogas.

John se dio cuenta de que estaba vetado en su propio país. Así que se marchó y al final fue a parar a la otra punta del mundo, a Gisborne, en el noreste de Nueva Zelanda, el lugar desde donde me contó esta historia en el año 2012, vía telefónica.

«Era un exiliado», me contaba John Marks. Un día la Real Sociedad de Astronomía le pidió que hiciera de Galileo en una jornada de puertas abiertas que organizaban. Tenía que interpretar a Galileo en la hoguera. A Marks, por supuesto, no se le escapaba la ironía de aquella situación, pero no le daba más importancia. A mí, en cambio, su historia me indignaba y cuando se lo dije a John, este respondió tranquilamente: «¿Qué es lo que [te] hace pensar que las personas con autoridad se guían por la razón? Si piensas así es porque estás siendo racional».

Su historia estaba condenada al olvido. En teoría tenía que acabar como la de Henry Smith Williams. Pero esta vez no iba a ser así.

Rápidamente cogí un vuelo para Ginebra con el fin de llegar a la primera ciudad donde Harry Anslinger asistió a una reunión de Naciones Unidas para implantar su visión del mundo. Fue allí donde, por uno de esos curiosos giros de la historia, se quebró su apoyo. Yo me reuní con la mujer que, ayudada por otras personas, iba a llevar adelante ese cambio y ella misma empezó a contarme lo que pasó. Su historia, aunque él no lo supiera, se inspiraba en lo que había hecho el propio John Marks.

El agente de policía que acompañaba a Ruth Dreifuss tenía los ojos arrasados en lágrimas. En ese momento conducía a la futura presidenta de Suiza a través de una vieja estación de ferrocarril situada al otro lado del río. Allí es donde se habían congregado todos los adictos de Zúrich, hacinados a las afueras de la ciudad como animales que padecieran una enfermedad contagiosa.

Ruth llevaba ya mucho tiempo viendo escenas como aquella. Unos años antes había visitado un parque de Berna que hacía las veces de aquella vieja estación. Había chicas ejerciendo la prostitución a plena luz del día y adictos

merodeando por las inmediaciones, descontrolados y balbuceando palabras ininteligibles. Además se podía ver a otros adictos inyectándose droga «en partes del cuerpo que uno nunca hubiera imaginado», dice Ruth, porque no podían encontrarse ninguna vena, como si hasta ellas quisieran escapar. Y entre todo aquel trasiego se oía a los camellos decir a voz en grito el precio de sus mercancías. Al verlos, Ruth no pudo evitar pensar en los *brokers* de Wall Street vociferando sus ofertas en el mercado de operaciones bursátiles.⁵⁴ Cuando los camellos se peleaban por algún cliente podía sentirse en el aire la amenaza de la violencia.

La mayoría de los suizos no habían visto nunca algo así. Hasta la policía, desbordada por la situación, estaba asustada. Así era Suiza en las décadas de 1980 y 1990, lo cual no dejaba de ser un agravio a la forma en que los suizos se veían a sí mismos.⁵⁵

Suiza ha sido siempre donde más fácil resulta hacer creer a la población que no se cambia nada porque todo está bien. Mi padre era un chico de los Alpes suizos a quien se le había inculcado la idea de que la última desgracia que sufrió su país fue la invasión de Aníbal en el año 221 a.C., cuando entró por las montañas con su ejército de elefantes. Todos los símbolos suizos giran en torno

a la idea de orden, de limpieza y de perdurabilidad en el tiempo. Los relojes suizos seguirían marcando los minutos con precisión científica aun cuando sufriéramos un holocausto nuclear. En sus postales aparece el Jet d'Eau del lago de Ginebra con las montañas de los Alpes como telón de fondo, inmutables, ajenas a cualquier cambio. Los suizos, con su afán por el orden, consideran que no se debe tirar de la cisterna después de las diez de la noche, porque, como cualquiera de ellos nos diría en tono solemne, el ruido podría molestar a los vecinos.⁵⁶

Pero ahora Suiza veía cómo la prohibición de las drogas desencadenaba un tornado en sus pulcras y organizadas ciudades.

Ruth no lo sabía entonces, pero muy poco tiempo después iba a pasar a la historia como la primera mujer que llegaba a la presidencia de Suiza, y no solo eso, sino que además sería la primera vez que una persona de religión judía gobernaba el país.

Pero aún había algo más: sería la primera mandataria del mundo desde la década de 1930 que tomaría la decisión de no orillar la reforma de las leyes antidroga, sino de afrontarla directamente. Durante su mandato iba a

reunirse con adictos, a escucharlos, a defenderlos y, sobre todo, a proporcionarles droga de manera legal.

La primera vez que oí hablar de ella fue en una reunión de expertos en política de drogas, cuando dijeron que solo había un líder en el mundo capaz de entender mejor que nadie qué es lo que no funcionaba en la guerra contra las drogas. Rápidamente me puse en contacto con ella. Este es el relato de nuestro encuentro a comienzos de 2013 en su propio apartamento, mientras ella fumaba un cigarrillo tras otro y tiraba la ceniza en un gran cenicero de color

amarillo. Al rato se disculpó por fumar tanto. «Soy una adicta», me dijo riéndose.

Cuando Billie Holiday estaba en la cárcel por posesión de heroína, las únicas personas que trataron de ayudarla fueron unos suizos. «Una pareja de suizos encantadores, de Zúrich, concretamente, me ha enviado mil dólares —escribía Billie en sus memorias— y un telegrama en el que dicen que Estados Unidos nunca me aceptará cuando salga de la cárcel, así que debo irme con ellos a Europa.»⁵⁷

Suiza, como todos los países, se debate entre la compasión y la crueldad. Cuando se escribió aquel mensaje, Ruth estaba estudiando en un colegio en el que sus compañeros de clase se metían con ella, diciéndole que los judíos habían matado a Jesús y que serían castigados por toda la eternidad. Con el tiempo, Ruth oiría decir que, por su condición de mujer, era una persona histérica y demasiado emotiva y que, por lo tanto, no podía confiársele el voto del que disfrutaban los demás ciudadanos. Si alguna mujer llegara algún día a imponerse en unos comicios, advertían los políticos del país, las familias suizas se resquebrajarían y la

nación acabaría en el caos. Solo después de años de manifestaciones secundadas por miles de mujeres como ella, que reclamaban sus derechos políticos, se les reconoció en Suiza su derecho al voto. Eso fue en 1971. Ruth Dreifuss, por tanto, había visto cómo las certezas más sólidas pueden caer hechas pedazos y parecer descabelladas a la generación siguiente.

Cuando en 1993 se puso al frente de la política sanitaria suiza se encontró con un cadáver en la recámara. Y es que Suiza tenía la peor epidemia de VIH de los países europeos, y sin visos de que pudiera mejorar.⁵⁸ En Suiza no existen guetos en los que pueda ocultarse la

adicción. No hay separación respecto a los que son diferentes: si el consumo de drogas parece tan devastador es porque se realiza a la vista de todos. Ante este estado de cosas, Ruth organizó una reunión con representantes de las minorías más despreciadas en el país —gais, prostitutas y yonquis—, pues estaba convencida de que ellos no solo sufrían el problema de la extensión del sida, sino que además formaban parte de su solución. Fue allí donde aprendió que las trabajadoras del sexo, si se les facilitan preservativos e información, pueden llegar a ser «unas excelentes defensoras de la salud pública. Pero

para eso hay que confiar en ellas. Hemos de aceptar su trabajo. La prevención comienza con el respeto».

Como socialista, era de la opinión de que toda persona —por muy perdida que parezca— tiene la capacidad de cambiar su situación si se le facilitan los medios para hacerlo. Pero Ruth miraba a aquellos drogadictos y dudaba de todo. «¿Cómo podemos hacerlo?», se preguntaba.

En su lucha contra el sida, Suiza había adoptado ya algunas medidas: programas de suministro de jeringuillas nuevas, salas de consumo de drogas supervisado y prescripción de metadona a los adictos más graves. Y, sin

embargo, la epidemia seguía extendiéndose. Uno de los motivos era que los adictos detestaban la metadona: decían que era como comerse un plato de gachas cuando uno se muere por un filete. Un día, algunos de los médicos con que Ruth solía hablar, facultativos que conocían bien a los adictos, le dijeron que habían visitado una clínica de Liverpool en la que se desarrollaba un proyecto innovador: un programa que estaba dando resultados asombrosos, pero que por motivos ideológicos iba a ser eliminado.⁵⁹

Daba la casualidad de que unos años antes se había aprobado una ley suiza en una de cuyas cláusulas se

autorizaba el suministro de heroína, siempre que fuera como parte de un experimento científico. Por lo tanto, solamente se le podría facilitar a un número muy reducido de personas.

Apoyándose en este precedente legal, Ruth declaró: «Muy bien, vamos a realizar en nuestro país un experimento verdaderamente grande. A todos aquellos adictos que lo soliciten se les facilitará metadona sin ningún impedimento y, a aquellos que no puedan tolerarla, se les suministrará heroína».⁶⁰ El sistema político suizo se basa en el consenso. Ninguno de sus representantes puede imponer medidas por su cuenta. De ahí que Ruth tuviera

que convencer a los demás políticos y a los miembros de los cantones suizos. Defendió su proyecto contra viento y marea. «Estamos ante una emergencia nacional —decía—, y en las situaciones de emergencia es preciso aplicar medidas drásticas.»

Veinte años después, Ruth Dreifuss vive enfrente de una de aquellas clínicas de heroína por las que tanto luchó. A las siete de la mañana paso a toda prisa junto a las gaviotas que chillan en el lago de Ginebra. El cielo está oscuro como si fuera de noche y en las pequeñas cafeterías suizas, hombres y

mujeres perfectamente vestidos leen el periódico y toman café. No se ve a nadie con ojeras. Los suizos están acostumbrados a acostarse temprano y a levantarse cuando aún está oscuro sin que jamás se los oiga quejarse.

En el blanco pasillo de la clínica de heroína encuentro sentados en sillas contiguas a un joven con unos grandes auriculares puestos y un hombre mayor que viste traje de *tweed* con coderas de piel en la americana. Ambos esperan pacientemente que llegue su turno de inyectarse.

El más mayor sigue a una enfermera hasta la sala de inyecciones y, cuando al poco rato sale, se queda

sentado solo unos veinte minutos y luego accede a hablar conmigo en una sala de un lateral. Sus zapatos perfectamente lustrados y su rostro arrugado y cargado de distinción le hacen parecer el ministro de un pequeño país centroeuropeo. Una vez que nos han presentado me dice que no tiene inconveniente en contarme su caso siempre que no cite su nombre, pues está dispuesto a contarme ciertos delitos que cometió antes de que cambiaran las leyes de la droga. Por este motivo, en las páginas siguientes aparecerá con un nombre ficticio: Jean.⁶¹

La primera vez que se presentó en la clínica «estaba enfermo y sucio —confiesa Jean—. En realidad era un adicto bastante típico». Cuando veía una película no podía mantener la concentración más de diez minutos. No podía comer fruta ni nada que tuviese algo de grasa porque tenía el sistema digestivo deshecho por las sustancias contaminantes de las drogas. Para entonces llevaba treinta y cinco años chutándose heroína. «Cuando te drogas en la calle sientes la muerte dentro de ti. Puedes sentirla y también puedes verla —explica—. Llevas en tu seno la muerte, y va avanzando.»

Probó con la metadona pero no le funcionó. Tenía ganas de heroína todo el rato. Cada mañana se despertaba aterrado, como presa de un ataque de pánico, y diciéndose: «¿Cómo voy a conseguir el dinero que necesito para el caballo de hoy?». Estaba atrapado en un triste carrusel en el que pasaba una y otra vez por las mismas etapas: conseguir dinero, comprar heroína y chutarse, y al día siguiente vuelta a empezar, y al otro y al otro.

«Era algo más que una adicción. Era un trabajo», asegura. Si sobrevivió fue porque se metió en el tráfico de drogas —se niega a dar detalles, solo dice que era un «intermediario»—, hasta

que un día oyó hablar del programa de prescripción de heroína que lanzó Ruth Dreifuss.

Era la última opción que ofrecía el sistema a quienes no podían recibir ningún otro tipo de ayuda. Para ser admitido era preciso cumplir tres requisitos: tener más de dieciocho años, haber participado como mínimo en dos programas de desintoxicación que no se hubieran superado y disponer de carnet de conducir.

«Al principio no resultaba fácil aceptar algo así —confiesa Jean—. Todos los adictos nos sentimos confusos.» De pronto se encontró con que ya no sentía esa constante necesidad

de drogarse y que ahora disponía de la jornada entera para él. Los pacientes, me dice, «tienen que reinventar sus vidas. Tienen que alimentar de nuevo su imaginación». El programa de la heroína gira en torno a la idea de que es preciso ayudar a la persona a reconstruir su vida: ha de tener su terapia, su casa y su puesto de trabajo. Uno de los que estaban con Jean, por ejemplo, era dueño de una gasolinera mientras que otro trabajaba en un banco. Y «una vez que te has estabilizado —cuenta Jean—, la necesidad de consumir decrece y vuelves a llevar una vida normal, y entonces es cuando te dices: “Vale, ¿y ahora qué voy a hacer?”».

No es nada fácil hacer algo así después de tanto tiempo enganchado a las drogas, pero Jean pone el acento en algo distinto: «El dolor que ahora siento no es el dolor de una enfermedad. Es el dolor de quien ha vuelto a nacer». Por primera vez en muchos años «me siento bien, estoy feliz de haber podido recuperar cosas de mi vida que tenía completamente olvidadas». Ha empezado, por ejemplo, a comer fruta y a disfrutar de nuevo de la música y de las películas. «Es una vuelta a la realidad», declara.

Harry Anslinger creía haber descubierto en qué fallaban los programas de prescripción de heroína como este. El cuerpo del adicto va tolerando cada vez mejor la droga y por eso con el paso del tiempo necesita dosis cada vez más elevadas para conseguir el mismo efecto. «El adicto — explicaba Anslinger— nunca está satisfecho con su dosis, siempre quiere más.»⁶² Dos de sus hombres habían propuesto lo que ellos llamaban la «primera ley de la adicción»: «Toda persona que sufra una adicción a las drogas y tenga un acceso ilimitado a las mismas se mantendrá en ese estado aumentando de manera acelerada su

consumo, a menos que el proceso de la adicción sea detenido por agentes externos».

En principio parece bastante lógico, pero en aquella clínica habían descubierto algo que no concordaba con esta ley.⁶³

Si un adicto del centro quiere conseguir una dosis más elevada de droga, no tiene más que pedirla y se la dan sin ningún problema. De ahí que los adictos pidan más heroína cuando acaban de entrar en el programa, tal y como sugerían Anslinger y los suyos. Sin embargo, en los meses siguientes

son muchos los adictos que dejan de pedir más droga y en lugar de eso prefieren mantener sus dosis estables.⁶⁴

«La mayoría quiere seguir reduciendo su consumo», me dice una de las psiquiatras de la clínica, la doctora Rita Manghi. Jean, por ejemplo, al principio tomaba tres dosis diarias: 80 miligramos por la mañana, 60 por la tarde y otros 80 por la noche. Ahora solo toma 30 miligramos en la dosis de la mañana y 40 en la nocturna, y como él mismo apunta: «Estoy a punto de decirle al médico que no quiero tomar más». Él es solo uno de los casos habituales en la clínica.

De repente, aquel debate más bien deprimente que se había planteado al principio de la guerra contra las drogas entre Harry Anslinger y Henry Smith Williams —prohibición eterna frente a prescripción de drogas eterna— da la impresión de que es falso. Y es que en esta clínica han descubierto que esa no es la verdadera cuestión. Si a un adicto de los más enganchados se le ofrece la opción de recibir drogas de forma legal controlando él mismo su dosis, la inmensa mayoría se mantendrá estable en su adicción y luego irá reduciendo paulatinamente su consumo. Por lo tanto, la prescripción de drogas no es una

alternativa al abandono de las drogas. Es, para muchos, un camino para llegar a dejarlas en el futuro.⁶⁵

«Este programa —dice Jean— nos da la oportunidad de recuperar el control que habíamos perdido», algo que van consiguiendo poco a poco. Un psiquiatra portugués que trata a pacientes de esta clínica, el doctor Daniel Martin, trata de explicármelo con una imagen gráfica.

La inmensa mayoría de los adictos llegan a la clínica con un recipiente vacío en su interior: cuando toman heroína el recipiente se llena del todo, pero a las pocas horas su contenido ha quedado agotado.⁶⁶ El objetivo de este

programa es que el adicto reconstruya gradualmente su vida, de manera que pueda volver a poner algo más en ese recipiente vacío: relaciones personales, pequeños placeres cotidianos, un puesto de trabajo... Si logra hacerlo, ya no estará completamente vacío cuando la heroína se haya agotado en su interior. Y a medida que su vida sea más completa, el recipiente se irá llenando también y por lo tanto cada vez habrá menos espacio para la heroína. A la larga, el adicto tendrá lo suficiente en su interior como para sentirse lleno sin necesidad de acudir a la heroína.

Los pacientes pueden permanecer en el programa todo el tiempo que deseen, aunque por término medio suelen dejarlo a los tres años, y para entonces solo el 15 % sigue consumiendo a diario.⁶⁷

Antes de la instauración del programa, los adictos eran vistos como personas violentas y amenazadoras que siempre andaban merodeando por ahí en busca de su dosis. En Suiza se ha sustituido esa imagen por algo más bien aburrido. Ahora están en clínicas en las que se sientan y les ofrecen té. La subcultura del terror ha desaparecido.

Con la apertura de estas clínicas, los suizos empezaron a percibir algo distinto en sus ciudades. Y es que parques y estaciones de tren que antes estaban abarrotados de adictos, ahora no tenían ni uno. Son los niños quienes vuelven a jugar allí. Las calles son también más seguras. Los delitos de robo de vehículos perpetrados por quienes reciben prescripciones de heroína han disminuido en un 55 % y los relativos a hurtos y atracos, en un 80 %.⁶⁸ Este descenso en la delincuencia, según el estudio más exhaustivo realizado sobre la materia, se registró «prácticamente en el acto».⁶⁹ La extensión del VIH entre los adictos se

detuvo. En 1985 Suiza tenía alrededor de un 68 % de nuevos infectados de VIH por consumo de drogas intravenosas, pero en 2009 dicha cifra había descendido a cerca del 5 %.⁷⁰

El número de muertes anuales entre los adictos experimentó un descenso extraordinario,⁷¹ la proporción de aquellos con trabajo fijo se triplicó y el porcentaje de quienes disponían de un hogar llegaba al 100 %.⁷² Una tercera parte de los que recibían prestaciones sociales dejaron de solicitarlas.⁷³ Y como sucediera en Liverpool, la pirámide de la venta de drogas se derrumbó. Las personas que llevaban largo tiempo adscritos al programa de

prescripción de heroína manifestaban en un 94,7 % de los casos estar menos dispuestos a vender drogas que antes del tratamiento.⁷⁴ Jean me cuenta que los traficantes para los que trabajaba antes eran «totalmente contrarios al programa» porque como él mismo dice: «Pueden controlar a las personas más debilitadas y sacar dinero de ellas. Si yo estuviera aún en ese ambiente puede que hubieran hecho de mí un asesino sin que yo me opusiera». Cuando Jean me dijo esto, me vinieron a la mente Chino y Rosalio. «Ahora en cambio ya no pueden. Para ellos soy un caso perdido.»

El programa de prescripción de heroína tiene un coste de 35 francos suizos por paciente y día,⁷⁵ pero para el contribuyente supone un ahorro de 44 francos diarios, que son los que se destinan a los arrestos, juicios y condenas de adictos a las drogas.⁷⁶ Por eso, cuando alguien pregunta «¿Por qué tenemos que sufragar ese gasto?», la respuesta que daría un pragmático suizo sería: «Pues porque no es ningún gasto. Al contrario: nos ahorramos dinero».

Pero todavía no había logrado entender cómo consiguió Ruth vender esta política en un país tan conservador

como el suyo. Mis familiares suizos están por lo general en la línea del Tea Party, y eso que se definen como moderados. Para entendernos, sería como defender la reforma de la política antidroga, no en la liberal San Francisco, sino en Lubbock, Texas.

Obviamente no pudo imponerse por la fuerza porque sé muy bien que el sistema suizo se asienta sobre una democracia participativa. Si eres un ciudadano suizo y no estás conforme con alguna de las leyes aprobadas por el Parlamento, todo lo que tienes que hacer es reunir 50.000 firmas y solicitar que sea sometida a referéndum.⁷⁷ A finales de la década de 1990, un grupo

conservador solicitó que la prescripción de heroína fuera sometida a votación en una consulta nacional y eso desencadenó un acalorado debate en todo el país (o tan acalorado como puede serlo en Suiza).

Ruth y los suyos introdujeron un argumento en el debate que hasta entonces no había planteado nadie. Los guerreros de las drogas se presentaban a sí mismos, ya desde el propio Anslinger, como firmes defensores del orden que no estaban dispuestos a tolerar el caos que inevitablemente generaría toda posible relajación en las leyes antidroga. Ruth, con una llave de *jiu-jitsu* político, le dio la vuelta al

argumento. Ellos habían visto cómo las medidas duras como las de Estados Unidos solo habían conseguido sembrar el caos en sus ciudades; pero, en cambio, cuando el Gobierno implantó el programa del acceso legal a la heroína, las ciudades habían vuelto a recuperar la normalidad. Por lo tanto, la guerra contra las drogas solo lleva al desastre, mientras que el fin de dicha guerra supone una recuperación paulatina del orden y la estabilidad anterior.

Este argumento fue el que se impuso. En 1997, alrededor del 70 % de los electores suizos votaron a favor de las reformas.⁷⁸ No obstante, en 2008 se formó una alianza de fuerzas

conservadoras que solicitaron un nuevo referéndum. La campaña de quienes apoyaban a Ruth difundió unos carteles en los que aparecía una joven madre acompañada de su hijo y esta decía: «Quiero que nuestros parques sigan limpios de jeringuillas». Otro mostraba a una mujer de unos cincuenta años diciendo: «Gracias al tratamiento, nuestro hijo pudo dejar las drogas». Al final, el 68 % de los votantes apoyaron la política de Ruth en este segundo referéndum. Tales campañas mostraban,⁷⁹ en forma embrionaria, los argumentos que desde mi punto de vista podrían poner fin al prohibicionismo en el mundo entero.⁸⁰

No son campañas destinadas a proteger y defender a los adictos sino a nosotros mismos. Y esta es a mi parecer una lección esencial para quienes defienden la reforma de la política de drogas. Quienes creemos en la necesidad de acabar con la guerra contra las drogas tenemos de nuestro lado a los liberales y a la izquierda. Es a los moderados y a los conservadores a quienes tenemos que ganarnos; y para hacerlo tal vez convenga prestar oídos al eco que nos llega desde las montañas suizas.

En cierta ocasión Ruth visitaba una de las clínicas de Berna en su calidad de presidenta con el fin de hablar con los adictos allí adscritos y reparó entonces en un hombre joven —bien vestido y atractivo— con el que había intentado entablar conversación pero que quizá por timidez apenas había dicho un par de palabras. Se disponía a marcharse cuando, para su sorpresa, aquel hombre le entregó una nota, pidiéndole además que no la leyera hasta que estuviera en su despacho.

«Hace seis meses estaba en la calle —decía en su nota—. Me despreciaba a mí mismo, no sentía el menor respeto por mi persona. Me pasaba el día sucio

y dormía en cualquier esquina o en un parque [hasta que] me aceptaron en la clínica [...] y desde entonces vengo tres veces por día para recibir mi heroína. Por fin he recuperado el respeto.»⁸¹ Luego continuaba diciendo que si se había mostrado remiso a hablar con ella era porque ahora trabajaba para ella, estaba a sus órdenes.

«Cuando lees algo así —me dice Ruth— puedes seguir con esto durante años.»

Una tarde en que estábamos en su casa en Ginebra, le comenté a Ruth que no puedo imaginarme a un mandatario de

Estados Unidos o Gran Bretaña haciendo lo que ella ha hecho: reunirse con los adictos, escuchar sus historias y emplazar a los demás a que los ayuden. «Pues deberían hacerlo —asegura—. Tienen que escuchar a los adictos y verlos con sus propios ojos.» Si algún día se quedara encerrada en un ascensor con Barack Obama y David Cameron, les diría: «Son ustedes responsables de todos sus ciudadanos y ser responsables significa protegerlos y darles los medios necesarios para protegerse. Ningún colectivo puede ser abandonado a su suerte».

Pero resultó que las mismas fuerzas que habían presionado a Gran Bretaña para que clausurara la clínica de John Marks intentaron también intimidar a Suiza. La Junta Internacional de Control de Narcóticos declaró: «Quien juega con fuego acaba perdiendo el control [y Suiza estaba] envia[ndo] un mensaje desastroso a los países productores de drogas». ⁸² Pero Ruth Dreifuss no es de las que se dejan intimidar. Cuando el zar de las drogas de Estados Unidos, el general Barry McCaffrey, hizo una gira por Europa, convocó una rueda de prensa a su paso por Holanda en la que —como un gobernador a sus colonos— reprendía al Gobierno holandés por sus

infames medidas. El general tenía previsto visitar Suiza en los días siguientes. «Lo que dijo en Holanda de los *coffee shops* de cannabis fue algo horrible», dice Ruth.

Por eso decidió llamarle por teléfono y decirle: «En Suiza no habrá conferencia de prensa. No estamos dispuestos a aceptar ninguna injerencia en el debate de nuestra política». ⁸³

Cuando acabó su mandato, Ruth trabajó junto con otros jefes de Estado —entre ellos el presidente de Brasil, Fernando Henrique Cardoso— en el establecimiento de una organización llamada Comisión Global de Políticas de Drogas, que aboga por el fin de la

guerra global contra las drogas. Cuando yo la conocí había visitado con tal motivo México, Ghana, Budapest, Vilna e Italia. En sus viajes pudo observar que cada vez había «más dudas» sobre la estrategia actual y que por ese motivo había una mayor inclinación hacia las alternativas racionales.

Luego le comenté a Ruth que la idea de que el presidente de Estados Unidos o el primer ministro británico pudieran vivir algún día a pocos metros de una clínica de heroína me resulta aún más inconcebible.

«Nosotros consideramos que, siempre que sea posible, estos centros deben estar emplazados en el centro de

la ciudad —me explica mientras fuma un cigarrillo y deja caer la ceniza en un cenicero—. Por muchas razones. En primer lugar, estas personas tienen que acudir a la clínica con regularidad. No podemos enviarlas a la otra punta de la ciudad. Por otra parte es importante que, si tienen empleo, aprovechen los descansos del almuerzo, por ejemplo, para venir a la clínica. Es muy práctico.»

Ruth levanta los ojos y se queda mirando en dirección a la clínica de heroína.

Cuando regresé a Estados Unidos, entusiasmado por lo que acababa de descubrir, no podía dejar de ensalzar las medidas suizas y de recomendar su aplicación en el País de la Libertad, pero a menudo me daban una respuesta que me dejaba desconcertado.

«Pero si nosotros ya damos recetas de opiáceos —decían—. Recetamos Oxycontin, Vicodin y algunos analgésicos más, y en lugar de provocar el efecto que dices están causando un auténtico desastre. No tienes más que ver las noticias cualquier día de la semana. Cada vez hay más personas que se han hecho adictas a opiáceos prescritos por facultativos que se los

dieron con la intención de aliviarles el dolor. Hay más casos de sobredosis. Más personas que se convierten en delincuentes. Más personas que se pasan a drogas más duras como la heroína. ¿Quieres que te dé aún más ejemplos?»

Era algo que podía oírse en todas partes, incluso en medios liberales partidarios de la reforma de la política antidroga como la revista *Rolling Stone*. La conclusión era evidente: en este país, la prescripción de drogas no reduce los problemas sino que hace que se extiendan.

Aquello parecía dinamitar la argumentación en favor del acceso legal a las drogas duras en Estados Unidos y a

mí me suscitaba un mar de dudas. Por más que revisaba las pruebas no podía sino constatar que los críticos estaban en lo cierto. La adicción a Oxycontin y Vicodin se estaba extendiendo por el país, lo cual provocaba a su vez un incremento de la criminalidad y las sobredosis. La causa, según coincidían en señalar todas las fuentes, está en que ambos fármacos han sido recetados con demasiada ligereza.

¿Cómo podía ser que la prescripción de opiáceos funcionara a la perfección en Suiza y en cambio en Estados Unidos fuera un completo desastre? ¿Era solamente por una

cuestión cultural? ¿O es que había algún fallo en el modelo suizo que se me había pasado por alto?

Solamente fui capaz de entender lo que estaba pasando cuando hablé del asunto con tres personas: Meghan Ralston, experta en prescripción de drogas de la Drug Policy Alliance [Alianza para la Política de Drogas]; Bruce Alexander, el profesor de Vancouver; y Hal Vorse, un facultativo que trata a adictos de Oklahoma City a los que se han recetado drogas. Estos tres expertos planteaban tres cuestiones distintas que a mí me obligaban a

considerar la crisis de los opiáceos con receta desde una óptica completamente distinta.

La primera cuestión que me daba que pensar era, una vez más: ¿cuándo empiezan a manifestarse los problemas más graves derivados de la toma de Oxycontin y Vicodin, los problemas que salen en las noticias? ¿Cuándo empiezan los adictos a asaltar farmacias para hacerse con el medicamento, o a prostituirse o a tomar sobredosis a escala masiva? Meghan Ralston, una de las expertas más sobresalientes en la crisis generada por ambos fármacos, me lo explicó. Los problemas, me dijo, no

empiezan con la prescripción de los fármacos. Los problemas empiezan cuando se interrumpe su prescripción.

Estados Unidos no tiene una política similar a la suiza en lo que atañe a la prescripción de opiáceos para personas adictas. De hecho, aplica precisamente la contraria. Si yo fuera un norteamericano que se ha hecho adicto al Oxycontin, mi doctora tendría que dejar de recetármelo en cuanto se diera cuenta de mi dependencia. A ella se le permite recetar tales fármacos únicamente para tratar el dolor, no una adicción. Si aun así me lo prescribiera con el fin de tratar mi problema, se enfrentaría a la inhabilitación de por

vida y además a una condena de hasta veinticinco años de cárcel como si de un traficante de drogas se tratara; es decir, como el hermano de Henry Smith Williams en el comienzo de la guerra contra las drogas.⁸⁴

Es en esta situación cuando, desesperado, yo podría asaltar una farmacia con un arma o comprar pastillas en el mercado negro.⁸⁵ La mayoría de los problemas atribuidos a la prescripción de drogas en Estados Unidos comienzan precisamente en ese momento, cuando el camino legal para acceder a la droga queda cerrado. Como dice Meghan Ralston, ningún paciente se toma 80 miligramos del Oxycontin

prescrito por su médico y luego sale a cometer un delito o muere por sobredosis. No. El problema empieza cuando el médico constata que su paciente es un adicto y suprime el tratamiento.

Es una visión tan distinta a lo que normalmente nos transmiten sobre la crisis de prescripción de opiáceos que me llevó algún tiempo digerirla. Pero cuando me puse a buscarle conexiones con la época en que las drogas se vendían libremente en Estados Unidos —antes de 1914— empecé a encontrarle sentido.

Recordemos el cambio que presencié Henry Smith Williams a lo largo de su vida. Antes de que fueran prohibidas, la mayoría de las drogas se vendían en pequeñas dosis en cualquier establecimiento de la ciudad y a un precio reducido. Algunos se hicieron adictos y por tanto sus vidas se vieron seriamente afectadas, de la misma manera que un alcohólico de nuestra época ve gravemente alterada su vida. Es algo que debe tenerse siempre presente, pues la persona afectada pasa un auténtico calvario. Ahora bien, prácticamente ninguno de ellos incurría en prácticas delictivas para conseguir la droga, y tampoco se volvían locos si no

tenían su dosis ni perdían sus empleos por el hecho de ser adictos. Pero cuando se les impidió acceder por medios legales a la droga que necesitaban, entonces sí que empezaron los problemas que normalmente asociamos con la adicción a las drogas: delincuencia, prostitución y violencia.

Es lo mismo que está ocurriendo en la actualidad con la prescripción de opiáceos. Si yo fuera un joven que recibe tratamiento con Oxycontin y que lo tomo como un poseso para afrontar mi sufrimiento psicológico, mi vida sin duda se verá disminuida, será menos completa y se verá afectada por la indolencia que provocan tales fármacos.

Pero si dejaran de facilitarme mi tratamiento —si experimentara mi 1914 particular—, mi vida sería un completo desastre y entonces empezaría a comportarme del modo caótico al que hoy en día asociamos la crisis de los opiáceos prescritos. Lo peor empieza cuando se eliminan las vías legales de acceso a la droga. Por lo tanto, como asegura Meghan, la crisis de la prescripción de opiáceos no echa por tierra la necesidad de legalizar las drogas: lo que hace es mostrarnos que es necesaria.

Pero ¿qué significa exactamente «legalizar las drogas» cuando hablamos de tratamientos prescritos? Hay quien

sostiene que estas sustancias deberían venderse sin ninguna traba, como el alcohol. Sin embargo, yo creo que la experiencia de Suiza con la heroína nos muestra un camino mejor para el futuro, ya que podríamos ampliar los criterios de la prescripción. Si se pueden recetar opiáceos para el dolor de espalda, ¿por qué no prescribirlos también para el sufrimiento psicológico? Imaginemos que a una mujer adicta al Oxycontin en Oklahoma City se le interrumpe bruscamente su tratamiento y se la remite al grupo de Narcóticos Anónimos más cercano sin ofrecerle más que un «Buena suerte» por parte de su facultativo. Y ahora imaginemos que a

esta mujer se le dice exactamente lo mismo que a los pacientes de la clínica de Ginebra: «Te vamos a suministrar de manera legal una dosis segura de la droga siempre que la necesites, y mientras la recibes nos ocuparemos de darte el apoyo y la atención necesaria para que puedas reconstruir tu vida, obtener un alojamiento estable y conservar tu empleo».

En principio cabría esperar que los resultados obtenidos fueran los mismos en Vermont o Alabama que en Suiza; es decir, que con el paso del tiempo muchas personas preferirán reducir su

dosis hasta que finalmente, cuando se haya calmado su dolor, abandonarán definitivamente las drogas.

Pero este no es más que el primer paso, el vendaje que frena la hemorragia. Porque es preciso disponer de una estrategia más amplia, una estrategia que frene de raíz la formación de estas heridas. Para ello habrá que cambiar nuestra cultura de manera que la vida sea mucho más llevadera para las personas. Hemos de construir una sociedad que sea mucho más parecida al Parque de los Ratones que a una carrera de roedores. Si consideran que lo que les digo no son más que castillos en el aire, piensen entonces en la alternativa:

el continuo incremento de las adicciones como una pesada losa para la sociedad. Se dice que los médicos —empujados por la codicia de los laboratorios farmacéuticos— habrían estado suministrando opiáceos para afecciones comunes como el dolor de espalda sin advertir a sus pacientes sobre el riesgo de adicción y, que como consecuencia de ello, muchas personas se habrían hecho adictas de manera accidental. Si uno va al médico y toma el analgésico que le han recetado creyendo que es la única forma de tratar su hernia discal, resulta que unos meses después se encuentra con que su cuerpo experimenta una fuerte dependencia de dicho fármaco

y que no puede dejarlo sin caer en una terrible abstinencia y en el pánico. Esta es la explicación más generalizada de la crisis de la prescripción de opiáceos, y parece que tiene sentido.

Pero hay una prueba crucial que se ha pasado por alto en este panorama. Como hemos visto antes, en los hospitales occidentales se recetan opiáceos mucho más fuertes que el Oxycontin y el Vicodin con bastante frecuencia. Por ejemplo, la diamorfina (es decir, heroína) que se receta para el posoperatorio de prótesis de rodilla es un opiáceo muy fuerte; de hecho, según los médicos, es tres veces más fuerte que el Oxycontin, y es preciso tomarlo

durante una larga temporada hasta que el paciente se recupera.⁸⁶ Sin embargo, en tales casos —como se ha demostrado sin ninguna duda— no se genera adicción en casi ninguno de los pacientes.⁸⁷ ¿Cómo es posible que un opiáceo tan fuerte no provoque adicción cuando es recetado por los médicos y en cambio otro tres veces más débil sí que lo haga?

Para comprenderlo debemos atender a la segunda explicación posible, que por cierto me la expuso Bruce Alexander cuando estábamos en el Downtown Eastside de Vancouver. Todos, en un momento dado, usted, yo y cualquier persona de su alrededor,

tenemos acceso a un amplio surtido de sustancias que nos permitirán liberarnos del dolor durante un tiempo, entre las cuales se encuentran desde el vodka hasta el Valium. Sin embargo, la mayoría de las veces las dejamos en el aparador, sin tocarlas. Entonces la pregunta es: ¿por qué de repente hay un elevado número de personas, tanto en sus hogares como en la barra de un bar, que cogen esas sustancias y las toman de una manera compulsiva, y además haciéndolo todos a la vez? La respuesta no está en el acceso a la sustancia. Está en el sufrimiento que experimenta la persona. El auge de la adicción a las drogas, como ha demostrado Bruce, se

produce siempre en aquellos momentos en que aumentan repentinamente el aislamiento y la aflicción entre las personas; no tenemos más que pensar en la «locura de la ginebra» en el Londres dieciochesco o en los aterrorizados soldados de la guerra de Vietnam.

Esto nos plantea entonces otra cuestión: ¿ha sucedido algo en Estados Unidos durante la última década que haya catapultado la prescripción de drogas hasta esos niveles? No resulta fácil decirlo. En realidad la clase media norteamericana ya estaba hecha trizas antes de que explotara la mayor crisis económica conocida desde la Gran Depresión.⁸⁸ Las personas corrientes se

ven abrumadas por su gran carga de estrés y miedo. De ahí que, según apunta Bruce, tiendan cada vez más a utilizar Oxycontin y Vicodin para bloquear su dolor.

Esta explicación pone la prescripción de opiáceos bajo una perspectiva distinta. Todas esas madres estresadas que son adictas al Vicodin y todos esos camioneros enganchados al Oxycontin en realidad son personas que han visto disminuir sus ingresos y su capacidad para cuidar de sus familias, al mismo tiempo que su posición social y su confianza en la sociedad sufrían un serio varapalo. A tenor de las pruebas ofrecidas por Bruce, cabe suponer que,

si no se hubieran inventado tales fármacos, en una situación como la que acabo de describir, esas personas habrían buscado en su botiquín o en el armario de los licores alguna otra cosa que pudiera servirles de alivio; porque está demostrado que en todas las crisis anteriores la gente ha encontrado siempre algo similar.

No se trata de que el fármaco en cuestión no tenga ningún efecto; es obvio que sí que lo tiene. Vicodin y Oxycontin contienen sustancias que enganchan y que naturalmente desempeñan cierto papel en la adicción. Si recordamos los datos que hemos expuesto antes, resulta que solamente el 17 % de las adicciones

al tabaco son causadas por los enganches químicos presentes en los cigarrillos. Dado que el tabaco es la droga más adictiva que existe, cabría esperar que las sustancias químicas del Oxycontin desempeñen —para peor— un papel similar en la adicción a dicho fármaco. Ahora bien, un 17 % es mucho, y por eso los médicos deberían tenerlo en cuenta cuando recetan opiáceos a personas a las que podrían haber ofrecido en su lugar un analgésico más suave y con menos enganches químicos. Pero de todas formas, ese 17 % solo explica una pequeña parte del efecto del fármaco. Centrarse únicamente en este aspecto, dejando de lado las demás

causas, es uno de los motivos por los que nuestras respuestas a esta crisis están fallando de manera tan estrepitosa.

Sin embargo, aun después de haber averiguado esto, tenía la sospecha de que había algo en la crisis de los opiáceos con receta que se me estaba escapando. Me puse entonces a investigar más a fondo y así fue como di con la tercera cuestión que nos plantea esta crisis: ¿por qué hay tantas personas que empiezan tomando Oxycontin y Vicodin y al final acaban consumiendo heroína?

Este cambio de los medicamentos recetados a drogas más potentes está bien documentado —no puede, pues, ser puesto en duda— y, en principio, parece rebatir todo lo que aprendí en Suiza. De hecho, ha alcanzado una magnitud tal que en muchos estados norteamericanos se ha convertido en el tema dominante de debate. En Vermont, por ejemplo, la crisis es tan grave que en 2014 el gobernador del estado dedicó todo su discurso de investidura a hablar del incremento del consumo de heroína, cuya causa más importante según todos los indicios se encuentra en los tratamientos con opiáceos recetados.

Como en otros casos, aquí contamos también con dos posibles explicaciones. La primera es que esta situación nos demuestra que son las sustancias químicas las que desencadenan la crisis de los opiáceos. Cuando el cuerpo se hace adicto, necesita cada vez más droga para alcanzar el nivel óptimo. Por lo tanto, llega un momento en que el Oxycontin no puede provocar ese efecto y entonces el paciente se pasa a la heroína. Esto es lo que sucede cuando se deja salir de la botella al genio del acceso a las drogas: que huye arrastrándonos consigo.

Pero tenemos además una segunda historia acerca de lo que ha sucedido, un relato que nos permitirá comprender un efecto bien distinto de nuestra política de drogas. En principio puede parecer algo extraño —a mí al menos me lo pareció—, pero está sobradamente documentado. De hecho, para verlo en acción no hay más que ir cualquier día a un partido de fútbol universitario en Estados Unidos si queremos comprobarlo por nosotros mismos.⁸⁹ Es lo que se conoce como «ley de hierro de la prohibición».⁹⁰ Pero para entenderlo tenemos que volver a los primeros años de la década de 1920 y a los dominios de Arnold Rothstein, es decir, al lugar

donde comenzó nuestra historia.

Antes de la Ley Seca, la bebida más popular en Estados Unidos era la cerveza, pero en cuanto se ilegalizó el alcohol, los licores de alta graduación pasaron a constituir el 90 % del total de las ventas, cuando antes solo llegaban al 40 %.⁹¹ Es decir, que la forma en que la gente respondía al cambio era trocando las bebidas suaves por otras más fuertes. Es algo que nos desconcierta. ¿Por qué un cambio legal se traduce en un cambio en los gustos del público?

Pues bien, resulta que no hubo ningún cambio en las preferencias de la gente. Lo que cambió fue otra cosa: la selección de bebidas que tenían a su

disposición. Y por una razón muy sencilla, como ha explicado Mike Gray en su libro *Drug Crazy*. Cuando se introduce algo de contrabando en un país y se transporta en secreto, «es necesario poner la mayor cantidad posible de mercancía en el menor espacio posible».

Imaginemos que vamos a transportar clandestinamente un camión de cerveza por el territorio de Estados Unidos. Digamos que la cerveza que llevamos es la que beberían unas cien personas una noche. En cambio, si nuestro cargamento fuera de whisky podremos dar bebida a unas mil personas por noche. Lógicamente optaremos por el segundo cargamento, y

esto será lo único que vamos a ofrecer a los clientes en nuestro bar clandestino; eso y algún que otro licor de mucha más graduación, como aquel que tanto le gustaba a Billie Holiday, White Lightning, un whisky tan fuerte que hasta los alcohólicos más recalcitrantes se niegan a beberlo.

La mayoría de las personas solo quieren entonarse un poco, mientras que los que beben hasta caerse de la silla son un número relativamente pequeño. Pero si no hay bebidas de poca graduación, serán muchos los que se inclinen por licores muchísimo más fuertes, porque siempre es mejor eso que nada. Por lo tanto, lo que hace la

prohibición es reducir el mercado a la sustancia más potente posible. Esta es su ley de hierro.

Como decía antes, es algo que puede observarse fácilmente en cualquier partido de fútbol universitario de Estados Unidos. «Los estudiantes — me explica Gray— normalmente beben cerveza, pero en el estadio no se permite la venta de alcohol, de manera que meten a escondidas su petaca y así es como se pasan al whisky.» El estadio es una zona donde impera la prohibición,⁹² y por eso los jóvenes universitarios acaban bebiendo algo mucho más fuerte de lo que quisieran, porque consideran que es mejor eso que nada.

Pues bien, esta ley opera de la misma forma en el caso de las drogas. Antes de que fueran declaradas ilegales, lo que se consumía eran drogas suaves en forma de tés, jarabes y vinos. El Jarabe de la señora Winslow, por ejemplo, contenía 0,16 gramos de morfina.⁹³ Un vino con extractos de cocaína —Vin Mariani— era recomendado por personalidades como la reina de Inglaterra y el papa León XIII.⁹⁴ En aquellos días, la forma más popular de consumir coca era mezclada con el té o en bebidas refrescantes.⁹⁵ Pero en los primeros años de la prohibición estas versiones suaves de los opiáceos desaparecieron por

completo. Para entonces había demasiada droga en el mercado negro, y aunque aquellas otras tenían mucha más demanda, a traficantes como Arnold Rothstein no les merecía la pena asumir ese riesgo. Es entonces cuando el té de coca va a ser sustituido por la cocaína en polvo y el Jarabe de la Señora Winslow por la heroína en vena.

Se ha comprobado que cuanto más se reprime el consumo de drogas, más fuertes son las sustancias que aparecen. El asedio al cannabis en la década de 1970 disparó el consumo de shunk y supershunk. La campaña contra la cocaína a comienzos de la década de 1980 trajo como consecuencia la

aparición del crack, una variante de la anterior pero mucho más compacta. Muchos consumidores preferirían seguir tomando las drogas suaves, pero cuando se prohíben ya no pueden conseguirlas, así que se ven obligados a aceptar drogas más duras.

Aquí es donde entra en juego la crisis de los opiáceos prescritos que veíamos antes, y a la luz de estos descubrimientos vamos a tener que contemplarla desde una óptica distinta. Cuando a un adicto al Oxycontin se le suprime su tratamiento, por regla general querrá seguir tomándolo a todo trance. Pero con la prohibición resulta muy difícil hacerse con un opiáceo menor

como es este fármaco y, en cambio, será mucho más fácil conseguir una droga dura como la heroína. Así es como funciona el mercado de las drogas ilegales: es la ley de hierro de la prohibición. El doctor Hal Vorse, que trata a adictos en Oklahoma City, me ilustra sobre las leyes económicas de este mercado con sumo detalle, como si todos los días se las explicaran a él sus pacientes. El Oxycontin, en el mercado negro, es tres veces más caro que la heroína y, por supuesto, no está al alcance de la mayoría de los adictos. Así es que, me dice el doctor, «se cambian a la heroína por pura economía».

Del mismo modo que, una vez cortado el acceso legal a las bebidas alcohólicas, la cerveza desapareció en favor del whisky, en el momento en que se cortan las vías legales para acceder a los opiáceos, el Oxycontin cede el lugar a la heroína. No es esta una ley de la naturaleza ni tampoco algo provocado por la propia droga: es nuestra política de drogas la que provoca algo así. Cuando se derogó la Ley Seca, el White Lightning quedó borrado del mapa — ¿quién lo conoce hoy en día?—, y la cerveza volvió a ser la bebida favorita de los norteamericanos. Actualmente hay adictos a la heroína en todo Estados

Unidos que se habrían quedado de lo más satisfechos con su Oxy, si existiera alguna forma legal de conseguirlo.

Es algo que merece la pena repetir porque, pese a las pruebas existentes, no se oye con mucha frecuencia hablar de un efecto tan sorprendente. La guerra contra las drogas hace que para los adictos sea prácticamente imposible acceder a variantes suaves de los opiáceos y, por lo tanto, se les impulsa inexorablemente al consumo de drogas más duras.

Una vez aprendido todo esto me di cuenta de que lo que nos habían contado sobre la crisis de los opiáceos prescritos no concordaba con la

realidad. Es algo que nos han repetido una y otra vez a lo largo de la historia de la guerra contra las drogas: que la culpa es de las sustancias químicas y que solamente erradicándolas será posible solucionar el problema.

Esta segunda explicación es, por su sencillez, muy fácil de aceptar pero es que además nos permite apartar la mirada de las consecuencias provocadas por las propias sustancias para centrarla en las personas. El experimento suizo combinado con el Rat Park nos ofrece la mejor respuesta para explicar no solo la adicción a la heroína, sino también la crisis de los opiáceos prescritos.

Una tarde estaba en la clínica de Ginebra y me puse a contarle a una de las psiquiatras, la doctora Manghi, cómo había comenzado todo esto de la prescripción de drogas en las clínicas de Los Ángeles. Que los médicos recetaban heroína, los pacientes mejoraban con este tratamiento y luego se les dejaba de prescribir la droga. Y luego la historia volvía a repetirse mucho más tarde en Liverpool, siguiendo prácticamente los mismos pasos: prescripción de heroína, mejora del paciente y finalización abrupta del tratamiento. Ella se quedó pensativa, dando vueltas a su collar de madera, y al rato me dijo: «Es como una recaída en

la adicción. Puede parecer desalentador pero en cada recaída se aprende algo nuevo».

CAPÍTULO

16

El espíritu del 74

Sabía desde hace tiempo que hay un país que en 2001 legalizó absolutamente todas las drogas, desde el cannabis hasta el crack. A mí me interesaba saber qué suponía eso para sus habitantes, pero por unos motivos u

otros no pude visitarlo hasta dos años después de haber iniciado mi investigación. Me decía a mí mismo que era porque quería poner fin a mi historia con un comentario alentador: «Y aquí, mi querido lector, está la solución». Pero en realidad tenía otro motivo, algo que solo me confesaba a mí mismo en los momentos de debilidad. «¿Qué pasa si voy allí y resulta que la alternativa a la guerra antidroga no funciona? ¿Qué hago entonces?»

Aterricé en Portugal en el cálido invierno de 2013, con la intención de viajar a lo largo de todo este país de drogas legales. Primero recorrí las calles de Lisboa durante unos días,

posiblemente esperando encontrar algo distinto. Chicos y chicas caminaban cogidos de la mano yendo arriba y abajo por las siete colinas sobre las que se asienta la ciudad, pasando por estrechas calles medievales de trazado irracional que no conducen a ninguna parte, o por larguísimas avenidas planeadas racionalmente que se prolongan hasta el mar. Se quedaban en la calle tomando un café y comiendo más pasteles de lo que parece concebible en personas con cinturas estrechas y carteras más magras aún.

Los lisboetas viven en edificios de colores brillantes que se miran unos a otros a través de las avenidas y las

calles pequeñas, y desde cada ventana se puede ver el interior de unos cuantos hogares. Prendas de ropa interior cuelgan de las cuerdas para la colada a la vista de todos, sin reparo alguno, algo que por cierto no es nada inglés. Los habitantes de esta ciudad tienen una mirada serena, relajada, pero siempre alerta, fija en el café y al mismo tiempo en ti.

Me reúno en un anodino despacho de un edificio oficial con un hombre llamado João Goulão. Va vestido con traje y corbata marrón y habla aún con las cuidadas maneras de quien ha sido médico de familia durante largo tiempo. Es un hombre benevolente y bastante

conservador en su conducta personal, y aun así había provocado la mayor fractura conocida en el sistema de Harry Anslinger. No quiso nunca adjudicarse el mérito de tamaña empresa ni guardarse para sí todos los elogios; pero la mayoría cree que fue él quien lideró la transformación del país. A lo largo de una serie de conversaciones, él —y muchos de quienes participaron en la revolución de las drogas portuguesa— me contaron cómo lo hicieron y cuáles fueron sus motivos.

En 1973, un estudiante de diecinueve años estaba hojeando un manual de medicina en Portugal cuando encontró un mensaje secreto. Estaba escrito en un fino papel tisú. Alguien lo había dejado allí y luego se había marchado. João Goulão leyó el mensaje atentamente.

Era un periódico clandestino que incitaba a la revolución. João sabía que si le sorprendían con aquello encima, la policía secreta iría a por él y lo harían desaparecer. Había visto carteles por el campus de la universidad reclamando el regreso de los estudiantes «desaparecidos». En una de las pocas ocasiones en que se organizó una

protesta, la policía desplegó todas sus fuerzas y a muchos estudiantes ya no se los volvió a ver.

Pasado algún tiempo, un estudiante le dijo a João:

—¿Encontraste algo en tu libro?

—Sí —respondió él.

—¿Y qué te parece?

—Creo que tenemos que ir con cuidado —replicó João; pero acto seguido añadió—: Me gustó lo que leí.

—Si quieres puedo darte más periódicos de esos, con discreción, naturalmente.

Y así fue como João pasó a formar parte del movimiento que liberaría a Portugal. No era lo que su familia

esperaba de él, ni mucho menos. Se había criado en las décadas de 1950 y 1960 en las silenciadas provincias del interior, desplazándose de una población a la siguiente por los áridos feudos de la dictadura. Su padre era un ingeniero cuya tarea consistía en expulsar a la gente de sus tierras para dejar el camino libre a las presas que el Gobierno y las compañías eléctricas querían construir. Lógicamente no era muy popular. Siempre iba armado.

La familia de João creía a pies juntillas en la propaganda del régimen cuando decía que fuerzas malignas estaban intentando apoderarse del país y destruir cuanto les era preciado. Cuando

João fue algo más mayor, no había miembro de su familia que no soltara una retahíla de vagos clichés sobre esa convicción; poco más decían de política, tal vez para mantener a raya ideas más peligrosas. Por eso João «no tenía más que una vaga idea de que existía una policía política [en el país] y que algunas personas estaban desaparecidas. Era algo de lo que no se hablaba. Un tema tabú».

Pero ahora que estudiaba en la capital iba a conocer la verdad. Un día estaba en la parada del autobús y preguntó a un camarada suyo por uno de los artículos que acababa de leer en el periódico clandestino, a lo cual su

amigo respondió diciéndole algo de fútbol en voz bastante alta. João se quedó perplejo. Más tarde su amigo le dijo: «Había alguien de la policía política que quería acercarse a nosotros. Para escuchar de qué hablábamos».

João sabía que se estaba cocinando algo —había oído rumores—, pero no tenía ni idea de cuándo pasaría.

El día 25 de abril de 1974, el cuñado de João, oficial del ejército portugués, llamó a su mujer a primera hora de la mañana para decirle algo que la dejó anonadada: «Hemos estado preparando una revolución. Y ya está aquí. Acaba de empezar».¹ Por las calles de Lisboa marchaban tanques en

dirección a la Cámara del Tesoro, en el centro de la ciudad. Se ordenó a la población que permaneciera en sus casas mientras en la radio se oían marchas militares repetidas una y otra vez.² João, sin embargo, como tantos otros miles de personas, se dirigió hacia el centro. Era una mañana fría y la ciudad contenía la respiración. João vio a un buque en el río apuntar sus cañones hacia el Palacio de Gobierno. Vio columnas de militares desfilar por las calles. En las estrechas y cavernosas arterias de la ciudad, los tanques parecían monstruos descomunales, con las ametralladoras apuntando hacia delante.

Entonces llegó el momento en que João, y todos los que estaban en las calles, fueron conscientes de que los militares no iban a disparar contra ellos, esta vez no. Los tanques que marchaban por la ciudad se detuvieron junto a una anciana que estaba preparando allí mismo su puesto de flores. Ella, sonriendo, lanzó suavemente un clavel rojo en dirección al comandante del tanque.³ Esa misma tarde había chicas jóvenes acercándose a los soldados y poniendo claveles rojos en el cañón de sus armas. Fue entonces cuando los portugueses perdieron el miedo. Algunas

personas se subieron a los tanques y bailaron allí arriba.⁴ La dictadura había llegado a su fin.

En los meses siguientes hubo una efervescencia de debates y de manifestaciones, y todas aquellas esperanzas amordazadas durante tanto tiempo salieron por fin a la luz; fue sin duda toda una celebración de la democracia. Para João era como si las presas que su padre había construido a lo largo de esos años hubieran explotado todas a la vez.

Así fue como Portugal aprendió una lección que pasaría a la historia. Nada tiene que quedarse como está. Si un dogma no funciona, por muy fuerte e

inamovible que parezca, siempre puede uno desecharlo y plantear algo distinto. Veinticinco años más tarde, justo en los albores del siglo XXI, João ayudó a realizar en su país algo extraordinario que no se había hecho jamás. «Es — como me dice cuando nos vemos en 2013— el resultado de todo lo que comenzó en el 14», el día en que vio cómo unas flores derrotaban a la tiranía.

El Algarve salía del espeso silencio de la dictadura para encontrarse con una machacona fiesta playera en la que la música sonaba sin parar. Las costas del sur del país tienen unos

paisajes de ensueño hechos a base de arenas blancas, aguas cristalinas y los cálidos rayos del sol, pero durante cincuenta años el régimen anterior había conseguido de manera harto eficaz que los turistas del mundo no recalaran allí. En la década de 1980, sin embargo, turistas de toda Europa se pasaban el día tomando el sol y la noche bebiendo vodka como cosacos en aquellas costas doradas. Por aquel entonces João era un médico de familia que veía cómo durante varios meses al año eran muchos los que ganaban dinero a espuestas y participaban con sumo placer en la conga de turistas borrachos llegados de todas partes y que hacían de la

temporada alta algo digno de su nombre. Después los turistas volvían a sus casas y el Algarve quedaba vacío y sin un solo empleo.

Aquello creaba un país bipolar en el que la locura colectiva de los ciudadanos era seguida por la depresión masiva. «Naturalmente yo veía que muchos tomaban éxtasis, cocaína y todo eso —drogas de diseño—, pero el mayor problema era la adicción que provocaba la heroína», me explica João. Y justo cuando trataba de resolver este problema se encontró con una parte de la solución a la prohibición de las drogas. Este es el relato de su historia tal como me la contó en 2013 el propio

João, sus colegas en los servicios de atención a los adictos y un buen número de pacientes tratados por él mismo, aunque también me informé sobre su vida en las noticias publicadas por la prensa.

Portugal, en la década de 1980 registraba una de las tasas de adicción a la heroína más elevadas del mundo. Un día, un músico y poeta llamado Vitor entró en la consulta de João. «Era un joven inteligente y sensible —recuerda João— con el que mantenía grandes debates.» Él creía que las drogas liberaban su potencial creativo. João no compartía su opinión, y tiempo después, cuando el consumo nacional de heroína

se encontraba en la cúspide, consiguió persuadir a Vitor de que dejara la jeringuilla y así fue como João presenció «una recuperación increíble» que serviría de ejemplo a los demás.

Pero dos años más tarde Vitor volvió a ver a João aquejado esta vez de una misteriosa enfermedad. Moriría a los veintitrés años. «Fue algo muy trágico —me dice João—. Ayer mismo me llamó su madre para desearme unas felices fiestas. Todos los años me llama por Navidades y no puede evitar echarse a llorar.»

Hasta entonces Portugal no tenía experiencia en materia de drogas. La dictadura había neutralizado el espíritu

liberal de la década de 1960, de manera que ahora partían de cero en lo referente a su política de drogas.⁵ El consumo de sustancias como el cannabis y la cocaína estaba dentro de la norma, pero en cambio el de heroína iba disparado en las estadísticas y seguía en aumento.⁶ El Gobierno quería contrarrestarlo cuanto antes, y para ello contaba con el manual al uso de los prohibicionistas de rigor. La receta que ofrecían era muy clara: ilegalización de las drogas, mano dura y castigo del adicto. Portugal adoptó entusiasmada esta estrategia.

Pero, para su sorpresa, el problema, lejos de mejorar, iba en aumento. João veía cada vez más casos

de adicción a la heroína en su consulta, y paralelamente muchos más enfermos de VIH. «Al principio la heroína solo la consumían personas marginadas, pero luego llegó a la clase media e incluso a la clase alta —me explica—. No había familia que no tuviera algún adicto entre sus miembros o entre los vecinos de su barrio.» Para comienzos de la década de 1990, había un adicto al caballo por cada cien habitantes.⁷

Los adictos, paralizados por el miedo, no buscaban ayuda clínica, pese a que algunos servicios médicos se la ofrecían. A veces se presentaban en la clínica de João a la desesperada, pero se negaban a dar sus nombres o

cualquier otro dato que pudiera identificarlos. Sabían que había empezado la guerra y que ellos eran el enemigo.

«No teníamos alternativa —declaró João a la prensa—. Gastábamos millones y millones y no obteníamos ningún resultado.»⁸ Fue entonces cuando, con la convicción de que los adictos más que desprecio necesitan ayuda, fundaría el primer centro de tratamiento de adictos de la historia del Algarve. Su equipo trató a cientos de pacientes y de esa manera pudieron observar qué es lo que verdaderamente funcionaba en los tratamientos que ofrecían. Así las cosas, en 1997 hicieron

responsable a João del tratamiento de adictos a nivel nacional, y dos años más tarde se le pidió que participara en una comisión independiente de diez miembros (nueve personas procedentes todas ellas del mundo de la medicina y la judicatura, más un investigador imparcial como presidente) que tenía como objetivo la elaboración de un programa integral con el que hacer frente al problema de las drogas en el país.

Tenían libertad absoluta para plantear las soluciones que mejor les parecieran, incluso las menos convencionales. Por ese motivo pudieron poner sobre la mesa hechos

bien conocidos pero que en muchos países habían sido ignorados durante largo tiempo. En primer lugar, que los consumidores adultos no tenían ningún problema con las drogas: utilizaban la sustancia para su satisfacción personal y no se convertían en adictos. Por lo tanto, concluía la comisión, en lugar de preocuparse por esas personas, lo que hay que hacer es proporcionarles información para que conozcan los riesgos que asumen. El segundo punto hacía referencia a los propios adictos, a quienes se había aplicado el «enfoque terrorista» —así es como lo denomina João— que aplicara Anslinger por primera vez: primero amenazas como

medida disuasoria y, en caso de consumo recalcitrante, imposición de castigos más severos. João sabía, por su experiencia en la clínica, que esta era «la mejor manera de hacer que siguieran consumiendo drogas. Si al adicto se le humilla, se le sojuzga mediante la violencia, al final se sentirá furioso con el sistema y no deseará en modo alguno llevar una vida normal».

Su enfoque, en cambio, era mucho más elaborado. João había observado en sus pacientes que la persona adicta «se debate entre el [...] deseo de consumir drogas y el deseo de abandonarlas». El sistema prohibicionista envía al adicto recuperado al mismo lugar del que ha

salido, lo cual resulta muy difícil de sobrellevar para la parte de sí mismo que sí quiere mantenerse alejada de las drogas. «Era frustrante», cuenta João, ver a un paciente que tanto se había esforzado por mantenerse limpio y que luego decía: «¿Cuál es la vida que me espera ahora? No tengo formación ni ningún lugar adonde ir».

Por ello propusieron un sistema basado en una idea radicalmente distinta: debían ofrecer a los adictos «la posibilidad de tener una nueva vida» y proporcionarles «placer» en lugar de dolor. Su objetivo en tanto profesional de la medicina era, en primer lugar, «averiguar qué es lo que había sucedido

en el pasado» del adicto para que la vida le hubiera resultado insoportable, y, en segundo lugar, ofrecerle ayuda para superar esa sensación, lo cual solo podía lograrse si se le ofrecía un trato humano y la posibilidad de construirse una vida distinta a la que tenía. La comisión entonces dio un paso más allá y se preguntó: si este es el objetivo de todo buen facultativo cuando trata a sus pacientes, ¿por qué no puede serlo también de la política del Gobierno?

Su informe, por lo tanto, planteaba recomendaciones en esta misma línea. «Los consumidores de drogas —exponía— deben ser tratados como miembros de pleno derecho de la sociedad en

lugar de considerarlos delincuentes o parias.»⁹ En vez de «impulsarlos hacia una perfección inalcanzable como es el consumo cero», lo que ellos proponían era la despenalización de las drogas, de todas sin excepción. La ingesta voluntaria de una sustancia química no sería delito, de la misma manera que ser un adicto tampoco estaría penado por la ley. Esto permitiría transferir los fondos destinados a la detención, enjuiciamiento y condena de los adictos a objetivos tales como la educación de los jóvenes y la recuperación de los adictos a las drogas.

El Parlamento, para pasmo de más de uno, sometió el proyecto a un escrutinio completo. Por lo visto, un alto cargo del Gobierno tenía un hermano adicto y João se lo había llevado a visitar clínicas europeas donde a los adictos se los trataba con menos crueldad.¹⁰ Este político se convertiría en uno de los mejores defensores del nuevo enfoque. Para entonces el problema de la droga había alcanzado tal envergadura que resultó mucho más fácil convencer a los ciudadanos de lo que muchos esperaban. Como apunta João: «La idea de que los adictos a las drogas son personas enfermas y no delincuentes ya estaba presente en la

sociedad, porque eran muchos los que se

decían: “Mi hijo es un buen chico, no es ningún delincuente; todo lo que necesita es algo de ayuda”».

Por consiguiente, la persecución a consumidores y adictos a las drogas cesó por completo. La nueva ley de 2001 estipulaba que aquellos que consumieran drogas para uso recreativo «no debían ser, bajo ningún concepto, estigmatizados ni marginados» por la sociedad, y que los adictos recibirían del Estado única y exclusivamente consejos que «los animen a buscar tratamiento».¹¹ En adelante, dejaría de ser delito la posesión de drogas para consumo personal, cuya cantidad llegara para un máximo de diez días.

Ahora bien, la posesión y consumo de sustancias psicoactivas quedaba despenalizada en la nueva norma, pero no sucedía lo mismo con la venta, que seguía siendo ilegal. Caso de haber regulado y legalizado el comercio de drogas, Portugal se habría convertido en el primer país que renunciaba a las convenciones de Naciones Unidas impulsadas por Anslinger; un paso que podría haberle supuesto sanciones y represalias por parte de otros países. Por lo tanto, el tráfico de drogas continuaba en manos de las bandas de delincuentes, aunque tanto la comisión como el Parlamento consideraban que habían sido tan osados como era

posible: ningún otro país ha ido tan lejos desde que se puso en marcha la prohibición de las drogas.

Tras la aprobación de la ley, sectores de la derecha portuguesa y del mundo entero sostenían que aquello sería catastrófico para el país.¹² João Figueira, inspector jefe de la Unidad de Drogas de Lisboa, estaba convencido de que habría «una explosión en el consumo, [especialmente entre] personas que no habían probado nunca las drogas, y entonces la situación estará fuera de nuestro control». En los escritos de quienes defendían el prohibicionismo se percibía el tono admonitorio de quien avisa de las

consecuencias por anticipado. «Esperad, esperad, que ya veréis lo que pasa», parecían decir.

Cuando nos reunimos en su despacho, Goulão me dijo que la revolución de las drogas de Portugal tiene dos dimensiones distintas. Ellos no se habían limitado a despenalizar las drogas y dejar a la gente con los demás problemas. No, lo que habían hecho era convertir la enorme y pesada maquinaria de la guerra de las drogas en algo igualmente grande y activo pero destinado a lograr la paz. «La consecuencia más importante de la despenalización —me comentaba él— fue que nos permitió desarrollar

políticas alternativas.» En Estados Unidos, el 90% de los fondos destinados a la política de drogas está destinado a la vigilancia y condena de los adictos, mientras que solo el 10 % restante tiene como objetivo el tratamiento y prevención del consumo de drogas.¹³ Si nos fijamos en Brownsville, el barrio de Brooklyn donde vivía Chino, resulta que el estado invierte un millón de dólares por cada cinco personas detenidas y condenadas por delitos de drogas de carácter menos grave; y eso justamente es lo que costó sacar a los Souls of Mischief de las calles durante una

temporada.¹⁴ Lo que hizo João Goulão fue utilizar esos fondos de una manera completamente diferente.

Él sostenía que, si se eliminaba el estigma y la vergüenza que provoca convertir la adicción en algo fuera de la ley, se podría integrar a los adictos en redes de acogida que faciliten cuidados, tratamiento y asistencia cuando sea necesario. A mí me gustaría que fuese cierto,¹⁵ pero ¿lo era realmente?

Una día de lluvia me encuentro enfrente de una oficina del Banco de Santander, en el interior de un edificio bastante sencillo, y en uno de sus

pasillos veo esperando a un chico de diecisiete años que lleva el cabello erizado y una parka que le queda muy grande. Acaba de estar una hora con un psiquiatra y ahora Nuno Capaz —un sociólogo alto de unos treinta y cinco años— le pide que pase a una pequeña sala de reuniones.

El sistema ideado por João y sus colegas establecía una distinción de partida entre el 90% de consumidores de drogas que no tienen problemas de adicción y a los que, por consiguiente, debe dejárseles a su aire, y el 10 % que son adictos y necesitan ayuda. Para ello tenían que establecer algún mecanismo de criba que separara a los adictos de

los consumidores. Esta sala, y todas las salas como esta que existen en el país, es la solución que encontraron. Son lo que se denomina «Comisiones para la Disuasión de la Adicción a las Drogas». Ahora la policía ya no va tras los consumidores de drogas, sino que, si encuentra a alguien con sustancias en su haber, debe entregarle una notificación para que se presente al día siguiente en estas salas. El único cometido de la Comisión de Disuasión es determinar si la persona en cuestión tiene problemas con las drogas.¹⁶ Nada de lo que declare o haga en aquellas salas queda registrado en su historial delictivo, por lo que puede hablar con toda sinceridad.

Si en la entrevista con el psicólogo de la sala anterior queda claro que no existen tales problemas, entonces se envía a la persona a esta otra entrevista donde se la informa de los riesgos que corre, así como de las formas más seguras de tomar drogas —por ejemplo, no hacerlo sola si se ha tenido una mala reacción—, y luego se la deja seguir su camino, sin más.

Nuno, responsable de la supervisión de tales declaraciones, subraya que la inmensa mayoría de las personas que vienen «solo toman drogas porque les gustan. No tienen ningún problema de drogadicción, simplemente las toman porque les hace sentirse

mejor. En tales casos no es necesario darles tratamiento ni imponerles penas de reclusión. Puede que con el tiempo tengan que ser cuidadosos, pero está claro que no necesitan ni médicos ni guardianes de prisión ni asistentes legales». Nino me cuenta, por ejemplo, el caso de un consumidor típico, camarero en un bar, que únicamente tomaba cocaína el primer domingo de mes, y jamás lo hacía el resto de los días. A él le encantaba y precisamente por eso tenía que limitar su consumo, porque sabía que si no, acabaría cayendo en la tentación continuamente. Lo que Nino le dijo fue: «Sé cuidadoso, no bajes la guardia y hazlo solo una vez

al mes y acompañado de alguien que no se drogue, porque podrías sufrir un ataque». Con consejos como estos acaba la comparecencia del sujeto ante el Estado en nueve de cada diez casos.

Observo a Nuno mientras mantiene una conversación de veinte minutos con el chico de la parka, al que han encontrado fumando cannabis en la calle. Nuno le explica que esta sustancia tiene efectos negativos en la memoria y la concentración, y que va a necesitar ambas si quiere terminar bien sus estudios. El chico asiente, pide algún libro donde pueda obtener más información y luego se va. Eso es todo.

«Cuando se trata de menores —me comenta Nino cuando el joven se marcha —, lo que hacemos es intentar controlar la preocupación de madres y padres. Como al chico lo han cogido con 0,3 gramos de hachís, los padres vienen por aquí diciendo: “Mi hijo va a ser un drogadicto, ¡va a ser la ruina de la familia!”. Y ante esas reacciones nosotros decimos: “Vamos a calmarnos un poco. [...] Por lo general los jóvenes dejan de consumir hachís pasado un tiempo y en la mayoría de los casos no consumen ninguna otra sustancia [ni] experimentan ninguna reacción física o psicológica por dicho consumo, así es que no hay que darle demasiada

importancia”. [...] En los casos de menores siempre tenemos que trabajar más con los padres que con el chico, porque ellos están mucho peor informados que sus hijos.»

«A menos que tengan muy mala suerte o que quieran que los atrapen», añade Nino, los consumidores ocasionales no vuelven a pasar por la Comisión de Disuasión, ya que la policía «no va a pararlos en cualquier sitio diciéndoles: “Vamos, déjame ver que llevas en los bolsillos”». Solamente serán retenidos si están consumiendo a la vista de todos o si se les encuentran drogas por casualidad, por ejemplo en una búsqueda de sospechosos tras una

pelea callejera. «Es muy difícil —dice Nino— que a un consumidor lo atrapen» dos veces. No obstante, si ese fuera el caso, la Comisión puede imponer multas de escasa cuantía —80 euros es lo más habitual—, con lo cual se podría decir que es «el canuto más caro que se ha fumado ese chico en su vida, pero no deja de ser algo simbólico». Ahora bien, si la entrevista revela que el consumidor utiliza las drogas de una manera peligrosa —compartiendo jeringuillas, por ejemplo— se le redirecciona a los centros de suministro de jeringuillas y a todos aquellos que actúen contra los riesgos de enfermedad y muerte.

Cuando se llega al 10 % de adictos, la tarea de Nino es ofrecer «información sin juzgar» al individuo y trasladarlo luego a los servicios que pueden hacer que su salud mejore y que no corra riesgos mortales. En caso de que sea preciso algún tratamiento, «no podemos obligar a nadie a hacer nada», dice Nino, pero cuando la persona está dispuesta a recibir ayuda, se le procura de inmediato. «Si viene por aquí a las diez de la mañana, podemos programarle una cita para la una del mediodía en un centro de tratamiento de adictos, para que se haga los primeros análisis.»

En el despacho de Nino, todo drogadicto que quiera abandonar el consumo es enviado gratuitamente al centro de tratamiento Taipas.¹⁷ Está al final de un complejo hospitalario de color rosa, sobre una de las colinas de la ciudad.

Seis adictos están tumbados en la colchoneta de un gimnasio, recibiendo un masaje. Algunos tienen los ojos cerrados, otros miran a un lado medio sonriendo. Estos masajes los ayudan a sobrellevar el síndrome de abstinencia, me explica una enfermera, pero además cumplen una función mucho más

importante. Permiten a los adictos aprender a calmarse sin ayuda de un compuesto químico, normalmente por primera vez en su vida.

El programa del centro se basa en la creencia de João de que «el consumo de drogas no es más que un síntoma de algún sufrimiento y que hemos de conocer las razones» por las que un adicto quiere tener la mente perdida la mayor parte del tiempo. «Puede que durante una temporada no tome drogas, pero si no resuelve los problemas que tiene en la cabeza, volverá a pasar lo mismo. Por lo tanto debemos trabajar

[sobre] el trauma de su vida; solo entonces será posible que pueda cambiar la forma de afrontarlo.»

Esta institución, en consecuencia, tiene el objetivo de ayudar a los adictos a «conocerse a sí mismos, a analizar su comportamiento, para que puedan entenderse en tanto personas y puedan entender también su forma de reaccionar».¹⁸ Al cabo de dieciocho meses de tratamiento, el equipo del centro intenta crear un entorno seguro y de confianza en donde el adicto pueda hacer aquello de lo que ha estado huyendo todos estos años: expresar sus emociones y contar su historia con toda sinceridad.

Para ello se empieza por lo más básico. Los adictos en proceso de recuperación juegan a un juego inspirado en el Pictionary en virtud del cual tienen que dibujar un rostro que exprese emociones tales como la ira o la tristeza. Al comienzo muchos se niegan: están demasiado asustados. No pueden soportar que sus emociones queden al descubierto, aunque sea en un simple juego. Esta es una de las razones por las que necesitaban estar drogados durante tanto tiempo: para escapar del terror y de la falta de control que conllevan emociones como aquellas.

En otro de los juegos tienen que caerse de espaldas, sabiendo que tienen detrás un grupo que va a recogerlos antes de que se caigan. Para los adictos es algo inconcebible, así que se niegan a participar. Ellos no confían en nadie; pero con el tiempo aprenden que esas emociones se pueden explorar sin necesidad de estar químicamente insensibilizado. Esto es lo que, para João, significa estar recuperado.

Cuando los observo jugar a aquellos entretenimientos infantiles, mientras tratan de aprender a sentir, me vienen a la mente las mujeres de Tent City y de las prisiones de todo Estados Unidos, quienes no han aprendido otra

cosa que a reprimir sus sentimientos. Intento imaginarme a la madre de Chino aquí, aprendiendo a conocer sus sentimientos, al fin.

Pero, como muy pronto voy a descubrir, este no es más que el primer nivel de apoyo a los adictos, y no el más importante.

João cree que la adicción es una forma de expresar desesperación, y que la mejor manera de tratar la desesperanza es ofreciendo una vida mejor en la que el adicto no sienta la necesidad de volver a anesthesiarse a sí mismo. Recompensar a la persona, en

lugar de amenazarla, es la vía para conseguirlo. Hay que felicitarlos. Darles opciones. Ayudarlos a construir una vida.

Este es el razonamiento que sustenta la segunda fase del tratamiento de los adictos en Portugal, que es precisamente la más importante. Una vez que la persona ha dado el primer paso yendo a Taipas o a algún centro similar, el Gobierno se fija como prioridad que consiga un empleo con un salario decente fuera del entorno donde solía consumir drogas. «Los adictos —me dice João— quieren ser parte de la sociedad. Por lo tanto no podemos pedirles que se comporten como

personas normales y a la vez privarles [...] de un papel en la sociedad, de tener un empleo, un salario, una tarea que cumplir.» Lo que João se plantea es, sencillamente, darles algo que perdieron.

Para conseguirlo se ofrece una exención tributaria de un año de duración a quien contrate a adictos en proceso de recuperación. Normalmente al término de dicho periodo el empleador mantiene al exadicto en su garaje, su panadería o en el negocio que tenga, porque ha demostrado ser un buen trabajador.

En su último traslado con la familia, João contrató a una empresa de mudanzas que se había constituido con la ayuda de su departamento. Diez adictos en recuperación se juntaron para formar una cooperativa y gracias a un crédito del Estado a un interés muy reducido habían podido comprar el camión para las mudanzas. A la mujer de João le inquietaba bastante aquel trasiego, pero los chicos, como dice él, orgulloso, lo hicieron a la perfección. Como es natural, añade João, «algunos de ellos sufrieron una recaída», pero ahora «los otros son sus protectores. Son ellos quienes los ayudan a afrontar el problema. Son ellos quienes les

dicen: “Ve al médico, tienes que ir enseguida y volver a intentarlo, y después podrás volver a trabajar con nosotros”. El grupo actúa como protector de todos sus miembros».

Después de haber hablado con João se me ocurre que este es precisamente el enfoque contrario al del prohibicionismo. En nuestra guerra contra las drogas, lo que hacemos es garantizar a los adictos que jamás van a conseguir un empleo porque los hemos marcado con la letra escarlata de su historial delictivo. Cuando concluya esta guerra se facilitará la contratación de adictos recuperados por medio de subsidios y ayudas, porque

entenderemos que eso evitará las recaídas con mayor eficacia que la amenaza de la prisión.

Si pese a todo el adicto no estuviera preparado para dejar las drogas, aún podría recibir otro tipo de apoyo.

Una neblinosa mañana de viernes cojo el metro para dirigirme a una urbanización de viviendas sociales situada a las afueras de Lisboa. Los pisos estaban aún más comprimidos que en el resto de la ciudad, apilados unos sobre otros con ladrillos de brillantes colores, como si de un distópico modelo

de Lego se tratara. Figuras de grafiti de un rapero al que no conozco me miraban fijamente desde un muro, al igual que lo hacían muchas mujeres que estaban colgando su ropa interior desde las ventanas de la décima planta. Una suave niebla se extendía por la zona, así es que tenía que forzar bastante la vista si quería ver los nombres de las calles. Imponían respeto: resulta que estaba caminando por la Avenida Cidade de Bratislava.

Cuando llego a la parte baja de las viviendas sociales, por el acceso de una carretera con bastante tránsito, la niebla se estaba levantando y entonces alcancé a ver una furgoneta blanca con una de

las ventanillas abierta y a su lado una fila no demasiado larga de hombres y mujeres que charlaban mientras hacían cola.

Las tacitas blancas que se les entregaban contenían metadona. Ellos se la tomaban y a continuación se ponían a hablar con los psiquiatras y médicos que estaban allí, quienes los escuchaban atentamente. Después se marchaban y seguían con sus quehaceres cotidianos. Cuando volví a su despacho, João me dijo que con este opiáceo el adicto «no se siente colocado pero tampoco sufre los efectos de la falta de heroína, [...] de manera que está en perfectas condiciones para realizar su trabajo,

para seguir con sus estudios o para lo que quiera que haga. Hasta podría conducir un camión llegado el caso; de hecho, tenemos varios camioneros tratados con metadona».

Me quedé un rato con aquellos trabajadores sociales, escuchando sus conversaciones. Sus objetivos eran desde luego mucho más modestos que los del centro de Taipas. Ellos se ocupaban de los adictos que no creían estar preparados para dejar las drogas y que tenían un elevado riesgo de morir de sobredosis o de alguna enfermedad transmitida a través de jeringuillas usadas.

Nuno Biscaia, un psicólogo de unos treinta y cinco años, conocía a todos los que venían a la furgoneta por su nombre, no en vano llevaba ya largo tiempo con ellos. Aquel día, a la caída de sol, charlamos durante varias horas. Para él, un buen día de trabajo era aquel en que conseguía persuadir a alguno de los adictos con los que trabajaba de que dejara de inyectarse heroína y empezara a fumarla. Cuando miré a los que estaban allí —un joven alto que hablaba tres idiomas, una mujer de unos cuarenta y algo que parecía hecha migas, un tipo cabreado que llegó en moto y no quiso hablar—, no pude evitar preguntarme cuántos de ellos seguirían vivos si no

existiera este servicio.

Algunos sostienen que no es preciso legalizar las drogas para llegar a contar con tales tratamientos. Que se podrían ofrecer servicios adicionales pero manteniendo las drogas fuera de la legalidad. Solamente cuando estuve allí, en aquella cola de adictos, entendí la falacia de tal argumento. Aquellas personas estaban haciendo cola en plena calle, a la vista de sus amigos, vecinos y empleadores. Un coche de policía pasó por allí cuando se los hubo atendido y nadie se mostró nervioso; de hecho solo yo parecía advertir su presencia. ¿Cómo

iban a presentarse todas las mañanas a recibir su tratamiento en público si se los considerara delincuentes?¹⁹

Unos días más tarde estuve con un equipo distinto, el que se ocupaba de ayudar a los adictos más inaccesibles, a aquellos que vivían en la calle o en edificios abandonados. Mientras pasábamos frente a construcciones precarias hechas de escombros y a las vapuleadas viviendas de protección oficial, aquellos trabajadores sociales me contaron que, antes de la revolución de las drogas de João, todos huían despavoridos cuando los veían. Ahora, en cambio, se acercan a ellos. Los adictos vienen a cambiar sus

jeringuillas, a charlar con ellos, a decirles que están pensando en buscar ayuda. Sus reacciones no son muy distintas de las que hemos visto en el prohibicionismo; de hecho, yo mismo sigo reaccionando de la misma manera. Cuando uno ve a algún representante de las autoridades es mejor salir corriendo.

A mí me interesaba conocer los efectos a largo plazo de este enfoque sobre los individuos, y precisamente en Oporto, la segunda ciudad más grande de Portugal por detrás de Lisboa, conocí a un hombre que los encarnaba a la perfección.

Poco antes de que concluyera la guerra de las drogas en Portugal, Sergio Rodrigues dormía en una casa abandonada sin otra cosa que el cielo sobre su cabeza, cuando una mañana se despertó de repente.

Alguien le estaba pegando a base de bien, una y otra vez, dándole golpes por todo el cuerpo.

Él sabía lo que estaba pasando. Todos los adictos portugueses que dormían en la calle lo sabían.

Era la policía, que los molía a palos por diversión, sin ningún motivo, sencillamente porque estaban en guerra y los adictos eran el enemigo. «¡Fuera de aquí!», ordenaban a voz en grito.

Sergio era adicto a las drogas desde hacía once años. Se metía heroína y cocaína cinco, diez, veinte veces al día, no importaba cuánto con tal de arrasar con su conciencia. Se había criado en uno de los barrios más pobres de Oporto, entre claustrofóbicos callejones de hormigón armado que eran una curiosa amalgama de edificios antiguos y delincuencia organizada del siglo XXI. En su barrio, los chicos de su edad se pasaban el día en calles empedradas con antiguos adoquines europeos con el fin de vender o esnifar cocaína. Todos sus hermanos eran drogadictos.

Tenía dieciséis años cuando empezó con la droga, y aunque no sabía cuándo acabaría aquello sospechaba que sería más bien pronto. Sus amigos de la calle caían como moscas. A veces se preguntaba dónde estaba alguno de ellos porque hacía tiempo que no lo veía. Pero en su interior lo sabía muy bien.

Sin embargo, con el cambio de legislación introducido por João, personas de muy distinta extracción social iban a presentarse en el barrio en busca de Sergio. João y su grupo sabían que a las personas como Sergio — excluidas de la sociedad y temerosas de las autoridades después de tantos años de guerra contra las drogas— no se

podría llegar tan fácilmente, así que dentro de su nuevo programa establecieron una manera distinta de ayudarlos. Se contrató a equipos itinerantes de psicólogos para que se dispersaran por el país y revisaran todos los edificios abandonados o recovecos desastrosos donde viven los drogadictos más enganchados y, una vez localizados, se ofrecieran a ayudarlos con su adicción. Al principio, los avances eran más bien modestos, solamente se les ofrecían jeringuillas nuevas y recogían las usadas.²⁰

Con el tiempo, sin embargo, empezaron a hablar y a entablar relación con ellos. Les decían en qué partes del

cuerpo es preferible inyectarse para no correr riesgos y qué medidas de precaución debían tomar para no contraer enfermedades. Más tarde empezaron a decirles, con mucho tacto, que era posible salir de las drogas, si es que querían dejarlas.

A veces aquello no era más que una semilla que no crecería hasta años después; otras eran los propios adictos quienes buscaban ayuda. En cualquier caso, ahora que habían desaparecido los castigos por consumir drogas, las personas como Sergio estaban, en principio, más dispuestas a escuchar lo que tenían que decirles. La autoridad presentaba un nuevo rostro. Donde antes

había policías pegándolos con sus porras ahora tenían psicólogos ofreciendo apoyo.²¹

Fue justamente un equipo itinerante el que convenció a Sergio de que intentara dejar las drogas en un centro de rehabilitación. Y efectivamente fue al centro y lo intentó; pero no funcionó. Era incapaz de aguantar sin la heroína.

Sergio, por lo visto, no había encontrado la horma de su zapato, pero no por eso se le clasificó como un fracaso. Al contrario, se buscó otra horma que le fuera mejor. Esta vez se le inscribió en un programa más dilatado en el tiempo denominado «comunidad terapéutica», el cual no era más que un

lugar donde viviría por espacio de dieciocho meses, vería a un psicólogo con regularidad y recibiría diariamente un fármaco sustitutivo de las drogas como es la metadona.

Al terminar aquel periodo, Sergio consiguió un trabajo. Empezó a mantener una relación amorosa. Ella se quedó embarazada. Y resultó que a medida que sus vínculos con el mundo se hacían más fuertes, sus lazos con la droga empezaban a debilitarse e incluso a romperse. Por eso había decidido no tomar más metadona. Ahora solo consumía cannabis o, excepcionalmente, en alguna fiesta, cocaína.

«Mi vida cambió por completo», me dijo cuando nos encontramos en un recargado café de Oporto que tenía un pianista en la esquina y un servil camarero inclinándose cada vez que se le solicitaba algo. Sergio era como cualquiera de los clientes del café. Pagaba impuestos e irradiaba felicidad cuando hablaba de su próxima paternidad. Mientras estábamos sentados en aquel café no pude evitar pensar que en los países donde todavía se libra la guerra contra las drogas, Sergio sería considerado un delincuente, aun en su nueva situación, y además un fracaso.

Luego caminamos por aquellas calles de piedra sobre las que en otro tiempo había dormido, deshecho y mugriento, y Sergio se despidió para volver a aquella nueva vida que el fin de la guerra contra las drogas había propiciado.

«Sí —me dije—, desde luego las cosas han mejorado mucho para los adictos.» Era lo que me esperaba. Pero ¿qué pasa con los más jóvenes? A mí me une un lazo muy estrecho con mis sobrinos y mi sobrina —a los que dedico el libro— y, dado el horror de la guerra de las drogas, siempre me ha

preocupado que, en caso de ponerle fin, podría haber muchos niños que acabarían consumiendo drogas, lo cual sería algo dañino para ellos en muchos sentidos. Citaré solo uno de los muchos efectos adversos de las drogas entre los más jóvenes: existen pruebas científicas de que el consumo prolongado de cannabis afecta al desarrollo cerebral de los adolescentes y los más jóvenes, y que puede llegar a reducir de manera permanente su coeficiente intelectual.²² Uno de mis mejores amigos de la infancia fumaba muchísima hierba cuando era un crío y está convencido de que eso le causó daños irreparables. Puede que esté en lo cierto. Los

cerebros en proceso de desarrollo son mucho más frágiles que los de las personas adultas y por eso deben ser protegidos.

Estamos en el instituto Romeu Correia, en una clase abarrotada de estudiantes de dieciséis años que ven en una proyección cómo a una joven llamada Sabrina se le ofrece cocaína.²³ Es una chica alta, delgada y muy guapa; quiere ser supermodelo. El hombre que le ofrece los polvos blancos es un veinteañero bastante atractivo y seductor. En la clase van a debatir cómo ha de comportarse la chica. ¿Debe irse con él? ¿Debe aceptar la droga?

Estos son los hijos de la revolución de las drogas. Tenían cinco años cuando se despenalizaron las drogas, así que no saben mucho de esta guerra.

Para muchos de los que nos criamos en la década de 1980, la educación sobre drogas consistía en una simple admonición: se te avisaba de que, si alguna vez las probabas, te arruinarías la vida, y ya está, ni una palabra más. En cuanto fumabas el primer porro y veías que no pasaba nada, tachabas a tus profesores de mentirosos en lo que concierne a las drogas y dejabas de prestarles atención, incluso en materias a las que convenía estar atento. Cuando Portugal cambió su

legislación sobre drogas dio los primeros pasos para abandonar también las campañas del «Sencillamente di no», sustituyéndolas por algo completamente distinto.

Luz Baiao, la profesora de la clase, dice a sus alumnos que pueden exponer francamente sus ideas acerca de lo que debería hacer Sabrina. Como están hablando de algo que para ellos nunca ha sido ilegal, el debate sincero es algo que ellos dan por sentado. Los chicos tienen la mirada clavada en la pantalla donde se proyecta la escena de la que estamos hablando.

—Tomar esa droga es muy arriesgado —apunta uno de los alumnos, porque, según dice, es más adictiva que la marihuana, que él ha probado un par de veces en fiestas de amigos.

—La vida es riesgo —dice otro para rebatirle.

—Sí —replica una chica—, pero no hay por qué asumir riesgos innecesarios.

La clase suelta algunas risitas de vez en cuando, pero parecen muy implicados en el asunto. Sin duda es algo de lo que los jóvenes hablan en cualquier lugar. Recuerdo que a su edad nosotros también lo hacíamos —en el autobús, en el parque, en fiestas...—,

pero en nuestro caso lo único que podíamos compartir era nuestra mutua ignorancia.

Luz modera el debate pero sin posicionarse. Escucha lo que dicen y no los mira con sentido crítico ni escandalizada. Por eso cuando se refiere a los riesgos que entraña la droga, da la impresión de que sus alumnos escuchan con atención, porque no pretende estar en posesión de la verdad.

Tras el debate, todos coinciden en que Sabrina sería una estúpida si aceptara la cocaína y votan por que diga «no» a la droga. Los chicos han llegado a esta conclusión por sí solos. No creo que quieran impresionar a la profesora.

Simplemente dicen lo que piensan. Por lo visto, el rechazo social hacia las drogas duras no ha desaparecido con la antigua legislación portuguesa. Es más, diría que hay mayor rechazo aún, pues a fin de cuentas tomar drogas ya no es símbolo de rebeldía.

Este enfoque consigue que los jóvenes debatan con el mundo adulto en lugar de pretender que no son capaces de tomar decisiones. En Portugal, los dilemas de la adolescencia no se desarrollan en el cerrado reducto de la juventud, sino que también conversan con padres y profesores, con lo cual pueden aprovechar los consejos que estos puedan ofrecer. Una vez

despenalizadas las drogas es posible empezar una conversación nueva y más sincera.

Mientras observo a los estudiantes se me ocurre que la filosofía expresada en estas lecciones es la que sirve de guía a las reformas del país desde 2001. El prohibicionismo se basa en la idea de que el consumo de drogas ha de impedirse a toda costa apelando al pánico y a la coacción; la alternativa portuguesa, en cambio, está basada en la creencia de que las drogas no van a desaparecer y que, por lo tanto, es preciso dotar a las personas de las herramientas internas necesarias —la

confianza, el conocimiento, el apoyo— que les permitan tomar las decisiones correctas por sí mismas.

En el instituto suena la campana y los chicos abandonan la clase. Ellos sí que tienen conversaciones sinceras con adultos en lugar de la pantomima de admoniciones y cuchicheos que se ofrecía a mi generación.

Este es el tipo de enfoque maduro que los liberales llevan defendiendo desde hace tiempo. Sin embargo, la puesta en práctica de tales propuestas genera una extraña angustia. ¿Y si fracasan? ¿Qué pasa si ponemos fin a la

guerra contra las drogas y el consumo de sustancias se dispara? ¿Y si sucede que buena parte de las personas penalizadas por consumir son incapaces de mantenerse alejadas de las drogas? ¿Y si aumenta el número de personas que acaban cayendo en las drogas, como les ha pasado a tantos de mis seres queridos? ¿Y si hubiera más consecuencias desastrosas que no hemos previsto?

Hay un portugués a quien tales cuestiones han preocupado mucho más que a ningún otro desde antes de que el país empezara su revolución de las drogas. Se llama João Figueira y es el inspector jefe de la Unidad de Drogas

de Lisboa, cargo que sería equivalente al de director de la DEA o al de subcomisario de la División de Narcóticos de Scotland Yard. Es un hombre de discurso comedido y trato afable que luce uno de esos grandes bigotes que ya solo se ven en las novelas victorianas. Me recibe en el pasillo de una comisaría de policía cuyas luces fosforescentes dan un tono enfermizo a las paredes y luego me acompaña a un ascensor artrítico que nos lleva hasta su despacho.

Sus preocupaciones en la época de la despenalización de las drogas eran compartidas por muchos. Como ya hemos visto, Figueira sostenía que

cuando desaparecieran las sanciones penales podría llegar a haber «una explosión en el consumo, [especialmente entre] personas que no habían probado nunca las drogas, y entonces la situación estará fuera de [nuestro] control».

Sus hombres veían, mucho mejor que nadie, lo que sucedía con las drogas, en tiempo real y sin ningún intermediario. En honor a la verdad hemos de reconocer que, si somos sinceros, ese temor a la extensión del consumo era algo que compartíamos algunos de los que defendemos la reforma de las leyes antidroga.

Así pues, lo que hizo João Figueira fue observar los resultados de la nueva ley en tiempo real y muy de cerca, a la espera de ver confirmados sus temores.

Pero se encontró con algo muy distinto.

«Resulta que todos nuestros temores eran infundados», reconoce. Dos entidades imparciales y de renombre internacional han estudiado lo que sucedió tras la aprobación de la nueva ley: el Observatorio Europeo de las Drogas y las Toxicomanías (OEDT) y la revista *British Journal of Criminology*. Ninguna de ellas se jugaba

nada en este partido. Simplemente tenían que certificar lo que estaba sucediendo con la nueva legislación.

Pues bien, lo que descubrieron es que se había registrado un leve aumento en el consumo de todo tipo de drogas, que pasó del 3,4 al 3,7 % del total de la población.²⁴

Pero Portugal registraba al principio una tasa de consumo baja, salvo en el caso de la heroína, que estaba además en la escala de las más bajas de los países europeos. El OEDT constató que, de los veintiocho estados de la Unión Europea, Portugal es el noveno en donde menos cannabis se consume, el quinto donde menos

metanfetamias se toman, e igualmente el quinto en cuanto al menor consumo de éxtasis.²⁵ Tras más de una década de drogas legalizadas, se da la circunstancia de que Portugal registra «un consumo de drogas que, en su totalidad, es inferior al de la media europea y mucho menor que el de su vecino español».

¿Y qué sucedía con las tres razones que esgrimían los prohibicionistas para seguir con la guerra de las drogas (la adicción, las muertes por sobredosis y el consumo en los jóvenes)? Aquí es donde se había mostrado mayor cuidado en la recogida de datos.

Según el Ministerio de Salud portugués, el número de adictos se había reducido casi a la mitad, pasando de 100.000 a 50.000. La revista *British Journal of Criminology* confirma el descenso en el número de dichos consumidores, pero percibió un declive más modesto, del 7,6 al 6,8 por mil, y por otra parte apunta igualmente que el consumo de drogas intravenosas casi ha descendido a la mitad, pasando del 3,5 al 2 por mil.²⁶ Comparando esta situación con la de países cercanos como España e Italia, que siguen embarcados en la guerra contra las drogas, se llegó a la conclusión de que

«Portugal es el único de estos tres países que presenta un descenso» en el consumo de drogas entre los adictos.

Por lo tanto, a la luz de los datos presentados, resulta que hay menos adictos después de la despenalización de las drogas. Paralelamente, el *British Journal of Criminology* descubrió que «las sobredosis se habían reducido de manera significativa» y que la proporción de personas portadoras de VIH por su consumo de drogas había pasado del 52 al 20 %.²⁷ Esto significa que menos personas como Vitor —aquel músico que João trató en su clínica del Algarve y con el que mantenía largas

conversaciones sobre las drogas— están contrayendo enfermedades relacionadas con el consumo de drogas.

Figueira cree conocer el motivo de esta transformación: «[Es porque] ya no vemos a los drogadictos como delincuentes —declara—. Ahora los vemos como personas necesitadas de ayuda, y todos compartimos esta visión. Paralelamente, si ellos mismos no se consideran enfermos, entonces tampoco consideran que están en contra de la sociedad. Es un cambio extraordinario». Esto implica que «han dejado de ser marginados por la sociedad. Son algo así como un accidente. No son personas

que estén en el otro lado de la legalidad, sino que son ciudadanos corrientes que tienen un problema».

Antes, a los conocidos que caían en el alcohol «se los trataba como amigos, como a alguien que necesita[ba] ayuda» y no menosprecio. Figueira se ha dado cuenta de que «los consumidores de drogas están exactamente en el mismo nivel. [...] De hecho, es una situación idéntica. Una enfermedad que necesita tratamiento». Ahora en lugar de acosarlos hasta la saciedad se los ayuda en centros hospitalarios. Entre tanto, el consumo de heroína desde la despenalización de las drogas en Portugal se ha reducido a la mitad,

mientras que en Estados Unidos, que sigue su guerra continua contra las drogas, se ha duplicado.²⁸

Bien, pero ¿qué sucede con los jóvenes? Es un tema que a mí me sigue preocupando. ¿Están los alumnos de Luz más o menos inclinados a consumir drogas que mis sobrinos y mi sobrina? Ellos son el grupo más vulnerable, pues el incremento en el consumo de drogas afectaría a la química de su cerebro durante el resto de sus vidas.

«Jóvenes de quince y dieciséis años son [en Portugal] el grupo donde se ha registrado una de las menores

prevalencias del consumo de cannabis de Europa occidental (13 %)), señalaba el OEDT, mientras que el nivel del consumo de la cocaína se ha reducido a prácticamente la mitad que la media de la Unión Europea.²⁹ Esto supone una leve disminución desde que se legalizaron las drogas: en 1999, el 2,5 % de los jóvenes de dieciséis a dieciocho años consumían heroína. Para 2005, es decir, seis años después de la despenalización de las drogas, dicho consumo se había reducido hasta el 1,8 %.³⁰ «Me he pasado mucho tiempo recorriendo las calles y deteniendo consumidores de drogas», dice João Figueira, y entonces creía que eso era lo

que debía hacerse, así que ahora describe lo que ve en las calles, medio asombrado.

Por otra parte destaca que la nueva política de drogas ha traído consigo igualmente una transformación en la vida de aquellos que nunca probaron tales sustancias. Antes de que acabara la guerra contra las drogas, era «muy común» que los adictos a la heroína cometieran robos para poder hacerse con su próxima dosis, pero «en la actualidad los delitos relacionados con el consumo de drogas han desaparecido. Sencillamente ya no existen. Hemos dejado de tener ese tipo de delitos en nuestras calles». Los adictos están, o

bien tomando metadona, o bien bajo tratamiento, o bien en recuperación, así que «no necesitan robar coches o atracar a la gente». Es un cambio total, concluye Figueira.

Este cambio ha causado a su vez otra transformación, y es que los ciudadanos han cambiado su percepción de la policía. «No creo que aquellos que viven en barrios pobres vean ahora a la policía como a un enemigo. Y esto es algo que considero importante. Constituye una gran diferencia.» Me viene entonces a la cabeza Leigh Maddox, la expolicía de Baltimore, cuando me dijo que esto sería exactamente lo que ocurriría si

pusiéramos fin a la guerra contra las drogas. Figueira, por su parte, considera que esto facilita la investigación de las demás formas de delincuencia: «Nos ahorramos mucho: recursos humanos, papeleo, dinero», que se pueden destinar a la persecución de la delincuencia que sigue activa en la ciudad. Antes él tenía que dedicar mucho tiempo a «la detención de consumidores de drogas, cosa que no daba ningún resultado». Ahora, en cambio, «sí que hay resultados».

No obstante, tiene buen cuidado en hacer una puntualización. Y es que estos resultados —afirma— no son obra del cambio realizado en la legislación.

Durante las décadas de 1980 y 1990 el consumo de heroína, muy extendido entonces, causó tantos daños en los adictos que actuó como una barrera para los jóvenes, quienes a la vista de lo que habían pasado sus hermanos mayores decidían no seguir jamás su camino hacia la destrucción. Por lo tanto, podría decirse que algunos de esos cambios se habrían producido igualmente, aun cuando no se hubiera reformado la legislación, pero no todos ellos, reconoce.

João Figueira se describe a sí mismo como alguien «muy conservador». Al principio, dice, «cuando cambiaron las leyes de las

drogas, la izquierda se mostró dispuesta a seguir adelante, mientras que la derecha se oponía en redondo; pero sobre los resultados obtenidos no hay ninguna clase de debate ideológico, porque todo esto no tiene nada que ver con la ideología. Sencillamente lo que hicimos ha funcionado —me explica—. Pusimos en marcha algo que ha funcionado bien y las estadísticas lo demuestran. No es una cuestión de ideología [...] Ahora todos, conservadores y socialistas, aceptan la situación». Desde que puso en marcha su revolución de la política de drogas, Portugal ha tenido dos Gobiernos de izquierdas y dos de derechas. Todos

ellos han mantenido la despenalización de las drogas tal como estaba. Ahora no hay ningún partido político que quiera volver a la situación anterior.

Al oírle decir esto sentí como si me hubiera liberado de un gran peso, una sensación que vi confirmada cuando revisé las estadísticas. Y es que, a tenor de lo observado en Portugal, resulta que es mucho más efectivo fortalecer la resistencia interna de las personas frente a las drogas que tratar de intimidarlas para que se mantengan alejadas de las drogas a la fuerza. Por lo tanto, la alternativa funciona. Y la mejor prueba de ello es que en Portugal no hay nadie que defienda la vuelta al viejo modelo.

«Toda la sociedad portuguesa acepta sin reservas el nuevo modelo. Es algo que ya está establecido», asegura Figueira. Cuando viajaba por Portugal me ponía a charlar con personas que me encontraba en el tren, en algún café o por la calle, y no dejaba de sorprenderme lo rápido que se ha asumido la despenalización de las drogas en el país. La idea de arrestar a consumidores y adictos era algo que producía perplejidad a la gente, como si se tratara de una extravagante práctica medieval de un pasado distante. Había quien aseguraba —aunque eran muy pocos— que las prestaciones para los adictos eran demasiado generosas, pero

fue la única crítica que escuché. Nadie veía este desenlace como un final feliz. Y es que saben muy bien que sigue habiendo adicción y que es toda una tragedia. Pero ahora hay muchos menos casos.

João Figueira se me queda mirando y me sonrío desde detrás de su poblado bigote. «No me esperaba que funcionara tan bien», confiesa.

Cuando salí de su despacho me pasé horas caminando por las calles de Lisboa, obnubilado por el optimismo, pues era la primera vez que veía lo estrecha que es la franja que separa a

los prohibicionistas más apasionados de aquellos que defienden un cambio radical de las leyes.

A lo largo de este viaje me he encontrado con muchas personas que apoyan la guerra de las drogas, pero la inmensa mayoría de ellas no son como Harry Anslinger, es decir, preñadas de racismo, odio e incompetencia personal. Son como João Figueira: gente admirable que, lógicamente, también tiene sus dudas sobre la alternativa. Ellos apoyan la guerra de las drogas porque se compadecen de todos esos individuos que, en caso de suavizar las

leyes, podrían convertirse en víctimas. Son buenas personas que actúan por afán de hacer el bien.

Mientras paseo arriba y abajo por Lisboa se me ocurre que todos nosotros —la inmensa mayoría de los guerreros de la droga y la inmensa mayoría de los legalizadores— tenemos valores en común. Todos queremos proteger a los niños de las drogas. Todos queremos evitar las muertes provocadas por el consumo de drogas. Todos deseamos reducir la adicción. Pero ahora resulta que tenemos pruebas contundentes de que el abandono de la guerra de las drogas nos permite alcanzar estos objetivos compartidos mucho mejor.

Al comienzo de mi viaje traté de encontrar respuesta a una contradicción que encontraba en mi interior y en nuestra propia cultura: la contradicción que existe entre el impulso de compadecer a los adictos y el impulso de socavar y destruir sus tendencias adictivas. Ahora veo por fin —y hasta siento de verdad— que no es una contradicción ni mucho menos. Compadecer al adicto es el camino para reducir la adicción. De la misma manera, el conflicto de mi interior —el que encontraba tan molesto— tampoco es un conflicto. Ahora bien, no se trata

de que un impulso gane al otro. En realidad pueden ganar los dos, siempre que hagamos lo correcto.

Si esta perspectiva fuera compartida por muchos más, me dije, ¿cómo influiría en el debate sobre las drogas? Creo que fue entonces cuando comprendí por primera vez que este no es un debate sobre valores. Es un debate sobre la forma de alcanzar esos valores. Solamente en Estados Unidos la legalización de las drogas supondría un ahorro de 41.000 millones de dólares anuales, que son los que se destinan a la detención, enjuiciamiento y encarcelación de consumidores y vendedores, según datos de un amplio

estudio elaborado por el Instituto Cato.³¹ Si las drogas fueran gravadas con un impuesto similar al del alcohol y el tabaco, esto supondría un aporte anual de 46.700 millones de dólares, según los cálculos realizados por el profesor Jeffrey Miron, de la Facultad de Economía de la Universidad de Harvard.³² Es decir, que tendríamos un ahorro total de 87.800 millones de dólares el próximo año, y todos los siguientes. Con esa suma se podría implantar el modelo portugués de tratamiento y reconexión social a todos los adictos de Estados Unidos.

Hay quien dice que Estados Unidos, Gran Bretaña o cualquiera de las grandes naciones no pueden aprender de otros países; que Portugal es tan pequeño y tan diferente que no tiene nada que enseñar a una superpotencia. Cuando João Figueira se despidió de mí en la comisaría, en una comisaría donde ya no detendrán a más consumidores de drogas, me vino a la mente Leigh Maddox, quien me había dicho que este modelo también podría salvar su ciudad. Luego seguí caminando.

Aquella tarde, mientras paseaba por las plazas de Lisboa, hombres de mediana edad merodeaban a mi alrededor ofreciéndome drogas. «¿Quieres? ¿Quieres pillar?», preguntaban, insistentes.

Por eso conviene tener bien presentes los límites del experimento portugués. Ellos han legalizado la posesión de drogas para consumo personal, pero no la venta. Su fórmula es un híbrido extraño: quien está en posesión de drogas es porque lógicamente las ha comprado, así que en este sistema todavía es preciso actuar contra los delincuentes y sus bandas. Es decir, que las nuevas leyes portuguesas

salvan a Marcia Powell y a las mujeres de Tent City, pero no frenan a Arnold Rothstein o a Rosalio Reta o a sus socios locales.

Pero lo cierto es que han hecho mella en sus negocios de varias formas. Por ejemplo, cuando las furgonetas de metadona empezaron a recorrer las calles del país los traficantes de drogas tiraban piedras a los vehículos y destrozaban las oficinas de los trabajadores sociales, porque —como apunta João Goulão— «era la primera vez que habían sufrido una reducción en sus ganancias» desde que tenían memoria. Sin embargo, todavía controlaban la mayor parte del comercio

de drogas. La despenalización no puede sacarlo de sus manos; solo la legalización puede hacerlo.

Los arquitectos de la revolución de las drogas portuguesa creen que con el tiempo llegará a imponerse. Cuando pregunté a João Goulão si era partidario de esta idea, me contestó: «Sí, creo que hay que ir en esa línea. Pero también creo que para ello es preciso un amplio consenso entre naciones y no me parece que en estos momentos haya un ambiente político muy propicio a semejante tendencia, ni siquiera aquí, en Europa. Pero llegará, algún día lo veremos».

Volvamos ahora a las blancas playas del Algarve en el año 1996, antes de que cambiaran las leyes, antes de que se ampliaran los tratamientos, antes de que terminara la guerra de las drogas. Allí vamos a encontrar a un joven adicto —el último de estas páginas— que entraba tambaleándose en la consulta de un médico.

Antonio Gago era un chico fibroso e inquieto que a los catorce años había empezado a fumar heroína para evadirse de los abusos sexuales de que era objeto por parte de su padre. Ahora tenía veintiuno, y lo único que sabía es que todos los adictos tenían el número de teléfono personal de João Goulão,

porque se lo daba a todo aquel que en su opinión pudiera necesitarlo. Al principio João le suministraba una dosis diaria de metadona; pero puede que lo más importante sea que escuchaba a Antonio. Para João, por lo visto, los sentimientos e ideas de Antonio sí que importaban. A veces hasta en sus días libres se veía con Antonio y charlaba con él. Un 25 de diciembre, Antonio recibió una llamada de João, que estaba contactando personalmente con todos sus pacientes para felicitarles las fiestas. «Vas a obtener lo que deseas antes de lo que piensas, ya lo verás. Tendrás una nueva vida», le dijo.

«Cuando tienes un médico como ese puedes ser más sincero —me dijo Antonio años después de esa consulta—. Nunca sentí condena o repulsa por su parte, él solo me estaba facilitando un poco la vida y ayudándome a abrir mi corazón.» Un día empezaron a hablar de las verdaderas razones por las que consumía drogas: las cosas que hacía su padre. «Tenía que cubrir aquello con drogas», dice.

João le ayudó a entrar en rehabilitación y cuando Antonio salió y volvió a caer en la heroína no se lo recriminó. Sencillamente estaba ahí.

Cuando a João lo hicieron responsable de la política nacional de drogas empezó a fundar comunidades terapéuticas en las que los adictos podían vivir, amén de ayudarlos a reconstruir sus vidas en un amplio lapso temporal (generalmente de varios años). Esto finalmente fue lo que mejor encajó con Antonio. Viviendo en un centro llamado Asociación Reto que se encontraba en las inmediaciones de Lisboa, en medio de su idílica campiña y envuelto en el suave zumbido de los aerogeneradores, Antonio aprendería por primera vez a confiar en los demás. Al principio no podía dar crédito: las personas que allí se encontraba le

confiaban a sus hijos o su dinero. Jamás pensó que volvería a sucederle algo así. Poco a poco fue ganando confianza hasta que finalmente pudo abandonar el consumo de drogas. Cuando yo lo conocí llevaba varios años sin probarlas.

Ahora sale todas las mañanas en una furgoneta a localizar adictos de la calle que todavía están perdidos en su dolor, con el fin de proporcionarles lo que necesiten: sea comida, jeringuillas nuevas o el convencimiento de que existe un lugar seguro al que pueden acudir sin ningún coste para ellos, simplemente para recibir amor cuando estén preparados para ello. Antonio cree

que es necesario dar montones de abrazos. Por todo el país hay ejércitos de exadictos como este, destinados al rescate de personas que han quedado abandonadas en las calles.

Solo cuando conocí a Antonio y lo vi en su pequeña furgoneta blanca entendí en toda su magnitud lo que había ocurrido en Portugal desde que puso fin a la guerra de las drogas. El prohibicionismo —política que he rastreado por diversos continentes y a lo largo de cien años— no es más que un cúmulo de espirales descendentes que giran sin descanso. Veamos. Algunas personas se vuelven adictas, así que las humillamos y hacemos sentir vergüenza

hasta que acaban haciéndose más adictas aún. Entonces, ellas, para satisfacer su hábito, tienen que convencer a otros de que compren las drogas que ellas venden y de esta manera estos últimos se convierten igualmente en adictos. Luego a estos también se los humillará y se los avergonzará por ese hábito que han adquirido. Y así sucesivamente.

En Portugal, en cambio, el Estado ayudaba a las personas a sentirse mejor y luego estas ayudaban a otros a sentirse mejor, y estas a su vez ayudaban a otros, y así sucesivamente hasta que la espiral descendente de la guerra de las drogas

ha sido sustituida por una onda de curación que se extiende lentamente por la sociedad.

Mi último día en Lisboa me imaginé a João cuando de joven estaba en las calles de Lisboa viendo caer a la dictadura, y entonces entendí por qué decía que este proceso era la continuación del espíritu de 1974. En aquella época, los portugueses se alzaron todos a una para reclamar su derecho a la vida y a la libertad de expresión, porque no estaban dispuestos a ser golpeados ni silenciados de nuevo. Y ahora su política de drogas establece

que todos y cada uno de ellos — inclusive los más débiles y los más enfermos— tienen derecho a no ser golpeados ni silenciados, y que en lugar de eso deben ser abrazados y ser objeto de esperanza y amor.

En una verdadera democracia no se desprecia a nadie. No se abandona a nadie. No se desestima la vida de nadie. Este era el espíritu de la revolución. Y la revolución sigue viva.

CAPÍTULO

17

El hombre en el pozo

Cuando empecé este libro, ningún país había ido más lejos en la despenalización de las drogas. Portugal era la última parada. Pero cuando estaba escribiéndolo, la historia empezó a moverse bajo mis pies.

Un país —que no era más que una pequeña nación aprisionada entre Argentina y Brasil— dio un paso que nadie se había atrevido a dar desde que Harry Anslinger empezara la guerra de las drogas en la década de 1930: la legalización completa de una sustancia. Y al mismo tiempo, en el mismo corazón de la guerra de las drogas, estallaba una rebelión protagonizada por dos estados americanos que en sendos referendos votaron hacer lo mismo.

Ahora sí que estaba a punto de conocer la respuesta de aquella cuestión que me aguijoneaba desde que empecé el libro: ¿qué sucede cuando se legaliza una droga? Una vez comprados los

billetes de avión descubrí que el presidente que se alzaba contra la guerra de las drogas tenía una historia mucho más extraña de lo que cabe imaginar en un mandatario. Entrevisté a su mujer, a sus mejores amigos, a su biógrafo, a sus críticos, a su jefe de personal y, por último, a él mismo.¹ A continuación pueden leer lo que me contaron todos ellos.

José Mujica levantó la vista hacia la luz. Tenía la impresión de que el techo de aquel profundo y húmedo pozo donde llevaba prisionero más de dos años y medio tan solo estaba cubierto

con una fina lámina de aluminio. Si pudiera alcanzarla, si pudiera estirarse, seguro que podría apartarla y volver a ser libre. Al fin volvería a estar en el mundo.

Para entonces estaba tan demacrado como los presos de un campo de concentración, y para saciar la sed tenía que beberse sus propios orines.

«[Aquello] me enseñó a conversar mucho con el sujeto que llevamos dentro —me diría años después—. Al no poder hablar con el mundo intenté mantenerme vivo a expensas del mundo que llevamos dentro.» Cogía una de las muchas hormigas que corrían por allí, se la

acercaba al oído, y entonces —en aquel silencio absoluto— oía al insecto gritar. Además se había hecho amigo de las ranas. Cuando sus carceleros le tiraban el agua de su ración, él guardaba un poco para compartirla con ellas. «Eran las únicas criaturas no agresivas que tenía a mi alrededor en aquellos días», me explicaba en otra entrevista realizada posteriormente.

Pero Mujica no permitió que hormigas y ranas siguieran comunicándole sus mensajes durante mucho tiempo, porque temía por ellas. Estaba convencido de que el Gobierno había logrado ponerle un aparato de escucha en el oído, para poder captar

todo lo que le decían y para leer además lo que él pensaba. De eso no le cabía ninguna duda, ya que por una parte había algo que le quemaba en la oreja y, por otra, conocía bien a las personas que habían instalado el dispositivo en su oreja, que eran, y él lo sabía bien, capaces de cualquier cosa.²

Quizá fuera mejor para Mujica no saber que el metal de la cubierta del pozo no podía ser movido, ni por él ni por nadie. Formaba parte de un tanque. Y es que los dictadores que habían asumido el poder en Uruguay no estaban dispuestos a correr ningún riesgo con él.

Querían mantenerlo alejado del mundo a toda costa. «Peor que la soledad solo es la muerte», sentencia él por su parte.

A él y sus camaradas los habían encerrado en pozos separados. «Ahora sois nuestros rehenes —les dijeron—. Si a alguno de los vuestros se le ocurre hacer alguna locura ahí fuera, os liquidaremos. Os mataremos a todos.»

José Mujica se había criado a escasa distancia de aquella prisión de Montevideo en la que llevaba ya largo tiempo preso. Estaba enclavada en uno de esos barrios donde el campo pierde sangre dentro de la ciudad, y asentamientos marginales a medio construir forman el tejido de las

cicatrices. De niño había visto cómo desaparecían los campos de cultivo más allá de la ciudad y se quedaban yermos uno tras otro. Muchos de los campesinos que habían trabajado aquellas tierras llegaban hambrientos a la ciudad en busca de un medio de vida. El padre de Mujica fue uno de los muchos que perdió todo lo que tenía; murió cuando el chico tenía siete años. La madre cultivaba flores que el pequeño Mujica salía a vender por las calles. Si no murieron de hambre fue porque todos se deslomaban trabajando.³

Para cuando Mujica fue a la universidad, el país había caído en una profunda recesión económica. Niños con

la tripa hinchada deambulaban por los barrios del extrarradio, débiles, consumidos por el hambre, mientras el ambiente político se enrarecía cada vez más. Algunos de los nazis más sanguinarios de la Alemania hitleriana —Josef Mengele entre ellos— se habían instalado en el país, con el consentimiento tácito del Gobierno. Mientras tanto, en el ejército se oían ruidos de sable: un alto oficial había desvelado que las Fuerzas Armadas querían dar un golpe de Estado. Mujica y los suyos no estaban dispuestos a quedarse de brazos cruzados, así es que rápidamente formaron un grupo llamado los Tupamaros y empezaron a

apropiarse de los camiones de alimentos destinados a las zonas ricas, que luego llevaban a los barrios marginales para repartir la comida entre la población.⁴ Su apoyo estaba en los trabajadores de la caña de azúcar, los «cañeros», a los que daban armas para que pudieran apropiarse por sí mismos de las tierras. Así es como empezaron a hacerse con el control de pueblos enteros y, en poco tiempo, eran conocidos como los «guerrilleros Robin Hood».⁵

Como presidenta de honor escogieron a una mujer llamada Miss Marple, la vieja solterona que resuelve los crímenes en las novelas de Agatha

Christie.⁶ Para ellos representaba la justicia, y eso, decían, es lo que ellos perseguían con su lucha.

Al igual que la Resistencia francesa, los Tupamaros estaban organizados en comandos independientes que actuaban por separado, de manera que si uno de ellos era capturado, los demás podían seguir adelante y la lucha continuaba. José y su mujer, Lucía, pertenecían al comando número 10. Vivían en la clandestinidad, huyendo de un piso franco a otro y planeando operaciones, hasta que un día Mujica estaba esperando a un contacto en un bar, cuando de pronto sintió un impacto en el pecho.

La policía le disparó seis veces pero no lo dejaron morir.⁷ Querían cogerlo como rehén, para mantener a raya a sus camaradas.

Mujica no habla de las torturas que sufrió mientras estuvo encerrado, pero algunos de los que sobrevivieron a aquel cautiverio me contaron por lo que habían pasado ellos. A sus carceleros les gustaba sobre todo una tortura que llamaban «el submarino», en la que se metía la cabeza del preso debajo del agua hasta que estaba a punto de ahogarse y justo en ese instante se lo sacaba de un tirón. Además se les aplicaban electroshocks en las mejillas, los pezones y los testículos.

Mientras estuvo cautivo en el pozo, Mujica solo pudo escribir una vez a su mujer. Lucía estaba prisionera en otra prisión, y también había sufrido torturas. Si algún día lograban salir de allí, le prometió, se harían con un pequeño pedazo de tierra en algún sitio —una granja— y se instalarían allí.

Por entonces debía de parecerle que aquello no terminaría nunca, que aquel cubículo sería su única realidad el resto de su vida. En un pozo cercano había muerto uno de sus compañeros, aunque Mujica no lo supo hasta años después. Y de pronto, en aquella soledad, un día oyó una voz humana. En realidad no era una sino muchas. Un

coro de consignas. «¡Tupa, escucha, tu lucha es nuestra lucha!», decían. «¡Tupa, hermano, aquí los esperamos!», «¡Tupa, escucha, tu lucha es nuestra lucha!», repetían las voces.⁸

No era una alucinación, no, esta vez no. Era el comienzo del fin de la dictadura.

Mujica cumplió la promesa que le había garabateado a su mujer en el pozo. Se compraron una casa con tejado de chapa en las afueras de la ciudad y un pequeño pedazo de tierra en el que cultivaban sus flores, como aquellas que su madre había cultivado cuando él era chico.⁹

En noviembre de 2005, José Mujica y su mujer regresaban una noche a su casa, cuando al llegar se encontraron con algo completamente distinto.¹⁰ Todos los vecinos estaban allí, en plena celebración, cantando, rodeados de barbacoas donde cada cual preparaba su mejor carne y se la ofrecía jubiloso a los demás. Mujica acababa de ser elegido presidente de Uruguay. Cuando tomó posesión de su cargo dijo que no iba a ocupar la residencia presidencial. Que se quedaría allí, en aquella modesta casita, durante los cinco años de su mandato. Que donaría el 90 % de su salario a los pobres, quedándose solamente con 775 dólares

mensuales para vivir.¹¹ Y en cuanto a la limusina presidencial, pues que no, que tampoco iba a utilizarla. Él iría en autobús.

En Uruguay, el presidente toma posesión de su cargo prestando juramento ante el senador más votado. Pues bien, en aquellas elecciones quien más votos recibió fue su mujer, Lucía. Mujica aprobaría poco después la entrega de ordenadores a todos los niños del país y además legalizó el aborto y el matrimonio entre parejas del mismo sexo. Pero aún tenía otro asunto pendiente.

Durante todo ese tiempo, su gabinete de Gobierno había visto en las noticias cómo el norte de México era canibalizado por los cárteles. Uruguay se encontraba en una posición similar en lo que respecta a la ruta de la marihuana y la cocaína en su tránsito hacia Europa. De hecho, los cárteles ya desempeñaban un papel importante en el control de Paraguay, el país vecino. Si en algún momento quisieran apoderarse de Uruguay, estarían indefensos, de eso no cabía duda. Mujica habría liberado su país para nada.

De manera que empezaron a revisar la historia de la política de drogas y fue entonces cuando se percataron de algo

importante, me dice Mujica: «[Que] llevábamos más de cien años aplicando la política de reprimirlas y de perseguirlas inequívocamente y [lo que pudimos] constatar luego de cien años era un estupendo fracaso. [...] Por lo tanto ha[bía] que experimentar otros caminos».

¿Y qué podían hacer ellos? Habían oído que la legalización de las drogas lleva a la ruina a la mayoría de los cárteles. Que con la intervención del Gobierno se puede proporcionar sustancias más baratas y de mejor calidad que las suministradas en el mercado negro. De este modo los traficantes de drogas seguirían el camino

de los contrabandistas de alcohol y acabarían en el contenedor de basura de la historia. Mujica decidió empezar con la marihuana, pensando que en el futuro se podría hacer lo mismo con otras drogas hasta que finalmente todas fueran legalizadas.

Si hasta entonces ningún mandatario se había atrevido a legalizar las drogas era porque todos tenían miedo a dos cosas. En primer lugar, a Estados Unidos y, en segundo lugar, a sus propios ciudadanos. Pero el presidente Mujica, desde su modesta vivienda percibió un cambio crucial que a los demás se les había escapado. Vio que en Estados Unidos había ya varios

estados dispuestos a votar la legalización de la marihuana (para autorizar el cultivo y la venta a los adultos, como veremos más adelante). Así es que tenía que convencer a su gente de que hicieran lo mismo. Cuando estaba aislado en el pozo, me dice, había aprendido que «la vida es hermosa por encima de cualquier cosa y [que] hay que defenderla, pero ello significa que hay que tener mucho cuidado en cómo se gasta [...] No debemos sacrificar a una generación por algo ilusorio».

Para saber lo que era preciso hacer en el caso de la legalización de la marihuana, recurrió a dos hombres que

precisamente eran compatriotas de Miss Marple, su antigua presidenta de honor; es decir, a dos británicos.

Muchos son los que intentan alejarse de la senda trazada por la guerra de las drogas, pero por el camino chocan contra un muro de cemento. Sobre él puede verse la palabra «legalización» seguida de la imagen de un hombre llamado Timothy Leary. Fue la cara más conocida de la legalización de las drogas en la década de 1960, un profesor de Harvard que abandonó la docencia para difundir las excelencias

del consumo de drogas y que se embarcó en un viaje que finalmente haría temblar a la civilización occidental.¹²

Leary recorría los platós de televisión anunciando, con los ojos chispeantes, que era el fundador de una religión nueva que declaraba el LSD y el cannabis como sus santos sacramentos.¹³ Estas drogas habría que suministrárselas a niños de doce años para que, según decía, pudieran «follar bien y sin sentido de culpa»,¹⁴ y para dar ejemplo se las dio a sus propios hijos adolescentes,¹⁵ pese a que poco a poco se estaban volviendo locos.¹⁶

«Por favor despierta —le escribía su hija en una de sus cartas mientras él

tragaba pastillas como un Comecocos—. Eres destructivo y malvado.»¹⁷ Con el tiempo se volvería loca y acabaría suicidándose.¹⁸ Leary ya se lo había advertido a sus amigos: «La verdad es que soy un auténtico psicópata».¹⁹

Al principio, Leary había defendido que las drogas hacen a la persona sumamente dichosa y pacífica. Después diría a sus seguidores que tenían que disparar a la policía porque había «una guerra total» contra ellos.²⁰ Cuando al final se dio a la fuga y se marchó a Argelia, les dijo a los fundamentalistas islámicos que debían estarle agradecido porque había «jodido el cerebro de muchísimos blancos de

clase media». ²¹ En la última época de su vida afirmaba que los humanos deberíamos vivir en el espacio, pues a fin de cuentas él mismo había comprobado que era «enemigo de la gravedad». ²²

Leary fue el mejor vendedor de la legalización de las drogas que había conocido el pueblo americano desde Henry Smith Williams. En la actualidad, muchos consideran que la legalización de las drogas no es sino un reflejo de sus propios valores: él creía que el consumo de drogas es bueno y que debe ser incentivado; que debía suministrarse drogas a los niños; y que la legalización ayudaría a extender el consumo de

drogas, además de provocar la destrucción de la cultura tal como la conocemos hoy en día.

Pero dos hombres le dijeron a Mujica que, si debía optar por la legalización, era por las razones contrarias. Ellos deseaban y desean legalizar las drogas porque querían apartarlas de nuestros hijos, defender los valores de la ley, y reducir la anarquía y la violencia. A ellos no les interesaba un mundo donde el consumo de drogas fuese algo emocionante y revolucionario. Lo que querían ellos es hacerlas más aburridas. Pues bien, esos hombres eran dos analistas políticos llamados Danny Kushlick y Steve

Rolles. Danny llevaba años trabajando con presos en libertad condicional y estaba cansado de ver morir a sus clientes de sobredosis. Steve era un científico que investigaba los efectos del éxtasis y que para ello iba de fiesta en fiesta provisto de su libreta de notas, donde apuntaba por ejemplo que la gente que tomaba éxtasis era mucho más afable y menos violenta que aquellos a quienes les gustaba empinar el codo. No podía entender por qué la policía actuaba contra ellos y se los llevaba a la cárcel.

Juntos, Danny y Steve formaron un grupo llamado Instituto para la Transformación de las Políticas de

Drogas que tenía la intención de responder a una cuestión que nadie en el mundo estaba respondiendo con el debido detalle: ¿qué supone exactamente la legalización de las drogas en la práctica? Si ponemos fin a la guerra de las drogas, ¿cómo se distribuirán tales sustancias? ¿A quién se le permitirá consumirlas? ¿Qué cambios comportaría?

Hace casi diez años que debato estos asuntos con Danny y Steve, así que en todo este tiempo ya nos hemos hecho amigos. Cuando empezaron a investigar, ambos sabían que, para la inmensa mayoría de los ciudadanos, legalizar las drogas quiere decir que toda farmacia

tenga anfetaminas y crack a disposición de los clientes, junto a los caramelos para la tos y el agua oxigenada. Es decir, legalización, según sus críticos, significa sálvese quien pueda.

Sin embargo, cuando revisaron las pruebas existentes, Danny y Steve comprobaron que en realidad supondría lo contrario. Hoy en día, el tráfico de drogas consiste en gánsteres desconocidos que venden sustancias desconocidas a consumidores igualmente desconocidos, en la oscuridad. Esta es la definición por antonomasia de la ley de la selva. Por eso la única forma de regular el comercio de drogas —sostienen ellos—

es sacarlo a la luz; y lo primero que descubrieron es que para legalizar las drogas, no hay que inventar nada nuevo. Las estructuras necesarias ya están ahí, a nuestro alcance.

Actualmente tenemos reconocidas y perfectamente reguladas en cuanto a su venta las dos drogas recreativas que más muertes causan: el alcohol y el tabaco.

Sin embargo, esto no siempre fue así. En el pasado, algunos Gobiernos habían intentado suprimirlas por la fuerza. En el siglo XVII, el zar Mijaíl Fiódorovich de Rusia decretó que «cualquiera [que fuera] capturado con tabaco en su poder ser[í]a torturado hasta que revel[ara] el nombre de quien

se lo proporcionó». ²³ Aproximadamente por la misma época, Murad IV, sultán del Imperio otomano, impuso la pena de muerte a todo aquel que fumara. En ambos países, la población pese a todo seguía fumando. En cambio, nosotros hemos creado un sistema en el que los adultos pueden comprar legalmente esta droga, pero al mismo tiempo dejamos bien claro en nuestra cultura que es algo que provoca enfermedades, que no se puede consumir en lugares públicos y que resulta desagradable para la mayoría de las personas.

Una de las consecuencias de esta política que permite el tabaco pero a la vez incrementa el rechazo social a su

consumo es que la venta de cigarrillos ha caído en picado. En 1960, según la encuesta general realizada por hogares, en Estados Unidos fumaba el 59 % de los hombres y el 43 % de las mujeres.²⁴ Actualmente estas cifras han bajado al 26 % en el caso de los hombres y al 23 % en el de las mujeres; es decir, que se han reducido a la mitad. Se trata de una tendencia que ha ido igualmente en aumento entre el resto de los países desarrollados. ¿Y qué nos indica esto? Pues que el hecho de que un producto dañino se venda de manera legal no implica que la gente salga corriendo a

consumirlo; por el contrario, cada vez son más los que abandonan dicho consumo.

Visto lo que sucede con las sustancias vendidas de manera legal, Danny y Steve proponen dividir las drogas en dos grupos distintos, dependiendo de lo fuertes que sean. En el primero tendríamos las drogas menos potentes, como por ejemplo la marihuana. En este caso, lo que ellos proponen es aplicarles el mismo trato que al alcohol y el tabaco. Esto implicaría —por lo menos en Europa— que no se permitirá la publicidad sobre tales sustancias. No se podrán hacer campañas promocionales. El producto

deberá venderse en envases blancos en los que no aparezca ningún logo comercial pero sí las debidas advertencias sanitarias, y por supuesto únicamente a través de establecimientos autorizados. Se impondrán restricciones en cuanto a la edad mínima de los consumidores. La venta se realizará únicamente en comercios destinados a tal efecto. Si alguna persona consumiera estas drogas en público, mientras conduce, trabaja o realiza alguna tarea que requiere concentración, sería debidamente sancionada. De la misma manera, si algún vendedor proporcionara dichas sustancias a menores de edad, se le privaría de su

permiso de venta. Es decir, que habría que aplicar a las drogas encuadradas en este primer grupo las mismas medidas que a la venta y consumo del alcohol y el tabaco.

En el segundo grupo tendríamos las drogas más potentes, como por ejemplo la heroína. Y al igual que antes, Danny y Steve consideran que ya disponemos de una regulación adecuada para las mismas. Prácticamente no hay país desarrollado que no cuente con una amplia red de doctores y farmacéuticos que facilitan sustancias químicas mediante receta médica sobre la base de que solo se suministran cuando es estrictamente necesario. Mientras usted

lee esto hay facultativos que están proporcionando opiáceos, anfetaminas y otras sustancias similares por razones médicas. Ahora bien, la prescripción de sustancias químicas también podría combinarse con algún tratamiento adicional, que es justamente lo que hicieron en Suiza. En el modelo suizo, los adictos reciben la droga mediante receta médica, al tiempo que se les ofrece todo tipo de programas que puedan ayudarlos a abandonar el consumo.

Danny y Steve sostienen que, si aplicáramos estas dos clases de regulación a todas las sustancias que existen hoy en día, se podría poner fin a

la mayoría de los problemas que provoca la guerra de las drogas. Básicamente porque aquellos que ahora se dirigen a algún gánster de la calle para comprar sus drogas, irían en su lugar a comercios autorizados o a médicos y farmacéuticos que les suministrarían tales sustancias.

No es un modelo en el que se pierda el control sobre las drogas; al contrario, insisten Danny y Steve: sería entonces cuando las tendríamos debidamente controladas. La legalización es la única medida que nos permite regular el mercado de las drogas. Si se aplicara este modelo, los vendedores de drogas no se dispararían

entre ellos, de la misma manera que los camareros no contratan sicarios para matar a la competencia. Los consumidores sabrían lo que están tomando. Y con los impuestos con los que se gravarían tales productos, tendríamos una extraordinaria fuente de ingresos adicionales que podría destinarse a la educación de los niños, así como a programas que reduzcan las verdaderas causas de la adicción.

Es una iniciativa que históricamente se ha puesto en marcha una vez, apuntan, y por lo tanto conocemos bien sus consecuencias. Cuando en 1933 se volvió a legalizar el alcohol, todo el entramado de gánsteres,

sicarios y asesinatos que llevaba aparejado el comercio de alcohol quedó aniquilado. La paz volvió a las calles de Chicago. El índice de asesinatos descendió de manera brutal y no volvería a aumentar hasta las décadas de 1970 y 1980, cuando se intensificó la guerra de las drogas.²⁵

En el fondo —explica Danny—, la legalización de las drogas es «un programa para reducir la tragedia. Porque toda la emoción, la salacidad, la atracción que despiertan las drogas está en buena medida en la prohibición, no en la regulación de su comercio. Una vez me dijeron que, si quería defender mi modelo, solo tenía que hacer una

película en la que se mostrase cómo sería el mundo si las drogas estuvieran legalizadas. Y entonces me dije: “Claro, eso es, sería una película de lo más aburrida, porque así sería el mundo, aburrido. Se vería a alguien entrando en un comercio y diciendo: ‘¿Me da un paquete de éxtasis, por favor?’, y a la otra persona diciendo: ‘Sí, aquí tiene. Son 4,50 libras la unidad’.” El verdadero peligro del abandono del sistema actual [de guerra de las drogas] para sustituirlo por uno nuevo es que sigamos asociando los horrores y la emoción del prohibicionismo con un régimen nuevo que [en realidad] es increíblemente aburrido».

Es decir, que la cultura del terror daría paso —de manera lenta pero ineluctable— a una cultura del tedio.

Bien, ¿y cuál podría ser el siguiente paso? Hemos visto que el prohibicionismo no funciona y que Portugal ha puesto en práctica la despenalización de las drogas, que en este sentido constituye un avance muy importante. Pero aún existe otra posibilidad: la legalización de las drogas. La diferencia respecto a la primera es muy simple. Cuando se despenalizan las drogas se deja de sancionar a los consumidores y a los

adictos; pero, y he aquí la clave, la fabricación y la venta de drogas siguen estando prohibidas. Ambas están en manos de los traficantes. En cambio, con la legalización se crea una red de comercios, farmacias o entidades prescriptoras de sustancias donde los consumidores y adictos puedan comprar sus drogas.

Una cuestión crucial pesa sobre esta visión, algo de suma importancia que hace que muchas personas se resistan a aceptar la legalización de las drogas. Y es que si facilitamos el acceso a sustancias que antes eran ilegales, ¿no cabría suponer que habrá un incremento en su consumo? Es una cuestión que

lógicamente genera muchas dudas; pero en mi opinión hay tres aspectos particularmente relevantes que es necesario analizar. Si se constata ese incremento en el número de consumidores de drogas, ¿habrá un aumento paralelo en el de adictos? ¿Aumentarán también los casos de sobredosis? ¿Y habrá más chicos jóvenes iniciándose en las drogas? Estas son las cuestiones a las que ha de darse respuesta si se quiere pasar de la despenalización a la legalización de las drogas.

Para saber si el consumo de drogas efectivamente aumenta, me puse a revisar las pruebas de que disponemos,

y resulta que cada una de ellas arroja resultados ambivalentes. Se trata de dos medidas de gran relevancia que se han llevado a cabo en el pasado: la cuasi legalización de la marihuana en Holanda y el fin de la prohibición del alcohol en Estados Unidos. Y cada una de ellas nos aporta enseñanzas distintas.

En 1976, el Gobierno holandés puso en práctica una nueva política de drogas. A partir de ese momento se permitiría la posesión de 30 gramos de marihuana para consumo personal.²⁶ Esta es a todos los efectos una despenalización del consumo personal. En adelante no se aplicaría ningún castigo a aquellos que fumaran cannabis.

¿Y qué pasó después? Según la información de que disponemos, en los siete años siguientes el consumo de drogas siguió en el mismo nivel.²⁷ Entonces, visto el resultado, Holanda dio un paso más: permitir la venta de cannabis en unos cafés determinados. Esto constituía un avance, puesto que se pasaba de la despenalización del consumo personal a la legalización (efectiva) de la venta de drogas. Si no quisieron llamarlo legalización fue porque ello habría supuesto una violación de las Convenciones de Naciones Unidas auspiciadas por Harry

Anslinger. Pero, en sus intenciones y objetivos, es una forma de legalización bastante modesta.

Los resultados no dejaban lugar a dudas. Tras la legalización se registró un aumento en el consumo de la droga autorizada. Dentro del grupo más proclive a consumir hierba, los jóvenes de dieciocho años, la proporción de personas que habían consumido cannabis en el mes anterior pasó del 8,5 al 18,5 %.²⁸ En otros grupos de edad hubo un incremento menor pero igualmente significativo. Se trata de una tendencia que no se apreciaba en otras ciudades europeas, así que cabe concluir que era producto de la nueva

política.²⁹ No obstante, es probable que dicho aumento fuese debido a que las personas tienden a admitir su consumo de cannabis cuando ya no está penalizado; pero también es muy improbable que eso explique por sí solo el incremento registrado.

Pues bien, estos hallazgos indican que no hay un incremento significativo en el consumo de drogas cuando un país despenaliza la posesión de drogas, pero sí que lo hay cuando se legaliza la venta. La razón es bastante obvia: la facilidad para acceder a la droga. Todos, creo yo, conocemos a personas que no se acercarían a un camello en la calle para comprarle droga, pero que podrían estar

dispuestas a comprarla si se vendiera en un comercio o en una farmacia del centro comercial de la ciudad.

Debemos ser francos en lo que a este aumento se refiere, pero también es importante no exagerar su escala. El consumo de cannabis ha aumentado, es cierto; sin embargo, en Holanda sigue siendo bajo. Alrededor del 5 % de los holandeses dicen haber fumado cannabis en el mes anterior,³⁰ cifra que es más baja que el 6,3 % de Estados Unidos y el 7 % de la media de la Unión Europea.³¹ Por lo tanto, el consumo de cannabis no se ha disparado, sino que sigue siendo bajo si lo comparamos con el registrado en otros países.

Ahora bien, hay un factor significativo que complica este ascenso, un factor que a mí me explicó Danny. Cuando lea este apartado trate de ver el «consumo de drogas» como algo global: toda persona que hoy esté tomando drogas en alguna parte del mundo cuenta como un consumidor de drogas. Dentro de este grupo estarían aquellos que compran un canuto o una pastilla de éxtasis. Pero ¿deberíamos incluir también a quien se pide una caña o un chupito de whisky? Si no se cuenta el alcohol dentro de este grupo, entonces resulta que el consumo de drogas aumenta una vez aprobada la legalización del cannabis. Pero si lo

incluimos, el consumo global de drogas no experimenta ningún incremento. ¿Y por qué motivo? Al parecer, lo que sucede cuando se legaliza la marihuana es que un grupo significativo de personas que quieren relajarse cambian la ebriedad del alcohol por la de las drogas.³² Cuando California facilitó las condiciones de acceso a la marihuana mediante receta médica —cualquiera que sufriera de dolor de espalda podía obtenerla—, los accidentes de tráfico descendieron un 8 %, porque eran muchas las personas que habían optado por la marihuana, y conducir cuando se está colocado (aunque siempre sea

desaconsejable) no es ni de lejos tan peligroso como conducir bajo los efectos del alcohol.³³

Este es el motivo por el que Danny cree que hablar de un aumento en el «consumo de drogas» es la manera equivocada de afrontar el asunto. Lo más interesante —asegura— es cómo cambiarán los patrones de consumo de drogas. Si se legalizara el éxtasis y muchas personas cambiaran la borrachera del sábado por unas pastillas de la droga autorizada, en las estadísticas oficiales aparecería un ascenso en este «consumo de drogas». Pero, en realidad —argumenta él—, sería una mejora. Habría menos

violencia en las calles. La violencia doméstica también bajaría. Habría menos personas con enfermedades de hígado. En suma, podría decirse que se trata de un cálculo mucho más complejo de lo que puede registrar la limitada plantilla de una estadística.

Entiendo el argumento de Danny y lo respeto, y desde luego quisiera que estuviese en lo cierto, pero no creo que ofrezca una perspectiva completa.

Aquí hay algo que a los defensores del cambio en la política de drogas nos resulta molesto. Y es que se ha demostrado que durante la Ley Seca

bebían menos personas que cuando se derogó la prohibición. Resulta difícil precisar una cifra, pues medir una actividad ilegal siempre es algo complicado, pero si se revisan los índices de cirrosis hepática, enfermedad asociada al abuso de alcohol, podemos hacernos una idea bastante precisa de la cuestión. Durante la Ley Seca, la ingesta de bebidas alcohólicas descendió entre un 10 y un 20 %, ³⁴ y tras su derogación se registró un incremento gradual a lo largo de las décadas siguientes. ³⁵ No es que en aquella época, ante la falta de bebida, se optase por otras sustancias embriagantes; no, imposible, no había tal cosa. Sencillamente la gente

permanecía sobria, al menos en un porcentaje considerable. Por lo tanto, no es solo que descendiera el número de bebedores, sino que descendió el alcoholismo.

¿Y por qué? La mejor explicación es que hay un número significativo de personas que obedecen la ley simplemente porque es lo que hay que hacer. Si algo es ilegal ejerce por sí solo un efecto disuasorio. Pero es que, además, cuando se prohíbe algo resulta mucho más difícil de obtener, por lo menos para la inmensa mayoría de las personas. A lo largo de estas páginas he criticado a aquellos que, para mantener la guerra de las drogas, a veces hacían

uso de la propaganda en apoyo de su causa; por lo tanto creo que debo resistir la tentación de hacer propaganda de la mía. Quienes defendemos el fin de la guerra de las drogas tenemos que ser sinceros. Las pruebas señalan que, en tal caso, habría un incremento modesto pero evidente en el consumo de drogas. Una parte significativa del mismo será debida a personas que dejan el alcohol, pero posiblemente sea solo una parte. Por lo tanto es preciso reconocer que uno de los logros de la prohibición es que en cierta medida mantiene a la baja el consumo de drogas.

Durante este último año y medio he tratado de entender lo que supone este hecho. Una tarde debatía sobre el asunto con Danny en la cafetería de la Biblioteca Británica y este me señaló que la mayoría de nosotros no criticamos el consumo de drogas en sí mismo. Lo que nos preocupa son los daños que provoca. Si yo le dijera a alguien que el fin de semana pasado uno de sus vecinos se fumó un canuto o esnifó una raya de coca, dudo mucho que fuera algo que le preocupara. Pero sí que le afectaría —y con razón— si el consumidor fuera una adolescente, o alguien que se ha hecho adicto, o que tomó una sobredosis. Resumiendo, no es

el consumo de drogas lo que nos preocupa, sino los daños que causa dicho consumo.

Y las pruebas que tenemos sobre los trastornos y enfermedades que provocan las drogas son en este sentido determinantes. La legalización reduce ligeramente el consumo de drogas, pero reduce de manera significativa los daños provocados por las drogas.

Veamos en primer lugar lo que sucede en los jóvenes. Según el mejor estudio de que disponemos, un elevado número de adolescentes de Estados Unidos afirma que hoy en día resulta más fácil comprar marihuana que cerveza o tabaco.³⁶ La primera vez que

vi este dato me pareció desconcertante. Solamente logré entenderlo algún tiempo después, cuando en uno de mis muchos viajes me hablaron de algo que había sucedido en un aparcamiento de Nueva Jersey.

Esta historia me la contaron en el verano de 2012, cuando me dirigía a Trenton, Nueva Jersey, una árida ciudad de hormigón que guarda un parecido asombroso con la franja de Gaza. En un despacho con vistas a aquella estruendosa ciudad, Fred Martens me contó algo que le había ocurrido hacía tiempo. Un día de comienzos de la década de 1970 estaba esperando en el aparcamiento de un centro comercial,

con el fin de comprar marihuana, polvo de ángel, heroína y metanfetaminas y luego romperle los huesos al traficante que le había suministrado las drogas. Era la época de Harry el Sucio, y Fred por entonces era un policía infiltrado a quien fácilmente podía comparársele con el personaje de Clint Eastwood, con su Magnum y su rictus de desprecio. Como me cuenta él mismo: «No tenía ningún escrúpulo en coger a un informador de la policía, meterle mi arma en la boca y decirle: “Si me estás mintiendo te vuelo los sesos ahora mismo, ¿lo has entendido, cabrón?”».

Pero poco después ocurrió algo que haría reconsiderar a Fred su apoyo a la guerra de las drogas.

Un día se le acercó un niño. Por su aspecto debía de tener unos doce años.

—Señor, señor —le dijo—, hágame un favor, se lo ruego. ¿Podría comprarme una botella de vino en aquella licorería de allí?

Fred le pegó una patada en el culo y le soltó:

—Vamos, largo de aquí.

Luego volvió a su trabajo, a esperar a que pasara algún camello para comprarle algo de mercancía y proceder con el arresto.

«Y entonces es cuando lo entendí, como si fuera una revelación —me cuenta en su despacho—. Me dije a mí mismo: “Este chico me pide que le compre alcohol cuando podría hacerse con la droga que quisiera en este mismo aparcamiento y sin necesidad de mi ayuda. ¿Qué está mejor regulado, el alcohol o las drogas que se venden en este aparcamiento?”. Fue [...] una epifanía. Esa era la cuestión: ¿de qué trata todo esto en realidad?» Esta idea estuvo provocándole dudas durante años, hasta que finalmente decidió apoyar la legalización.³⁷

Mientras hablaba con Fred pensé que en los colegios de mis sobrinos no hay nadie vendiendo Budweiser o Jack Daniel's. Pero en cambio hay muchos tipos vendiendo hierba y pastillas. ¿Y por qué? Pues por la sencilla razón de que quienes venden alcohol tienen en nuestra cultura un fuerte acicate para no suministrárselo a menores de edad, y es que si lo hacen pierden su permiso de venta y hasta su negocio. Por el contrario, quienes venden drogas tienen un potente incentivo para proporcionárselas a los jóvenes: que son como cualquier otro cliente.

Si legalizamos las drogas, levantamos una barrera entre nuestros chicos y las sustancias psicoactivas que existen hoy en día. No es un presupuesto teórico, pues está demostrado que en las sociedades que han intentado esta vía ha ocurrido efectivamente algo así. En Holanda solo el 21 % de los jóvenes ha probado la marihuana, mientras que en Estados Unidos la cifra asciende al 45 %.³⁸ Pienso ahora en mis sobrinos y en mi sobrina. Si decido apoyar la legalización de las drogas, no será para evitarles riesgos; al contrario, será porque es algo beneficioso para ellos.

La adicción parece más preocupante. Podría decirse sin riesgo a equivocarnos que, si hay más personas tomando drogas, habrá también más casos de adicción. En la época de la Ley Seca había menos personas que tomaran alcohol y, por lo tanto, menos casos de muerte por alcoholismo y de enfermedades relacionadas con el consumo excesivo de bebidas alcohólicas, lo cual supone para mí una carga muy pesada. Porque si aumentara el número de personas que terminen como mis seres queridos, como aquellos por los que inicié este viaje —que estaban desesperados y hundidos por las

drogas—, entonces esa sería una razón de peso para no cambiar la política actual.

Pero entonces comparo esos datos con los que nos aporta la experiencia puesta en práctica en Portugal. Y resulta que en este caso se registra un aumento en el número de consumidores pero, sin embargo, la adicción desciende de manera sustancial. ¿Por qué motivo? Pues porque el castigo —cualquiera que sea, avergonzar a la persona, meterla en prisión, hacer que nadie la contrate...— hace caer al consumidor en la adicción. Si cogiéramos todos los fondos destinados a la penalización del consumo y los dedicáramos a ayudar a

esas personas a conseguir un empleo, una vivienda y una vida digna, es muy posible que muchas de ellas abandonarían las drogas.

Cuando se despenalizó el alcohol en Estados Unidos se obtuvieron pingües ingresos gracias al nuevo impuesto de las bebidas espirituosas, pero no se invirtieron en educar a los niños acerca de los peligros del alcohol ni en ayudar a las personas que habían visto destruidas sus vidas por el alcohol. Portugal nos ha enseñado que sí que existe una alternativa.

Bien, pero ¿qué hay de las sobredosis? Este, desde luego, es el aspecto más controvertido. Siguiendo con nuestro argumento anterior, si hay más personas consumiendo drogas, en buena ley también habrá más que accidentalmente acaben tomando dosis letales. Parece lo lógico.

Y sin embargo —como hemos visto en los programas aplicados en Vancouver y en Ginebra—, allí donde se ha extendido el acceso legal a las drogas duras se ha apreciado un extraordinario descenso en los casos de sobredosis. ¿Motivo? En realidad son dos y no uno los motivos que explican este cambio. El primero es que, si compramos drogas

a un gánster, no sabemos qué es lo que nos está dando. Imaginemos que llegáramos a un bar y pidiéramos «alcohol», sin especificar nada más, y sin saber si nos van a dar garrafón o ajenjo del bueno. Pues bien, en esa situación es más que probable que bebiéramos mucho más de la cuenta, hasta caernos de la silla. En un comercio normal, en cambio, uno sabe lo que está comprando.

El segundo es la ley de hierro de la prohibición que hemos explicado antes. Recordemos: cuando se prohíbe una droga, resulta mucho más arriesgado transportarla, así que los traficantes optan siempre por la que provoca el

mayor efecto posible pero cuyo embalaje ocupa el menor espacio posible en el camión. Esto significa que, mientras impera el prohibicionismo, solamente se pueden obtener las formas más duras de una droga. Esa es la razón por la que la cerveza desapareció durante la Ley Seca mientras que el aguardiente hacía estragos; en cambio, en cuanto volvió a legalizarse el consumo de alcohol, no quedó ni rastro de aquellos aguardientes destilados.

Tras el fin de la prohibición cabe esperar que las sustancias suaves que eran bastante populares antes del prohibicionismo vuelvan a consumirse, como sucedió con la cerveza. Por lo

tanto es muy posible que el ascenso en el consumo de drogas no se traduzca en una legión de adictos al crack, sino que más bien habrá un ascenso entre las personas que toman té con algún alucinógeno o que fuman porros más suaves. Y desde luego nadie ha muerto nunca por sobredosis de té con hojas de coca.

A medida que escribo me doy cuenta de que estoy intentando convencerme a mí mismo de que la legalización completa de todas las

drogas es algo positivo, pero entonces me vienen a la mente algunas cuestiones espinosas y las dejo a un lado.

¿Qué haremos con las drogas más tóxicas? ¿Permitiremos la venta libre de metanfetaminas? ¿Vamos a dejar que la gente compre crack?

En el caso del crack y las metanfetaminas, ¿qué significaría exactamente la legalización? ¿Acaso estamos sugiriendo la venta libre de ambas? Y si no es así, ¿estarían los médicos dispuestos a prescribirlas?

He planteado estas cuestiones a partidarios de la legalización de las drogas de todo el mundo. Su primera reacción consiste normalmente en lanzar

un suspiro y decir que estas drogas apenas representan el 5 % del mercado total de sustancias prohibidas. De manera que todos parecen coincidir en que sería mejor empezar con el 95 % restante. Dar hoy los pasos políticos necesarios y dejar esta conversación para mañana, cuando la cuestión de las drogas ya no sea algo meramente hipotético.

Pero a mí me parece que eso es escurrir el bulto. Si insistimos y pedimos una respuesta clara, entonces resulta que los partidarios de la legalización se encuadran en tres grandes campos en función de las drogas que admitirían.

Algunos dejarían unas cuantas drogas prohibidas, como islas de prohibición en un mar de normas. No se les escapa que esto supone que seguirá habiendo pequeñas redes de traficantes de drogas, pero aducen que serían muy pocas, ya que ahora tendrían un nicho de mercado realmente pequeño centrado en los consumidores más enganchados a tales drogas.

En el otro lado del espectro se encuentran los libertarios puros, que sostienen que toda persona tiene derecho a dañar su propio cuerpo. Es decisión suya. Si está permitido esquiar, boxear o conducir coches de carreras a 350 kilómetros por hora, igualmente debe

permitirse que cada cual tome las sustancias que desee. No es tarea del Gobierno proteger a los ciudadanos de sí mismos. Si quieren comprar crack, dejémosles que lo hagan. Simplemente se les suministrará en comercios autorizados junto con las demás drogas existentes.

Entre estas dos posiciones hay un término medio formado por quienes defienden la constitución de un tercer grupo de normas que irían más allá de la venta libre o la prescripción médica. En este caso se establecerían salas supervisadas en determinados lugares de las grandes ciudades en las cuales estaría permitida la venta y consumo de

las drogas más duras, teniendo siempre médicos disponibles por si fuera necesario, y bajo la condición de que el consumidor permanezca en la sala hasta que la droga haya hecho efecto. Serían algo así como las salas para el consumo de heroína que vi en Vancouver y Suiza, pero con un surtido de drogas más amplio y normas más estrictas. El argumento en este caso es que los consumidores más enganchados van a seguir drogándose de todas formas; esta opción permite que al menos lo hagan en un lugar fuera de la vista de todos y donde hay profesionales sanitarios que

se ocupan de ellos, amén de que lentamente se les va señalando el camino hacia posibles formas de ayuda.

Pese a todo sigue inquietándome que se facilite el acceso a estas drogas duras, por motivos obvios; y más concretamente, por algo que sé desde niño. El crack y las metanfetaminas contienen enganches químicos tan potentes que prácticamente todos los que las prueban se vuelven adictos. Es algo que aprendí por mí mismo, sin necesidad de revisar ninguna prueba

científica. Cuando me mostraron lo que se ha comprobado al respecto en casos reales, me quedé estupefacto.

A modo de experimento quisiera comprobar antes con una simple prueba qué es lo que sabe el lector sobre la materia. Párese a pensar un instante y anote en el margen del libro qué porcentaje de adictos al crack cree usted que acaban siendo adictos. No siga leyendo hasta que no haya anotado su estimación.

Pues bien, resulta que en abril de 2012, Ethan Nadelmann, brillante defensor de la reforma de la política antidroga, apareció en un programa de debates llamado *Hardball*, en la cadena

MSNBC.³⁹ El presentador, Chris Matthews, estaba en un principio a favor de la posición defendida por Ethan, pero luego cambió de opinión. Como él mismo explicó, había algo que le preocupaba: «Si diez personas se tomaran una copa de vino, puede que una de cada diez, o incluso aún más, una de cada cien, sea alcohólica al cabo de muy poco tiempo. Pero usted me dice [...] que si una persona prueba el crack una sola vez, es muy posible que acabe siendo adicta». Y eso mismo es lo que yo creía también.

Sin embargo, cuando entrevisté al doctor Carl Hart, uno de los expertos mundiales más sobresalientes en la

materia, en su despacho en la Universidad de Columbia, me demostró algo tan sorprendente que tuve que volver a entrevistarle en repetidas ocasiones a lo largo de un año hasta que pude asumir del todo lo que me estaba diciendo. Hart me habló con detalle de las mejores pruebas científicas, que más tarde amplió en su libro *High Price*. Según me dijo, las pruebas indican que, de todas las personas que han probado crack, solamente el 3 % lo ha consumido en el último mes y algo más del 20 % llegaban a ser adictos en algún momento de su vida.⁴⁰

Vuelva a mirar el porcentaje que anotó en el margen. ¿Es más alto o más bajo que el verdadero? Mi estimación inicial era del 90 %; es decir, que me equivoqué en un 70 %.

Ahora sabemos que no es que la inmensa mayoría de los consumidores acaben siendo adictos —como pensaba Chris Matthews y yo mismo—, sino que la inmensa mayoría de los consumidores —incluso de sustancias como estas— *no* se hacen adictos. Cuando Rob Ford, el alcalde de Toronto, fue relevado de su cargo por fumar crack y un mes después Paul Flowers, el director de uno de los grandes bancos de Gran Bretaña, fue obligado a dimitir por haber sido

sorprendido mientras compraba metanfetaminas, una sensación de desconcierto se extendió entre los ciudadanos. Estos dos hombres no se correspondían con nuestra imagen de un adicto al crack o a las metanfetaminas. Al contrario. Eran personas con trabajos de gran responsabilidad que parecían haber desempeñado bien su labor durante mucho tiempo. Sin duda debía de tratarse de casos puntuales, nos dijimos todos. Pero en realidad, conforme a los datos de que disponemos, en el caso del crack este tipo de consumidores era más frecuente que Marcia Powell o Deborah, la madre de Chino.

Afirmar algo así me resulta extraño. Mi instinto me dice que no es cierto y, sin embargo, esto es lo que la realidad nos muestra. Entonces, ¿por qué nos sorprende tanto? Me llevó un tiempo encontrarle sentido, pero creo que la explicación es la siguiente.

Como ya hemos expuesto antes, todos pensamos que la adicción es obra, básicamente, de los enganches químicos de las drogas. Hay algo en la droga que, al cabo de un tiempo, el cuerpo empieza a ansiar y a necesitar. Así es como concebimos la adicción la inmensa mayoría de nosotros. Pero resulta que los enganches químicos son un componente menor de la adicción. En

realidad hay otros factores, como el aislamiento y los traumas, que conforme a las pruebas disponibles son indicadores mucho más importantes de la adicción. Y sin embargo, la guerra de las drogas *potencia* los factores que impulsan en mayor medida la adicción—el aislamiento y los traumas—, para proteger a los consumidores potenciales de un factor impulsor de la adicción *mucho menos* relevante: el enganche químico. Si legalizamos las drogas, en cierta medida habrá más personas expuestas al gancho químico de las drogas, pero los grandes impulsores de

la adicción —los traumas y el aislamiento— quedarán reducidos de manera sustancial.

Para entender esta situación pienso en la cuadrilla de reclusas encadenadas de Tent City. Imaginemos que el dinero destinado a esa urbe carcelaria se utilizara como en Portugal; es decir, que se ingresara a las mujeres en una clínica agradable, se las enseñara a manejar su sufrimiento, y, finalmente, se las ayudara a encontrar un empleo. Ahora imaginemos que ese cambio se extiende en el seno de una sociedad, incluso en una en la que exista un elevado número

de personas que consumen drogas. ¿Cómo iría entonces la adicción, al alza o a la baja?

Después de todo lo expuesto, ¿cómo se puede decidir si es realmente mejor apoyar la legalización de las drogas y a qué sustancias concretas debería aplicarse? No es una decisión que yo pueda tomar por usted. Depende de lo que usted como persona valore más. Yo lo que hice fue una lista de pros y contras, considerando lo que a mí me parece más importante.

Desde aquí no puedo sino emplazarle a que elabore su propia lista. A continuación expongo cómo es la mía.

En la columna de los argumentos contra la legalización anoté que es muy posible que el consumo de drogas aumente. No será de manera masiva — lo sabemos por dos precedentes históricos— pero sí significativa. Hay personas que se niegan a tomar drogas porque es algo ilegal y porque tienen miedo, bien a ser arrestadas, bien a comprar las sustancias a un camello. Pues bien, después de la legalización tales reservas carecerán de fundamento. Y eso supone un avance notable.

He investigado a fondo para poder añadir más argumentos a esta columna pero no he encontrado ningún otro. Si usted tiene algún otro, le ruego que me lo comunique por correo electrónico.

En la segunda columna, la de los argumentos a favor de la legalización, anoté los argumentos siguientes.

Todas las bandas criminales que venden drogas, desde los Crips hasta los Zetas, acabarán paralizadas económicamente. Los traficantes que sobrevivan se tendrán que conformar con mercados mucho menos lucrativos en los que podrán hacer mucho menos daño. Como consecuencia de ello, la cultura del terror que actualmente

imperará en todos los barrios y en todos los países —desde Brownsville, en Brooklyn, hasta Ciudad Juárez—, con el tiempo desaparecerá. (Es lo que ocurrió tras el fin de la Ley Seca.) El índice de asesinatos experimentará un significativo descenso. (Es lo que sucedió también tras el fin de la Ley Seca.) La policía, por otra parte, podrá dedicar mucho más tiempo a investigar otros delitos, sin contar que la confianza en los cuerpos policiales empezará a repuntar en los barrios pobres. (Como sucedió en Portugal.)

Los jóvenes tendrán más dificultades para acceder a las drogas. (Algo que se ha comprobado en

Holanda.) Las muertes por sobredosis descenderán de manera significativa y la tasa de transmisión del VIH experimentará un declive extraordinario. (Es lo que sucedió en Suiza, Holanda y Vancouver.) Las drogas que se consuman serán, en líneas generales, más suaves que las actuales. (Recordemos cómo actúa la ley de hierro de la prohibición y el fin de la Ley Seca.) Además, se dispondrá de más fondos para el tratamiento de adictos y para abordar de la manera adecuada las causas subyacentes de la adicción. Muchos adictos que actualmente empeoran estando encarcelados se recuperarán en hospitales y luego conseguirán un

empleo, y, por tanto, la adicción se irá reduciendo. (Es lo que ha sucedido en Portugal.)

Millones de personas que hoy en día están encarceladas por delitos no violentos, con el consiguiente coste para los contribuyentes y para sus comunidades, saldrán en libertad. Los muchos afroamericanos y latinos que en la actualidad están forzosamente privados de empleos, de créditos estudiantiles y de viviendas sociales podrán optar de nuevo a todo ello. El trato vergonzante de los adictos será sustituido por un cuidado personal y atento.

Una vez terminada mi lista comparé los pros y contras de cada parte. Aunque he de precisar que los beneficios pueden variar según cuáles sean las drogas consideradas. En mi caso, al menos, sí que cambian. Cuando se trata de la marihuana y de drogas de diseño como el éxtasis e incluso la cocaína, creo que el daño provocado por un leve incremento en el consumo no socava todo lo positivo que se obtuvo a cambio. Este es el motivo por el que, en mi opinión, es preferible venderlas en comercios autorizados, como sucede con el alcohol. ¿Y qué sucede con drogas como el crack y las metanfetaminas? En este caso me inclino por una opción

intermedia: establecer espacios regulados y seguros donde los consumidores puedan comprar y tomar drogas, bajo la supervisión de un profesional de la medicina.

En resumen, podría decirse que no puedo apoyar una política que sacrifica a personas como Chino Hardin, Marcia Powell y Marisela Escobedo con el fin de evitar que quienes quieren tomar drogas no lo hagan. Yo no deseo vivir en un mundo así.

Cuando Danny y Steve llegaron a Uruguay enseñaron al presidente Mujica a construir este camino alternativo.

Su proyecto —junto con el asesoramiento proporcionado por otros grupos partidarios de la reforma de la política de drogas— mostraba a Mujica qué es lo que se debía hacer para crear un marco legal para la venta de marihuana. Al final, tras un encendido debate, se acordaron unas propuestas bastante sencillas. En 2014 se aprobó un marco legal conforme al cual se permitía a las farmacias vender marihuana a personas mayores de veintiún años presentando su documento de identidad. Se legalizaba igualmente el cultivo de la planta y esta actividad se gravaba con impuestos. Por lo demás, las familias

tenían autorización para cultivar una pequeña cantidad de marihuana para consumo personal.

En adelante, no habría penas de cárcel para quienes consumieran esta sustancia. Los adultos serían libres de escoger la marihuana o el alcohol en sus celebraciones del sábado por la noche sin riesgo de ser castigados. Puede que esta política falle —me dice Mujica—, pero lo que estamos haciendo ahora con el prohibicionismo «es un fracaso todos los días». Resulta difícil creer —opina— que la nueva política pueda ser aún peor.

Si lo contemplamos desde la perspectiva de la historia de la humanidad —apunta Danny—, esta nueva oleada de legalización de las drogas no tiene nada de radical. «Lo que era radical era la prohibición», ese experimento que se puso en marcha hace cien años sobre la base de que podrían eliminarse especies de plantas de la faz de la Tierra y evitar que los humanos se colocaran.

Cuando Danny lanzó la Fundación Transform en la década de 1990 declaró que 2020 sería el año que marcaría el fin de la guerra global contra las drogas. Además auguró que habría presidentes

llamando a su puerta para preguntarle cómo podían hacerlo. Los demás se rieron. Hoy ya nadie se ríe.

Cuando un soleado día de invierno voy de visita a la modesta vivienda que hace las veces de residencia presidencial, lo primero que me llama la atención es la ropa interior del presidente Mujica ondeando al viento en una cuerda para la colada. Su esposa, Lucía, me espera junto a la puerta. «No hay mucho que ver», me dice. Efectivamente, es una casucha con un techo de chapa más bien inestable. Tiene tres habitaciones: un pequeño

dormitorio, una pequeña cocina y un estrecho comedor que conecta ambos espacios y en el que pueden verse algunos libros, una chimenea de madera y una pintura regalo de Evo Morales, el presidente de Bolivia. Esto es todo. Recorrer el equivalente uruguayo de la Casa Blanca lleva exactamente nueve segundos. Me da la impresión de que el primer ministro de mi país, David Cameron, no pondría los pies aquí.

«[Mujica] no sería como es hoy si no hubiera estado preso; sería distinto —me dice Lucía—, porque tuvo mucho tiempo para pensar y se dio cuenta de qué era lo esencial y de qué era lo secundario de la vida. Aprendió a vivir

ligero de equipaje en los años de cárcel. Se dio cuenta de que la felicidad no pasa por tener sino que pasa por el amor, por la amistad, por hacer lo que a uno le gusta.»

Cuando más tarde hablo por teléfono con el presidente Mujica me dice: «Tengo mucho equipaje, mucha casa, mucha cosa material, [de lo] que me tengo que preocupar, que tengo que defender, [y] no me va a quedar tiempo para las cosas que me gustan [y], por lo tanto, me quedo sin libertad». Y luego se pone filosófico: «Tengo setenta y ocho años —dice—. Yo viví el sueño de cambiar la historia del hombre, la posibilidad de crear una humanidad

donde los hombres no se explotaran los unos a los otros. Esa utopía que llamábamos socialismo [y] que parecía que estaba mucho más cerca en el tiempo. [...] Después han pasado muchas décadas y sin renunciar a lo que soñábamos aprendimos que lo imposible cuesta un poco más».

A la entrada de la casa, contemplando a Mujica cada mañana cuando sale a gobernar el país, hay un pozo. Es el pozo que aporta agua para las flores que crecen a su alrededor. Mujica cultiva sus flores y deja que otros cultiven las suyas.

CAPÍTULO

18

Solo ante el peligro

Acababa de comprobar que la legalización de las drogas puede funcionar en la práctica, pero ahora quería saber cómo se puede hacer que funcione desde el punto de vista político. ¿Cómo va a dirigirse uno al

corazón del país que ha estado imponiendo a sus ciudadanos y al mundo entero la guerra de las drogas durante cien años y convencer a la gente de que hay un camino mejor? Una vieja canción me vino entonces a la mente: «Si puedes conseguirlo allí, puedes conseguirlo en cualquier parte».

En los estados de Colorado y Washington, dos pequeños grupos de activistas decidieron plantear sendas iniciativas populares para que los ciudadanos decidieran en referéndum si debía legalizarse, regularse y gravarse impositivamente el cultivo de marihuana. Y siete años después habían ganado. Animado por el resultado me

puse a buscar a las personas que habían logrado algo así, pues quería saber cómo lo habían hecho. Y aquí es donde viene lo mejor.¹ Resulta que cada una de estas campañas se apoya en argumentos distintos. Los hombres que ganaron en Colorado no comparten la opinión de las mujeres que se impusieron en Washington.²

Analizando sus diferencias encontré dos caminos distintos para salir de la guerra contra las drogas, dos caminos sobre los que todos tenemos que pensar.

Mason Tvert se plantó en la calle y, mirándole fijamente a los ojos, desafió al alcalde de la ciudad a batirse en un duelo al mediodía.³ Cuando Colorado era el Salvaje Oeste había tantas amenazas de disparos a muerte como cowboys; pero la última de que se tenía noticia era una ocurrida en una cantera en 1914.⁴ Hasta aquel día. En 2006, apostado a la entrada del Tribunal del Condado de Denver, Mason revivía aquella tradición. Con el tiempo, algunos lo recordarían como el duelo que cambió el curso de la guerra de las drogas.⁵

El desafío era muy sencillo. John Hickenlooper, el regidor de la ciudad de Denver, era un hombre rico que había hecho fortuna gracias a una destilería de cerveza que además tenía un bar donde se vendía al público; y, sin embargo, ahora afirmaba que sería una locura vender marihuana de la misma forma, es decir, regulando estrictamente la actividad.⁶ Mason Tvert —un judíoamericano de veinticuatro años de compleción gruesa y una voz potente y rítmica— sostenía que, según demuestran las pruebas científicas disponibles, es más segura que el alcohol. Y él estaba dispuesto a demostrarlo. De manera que se sentó

junto a varias cajas de cerveza con un canuto falso en una mano y otro auténtico en el bolsillo de su pantalón. Por cada trago de alcohol que diera el alcalde, dijo retando al regidor, él daría una calada a su canuto de marihuana, y ya verían quién caía muerto antes.⁷

Hickenlooper afirmó que estaba fuera de la ciudad, así es que excusaba su participación en dicho experimento.⁸ Posteriormente, seguiría oponiéndose a la legalización de las drogas desde su cargo de gobernador del estado, hasta que de pronto sucedió algo inédito en la historia de Estados Unidos.

La primera vez que a Mason Tvert se le enardecieron los ánimos con la política relativa a la marihuana fue cuando se le citó ante un gran jurado. Por entonces era un estudiante de la Universidad de Richmond, en Virginia, que cursaba primero de Ciencias Políticas, y justo cuando estaba en plenos exámenes finales la policía requirió su presencia en comisaría. Mason sabía que lo único que había hecho era fumar un poco de marihuana, pero en cambio lo interrogaron como si fuera un terrorista. Enseguida comprendió que habían detenido a otro estudiante y que este había empezado a darles nombres. Los policías le

preguntaban: «¿Dónde compras la marihuana? ¿A qué camellos conoces? ¿Hasta dónde llega esta cadena de suministros?». Mason les contó que compraba la droga después de haber ido a algún concierto de rock, en el área del aparcamiento, y que no sabía de nadie más que comprara marihuana, aunque llegado a ese punto ya estaba aterrizado.⁹

Pero cuando reflexionaba sobre su difícil situación se acordó de que la universidad permitía y hasta daba su aprobación oficial a fiestas en que se consumía alcohol a raudales, de manera que empezó a plantearse una pregunta.¹⁰ ¿Por qué la ingesta de alcohol se

aprueba y hasta es bien vista mientras que la hierba es objeto constante de acoso por parte de las fuerzas policiales, pese a que los fumadores de maría causan muchos menos problemas que los borrachos?

Cuando terminó los estudios, Mason se propuso cambiar una situación que aún recordaba como una locura y empezó a buscar información. Un amigo suyo, Steve Fox, se había dado cuenta de que en los sondeos de opinión sobre las leyes de la marihuana había algo bastante extraño. Si los encuestados creían que la marihuana era más peligrosa que el alcohol, estaban mucho más inclinados a apoyar su prohibición.

Si por el contrario consideraban que era menos peligrosa, entonces se mostraban mucho más dispuestos a apoyar su legalización. Pero las pruebas demostraban, y él las conocía bien, que la marihuana es en realidad más segura que el alcohol. Mason creyó ver aquí la clave que permitiría desbloquear la legalización, así es que se mudó a Denver y creó una organización llamada Safer Alternative for Enjoyable Recreation (SAFER, Alternativa Más Segura para el Disfrute Recreativo). De esta manera podría exponer a los ciudadanos lo que realmente sucedía con la marihuana. Un día se plantó delante del despacho del alcalde Hickenlooper

con una pancarta. «¿Qué diferencia al alcalde de un traficante de marihuana? —rezaba la pancarta—. Que Hickenlooper vende una droga mucho más peligrosa.»¹¹

Todos le decían que aquello era una pérdida de tiempo, una empresa quijotesca sin ninguna posibilidad de éxito. «Nos pasamos años llamando a las puertas y recibiendo un portazo en las narices —me dice Brian Vicente, uno de sus colaboradores más cercanos—. Ningún político quería reunirse con nosotros. Ni siquiera nos devolvían las llamadas. La policía nos amenazaba de cuando en cuando. Nuestros padres y conocidos nos decían: “¿Por qué os

habéis metido en algo así? Es una causa perdida”. Pero nosotros sí que creíamos en ello.» Querían que cualquier persona pudiera consumir libremente la droga, si eso era lo que deseaba.

A casi 6.500 kilómetros de allí, en Anchorage, Alaska, Tonia Winchester estaba en su colegio impartiendo el programa DARE, aquella iniciativa educacional que había ayudado a difundir Nancy Reagan para implicar a los más jóvenes en la campaña antidroga del «Sencillamente di no». A Tonia aquel mensaje le había llegado tan hondo que acabó siendo nombrada

presidenta de la sección de su escuela. Estaba convencida de que «quienes fuman marihuana son personas malas que merecen estar en la cárcel». Como me confesaría a mí mismo: «Pensaba que si alguien consumía marihuana, lo siguiente sería caer en la heroína y andar inyectándose por ahí todos los días. Así es como me habían educado mis padres. Las drogas eran algo que debía evitarse a toda costa». A Tonia nunca le había parecía bien la marihuana y no la probó jamás, ni siquiera cuando hizo campaña para conseguir su legalización en el estado de Washington.

Cuando dejó su trabajo en la escuela empezó a estudiar Derecho y con el tiempo llegó a ser abogada de la fiscalía en Waunakee, una ciudad situada en el centro del estado de Washington. Uno de sus cometidos principales era la acusación y condena de consumidores de marihuana, algo en lo que ella siempre había creído.

Pero poco a poco empezó a advertir ciertos hechos que la incomodaban. ¿Por qué había un número desorbitado de acusaciones contra hombres latinos y afroamericanos cuando «la mayoría de las personas que consumen marihuana son blancos»? ¿Por qué «no se iba contra los de raza blanca

y se los detenía por posesión de marihuana»? Aquello la llevó a plantearse si no sería ella parte de un sistema racista, y entonces, en los momentos bajos, empezó a cuestionarse aspectos de sí misma. ¿Estaban algunas de sus decisiones motivadas por prejuicios inconscientes? Ahora caía en la cuenta de que, cuando veía a un acusado de apellido hispano, ella misma daba por supuesto que él o ella no era un ciudadano estadounidense y que podía ser deportado a su país. Entonces es cuando empezó a preguntarse a sí misma: «¿Cómo has llegado a pensar algo así? ¿Es esto lo que quieres hacer el resto de tu vida?».

Y posteriormente advirtió algo mucho peor. Las personas a las que acusaba no solo eran miembros de minorías étnicas, sino que además eran muy jóvenes. Un día le dijeron que tenían que llevar el caso de un chico de dieciocho años al que habían pillado fumando marihuana en compañía de sus amigos en un coche estacionado en un aparcamiento. El joven disfrutaba de una beca universitaria. Si lo condenaban perdería la ayuda y además iba a resultarle muy difícil encontrar un empleo durante el resto de su vida.

No era un caso aislado. «¿Has visto alguna vez esas plantas en donde se procesa la carne de vacuno cuando

entran los animales y luego siguen entrando y entrando sin parar?», me pregunta. Allí sucedía algo similar: «Es una cinta transportadora sobre la que van personas que entran y salen del sistema. [...] Aquí lo llamaban “casos”. Entraba una sentencia, se cumplía con el papeleo y se iba en busca del alguacil. Y listo, a por el siguiente caso. [...] El drama empieza después, cuando los acusados buscan empleo y no consiguen nada porque han estado en prisión, cuando no pueden pagar las multas y acaban encerrados de nuevo. [...] Es una espiral de desesperación que no termina nunca».

Sus dudas se iban acumulando poco a poco, como agua contaminada en una represa, hasta que un día estaba trabajando en una montaña de casos de marihuana cuando se dio cuenta de que a su lado tenía una pila de expedientes de violencia doméstica a los que no había podido dar curso porque estaba concentrada en los otros. Para sus jefes, la lucha contra la marihuana era prioritaria, y además debía ir siempre asociada a penas de cárcel, mientras que la violencia de género era algo menor. Tonia entonces se hizo una promesa.

«Voy a salir de este sistema —se dijo— y me voy a liberar de esta malvada ley.» No había cambiado de

opinión respecto a la marihuana. Seguía sin gustarle. Lo único que había cambiado era su opinión sobre las leyes que regían el consumo de marihuana. Poco después se unió a otra abogada, una joven madre llamada Alison Holcomb que había trabajado en casos similares y que estaba decidida a esforzarse lo que fuera necesario para que su hijo creciera en un país donde ninguna otra persona fuera tratada de esa forma nunca más. Al principio estaban prácticamente solas en su lucha. En esos días no había nadie que tratara de someter este asunto al voto de los ciudadanos porque se consideraba que era una causa perdida.

Las dos campañas querían deshacer lo que había hecho Harry Anslinger, pero de maneras distintas. Mason deseaba combatir las afirmaciones de Harry acerca de los efectos de la marihuana sobre quienes la consumían. Tonia, en cambio, deseaba combatir las afirmaciones de Harry acerca de los beneficios de la prohibición. Todas las campañas favorables a la reforma de la política de drogas que yo había visto hasta entonces —como, por ejemplo, la realizada en Suiza— y que habían tenido éxito, tenían en el fondo mensajes conservadores acerca de la restauración del orden, el colapso económico de los traficantes y la protección de los niños.

Este, según Tonia, era el enfoque adecuado para Washington; pero en Colorado Mason iba a intentar algo completamente distinto.

Él considera que la razón principal por la que la marihuana debe ser legalizada es porque, desde la época de Anslinger hasta la actualidad, no se ha entendido en absoluto cómo actúa esta droga. En realidad es más segura que la cerveza que bebemos un sábado por la noche. «El alcohol es veneno —me dice—. Es una sustancia tóxica que puede provocar la muerte por sobredosis. Su consumo causa, amén de accidentes y lesiones, alrededor de 40.000 muertes anuales en Estados Unidos. La

marihuana, en cambio, no ha provocado ni una sola muerte. Se ha demostrado que [el alcohol] es una sustancia mucho más adictiva. Desde el punto de vista social es sin duda mucho más problemático, pues según se ha comprobado es un factor crucial en los actos violentos y la conducta temeraria.»¹²

Veamos ahora lo que sucede con la marihuana. «No existe ninguna prueba —aduce Mason— que muestre consecuencias similares en la marihuana. De hecho, lo que se ha demostrado es que la maría tiende a reducir las conductas de riesgo y la inclinación a la violencia. Es además

mucho menos dañina para el cuerpo y para la propia sociedad. Por lo tanto, si alguien prefiere consumir marihuana en lugar de alcohol está escogiendo algo más seguro.»¹³

Esto, según Mason, cambia el debate por completo, porque si se legalizara la marihuana, algunas personas preferirán colocarse que darse a la bebida un sábado por la noche. La legalización, por lo tanto, no estaría «añadiendo un vicio», sino que estaría «aportando a los adultos una opción recreativa mucho menos dañina».¹⁴ Es más, aunque no es partidario del consumo de marihuana entre los

adolescentes, Mason considera que, si dejan el alcohol por la hierba, «esto ya es algo claramente positivo».

Por eso, cuando empezó la campaña por la legalización de la marihuana decidieron comprar un espacio publicitario situado encima de una licorería y allí mismo pegaron uno de sus carteles, en el que podía verse a una mujer sonriente vestida con un cárdigan blanco que decía: «Por muchas razones me gusta más la marihuana que el alcohol. ¿Me convierte eso en una mala persona?». ¹⁵ En otro cartel mostraban a una joven en biquini —parodiando un conocido anuncio de cerveza— en el que podía leerse:

«Marihuana: adiós a las resacas, a la violencia y a los kilos de más». ¹⁶

Mason ha observado además algo bastante controvertido, pues como él mismo afirma hay investigaciones académicas en que se pone de manifiesto que los hombres tienen ocho veces más propensión a golpear a sus parejas después de haber bebido, mientras que no existe tal inclinación entre quienes han fumado cannabis. ¹⁷

Este es el motivo por el que SAFER pagó por una valla publicitaria en la que aparecía una mujer que había sido golpeada, al tiempo que instaba a los

ciudadanos a votar a favor de la legalización de la marihuana para reducir la violencia doméstica.¹⁸

Con cada una de sus iniciativas, Mason quería destacar que las leyes actuales «dirigen a la gente hacia el consumo de una sustancia más dañina». Cuando la policía arrestó a un grupo de traficantes de marihuana se quedó fuera de la sala donde se celebraba la conferencia de prensa organizada por la DEA, enarbolando pancartas de «Se busca» con la imagen de John Hickenlooper, el alcalde de Denver, pues, como explicaba Mason, este había amasado su fortuna vendiendo una droga mucho más dañina y, en consecuencia,

también debía ser arrestado. Declaró asimismo que había realizado una investigación sobre todos los «traficantes de alcohol» de la ciudad simplemente mirando los establecimientos autorizados que aparecían en las Páginas Amarillas, y se preguntaba por qué no se los detenía y exponía a los medios como a los traficantes de hierba.

Esto es lo que en su campaña llamaban el «*jiu-jitsu* de la marihuana»,¹⁹ es decir, depositaban la carga sobre los prohibicionistas para que fueran ellos quienes tuvieran que justificar su injustificable sistema. Mason cree que esta es la única forma

de conseguir cambiar las leyes sobre la droga. «Mientras la gente no entienda que la marihuana no es esa sustancia dañina que les han hecho creer, no van a apoyar la legalización.»

En todos los debates celebrados durante la campaña —a lo largo del rocoso y nevado territorio de Colorado—, Mason se impuso a sí mismo un límite. Jamás utilizaría un argumento contra la prohibición de la marihuana en el que se pudiese sustituir esta droga por las metanfetaminas y aun así siguiese siendo válido. Por ejemplo, nunca diría que la prohibición de la marihuana es un desperdicio de recursos o que solo hace más fuertes a las bandas de traficantes o

que consume el dinero que puede destinarse a causas mejores, pues si esto es cierto para el caso de la marihuana, ¿por qué no habría de serlo para las metanfetaminas? Una vez que te has metido en ese callejón sin salida, asegura Mason, ya no hay forma de convencer a la audiencia. «La marihuana es ilegal porque se la percibe como algo nocivo —afirma—. Nuestra estrategia consiste en un ataque frontal contra esa percepción, mientras que en las campañas anteriores no se hacía algo así, sino que simplemente se centraban en los problemas asociados con la prohibición.»²⁰

Mientras tanto, en Washington, Tonia Winchester se encontraba a la entrada de un campo de fútbol universitario, en medio de la nieve, intentando reunir las 300.000 firmas necesarias para presentar una iniciativa popular a favor de la legalización de la marihuana que pudiese ser sometida a referéndum. Muchas de las personas que pasaban por delante de ella se mostraban agradecidas por contar con algo así, mientras que otras muchas respondían con desaire a su petición de firma. Tonia oyó infinidad de variantes de las críticas habituales: «Es una droga

maligna», «Es obra del demonio», «¡Estás corrompiendo a nuestros chicos!».

Cuando dejaban de hablar, ella les transmitía un mensaje muy distinto al de Mason: «No voy a pedirles que prueben la marihuana o que consideren que es algo bueno, no, ni mucho menos. De hecho yo misma no la consumo y preferiría que los demás tampoco lo hiciesen. Pero no se trata de que a uno le guste la marihuana o que quiera defender su consumo. Aquí de lo que se trata es de que tenemos una política [sobre esta droga] que no beneficia a la sociedad y que en realidad causa más mal que bien».

Luego hablaba de su periodo como abogada del fiscal, de cómo había visto que las leyes relativas a la marihuana destrozan la vida de las personas, y de que debería haberse dedicado a perseguir a delincuentes que causaban daño de verdad. «Cada vez que exponía el asunto, fuera cual fuese mi audiencia, el primer desvío que tomaba mi mente en el camino de la discusión sobre la marihuana era: “¿Puedo llevarles hacia la idea de que no se trata de si nos gusta o no esta droga?”», me contaba Tonia. «Y es que no se trataba de promover su consumo. No estábamos diciendo que hubiera que disfrutar de la marihuana.»

En los estados de Colorado y Washington, solamente había un 15 % de personas que fumaban marihuana porque les gustaba esta droga. Esto significa que al 85 % restante no le gustaba o no quería consumir hierba. Y movilizar a todas estas personas en defensa de la marihuana era algo que, a juicio de Tonia, no iba a funcionar. Ella sostenía que era preciso mostrar los efectos de la prohibición de la marihuana en todas las personas sin excepción, independientemente de que fueran consumidores o no.²¹ Si da la impresión de que hablamos bien de la marihuana, ensalzando sus puntos positivos, entonces —afirmaba Tonia— solo se

consigue despertar en la mente de los ciudadanos los estereotipos negativos. «He comprobado que la gente cambia de actitud cuando te ven llegar sin las rastas y la ropa de rastafari [que ellos esperaban] —me explica—. Tengo amigos a quienes les va muy bien en la vida, personas brillantes, inteligentes e ingeniosas, que cuando admiten que fuman hierba, ven cómo cambia la opinión sobre ellos. [...] Yo misma tengo que luchar todavía contra mis propios estereotipos sobre los fumadores de marihuana.»

En consecuencia, la campaña de Washington optó por no defender en ningún momento que la marihuana es una

droga más segura que el alcohol, ya que, como apunta Tonia, «es un argumento poco inteligente que no convence nadie. [...] [La gente] experimenta una reacción negativa frente a la marihuana que es visceral, así que la única forma de hacer que voten a favor de la legalización es pasando por encima de esas reacciones». Si se les intenta decir que la marihuana no es mala, la mayoría de ellos, incluso aquellos a quienes podríamos tener de nuestro lado, se volverán en contra de nosotros desatando todas sus ideas negativas sobre la marihuana. «Y no creo que se pueda convencer a nadie con argumentos

adicionales una vez que se ha puesto a la contra —opina Tonia—. Es un callejón sin salida.»

Pero no solo ponían en duda que el argumento de Mason pudiese convencer a los ciudadanos; además dudaban de que fuese cierto. El profesor Roger Roffman, experto en trastornos relacionados con la adicción, era una de las figuras relevantes de la campaña, que además llevaba defendiendo la legalización de la marihuana desde su regreso de Vietnam en 1967. Sin embargo, cuando en el curso de la campaña oyó decir a alguien que la marihuana es una droga segura, se sintió obligado a ofrecer una explicación:

«Posiblemente es lo que usted desea creer, pero la ciencia no apoya semejante afirmación. La dependencia es uno de los riesgos de la marihuana. Los accidentes de circulación, otro. Los jóvenes que consumen marihuana a temprana edad y con cierta regularidad y que se descarrían [...] son otro de los posibles riesgos. Por lo tanto, quien asegure que la marihuana no causa ningún daño está mal informado, y si difunde tales aseveraciones no hace más que transmitir información falsa a los demás».

La campaña de Washington sostenía que las drogas deben ser legalizadas, no porque sean seguras, sino por el motivo

contrario: porque son peligrosas. Precisamente por los riesgos que conllevan es necesario sacarlas de manos de los gánsteres y cárteles para ponerlas a la venta en comercios autorizados y utilizar el dinero obtenido con los impuestos a esta sustancia en programas de prevención y tratamientos médicos. A ellos jamás se les hubiera ocurrido sugerir a los padres que sus hijos estarían mejor fumando marihuana que emborrachándose. Ellos lo que decían era: «Los camellos no piden el documento de identidad». La legalización, explicaban, limitaría el acceso de los jóvenes a la hierba. La Alianza por la Niñez —la mayor

organización benéfica del estado de Washington centrada en la infancia—terminó votando a favor de la legalización de la droga.

Esta diferencia de enfoque no solo daba lugar a campañas diferentes, sino que además producía modelos de legalización distintos.

En Washington, dicho modelo se basaba en la idea de que la marihuana provoca daños y que hemos de contrarrestar tales males. Por eso decidieron reservar los ingresos obtenidos con los impuestos de la marihuana para programas de prevención de drogas en las escuelas y tratamientos para los adictos. En

Colorado, en cambio, no lo hicieron así, y destinaron esos fondos a la construcción de nuevas escuelas. En Washington, la nueva legislación de droga introdujo una prohibición muy estricta en lo que atañe a la conducción bajo los efectos de la marihuana; en Colorado, se abstuvieron de aplicar esta idea. En Washington no se permitía el cultivo en los hogares, mientras que en Colorado, sí que se contemplaba esa posibilidad.

Ambas campañas sostenían que la legalización mejoraría la salud pública pero aduciendo motivos distintos. A mí me pareció que en Colorado básicamente alegaban que la gente

gozaría de mejor salud porque cambiarían el alcohol por la marihuana. En Washington, en cambio, defendían el aumento de impuestos para solucionar los trastornos y enfermedades causados por el consumo de marihuana, algo que a la larga supondría un considerable alivio para la salud pública. Como puede apreciarse, era una diferencia sutil, pero de suma importancia.

Una noche, los activistas de Washington recibieron la noticia de que su iniciativa popular finalmente iba a ser sometida a referéndum y para celebrarlo organizaron una gran fiesta en el

domicilio de un escritor de viajes de la ciudad. Alison Holcomb —directora de la campaña junto con Tonia— estaba agotada después de aquella larga jornada, así que salió a dar una vuelta por las cercanías y luego se quedó sentada un rato allí, sola. Mientras contemplaba el resplandor del cielo, con sus tonos rosados y violeta, se dio cuenta de que era la primera vez en muchos meses que tenía tiempo para tomarse un respiro y poder pensar sobre lo que estaba haciendo.

«Fue en ese preciso instante —me confiesa— cuando reparé en que los votantes del estado de Washington iban a tener la oportunidad de cambiar el

mundo. Recuerdo que miraba a las nubes y me decía: “Es el mismo cielo que hay en México, en Europa, en el mundo entero”, y es que había tanta gente en el mundo esperando ver lo que sucedía en nuestro estado... Gente que quería ver si lo conseguiríamos. Fue en ese instante [...] cuando me di cuenta de que lo nuestro era algo verdaderamente grande.»

Mientras la batalla por la marihuana estaba a punto de concluir en ambos estados, a mí no dejaban de venirme a la mente hechos acaecidos al comienzo de esta guerra.

La marihuana fue prohibida por Harry Anslinger debido al pánico racial que este sentía hacia los latinos: esa gente que —según decía— llegaba a Estados Unidos trayendo su «hierba loca» consigo. Fue un argumento que movilizó a la población en apoyo de su causa. Ahora Tonia y Alison explicaban a los ciudadanos que los latinos, pese al tiempo transcurrido, seguían estando en el ojo del huracán, que seguían siendo perseguidos. Y así, después de tantas décadas de cambios y transformaciones, la población comprendió que el argumento de Harry no era una razón

para apoyar la guerra contra las drogas sino, al contrario, para oponerse a ella. El país se había vuelto más comprensivo

Y, sin embargo, yo sentía cómo la conducta habitual en los primeros años de la guerra contra las drogas volvía a repetirse una y otra vez, como un reflujo gástrico. Al principio Harry se había apoyado en la fuerza de la ley para intimidar y silenciar a disidentes como Henry Smith Williams. Y eso era algo que seguía sucediendo. Una tarde, uno de los colaboradores más cercanos de Mason —un abogado de origen latino llamado Brian Vicente— se dirigía en su

coche a las llanuras del este de Colorado, donde iba a participar en un acto de la campaña.

De repente, cuando entraba en el condado adonde iba, apareció el *sheriff* acompañado de sus agentes. «Si por mí fuera, sacaría del coche a todos esos fumadores de marihuana que pasan por aquí y les pegaría un tiro», dijo mientras hacía el gesto del disparo con los dedos.

Brian, aterrorizado, salió del condado a toda velocidad. Pero no eran solo las fuerzas del orden las que intimidaban. Tiempo después, Brian fue a una de las emisoras de radio más importantes de Denver para defender la campaña de la legalización. Sabía que

en este estado viven muchos ciudadanos originarios de México y que algunos huían de la violencia de la guerra contra las drogas en su país, así es que tenía la intención de incidir en el hecho de que la legalización privaría a los cárteles de una parte considerable de sus ingresos y que, por tanto, sería el comienzo de su fin.

Los locutores se le quedaron mirando horrorizados y luego le dijeron que no podía decir eso en antena. «No podemos permitir que declare algo así en nuestro programa —dijeron—, porque entonces nuestra vida corre peligro, vendrán a matarnos.» Como me explica Brian, estaban convencidos de

que, si se pronunciaban a favor de la legalización, «habría algún tipo de revancha» por parte de los cárteles mexicanos, que tenían gente repartida por todo el estado trabajando para ellos, bien fuera cultivando marihuana en los parques nacionales o introduciendo el contrabando de drogas duras en el país.

Cuando me lo contó, me acordé de que eso mismo había sucedido al comienzo de la guerra contra las drogas: gánsteres que apoyaban la prohibición y que incluso sobornaban a los agentes de Harry Anslinger para que aquella se impusiera con más contundencia. Ahora que nos hallábamos al final de la guerra, se intimidaba por medio de la violencia

a aquellos que defendían el fin del prohibicionismo. ¿Acaso no demuestra esto, me dije a mí mismo, a quién beneficia realmente esta guerra?

Cuando hablaba con los activistas de Washington y Colorado no podía dejar de preguntarme cuál de las dos campañas estaba en lo cierto. ¿Qué enfoque deberían adoptar las personas del resto del mundo cuando se trata de poner fin a esta guerra?

Mi instinto me llevaba a inclinarme por Tonia y Alison, las directoras de la campaña de Washington. Si yo fuera un prohibicionista, seguramente preferiría

ver a los defensores de la legalización como un grupo de drogatas enfadados que reclaman su derecho a fumar hierba y que además recomiendan su consumo porque es algo bueno. Sin embargo, tenía la molesta sensación de que, en mi visceral rechazo de los argumentos de Mason, estaba siendo demasiado simplista. Y eso me llevaba a preguntarme por qué en la actualidad hay más personas dispuestas a apoyar los argumentos de la legalización y regulación del consumo de marihuana que las que había, por ejemplo, en la década de 1930 o en la de 1980.

Existen diversas razones que explican este cambio de opinión, pero una de las más relevantes sería que ya no creemos en los males radicales que en el pasado se atribuían a la marihuana. No es que se haya cambiado de parecer sobre el prohibicionismo; lo que ha cambiado es la perspectiva sobre la droga. Si le leemos a alguien lo que en su momento decía Harry Anslinger sobre la marihuana, aquello de que su consumo convierte a la persona en un asesino esclavizado por la droga, no cabe duda de que hasta los más conservadores se lo tomarían a risa. Este debe de ser uno de los motivos por los que la gente opta por la legalización..., ¿o acaso no lo es?

Anslinger tuvo que desatar la histeria sobre las drogas para poder prohibirlas; ¿no sería entonces preciso, para acabar con la prohibición, acabar también con la histeria?

Cuando hablé del asunto con Tonia y Alison resultó que tenían una visión bastante más compleja de lo que me había figurado en un primer momento. Ambas estaban dispuestas a admitir que había algo de verdad en lo de la histeria. Cuando dejó su trabajo en la escuela, Tonia pensaba que la marihuana era algo malo porque condenaba a sus consumidores a la indolencia y la

haraganería. «Recuerdo que en cuanto la gente empezó a aceptar a los homosexuales, a verlos como personas que tenían relaciones maravillosas basadas en el amor, es decir, cuando se extendió una visión más humana sobre ellos, tuvieron que aceptarlos también en sus vidas, al menos en cierta medida. Y eso es lo que me está pasando a mí ahora y lo que en general sucede con el consumo de drogas. Conozco a muchas personas que son increíblemente perspicaces, elocuentes y productivas en sus trabajos, y que consumen marihuana para su disfrute personal. [...] Entonces empecé a darme cuenta de que mi visión sobre las personas que consumían

drogas era falsa y que es preciso dejar atrás tales creencias cuando la realidad nos transmite algo distinto.»

Por lo tanto reconocían, al menos implícitamente, que algunos aspectos del argumento de Mason sí que son necesarios. Él va demasiado lejos — opinaban—, pero la idea de que la droga es más segura de lo que nos habían dicho, es también algo importante si queremos tranquilizar a la opinión pública. A mí me parecía que el argumento de Mason sería como un telón de fondo cultural que actuaría a más largo plazo, mientras que los de Tonia y Alison serían los que permitirían llevar adelante esta parte de la función hasta el

final. Cuando se lo expuse a Mason me dijo que ese era precisamente el plan: primero se transmite la idea de que la marihuana es más segura y, «una vez que la gente está preparada y más dispuesta a escuchar, se sigue adelante con los argumentos tradicionales».²²

Y sin embargo no podía dejar de pensar que había algo en los argumentos de Mason que seguía pareciéndome completamente equivocado, tanto en términos políticos como prácticos. Pensemos por un momento que les decimos a unos padres ya de por sí escépticos que es mejor que sus hijos fumen hierba en lugar de beber alcohol. No creo que haya nada mejor para

hacerles inclinarse del lado de los prohibicionistas, y a toda velocidad. De hecho, si esta fuera la propuesta concreta de los legalistas yo mismo estaría tentado de votar en contra, porque preferiría que mis sobrinos bebieran cerveza en lugar de fumar una droga que puede provocar daños irreparables en su coeficiente intelectual.²³

Pero he aquí lo más curioso. Pese a las diferencias existentes entre ellas, las dos campañas ganaron, y además con márgenes muy amplios. En Colorado, el 55 % de los electores votó a favor de la legalización y el 45 % en contra. En Washington, por su parte, las cifras

fueron casi las mismas. Es decir, que las campañas que habían sido ridiculizadas en un principio por sus objetivos «irreales» se habían impuesto por un margen del 10 %.

Una vez que en Colorado empezó a venderse la marihuana en establecimientos autorizados, el apoyo a la legalización aumentó todavía más. Dos meses después, la distancia entre los partidarios de la legalización y los contrarios había pasado del 10 al 22 %, mientras que solo el 35 % seguía declarándose no favorable a esta medida. Y es que el miedo a la

legalización perdía fuerza cuando se veía cómo operaba dicha medida en la realidad.²⁴

Hay otro elemento que pesa en la diferencia que existe entre ambas campañas y que, posiblemente más que cualquier otra cuestión, resultará determinante para el futuro de la guerra sobre las drogas. Y es que cabe preguntarse si puede aplicarse el mismo mensaje a las demás drogas. Mason, en este sentido, se muestra categórico. «¿Que si vamos a ver extendida esta amplia legalización a otras muchas drogas [permitiendo su venta a personas

adultas que presenten su documento de identidad]? No, rotundamente no. Eso no va a suceder.»

Creo que puedo ver hacia dónde apunta Mason. A fin y al cabo, ¿quién querría retar a un alcalde a un duelo de alcohol y cocaína? ¿O a un pulso de alcohol frente a las metanfetaminas?

«Todas las drogas —dice Mason— deben ser tratadas sobre la base de sus daños respectivos. Tenemos sustancias distintas que exigen tratamientos distintos.» En el caso de la marihuana se legaliza su consumo aduciendo que es una droga más segura que el alcohol, pero desde la perspectiva de Mason hay otras muchas drogas que son más

peligrosas y a las que, por lo tanto, no puede aplicarse la misma lógica.²⁵ A este respecto, Mason no defiende una estrategia conservadora; al contrario. Es partidario de otras clases de medidas que permitan reformar la política de drogas. Aboga, por ejemplo, por la despenalización del consumo de todo tipo de sustancias, amén de defender la regulación y legalización de otras drogas en el futuro, cosa que podría ser factible. «Pero si estamos hablando de una [amplia] regulación del consumo, producción y distribución de una droga, no, no creo que haya ninguna droga a la que pueda aplicarse el mismo trato que a la marihuana.»²⁶

Tonia y Alison enfocan la cuestión de manera distinta. A fin y al cabo, su defensa de la legalización no se basaba en que la marihuana fuera más segura, sino en que las leyes de drogas causan más daño que la propia droga; y este es un argumento —sostenían ambas— que se puede aplicar a otras muchas sustancias químicas. Con el tiempo —afirmaban—, se podría aplicar a las demás drogas un nuevo marco legal que se asemejaría bastante al aprobado en el caso de la marihuana. Probablemente se tardaría una o dos generaciones, pero seguro que llegaría su momento.

Críticos y defensores de la nueva medida coinciden en que si continúa esta oleada de legalización de la marihuana se abrirá un debate en la sociedad acerca del cambio de enfoque respecto a otras drogas. Mason considera que se puede avanzar mucho en este sentido, mientras que Tonia va más lejos aún, pues cree que puede llegarse a la legalización completa. Si el cielo no se cae sobre Washington y Colorado, este amplio debate sobre las drogas podría hacer aún más extenso nuestro firmamento.

Cuando trato de imaginarme cómo podemos pasar a la siguiente etapa tras la legalización de las drogas, me viene a la mente una de las cuestiones más espinosas a las que me he enfrentado mientras escribía estas páginas. Como hemos visto, Mason defiende que la marihuana es una droga más segura de lo que solemos pensar, sobre todo comparada con el alcohol. Siguiendo este razonamiento, ¿podría decirse también que las demás drogas son más seguras de lo que pensamos? ¿Son efectivamente más seguras que el alcohol? ¿Es uno de los datos que podríamos plantear en nuestro argumentario?

La primera vez que me enfrenté a esta idea me pareció algo bastante necio, en especial por la historia de mi propia familia. Sé muy bien lo que las drogas pueden hacer a las personas. Pero entonces, el profesor David Nutt, exasesor del Gobierno británico en materia de drogas, publicó un estudio en *The Lancet* —la mejor revista médica de Gran Bretaña— en el que analizaba con detalle todas las drogas de uso recreativo y hacía un cálculo del daño que podrían causar, tanto al propio individuo como a la sociedad.²⁷ De las drogas analizadas, una aparecía por delante de las demás. El daño que esta causaba tenía una puntuación de 72. La

siguiente droga más dañina era la heroína, que tenía una valoración de 55, justo por delante del crack (54) y de las metanfetaminas (32), si bien esta última quedaba mucho más lejos. Pues bien, la droga más dañina de todas era el alcohol.

El resultado parecía tan contrario al sentido común que solo después de charlar extensamente con el profesor Nutt, así como con Carl Hart y algunos expertos más, logré entenderlo del todo. Nutt señala que las demás drogas pueden provocar igualmente daños considerables, pero es un hecho probado que dañan a pocas personas y, por lo tanto, provocan un menor perjuicio a la

sociedad. De ahí no puede deducirse — según apunta Nutt— que tales drogas sean seguras, sino simplemente que el alcohol es mucho más peligroso de lo que creemos.

¿Quiere esto decir que, después de todo, sí que puede aplicarse el argumento de Mason a las demás sustancias prohibidas; es decir, que serían realmente más seguras que el alcohol? En realidad es una cuestión bastante compleja que no puede resumirse en una sola frase. Tratemos de transmitir algo como lo siguiente: «Estas drogas pueden provocar daños considerables pero no son tan dañinas como el Gobierno nos ha hecho creer

todos estos años, y desde luego no provocan tantos daños como el alcohol». No es precisamente un mensaje que se pueda transmitir en el escaso tiempo que a uno le conceden en un debate televisivo. Es algo que exige análisis, desarrollo y muchas puntualizaciones. Si alguien dijera que las drogas son realmente seguras, su argumento sería caricaturizado al instante, pues al fin y al cabo no es eso lo que nos muestran las pruebas científicas.

Y, sin embargo, el profesor Hart —neurofarmacólogo de la Universidad de Columbia— me dijo que era muy importante aplicar el argumento de

Mason a otras drogas y aún abundó en el asunto: «[Hoy en día] no se puede denostar la marihuana como lo hacía Harry Anslinger, porque sabemos muy bien lo que provoca esta droga. Así es que si decimos a la población que las personas que fuman marihuana se vuelven locas y matan a sus padres, nadie concederá ningún crédito a nuestra advertencia. Pero en cambio en la época de Anslinger, la gente sí que se lo creía. Si [ahora] decimos a la población que todos los que toman metanfetaminas salen por ahí a matar a gente, seguro que nos creerán. Y si les decimos que eso mismo lo hacen quienes fuman crack, también nos creerán, pese a que no es

posible que suceda algo así». Es decir, que en tanto no se eche por tierra esta «visión mítica de las drogas», seguiremos metidos en la guerra de Anslinger.

A mí esta cuestión me hacía sentirme dividido. Una parte de mí piensa que el profesor Hart tiene razón: que nunca se optará por la legalización y regulación de las drogas mientras la población siga creyendo que las drogas son sustancias endemoniadas que secuestran la mente de sus consumidores y terminan destruyéndolos. Una vez que se les dice que son mucho menos peligrosas que el alcohol y que además la adicción no la provoca la droga en sí

misma sino básicamente el aislamiento y los traumas que sufre el individuo, entonces se muestran mucho más receptivos a los nuevos enfoques. Su forma de concebir las drogas cambiará y, en contrapartida, también cambiará su opinión acerca de la jaula en la que ponemos las drogas.

Sin embargo, de nuevo, me decía que esta es una visión descabellada que convencerá a muy pocos, pues al fin y al cabo las drogas tienen efectos nocivos en muchas personas que se pueden apreciar fácilmente. Nadie lo pone en duda. Es cierto que buena parte de las sustancias prohibidas se parecen más al alcohol, por los daños masivos que

provocan, que a la marihuana. Pero ¿por qué la comprensión de los horribles daños provocados por el alcohol iba a cambiar nuestra forma de pensar sobre el crack y las metanfetaminas, sobre sus efectos levemente menos dramáticos? Con este razonamiento no se gana ninguna discusión sobre las drogas. Lo único que se puede ganar es un debate sobre la guerra de las drogas. Entonces ¿para qué vamos a elegir el argumento más difícil de sostener cuando no hay necesidad de ello?

La diferencia entre los enfoques de Mason y Tonia es la misma que pesa en mi interior, y no soy capaz de resolverla. Pero sé que hay una forma de hacerlo, en

el futuro. En las próximas décadas habrá campañas que pondrán a prueba estos mensajes. Algunas intentarán cambiar nuestra forma de concebir las drogas mientras que otras solamente tratarán de cambiar nuestra concepción de las leyes sobre las drogas. ¿Cuál de las dos opciones se impondrá? Pronto lo sabremos.

El gobernador John Hickenlooper no aceptó nunca el duelo de alcohol y marihuana que le planteó Mason. Sin embargo, seis meses después de la legalización declaró lo siguiente a la agencia Reuters:

Parece que las personas que fumaban [marihuana] antes son básicamente las mismas que las de ahora. Si se confirma que es así, esto querría decir que no se va a producir un aumento en el número de personas que conducen drogadas o bajo los efectos de las drogas. Ya no tendremos tales problemas. Ahora lo que tenemos es un sistema en el que se regula y grava algo [nuevo] y que mantiene los ingresos generados en nuestro estado [...], sin contar que ya no estaremos apoyando un sistema corrupto basado en los gánsteres.²⁸

Es más, Hickenlooper empezó a decir que la legalización era una medida de «sentido común»,²⁹ y posteriormente

añadiría: «Admitámoslo, la guerra contra las drogas fue un desastre». ³⁰

Creo que al final Mason sí que se batió aquel mediodía con el alcalde, y está claro quién ganó.

Una vez que se pronunciaron los electores de Colorado sobre el asunto de la legalización, burócratas de todo el estado tendrían que idear cómo dar forma a algo que no se había hecho en más de setenta años: la venta de marihuana por cauces legales. En otoño de 2012 me reuní en una cafetería con Barbara Brohl, la directora del

Departamento de Hacienda de Colorado, con el fin de averiguar cómo afrontaban aquella tarea inesperada.

«Es un mundo nuevo», me dice alzando un poco los ojos. De su voto en el referéndum de la legalización no me dice nada, ya que, como ella misma resalta, su tarea es la gestión imparcial de los deseos de los ciudadanos de Colorado, cualesquiera que estos sean. A ella se le había dicho que tenía que planear un nuevo sistema y eso es lo que hizo, planear. Finalmente el marco legal que aprobaron los electores de Colorado fue algo bastante simple. Todo ciudadano mayor de veintiún años puede comprar 28 gramos de marihuana

diarios en alguno de los 136 comercios autorizados y consumirlos en su casa. Además se le permite cultivar una pequeña cantidad de marihuana para consumo personal.

Durante más de una hora, Barbara me habló de la infinidad de cuestiones que su departamento tuvo que resolver para poder llegar a establecer este marco tan sencillo. Por ejemplo, ¿quién debe tener autorización para cultivar marihuana? ¿Quién puede vender la droga? ¿Qué impuestos especiales debe pagar esta sustancia? ¿Qué impuesto sobre las ventas se le debe aplicar? Si se grava la marihuana en función del peso del producto, ¿no será esto un

incentivo para el cultivo de una hierba más fuerte que sortee los impuestos? Si la gravación impositiva se basa en el nivel de THC —el componente químico que hace colocarse a quienes fuman marihuana y que les dé fácilmente la risa—, ¿cómo se comprueba la presencia de dicho componente? ¿Cómo se impide el transporte de marihuana fuera del estado? ¿Qué tipo de alimentos con marihuana se deben permitir? Conforme a las leyes federales, existe un número determinado de sustancias químicas que se pueden inyectar al ganado vacuno: ¿la cecina con marihuana supondría una violación de dichas leyes?

Hablamos largo y tendido de esta densa maraña de negociaciones burocráticas, tomando café para mantenernos despiertos. Una de las frases habituales de Barbara en su larga explicación era: «Teníamos que pensar cómo iban a trabajar juntos los organismos reguladores del Estado y los locales». Otra de ellas era: «En el campo de la medicina ya disponíamos de una fórmula de integración vertical; es decir, que había una propiedad común entre el centro de cultivo y la institución que facilitaba marihuana con fines medicinales, y esto suponía que debíamos aprobar las actividades de ambos centros y concederles

autorización para la venta de marihuana antes de hacerlo con ningún otro establecimiento».

Y así, poco a poco, me fue introduciendo en la intrincada logística de la autorización de la venta de marihuana, y al mismo tiempo, a medida que avanzaba con su prolija explicación sentí en mi interior una extraña sensación. Al principio no entendí de qué se trataba, pero de pronto lo sentí como un mazazo. Estaba aburrido. Por primera vez desde que empecé la investigación de este libro, tenía los ojos vidriosos. Y no era por Barbara, que explica las cosas de maravilla. Era por el repentino desinflamiento del

tema. Una vez aprobada la legalización, la febril poesía de la guerra de las drogas se ha convertido en la monótona prosa de la paz de las drogas. Las drogas se han convertido en un tema tan anodino como la venta de pescado, de bombillas o de neumáticos para el coche.

Cuando Barbara habla, todos los asesinatos perpetrados en esta guerra — desde Arnold Rothstein hasta la banda de Chino y el cártel de los Zetas— son sustituidos por contratos. Las armas son ahora cláusulas subordinadas. El sufrimiento, el duelo, ha sido sustituido por normas, impuestos y burócratas con libretas de notas.

Este es el aspecto que tiene el fin de la guerra de las drogas, me digo a mí mismo. No es un montón de cadáveres. No es tampoco un descenso en la histeria desatada por las drogas. Es una madre de clase media hablando de impuestos indirectos a lo largo de toda la noche en una triste sala de reuniones. Como declaró Brian Vicente, aquel abogado que desempeñó un papel decisivo en la campaña de Colorado: «Nos hemos pasado años discutiendo acerca de cuánto tiempo debían estar encerrados los acusados por posesión de marihuana. Ahora de lo único que

discutimos es de qué tipo de letra debe llevar la etiqueta del *brownie* de marihuana». ³¹

El tema finalmente me había aburrido, y entonces constaté que una lágrima de alivio surcaba mi mejilla.

CONCLUSIÓN

Cuando estás solo

Cogía el teléfono y marcaba sus números, pero siempre colgaba antes de que pudieran responder.

A lo largo de mis viajes a la guerra de las drogas volvía cada tanto a Londres, y en cada ocasión quería ir a ver a las personas cuyas adicciones me habían impulsado a emprender esta

investigación, un familiar mío y mi exnovio. Pero siempre había algo que me lo impedía. Y es que, pese a lo que había visto, todavía no estaba preparado para resolver de una vez por todas el conflicto que albergaba en mi interior: el que enfrentaba al legalizador con el prohibicionista. Prefería ocuparme de otras cosas.

Cuando pienso en las personas que he ido conociendo en este viaje, en aquellos que han perdido a alguien querido en la guerra de las drogas, me viene una imagen a la mente.

En 1914 estallaron dos conflagraciones globales. La primera guerra mundial, que duró cuatro años, pasaría a la historia como el epítome de la inutilidad: miles de hombres muertos o agonizantes por haber querido ocupar unos cuantos metros más de tierra embarrada. La guerra contra las drogas lleva, hasta la fecha, cien años activa y aún no ha terminado.

Trato de imaginarme a sus víctimas como a los muertos de aquella otra conflagración mundial, enterrados en un enorme campo santo.¹

¿Quién está aquí, bajo un océano de cruces blancas de víctimas desconocidas?

Billie Holiday, junto con todas las canciones que nunca llegó a cantar.

Los pacientes de la clínica clausurada de Edward Williams, aquel médico al que los hombres de Harry Anslinger habían dicho que debería arrojar a los peces a todos sus adictos porque «es para lo único que sirven».

Arnold Rothstein, con sus relucientes dientes falsos y su promesa de venganza desde el más allá cuando hubiera muerto.

Deborah Hardin, la madre de Chino.

Ed Toatley, el policía infiltrado que fue asesinado a quemarropa por un traficante de drogas y cuya muerte

impulsó a Leigh Maddox a iniciar su lucha contra la guerra de las drogas.

Tiffany Smith, muerta a tiros en el porche de su casa antes de saber siquiera qué son las drogas.

Marcia Powell, encerrada en una jaula y calcinada bajo el sol.

Todas las personas cuyos cuerpos ha velado Juan Manuel Olguín, extendiendo sus alas de ángel entre la brisa de Ciudad Juárez.

Todas las personas a las que torturó y asesinó Rosalio Reta para el cártel de los Zetas.

En el futuro, posiblemente, el propio Rosalio Reta.

Marisela Escobedo, que caminó a través del desierto y las tormentas de arena para encontrar al asesino de su hija, y que al cabo descubriría que hasta la ley había desaparecido.

Los amigos de Bud Osborn, muertos de sobredosis entre los contenedores del Downtown Eastside, antes de que empezara la rebelión dirigida por él.

Julia Scott, la joven madre de Liverpool que aseguraba que se moriría si no le daban su tratamiento de heroína y que demostró estar en lo cierto.

Los pacientes de João Goulão en el Algarve, asesinados antes de que este pudiera guiar al país hacia la

despenalización de las drogas.

Pero es que, además, por cada una de estas personas hay decenas de miles de víctimas como ellas a las que nunca conoceré y cuyos nombres jamás serán recordados.

Me obligué a mí mismo a pulsar el timbre. Sabía que las personas queridas a las que busco no se encontraban aún en ese cementerio —alguien me lo había dicho—, pero no sabía si seguían por ese camino.

Mi pariente se sentó en el sofá y me sonrió. Estaba limpia desde hacía un año. Me contó un tanto alocadamente

que trabajaba en un servicio telefónico de ayuda a la drogadicción diez horas diarias, de lunes a domingo. Parecía que aún le costaba encontrarse a sí misma; pero estaba viva y haciendo progresos con su vida.

Poco después quedé una tarde con mi ex en la cafetería de la Biblioteca Británica. Era evidente que ya no tomaba drogas: tenía color en el rostro y su cuerpo había tomado forma y algo de carne. Me contó que iba a las reuniones de Narcóticos Anónimos todos los días y que llevaba casi un año sin meterse nada. Antes, cuando hablaba de drogas lo hacía siempre poniéndose a la defensiva («A mí me funciona, así que

déjame en paz»), o bien volcando todo su odio hacia sí mismo: «Soy un imbécil —se decía entonces—, me he arruinado la vida». Ahora, en cambio, era mucho más reflexivo. Incluso me contó que si antes tomaba drogas era para afrontar el dolor que le provocaba algo sucedido en su infancia y que le resultaba insoportable.

Así es que, ante tales circunstancias, me dispuse a escribir un final feliz para esta historia. Pero unos meses después mi exnovio me envió un mensaje de texto en el que me avisaba de que había recaído, porque necesitaba drogas que, como él mismo decía, se movieran a mayor velocidad que su

dolor. En ese momento se encontraba en una casa del este de Londres consumiendo crack.

Sabía, por lo que nos impone nuestra cultura, qué es lo que debe hacerse en una situación así. Lo he aprendido en infinidad de películas y de *reality shows* como «Intervention», en el que se sigue a personas adictas a diversas drogas. Es preciso enfrentarse al adicto —nos aseguran—, avergonzarle para que comprenda que no está bien lo que hace y amenazarlo con cortar toda relación con él si no se deja ayudar y abandona las drogas. Es la lógica de la guerra de las drogas

aplicada a la vida privada. Ya la he puesto en práctica en algunas ocasiones. No funciona nunca.

Y ahora comprendía por qué. Mi ex trataba de superar su infancia tomando distancia respecto de sí mismo. Si tomaba sustancias químicas como un obseso era porque no podía establecer relaciones con otras personas durante mucho tiempo. De manera que cuando lo amenazaba con poner fin a nuestra relación, con cortar una de las pocas relaciones que funcionaban en su vida, tanto para él como para mí, lo que estaba haciendo era amenazarlo con hacer su adicción más profunda.

Ahora el afán de juzgarlo —y de juzgar a mi pariente y a mí mismo— parecía haber perdido fuerza. Las estruendosas voces de la reprobación y la condena no eran más que susurros en aquellos momentos. Así es que le dije que podía llamarme siempre que quisiera. Que lo acompañaría a las reuniones de Narcóticos Anónimos cuando él me dijera. Que si volvía a sentir la tentación de tomar drogas, yo me quedaría a su lado todo el tiempo que fuese preciso, hasta que se le hubiese pasado ese impulso irreprimible. En suma, esta vez no lo amenacé con romper la relación entre nosotros; al contrario, le prometí que

sería más estrecha aún.

Cuando escribo estas líneas, él yace inconsciente en mi cama de invitados. Pasé las dos últimas semanas tomando heroína y crack sin parar, día sí y día también. Pero luego empezó a preocuparle que pudiera perder su trabajo, así es que decidió romper esa dinámica. Ayer me preguntó si podía quedarse en mi casa un par de días, para poder superar al menos las primeras cuarenta y ocho horas sin caer de nuevo. Después —me dijo—, sería más fácil. Puede que efectivamente sea así. Me quedo mirándolo mientras yace en la cama, pálido de nuevo, y cuando le paso la mano por el pelo me doy cuenta de

que al fin lo he comprendido. Ahora entiendo que lo contrario de la adicción no es la sobriedad. Es la relación con los demás. Y eso es todo lo que yo puedo ofrecerle. Es lo que a la postre podrá servirle de ayuda. Porque si una persona está sola, no puede escapar a la adicción. Si es amada tiene una oportunidad. Durante estos cien años hemos estado cantando canciones de guerra sobre los adictos; sin embargo, lo que deberíamos haberles cantado son canciones de amor.

Hay algo que tiene el potencial necesario —por encima de cualquier otra cosa— para acabar con este intento de curación. Es la guerra de las drogas.

Si a estas personas tan queridas para mí las detienen cuando han recaído, se les abre un expediente delictivo y se vuelven personas incapaces de encontrar un empleo a causa de sus antecedentes; entonces no cabe duda de que les será mucho más difícil establecer lazos con el mundo. Esto no es Arizona ni Rusia ni Tailandia; aquí los británicos de clase media y raza blanca no corren muchos riesgos de ser detenidos. Pero hay algo que sí sucede: alrededor de 24.000 personas reciben cada año una advertencia o una acusación en firme por posesión de cannabis, no digamos ya en el caso de otras drogas.²

¿Y qué es lo que sucede después? Que andan perdidos, sin rumbo, como tantas de las personas que me he encontrado en este viaje.

Ahora trato de aplicarme la lección a mí mismo. Cuando en el pasado me daba por atiborrarme de pastillas como un loco, luego me sentía avergonzado y trataba de reprimir mis sentimientos de culpa, lo cual hacía que mi siguiente intento fuese aún peor. Todavía hay días en que siento la necesidad de bombardear mis sentimientos con un misil de sustancias químicas. Cuando eso sucede, trato de recordar lo que aprendí de Bruce Alexander y Bud Osborn. Que las personas no

necesitamos sustancias químicas, que lo que necesitamos son relaciones humanas. De manera que voy en busca de las personas que quiero, me siento con ellas y les presto toda mi atención. Hago todo lo posible, hasta donde soy capaz, por pensar en ese preciso instante, no en algún otro momento del pasado o de un futuro cercano. Y he comprobado, hasta cierto punto, que el impulso pasa, a su debido tiempo.

He dejado de librar una guerra contra las drogas en mi cabeza. Soy consciente —ahora mucho más que antes— de que tengo el privilegio de ser blanco, de clase media y habitante de un rincón de Europa occidental donde lo

peor que puede sucederle a alguien como yo en la guerra de las drogas no es que reciba un disparo. No dejo de pensar en todas las personas que he conocido en este viaje que no disfrutaban de este privilegio, bien por el color de su piel, bien por haber nacido en el lugar equivocado. No es justo. No debería haber sucedido algo así, y no tiene que seguir siendo así.

En la década de 1930, Harry Anslinger dio marcha atrás en su apoyo a la Ley Seca. «La ley tiene que reflejar la realidad —escribió—. Si el pueblo americano considera repulsiva dicha

ley, la prohibición del alcohol por la fuerza de la norma jurídica nunca tendrá éxito. La templanza voluntaria es muchísimo mejor que la situación actual en que se impone la sobriedad a la fuerza.»³ Si se hubiera aplicado esta lógica a unas cuantas sustancias más, el cementerio de la guerra contra las drogas seguiría siendo una extensa pradera.

El 26 de diciembre de 2013, el ahijado de Billie Holiday, Bevan Dufty —a quien ella había dado el pecho mientras le decía a su madre, riendo: «Es mi pequeño, zorra»—, se encontraba en una clínica de San Francisco. Era el encargado de atender a

los *homeless* de la ciudad, y aquel día estaba en el centro ayudando a un adicto a la heroína que sufría el síndrome de abstinencia y que acababa de ser eliminado del programa de recuperación con metadona. El adicto se volvió hacia Bevan y le dijo que quería arrancarse la piel a tiras, que ya no podía aguantar ni un minuto más sin la droga.

A los cuatro años, Bevan había visto cómo los policías impedían a sus padres ver a Billie Holiday en su lecho de muerte. Billie falleció poco después de que le retiraran la metadona.

Bevan miraba en torno suyo, a todas las personas que estaban en un estado similar al del adicto al que

cuidaba. «Setenta y cinco años de guerra contra las drogas y aquí me tiene, contemplando a personas cuyas vidas no son más que una cáscara vacía», me dijo. Cuando miraba los rostros de aquella gente, solo podía pensar una cosa: «Pero ¿adónde hemos ido a parar?, ¿cómo hemos podido llegar a esta situación?».

En estos días, la lucha para poner fin a la guerra contra las drogas parece una montaña demasiado empinada para lograr coronarla. Pero en momentos de desesperación recuerdo algunas cosas. Por ejemplo, que en el discurso de

investidura de su segundo mandato, Barack Obama declaró que los disturbios de Stonewall fueron uno de los grandes momentos de la historia de Estados Unidos. Recuerdo que mientras lo decía me imaginé a mí mismo con aquel grupo de *drag queens* y homosexuales que estaban reunidos una noche de junio de 1969 junto al pub Stonewall Inn, en el Greenwich Village, cuando la policía empezó a lanzarles gases lacrimógenos y a golpearlos; aquella gente que había sido golpeada tantas veces antes, de la misma manera que otros como ellos han sido tantísimas veces apaleados a lo largo de estos dos milenios.

Ellos representaban a una de las minorías más despreciadas de la humanidad. El odio hacia esas personas aparecía registrado tanto en los libros sagrados de las grandes religiones como en las leyes de todos los países de la Tierra. Hasta en la liberal Nueva York eran poco más que unos parias, contemplados con repugnancia cuando se manifestaron en el Greenwich Village. Su contraataque era un grito de desesperación, un aullido en la oscuridad.

«Escuchad —les digo en mi imaginación—, puede que ahora no me creáis pero dentro de cuarenta y cinco años habrá un presidente negro en

vuestro país que en su discurso de investidura recordará lo que estáis haciendo como uno de los grandes momentos que han pasado en la historia de Estados Unidos de América. Sus palabras recibirán la mayor aclamación de esa histórica jornada. Un millón de personas —la mayoría heterosexuales— se habrán congregado en las alamedas del National Mall para aclamar las palabras del presidente, aquellas que os recuerdan a vosotros, que recuerdan vuestra lucha. Porque vais a ganar, no os quepa duda. Será una conquista lenta, a pequeños pasos, avances que se irán consiguiendo día tras día, año tras año, aunque a veces también habrá largos

periodos en que os parecerá que vais perdiendo. Pero no será así: uno a uno iréis derribando todos los obstáculos, todas las críticas. Y llegará el día en que lo conseguiréis. Porque vais a ganar, claro que sí.»

En aquellos días parecía algo de ciencia ficción, pero muchos de los hombres y mujeres que participaron aquella noche en las manifestaciones de Stonewall vivieron para ver hechas realidad sus reivindicaciones. Fue algo que sucedió en el curso de una vida y que fue posible porque ellos empezaron tiempo atrás y lucharon por conseguirlo.

Si hubieran seguido como estaban, marginados de la sociedad, aislados y desesperados, nada habría cambiado. Si hubieran aguardado a que los políticos de Washington tomaran conciencia de su situación, habrían esperado en vano. En lugar de eso decidieron unirse, buscándose unos a otros, nerviosos, porque en aquel entonces arriesgaban su libertad y su buen nombre, y luego salieron a manifestarse y a convencer a la población, calle por calle, enfrentándose al odio y a la animadversión de la inmensa mayoría, hasta que poco a poco cambiaron la cultura y el mundo en el que vivimos.

Cuando hablamos de poner fin a la guerra de las drogas, somos en cierta medida como los activistas gais de 1969. El final de esta guerra parece tan lejano que no somos capaces de verlo, pero sí que vemos los primeros pasos en el camino de la paz, y son pasos que marcan una diferencia, que pueden conducir al ansiado desenlace.

Por eso, cuando me siento deprimido, me digo a mí mismo: «¿Te ha parecido duro lo de hoy?». Porque no tenía ni punto de comparación con lo que tuvo que sufrir la primera generación de hombres y mujeres que reconoció públicamente su homosexualidad. A ellos esa

declaración podía llegar a suponerles una condena de prisión. Y, sin embargo, no se rindieron; se volvieron a levantar.⁴

Pienso además en las personas que he conocido en este viaje, en aquellos que ya habían empezado a luchar contra la guerra de las drogas. Chino era un camello con varias condenas al que nadie quería escuchar. Pero él no se rindió. Se levantó y exigió el cierre del centro de detención juvenil donde había estado encerrado... y ganó. Bud Osborn era un yonqui sin hogar al que nadie se dignaba a mirar. Él tampoco se rindió sino que se levantó... y gracias a él hay personas de su barrio que han vivido

una media de diez años más y que acordonaron las calles para rendirle tributo el día de su funeral.

Lo que he aprendido de Chino y Bud es que, no importa quién seas, si eres un ser humano con voz puedes dedicarte a convencer a los demás de aquello en lo que crees, y si tus argumentos son lo bastante buenos y no cejas en el empeño ganarás adeptos a tu causa, te apoyarán en tus reivindicaciones y ganarás. Y que aunque a veces parezca que uno está perdiendo, en realidad ha iniciado un proceso que puede ser el comienzo de algo importante. Siguiendo esta línea podría decirse que Edward Williams fue

derrotado, puesto que su clínica había sido clausurada por las autoridades y él apartado de la vida pública. Pero setenta años después yo descubrí su historia, que además me ha servido de inspiración para poner punto final a este libro. Billie Holiday entonces también habría sido derrotada, porque la encerraron y pusieron en marcha el proceso que precipitaría su muerte. Pero setenta años después, personas del mundo entero escuchan sus canciones y su mensaje las hace sentirse más fuertes.⁵ En sus últimos años de vida, Billie Holiday creía que no iba a ser recordada.⁶ Si uno es valiente, si no se deja vencer, sus actos tendrán un efecto

dominó que tal vez no alcance a ver, pero que permanecerá para siempre, cambiando la vida de otras personas.

Cualquier individuo puede iniciar la lucha, y cualquier país del mundo romper la cadena y empezar el proceso de legalización de las drogas. Si Uruguay —una nación pequeña de tres millones de habitantes a cuyo frente se encuentra un disidente anarquista— es lo bastante osada, ¿por qué no Gran Bretaña o Australia o cualquier otra nación? Estos serán también países valientes, si nosotros hacemos que así sea.

Poco antes su muerte, Billie Holiday declaró: «Algún día Estados Unidos se espabilará [en el tema de las drogas] [...] [aunque] quizá no ocurra en lo que me queda de vida. A mí ni me va ni me viene porque ya nada puede herirme más de lo que he sido herida».⁷

Marisela Escobedo, por su parte, poco antes de su muerte nos conminaba a participar en su lucha: «Si estás solo no consigues nada. Si nos unimos [podemos ganar]».⁸

Si uno está solo, es vulnerable a la adicción, y si estás solo eres vulnerable a la guerra de las drogas. Pero si das el primer paso y buscas a otras personas que compartan tus ideas, si estableces

una conexión con los demás, dejas de ser vulnerable y empiezas a ganar. Usted mismo puede dejar a un lado este libro y ponerse a establecer lazos con los demás desde este mismo instante.

Antes de terminar quisiera decir dos últimas cosas sobre Harry Anslinger. La primera es que él mismo fue adicto a las drogas, y la segunda, que además se convertiría en traficante de sustancias prohibidas.

Fue en la década de 1950, cuando se enteró de que un destacado congresista era adicto a la heroína. «Estaba al frente de uno de los comités

más poderosos del Congreso —escribió Harry—. Sus decisiones e informes fueron claves en el destino de Estados Unidos y del mundo libre en general.»⁹

Fue entonces a buscarlo en los pasillos del Capitolio y allí le dijo que tenía que dejar de consumir drogas en el acto. «Yo en su lugar no haría nada, comisario —replicó el congresista—. Sería mucho peor para usted.» Porque entonces iría a hablar con los gánsteres con los que tantos contactos tenía Harry y se enteraría de qué asuntos se traían entre manos. «Y si esos asuntos suyos salen a la luz y provocan un daño

irreparable al país, a mí no me importará en absoluto. [...] Así que usted verá.»¹⁰

Hasta entonces Anslinger se había encargado de cortar todo posible acceso legal a las drogas a lo largo y ancho del país, obligando a los adictos a comprarlas a los gánsteres del mercado negro. Pero siempre había presentado a tales personas como criaturas «inestables, impulsivas, histéricas, depravadas, violentas e incluso locas de atar».¹¹

Ahora tenía ante sí a un hombre respetado que también era adicto a las drogas y que nada tenía que ver con aquellos otros. Si quería evitar que

aquel prohombre comprara sus drogas a las bandas de gánsteres, solo podía ofrecerle encargarse él mismo de su suministro, ordenando a una farmacia de Washington que se le facilitaran de manera legal y segura todas las sustancias que necesitase. De hecho, se encargarían de facilitárselas hasta su muerte. Un periodista, sin embargo, descubrió el engaño y se disponía a revelarlo. Pero Harry le advirtió que si se atrevía a publicar una sola línea de su reportaje, lo iba a enviar dos años a prisión. Jamás se publicó.¹²

Años más tarde, cuando ya todos los implicados habían muerto, Will Oursler —autor de algunos libros en

colaboración con Harry— desveló a la revista *Ladies' Home Journal* quién era el hombre en cuestión: el senador Joe McCarthy.¹³ Por lo visto, Harry se lo había confesado y luego, avergonzado, desvió la mirada. McCarthy, el azote de los comunistas, era un yonqui; y Anslinger, su camello. No hay nadie que crea que la guerra de las drogas debe librarse contra quienes nos son queridos. El propio Harry Anslinger se convirtió en Henry Smith Williams cuando vio a un adicto al que quería cuidar.

Una vez retirado, Harry sufriría una angina de pecho, y para controlar el dolor iba a tomar dosis diarias de

aquella droga que con tanta furia combatió: la morfina.¹⁴ Al final tendría las venas laceradas por el efecto de aquellas sustancias que había tratado por todos los medios de eliminar.

Me imagino a Harry tomando la primera dosis de opiáceos. Me imagino los opiáceos entrando en su cuerpo, y la sensación de relax y tranquilidad que se siente después. ¿Qué piensa Harry en esos instantes? ¿Piensa en Henry Smith Williams y en Billie Holiday y aquel «dispara primero» que él ordenaba a sus agentes cuando se aprestaban a detener a alguien que tenía drogas? ¿Piensa en el grito que oyó en su infancia en aquella granja de Altoona y en todas las

personas a las que había hecho gritar desde la primera vez que intentó aniquilar este impulso de la condición humana? ¿O acaso en ese instante, con la morfina en la mano, oye por fin los estertores del grito?

Si desea saber obtener más información sobre la guerra contra las drogas, puede consultar la página web del libro, www.chasingthescream.com.

Nota sobre las técnicas narrativas

Como ya habrá observado, en el inicio de cada capítulo expongo al lector cómo he accedido a la información que facilito después.

En los capítulos históricos me baso en fuentes primarias y secundarias, todas ellas detalladas en las notas del final del libro, así como en un número reducido de entrevistas a historiadores y a

algunas de las pocas personas que participaron en los acontecimientos narrados y que aún siguen vivas.

En los capítulos dedicados a personas que vivieron en una época más reciente me he basado fundamentalmente en entrevistas en profundidad con los protagonistas y con algunos de quienes los conocieron. Las declaraciones que he recogido yo mismo se pueden escuchar en la página web del libro, <www.chasingthescream.com>.

A menudo describo los sentimientos e ideas de alguno de los protagonistas en un momento determinado. En tales casos me he basado en lo que ellos mismos me

transmitieron o en informaciones de otras fuentes, como por ejemplo actas judiciales, entrevistas con otros escritores o documentos de la persona retratada. De todo ello queda constancia en las notas del final de libro, donde se mencionan las fuentes de cada cita.

Una vez escrito el libro, he leído o mostrado los capítulos relevantes a aquellas personas cuyas vidas aparecen relatadas con cierto detalle, a fin de cerciorarme de que no hubiera ningún error en las declaraciones que de ellos transcribo; todas estas conversaciones de comprobación y verificación de los hechos están grabadas. A menudo me han aportado alguna aclaración muy

pertinente o datos adicionales que permitían explicar algún punto; en todos los casos se ha incorporado esta información en el lugar correspondiente.

En todo este proceso han participado Chino Hardin, Leigh Maddox, Gabor Maté, Liz Evans, Bruce Alexander, Bud Osborn, John Marks, Ruth Dreifuss, João Goulão, Sergio Rodrigues, Danny Kushlick, Steve Rolles, Mason Tvert, Brian Vicente, Tonia Winchester y Alison Holcomb. Las únicas personas de nuestra época que describo en extenso y que no han leído ni visto en ningún momento los capítulos donde aparecen retratadas son Rosalio Reta, por los motivos que

explico en las notas correspondientes, y José Mujica, que dirige un país y no tiene tiempo que perder.

Por mi parte, he hecho cuanto me ha sido posible para verificar las informaciones que me han proporcionado, tanto con documentos y fuentes escritas como con otros testigos en aquellos casos en que era factible. Mis fuentes no han recibido nunca ninguna compensación económica ni de ninguna otra clase por la información facilitada, salvo alguna que otra invitación a comer en casos puntuales.

Como ya he indicado, hay dos personas a las que he cambiado el nombre para proteger su identidad: una

adicta de Vancouver a la que he llamado Hannah y un adicto de la clínica suiza al que presento como Jean. En el primer caso lo hice porque Liz Evans quería salvaguardar la intimidad de su antigua huésped, pues aunque ya había muerto, su familia podría haber llegado a reconocerla en el relato de su caso. En el segundo quise proteger la intimidad de Jean porque me iba a hablar de algunos delitos que había cometido y, si se conocía su identidad, posiblemente se le habría abierto una investigación o incoado un proceso judicial. Las grabaciones de las entrevistas relativas a estos casos se encuentran en manos de mis editores. Todas las demás personas

que aparecen en el libro figuran con sus datos verdaderos sin ninguna modificación en lo que a sus vidas respecta.

Agradecimientos

Son muchas las personas con las que estoy en deuda por haber colaborado en este libro. En primer lugar, quisiera dar las gracias a todos los que accedieron a ser entrevistados, sobre todo a las personas cuyas vidas relato con más detalle, que a veces compartieron conmigo recuerdos muy dolorosos. Ellos han sido francos en todo momento, pues están convencidos

de que es preciso que la gente conozca lo que implica esta guerra, y por eso les estoy muy agradecido.

Hay seis personas en particular con las que he hablado del tema de este libro durante años, y cuyas conversaciones han nutrido muchas de las cuestiones e ideas que aquí se exponen. Se trata de Alex Higgins (no confundir con el jugador de billar), Rob Blackhurst, Stephen Grosz, Matt Hill, Alex Ferreira y Alison MacDonald. A todos ellos mi gratitud.

Anton Mueller, de Bloomsbury, ha sido un editor perspicaz e inteligente que ha hecho de este libro algo muchísimo mejor de lo que era. Por lo

demás, quisiera dar las gracias a George Gibson, Bill Swainson e Imogen Corke, todos ellos miembros de la misma casa editorial.

Estoy en deuda también con mis fantásticos agentes: Peter Robinson en Londres y Richard Pine en Nueva York.

Danny Kushlick y Steve Rolles han sido en Londres mis guías en el tema aquí tratado durante más de una década. A ellos se debe la mejor investigación realizada en el mundo sobre la prohibición de las drogas. En Ciudad Juárez y el norte de México, mi guía, traductor y amigo fue Julián Cardona, un periodista excelente y una excelente persona. Además estoy en deuda con

Sandra Rodríguez, del periódico juarense *El Diario*. En El Paso, Sandra, Carlos y Alejandra Spektor fueron de inestimable ayuda a la hora de ponerme en contacto con las víctimas de la guerra de las drogas en México con los que ellos trabajan en su maravillosa organización, Mexicanos en Exilio. Quiero dar también las gracias a Josie Font por sus traducciones.

En Phoenix no podría haber salido adelante sin la fantástica Peggy Plews, que cada día emprende una heroica lucha en defensa de los derechos de los prisioneros de Arizona y que continuamente saca a la luz las atrocidades que contra ellos se cometen,

tarea en la que colaboran asimismo Donna Leone Hamm, Stephen Lemons y Mike Mann. El trabajo que realizan denunciando la guerra contra los drogadictos de su estado sigue en marcha. En Baltimore, conté con la ayuda de Donny Andrews, que fue mi guía en la ciudad, mientras que en Las Vegas fue el doctor Rob Hunter quien me explicó lo que es la ludopatía, y además tuvo la gentileza de permitirme participar en una de las reuniones que organiza su grupo de Jugadores Anónimos. En Nueva York, Rachel Schubert, Christopher Rogers, Antonia Cedrone, Carlos Saavedra y Gentian Mullaj me proporcionaron un apoyo

inestimable. Asimismo la magnífica Drug Policy Alliance me prestó una ayuda muy valiosa, sobre todo Tony Newman y Ethan Nadelmann.

En Vancouver, quisiera dar las gracias a todos los que trabajan en la Portland Hotel Society, pero en especial a Liz Evans. En Washington D. C., Jasmine y Billie Tyler fueron unos guías magníficos además de personas formidables. En Uruguay, Alex Ferreira fue mi guía en la ciudad. Allí conté con la ayuda de Hannah Hetzer, Geoffrey Ramsey y Will Carless, además de Dario Moreno, que tradujo mi entrevista con el presidente Mujica. En Stanford,

Charlie Keeden hizo algunas investigaciones para mí en los archivos de George White.

Por otra parte, quisiera dar también las gracias a todos los que han leído el libro y cuyos comentarios me han permitido mejorarlo o me han sido de ayuda en algún sentido. Entre ellos están Patrick Strudwick, Jessica Smerin, Josepha Jacobson, Adam Thirlwell, Russell Brand, Lizzie Davidson, Noam Chomsky, Sarah Punshon, Daniel Bye, Tom Angell, Evgeny Lebedev, Ammie al-Whatey, Rachel Seifert, Glenn Greenwald, Arianna Huffington, Eugene Jarecki, Sarah Morrison, Jeremy Heimans, Alnoor Lahda, Ali Weiner,

Jack Bootle, Alex Romain, Ronan McCrea, Matthew Bloch, Greg Sanderson, Josh Cullimore, Anna Powell-Smith, David Pearson, Dorothy Byrne, Rupert Everett, Peter Marshall, Chris Wilkinson, Owen Jones, Damon Barrett, Matthew Todd, Stephen Fry, Matt Getz, Deborah Orr, Sally-Ann Larson, Zoe Ross, Joss Garman, Ben Stewart, Anna Moschovakis, Dennis Hardman, Simon Wills, mis padres, Violet y Eduard Hari, mis hermanos Steven y Elisa y mi cuñada Nicola.

La Asociación Internacional de Reducción de Daños cubrió los costes de mi viaje al congreso de la Federación Mundial contra las Drogas, organizado

en Estocolmo, como pago por un breve reportaje sobre el mismo donde relaté lo que allí vi; estoy muy agradecido a Mike Trace por haberme facilitado esta ayuda. Por otra parte, *Le Monde Diplomatique* me envió a Uruguay para que escribiera un artículo sobre el presidente Mujica, en el cual utilicé algunos de los datos e informaciones que ofrezco en el libro; gracias, Renaud Lambert y Serge Halimi, por haberlo hecho posible. Airbnb y los autobuses Greyhound me han permitido desplazarme por muchos lugares a un coste asequible. Por último, Amanda Fielding y la Fundación

Beckley compartieron conmigo buena parte de su extraordinaria investigación científica.

Los dos mejores biógrafos de Billie Holiday, Julia Blackburn y Donald Henderson Clarke, fueron sumamente generosos al compartir conmigo sus ideas y sus conocimientos sobre la cantante, sin contar que el archivo de Julia me ha sido de gran utilidad. El ahijado de Billie, Bevan Dufty, tuvo la gentileza de facilitarme los escritos de su madre y de transmitirme sus impresiones sobre el asunto. Por lo demás, Caroline Higgins y Natalie Haynes, amigas y expertas en el mundo clásico, revisaron la parte

correspondiente a los misterios eleusinos y corrigieron algún que otro error.

A lo largo de este viaje han sido muchos los científicos y médicos especializados en el campo de la drogadicción que han tenido la amabilidad de concederme algo de su tiempo y de explicarme algunos de los aspectos clave de la materia. En particular quisiera dar las gracias a David Nutt, Sophie Macken, Carl Hart, Raquel Peyraube, Paul Enck, Sunil Aggarwal, Scott Kellogg, Daniele Piomelli, Lance Dodes, Ambros Uchtenhagen, Barbara Broers, Richard DeGrandpre, Dylan Evans, Howard

Becker y Fabrizio Benedetti. En cuanto al texto en sí, hay varias personas que han hecho un trabajo excelente: Joe Daniels verificando la información, Emily DeHuff en la edición, Laura Phillips en la producción, Alan J. Kaufman y Kirsty Howarth en tanto abogados, y Stuart Rodger transcribiendo buena parte de mis entrevistas.

Huelga decir que todos los errores son responsabilidad mía. No obstante, agradecería al lector que, si encuentra alguno, lo ponga en mi conocimiento enviándome un e-mail a la dirección <chasingthescream@gmail.com>. Todos ellos aparecerán en la página web del

libro y se subsanarán en próximas ediciones. A partir de la publicación del libro colgaré durante un año, concretamente el primer día de cada mes, preguntas de los lectores a las que daré cumplida respuesta, y atenderé en todo momento las comunicaciones que reciba sobre los fallos detectados, explicando cuanto sea necesario sobre su corrección.

Y dejando lo mejor para el final, quisiera decir que estoy especialmente en deuda con Elton John, David Furnish y Andrew Sullivan, los maravillosos padrinos de los gais en todo el mundo; con Jemima Khan, Naomi Klein y Eve Ensler, las maravillosas madrinas de los

izquierdistas en todo el mundo; y con Barbara Bateman, mi madrina particular. Sin ellos nunca hubiera podido escribir este libro.

Bibliografía

Acker, Caroline Jean, y Stacey W. Tracy (comps.), *Altering American Consciousness*, Amherst, MA, University of Massachusetts Press, 2004.

Acker, Caroline Jean, *Creating the American Junkie: Addiction Research in the Classic Era of*

Narcotic Control, Baltimore, MD,
Johns Hopkins University Press,
2006.

Albarelli, H. P., Jr., *A Terrible Mistake:
The Murder of Frank Olson and
the CIA's Secret Cold War
Experiments*, Walterville, OR,
Trine Day, 2009.

Alexander, Bruce K., *The Globalization
of Addiction: A Study in Poverty of
the Spirit*, Oxford, Oxford
University Press, 2008.

—, *Peaceful Measures: Canada's Way
Out of the «War on Drugs»*,
Toronto, University of Toronto
Press, 1990.

—, «Rise and Fall of the Official View of Addiction», publicado en la página web de Globalization of Addiction,

<<http://globalizationofaddiction.ca/>>

Alexander, Michael, *Jazz Age Jews*, NJ, Princeton, Princeton University Press, 2001.

Alexander, Michelle, *The New Jim Crow*, Nueva York, New Press, 2010.

Andreas, Peter (comp.), *Policing the Globe: Criminalization and Crime Control in International Relations*, Oxford, Oxford University Press, 2006.

Anslinger, Harry, *The Murderers: The Shocking Story of the Narcotics Gang*, Nueva York, Garden City Press, 1962.

—, *The Protectors: Our Battle Against the Crime Gangs*, Nueva York, Farrar, Straus and Co., 1966.

— y William F. Tompkins, *The Traffic in Narcotics*, Nueva York, Funk and Wagnall's, 1953.

Arpaio, Joe, y Len Sherman, *Joe's Law: America's Toughest Sheriff Takes On Illegal Immigration, Drugs, and Everything Else That Threatens America*, Nueva York, Amacom Books, 2008.

Attwood, Shawn, *Hard Time: Life with Sheriff Joe Arpaio in America's Toughest Jail*, Nueva York, Skyhorse Publishing, 2011.

Balko, Radley, *Overkill: The Rise of Paramilitary Police Raids in America*, Washington D. C., Cato Institute, 2006.

—, *Rise of the Warrior Cop*, Nueva York, PublicAffairs, 2013.

Barrett, Damon (comp.), *Children of the Drug War: Perspectives on the Impact of Drug Policies on Young People*, Londres, International Debate Education Association, 2011.

Baum, Dan, *Smoke and Mirrors*, Nueva York, Little, Brown, 1996.

Becker, Howard, *Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance*, Nueva York, Free Press, 1966.

Beith, Malcolm, *The Last Narco: Hunting El Chapo, the World's Most Wanted Drug Lord*, Nueva York, Penguin, 2010.

Benavie, Arthur, *Drugs: America's Holy War*, Nueva York, Routledge, 2009.

Bennett, William J., John R., DiIulio y John P., Walters, *Body Count: Moral Poverty and How to Win America's War Against Crime and Drugs*, Nueva York, Simon & Schuster, 1996.

Bergmann, Luke, *Getting Ghost: Two Young Lives and the Struggle for the Soul of an American City*, Nueva York, New Press, 2008.

Bewley-Taylor, David, *The United States and International Drug Control, 1909-1997*, Nueva York, Continuum, 1999.

—, *International Drug Control: Consensus Fractured*, Cambridge, Cambridge, UK, University Press, 2012.

Blackburn, Julia, *With Billie: A New Look at the Unforgettable Lady Day*, Nueva York, Vintage, 2005.

Blackman, Shane, *Chilling Out: The Cultural Politics of Substance Consumption, Youth and Drug Policy*, Nueva York, Open University Press, 2004.

Bonnie, Richard J., y Charles H. Whitebread, *The Marijuana Conviction: A History of Marijuana Prohibition in the United States*, Nueva York, Lindesmith Center, 1999.

Bowden, Charles, *Down by the River: Drugs, Money, Murder and Family*, Nueva York, Simon & Schuster, 2004.

—, *Murder City: Ciudad Juárez and the Global Economy's New Killing Fields*, Nueva York, Nation Books, 2010.

—, *A Shadow in the City*, Nueva York, Harcourt, 2005.

Bowden, Mark, *Killing Pablo*, Nueva York, Penguin, 2001.

Boyd, Susan, Donald MacPherson y Bud Osborn (comps.), *Raise Shit! Social Action Saving Lives*, Vancouver, Fernwood Publishing, 2009.

Brand, Russell, *My Booky Wook*, Londres, Hodder, 2007.

—, *Booky Wook 2: This Time It's Personal*, Londres, HarperCollins, 2010.

Burroughs, William, *Junky*, Nueva York, Penguin, 2003 (trad. cast.: *Yonqui*, Barcelona, Anagrama, 1997).

Butler, Paul, *Let's Get Free: A Hip-Hop Theory of Justice*, Nueva York, New Press, 2009.

Callender, reverendo Eugene, *Nobody's a Nobody: The Story of a Harlem Ministry Hard at Work to Change America*, Nueva York, CreateSpace Independent Publishing Platform, 2012.

Campbell, Howard, *Drug War Zone: Frontline Dispatches from the Streets of El Paso and Juárez*, Austin, University of Texas Press, 2009.

Campbell, Larry, Neil Boyd y Lori Culbert, *A Thousand Dreams: Vancouver's Downtown Eastside and the Fight for Its Future*, Vancouver, D&M Publishers Incorporated, 2009.

Campbell, Nancy, J. P. Olsen y Luke Walden, *The Narcotic Farm: The Rise and Fall of America's First Prison for Drug Addicts*, Nueva York, Abrams, 2008.

Campos, Isaac, *Home Grown: Marijuana and the Origins of Mexico's War on Drugs*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 2012.

Carpenter, Ted Galen, *Bad Neighbor Policy: Washington's Futile War on Drugs in Latin America*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2003.

Carroll, Jim, *The Basketball Diaries*, Nueva York, Penguin, 1995.

Chadwick, Charlie, y Howard Parker, *Wirral's Enduring Heroin Problem: The Prevalence, Incidence and the Characteristics of Drug Use in Wirral, 1984-1987*, proyecto de investigación sobre el

abuso de drogas, presentado en la Comisión Asesora sobre Drogas del Wirral, Departamento de Estudios Sociales, Universidad de Liverpool, 1988.

Chilton, John, *Billie's Blues*, Nueva York, Quartet Books, 1975.

Clarke, Donald, *Billie Holiday: Wishing on the Moon*, Cambridge, MA, Da Capo Press, 2000.

Clarke, Donald Henderson, *In the Reign of Rothstein*, Ann Arbor, MI, University of Michigan Press, 2006.

Clegg, Bill, *Portrait of an Addict as a Young Man: A Memoir*, Nueva York, Jonathan Cape, 2010.

Cordano, José Alberto, *Mujica en búsqueda*, Montevideo, Uruguay, Editorial Fin de Siglo, 2009.

Courtright, David, Don Des Jarlais y Herman Joseph, *Addicts Who Survived: An Oral History of Narcotic Use in America, 1923-1965*, Knoxville, TN, University of Tennessee Press, 1989.

Coupland, Douglas, *City of Glass*, ed. rev., Vancouver, Douglas and McIntyre, 2009.

Csete, Joanne, *From the Mountaintops*, Londres, Open Society Foundation, 2011.

Davenport-Hines, Richard, *The Pursuit of Oblivion*, Nueva York, W. W. Norton, 2003.

DeGrandpre, Richard, *The Cult of Pharmacology: How America Became the World's Most Troubled Drug Culture*, Durham, NC, Duke University Press, 2006.

Demers, Charles, *Vancouver Special*, Vancouver, Arsenal Pulp Press, 2009.

Dhywood, Jeffrey, *World War D: The Case Against Prohibitionism: A Roadmap to Controlled Re-legalization*, Columbia Communications, Inc., 2011.

Domoslawski, Artur, *Drug Policy in Portugal: The Benefits of Decriminalizing Drug Use*, Nueva York, Open Society Foundations, 2011.

Edwards, Griffith (comp.), *Addiction: Evolution of a Specialist Field*, Londres, Blackwell, 2002.

Elsner, Alan, *The Gates of Injustice: The Crisis in America's Prisons*, Nueva York, FT Press, 2004.

Elton, Ben, *High Society*, Londres, Black Swan, 2003.

Eppinga, Jane, *Arizona Sheriffs: Badges and Bad Men*, Phoenix, AZ, Río Nuevo, 2006.

Epstein, Edward Jay, *Agency of Fear: Opiates and Political Power in America*, Nueva York, Verso Books, 1990.

Erlen, Jonathon, y Joseph F. Spillane (comps.), *Federal Drug Control: The Evolution of Policy and Practice*, Binghamton, NY, Haworth Press, 2004.

Escohotado, Antonio, *Historia elemental de las drogas*, Barcelona, Anagrama, 1997 (trad. ingl.: *A Brief History of Drugs: From the Stone Age to the Stoned Age*, South Paris, ME, Park Street Press, 1999).

Evans, Dylan, *Placebo: The Belief Effect*, Londres, HarperCollins, 2003.

Feiling, Tom, *The Candy Machine: How Cocaine Took Over the World*, Nueva York, Penguin Books, 2009.

Ferentzy, Peter, *Dealing with Addiction: Why the Twentieth Century Was Wrong*, Raleigh, NC, Lulu Enterprises Incorporated, 2010.

Ferreira, Hugo Gil, y Michael W. Marshall, *Portugal's Revolution: Ten Years On*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.

Fine, Doug, *Too High to Fail: Cannabis and the New Green Economic Revolution*, Nueva York, Gotham

Books, 2012.

Fish, Jefferson M. (comp.), *How to Legalize Drugs*, Northvale, NJ, Jason Aaronson, 1998.

Fox, Steve, Paul Armentano y Mason Tvert, *Marijuana Is Safer: So Why Are We Driving People to Drink?*, White River Junction, VT, Chelsea Green, 2009.

García, Alfredo, *Pepe. Coloquios*, Montevideo, Uruguay, Fin de Siglo, 2009.

García Márquez, Gabriel, *Noticia de un secuestro*, Barcelona, Plaza & Janés, 2000 (trad. ingl.: *News of a Kidnapping*, Nueva York, Vintage, 2008).

Gerber, Rudolph Joseph, *Legalizing Marijuana: Drug Policy Reform and Prohibition Politics*, Westport, CT, Greenwood Publishing, 2004.

Gerhardt, Sue, *Why Love Matters*, Londres, Routledge, 2004.

Gibler, John, *To Die In Mexico: Dispatches from Inside the Drug War*, San Francisco, City Lights, 2011.

Glenny, Misha, *McMafia*, Londres, Bodley Head, 2008 (trad. cast.: *McMafia: el crimen sin fronteras*, Barcelona, Destino, 2009).

Goblet d'Alviella, Eugène, *The Mysteries of Eleusis: The Secret Rites and Rituals of the Classical*

Greek Mystery Tradition,
Wellingborough, Aquarian Press,
1981.

González Rodríguez, Sergio, *The Femicide Machine*, Los Ángeles, Semiotext(e), 2012.

Graham-Mulhall, Sara, *Opium: The Demon Flower*, Montrose, Montrose Publishing Company, distribuido por World Foundation for Public Enlightenment on Traffic in Opium, 1928.

Gray, Judge James P., *Why Our Drug Laws Failed and What We Can Do About It: A Judicial Indictment of the War on Drugs*, Filadelfia, PA, Temple University Press, 2001.

Gray, Mike, *Drug Crazy*, Nueva York, Random House, 1998.

Grayson, George W., y Samuel Logan, *The Executioner's Men: Los Zetas, Rogue Soldiers, Criminal Entrepreneurs, and the Shadow State They Created*, New Brunswick, NJ, Transaction, 2012.

Greenfield, Robert, *Timothy Leary: A Biography*, Nueva York, Harcourt, 2006.

Greenwald, Glenn, *With Liberty and Justice for Some*, Nueva York, Metropolitan Books, 2011.

Grillo, Ioan, *El Narco: Inside Mexico's Criminal Insurgency*, Nueva York, Bloomsbury Press, 2011 (trad.

cast.: *El narco: en el corazón de la insurgencia criminal mexicana*, México, Tendencias, 2012).

Grim, Ryan, *This Is Your Country on Drugs: the Secret History of Getting High in America*, Hoboken, John Wiley and Sons, 2009.

Harney, Malachi, y John Cross, *The Narcotic Officer's Notebook*, Springfield, IL, Charles C. Thomas, 1973.

Heather, Nick (comp.), *The Essential Handbook of Treatment and Prevention of Alcohol Problems*, Hoboken, John Wiley and Sons, 2004.

Hentoff, Nat, *At the Jazz Band Ball*, Berkeley, CA, University of California Press, 2010.

—, *The Jazz Life*, Cambridge, MA, Da Capo Press, 1961.

Herivel, Tara, y Paul Wright (comps.), *Prison Profiteers: Who Makes Money from Mass Incarceration*, Nueva York, New Press, 2007.

Hickman, Timothy A., *The Secret Leprosy of Modern Days: Narcotic Addiction and Cultural Crisis in the United States, 1870-1920*, Amherst, MA, University of Massachusetts Press, 2007.

Hillman, D. C. A., *The Chemical Muse: Drug Use and the Roots of Western Civilization*, Nueva York, St. Martin's Press, 2008.

Holiday, Billie, con William Dufty, *Lady Sings the Blues*, Londres, Penguin UK, 1984 (trad. cast.: *Lady Sings the Blues*, Barcelona, Tusquets, 1998).

Huang, Yunte, *Charlie Chan: The Untold Story of the Honorable Detective and His Rendezvous with American History*, Nueva York, W. W. Norton, 2010.

Huidobro, Eleuterio, *La fuga de Punta Carretas*, Montevideo, Uruguay, Banda Oriental, 2012.

— y Mauricio Rosencof, *Memorias del calabozo*, Montevideo, Uruguay, Banda Oriental, 1988.

Huxley, Aldous, *The Doors of Perception*, Nueva York, Vintage, 2004 (trad. cast.: *Las puertas de la percepción. Cielo e infierno*, Barcelona, Edhasa, 1997).

Inkster, Nigel, y Virginia Comolli, *Drugs, Insecurity and Failed States: The Problems of Prohibition*, Londres, Routledge, 2012.

Jack, Malcolm, *Lisbon: City of the Sea. A History*, Londres, I. B. Tauris, 2007.

Jarvis, Brian, *Cruel and Unusual: Punishment and U.S. Culture*, Sterling, VA, Pluto Press, 2004.

Jay, Mike, *Emperors of Dreams: Drugs in the Nineteenth Century*, Sawtry, Cambridgeshire, Dedalus, 2000.

—, *High Society: Mind-Altering Drugs in History and Culture*, Londres, Thames and Hudson, 2010.

Jonnes, Jill, *Hep-Cats, Narcs, and Pipe Dreams*, Nueva York, Scribner, 1996.

Kaiser, David, *How the Hippies Saved Physics: Science, Counterculture, and the Quantum Revival*, Nueva York, W. W. Norton, 2011.

Katcher, Leo, *The Big Bankroll: The Life and Times of Arnold Rothstein*, Cambridge, MA, Da Capo Press, 1994.

Kayman, Martin, *Revolution and Counter-Revolution in Portugal*, Wolfeboro, NH, Merlin Press, 1987.

Kerényi, Carl, *Eleusis: Archetypal Image of Mother and Daughter*, Princeton, Princeton University Press, 1967 (trad. cast: *Eleusis: imagen arquetípica de la madre y la hija*, Madrid, Siruela, 2004).

Keys, Daniel Patrick, y John F. Galliher, *Confronting the Drug Control Establishment: Alfred Lindesmith*

as a Public Intellectual, Nueva York, SUNY Press, 2000.

King, Alexander, *May This House Be Safe from Tigers*, Londres, Heinemann, 1960.

King, Rufus, *The Drug Hang-Up: America's Fifty-Year Folly*, Nueva York, W. W. Norton, 1972.

Kobler, John, *Capone: The Life and World of Al Capone*, Cambridge, MA, Da Capo Press, 1992 (trad. cast.: *Capone*, Barcelona, Plaza y Janés, 1979).

Kuntz, Joelle, *Switzerland: How an Alpine Pass Became a Country*, Historiator Editions, 2008.

Lasch, Christopher, *The Culture of Narcissism: American Life in an Age of Diminishing Expectations*, Nueva York, W. W. Norton, 1991.

Lee, Martin A., and Bruce Shlain, *Acid Dreams: The CIA, LSD, and the Sixties Rebellion*, Grove Press, 1985.

Levine, Michael, *Deep Cover: The Inside Story of How DEA Infighting, Incompetence and Subterfuge Lost Us the Biggest Battle of the Drug War*, Backprint, Lincoln, NE, Authors Guild, 2000.

Liddy, G. Gordon, *Will*, Nueva York, St. Martin's Press, 1998.

Lindesmith, Alfred, *The Addict and the Law*, edición online, <<http://www.druglibrary.eu/library/>

Longmire, Sylvia, *Cartel: The Coming Invasion of Mexico's Drug Wars*, Nueva York, Palgrave, 2011.

Lowes, Peter, *The Genesis of International Narcotics Control*, Ginebra, Suiza, Librairie Droze, 1966.

Lynch, Mona, *Sunbelt Justice: Arizona and the Transformation of American Punishment*, Redwood City, CA, Stanford University Press, 2010.

Lynch, Timothy (comp.), *After Prohibition: An Adult Approach to Drug Policies in the 21st Century*, Washington D. C., Cato Institute, 2000.

MacCoun, Robert J., y Peter Reuter (comps.), *Drug War Heresies: Learning from Other Vices, Times, and Places*, Cambridge, UK, Cambridge University Press, 2006.

Mailer, Phil, *Portugal: The Impossible Revolution?*, Londres, Solidarity London, 1977.

Malinowska-Sempruch, Kasia, y Sarah Gallagher (comps.), *War on Drugs, HIV/AIDS and Human Rights*,

Nueva York, International Debate Education Association, 2004.

Marez, Curtis, *Drug Wars: The Political Economy of Narcotics*, Minneapolis, MN, University of Minnesota Press, 2004.

Margolick, David, *Strange Fruit: Billie Holiday, Café Society, and an Early Cry for Civil Rights*, Edimburgo, Canongate Books, 2001.

Marincolo, Sebastian, *High: Insights on Marijuana*, Indianapolis, IN, Dog Ear Publishing, 2010.

Martínez, Óscar J., *Border Boom Town: Ciudad Juárez Since 1848*, Austin, TX, University of Texas Press,

1978 (trad. cast.: *Ciudad Juárez: el auge de una ciudad fronteriza a partir de 1848*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982).

Massing, Michael, *The Fix*, Berkeley, CA, University of California Press, 2000.

Maté, Gabor, *In the Realm of Hungry Ghosts: Close Encounters with Addiction*, Berkeley, North Atlantic Books, 2010.

—, *Scattered Minds: The Origins and Healing of Attention Deficit Disorder*, Toronto, ON, Knopf Canada, 1999.

—, *When the Body Says No: Exploring the Stress-Disease Connection*, Hoboken, NJ, John Wiley and Sons, 2011.

McKenna, Terence, *Food of the Gods: A Radical History of Plants, Drugs and Human Evolution*, Nueva York, Random House, 1992 (trad. cast.: *El manjar de los dioses. La búsqueda del árbol de la ciencia del bien y del mal: una historia de las plantas, las drogas y la evolución humana*, Barcelona, Paidós, 1994).

McKibben, Bill, *Deep Economy: The Wealth of Communities and the Durable Future*, Nueva York, Holt

Paperbacks, 2007.

McWilliams, John C., *The Protectors: Harry J. Anslinger and the Federal Bureau of Narcotics, 1930-1962*, Newark, University of Delaware Press, 1991.

Merryman, John Henry, *Stanford Legal Essays*, Stanford, CA, University of California Press, 1975.

Miller, Richard Lawrence, *The Case for Legalizing Drugs*, Santa Bárbara, CA, Praeger, 1991.

—, *Drug Warriors and Their Prey: From Police Power to Police State*, Santa Bárbara, CA, Praeger, 1996.

Miron, Jeffrey, *Drug War Crimes: The Consequences of Prohibition*, Chicago, Independent Institute, 2004.

Molloy, Molly, y Charles Bowden (comps.), *Confessions of a Cartel Hit Man*, Londres, Arrow Books, 2012.

Moskos, Peter, *Cop in the Hood: My Year Policing Baltimore's Eastern District*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2008.

Murphy, Emily, *The Black Candle*, Toronto, ON, Thomas Allen, 1922.

Murtagh, John Martin, y Sara Harris, *Who Live in Shadow*, Londres, New English Library, 1960.

Musto, David, *The American Disease: Origins of Narcotic Control*, Oxford, UK, Oxford University Press, 1987.

Musto, David (comp.), *One Hundred Years of Heroin*, Westport, CT, Greenwood, 2002.

Nawa, Fariba, *Opium Nation: Child Brides, Drug Lords, and One Woman's Journey Through Afghanistan*, Nueva York, Harper Perennial, 2011.

Newark, Tim, *Boardwalk Gangster: The Real Lucky Luciano*, Nueva York, St. Martin's Press, 2010.

Nicholson, Stuart, *Billie Holiday*, Londres, Victor Gollancz, 1995.

Nutt, David, *Drugs Without the Hot Air: Minimising the Harms of Legal and Illegal Drugs*, Cambridge, UK, UIT Cambridge, 2012.

Okrent, Daniel, *Last Call: The Rise and Fall of Prohibition*, Nueva York, Simon & Schuster, 2012.

O'Meally, Robert, *Lady Day: The Many Faces of Billie Holiday*, Nueva York, Arcade Publishing, 1993.

O'Rourke, Beto, y Susie Byrd, *Dealing Death and Drugs: The Big Business of Dope in the U.S. and Mexico*, El Paso, TX, Cinco Puntos Press, 2011.

Osborn, Bud, *Hundred Block Rock*,
Vancouver, Arsenal Pulp Press,
1999.

—, *Signs of the Times*, Londres, Anvil
Press, 2005.

Parenti, Christian, *Lockdown America:
Police and Prisons in the Age of
Crisis*, Nueva York, Verso, 1999.

Pietrusza, David, *Rothstein: The Life,
Times, and Murder of the Criminal
Genius Who Fixed the 1919 World
Series*, Nueva York, Basic Books,
2003.

Pinchbeck, Daniel, *Breaking Open the
Head: A Psychedelic Journey into
the Heart of Contemporary*

Shamanism, Nueva York, HarperCollins, 2003.

Pisani, Elizabeth, *The Wisdom of Whores: Bureaucrats, Brothels, and the Business of AIDS*, Londres, Granta, 2009.

Pritchett, Wendell E., *Brownsville, Brooklyn: Blacks, Jews, and the Changing Face of the Ghetto*, Chicago, University of Chicago Press, 2002.

Putnam, Robert D., *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*, Nueva York, Simon & Schuster, 2000.

Quinones, Sam, *True Tales from Another Mexico*, Albuquerque, NM, University of New Mexico Press, 2001.

Rastello, Luca, *I Am the Market: How to Smuggle Cocaine by the Ton and Live Happily*, Londres, Granta, 2010.

Reding, Nick, *Methland: The Death and Life of an American Small Town*, Nueva York, Bloomsbury, 2009.

Reed, Jeremy, *Saint Billie*, Londres, Enitharmon Press, 2001.

Reinarman, Craig, y Harry Levine (comps.), *Crack in America: Demon Drugs and Social Justice*,

Berkeley, CA, University of California Press, 1997.

Rempel, William C., *At the Devil's Table: The Untold Story of the Insider Who Brought Down the Cali Cartel*, Nueva York, Random House, 2011.

Rolles, Steve, *After the War on Drugs: Blueprint for Regulation*, Bristol, UK, Transform, 2009.

Rosencof, Mauricio, y Eleuterio Huidobro, *Memorias del calabozo*, Montevideo, Bandas Orientales, 2004.

Rothstein, Carolyn, *Now I'll Tell*, Nueva York, Vanguard Press, 1934.

Ruck, Carl A. P., *Sacred Mushrooms of the Goddess: Secrets of Eleusis*, Berkeley, CA, Ronin Publishing, 2006.

Rudgley, Richard, *The Alchemy of Culture: Intoxicants in Society*, Londres, British Museum Press, 1993.

Sasso, Rolando W. (comp.), *Pepe en la radio, pensando el país*, Montevideo, Uruguay, Ediciones Participando, 2010.

Satel, Sally, y Scott O. Lilienfeld, *Brainwashed: The Seductive Appeal of Mindless Neuroscience*, Nueva York, Basic Books, 2013.

Schlesinger, Arthur, *Robert Kennedy and His Times*, vol. 1, Londres, Deutsch, 1978.

Schlosser, Eric, *Reefer Madness: Sex, Drugs, and Cheap Labor in the American Black Market*, Londres, Penguin, 2003.

Self, Will, *Junk Mail*, Londres, Bloomsbury, 1995.

Shapiro, Harry, *Shooting Stars: Drugs, Hollywood and the Movies*, Londres, Serpent's Tail, 2003.

—, *Waiting for the Man: The Story of Drugs and Popular Music*, Londres, Helter Skelter, 2003.

Shapiro, Nat, y Nat Hentoff, *Hear Me Talkin' to Ya: The Story of Jazz as Told by the Men Who Made It*, Nueva York, Penguin, 1962.

Siegel, Ronald K., *Intoxication: Life in Pursuit of Artificial Paradise*, Nueva York, Simon & Schuster, 1989.

Simon, David, y Ed Burns, *The Corner: A Year in the Life of an Inner-City Neighborhood*, Londres, Canongate, 2009.

Slater, Lauren, *Opening Skinner's Box: Great Psychological Experiments of the Twentieth Century*, Nueva York, W. W. Norton, 2004.

Sloman, Larry, *Reefer Madness: A History of Marijuana*, Nueva York, St. Martin's Griffin, 1998.

Sondern, Frederic, *Brotherhood of Evil: The Mafia*, Londres, Hamilton and Co., 1961.

Stevens, Alex, *Drugs, Crime and Public Health: The Political Economy of Drug Policy*, Londres, Routledge, 2011.

Strickland, Joy, *In the Mourning: A Mother's Journey from Tragedy to Triumph*, Dallas, TX, Strickland, 2010.

Sullum, Jacob, *Saying Yes: In Defense of Drug Use*, Nueva York, Penguin, 2003.

Szasz, Thomas, *Ceremonial Chemistry: The Ritual Persecution of Drugs, Addicts, and Pushers*, Londres, Routledge and Segan Paul, 1975.

—, *Our Right to Drugs: The Case for Free Markets*, Nueva York, Praeger, 1992.

Teachout, Terry, *Pops: The Wonderful World of Louis Armstrong*, Londres, JR Books, 2009.

Thompson, Hunter S., *Hell's Angels: A Strange and Terrible Saga*, Londres, Michael Joseph, 2009 (trad. cast.: *Los Ángeles del Infierno: una extraña y terrible saga*, Barcelona, Anagrama, 2009).

Thornton, Mark, *The Economics of Prohibition*, Salt Lake City, UT, University of Utah Press, 1991.

Tong, Benson, *The Chinese Americans*, Boulder, CO, University Press of Colorado, 2003.

Tosches, Nick, *King of the Jews: The Greatest Mob Story Never Told*, Nueva York, Hamish Hamilton, 2005.

Trebach, Arnold S., *The Heroin Solution*, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 1982.

Uchtenhagen, Ambros y otros, *Prescription of Narcotics for Heroin Addicts: Main Results of*

the Swiss National Cohort Study,
Basel y Londres, Karger, 2000.

Vail, Ken, *Lady Day's Diary: The Life of Billie Holiday, 1937-1959*,
Londres, Castle Communications,
1996.

Valentine, Douglas, *The Strength of the Pack: The Personalities, Politics and Espionage Intrigues That Shaped the DEA*,
Walterville, OR,
TrineDay, 2009.

—, *The Strength of the Wolf: The Secret History of America's War on Drugs*,
Nueva York, Verso Books,
2004.

Vulliamy, Ed, *Amexica: War Along the Borderline*, Londres, Bodley Head, 2010 (trad. cast.: *Amexica: guerra en la frontera*, Barcelona, Tusquets, 2012).

Wallace, David, *Capital of the World: A Portrait of New York City in the Roaring Twenties*, Guildford, CT, Lyons Press, 2011.

Walker, Stanley, *The Night Club Era*, Baltimore, MD, Johns Hopkins University Press, 1999.

Walker, William O., *Drug Control in the Americas*, Albuquerque, NM, University of New Mexico Press, 1981.

Walton, Stuart, *Out of It: A Cultural History of Intoxication*, Londres, Penguin, 2001 (trad. cast.: *Colocados: una historia cultural de la intoxicación*, Barcelona, Alba, 2003).

Warner, Jessica, *Craze: Gin and Debauchery in an Age of Reason*, Londres, Profile, 2003.

Wasson, R. Gordon, Albert Hofmann y Carl A. P. Ruck, *The Road to Eleusis: Unveiling the Secret of the Mysteries*, Nueva York, Harcourt, 1978 (trad. cast.: *El camino a Eleusis*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1993).

Watt, Peter, y Roberto Zepeda, *Drug War Mexico: Politics, Neoliberalism and Violence in the New Narcoeconomy*, Londres, Zed Books, 2012.

Weston, Paul (comp.), *Narcotics USA*, Nueva York, Greenberg, 1952.

Whipple, Sidney, *Noble Experiment: A Portrait of America Under Prohibition*, Londres, Methuen, 1934.

White, John, *Billie Holiday: Her Life and Times*, Universe Books, 1987.

White, William M., *Slaying the Dragon: The History of Addiction Treatment and Recovery in*

America, Bloomington, IL, Chestnut Health Systems, 1998.

Williams, E. H., *Opiate Addiction: Its Handling and Treatment*, Nueva York, The Macmillan Co., 1922.

Williams, Henry Smith, *Adding Years to Your Life*, Nueva York, Hearst's International Library Co., 1914.

—, *Drug Addicts Are Human Beings*, Washington D. C., Shaw Publishing Company, 1938.

—, *Drugs Against Men*, Reprint, Nueva York, Arno Press, 1981.

— (comp.), *The Historians' History of the World*, vol 3., Encyclopedia Britannica Company, 1926.

—, *Luther Burbank*, Nueva York, Hearst's International Library Co., 1915.

—, *The Science of Happiness*, Nueva York, Londres, Harper & Brothers Publishers, 1909.

—, *The Survival of the Fittest*, Nueva York, R. M. McBride & Co., 1932.

Woods, Sally C., *Heroin and Methadone Substitution Treatments*, tesis no publicada, Universidad John Moores de Liverpool, 2005.

Yardley, Tom, *Why We Take Drugs: Seeking Excess and Communion in the Modern World*, Londres y Nueva York, Routledge, 2012.

DOCUMENTALES

8 Murders a Day, producido por Charlie Minn (2011).

Bastards of the Party, producido por Alex Alonso y Lisa Caruso (2005).

Billie Holiday: Sensational Lady (serie «Reputations» de la BBC), producido por David F. Turnbull (2001).

Cocaine Unwrapped, producido por Rachel Siefert (2011).

Dateline NBC: Inside Mexico's Drug War, producido por Solly Granatstein y Rayner Ramírez (2011).

Endgame: AIDS in Black America,
producido por Raney Aaronson
(2012).

The Fix, producido por Nettie Wild y
Betsy Carson (2012).

Gladiator Days, producido por Marc
Levin (2002).

The House I Live In, producido por
Eugene Jarecki (2013).

Jazz, dirigido por Ken Burns y
producido por Wynton Marsalis
(2000).

Nothing Personal, «Young Guns»,
episodio 5, producido por Steve
Schirripa (2011).

Our Drug War, producido por Angus
MacQueen (2011).

Pablo's Hippos, producido por Lawrence Elman y Antonio von Hildebrand (2010).

Return Engagement, dirigido por Alan Rudolf (1983).

Sins of My Father, dirigido por Nicolas Entel (2009).

ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS

Archivos de Harry Anslinger en Penn State University, Pensilvania.

Archivos de George White en la Universidad de Stanford, California.

Archivo Nacional en San Francisco,
California.

Biblioteca del Wellcome Trust, Londres.

Archivos de la Oficina Federal de
Estupefacientes, Virginia.

Biblioteca Pública de Nueva York.

Biblioteca del Congreso, Washington D.
C.

Biblioteca Británica, Londres.

Archivos de Julia Blackburn en la
Biblioteca Brotherton, Universidad
de Leeds.

Registro Civil de Phoenix, Arizona.

Notas

Las declaraciones que no aparecen citadas en estas páginas fueron grabadas por el autor y pueden escucharse en la página web del libro: www.chasingthescream.com.

1. El editor del libro ha verificado por su cuenta esta información, para lo cual ha contactado con mi exnovio y ha revisado documentos de ese familiar mío.

2. El editor ha comprobado todo lo relativo a mi consumo de drogas con el médico que me trató entonces y posteriormente.

3. Poco después me vi envuelto en una polémica en la prensa. Me gustaría destacar que dicha controversia —y reconozco que lo que hice estuvo mal— no tiene nada que ver con mi consumo de drogas en esa época. Hice aquello antes de dicho periodo y seguí haciéndolo después; por lo tanto, no hay relación alguna entre ambos hechos.

4. Esta es solo una de las muchas razones por las que me fui a Nueva York aquel verano, pero es la única relevante para lo que aquí describimos.

5. Estos países son: Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña, México, Portugal, Suiza, Suecia, Uruguay y Vietnam.

1. Archivos de Anslinger, caja 1, carpeta 10, «Discurso del comisario general de estupefacientes ante el Congreso Nacional sobre Delincuencia».

2. El sociólogo Howard Becker, en su libro *Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance*, fue el primero que describió a Harry Anslinger como un «emprendedor moral» que puso en marcha la guerra de las drogas para salvar a su departamento y al personal que en él trabajaba. Posteriormente yo mismo entrevisté a Becker. La lectura de los archivos de Anslinger me confirmó que Becker estaba en lo cierto y que fue muy clarividente.

3. Harry Anslinger, *The Murderers: The Shocking Story of the Narcotics Gang*, págs. 17-18; Jill Jonnes, *Hep-Cats, Narcs and Pipe-Dreams: A History of America's Romance With Illegal Drugs*, pág. 91.

4. Anslinger, *The Murderers*.

5. *Ibid.*

6. Larry Sloman, *Reefer Madness*, pág. 258.

7. David Pietrusza, *Rothstein: The Life, Times, and Murder of the Criminal Genius Who Fixed the 1919 World Series*, pág. 17.

8. Nick Tosches, *King of the Jews*, pág. 32.
Leo Katcher, *The Big Bankroll: The Life and Times of Arnold Rothstein*, págs. 18-19.

9. John White, *Billie Holiday*, págs. 18-19.

10. Entrevista a Billie Holiday realizada por Mike Wallace el 8 de noviembre de 1956; se encuentra en los archivos de Julia Blackburn, caja 18, notas de Linda Kuehl, vol. VIII.

11.

<http://www.bbc.co.uk/blogs/thereporters/markwe_imagine_a_britain_where.html>, consultado el 9 de diciembre de 2012. Véase también Marek Kohn, *Dope Girls*, pág. 33.

12. Esta descripción se basa en las imágenes de Billie que aparecen en el quinto episodio de la serie «Jazz», de Ken Burns.

13. Julia Blackburn, *With Billie*, pág. 112.

14. La historia de esta canción está muy bien relatada en el libro de David Margolick, *Strange Fruit: Billie Holiday, Café Society, and an Early Cry for Civil Rights*.

15. John White, *Billie Holiday*, págs. 24-25.

16. John Chilton, *Billie's Blues*, pág. 69.

17. Billie Holiday, *Lady Sings the Blues*, pág. 84.

18. Margolick, *Strange Fruit*, pág. 19.

19. Blackburn, *With Billie*, pág. 111.

20. Anslinger, *The Murderers*, págs. 16-24.
Douglas Valentine, *The Strength of the Wolf: The Secret History of America's War on Drugs*, pág. 21. Jonathon Erlen y Joseph F. Spillane (comps.), *Federal Drug Control: The Evolution of Policy and Practice*, pág. 66.

21. Harry Anslinger, *The Protectors: Our Battle Against the Crime Gangs*, pág. 24.

22. Anslinger, *The Murderers*, pág. 42.

23. Arthur Benavie, *Drugs: America's Holy War*, pág. 25; Rufus King, *The Drug Hang-Up*, pág. 45; Erlen y Spillane, *Federal Drug Control*, pág. 39.

24. Richard Davenport-Hines, *The Pursuit of Oblivion: A History of Narcotics*, pág. 275.

25. Valentine, *Strength of the Wolf*, pág. 298.

26. Sloman, *Reefer Madness*, pág. 196.
Valentine, *Strength of the Wolf*, pág. 32.

27. King, *Drug Hang-Up*, págs. 69-71; Erlen y Spillane, *Federal Drug Control*, pág. 61.

28. John McWilliams, *The Protectors: Harry J. Anslinger and the Federal Bureau of Narcotics, 1930-1962*, pág. 25.

29. *Ibid.*

30. *Ibid.*, pág. 26.

31. Anslinger, *The Murderers*, pág. 18.

32. *Ibid.*, págs. 18-20.

33. McWilliams, *Protectors*, pág. 27.

34. *Ibid.*

35. Anslinger, *Murderers*, pág. 19.

36. McWilliams, *Protectors*, pág. 28;
Anslinger, *Murderers*, pág. 19.

37. McWilliams, *Protectors*, pág. 28.
Anslinger, *Murderers*, págs. 17 y 81. Arthur
Schlesinger, *Robert Kennedy and His Times*,
vol. 1, pág. 268.

38. Anslinger, *Protectors*, pág. 82.

39. Anslinger, *Murderers*, pág. 79.

40. Sus archivos contienen muchos recortes de noticias.

41. Erlen y Spillane, *Federal Drug Control*,
pág. 64.

42. King, *Drug Hang-Up*, pág. 70.

43. *Ibid.*, pág. 64; Anslinger, *Murderers*, pág. 25.

44. Anslinger, *Murderers*, págs. 20-24.

45. *Ibid.*, págs. 20-21.

46. *Ibid.*, págs. 22-23.

47. *Ibid.*, págs. 23-24.

48. Archivos de Anslinger, caja 1, carpeta 1.

49. *Ibid.*

50. Anslinger, *Murderers*, pág. 23.

51. *Playboy*, febrero de 1970, «The Drug Revolution», pág. 74. En esta conversación, Anslinger asocia el consumo de drogas con la idea del colapso de la civilización, que es justamente lo que había defendido a lo largo de su carrera.

52. King, *Drug Hang-Up*, pág. 70; Anslinger, *Murderers*, pág. 11.

53. Anslinger, *Protectors*, págs. 10-15.

54. Sloman, *Reefer Madness*, pág. 36.

55. Anslinger, *Protectors*, pág. 42.

56. McWilliams, *Protectors*, pág. 33.

57. Sloman, *Reefer Madness*, pág. 20.

58. Erlen y Spillane, *Federal Drug Control*, págs. 68-69; McWilliams, *Protectors*, pág. 14.

59. Erlen y Spillane, *Federal Drug Control*,
pág. 76.

60. Richard Bonnie y Charles Whitehead, *The Marijuana Conviction: A History of Marijuana Prohibition in the United States*, págs. 32-40.

61. McWilliams, *Protectors*, pág. 53.

62. Sloman, *Reefer Madness*, pág. 39.

63. Erlen y Spillane, *Federal Drug Control*,
pág. 75.

64.

<<http://www.redhousebooks.com/galleries/assas>
consultado el 20 de marzo de 2013.

65. William O. Walker, *Drug Control in the Americas*, pág. 111.

66. Bonnie y Whitebread, *Marijuana Conviction*, pág. 117.

67. McWilliams, *Protectors*, pág. 61.

68. King, *Drug Hang-Up*, pág. 82.

69. Walker, *Drug Control in the Americas*,
pág. 113.

70. Erlen y Spillane, *Federal Drug Control*,
pág. 73.

71. Sloman, *Reefer Madness*, pág. 63.

72. *Ibid.*, pág. 61.

73.

<http://hightimes.com/lounge/ht_admin/8215>
consultado el 1 de abril de 2013.

74. Véase Isaac Campos, *Home Grown: Marijuana and the Origins of Mexico's War on Drugs*.

75. Erich Goode y otros, *Moral Panics: The Social Construction of Deviance*, págs. 196-202.

76. Extracto de «Marijuana—The New Prohibition», de John Kaplan. Véase <<http://www.drugtext.org/Marijuana-The-New-Prohibition/iv-marijuana-and-aggression.html>>, consultado el 7 de abril de 2013.

77. Sloman, *Reefer Madness*, pág. 62.

78. *Ibid.*

79. Steve Fox, Paul Armentano y Mason Tvert, *Marijuana Is Safer: So Why Are We Driving People to Drink?*, pág. 51.

80. Anslinger, *Murderers*, págs. 82 y 86.

81. Anslinger, *Protectors*, págs. 203-204.

82. Anslinger, *Murderers*, pág. 83.

83. Anslinger, *Protectors*, págs. 214-215.

84. Anslinger, *Murderers*, pág. 87.

85. Carolyn Gallaher, *On the Fault Line: Race, Class, and the American Patriot Movement*, pág. 140.

86. Valentine, *Strength of the Wolf*, pág. 63.

87. Sloman, *Reefer Madness*, pág. 207.

88. Valentine, *Strength of the Wolf*, pág. 64.

89. David Patrick Keys y John F. Galliher, *Confronting the Drug Control Establishment: Alfred Lindesmith as a Public Intellectual*, págs. 13 y 137.

90. Véase también John F. Galliher, David P. Keys y Michael Elsner, «“Lindesmith v. Anslinger”: An Early Government Victory in the Failed War on Drugs», *Journal of Criminal Law and Criminology*, vol. 88, n.º 2, invierno de 1998, págs. 661-682.

91. Richard Lawrence Miller, *The Case for Legalizing Drugs*, pág. 77.

92. Keys y Galliher, *Confronting the Drug Control Establishment*, pág. 160; King, *Drug Hang-Up*, págs. 62-63.

93. Hablé con Yolande Bavan, Annie Ross, Eugene Callendar, Bevan Dufty y Lorraine Feather.

94. Archivos de Anslinger, caja 9, carpeta 54,
«Músicos».

95. *Ibíd.* Anslinger no era el único que creía algo así: véase Harry Shapiro, *Waiting for the Man: The Story of Drugs and Popular Music*, págs. 56-61.

96. Shapiro, *Waiting for the Man*, pág. 72.

97. Archivos de Anslinger, caja 9, carpeta 54, «Músicos». Por lo visto se trata de un informe interno de la Oficina Federal de Estupefacientes, pero no está marcado como tal.

98. Sebastian Marincolo, *High: Insights on Marijuana*, pág. 106.

99. Archivos de Anslinger, caja 9, carpeta 54,
«Músicos».

101. En *The Protectors*, págs. 157-160, Anslinger se vanagloria de la detención de Parker por parte de sus hombres.

102. Terry Teachout, *Pops: The Wonderful World of Louis Armstrong*, págs. 156-158, aborda el asunto del consumo de marihuana de Armstrong y de cómo le afectaron a este las imputaciones legales de Anslinger. Véase también Shapiro, *Waiting for the Man*, pág. 60.

103. Shapiro, *Waiting for the Man*, págs. 74 y 89-90.

104. Shane Blackman, *Chilling Out: The Cultural Politics of Substance Consumption, Youth and Drug Policy*, pág. 83. Sloman, *Reefer Madness*, pág. 149. Shapiro, al igual que Sloman, habla de un «pogromo»: véase *Waiting for the Man*, pág. 67.

105.

<<http://druglibrary.org/schaffer/History/whiteb>:
consultado el 1 de octubre de 2012. Bonnie y
Whitebread, *Marijuana Conviction*, pág. 183.

106. «“Shoot First” is nation-wide slogan for raids on dope peddlers», revista *Pathfinder*, 23 de enero de 1952, pág. 24.

107. Shapiro, *Waiting for the Man*, pág. 73.
Bonnie y Whitebread, *Marijuana Conviction*,
pág. 185.

108. Jonnes, *Hep-Cats, Narcs, and Pipe Dreams*, pág. 129.

109. Bonnie y Whitebread, *Marijuana Conviction*, pág. 185. Shapiro, *Waiting for the Man*, pág. 71.

110. Anslinger, *Protectors*, págs. 150-164.

111. Holiday, *Lady Sings the Blues*, pág. 5.

112. Su nombre de nacimiento era Eleonora, pero para evitar equívocos siempre me refiero a ella como Billie, pese a que no adoptó este nombre hasta al cabo de unos años, cuando era una niña.

Por lo demás, en este capítulo he considerado en todo momento que *Lady Sings the Blues*, las memorias que Billie escribió en colaboración con William Dufty, son una fuente fiable. Sin embargo, no existe consenso a este respecto, pues en 1995 Stuart Nicholson, otro de sus biógrafos, revisó el libro y encontró, por ejemplo, que uno de los pasajes más disputados, aquel en el que describe su violación, no respondía del todo a la verdad. Véase Nicholson, *Billie Holiday*, pág. 6. La propia Billie reconoció en algún momento que Dufty había escrito las memorias por su cuenta —«Joder, tío, nunca he leído ese libro»—, pero el editor la hizo firmar en cada página del manuscrito como demostración de

que la cantante estaba de acuerdo con lo allí escrito. Véase Margolick, *Strange Fruit*, págs. 33-34.

113. Holiday, *Lady Sings the Blues*, pág. 5.

114. Robert O'Meally, *Lady Day: The Many Faces of Billie Holiday*, pág. 67. White, *Billie Holiday*, pág. 51; Holiday, *Lady Sings the Blues*, págs. 68-69; *Billie Holiday: Sensational Lady*, documental de la serie «Reputations», de la BBC; Shapiro, *Waiting for the Man*, pág. 99.

115. Holiday, *Lady Sings the Blues*, pág. 6.

116. White, *Billie Holiday*, pág. 14.

117. *Ibíd.*, pág. 17; Holiday, *Lady Sings the Blues*, pág. 8; O'Meally, *Lady Day*, pág. 171.

118. Holiday, *Lady Sings the Blues*, pág. 13.

119. *Ibíd.*, pág. 86.

120. Ken Vail, *Lady Day's Diary: The Life of Billie Holiday, 1937-1959*, pág. 4. En su autobiografía, *Lady Sings the Blues*, Billie se refiere a él como «señor Dick».

121. Holiday, *Lady Sings the Blues*, págs. 15-16 y 103.

122. Donald Clarke, *Billie Holiday: Wishing on the Moon*, pág. 34. No está del todo claro cuánto tiempo estuvo el señor Dick encarcelado. Clarke dice que tres meses, mientras que en sus memorias Billie asegura que fueron cinco años; véase Holiday, *Lady Sings the Blues*, pág. 17.

123. *Billie Holiday: Sensational Lady*, documental de la serie «Reputations», de la BBC.

124. White, *Billie Holiday*, pág. 18. Algunas de las personas encerradas en este centro confirmaron más adelante a sus entrevistadores que era un lugar brutal: véase O'Meally, *Lady Day*, págs. 79-81. Véanse también los archivos de Julia Blackburn, caja 18, notas de Linda Kuehl, vol. VIII, entrevista a Peter O'Brien y Michelle Wallace.

125. Holiday, *Lady Sings the Blues*, pág. 20. Billie asegura en sus memorias que su madre envió a alguien en su busca, pero la mayoría de las fuentes apuntan que en realidad fue Billie quien fue tras su madre.

126. Archivos de Julia Blackburn, caja 18,
notas de Linda Kuehl, vol. VIII.

127. Carpetas de Maely Dufty facilitadas por su hijo, Bevan Dufty; documento titulado «Introducción».

128. Revista *Ebony*, julio de 1949, pág. 32.

129. Holiday, *Lady Sings the Blues*, pág. 23. Algunos creen que en realidad Billie había ejercido la prostitución en Baltimore mucho antes, cuando era más joven: véase O'Meally, *Lady Day*, págs. 84-87.

130. *Billie Holiday: Sensational Lady*, documental de la serie «Reputations», de la BBC.

131. Blackburn, *With Billie*, pág. 43. Clarke, *Billie Holiday: Wishing on the Moon*, pág. 35. Mike Gray, *Drug Crazy*, pág. 107.

132. Archivos de Julia Blackburn, caja 18, notas de Linda Kuehl, vol. VIII, entrevista a Willard. No consta el apellido.

133. Así aparece en *The Long Night of Lady Day*, un documental de la BBC de 1984.

134. Chilton, *Billie's Blues*, pág. 127.

135. *Ibid.*, pág. 22.

136. Holiday, *Lady Sings the Blues*, págs. 103-104.

137. Entrevista a Eugene Callender.

138. Holiday, *Lady Sings the Blues*, pág. 34.

139. White, *Billie Holiday*, pág. 29.

140. Clarke, *Billie Holiday: Wishing on the Moon*, pág. 230.

141. *Ibid.* Véanse también los archivos de Julia Blackburn, caja 18, notas de Linda Kuehl, vol. VIII, entrevista a Sylvia Simms.

142. Nicholson, *Billie Holiday*, pág. 198.

143. *Billie Holiday: Sensational Lady*, documental de la serie «Reputations», de la BBC.

144. Blackburn, *With Billie*, pág. 209. Quería comprobar por mí mismo las fuentes originales de esta información sobre Jimmy Fletcher, pero la única fuente directa sobre él es la entrevista que le hizo Linda Kuehl. Cuando contacté con Toby Byron, propietario del archivo, me dijo que, desafortunadamente, la transcripción de la entrevista se había perdido. Esto supone que en adelante tendré que confiar únicamente en fuentes secundarias. Julia Blackburn y Donald Clarke fueron dos de las personas que leyeron dicha transcripción y ambos me hablaron de ella con bastante detalle cuando los telefoneé.

145. Entrevista a Douglas Valentine.

146. Blackburn, *With Billie*, pág. 207.

147. Entrevista a Douglas Valentine.

148. Clarke, *Billie Holiday: Wishing on the Moon*, pág. 254.

149. Blackburn, *With Billie*, pág. 207.

150. *Billie Holiday: Sensational Lady*, documental de la serie «Reputations», de la BBC.

151. Blackburn, *With Billie*, pág. 94.

152. *Ibíd.*, pág. 212.

153. Carpetas de Maely Dufty, documento titulado «Introducción».

154. Entrevista a Yolande Bavan. Véanse también los archivos de Julia Blackburn, caja 18, notas de Linda Kuehl, vol. VIII, entrevista a Peter O'Brien y Michelle Wallace.

155. William Dufty, «The True Story of Billie Holiday», artículo 3, serie del *New York Post*, archivos de Julia Blackburn, caja 18, carpeta VII.

156. Holiday, *Lady Sings the Blues*, pág. 118.

157. Blackburn, *With Billie*, pág. 213.

158. *Ibíd.* El nombre del perro aparece en los archivos de Julia Blackburn, caja 18, Linda Kuehl 1, entrevista a Memry Midgett.

159. Blackburn, *With Billie*, pág. 214.

160. *Ibíd.*, pág. 216. *Ibíd.*, pág. 11.

161. Entrevista a John Levy, notas de Linda Kuehl, vol. VII, caja 18.

162. Entrevista a Louis MacKay, notas de Linda Kuehl, vol. VIII, archivos de Julia Blackburn, caja 18.

163. Blackburn, *With Billie*, pág. 211.

164. *Ibid.*, pág. 11.

165. Holiday, *Lady Sings the Blues*, pág. 127.

166. Chilton, *Billie's Blues*, pág. 116.

167. Holiday, *Lady Sings the Blues*, págs. 129-130.

168.

<<http://www.nybooks.com/articles/archives/2000/pagination=false>>, consultado el 12 de marzo de 2014.

169. Vail, *Lady Day's Diary*, pág. 103.

170. *Billie Holiday: Sensational Lady*, documental de la serie «Reputations», de la BBC. White, *Billie Holiday*, pág. 93.

171. Clarke, *Billie Holiday: Wishing on the Moon*, pág. 252.

172. Holiday, *Lady Sings the Blues*, págs. 125-126.

173. Carpetas de Maely Dufty, «Introducción».

174. White, *Billie Holiday*, pág. 94.

175. Blackburn, *With Billie*, pág. 162.

176. *Ibíd.*, pág. 255.

177. *Ibíd.*, pág. 304. Holiday, *Lady Sings the Blues*, págs. 169-170. Billie fue rechazada como madre de acogida debido a su condena por drogas. Véase Shapiro, *Waiting for the Man*, pág. 97.

178. Archivos de Julia Blackburn, caja 18, notas de Linda Kuehl 1, apartado titulado «Billie H. se va a Cuba».

179. Archivos de Julia Blackburn, caja 18, notas de Linda Kuehl, artículo de *Ebony*: «I'm Cured Now» (sin fecha).

180. Archivos de Julia Blackburn, caja 18, notas de Linda Kuehl, vol. VIII, entrevista a Peter O'Brien y Michelle Wallace.

181. Ray Tucker, «News Behind the News»,
archivos de Anslinger, caja 5, carpeta 9.

182. McWilliams, *Protectors*, pág. 101. Es probable que Judy Garland fuese la mujer a la que Anslinger alude cuando dice que una de «nuestras estrellas de cine más queridas se ha retirado unos meses [...] para salvarse a sí misma»; véase *Murderers*, págs. 184-186.

183. Anslinger, *Murderers*, pág. 166.

184. Michelle Alexander, en su soberbio *The New Jim Crow*, ha relatado muy bien estos hechos en el marco de la larga historia de racismo de Estados Unidos. Otra exposición excelente es la que se encuentra en Timothy A. Hickman, *The Secret Leprosy of Modern Days*, págs. 60-92. Pero si descubrí el importante papel que han desempeñado los prejuicios contra los chinos en la prohibición de las drogas fue gracias a Richard Lawrence Miller, que habla de ello en el documental *The House I Live In*, de Eugene Jarecki. Además trata el asunto en sus libros *Drug Warriors and Their Prey*, pág. 26, y *The Case for Legalizing Drugs*, págs. 88-91.

185. Shapiro, *Waiting for the Man*, pág. 87.

186. Archivos de Anslinger, caja 1, carpeta 12,
«Entrevistas a médicos de nuestra época».

187. Archivos de Anslinger, caja 1, carpeta 10, «Foro de Nueva York: sábado 28 de abril de 1962, transcripción del programa». De hecho, antes de la prohibición había en los registros oficiales una presencia abrumadora de adictos de raza blanca. Fue tras la ilegalización cuando se empezó a constatar la mayor presencia de adictos negros, lo cual demostraría que esto era producto del racismo imperante en las fuerzas del orden en lugar de un fiel reflejo de la distribución de la adicción en el seno de la sociedad norteamericana. Véase King, *Drug Hang-Up*, págs. 108-109.

188. Ioan Grillo, *El Narco: Inside Mexico's Criminal Insurgency*, pág. 28.

189. Hickman, *Secret Leprosy*, págs. 77-78.

190. *Ibid.* Véanse también en este mismo libro, en la página 116, los comentarios de Hamilton Wright ante el Congreso. Parece que la idea de que el consumo de cocaína se disparaba entre los afroamericanos o que generaba psicosis entre ellos, no era más que un mito: en la época del miedo a la «negros cocainómanos», de los 2.100 afroamericanos ingresados en alguna institución psiquiátrica de Georgia, solo dos eran adictos a la cocaína. Véase Walker, *Drug Control in the Americas*, pág. 14.

191. King, *Drug Hang-Up*, págs. 27-28; Erlen
y Spillane, *Federal Drug Control*, págs. 12-13.

192. Benson Tong, *The Chinese Americans*, pág. 2; en las páginas 21-22 se exponen muy bien las razones de la emigración china. Véanse también David Musto, *The American Disease*, pág. 6; Craig Reinerman y Harry Levine (comps.), *Crack in America: Demon Drugs and Social Justice*, pág. 6; John Gibler, *To Die in Mexico: Dispatches from Inside the Drug War*, págs. 44-45; y Kohn, *Dope Girls*, págs. 2-3. Uno de los libros que más ha contribuido a la comprensión de este prejuicio contra los chinos que llegaban a Estados Unidos es *Charlie Chan: the Untold Story of the Honorable Detective and His Rendezvous with American History*, de Yunte Huang.

193. Anslinger, *Murderers*, págs. 29-36.

194. Anslinger, *Murderers*, pág. 37. Por lo general se extiende bastante sobre las sustancias de contrabando que hallaban en la vagina de algunas mujeres (véase Anslinger, *Protectors*, pág. 4) o en sus «voluminosos pechos » (pág. 49). Da la impresión de que Anslinger introduce deliberadamente el tema del sexo en sus informes.

195. Bruce Alexander, *Peaceful Measures*,
pág. 32; Emily Murphy, *The Black Candle*,
págs. 188-189.

196. Murphy, *Black Candle*, pág. 5.

197. Huang, *Charlie Chan*, pág. 124.

198. Tong, *Chinese Americans*, pág. 81.

199. Jefferson M. Fish (comp.), *How To Legalize Drugs*, pág. 244.

200. Anslinger, *Protectors*, pág. 79.

201. Albarelli, *Terrible Mistake*, pág. 392.

202. Clarke, *Billie Holiday: Wishing on the Moon*, pág. 296. Holiday, *Lady Sings the Blues*, págs. 160-161. Anslinger, *Protectors*, pág. 80. Algunos datos de este relato son cuestionados por Albarelli, *Terrible Mistake*, págs. 402-403. Este asegura que la víctima era china, y no japonesa, y que murió de un disparo, no por estrangulamiento.

203. Blackburn, *With Billie*, pág. 219.

204. *Ibid.*, pág. 220.

205. Entrevista a Valentine.

206. Albarelli, *Terrible Mistake*, pág. 394.

207. Archivos de Julia Blackburn, caja 18,
notas de Linda Kuehl, carpeta 1.

208. Archivos de Julia Blackburn, caja 18, notas de Linda Kuehl, carpeta 1, apartado sobre George White.

209. Maely (Dufty) Lewis, *Killer Jazz*, pág. 3, aportado por Bevan Dufty. Véanse también los archivos de George White, caja 1, carpeta 12; Vail, *Lady Day's Diary*, pág. 118; y Nicholson, *Billie Holiday*, pág. 173.

210. Archivos de George White, caja 1, carpeta 12; Maely (Dufty) Lewis, *Killer Jazz*, pág. 3.

211. Entrevista a Yolande Bavan.

212. Archivos de George White, caja 1, carpeta 12.

213. Holiday, *Lady Sings the Blues*, págs. 159-163.

214. Vail, *Lady Day's Diary*, pág. 119. Maely Dufty no compartía esta visión: ella aseguraba que Billie sí que consumía en esos días, que había encontrado heroína en su poder, y que aquella noche Billie sufrió el síndrome de abstinencia. Véase *Killer Jazz*, pág. 4.

215. Martin A. Lee and Bruce Shlain, *Acid Dreams: The CIA, LSD, and the Sixties Rebellion*, págs. 32-33.

216. A menudo lo hacía a petición de la CIA (pero no siempre), ya que esta había puesto en marcha su programa MK-ULTRA para descubrir una «droga de la verdad» que pudieran utilizar con sus enemigos. Esta es una de las historias más extrañas con las que me he topado y por eso merecía una lectura más amplia. Si no estuviera tan bien documentada habría dado por hecho que es una de las tantas ideas paranoides de la guerra fría. Véase Douglas Valentine, *The Strength of the Pack*, págs. 16-18 y 346-350. Véase también Albarelli, *Terrible Mistake*, págs. 216-222, 235, 237-241, 279 y 379-381. El comportamiento de White despierta sospechas hasta de la CIA: véanse las págs. 279-281, 289-290 y 412. Pese a todo, él siguió drogando a mujeres durante años: véase la pág. 427. La CIA elaboró una lista de sus víctimas conocidas a finales de la década de 1970,

cuando el programa MK-ULTRA se convirtió en un escándalo; véase Albarelli, *Terrible Mistake*, págs. 578-579.

217. Albarelli, *Terrible Mistake*, pág. 279.

218. *Ibíd.*, pág. 290.

219. McWilliams, *Protectors*, pág. 168. Lee y Shlain, *Acid Dreams*, pág. 35.

220. Nicholson, *Billie Holiday*, pág. 174.

221. Maely (Dufty) Lewis, *Killer Jazz*, pág. 4.

222. Hay un buen relato del juicio en «He's My Man! Lyrics of Innocence and Betrayal in the People vs Billie Holiday», de Sarah Ramshaw, de la Universidad de Queen's en Belfast, publicado en *Canadian Journal of Women and the Law*, vol. 87, 2004, y consultado el 14 de marzo de 2013 en <http://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=2041361>.

223. Anslinger, *Protectors*, pág. 157.

224. Clarke, *Billie Holiday: Wishing on the Moon*, pág. 433; White, *Billie Holiday*, págs. 110-111. Vail, *Lady Day's Diary*, pág. 204. Chilton, *Billie's Blues*, pág. 193.

225. Carpetas de Maely Dufty, «Introducción»; Nicholson, *Billie Holiday*, pág. 223.

226. Carpetas de Maely Dufty, «Introducción».

227. Clarke, *Billie Holiday: Wishing on the Moon*, pág. 434.

228. Vail, *Lady Day's Diary*, pág. 205.

229. White, *Billie Holiday*, págs. 109-110. Véanse también los archivos de Julia Blackburn, caja 18, notas de Linda Kuehl, vol. VIII, entrevista al doctor Kurt Altman para el documental de Arena; véase también William Dufty, «The True Story of Billie Holiday», artículo 3, serie del *New York Post*, archivos de Julia Blackburn, caja 18, carpeta VII.

230. Blackburn, *With Billie*, pág. 297.

231. Carpetas de Maely Dufty, «Introducción».

232. Chilton, *Billie's Blues*, pág. 194.

233. Carpetas de Maely Dufty, «Introducción».

234. Clarke, *Billie Holiday: Wishing on the Moon*, pág. 440.

235. Blackburn, *With Billie*, pág. 296.

236. Davenport-Hines, *Pursuit of Oblivion*, págs. 275 y 282.

237. Entrevista a Eugene Callender.

238. Blackburn, *With Billie*, pág. 296.

239. Entrevista a Annie Ross.

240. Maely Dufty, «Introducción».

241. Clarke, *Billie Holiday: Wishing on the Moon*, pág. 442. Algunos de sus primeros biógrafos sostienen que Billie, en la última etapa de su vida, no consumía heroína. Véase Chilton, *Billie's Blues*, pág. 193.

242. *The Long Night of Lady Day*, documental de la BBC.

243. *Billie Holiday: Sensational Lady*, documental de la serie «Reputations», de la BBC.

244. Entrevista a Eugene Callender.

245. Blackburn, *With Billie*, pág. 298.

246. Clarke, *Billie Holiday: Wishing on the Moon*, pág. 438.

247. Holiday, *Lady Sings the Blues*, pág. 126.

248. *Ibíd.*, pág. 132.

249. Blackburn, *With Billie*, pág. 253; archivos de Julia Blackburn, caja 18, notas de Linda Kuehl, carpeta 1, entrevista a Memry Midgett.

250. *Billie Holiday: Sensational Lady*, documental de la serie «Reputations», de la BBC.

251. Artículo de Dufty para el *New York Post*,
archivos de Julia Blackburn, caja 18.

252. Entrevista a Eugene Callender.

253. Anslinger, *Protectors*, pág. 157.

254. Archivos de Anslinger, caja 1, carpeta 14,
poema titulado «L'Envoie».

1. A Henry Smith Williams se le menciona de pasada en *Reefer Madness*; así es como sabemos que Larry Sloman sí que leyó su obra. Por lo demás hay muy pocos artículos académicos que traten de los hermanos Smith Williams.

2. Esta descripción de Henry Smith Williams se basa en las fotografías que de él aparecen en Google Images, por ejemplo en <http://www.google.co.uk/imgres?q=henry+smith+williams&um=1&hl=en&sa=N&imgurl=http://pics.librarythi&zoom=1&iact=rc&dur=360> consultado el 25 de octubre de 2012.

3. Henry Smith Williams, *Drugs Against Men*,
pág. ix.

4. *Ibid.*, pág. 74.

5. Henry Smith Williams, *Survival of the Fittest*, pág. 35; Henry Smith Williams, *Adding Years to Your Life*, págs. 111-113.

6. Esta es la premisa central de *Drug Addicts Are Human Beings*, de Henry Smith Williams.

7. E. H. Williams, *Opiate Addiction: Its Handling and Treatment*; véase también <http://www.bhrm.org/papers/1920-1941.pdf>, consultado el 23 de mayo de 2013.

8. Williams, *Drug Addicts*, pág. 149.

9. Véanse los capítulos 3 y 22 de Williams, *Drug Addicts*.

10.

<<http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC0042.pdf>>, consultado el 4 de mayo de 2014.

11. Williams, *Drug Addicts*, pág. iii.

12. William L. White, *Slaying the Dragon: The History of Addiction Treatment and Recovery in America*, pág. 120.

13. Musto, *American Disease*, pág. 94.

14.

<http://www.cracked.com/article_15669_the-10-most-insane-medicalpractices-in-history.html>, consultado el 4 de mayo de 2014.

15. Robert J. MacCoun y Peter Reuter (comps.), *Drug War Heresies*, pág. 197.

16. Williams, *Drug Addicts*, págs. 17 y 49.

17. Williams, *Drugs Against Men*, pág. xii.

18. Williams, *Drug Addicts*, pág. 15. Miller, *Case for Legalizing Drugs*, pág. 6.

19. Richard DeGrandpre, *The Cult of Pharmacology: How America Became the World's Most Troubled Drug Culture*, pág. 126. *Ibid.*, pág. 104.

20. King, *Drug Hang-Up*, págs. 18-19.

21. Williams, *Drug Addicts*, pág. 9.

22. *Ibid.*, pág. 11; King, *Drug Hang-Up*, pág. 65.

23. Williams, *Drug Addicts*, pág. 12.

24. *Ibid.*, pág. xviii; Hickman, *Secret Leprosy*, págs. 121-124; King, *Drug Hang-Up*, págs. 33-34 y 40; Wright, *Case for Legalizing Drugs*, pág. 93.

25. Williams, *Drug Addicts*, pág. 24.

26. Caroline Jean Acker y Sarah W. Tracey (comps.), *Altering American Consciousness*, pág. 231.

27. Anslinger, *Protectors*, págs. 48-49.

28. Erlen y Spillane, *Federal Drug Control*,
pág. 127.

29. Acker y Tracey, *Altering American Consciousness*, pág. 230; Bonnie y Whitebread, *Marijuana Conviction*, págs. 100-101.

30. Williams, *Drug Addicts*, pág. 37.

31. Musto, *American Disease*, pág. 178.

32. Williams, *Drug Addicts*, pág. 70.

33. *Ibíd.*, pág. 170; King, *Drug Hang-Up*, págs. 44-46. John Martin Murtagh y Sara Harris, *Who Live in Shadow*, págs. 114-116.

34. «The Czar Nobody Knows», *New York Post*,
archivos de Anslinger, caja 5, carpeta 10.

35. Williams, *Drug Addicts*, pág. 22.

36. *Ibid.*, pág. 91. En King, *Drug Hang-Up*, págs. 47-58, puede encontrarse un buen relato de la persecución a los facultativos.

37. Archivos de Anslinger, caja 1, carpeta 9.

38. Acker y Tracey, *Altering American Consciousness*, pág. 238.

39. Sloman, *Reefer Madness*, pág. 199. Véase también King, *Drug HangUp*, pág. 71.

40. Henry Smith Williams, *Luther Burbank*,
pág. 316.

41. Archivos de Anslinger, caja 8, carpeta 8, circular titulada «California».

42. Archivos de Anslinger, caja 3, carpeta 6,
carta de Henry Smith Williams a Beck.

43. Archivos de Anslinger, caja 3, carpeta 6, carta titulada «Memorándum para el señor Gaston», escrita por Anslinger.

44. Acker y Tracey, *Altering American Consciousness*, pág. 238.

45. King, *Drug Hang-Up*, pág. 61.

46. Acker y Tracey, *Altering American Consciousness*, pág. 238.

47. En 1955, el doctor Hubert Howe declaró ante un subcomité del Senado que él y sus colegas deseaban seguir prescribiendo opiáceos, pero que «la Oficina Federal ha[bía] estado asustando a los médicos». Véase King, *Drug Hang-Up*, págs. 125-126. Véanse también las págs. 139-140.

48. Anslinger, *Protectors*, pág. 219.

49. Acker y Tracey, *Altering American Consciousness*, pág. 242.

50. Anslinger, *Murderers*, págs. 221-222.

51. Ryan Grim, *This Is Your Country on Drugs: The Secret History of Getting High in America*, pág. 44.

52. Alfred Lindesmith, en *The Washington Post*, tal como aparecía en <<http://www.onlinepot.org/addictandthelaw/Add.htm>>. Revista *Liberty*, 26 de febrero de 1938, pág. 43. Anslinger, *Protectors*, págs. 53-54. En este pasaje habla de un agente corrupto pero no cita a Hanson, aunque a juzgar por el contexto parece claro que está refiriéndose a él. Si lo sabemos es porque la «mujer de rojo» de la que Anslinger habla fue una pieza clave en el caso de Hanson: véase el artículo de la revista *Liberty* citado más arriba.

53. Archivo Nacional, San Francisco, casos del tribunal de Nevada, expedientes 9.580 y 9.581. Williams, *Drug Addicts*, págs. 100-101.

54. Hay tres interpretaciones posibles de la connivencia de Hanson con los delincuentes. La primera es la que ofrece Henry Smith Williams: que estaba a sueldo de los traficantes chinos y que clausuraba las clínicas que trataban a drogadictos por orden suya. La segunda es que trabajaba para ellos pero de la manera que hoy en día es habitual entre la policía y los traficantes de drogas: haciendo la vista gorda. Y la tercera es que solamente empezó a aceptar estos pagos cuando dejó California y fue enviado a Nevada. A mí me parece más plausible la teoría de Henry, ya que los propios colegas de Hanson se preguntaban si no habría estado a sueldo de los traficantes chinos en la época en que estaba al frente de la oficina de Los Ángeles. Véase *Official Detective Stories*, 1 de agosto de 1939, pág. 43.

55. Acker y Tracey, *Altering American Consciousness*, pág. 255.

56. Henry Smith Williams, *Survival of the Fittest*, págs. 309-310. En realidad no fue un cambio tan simple. A veces Williams vuelve a sus viejos prejuicios, aunque con menos fuerza que antes, porque ya están minados en su base. Véase Williams, *Drugs Against Men*, pág. ix.

57. King, *Drug Hang-Up*, pág. 61.

58. Sloman, *Reefer Madness*, pág. 83.

59. «The Tsar Nobody Knows», *New York Post*,
archivos de Anslinger, caja 5, carpeta 10.

1. El historiador David Bewley-Taylor ha hecho un brillante trabajo a este respecto, gracias al cual me ha sido posible seguir la trayectoria de Anslinger en la esfera internacional.

2. Archivos de Anslinger, caja 2, carpeta 20.

3. McWilliams, *Protectors*, pág. 150; Erlen y Spillane, *Federal Drug Control*, pág. 194.

4. Davenport-Hines, *Pursuit of Oblivion*, págs. 275 y 284.

5. Revista *This Week*, 7 de marzo de 1948, pág. 22. Véase también Anslinger, *Murderers*, págs. 207-211.

6. Valentine, *Strength of the Wolf*, pág. 68.

7. McWilliams, *Protectors*, pág. 153.
Valentine, *Strength of the Wolf*, pág. 211.

8. Véanse los capítulos 2 y 4 de David Bewley-Taylor, *The U.S. and International Drug Control 1909-1997*. Véase también el capítulo 21 de King, *Drug Hang-Up*.

9. Anslinger, *Protectors*, pág. 19.

10. King, *Drug Hang-Up*, pág. 225.

11. Bewley-Taylor, *U.S. and International Drug Control*, pág. 105.

12. *Ibid.*, pág. 48.

13. Archivos de Anslinger, caja 5, carpeta 8, artículo titulado «Gains in War on Dope Told by Anslinger»; no consta el autor ni el periódico en el que se publicó.

14. Jonnes, *Hep-Cats, Narcs, and Pipe Dreams*, pág. 104; John Rainford, *Consuming Pleasures*, pág. 150; Blackburn, *With Billie*, pág. 53.

15. Jonnes, *Hep-Cats, Narcs, and Pipe Dreams*, pág. 104.

16. McWilliams, *Protectors*, pág. 184.

1. Donald Henderson Clarke, *In the Reign of Rothstein*, pág. 19.

2. *Ibid.*, pág. 9.

3. Leo Katcher, *The Big Bankroll: The Life and Times of Arnold Rothstein*, pág. 227.
Carolyn Rothstein, *Now I'll Tell*, pág. 31.

4. David Pietrusza, *Rothstein: The Life, Times, and Murder of the Criminal Genius Who Fixed the 1919 World Series*, pág. 10.

5. Rothstein, *Now I'll Tell*, pág. 19.

6. Pietrusza, *Rothstein*, pág. 3.

7. Pietrusza, *Rothstein*, pág. 3.

8. «Rothstein: Puzzle in Life, Still Enigma in Death», *Pittsburgh Press*, 13 de noviembre 1928, pág. 1.

9. Rothstein, *Now I'll Tell*, pág. 232.

10. *Guys and Dolls* se basaba en unos relatos cortos de Damon Runyon que a su vez estaban inspirados en las vidas de Arnold y Carolyn. Véase el artículo <http://www.newrepublic.com/article/109050/a-shylock-arnoldrothstein-1882-1928#>, consultado el 24 de febrero de 2012.

11. Rothstein, *Now I'll Tell*, pág. 50.

12. Rothstein, *Now I'll Tell*, pág. 19.

13. Katcher, *Big Bankroll*, pág. 30.

14. Nick Tosches, *King of the Jews*, pág. 34.

15. Rothstein, *Now I'll Tell*, pág. 40. Pietrusza, *Rothstein*, pág. 2.

16. Rothstein, *Now I'll Tell*, pág. 78.

17. *Ibid.*, pág. 42.

18. Pietrusza, *Rothstein*, pág. 43; Rothstein, *Now I'll Tell*, pág. 20.

19. Rothstein, *Now I'll Tell*, pág. 30.

20. *Ibid.*, págs. 142-143.

21. Clarke, *Reign of Rothstein*, pág. 305.

22. Rothstein, *Now I'll Tell*, pág. 97.

23. Pietrusza, *Rothstein*, pág. 198.

24. Daniel Okrent, *The Rise and Fall of Prohibition*, pág. 221.

25. Jonnes, *Hep-Cats, Narcs, and Pipe Dreams*, pág. 77.

26. Katcher, *Big Bankroll*, pág. 238.

27. Valentine, *Strength of the Wolf*, pág. 7.

28. Rothstein, *Now I'll Tell*, pág. 172.

29. Tosches, *King of the Jews*, pág. 209.

30. Clarke, *Reign of Rothstein*, pág. 5.

31. Ed Vuiliamy, *Amexica*, pág. 4.

32. «Indict Arnold Rothstein: Charged With Shooting Two Detectives», *New York Times*, 7 de junio de 1919.

33. Tosches, *King of the Jews*, pág. 288.
Clarke, *Reign of Rothstein*, págs. 6-7 y 40-48.

34. *Ibid.*, pág. 52.

35. Rothstein, *Now I'll Tell*, pág. 130.

36. Pietrusza, *Rothstein*, pág. 321.

37. *Ibíd.*, pág. 323.

38. Reinerman y Levine, *Crack in America*, pág. 68. Steven Pinker incide en este punto en su magnífico libro, *The Better Angels of Our Nature*, donde señala que «cuando el tráfico de drogas aumenta» en Jamaica, México y Colombia, «los índices de homicidios también se disparan». Véase la pág. 89. Miller, *Case for Legalizing Drugs*, págs. 67-68.

39. Clarke, *Reign of Rothstein*, pág. 50.

40. Rothstein, *Now I'll Tell*, pág. 120.

41. *Ibid.*, pág. 34.

42. *Ibíd.*, pág. 52.

43. *Ibid.*, pág. 34.

44. *Ibid.*, pág. 16.

45. *Ibid.*, págs. 31-33.

46. Katcher, *Big Bankroll*, pág. 214.

47. Clarke, *Reign of Rothstein*, pág. 32.

48. *Ibid.*, pág. 304.

49. Rothstein, *Now I'll Tell*, pág. 116.

50. *Ibíd.*, pág. 238.

51. *Ibid.*, pág. 240.

52. *Ibid.*, pág. 241.

53. *Ibíd.*, pág. 237.

54. Katcher, *Big Bankroll*, pág. 1.

55. Sherwin D. Smith, «35 Years Ago: Arnold Rothstein was mysteriously murdered», *New York Times Magazine*, 27 de octubre de 1963.

56. Rothstein, *Now I'll Tell*, pág. 246.

57. Jonnes, *Hep-Cats, Narcs, and Pipe Dreams*, pág. 72.

58. Stanley Walker, *The Night Club Era*, pág. 11.
11. David Wallace, *The Capital of the World: A Portrait of New York City in the Roaring Twenties*, pág. 260.

59. Clarke, *Reign of Rothstein*, pág. 289.

60. «Rothstein Estate Is Held Insolvent», *New York Times*, 6 de octubre de 1935.

61. Rothstein, *Now I'll Tell*, pág. 252.

62. «Section of Polite Society Is on Trial with McManus», Miami News, 24 de noviembre de 1929, pág. 7.

63. Tosches, *King of the Jews*, pág. 317.

64. «McManus, Gambler, Dies in New Jersey», *New York Times*, 30 de agosto de 1940, pág. 38.

65. Charles Bowden, *Murder City*, pág. 18.

66. Anslinger, *Murderers*, pág. 17.

67. John Marks, protagonista de uno de los últimos capítulos del libro, me envió por mail un escrito suyo titulado «The Paradox of Prohibition», concebido más o menos en esa época, aunque no consta la fecha. Pues bien, en este artículo Marks utiliza la imagen de la «selección natural de los gánsteres» y habla asimismo del «efecto darwiniano de la prohibición». Yo, por mi parte, ya había usado esta misma metáfora antes de haber leído el artículo, así es que parece tratarse de una imagen bastante común en los libros sobre el cambio de política de drogas.

1. Tony Newman de la Drug Policy Alliance
[Alianza para la Política de Drogas].

2. El nombre verdadero de Chino es Pemanicka. Se le conoció como Pam y, durante un tiempo, como Jason, hasta que a los quince años adoptó el nombre de Chino. Para evitar equívocos me refiero a él como Chino en todo momento.

3. He utilizado esta metáfora en otra ocasión, en un artículo del *Independent* en el que describía a Bette Davis.

4. Pritchett, *Brownsville, Brooklyn: Blacks, Jews, and the Changing Face of the Ghetto*, pág. 261.

5. Rothstein, *Now I'll Tell*, pág. 96.

6. Tuve constancia de este estudio gracias a *The Fix*, de Michael Massing (pág. 39). Más adelante pude leer la investigación en su propia fuente: P. Goldstein y H. Brownstein, «Drug Related Homicide in New York: 1984 and 1988», *Crime and Delinquency*, vol. 38, 1992, págs. 459-476.

7. Reinerman y Levine, *Crack in America*, pág. 118.

8. James Gray, *Why Our Drug Laws Have Failed and What We Can Do About It*, pág. 77.

9. Elizabeth Pisani, *The Wisdom of Whores*,
pág. 231.

10. Pisani, *Wisdom of Whores*, pág. 232.

11. Entrevistas a Allan Clear y Judith Rivera.

12. Véase MacCoun y Reuter, *Drug War Heresies*, págs. 26-27.

13. <<http://www.villagevoice.com/2008-04-08/news/rikers-fight-club/>>, consultado el 5 de febrero de 2013; <http://www.nytimes.com/2009/02/04/nyregion/04rikers.html?_r=1>, consultado el 5 de febrero de 2013; <<http://www.nytimes.com/2014/08/05/nyregion/us-attorneys-office-reveals-civilrights-investigation-at-rikers-island.html>>, consultado el 2 de octubre de 2014.

14. A veces la historia de Chino me resultaba difícil de creer. ¿Realmente era cierto todo lo que me estaba contando? Para cerciorarme contrasté su relato con un buen amigo suyo de la adolescencia, con sus compañeros de trabajo y con su primo. Todos ellos me relataron más o menos lo mismo. El historial delictivo de Chino, al tratarse de actos cometidos cuando era menor de edad, está protegido por la ley de Nueva York. No obstante, el 16 de enero de 2014 pude confirmar con los tribunales de Nueva York, por teléfono y por correo electrónico, que una persona con el mismo nombre y fecha de nacimiento que Chino había cometido una buena cantidad de delitos en Brousville, Brooklyn, durante el periodo que Chino me había descrito, aunque no me podían decir de qué tipo de delitos se trataba. Hay partes importantes de la historia de Chino que no he podido comprobar en ningún otro lugar, pues, como ya me sucediera con Arnold

Rothstein, los traficantes de drogas no conservan ningún documento de sus transacciones. Pero quisiera destacar que todo lo que pude contrastar encajaba perfectamente con lo que él me había contado.

15. Alexander, *New Jim Crow*, pág. 97.

16. Creo recordar que fue Glenn Greenwald quien me hizo esta comparación. Yo, por mi parte, ya había hecho algún símil por el estilo en otros artículos. Parece que se trata de una analogía muy común entre los defensores del cambio en la política de drogas, y sospecho que se les ocurrió a muchos de ellos a la vez. El primero que la utilizó fue James Gray, en *Why Our Drug Laws Have Failed and What We Can Do About It*, pág. 68.

17. Jeffrey Miron, *Drug War Crimes*, pág. 47.

18. Miron, *Drug War Crimes*, pág. 48.

19. *Ibíd.*, pág. 51. La corporación RAND tiene también una investigación interesante a este respecto. Véase

<http://www.rand.org/content/dam/rand/pubs/occasional_papers/2010/RAND_OP325.p>
consultado el 14 de enero de 2014.

1. Los entrevistados fueron: Joe Arpaio en Arizona; Leigh Maddox en Maryland; Stephen Dowling en Nueva York; Fred Martens en Nueva Jersey; Howard Wooldridge en Washington D. C; João Figueira en Lisboa; Joe Toft en Reno (Nevada); Michael Levine en el norte del estado de Nueva York; Neil Franklin en Baltimore; Peter Moskos en Nueva York; Olivier Gueniat en Neuchâtel (Suiza); Terry Nelson en Fort Worth (Texas); Marisol Valles García en Estados Unidos (que me ha pedido que no facilite el nombre de la ciudad para proteger su seguridad, ya que ella tuvo que huir de los cárteles mexicanos); Richard Newton en El Paso (Texas); y Charlie Mandigo en el estado de Washington.

2. Esta descripción de Ed Toatley me la transmitió también su colega Neill Franklin.

3. Timothy Noah (comp.), *After Prohibition*, págs. 94-97.

4. Miron, *Drug War Crimes*, pág. 50.

5. La Comisión Global de Políticas de Drogas, formada por exministros y por otros dirigentes políticos, señaló lo siguiente a este respecto: «Prácticamente todos los estudios sobre la materia llegan a la conclusión de que el incremento en las medidas coercitivas ha ido en paralelo al incremento de la violencia en el tráfico de drogas». Véase *The War on Drugs and HIV/ AIDS: How the Criminalization of Drug Use Fuels the Global Pandemic*, pág. 14. Véase también <http://www.rand.org/content/dam/rand/pubs/oc> consultado el 14 de enero de 2014.

6. Anslinger, *Protectors*, pág. ix. Anslinger, *Murderers*, pág. 15.

7. Del Quentin Wilbur, «Drug Dealer Gets Life for Killing State Trooper», *Baltimore Sun*, 15 de diciembre de 2001, «Telegraph», pág. 1A.

8. Leigh pronunció este discurso en el Instituto Cato, en el otoño de 2011. Yo mismo estaba allí. Su intervención puede escucharse en la web [http:// www.cato.org/events/ending-global-war-drugs](http://www.cato.org/events/ending-global-war-drugs), consultada el 5 de febrero de 2013.

9. Stephen Manning, «Slain Trooper Remembered as Model Policeman», Associated Press, 3 de noviembre de 2000, consultado a través de LexisNexis el 1 de abril de 2013. Wilbur, «Drug Dealer Gets Life».

10. MacCoun y Reuter, *Drug War Heresies*,
pág. 114.

11. DeGrandpre, *Cult of Pharmacology*, pág. 174.

12.

<<https://christiansagainstoprohibition.org/node/3>
consultado el 8 de enero de 2014.

13. Alexander, *New Jim Crow*, pág. 153.

14. Benavie, *Drugs: America's Holy War*, pág. 14.

15. Discurso de Leigh en el Instituto Cato, en el otoño de 2011.

1. <http://articles.baltimoresun.com/1992-01-20/news/1992020097_1_tiffany-gunmen-baltimore>, consultado el 2 de octubre de 2012.

2. <http://articles.baltimoresun.com/1991-07-11/news/1991192151_1_tiffany-smith-rosedale-turf-war>, consultado el 2 de octubre de 2012.

3. <http://articles.baltimoresun.com/2008-12-11/news/0812100212_1_tiffany-devone-leave-baltimore>, consultado el 2 de octubre de 2012.

1. Cuando estuve en Tent City llevé la grabadora encendida prácticamente en todo momento, incluso cuando salíamos con la cuadrilla de prisioneras encadenadas. De modo que tengo grabado todo lo que se relata en este capítulo.

2. Aquella jornada había también en la cuadrilla mujeres imputadas por violencia doméstica y por infracciones en la manutención de los hijos.

3. He decidido no facilitar los nombres completos de estas mujeres para no aumentar la humillación de que ya son objeto.

4. Más tarde la llevaron al servicio médico; las otras presas me dijeron que eso solamente lo hacían cuando venían periodistas a la prisión. Arpaio, por su parte, asegura que las presas deciden ellas solas si desean participar en la cuadrilla: véase Arpaio, *Joe's Law*, pág. 126. En cambio, el guarda que supervisa a las prisioneras encadenadas afirma: «Nadie les pregunta si quieren estar ahí. Somos nosotros quienes las ponemos en la cuadrilla». Y ellas lo confirman. Cuando las meten en el Agujero, a veces la única forma de salir es entrar en la cuadrilla de encadenadas. Una presa me dijo que ella escogió esto último porque era preferible a estar atrapada allí dentro; pero la inmensa mayoría no quería.

5. La información de este capítulo procede de las entrevistas mantenidas con Donna Leone Hamm, Steve Lemmons y Peggy Plews.

6.

<http://www.nytimes.com/2012/07/22/opinion/arpaios-arizona-they-fought-back.html?_r=0>, consultado el 10 noviembre de 2012.

7. Archivos de Anslinger, caja 1, carpeta 10.
Arpaio, *Joe's Law*, pág. 94.

8. *Ibid.*, pág. 213.

9.

<http://abcnews.go.com/ABC_Univision/Politics/sheriff-joearpaio-tent-city-analysis/story?id=19804368> y <<http://www.theguardian.com/commentisfree/2012/jun/27/joe-arpaiio-maricopa-county-king-cruel>>, ambos consultados el 2 de octubre de 2014.

10. Guardo la nota que me dio la prisionera, de la que tengo también su nombre y su número identificativo. La documentalista Rachel Siefert me filmó el día en que se me hizo entrega de la misma.

11. Son muy pocos los prisioneros y prisioneras que tienen un compañero de celda. Están atrapados en un minúsculo espacio en el que no pueden siquiera defecar solos.

12. Conocí este caso por mi entrevista con Peggy Plews, quien además ha escrito sobre ello en la web <http://arizonaprisonwatch.blogspot.co.uk/2011/06/new-az-juvenile-corrections-director_14.html>. Se trata de un caso documentado por Amnistía Internacional, en su informe *Cruel Isolation: Amnesty International's Concerns About Conditions in Arizona Maximum Security Prisons*, pág. 22, n. 30.

13. <http://www.google.co.uk/#hl=en&client=psy-ab&q=joe+arpaio+animal+shelter&oq=joe+arpaio+animal+shelter&5.63380.1.63561.14.11.0.3.3.0.201.1081.4j5j16Vc0A&pbx=1&bav=on.2,or.r_gc.r_pw.r_qf.&f5cd60d08&bpcl=37643589&biw=1175&bih=618>, consultado el 10 noviembre de 2012.

14. MacCoun y Reuter, *Drug War Heresies*,
pág. 24.

15. Graham Boyd, «The Drug War Is the New Jim Crow», *NACLA Report on the Americas*, vol. XXXV, n.º 1, julio-agosto de 2001, pág. 18.

16. <<http://nplusonemag.com/raise-the-crime-rate>>, consultado el 12 de diciembre de 2012.

17. Investigación preliminar del caso CR9611017, *The State of Arizona vs. Marcia Joanne Powell*.

18. Véase el sumario de la investigación abierta por el Departamento de Asuntos Penitenciarios de Arizona.

19. Carta de James Hass, de la Oficina del Defensor Público del condado de Maricopa, al Departamento de Libertad Condicional, en la que expone sus recomendaciones acerca de la sentencia de Marcia Powell, con fecha 11 de julio de 2008. Véase también el correo electrónico enviado por Gary Strickland a Karyn Klaussner el 29 de mayo de 2009, donde consta que la prisión estaba al corriente de que Marcia Powell tenía un tutor legal, tal como aparecía en la investigación oficial. Véase también el veredicto del Tribunal Superior del Condado de Maricopa, emitido el 7 de julio de 2008, en el que define a la prisionera como «adulta incapacitada».

20. Informe del inspector general del Departamento de Asuntos Penitenciarios de Arizona sobre la muerte de Marcia Powell.

21. Informe de la Oficina de Investigaciones Administrativas al inspector general del Departamento de Asuntos Penitenciarios de Arizona, fechado el 6 septiembre de 2009; entrevista con el agente penitenciario Evan Hazelton.

22. Declaración de la agente penitenciaria Electra Allen al inspector general en el curso de la investigación abierta sobre el caso, 2 de septiembre de 2009. Véase también la carta de Donna Leone Hamm, de Middle Ground Prison Reform [Reforma Carcelaria Intermedia] a Richard Romley, procurador general en funciones del condado de Maricopa, fechada el 14 de mayo de 2010. Véase además la carta de la misma a Kathleen Ingley, de *The Arizona Republic*, del 24 de septiembre de 2009.

23. Informe del Departamento de Asuntos Penitenciarios de Arizona al director de sección John Hallahan, con fecha 6 de septiembre de 2009.

24. Informe de la Oficina de Investigaciones Administrativas al inspector general del Departamento de Asuntos Penitenciarios de Arizona, fechado el 1 septiembre de 2009.

25. Esta cita de la declaración de una testigo está incluida en la investigación oficial. Los nombres de las prisioneras que prestaron testimonio están tachados, pero en la investigación pueden leerse todas sus declaraciones oficiales. Dicen varias veces que tienen miedo de prestar declaración y que si lo hacen es porque consideran que moralmente deben hacerlo.

26. Carta del inspector general Frigo (del Departamento de Asuntos Penitenciarios de Arizona) a Warden T. Schroeder, con fecha 1 de junio de 2009. Véase también http://blogs.phoenixnewtimes.com/bastard/2009/06/01/cia_powells_death_unavenged.php, consultado el 2 de abril de 2013.

27. <<http://www.phoenixnewtimes.com/2009-10-01/news/arizona-s-shameless-about-the-human-cage-death-of-marcia-powell-and-you-might-not-want-to-worship-pot-like-the-church-of-cognizance-but-why-the-heck-can-you-just-smoke-it/>>, consultado el 2 de abril de 2013.

28.

<http://blogs.phoenixnewtimes.com/bastard/2009/04/02/powell_update_the_guard.php>, consultado el 2 de abril de 2013.

29.

<http://blogs.phoenixnewtimes.com/bastard/2013/04/02/powells_death_unavenged.php>, consultado el 2 de abril de 2013.

30.

<http://blogs.phoenixnewtimes.com/bastard/2010-04-02/powells_death_unavenged.php>, consultado el 2 de abril de 2013. <<http://dmcantor.com/blog/2010/09/07/arizona-prison-guards-not-charged-in-marcia-powell-death>>, consultado el 2 de abril de 2013. <<http://www.phoenixnewtimes.com/2009-10-01/news/arizona-s-shameless-about-the-human-caged-death-of-marcia-powell-and-you-might-not-want-to-worship-pot-like-the-church-of-cognizance-but-why-the-heck-can-t-you-just-smoke-it/>>, consultado el 2 de abril de 2013.

31.

<http://www.democracynow.org/2004/6/2/it_ha_exporting_americas>, consultado el 2 de abril de 2013.

32. *The State of Arizona vs. Marcia Joanne Powell*, caso número CR9611017, investigación preliminar.

33. Véase «Teenager Suspected in Missouri Triple Slaying», Associated Press, 28 de marzo de 2004, consultado a través de LexisNexis el 29 de febrero de 2013.

34. *The State of Arizona vs. Marcia Joanne Powell*, caso número CR9611017, investigación preliminar.

1. <<http://www.bbc.co.uk/news/world-latin-america-10681249>>, consultado el 6 de diciembre de 2013.

2. En esta parte del viaje me acompañó también la realizadora Rachel Siefert.

3. Olgúin me contó que unos meses antes había estado junto a otro cadáver.

4.

<<http://www.cnn.com/2013/09/02/world/america-drug-warfast-facts/>>, consultado el 6 de diciembre de 2013.

5.

<http://www.ice.gov/doclib/cornerstone/pdf/cps_study.pdf>, consultado el 6 de diciembre de 2013 a través de la noticia de la CNN citada más arriba.

6. Nicholson, *Billie Holiday*, pág. 208.

7. Juan no está a favor de la legalización de las drogas, sino que piensa que las creencias cristianas de la sociedad y su sentido moral pondrán fin a la guerra de las drogas. «Yo creía desde el fondo de mi corazón que algunos de los sicarios iban a ver mi mensaje.»

8. En el curso de la entrevista hubo varios guardas entrando y saliendo de la sala; dos horas más tarde vino una guarda que se quedó allí sentada, escuchando lo que hablábamos.

9. Cuando escribo sobre personas vivas y resumo hechos relativos a sus vidas, envío o leo lo que he redactado a dichas personas, en el caso de que constituyan una parte importante del libro, pues de esa manera me aseguro de que todo lo dicho sea correcto. Rosalio es una de las dos excepciones a esta regla. (La otra es el presidente José Mujica, que tiene un país que gobernar y no tiene tiempo para esto.)

En lo que concierne a su época en los Zetas, salvo en un par de casos que detallo en el texto, Rosalio relata siempre una historia bastante coherente sobre su vida. Pero, como se verá, cuando se trata de explicar por qué hizo lo que hizo, da versiones distintas. Al principio declaró que entró en los Zetas por decisión propia; en cambio, después dice que, si estaba en el cártel, fue porque lo obligaron.

En nuestra larga conversación me pareció que, cada vez que habla con un periodista, Rosalio quiere presentar esta segunda versión

—es decir, que fue secuestrado y obligado a ser un sicario— como si fuera la verdadera, mientras que la primera no respondería a la verdad. Cuando hablé con él me dio la impresión de que estaba enfadado con todos los periodistas que habían escrito sobre él, porque no reflejaban la versión que él quería. Por ejemplo, del periodista Rusty Fleming decía: «La mayor parte de lo que escribié sobre mí es falso». Cuando le pedí que me concretara dónde estaba la falsedad, me dijo que había leído el artículo de Fleming en su celda y que se dijo a sí mismo: «Nada de esto responde a la verdad». Pero luego admitió: «En cierto modo sí que refleja lo que me sucedió, solo que con sus propias palabras. [...] Sí, era cierto».

Enseguida entendí de dónde procedía la inquina de Rosalio contra los periodistas, y es que estos no reflejan su nueva versión de los hechos, que él quiere presentar con sus propias palabras y sin un ápice de crítica. A mí me dijo

que todos los periodistas habían tergiversado sus declaraciones porque «ellos siempre tienden a dar la vuelta a las cosas y en lugar de presentar[me] como una víctima [me] hacen parecer un malvado. Y no es justo. Eso es lo único que [te] pido, que no [me] presentes así. Tú no tienes idea de todo lo que he tenido que pasar». Y luego me dijo: «No tienen derecho a hacer eso, no pueden contar la historia a su manera. No está bien»; los periodistas «exponen siempre la misma idea pero con sus propias palabras». En cuanto a mí, dijo: «No quiero que expongas mi caso a tu modo y que hagas como todos los demás».

Cuando le pregunté si nuestra entrevista debía basarse solamente en lo que él había dicho, me contestó: «Sí, por supuesto». Yo no estaba de acuerdo con esta condición y así se lo hice saber: «No puedo basarme únicamente en tu versión de los hechos».

Comprendí entonces que el proceso de comprobación que suelo aplicar a las declaraciones de mis entrevistados —el que ya había aplicado en casos anteriores, por ejemplo, con Chino Hardin y Leigh Maddox, a quienes pedí que revisaran sus aseveraciones frase por frase, para comprobar que era correcto lo que yo había escrito sobre ellos— no tendría sentido en el caso de Rosalio. La única historia que él estaría dispuesto a verificar sería aquella en que se viera exculpado de toda responsabilidad, y no creo que fuera adecuado ni razonable presentar la versión que él me ofrecía como si fuera toda la verdad. (De hecho, como puede apreciarse en el texto, él mismo cambió su relato a lo largo de la entrevista.)

Por citar un ejemplo, la idea de que nunca disfrutó con la violencia que infligía a los demás, queda completamente en entredicho en

las declaraciones grabadas por la policía y que aparecen citadas en este mismo capítulo.

Esto me ponía ante un dilema: ¿es esta historia lo bastante fiable para incluirla en el libro?, y si lo es, ¿cómo debo contarla? Que Rosalio trabajó para los Zetas está fuera de toda duda: se encuentra encarcelado por esa razón y las conversaciones grabadas por la policía son buena prueba de ello. Y, como enseguida se verá, en lo que respecta a los delitos que cometió, él mismo los ha relatado de manera bastante coherente. Lo que cambia es su historia sobre los motivos que le llevaron a hacer algo así, no su relato de los hechos (salvo en lo que concierne a sus inicios en la banda). Por mi parte, me inclino a creer que cuenta la verdad sobre tales hechos porque precisamente esa es la parte donde sale peor parado: a tenor de lo que hizo parece un asesino en serie y él, pese a todo, confirma su participación en tales matanzas. Al final he

llegado a la conclusión de que, si una persona cuenta durante años que ha cometido un sinnúmero de crímenes, y hay además pruebas legales que lo demuestran, podemos confiar en su historia.

No obstante, en este caso no se ha procedido como en las demás entrevistas, con el fin de reflejar la ambigüedad de algunas partes de la conversación. En primer lugar, no he enviado a Rosalio lo que he escrito. Estoy seguro de que hubiera reaccionado igual que ante la entrevista de Rusty Fleming: diría que no refleja la verdad porque no se le presenta como a una víctima; pero —al igual que en el caso de Fleming— no podrá citar ni un solo ejemplo de incorrección, dado que yo solamente he transmitido lo que él mismo dijo en nuestras cuatro horas de entrevista, además de las pruebas aportadas por otras fuentes fiables. En segundo lugar, cuando cuenta versiones distintas sobre algunos hechos dejo constancia de ello en el texto, para que sea el lector quien llegue a sus propias

conclusiones. Añado esta larga nota con la finalidad de que quede bien claro cómo llegué a las conclusiones aquí expuestas.

10. Un relato sobre los campos de entrenamiento de los Zetas que encaja con lo que describe Rosalio es el de George W. Grayson, *The Executioner's Men*, págs. 46-48.

11. Grillo, *El Narco*, pág. 105.

12. Grayson, *Executioner's Men*, pág. 181.

13.

<<http://www.aljazeera.com/indepth/features/20140609775.html>>, consultado el 5 de octubre de 2012.

14. Grillo, *El Narco*, pág. 96.

15. Sergio Rodrigues, *The Femicide Machine*,
pág. 62.

16. Gibler, *To Die in Mexico*, pág. 59; Grayson, *Executioner's Men*, págs. 46-47.

17. «Mexican cartels lure American teens as killers», *New York Times*, 23 de junio de 2009, <<http://www.nytimes.com/2009/06/23/us/23kilpagewanted=all>>, consultado el 5 de octubre de 2012.

18. <<http://www.foxnews.com/on-air/war-stories/2009/08/20/day-i-metcartel-assassin>>, consultado el 5 de octubre de 2012.

19. <http://articles.cnn.com/2009-03-12/justice/cartel.teens_1_drug-car_tels-los-zetas-mexican-gulf-cartel?_s=PM:CRIME>, consultado el 5 de octubre de 2012.

20. «Mexican cartels lure American teens as killers.»

21. Grayson, *Executioner's Men*, pág. 179.

22. *Ibid.*, págs. 180-181.

23. «Mexican drug cartels recruit US teenagers as “expendables”», *Digital Journal*, 18 de octubre de 2011. Véase también Grayson, *Executioner's Men*, pág. 36.

24. Howard Campbell, *Drug War Zone*, pág. 29.

25. <http://articles.cnn.com/2009-03-12/justice/cartel.teens_1_drug-cartels-los-zetas-mexican-gulf-cartel?_s=PM:CRIME>.

26. Grayson, *Executioner's Men*, págs. 91-92.

27. Grillo, *El Narco*, pág. 254.

28. <<http://www.foxnews.com/on-air/war-stories/2009/08/20/day-i-metcartel-assassin>>, consultado el 5 de octubre de 2012.

29. «Mexican cartels lure American teens as killers».

30. Luke Dittrich, «Four Days on Mexico Border Control», *Esquire*, 8 de junio de 2009.

31. Grayson, *Executioner's Men*, pág. 183.

32. *Ibid.*, págs. 36 y 181.

33.

<<http://www.aljazeera.com/indepth/features/201212440609775.html>>, consultado el 5 de octubre de 2012.

34. *Ibid.*

35.

<<http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/caribbean/mexico/6962500/Murder-victim-has-face-stitched-on-football.html>>,

consultado el 8 de octubre de 2012. Grillo, *El Narco*, pág. 6.

36. Rothstein, *Now I'll Tell*, pág. 119.

37. Esto lo corroboran otras fuentes. Véase por ejemplo el capítulo 4 de Grayson, *Executioner's Men*, págs. 67-82, en donde dice que los Zetas tenían una «soberanía dual» y constituían un «gobierno en la sombra».

38. Bowden, *Murder City*, pág. 45.

39. Este punto se expone muy bien en «Young Guns», quinto episodio de la serie *Nothing Personal*.

40. Como ya dijimos, es una idea de Charles Bowden: véase Bowden, *Murder City*, pág. 18.

41.

<<http://www.guardian.co.uk/world/2012/oct/09/boss-heriberto-lazcano-death-confirmed>>, consultado el 6 de octubre de 2012.

42.

<<http://www.theguardian.com/world/2013/jul/10/drugs-trade>>, consultado el 20 de noviembre de 2013.

1. Conocí a Juan Fraire Escobedo a través de un grupo fantástico llamado Mexicanos en Exilio, que lucha por los derechos de los mexicanos que huyen de la violencia de la guerra contra las drogas y buscan asilo en Estados Unidos.

2. <<http://mariselaescobedo.com/media.html>>, consultado el 24 de abril de 2014.

3. Bowden, *Murder City*, pág. 238.

4.

<http://mariselaescobedo.com/vid_protests.htm
consultado el 26 de febrero de 2013 y
traducido por Francis Whatlington.

5. Esta descripción se basa en mi propia experiencia, cuando fui a Creel a entrevistar a una mujer cuyo marido e hijos estaban desaparecidos. Más tarde escribí sobre ella en *Le Monde Diplomatique*.

6. Ken Ellingwood, «Mexico Under Siege», *Los Angeles Times*, 18 de diciembre de 2010.

7. Está grabado en vídeo. Se puede ver una parte en <http://www.youtube.com/watch?v=i9P1gNCAZNw> o en <http://www.youtube.com/watch?v=jfH5U3JnCDs>, consultado el 2 de abril de 2013; y también puede verse en el documental *8 Murders a Day*.

8. Se puede oír a Juan contar sus experiencias en <http://www.texasobserver.org/justice-in-exile/>, consultado el 2 de abril de 2013.

9. Anslinger, *Protectors*, págs. 10-11.

10.

<<http://hispanicnewsnetwork.blogspot.co.uk/2013/11/bocanegra-killed-in-zacatecas.html>>, consultado el 23 de noviembre de 2013.

11. Gretchen Kristine Pierce, *Sobering the Revolution: Mexico's Anti-Alcohol Campaigns*, tesis doctoral, Universidad de Arizona, 2008. Consultada en <http://books.google.co.uk/books?id=xNS1YGSi9tkC&printsec=frontcover&dq=sobering+the+revolution&hl=en&sa=X&CQCw&ved=0CCEQ6AEwAA#v=onepage&q=sobering+the+revolution&f=false>.

12. Bewley-Taylor, *U.S. and International Drug Control*, pág. 42.

13. Él criticaba el enfoque de Harry: véase Walker, *Drug Control in the Americas*, pág. 125.

14. *Ibid.*, pág. 68.

15. Campos, *Home Grown*, pág. 226.

16. Walker, *Drug Control in the Americas*,
pág. 67.

17. Informe de la UNESCO titulado *Globalisation, Drugs and Criminalisation: Final Research Report on Brazil, China, India and Mexico*, 2002, pág. 60, disponible en <<http://www.unesco.org/most/globalisation/dru>> (consultado el 21 de octubre de 2012).

18. Walker, *Drug Control in the Americas*,
pág. 126.

19. *Ibid.*, págs. 67 y 133.

20. *Ibíd.*, págs. 127-132.

21. *Ibid.*, pág. 132.

22. <<http://www.bbc.co.uk/news/world-latin-america-12992664>>, consultado el 21 de octubre de 2013.

1.

<<http://www.guardian.co.uk/commentisfree/2000-on-drugsprohibition>>, consultado el 1 de julio de 2012.

2. «Warning Campaign Launched Against Club Drugs», Associated Press, 3 de diciembre de 1999, consultado a través de LexisNexis el 1 de julio de 2012.

3. Ronald Siegel, *Intoxication: Life in Pursuit of Artificial Paradise*, pág. 14.

4. *Ibid.*, pág. 72.

5. *Ibid.*, pág. 11.

6. *Ibid.*, pág. 13.

7. *Ibid.*, pág. 105; véase también la entrevista a Siegel.

8. Siegel, *Intoxication*, pág. 198.

9.

<<http://www.unodc.org/documents/commission/Session51/CNDUNGASS-CRPs/ECN72008CRP17.pdf>>, págs. 3-4, consultado el 12 de julio de 2012. Doy las gracias a Steve Rolles de Transform y al doctor Carl Hart por haberme relevado estos datos. Se pueden consultar también en <<https://news.vice.com/article/cryptomarkets-are-gentrifying-the-drug-trade-and-thats-probably-a-good-thing>>, visionado el 24 de septiembre de 2014. Para estudios con una tasa similar, véase DeGrandpre, *Cult of Pharmacology*, pág. 231.

10. Véase Miller, *Drug Warriors*, pág. 5.

11. Jacob Sullum, *Saying Yes*, pág. 10.

12. <http://transform-drugs.blogspot.co.uk/2009/06/report-they-didntwant-you-to-see.html>, consultado el 2 de diciembre de 2013.

13. Sullum, *Saying Yes*, pág. 9.

14. Siegel, *Intoxication*, pág. 14. Véase también la entrevista a Siegel.

15. Stuart Walton, *Out of It*, pág. 10.

16. Mike Jay, *High Society*, pág. 14.

17.

<<http://www.telegraph.co.uk/science/science-news/4760882/Did-Shakespeare-look-for-inspiration-in-cocaine.html>>, consultado el 24 de junio de 2014.

18. Okrent, *Last Call*, pág. 8.

19. Walton, *Out of It*, pág. 2; Arnold Trebach, *The Heroin Solution*, pág. xi.

20. Walton, *Out of It*, pág. 208.

21. R. Gordon Wasson, Albert Hofmann y Carl A. P. Ruck, *The Road to Eleusis: Unveiling the Secret of the Mysteries*, pág. 17.

22. Walton, *Out of It*, págs. 38-39.

23. *Ibid.*, pág. 38; Wasson, Hofmann y Ruck, *Road to Eleusis*, págs. 51-53.

24. Wasson, Hofmann y Ruck, *Road to Eleusis*, pág. 9. Véanse también Herodoto, *Historias*, 8.65 e Isócrates, *Panegírico*, 4.157.

25. McWilliams, *Protectors*, pág. 186.

26. Wasson, Hofmann y Ruck, *Road to Eleusis*.

27. *Ibíd.*, pág. 55.

28. Walton, *Out of It*, pág. 38; Wasson, Hofmann y Ruck, *Road to Eleusis*, págs. 76-85; Carl Kerényi, *Eleusis: Archetypal Image of Mother and Daughter*, págs. 177-180.

29. D. C. A. Hillman, *The Chemical Muse: Drug Use and the Roots of Western Civilisation*, pág. 209. Véase también Wasson, Hofmann y Ruck, *Road to Eleusis*, págs. 25-34 y 47-48. En este punto no hay consenso entre los investigadores del mundo antiguo. Algunos coinciden conmigo y otros no; pero justamente tengo de mi lado a los académicos más eminentes en la materia. Como afirma George Luck, profesor emérito de Clásicas en la Universidad Johns Hopkins: «No cabe ninguna duda, creo yo, de que el bebedizo que se servía en los ritos de iniciación a los misterios eleusinos contenía cornezuelo de centeno», un hongo alucinógeno, y que «este [...] es el responsable de las maravillosas visiones de otro mundo que hacen de la experiencia religiosa algo único». Véase Carl A. P. Ruck, *Sacred Mushrooms of the Goddess: Secrets of Eleusis*, pág. 161.

30. Hillman, *Chemical Muse*, pág. 209.

31. Walton, *Out of It*, pág. 44.

32. Véase Hillman, *Chemical Muse*, págs. 3 y 6.

33. Walton, *Out of It*, pág. 27.

34. Walton, *Out of It*, pág. 38.

35. *Ibid.*, pág. 11.

36. *Ibíd.*, pág. xvii.

37. *Ibid.*, pág. xxv.

38. *Ibíd.*, pág. ix.

1. Esta parte se basa en lo que Gabor cuenta de los recuerdos de su madre: ella murió antes de que yo pudiera conocerla. Véase la entrevista a Gabor Maté. Además de contarle a su hijo lo que vivió, en ese periodo llevó también un diario, que Gabor ha leído. Véase *Scattered Minds*, págs. 87-93, donde Gabor relata los hechos acaecidos en esa época.

2. *Ibid.*, pág. 91.

3. Gabor Maté, *In the Realm of Hungry Ghosts*, pág. 241.

4. Maté, *Scattered Minds*, pág. 92.

5. Reinerman y Levine, *Crack in America*, pág. 148.

6. Entrevisté a Bud Osborn, Dean Wilson y Liz Evans.

7. Douglas Coupland, en *City of Glass*, pág. 87, ofrece una buena perspectiva del barrio; él mismo habla de la zona como si fuera la estación término (pág. 111).

8. Posteriormente se convertiría en un edificio de viviendas.

9. Como puede verse en el documental *The Fix*.

10. Charles Demers, *Vancouver Special*, pág. 85.

11. Maté, *Hungry Ghosts*, pág. 11.

12. *Ibid.*, pág. 9.

13. *Ibíd.*, pág. 37.

14. *Ibid.*, pág. 165.

15. *Ibid.*, pág. 141.

16. Maté, *Hungry Ghosts*, pág. 140.

17. *Ibid.*, págs. 201-202.

18.

<<http://providence.net/bariatrics/internal.php?page=obesity-facts>>, consultado el 27 de febrero de 2013. Aquí se dice: «Alrededor del 70% de los casos de enfermedades cardiovasculares están relacionados con la obesidad».

19. Leí sobre este informe en Sullum, *Saying Yes*, pág. 15. Más tarde leí el estudio original en *American Psychologist*, mayo de 1990, págs. 612-630.

20. Sullum, *Saying Yes*, pág. 15. Si esto resulta raro, recordemos que hay pruebas concluyentes que ligan el trauma infantil con los daños experimentados en el desarrollo físico del niño, y que además señalan que, si se envía a este a un hogar donde reciba cariño, su desarrollo puede volver al nivel adecuado. Véase Daniel E. Moerman, *Meaning, Medicine and the Placebo Effect*, pág. 133.

21. Maté, *Hungry Ghosts*, pág. 189.

22. *Ebony*, julio de 1949, pág. 32.

23. Anslinger, *Murderers*, pág. 174.

24. Archivos de Julia Blackburn, caja 18, notas de Linda Kuehl 1, entrevista a Memry Midgett.

25. Archivos de Julia Blackburn, caja 18, notas de Linda Kuehl, vol. VIII, entrevista a Peter O'Brien y Michelle Wallace.

26. Así me lo contó Liz Evans.

27. Maté, *Hungry Ghosts*, pág. 75.

28. *Ibid.*, págs. 82-83.

29. *Ibid.*, pág. 84.

30. *Ibid.*, pág. 120.

31. *Ibid.*, pág. 118.

32. Maté, *Hungry Ghosts*, pág. 21.

33. *Ibid.*, pág. 30.

1. Creo que la primera vez que leí esto fue en un magnífico libro de Lauren Slater, *Opening Skinner's Box*.

2. DeGrandpre, *Cult of Pharmacology*, págs. 124 y 203; Miller, *Drug Warriors*, pág. 17.

3. Hay un ejemplo similar y mucho más lógico: el 90% de los adictos que se desintoxican en alguna clínica —es decir, adictos que son cuidados hasta que se han liberado del efecto de las drogas y de todos los síntomas del síndrome de abstinencia— vuelven a consumir. Véase Miller, *Case for Legalizing Drugs*, pág. 30.

4. Miller, *Case for Legalizing Drugs*, págs. 5-6.

5. Esta conversación me la contó Bruce.

6. Como ya dijimos, Billie Holiday sufrió el síndrome de abstinencia hasta el punto de acabar con su vida porque era una persona de constitución débil. A una persona con el sistema inmunitario debilitado puede matarla una simple gripe.

7. John Henry Merryman (comp.), *Stanford Legal Essays*, pág. 284; <<http://www.spectator.co.uk/features/3212846/withdrawn-from-heroin-is-a-trivialmatter/>>, consultado el 3 de marzo de 2013; <<http://ps.psychiatryonline.org/article.aspx?articleID=62279>>, consultado el 8 de enero de 2014.

8. DeGrandpre, *Cult of Pharmacology*, 29. Véase también «The Effect of Housing and Gender on Morphine Self-Administration in Rats», *Psychopharmacology*, vol. 58, págs. 175-179.

9. <http://www.youtube.com/watch?v=7kS72J5Nlm8&list=PL6301BC630AE6F23E&index=106&feature=plpp_video>
visionado el 1 de noviembre de 2012.

10. Este aspecto del experimento se presenta con detalle en los dos estudios del Rat Park elaborados por Alexander y sus colegas: véanse «The Effect of Housing and Gender on Morphine Self-Administration in Rats», *Psychopharmacology*, vol. 58, págs. 175-179, y «Effect of Early and Later Colony Housing on Oral Ingestion of Morphine by Rats», *Pharmacology, Biochemistry and Behaviour*, vol. 15, págs. 571-576.

11. Slater, *Opening Skinner's Box*, pág. 165.

12. Véase «The View from Rat Park», de Bruce K. Alexander, en <http://globalizationofaddiction.ca/articles-speeches/177-addiction-the-view-fromrat-park.html>, consultado el 1 de noviembre de 2012.

13. Slater, *Opening Skinner's Box*, pág. 168.

14. Bruce K. Alexander, *Globalizing Addiction: A Study in Poverty of the Spirit*, pág. 195. Aunque en otras entrevistas y en sus propios escritos Bruce habla de que los ratones se habrían hecho adictos por su elevado consumo de drogas, él mismo me dijo que tal vez convenga ser más cuidadoso con estas afirmaciones: «¿Cómo sería la adicción en un ratón? Creo que esto es algo discutible, porque en realidad no sabemos cómo es verdaderamente un ratón adicto. [...] ¿Cómo podemos saber con toda certeza que un ratón se ha hecho adicto a las drogas?». Dado que no pueden hablarnos de su estado psicológico tampoco podemos conocer sus deseos más profundos y sus ansiedades. Obviamente podemos hablar de su consumo compulsivo de sustancias; pero Bruce considera que la «adicción» implica además un estado mental, que en el caso de los ratones resulta imposible analizar. Por lo tanto, cuando hablo de

«adicción» en los ratones, me estoy refiriendo de un modo sucinto a su elevado consumo de drogas en situaciones en que no son felices.

15. Dan Baum, *Smoke and Mirrors*, pág. 49.

16. Reinerman y Levine, *Crack in America*,
pág. 10; Maté, *Hungry Ghosts*, pág. 142.

17. Es lo que puede verse en el documental *The Most Secret Place on Earth: The CIA's Covert War on Laos*.

18. Baum, *Smoke and Mirrors*, pág. 50.

19. *Ibid.*, pág. 48. Puede encontrarse una exposición muy útil sobre el consumo de drogas entre los soldados de Vietnam en Valentine, *Strength of the Pack*, págs. 117-132.

20. Reinerman y Levine, *Crack in America*, pág. 10; Sally Satel y Scott O. Lilienfeld, *Brainwashed: The Seductive Appeal of Mindless Neuroscience*, págs. 49-50.

21. Maté, *Hungry Ghosts*, pág. 142.
DeGrandpre, *Cult of Pharmacology*, pág. 117.

22. Maté, *Hungry Ghosts*, pág. 146.

23. Baum, *Smoke and Mirrors*, pág. 62. Miller, *Case for Legalizing Drugs*, págs. 54-55.

24. Véase Bruce K. Alexander, «The Rise and Fall of the Official View of Addiction», en <<http://globalizationofaddiction.ca/articles-speeches/240-rise-and-fall-of-the-official-view-of-addictionnew.html>>, consultado el 12 de marzo de 2013.

25. Véase Jessica Warner, *Craze: Gin and Debauchery in an Age of Reason*.

26. Véase Nick Reding, *Methland: The Death and Life of an American Small Town*.

27. Bruce K. Alexander, «The View From Rat Park», en <http://globalizationofaddiction.ca/articles-speeches/177-addiction-the-view-from-rat-park.html>, consultado el 12 de marzo de 2013.

28. <[http://www.cedro-
uva.org/lib/cohen.addiction.html](http://www.cedro-
uva.org/lib/cohen.addiction.html)>, consultado
el 5 de febrero de 2012. Véase Peter Cohen,
«Is the Addiction Doctor the Voodoo Priest of
Western Man?», en <[http://www.cedro-
uva.org/lib/cohen.addiction.html](http://www.cedro-
uva.org/lib/cohen.addiction.html)>, publicado
además en *Addiction Research*, número
especial, vol. 8, n.º 6, págs. 589-598.

29. Algunas pruebas más recientes apuntan en este mismo sentido. Cuando en Europa ha habido escasez de heroína, en estos primeros años del siglo XXI, los adictos se inclinaban por sustancias aún peores en lugar de quedarse sin consumir. Véase

<<https://reportingproject.net/occrp/index.php/e:ccwatch/cc-watch-indepth/1901-heroin-shortages-drive-users-to-deadly-alternatives>>, consultado el 30 de marzo de 2013.

30. DuPont no utiliza en su discurso la imagen del secuestro y la esclavitud química. De hecho no le gustan estas metáforas, aunque en el congreso eran muchos los que recurrían a ellas.

31. <<http://www.thersa.org/events/audio-and-past-events/2011/addiction-what-to-do-when-everything-else-has-failed>>, consultado el 15 de diciembre de 2012.

32. Matthew E. Brashears, «Small Networks and High Isolation? A Reexamination of American Discussion Networks», *Social Networks*, vol. 33, 2011, págs. 331-341.

33. Benavie, *Drugs: America's Holy War*, pág. 12.

34. *Ibid.*, pág. 11.

35. DeGrandpre, *Cult of Pharmacology*, pág. 85.

1. El relato de los orígenes de VANDU procede de la información aportada en entrevistas por Bud y algunos otros miembros de la entidad que estuvieron en los inicios o posteriormente —Ann Livingstone, Dean Wilson, Donald MacPherson, Liz Evans, Philip Owen, Gabor Maté, Bruce Alexander, Clare Hacksell, Coco Cuthbertson y Laura Shaver—, así como de escritos y documentales detallados en estas notas.

2. http://www.cosmik.com/aa-december99/bud_osborn.html, consultado el 1 de abril de 2013.

3. John Armstrong, «Poet had a choice of gutters», *Vancouver Sun*, 6 de abril de 1996.

4. Bud Osborn, *Hundred Block Rock*, pág. 13.

5. *Ibid.*, pág. 26.

6. Osborn, *Hundred Block Rock*, pág. 33.

7. *Ibid.*, pág. 111.

8. Benavie, *Drugs: America's Holy War*, pág. 43.

9. Pisani, *Wisdom of Whores*, pág. 232.

10. Maté, *Hungry Ghosts*, pág. 101.

11. Susan Boyd, Donald MacPherson y Bud Osborn (comps.), *Raise Shit! Social Action Saving Lives*, pág. 92.

12. *Ibid.*, pág. 84.

13.

<<http://www.scribd.com/doc/103641727/Independent-Counsel-Report-to-Commissioner-of-Inquiry-August-16-2012>>, consultado el 25 de octubre de 2012.

14. Boyd, MacPherson y Osborn, *Raise Shit!*,
pág. 189.

15. *Ibid.*, pág. 35.

16. Se puede encontrar una buena exposición de este tema en «The Establishment of North America's First State-Sanctioned Injection Facility: A Case Study in Cultural Change», *International Journal of Drug Policy*, vol. 17, 2006, págs. 73-82, disponible en <<http://www.communityinsite.ca/pdf/culturecha case-study.pdf>>, consultado el 1 de abril de 2013.

17.

<<http://news.streetroots.org/2012/03/14/vancouver-bc-s-drug-revolution>>, consultado el 1 de abril de 2013.

18. Así aparece en el documental *The Fix*.

19. Boyd, MacPherson y Osborn, *Raise Shit!*,
pág. 19.

20. Greg Joyce, «Downtrodden March in Vancouver», *Edmonton Journal*, 12 de julio de 2000, consultado a través de LexisNexis el 5 noviembre de 2012.

21. Bud Osborn, *Sign of the Times*, págs. 26-30.

22. Boyd, MacPherson y Osborn, *Raise Shit!*,
pág. 50.

23. *Ibid.*, pág. 59.

24. Ian Mulgrew, «Health Board's Rabbleroising Social Conscience», *Vancouver Sun*, 24 de julio de 1999, consultado a través de LexisNexis el 5 noviembre de 2012.

25. Osborn, *Hundred Block Rock*, pág. 79.

26. Boyd, MacPherson y Osborn, *Raise Shit!*,
pág. 89.

27. Conozco esto porque lo he visto en *The Fix*, un documental excelente, por cierto.

28. *Ibíd.* Esta cita es del documental.

29.

<<http://www.theprovince.com/news/Life+expectastside/7202585/story.html>>, consultado el 5 noviembre de 2012.

30.

<<http://www2.canada.com/theprovince/news/story/id=6ee496bd-5a4c-4bca-8323-42d3f4d91df1>>, consultado el 27 de febrero de 2013.

31. Robert Matas, «BC Drug Deaths Hit a Low Not Seen in Years», *Globe and Mail*, 9 de diciembre de 2008, consultado a través de LexisNexis el 2 noviembre de 2012.

32.

<<http://www.vancouversun.com/news/Osborn+tin+Eastside/9816842/story.html>>, consultado el 14 de mayo de 2014.

33. Yo no estaba allí, obviamente. Esta descripción se basa en lo que me contó Liz Evans, que sí estuvo presente.

1. A lo largo de la investigación iba y volvía a Gran Bretaña, pero en esta ocasión me decidí a volver para poder concentrarme en los efectos de la guerra contra las drogas fuera de Norteamérica.

2. Estas personas fueron: John Marks, Russell Newcombe, Pat O'Hare, Cindy Fazey, Allan Parry y Andrew Bennett.

3. <http://www.bbc.co.uk/news/uk-england-merseyside-16355281> >, consultado el 24 de abril de 2013.

4. La mejor explicación de la política británica actual en materia de drogas se encuentra en un libro estupendo de Alex Stevens, *Drugs, Crime and Public Health: The Political Economy of Drug Policy*.

5.

<<http://www.guardian.co.uk/society/2010/oct/3/bias-drug-arrestsclaim>>, consultado el 24 de abril de 2013.

6. Kohn, *Dope Girls*, págs. 84-85.

7. *Ibid.*, pág. 129.

8. *Ibid.*, pág. 120.

9. *Ibid.*, pág. 158.

10. Trebach, *Heroin Solution*, pág. 90.

11. *Ibíd.*, pág. 93.

12. King, *Drug Hang-Up*, págs. 190-207; G. Bammer, «Drug Abuse: The Heroin Prescribing Debate; Integrating Science and Politics», *Science*, vol. 5.418, 1999, págs. 1.277-1.278.

13. Gray, *Drug Crazy*, pág. 155.

14. Trebach, *Heroin Solution*, pág. 104.

15. Holiday, *Lady Sings the Blues*, págs. 182-183.

16. Archivos de Anslinger, caja 1, carpeta 10, «Foro de Nueva York: sábado 28 de abril de 1962, transcripción del programa».

17. King, *Drug Hang-Up*, págs. 212-214; Ambros Uchtenhagen, «Heroin Maintenance Treatment: From Idea to Research to Practice», *Drug and Alcohol Review*, vol. 30, marzo de 2013, págs. 130-137.

18. Elizabeth Young, «The Needle and the Damage Done», *Guardian*, 20 de agosto de 1994.

19. Linnet Myers, «Europe Finds U.S. Drug War Lacking in Results», *Chicago Tribune*, 2 de noviembre de 1995.

20. Gray, *Drug Crazy*, 158. John Marks, «To Prescribe or Not to Prescribe», *Mersey Drugs Journal*, septiembre-octubre de 1987, pág. 5.

21. Me enteré de esto en el año 2001, gracias a una excelente serie de artículos y a un documental titulado *The Truth About Heroin*, todo ello obra del periodista británico Nick Davies.

22. Ed Bradley, «Success of Britain's Addict Treatment Program», extracto de «60 Minutes», 27 de diciembre de 1992, transcripción de las noticias de la CBS.

23. Archivos de Anslinger, caja 1, carpeta 8.

24. Will Self, *Junk Mail*, pág. 92.

25. Sally Woods, *Heroin and Methadone Substitution Treatments*, tesis doctoral no publicada, Universidad John Moores de Liverpool, 2005.

26. Young, «Needle and the Damage Done».

27. Myers, «Europe Finds U.S. Drug War Lacking».

28. Edward Pilkington, «The Smack Doctor»,
Guardian, 26 de octubre de 1995.

29. *Ibid.*

30. Self, *Junk Mail*, pág. 91.

31. Bradley, «Success of Britain's Addict Treatment Program».

32. *Ibid.*

33. Véase Self, *Junk Mail*, pág. 94.

34. Gabriele Bammer y Grayson Gerrard (comps.), *Heroin Treatment: New Alternatives. Proceedings of a Seminar held on 1st November 1991, Ian Wark Theatre, Canberra, Canberra, National Center for Epidemiology and Population Health, 1992.*

35. Davenport-Hines, *Pursuit of Oblivion: A History of Narcotics*, págs. 275 y 282.

36. Se puede encontrar una buena exposición del tema en Harald Klingemann, «Natural Recovery from Alcohol Problems», décimo capítulo de *The Essential Handbook of Treatment and Prevention of Alcohol Problems*, compilado por Nick Heather. Véase también Satel y Lilienfeld, *Brainwashed*, págs. 54-56.

37. Self, *Junk Mail*, pág. 93.

38. Miller, *Case for Legalizing Drugs*, pág. 53.

39. Bradley, «Success of Britain's Addict Treatment Program».

40. *Bulletin on Narcotics*, enero-abril de 1954,
pág. 6.

41. Marks, «Paradox of Prohibition».

42. John Marks, «The North Wind and the Sun», *Proceedings of the Royal College of Physicians of Edinburgh*, vol. 21, n.º 3, julio de 1991. La prescripción de heroína registra tasas más elevadas de éxito que la de metadona. En una prueba experimental en que se recetó aleatoriamente heroína y metadona, el 71% de los pacientes que recibieron metadona abandonaron el tratamiento, mientras que solo lo hizo el 26% de quienes obtuvieron heroína. Los pacientes con metadona estaban mucho más inclinados a cometer delitos y a consumir su droga en la mayor cantidad posible. Véanse Woods, «Heroin and Methadone Substitution Treatments» y Uchtenhagen, «Heroin Maintenance Treatment».

43. Él mismo lo cuenta en la entrevista que mantuvo conmigo (véase la grabación de Russell Newcombe) y en el magnífico documental de Nick Davies, *The Truth About Heroin*.

44. Marks, «Paradox of Prohibition».

45. Marks, «Paradox of Prohibition», pág. 7. Es algo que ya había observado antes otro médico. Se trata del doctor Walter Treadway, quien a finales de la década de 1950 escribía: «Es sabido que los adictos, en su afán por garantizarse el suministro de droga, están dispuestos a ceder una parte de la misma a cambio de un precio, porque de esa manera se aseguran sus propias compras en el futuro. Es bien conocido también que estos vendedores ambulantes de droga, o camellos como se los suele llamar, a menudo tratan de reclutar a otros adictos, generalmente por la misma razón». Véase King, *Drug Hang-Up*, pág. 178.

46. Marks, «North Wind and the Sun».

47. Pat O'Hare, «Merseyside, the First Harm Reduction Conferences, and the Early History of Harm Reduction», *International Journal of Drug Policy*, vol. 18, 2007, págs. 141-144.

48. <<http://fair.org/press-release/media-downplay-bigotry-of-jesse-helms/>>, consultado el 26 de abril de 2013.

49. Marks también habla del asunto en esta web, <http://www.runcornandwidnesweeklynews.co.uk/runcorn-widnes-news/runcorn-widnes-localnews/2010/08/19/dr-john-marks-talks-about-the-controversial-harm-reduction-drug-treatment-programme-in-widnes-55368-27086372/>, consultada el 28 de noviembre de 2012.

50. Woods, «Heroin and Methadone Substitution Treatments», págs. 45-46.

51. Marks, «Paradox of Prohibition».

52. Peter Carty, «Drug Abuse: The End of the Line», *Guardian*, 10 de diciembre de 1997.

53. John Marks, «Preventing Drug Misuse», *Psychiatry Online*, vol. 1, n.º 7, artículo 2.

54. La historia de estas escenas de la calle se resume bien en Ambros Uchtenhagen, «Heroin-Assisted Treatment in Switzerland: A Case Study in Policy Change», *Addiction*, doi: 10.1111/j.1360-0443.2009.02741.x.

55. Joelle Kuntz, *Switzerland: How an Alpine Pass Became a Country*, pág. 7.

56.

<<http://www.guardian.co.uk/travel/blog/2007/au>
consultado el 22 de enero de 2012.

57. Véase Holiday, *Lady Sings the Blues*, pág. 137.

58. Joanne Csete, *From the Mountaintops*, pág. 17; Uchtenhagen, «Heroin-Assisted Treatment in Switzerland: A Case Study in Policy Change».

59. Entrevista al doctor Ambros Uchtenhagen. Por lo demás describe también su trabajo en el artículo titulado «Heroin-Assisted Treatment in Switzerland: A Case Study in Policy Change». Véase también O'Hare, «Merseyside», págs. 141-144.

60. Csete, *From the Mountaintops*, pág. 18; Uchtenhagen, «Heroin-Assisted Treatment in Switzerland: A Case Study in Policy Change»; Ambros Uchtenhagen, «The Medical Prescription of Heroin to Heroin Addicts», *Drug and Alcohol Review*, vol. 16, 1997, págs. 297-298.

61. Cuando la doctora Rita Manghi y sus colegas de la clínica de Ginebra me presentaron a Jean, él accedió a hablar conmigo con la condición de que no revelase su nombre verdadero y, además, que no colgase su entrevista en la web del libro. La razón que adujo es que, al relatarme su historia, iba a tener que hablar de actos delictivos que había cometido antes del cambio legislativo en materia de drogas —por ejemplo, la venta de sustancias— y que todavía no habían prescrito. Respetando su decisión, me he atenido a lo pactado y no he colgado su entrevista en la página web; pero es la única que no está *online*. No obstante, está grabada y ahora obra en poder del editor de Bloomsbury. Además la doctora Manghi confirmó por escrito a mi editorial que ella misma me había presentado a varios pacientes de su clínica, entre los cuales estaba el que llamamos «Jean».

62. «Narcotic Addiction», revista *Spectrum*, 1 de marzo de 1957, pág. 139.

63. *The Narcotics Officer's Handbook*, págs. 79-80. Anslinger señala esto en *The Murderers*, pág. 219.

64. Csete, *From the Mountaintops*, pág. 19.

65. En un estudio de tres años de duración, de los 353 pacientes que abandonaron su programa de heroína, 83 lo hicieron porque habían escogido una terapia basada en la abstinencia; véase Uchtenhagen y otros, *Prescription of Narcotics for Heroin Addicts: Main Results of the Swiss National Cohort Study*, pág. 6. Véase también Uchtenhagen y otros, *Prescription of Narcotics*, pág. 7.

66. Hubo una especie de barrera lingüística entre nosotros, pero creo que es esto lo que me quiso transmitir con su metáfora.

67.

<<http://www.time.com/time/health/article/0,859>
consultado el 22 de enero de 2013.

68. Denis Ribeaud, «Long-term Impacts of the Swiss Heroin Prescription Trials on Crime of Treated Heroin Users», *Journal of Drug Issues*, vol. 34, n.º 163, 2004, pág. 173, doi: 10.1177/002204260403400108, <<http://jod.sage pub.com/content/34/1/163>>.

69. *Ibid.*, pág. 188.

70.

<<http://hivlawandpolicy.org/resources/view/753>
consultado el 22 de enero de 2013.

71. Jurgen Rehm y colegas, «Mortality in heroin-assisted treatment in Switzerland 1994-2000», *Drug and Alcohol Dependence*, vol. 79, 2005, págs. 137-143.

72. Uchtenhagen y otros, *Prescription of Narcotics*, pág. 6.

73. *Ibid.*

74. Ribeaud, «Long-term Impacts», pág. 173.

75. Uchtenhagen y otros, «Prescription of Narcotics for Heroin Addicts», pág. 89.

76. *Ibíd.*, pág. 94. Woods, «Heroin and Methadone Substitution Treatments», pág. 33.

77. Csete, *From the Mountaintops*, pág. 16.

78. *Ibid.*, págs. 27-28. Uchtenhagen y otros, «Prescription of Narcotics», pág. 96.

79. También intentó legalizar el cannabis, pero los suizos se opusieron.

80. Supe de tales argumentos gracias a un magnífico folleto escrito por Joanne Csete.

81. Esta transcripción se basa en lo que recuerda Ruth.

82. Peter Reuter y Robert MacCoun, «Heroin Maintenance: Is a US Experiment Needed?», en D. Musto (comp.), *One Hundred Years of Heroin*.

83. Según Ruth, en privado demostraba «muchísimo» interés por el programa de metadona que ellos estaban aplicando.

84.

<<http://www.mapinc.org/newscsdp/v07/n531/a0>
consultado el 20 de febrero de 2014.

85.

<[http://www.nytimes.com/2011/02/07/us/07pharef=pr escriptiondrugabuse](http://www.nytimes.com/2011/02/07/us/07pharef=pr%20escriptiondrugabuse)>, consultado el 20 de febrero de 2014.

86. En los manuales médicos, la fuerza de los opiáceos se expone mediante lo que llaman una «tabla equianalgésica». Véase por ejemplo <[http:// globalrph.com/narcoticonv.htm](http://globalrph.com/narcoticonv.htm)> y <http://clincalc.com/Opioids/http://www.medscape.com/viewarticle/542574_3>. Existen otras fórmulas para comparar opiáceos y averiguar hasta qué punto son equivalentes unos con otros (todas ellas consultadas el 14 de mayo de 2014). En cualquier caso parece admitido que la diamorfina (la heroína que se suministra a los pacientes hospitalarios) es mucho más fuerte que el Oxycontin. Véase también el informe del Servicio Nacional de Salud de Escocia, «The Management of Pain in Patients with Cancer», noviembre de 2009, pág. 21, publicado en la web de dicho servicio: <http://www.palliativecareguidelines.scot.nhs.uk/documents/PAINCANCERREV_BPS_NOV09.pdf> consultado el 20 de junio de 2014.

87. Maté, *Hungry Ghosts*, pág. 141.

88. Los Nobel de Economía Joseph Stiglitz y Paul Krugman aportan en sus obras la mejor documentación de este aspecto que he podido encontrar.

89. Aquí me baso en el libro de Gray, *Drug Crazy*, y en mi entrevista con el propio Gray. Véase también <http://www.cato.org/pubs/pas/pa157.pdf>, consultado el 20 de noviembre de 2012.

90. <<http://www.cato.org/pubs/pas/pa-157.html>>, consultado el 3 de marzo de 2013.

91. Gray, *Drug Crazy*, pág. 68.
<<http://www.cato.org/pubs/pas/pa157.pdf>>, consultado el 20 de noviembre de 2012.

92. Gray, *Drug Crazy*, pág. 68.

93. Musto, *American Disease*, pág. 94.

94. Terence McKenna, *Food of the Gods*, pág. 212.

95. Steve Rolles, *After the War on Drugs: Blueprint for Regulation*, pág. 125.

1. Se puede encontrar una buena exposición de la revolución portuguesa en el séptimo capítulo del libro de Malcolm Jack, *Lisbon: City of the Sea*, cuya información me ha sido de gran utilidad para la redacción de este apartado.

2. Phil Mailer, *Portugal: The Impossible Revolution?*, págs. 38-39.

3. Hugo Gil Ferreira y Michael W. Marshall,
Portugal's Revolution: Ten Years On, pág. 5.

4. Martin Kayman, *Revolution and Counter-Revolution in Portugal*, pág. 74.

5. Artur Domoslawski, *Drug Policy in Portugal: The Benefits of Decriminalizing Drug Use*, pág. 13.

6. *Ibid.*, pág. 15. Kellen Russoniello, «The Devil (and Drugs) in the Details: Portugal's Focus on Public Health as a Model for Decriminalization of Drugs in Mexico», *Yale Journal of Health Policy, Law and Ethics*, vol. 12, 2012, pág. 382.

7. Michael Specter, «Getting a Fix», *New Yorker*, 17 de octubre de 2011.

8. *Ibid.*

9. Russoniello, «The Devil (and Drugs) in the Details», pág. 385.

10. João me dijo el nombre del político y el del hermano adicto de este, que murió tiempo después a causa de una enfermedad que no tenía relación alguna con su drogadicción; pero también me pidió que no los revelase por respeto a su familia. Es una historia que me han confirmado otras personas, pues, por lo visto, en Portugal es bien conocida.

11. *European Monitoring Center for Drugs and Drug Addiction report, «Drug Policy profiles: Portugal»*, informe de 2012, pág. 12.

12. Otto Pohl, «Portugal shifts aim in drug war», *Christian Science Monitor*, 11 de octubre de 2001.

13. Specter, «Getting a Fix», *New Yorker*, 17 de octubre de 2011.

14. Tara Herivel y Paul Wright (comps.), *Prison Profiteers*, págs. 27-35.

15. Esta idea sobre las leyes portuguesas en materia de drogas se puede encontrar en Mirjam van het Loo y otros, «Decriminalization of Drug Use in Portugal: the Development of a Policy», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 582, julio de 2002, págs. 49-63.

16. Russoniello, «The Devil (and Drugs) in the Details», págs. 386-388.

17. Si sus ingresos se lo permiten, el paciente debe abonar el 20% del coste del tratamiento.

18. João coincide con Bruce Alexander y Gabor Maté en que, si se hicieran desaparecer las drogas que ahora están prohibidas, los adictos las cambiarían por otras. «Creo que la mayoría de ellos desarrollarían otras clases de adicción, sea a sustancias legales o de otra naturaleza —apunta—. Lo más importante es la relación del individuo con la sustancia, no la sustancia en sí misma.»

19. Artur Domoslawski, *Drug Policy in Portugal*, pág. 18.

20. La exposición sobre los equipos ambulantes se basa en lo que me contaron los trabajadores sociales la tarde que estuve con ellos.

21. Él destaca el hecho de que la policía haya dejado de pegar a los adictos, pero no por la despenalización de las drogas, sino porque un adicto murió por los golpes sufridos.

22.

<<http://www.pnas.org/content/early/2012/08/22/tract>>, a través de <<http://www.bbc.co.uk/news/health-19396351>>, ambos consultados el 21 noviembre de 2012.

23. Los chicos hablaban en inglés —la clase formaba parte de su programa en lengua inglesa—, aunque algunos con cierta dificultad (no obstante, he de destacar que lo hacían mucho mejor que los alumnos de lenguas extranjeras que he visto en Gran Bretaña). Aquí expongo lo que creo que quisieron transmitir. La clase está grabada.

24.

<http://www.boston.com/news/world/europe/art_drug_experiment/>, consultado el 9 de enero de 2014. Véase también <<http://www.npr.org/2011/01/20/133086356/Mixed-Results-For-Portugals-GreatDrug-Experiment>>, consultado el mismo día.

25. *European Monitoring Centre for Drugs and Drug Addiction (EMCDDA) Statistical Bulletin 2010.*

26. Artículo del *British Journal of Criminology*, en <http://www.scribd.com/doc/46235617/What-Can-We-Learn-From-The-Portuguese-Decriminalization-of-Illicit-Drugs>, pág. 1.006.

27. *Ibid.*, pág. 1.015. Domoslawski, *Drug Policy in Portugal*, pág. 36.

28.

<<http://www.latimes.com/nation/shareitnow/la-sh-heroin-comeback20140203,0,5569498.story>>, consultado el 20 de febrero de 2014; <<http://www.bostonglobe.com/magazine/2014/02/23/p/seymour-hoffman-anddanger-romanticizing-heroin/dJhAQgBSmvtzNpPK4HYTRP/story.htm>> consultado el 23 de febrero de 2014.

29. *European Monitoring Center for Drugs and Drug Addiction report, «Drug Policy profiles: Portugal»*, sobre Portugal en 2012, pág. 20.

30. Domoslawski, *Drug Policy in Portugal*,
pág. 19.

31.

<<http://www.cato.org/sites/cato.org/files/pubs/p>
consultado el 5 de febrero de 2013.

32. <<http://www.ibtimes.com/pros-cons-drug-legalization-us-246712>>, consultado el 7 de diciembre de 2012.

1. Entrevisté a las siguientes personas: el presidente Mujica, Lucía Topolansky (su mujer), Mauricio Rosencof (otro de los disidentes políticos encerrados en un pozo y buen amigo de Mujica), Miguel Ángel Campodonico (biógrafo de Mujica), Rolando Sasso (redactor de los discursos de Mujica y también prisionero político durante la dictadura), los diputados Julio Bango y Sebastian Sabini, el zar de las drogas Julio Calzada, el escritor Eduardo Galeano (viejo amigo de Mujica), Diego Carnepa (su jefe de personal), la doctora Raquel Parquet (experta en el tratamiento de adictos que ha asesorado al Gobierno), Federico Grana, Geoffrey Ramsay, Guillermo Garat, Juan Tubino, Juan Vaz y, por último, Geraldo Amarilla y Verónica Alonzo, diputados de la oposición.

2. *Mujica en búsqueda*, pág. 21.

3. El relato de la infancia del presidente se basa en el libro *Mujica en búsqueda* y en entrevistas mantenidas con Topolansky, Campodonico y Sasso.

4.

<<http://nationalinterest.org/commentary/jose-mujica-uruguays-robinhood-guerrillas-9066?page=1>>, consultado el 8 de octubre de 2013.

5. *Ibid.*

6. <http://www.dailytimes.com.pk/default.asp?page=story_24-9-2005_pg9_1>, consultado el 23 de diciembre de 2012; <<http://inside.org.au/reading-agatha-christie/>>, consultado el mismo día. Véase también M. E. L. Mallowan, «Mallowan's Memoirs: Agatha and the Archaeologist», <<http://www.thetimes.co.uk/tto/arts/books/article2450603.e>> págs. 223-224, consultado el mismo día.

7. Entrevista a Sasson.

8. *Memorias del calabozo*, de Rosencof y otros, pág. 371.

9. <<http://upsidedownworld.org/main/uruguay-archives-48/2385-celebrating-compromises-in-uruguay-mujica-inaugurated-as-president>>, consultado el 8 de octubre de 2013.

10. Entrevista a Topolansky.

11. <<http://www.bbc.co.uk/news/magazine-20243493>>, consultado el 15 de diciembre de 2012.

12. Robert Greenfield, *Timothy Leary: A Biography*, pág. 333.

13. *Ibid.*, pág. 273.

14. *Ibíd.*, pág. 355.

15. *Ibid.*, pág. 168.

16. Muchos otros defensores del LSD se quedaban horrorizados cuando lo oían decir que había que suministrárselo a niños. Véase *ibíd.*, pág. 427.

17. *Ibid.*, pág. 308.

18. *Ibíd.*, págs. 380 y 557.

19. *Ibíd.*, pág. 108.

20. *Ibíd.*, pág. 392.

21. *Ibíd.*, pág. 397.

22. *Ibíd.*, pág. 532.

23. Szasz, *Ceremonial Chemistry*, pág. 198.

24. Página web del Consejo de Investigaciones Médicas: <http://www.mrc.ac.uk/Achievementsimpact/Storiesofimpact/Sm> consultado el 10 de febrero de 2013.

25. Miron, *Drug War Crimes*, pág. 47.

26. MacCoun y Reuter, *Drug War Heresies*,
pág. 240.

27. *Ibid.*, pág. 256. Es algo que se ha apreciado también en los estados que despenalizaron la posesión de marihuana en la década de 1970. Véase Mary O’Leary, «Data shows pot use probably won’t grow», *New Haven Register*, 12 de junio de 2011.

28. MacCoun y Reuter, *Drug War Heresies*,
pág. 257.

29. *Ibíd.*, pág. 258.

30.

<<http://ca.reuters.com/article/topNews/idCATR10>>, consultado el 1 de diciembre de 2012.

31. <<http://stash.norml.org/bigbook/monthly-adult-use-by-state.html>>, consultado el 3 de marzo de 2013.

32.

<http://dmarkanderson.com/Point_Counterpoint
consultado el 27 de noviembre de 2013.

<<http://www.guardian.co.uk/science/2012/jun/1/nutt-alcohol-cannabis-cafes>>, consultado el 20 de noviembre de 2012.

33. <http://articles.chicagotribune.com/2013-10-31/news/ct-oped-1031chapman-20131031_1_medical-marijuana-marijuana-use-drug-use>, consultado el 2 de diciembre de 2013.

34. Miron, *Drug War Crimes*, pág. 26. Miron observa que ya había disminuido antes de que se aprobara la Ley Seca, pero tal vez porque en esa época muchos estados habían introducido su propia prohibición.

35. MacCoun y Reuter, *Drug War Heresies*,
pág. 28.

36. Tom Feiling, *The Candy Machine: How Cocaine Took Over the World*, pág. 270.

37. En el curso de nuestra conversación puso de manifiesto algunas puntualizaciones a su apoyo a la legalización.

38. <<http://norml.org/news/1999/01/07/dutch-marijuana-use-half-thatof-america-study-reveals>>, consultado el 2 de diciembre de 2013; véase también «Addiction» doi:10.1111/j.1360-0443.2011.03572.x; Robert J. MacCoun, «What Can We Learn from the Dutch Coffee Shop System?», documento de trabajo de la corporación RAND, en <http://www.rand.org/content/dam/rand/pubs/working_papers/2010/RAND_WR76> consultado el 24 de junio de 2014.

39. Véase http://www.msnbc.msn.com/id/47064492/ns/msnbc_tv-hardball_with_chris_matthews/t/hardball-chris-matthews-monday-april/#.T9Ds82TSqk, consultado el 1 de mayo de 2012.

40. Para mayor información véase la exposición de Jacob Sullum sobre las teorías de Hart, en <http://www.forbes.com/sites/jacobsullum/2013/11/10/everything-youve-heard-about-crack-and-meth-is-wrong/>, consultado el 10 de noviembre de 2013. Miron, *Drug War Crimes*, pág. 48. Véase también la página 40 del informe de RAND en http://www.rand.org/content/dam/rand/pubs/occasional_papers/2010/RAND_OP100.pdf, consultado el 14 de enero de 2014.

1. En Colorado hablé con Mason Tvert, Steve Fox, Art Way, Joe Megyesy, Brian Vicente, Christian Sederberg, Tom Tancredo, Barbara Brohl y Betty Aldworth. En Washington, con Alison Holcomb, Tonia Winchester, Pete Holmes, Roger Rofmann, Maru Mora Villapando y Charlie Mandigo.

2. Había además una mujer en el equipo directivo de Colorado, Betty Aldworth. Su análisis, en cambio, era muy similar al de la campaña de Washington. Por otra parte hablé con portavoces masculinos de esta última, pero no desempeñaban puestos de responsabilidad.

3.

<<http://archive.saferchoice.org/safercolorado06?id=1159426802>>, consultado el 2 de enero de 2014.

4. <http://cdnc.ucr.edu/cgi-bin/cdnc?a=d&d=SFC19040726.2.31>, consultado el 2 de enero de 2014.

5. El duelo original apenas tuvo eco en la prensa; en cambio, el que enfrentó a Mason Tvert y John Hickenlooper —que en cierto sentido empezó en el mismo lugar— desempeñó un papel importantísimo en la guerra de las drogas.

6.

<<http://www.theatlantic.com/politics/archive/2014/01/beer-brewing-governor-critiques-the-white-house-beer/262018/>>, consultado el 2 de enero de 2014.

7. Paralelamente planteó el mismo reto a Pete Coors, propietario del imperio de la cerveza del mismo nombre y uno de los republicanos más relevantes del estado. Era obviamente un duelo dirigido a ambos partidos.

8. <http://www.youtube.com/watch?v=yaN5ERdnHrw>, visionado el 2 de enero de 2014.

9. Posteriormente se le dijo que no tenía obligación de declarar.

10.

<<http://thecollegianur.com/2012/10/10/richmo-alumnus-is-leadingadvocate-to-legalize-marijuana/29323/>>, consultado el 2 de enero de 2014.

11. Fox, Armentano y Tvert, *Marijuana Is Safer*, pág. 139.

12. La página web de Safer Colorado aporta fuentes que avalan tales afirmaciones. Véase <<http://archive.saferchoice.org/content/view/24>> consultado el 6 de enero de 2014. Véase también <<http://jop.sagepub.com/content/early/2011/09/03/0269881111414751>>, consultado el mismo día.

13. Entrevista a Mason. Véase también Fox, Armentano y Tvert, *Marijuana Is Safer*, págs. xviii-xix y el capítulo 3, en el que incide sobre este punto.

14. Fox, Armentano y Tvert, *Marijuana Is Safer*, pág. xx.

15.

<<http://archive.saferchoice.org/content/view/13>
consultado el 2 de enero de 2014.

16.

<<http://www.cannabisculture.com/articles/4837>
consultado el 2 de enero de 2014.

17.

<<http://archive.saferchoice.org/content/view/24>
consultado el 2 de enero de 2014; véase
también

<<http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pubmed/1465654>
consultado el 6 de enero de 2014.

18.

<<http://archive.saferchoice.org/content/view/38>
consultado el 2 de enero de 2014.

19. Entrevista a Steve Fox; véase también Fox, Armentano y Tvert, *Marijuana Is Safer*, pág. 125.

20. Más adelante me confirmó por correo electrónico que esta fue solo una fase de su trabajo. Cuando leyó la primera versión del presente capítulo me escribió: «Nosotros nos centramos en el mensaje de que la marihuana es más segura que el alcohol hasta la campaña de 2012, cuando empezamos a incidir en los argumentos antiprohibición más frecuentes, al principio sin abandonar del todo el anterior, y después, en los últimos meses de campaña, nos centramos única y exclusivamente en el argumentario habitual de los antiprohibicionistas. Se trata de algo importante en nuestra estrategia. El objetivo es conseguir que cada vez más gente entienda que la marihuana es menos dañina que el alcohol y, una vez comprendido este punto, pasar a los argumentos tradicionales, porque entonces la gente será más receptiva. Tal como está expuesto, parece que no deseamos utilizar nunca los argumentos antiprohibición».

21. <http://www.youtube.com/watch?v=qA0u98YFq04>, consultado el 6 de febrero de 2014.

22. Mason me hizo estas declaraciones en el curso del proceso de verificación de datos, el 14 de febrero de 2014.

23. Según Mason, el estudio científico que defendía esta relación es completamente falso.

24.

<http://www.huffingtonpost.com/2014/03/19/r-legalizationcolorado_n_4989191.html>,

consultado el 6 de mayo de 2014.

25. En un principio creí que, según Mason, todas las demás sustancias prohibidas son más peligrosas que el alcohol. Sin embargo, en un correo electrónico enviado posteriormente, cuando yo estaba verificando la información, Mason me dijo que no era así: «Estoy plenamente convencido de que muchas de las sustancias ilegales —sobre todo la psilocibina, el MDMA (éxtasis) y el LSD— no son ni remotamente tan peligrosas como el alcohol».

26. Siguiendo con mi proceso de comprobación de datos, envié este capítulo a Mason, así como a todas las personas vivas que en él aparecen (con las salvedades que ya he mencionado). Pues bien, durante algún tiempo mantuvimos la comunicación por e-mail, pues Mason quería dejar bien clara su posición. Me gustaría exponer los términos generales de esta larga conversación, a fin de que el lector pueda entender cómo llegué a mis propias conclusiones sobre la perspectiva política defendida por Mason e —igualmente importante— porque me gustaría que ello ponga de manifiesto algo que, llegado el momento, podría ser de utilidad en el debate sobre el fin de la guerra contra las drogas.

En mi primera entrevista con Mason, este me dijo que hay otras drogas que «deberían» recibir un trato distinto a la marihuana, ya que provocan daños distintos (y de mucho mayor alcance). «¿Crees que en el futuro —inquirí yo

a mi vez— podría aplicarse el modelo de la marihuana que aquí se defiende, o bien algún otro, a algunas de las sustancias que siguen prohibidas?» Y él me contestó: «No, no lo creo». «Entonces —continué yo—, podría decirse que hay opiniones diferentes dentro del movimiento que apoya el cambio de legislación en materia de drogas, ¿no es así?» «Bueno —replicó Mason—, la única división que existe es la que diferencia las personas sensatas y realistas de las que no lo son.»

A tenor de tales declaraciones, en mi primer borrador presenté a Mason como alguien contrario a la legalización de cualquier droga que no fuera la marihuana o el alcohol, porque eso es lo que yo había entendido, mientras que Tonia y Alison sostenían una postura bien distinta, ya que ellas creen que en el futuro se podría (y debería) legalizar otras drogas.

Cuando leyó este primer texto, Mason me indicó que no era correcto presentarle como alguien que defiende lo contrario que Tonia y Alison —ambas defensoras de la extensión de la legalización a otras drogas— y me reiteró que él defiende reformas tales como la despenalización del consumo personal de la mayoría de las drogas. Enseguida me di cuenta de que el origen del desacuerdo estaba en el significado que ambos dábamos a ciertas palabras. Por ejemplo, Mason me escribió que «términos tales como “legalización” (e incluso “despenalización”) son tan ambiguos que al final no sirven para nada». Yo en cambio creo que estas dos palabras tienen significados bien claros, cosa que intenté exponerle con todo detalle.

Cuando utilizaba el término «despenalización», me refería a que el consumo de drogas por parte de la persona dejaría de estar sujeto a sanciones o castigos

penales; es decir, que ya no habría detenciones o sentencias de prisión a quien tuviera una papelina de coca o algo de LSD, por ejemplo, para su consumo personal. Por otro lado, el término «legalización», para mí implica que la venta de drogas deja de estar en manos de bandas de delincuentes y pasa a ser gestionada por comercios y farmacias (o por algún otro establecimiento autorizado).

Pues bien, basándome en mi primera entrevista con Mason y en mi uso de estos dos términos, llegué a la conclusión de que él no se oponía a la legalización de otras drogas aparte de la marihuana y el alcohol, así es que decidí plantearle algunas preguntas más. Fue en las respuestas a estas cuestiones aclaratorias donde Mason me indicó que convendría clarificar sus ideas al respecto, para que quedase bien expuesto que él considera «improbable» la legalización de otras drogas. Por eso le pedí que me expusiera su posición

con más detalle. En nuestra conversación inicial me dio la impresión de que Mason sostenía que *no debían* legalizarse las drogas restantes, pero en cambio ahora parecía decir que posiblemente *no se legalizarían*.

Mason me explicó que el término «legalización» no tiene sentido para él, ya que legalizar una droga es muy distinto a regular dicha sustancia. Pero para mí legalización y regulación son sinónimos, porque expresan lo mismo. Legalizar una droga es crear un marco regulador que estipule las condiciones en que una droga puede ser vendida y consumida.

Mason no lo ve así. Al final llegamos a una formulación del asunto que refleja mejor lo que él piensa, y que es la que empleo a lo largo de este capítulo: él considera que hay otras drogas que podrían y deberían ser legalizadas, pero no en la misma forma que la marihuana.

Si he expuesto aquí todas estas precisiones terminológicas es para que el lector pueda llegar a sus propias conclusiones, pero también porque creo que será de utilidad ver cómo alguien tan bien informado y tan comprometido en el tema como Mason no está de acuerdo con el sentido que doy a algunos de los términos con que se describen las alternativas a la prohibición de las drogas. A la luz de esta larga conversación mantenida por correo electrónico, creo que la guerra de las drogas tal vez podría llegar a su fin si llegásemos a un acuerdo en cuanto a la definición de tales alternativas. De esa manera personas que en principio concuerdan en su posición —como es el caso de Mason y de mí mismo— podrían superar los posibles malentendidos, porque simplemente se trataba de una falta de acuerdo en el significado de términos clave para el debate que aquí se mantiene.

27.

<http://www.economist.com/blogs/dailychart/2014/01/most_harm>, consultado el 6 de enero de 2014;

<[http://www.thelancet.com/journals/lancet/article/PIIS0140-6736\(10\)61462-6/](http://www.thelancet.com/journals/lancet/article/PIIS0140-6736(10)61462-6/)>, consultado el 30 de marzo de 2014.

28.

<<http://www.vox.com/2014/7/3/5868249/color-governor-whoopposed-legalizing-pot-now-says-its-going-fine>>, consultado el 3 de julio de 2014.

29.

<http://www.huffingtonpost.com/2013/05/28/hilooper-signscolora_n_3346798.html>, consultado el 2 de enero de 2014.

30. <<https://news.yahoo.com/colorado-governor-marijuana-legalization-221049661.html>>, consultado el 4 de julio de 2014.

31.

<<http://online.wsj.com/news/articles/SB20001475630760766227660>>, consultado el 14 de enero de 2014.

1. La imagen del cementerio me vino a la mente cuando leía el libro de Adam Hochschild, *Para acabar con todas las guerras*, una narración fascinante sobre quienes se opusieron a la primera guerra mundial y en la que Hochschild justamente imagina un gran camposanto en el que estarían enterrados todos ellos.

2. <<http://www.release.org.uk/blog/drugs-its-time-better-laws>>, consultado el 14 de enero de 2014.

3. Sloman, *Reefer Madness*, pág. 34.

4. Creo que tomé esta expresión —«Levántate, no te rindas»— de un grupo de activistas australianos llamado Get Up, en cuya organización había colaborado mi amigo Jeremy Heimans.

5. Diría que fue Julia Blackburn, biógrafa de Billie Holiday, la primera persona que me dijo que las canciones de Billie hacían más fuerte a la gente; es una idea que me encanta y que se me ha quedado grabada.

6. Entrevista a Yolande Bavan.

7. Archivos de Julia Blackburn, «The Story of Billie», artículo V, de William Dufty, caja 18, carpeta VII.

8. Entrevista a Juan Fraire Escobedo, que recuerda las palabras de su madre.

9. Anslinger, *Murderers*, págs. 172-173.

10.

<http://druglibrary.org/schaffer/library/joe_mcc
consultado el 24 de febrero de 2013.

11. Sloman, *Reefer Madness*, pág. 258.

12. Anslinger, *Murderers*, pág. 173.

13.

<<http://druglibrary.org/schaffer/history/e1970/c>

14. McWilliams, *Protectors*, pág. 187. Incluso el biógrafo de Anslinger, John McWilliams, muy comprensivo con el personaje, dice que esto es «toda una ironía en el hombre que consagró su vida a la prohibición y el control de tales sustancias».

* Los árboles del Sur tienen una extraña fruta, /
sangre en las hojas y sangre en las raíces. (*N.*
de la t.)

* Frederick Douglass (1818-1895) fue un conocido escritor afroamericano que estuvo esclavizado en una plantación de Maryland durante más de veinte años. (*N. de la t.*)

Tras el grito

Johann Hari

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Chasing the scream*

Publicado originalmente en inglés por
Bloomsbury Circus

Diseño de la cubierta : Greg Heinimann

Fotografía de la cubierta: © Georgijevic -
Getty Images

Fotografía del autor: ©Simon Emmett

Adaptación del diseño de la cubierta,
Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial
del Grupo Planeta

© Johann Hari. 2015

© de la traducción, María José Viejo Pérez,
2015

© de todas las ediciones en castellano

Espasa Libros, S. L. U., 2015

Paidós es un sello editorial de Espasa Libros,
S. L. U.

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
(España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub):
mayo 2015

ISBN: 978-84-493-3135-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S.
L. L.

www.newcomlab.com

